

Kailas ficción

# El viejo barco

Zhang Wei

Ganador del Premio Mao Dun de Literatura

Traducción del chino de Elisabet Pallarès Cardona



# **EL VIEJO BARCO**

(GU CHUAN)

**ZHANG WEI**

Traducción del chino de Elisabet Pallarés Cardona



**KAILAS**

*El viejo barco*  
Título original: *Gu chuan* (《古船》)

© 1987, Zhang Wei  
© 2019, de la traducción: Elisabet Pallarés Cardona  
© 2019, Kailas Editorial, S. L.  
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid  
kailas@kailas.es

Publicado por acuerdo con People's Literature Publishing  
House Co., Ltd.

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy  
Diseño interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-17248-33-8

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

[www.kailas.es](http://www.kailas.es)  
[www.twitter.com/kailaseditorial](https://www.twitter.com/kailaseditorial)  
[www.facebook.com/KailasEditorial](https://www.facebook.com/KailasEditorial)

# INTRODUCCIÓN

*El viejo barco*, la primera novela de Zhang Wei, fue publicada en agosto de 1987, apenas una década después de la Revolución Cultural y fue, sin duda, una obra de ficción rompedora en términos de contenido, de estilo y del enfoque de los sucesos históricos que narra. El autor, que empezó la novela cuando contaba con veintiocho años, narra los tumultuosos años de la historia moderna de China a través de Wali, una ciudad ficticia del norte del país. Tres generaciones de las familias Sui, Zhao y Li, cuyas vidas discurren muy próximas y a veces se entrelazan, viven la Reforma Agraria, el Gran Salto Adelante, la hambruna entre los años 1959 y 1961, el Movimiento antiderechista y la Revolución Cultural (1966-1976), durante la cual se estima que perecieron de veinte a cincuenta millones de personas. La novela llega hasta finales de la década de los 80, un tenso periodo en el que la sociedad china empezó a recapacitar acerca de los diez últimos delirantes años que finalizaron con la muerte de Mao y la caída de la Banda de los Cuatro (1976) y comenzó a prepararse para su vasta modernización, que conduciría al país a convertirse en un poder internacional.

Al igual que su colega Mo Yan, escritor también originario de Shandong, cuya obra *El clan del sorgo rojo*<sup>1</sup> fue publicada el mismo año, Zhang Wei revisa la historia moderna de China alejándose de la línea oficial para exponer aspectos del carácter nacional que habían quedado ocultos o ignorados, a veces en nombre de la estabilidad social, por parte de sus colegas de la época posterior a Mao. *El viejo barco* es una obra basada en sus personajes; de su narrativa no lineal destacan las relaciones de un grupo de personajes, la mayoría de los cuales se alejan de los estereotipos de sus predecesores ficticios. Tal y como han señalado los críticos, los personajes de

Zhang Wei consiguen parodiar a los idealizados campesinos y representantes del Partido, y a través de ellos mostrar las campañas políticas que sembraron la miseria en China durante más de tres décadas.

A grandes rasgos, la vida en Wali transcurre alrededor de la elaboración de los famosos celofán (un tipo de tallarines) en las orillas del río Luqing, que también fue, en su día, un puerto marítimo. La novela toma su nombre del casco de un viejo barco de madera desenterrado, una metáfora del país reflejada en las vidas rápidamente cambiantes de los habitantes de la ciudad. Con frecuentes referencias a tres libros —el *Manifiesto comunista*, la obra clásica de Qu An *Preguntas celestiales* y el *Libro clásico de la navegación* —, los miembros del clan Sui ponderan el papel jugado por la historia en la evolución de la ciudad de Wali, un vestigio de lo que llegó a ser en el pasado, y los profundos cambios sociales sufridos.

*El viejo barco* es, en muchos aspectos, un libro revolucionario. Atrevido en su análisis de una sociedad convulsa, pero sin el punto de vista local y nacionalista que caracterizó la novela de ficción de su época, es un estudio de las relaciones humanas, de la incapacidad de los oprimidos de controlar la lucha entre la modernidad y la tradición. El tono es muchas veces cruelmente irónico, mientras la novela avanza y retrocede en el tiempo desvelando las vidas privadas, las emociones y el sufrimiento de sus personajes. Zhang Wei ha establecido un hito en el género chino de ficción mediante una obra dirigida a todos los públicos. *El viejo barco* ha sido durante mucho tiempo un éxito de ventas en China y Taiwán (con más de veinte ediciones) y ha recibido numerosos premios.

# 1

En nuestra tierra se han levantado grandes murallas, tan antiguas como nuestra historia. Hemos construido murallas altas y almacenado abundantes cantidades de cereales para poder sobrevivir. Es por ello que tantas y tan elevadas estructuras serpentean por nuestra fértil tierra y yermas cordilleras.

En la base de nuestras murallas hemos derramado sangre para nutrir la hierba que allí crece. Durante el periodo de los Reinos Combatientes, la imponente Gran Muralla de Qi llegaba hasta el Río Ji por el oeste y se extendía por el este hasta el océano, hasta que acabó dividiendo la península de Shandong en dos: el norte y el sur. Pero igual como les sucedió a otras antiguas murallas, la Gran Muralla de Qi se derrumbó. Así es como se describe en la *Kuo Di Zhi*<sup>2</sup>: «La Gran Muralla de Qi nace en el condado de Pingyin, al noroeste de la prefectura de Jizhou, y resigue el río a través de la cresta norte del Monte Tai. Serpentea por Jizhou y Zizhou, la parte norte del condado de Bocheng al suroeste de Yanzhou, y continúa hacia el océano por la explanada de Langya en Mizhou». Si se continúa en esa dirección tras la pista de otras antiguas murallas, probablemente no se encuentren muchos vestigios. La capital de Qi estaba en Linzi. Desde mediados del siglo ix a. de C., los embajadores que rendían tributo al trono llegaban a la capital vía Bogu. Fue en el año 221 a. de C. cuando el primer Emperador Qin venció a los Qi, quienes habían ocupado el trono durante más de seiscientos treinta años. Los Qin y los Han emplearon la Gran Muralla de Qi para proteger sus intereses, hasta que finalmente cayó en desuso durante las dinastías Wei y Jin. Estuvo en pie durante más de mil años. El río Luqing nace en la montaña de Guyang, donde tiempo atrás hubo otra muralla. Si fue parte de la Gran Muralla de Qi o no, nunca se ha podido determinar, a pesar de los intentos de los arqueólogos por

hallar alguna evidencia.

Desde allí los exploradores siguieron el curso del río durante cuatrocientos *li*<sup>3</sup> hasta llegar a la estratégica e insigne ciudad de Wali, situada en el curso bajo del río. La construcción más llamativa era una rechoncha muralla de tapial que rodeaba la ciudad. En la base asomaba el mortero, y las sobresalientes esquinas cuadrangulares estaban hechas de ladrillo. Pese a haberse oscurecido por el hierro, se conservaba en buen estado. Los inspectores, reacios a marcharse, permanecieron en la base inspeccionando los ladrillos y estudiando las almenas. Fue en esta expedición por el norte, cuando realizaron un inesperado hallazgo arqueológico: la antigua ciudad de Donglaizi, erigida tiempo atrás en las cercanías de Wali. Allí encontraron un alto montículo de tierra: el último resto de la muralla de la antigua ciudad. Les pareció gracioso pero descorazonador que varias generaciones de vecinos hubieran estado usando aquellos restos históricos como horno para la cocción de ladrillos. Un monumento de piedra con una inscripción dorada fue erigido en la cima del ahora abandonado horno, indicando el lugar donde otrora se había levantado la antigua muralla de la ciudad-estado de Donglaizi, y fue catalogado como bien de interés cultural. Para Wali la pérdida del avío fue notoria, pero el descubrimiento sirvió para atestiguar los nobles orígenes de la ciudad. En ese lugar habían vivido sus ancestros y, usando un poco la imaginación, podían incluso llegar a ver el resplandor de las armaduras bajo el sol e incluso oír los relinchos de los corceles de guerra. Pero su entusiasmo estaba enturbiado por la decepción, pues hubieran preferido encontrar los restos de una esplendorosa ciudad y no un mero montículo de tierra.

La presente muralla, cuyos ladrillos se habían oscurecido por el hierro, pregonaba las antiguas glorias de Wali. El río Luqing, ahora estrecho y poco profundo, había albergado rápidos que descendían en cascada a lo ancho del caudal. El viejo y llano lecho del río contaba la historia del declive del que una vez fue un gran río. A orillas de la ciudad todavía se conservaba un muelle abandonado, rememorando la estampa de un campo de alineados mástiles reposando en este gran puerto fluvial, donde los tripulantes descansaban antes de continuar su viaje. Por aquella época, en el emplazamiento del templo se celebraba cada año una gran feria, donde el trajín y los empujones era el recuerdo más afable que acompañaba a los marineros durante el resto de su

camino, remontando río arriba o zarpando hacia mar abierto.

Una de las riberas estaba salpicada de viejas estructuras que resembledan fortalezas destartaladas. Cuando llegaba el mal tiempo y el río se desbordaba, las fortalezas parecían envueltas en melancolía. Cuanto más lejos arrastrabas la mirada por la ribera, más pequeñas estas estructuras parecían, hasta que virtualmente desaparecían. Pero los vientos de la otra riba del río traían consigo un gran estruendo, cada vez más alto, cada vez más nítido y más claro, que emanaba de los entresijos de esas fortalezas, creando sonidos y albergando vida. Y entonces te acercabas y descubrías que la mayoría de sus techos estaban hundidos y los portones tapiados. Pero no todos, dos o tres permanecían accesibles. Al entrar uno se quedaba sorprendido: enormes muelas de molino giraban lenta y pacientemente gracias a la fuerza de un par de bueyes viejos. Una perpetua rotación sin principio ni fin. El musgo se extendía allí donde las pezuñas de los animales no llegaban y un anciano sentado en una banqueta se encargaba de vigilar la muela del molino, levantándose constantemente para alimentar el agujero a través de la tolva con paladas de judías<sup>4</sup>. En el pasado, estas construcciones alineadas a lo largo de la ribera habían formado parte de un vasto entramado de molinos, de cuyas entrañas emergía un estruendo parecido al de una lejana tronada.

Cada molino contaba con una sala de procesamiento donde se elaboraban los fideos de cristal<sup>5</sup>. Antaño Wali había producido los fideos de cristal más famosos de la región; durante los primeros años del siglo xx, una enorme fábrica a orillas del río se encargaba de producir los célebres fideos Dragón Blanco. Transportados en barco a través del río; el sonido de sus señales y del batir de los remos resonaba en el ambiente hasta bien entrada la noche. Muchos traían provisiones de judías y carbón, y regresaban cargados de fideos. Ahora, en la ribera apenas quedaban molinos en funcionamiento y solo unos pocos continuaban produciendo fideos. Era un milagro que aquellos desvencijados molinos hubieran sobrevivido al paso del tiempo; erguidos frente a la derruida muralla, en la penumbra, parecían aguardar un desenlace, o tal vez estar narrando una historia.

Muchas generaciones habían habitado y se habían reproducido en esta amurallada lengua de tierra, que sin ser muy extensa tampoco resultaba pequeña. Los edificios bajos y las calles estrechas eran prueba del



hacinamiento en el cual vivían sus habitantes. Pero no importaba cuánta gente hubiese o cuán caótico pareciera su comportamiento, porque una imagen nítida de su funcionamiento emergía al fijarse en los clanes, en el linaje, por así decirlo. La línea de sangre proporcionaba valiosos contactos. Los padres, los abuelos, los bisabuelos, o en línea descendiente los hijos, los nietos y los biznietos, formaban un intrincado entramado como las uvas en un racimo.

La mayor parte de la población se agrupaba entorno a tres clanes: los Sui, los Zhao y los Li. El primero era el más próspero de los tres, confiriendo un halo de robusta vitalidad a todos sus miembros. Ante los ojos del resto de habitantes, la riqueza de los Sui provenía de su empresa de fideos, que tenía sus orígenes en un pequeño negocio familiar. Fue en tiempos de Sui Hengde, cuando el patrimonio familiar alcanzó su máximo esplendor con la construcción de una fábrica de fideos que se extendía por ambas riberas del río, con puntos de venta directa de fideos y servicios de empréstito distribuidos por varias capitales del sur y noreste. Hengde tuvo dos hijos: Sui Yingzhi y Sui Buzhao. De pequeños los dos hermanos estudiaron en casa con un tutor, pero al hacerse mayores, Yingzhi fue enviado a Qingdao para recibir una educación occidental, y Buzhao permaneció en Wali, paseando sin rumbo por el muelle, hasta el regreso de su hermano. Siempre solía decir que algún día zarparía. Al principio Yingzhi le ignoraba, pero sus miedos fueron creciendo, hasta que un día se lo contó a su padre, quien castigó a su hijo menor atizándole en la mano con una regla. Mientras se frotaba la mano, Buzhao miró a su padre y, al ver los ojos del chico, Hengde entendió que nada de lo que hiciera haría cambiarle de opinión. «Eso es todo», le dijo, y guardó la regla. Unos días más tarde, en plena noche, el silbido del viento y el estrépito de un trueno despertaron a Yingzhi de su profundo sueño. Se levantó de la cama de un salto para mirar al exterior y descubrió que su hermano no estaba.

Sui Yingzhi tuvo remordimientos por la desaparición de su hermano menor durante el resto de su vida. Tras la muerte de su padre tomó las riendas de las propiedades familiares. Tuvo dos hijos y una hija y, al igual que su padre, se aseguró que recibieran una buena educación y, de vez en cuando, también empleaba la regla para impartir disciplina. En esa época, entre 1930 y 1940, empezó el declive de la familia Sui. La vida de Sui Yingzhi llegaría a su fin de

un modo triste y en sus últimos días llegó a envidiar a su hermano, pero ya era demasiado tarde...

\* \* \*

Buzhao surcó los mares la mayor parte de su vida y no regresó a casa hasta unos pocos años antes de la muerte de su hermano. Le costó reconocer la ciudad y, la ciudad a él. Avanzaba por las calles de Wali tambaleándose, como si aún estuviese sobre la cubierta del barco. Cuando bebía, el licor se le escurría barba abajo hasta los pantalones. ¿Cómo era posible que alguien así fuera uno de los herederos de la fortuna de los Sui? Extremadamente delgado, sus pantorrillas rozaban la una contra la otra al andar, su cara era de una palidez extrema y sus ojos tenían un tono grisáceo. De su boca solo salían despropósitos y fanfarronadas sin pies ni cabeza. Durante su prolongada ausencia había viajado por todo el mundo, «de los Mares del Sur hasta el Océano Pacífico bajo las órdenes, —dijo—, del Capitán Zheng He, perteneciente a la gran dinastía Ming». «¡El tío Zheng era un buen hombre!», explicaba suspirando. Pero, evidentemente, nadie se creía ni una sola palabra. Contaba historias extremas a vida o muerte en alta mar que solían congregarse a grupos de muchachos curiosos. Entre carcajadas contaba a sus atentos oyentes, quienes escuchaban cautivados y sin pestañear, que los marineros seguían las instrucciones de un antiguo libro de navegación, el *Libro clásico de la navegación*<sup>6</sup>, y les deleitaba describiendo los encantos de las mujeres de las costas del sur. «Este hombre está destinado a la perdición», concluyeron los lugareños. «Y con él, el clan Sui desaparecerá».

El año del regreso de Buzhao mereció haber entrado a las crónicas de la ciudad. Durante una noche primaveral un rayo cayó sobre el viejo templo y, pese a los intentos de la gente por salvarlo, las llamas iluminaron Wali. En el interior del templo sonó algo parecido a una explosión que, según explicaron los ancianos a la multitud, debía ser la tarima donde los monjes guardaban los *sutras*<sup>7</sup>. El tronco del viejo ciprés parecía vivo, derramando savia como si de su sangre se tratase; chillaba envuelto en llamas. Los cuervos volaban entre la humareda cuando el marco que soportaba la gran campana cedió y se precipitó contra el suelo. El fuego rugía casi como ahogándose en un llanto, unas veces

más alto, otras más silencioso, al igual que el persistente eco de la gran campana o los lejanos sonidos de una trompa de cuerno de buey. La gente se quedó petrificada ante las llamaradas subiendo y bajando al compás del sonido.

El fuego llegó hasta los espectadores más cercanos al edificio en llamas, como si los rojizos zarpazos intentasen derribar a quienes luchaban por extinguir ese infierno. Resistían entre quejidos, pero no osaban avanzar. Los lugareños (viejos y jóvenes) se quedaron embobados presenciando la escena. Nunca nadie había visto un incendio como aquel. Al despuntar el alba descubrieron el templo reducido a cenizas. Luego llegó la lluvia, arrastrando lentamente calle abajo una espesa agua negruzca. Los vecinos permanecieron en silencio; incluso las gallinas, los perros y las aves acuáticas enmudecieron. Cuando el sol se hubo puesto ya entrada la noche, la gente se encaramó a sus camas calientes de ladrillo para acostarse, sus *kang*<sup>8</sup>, y ni entonces hablaron, limitándose a intercambiar miradas de complicidad.

Diez días más tarde un barco de vela proveniente de un lugar lejano encalló en el río Luqing atrayendo a los más curiosos hasta la orilla del río, desde donde podían verse los tres mástiles atrapados. Era evidente que las aguas habían retrocedido y el río se había estrechado; las pequeñas olas llegaban hasta la ribera, como si el río estuviera despidiéndose, mientras la gente empujaba para liberar el barco del banco de arena.

Otro segundo navío llegó y luego, un tercero, y también encallaron. El temor de la gente se estaba haciendo realidad: el río había languidecido de tal modo que los barcos ya no podían navegar, y lo único que podían hacer era observar la gradual retirada del agua, varando el muelle en tierra seca.

Un sopor se apoderó de la ciudad, y mientras Buzhao paseaba por las calles, una profunda consternación emanaba de sus ojos grises. A su hermano, Yingzhi, cuyo pelo se había vuelto ya cano, se le oía suspirar a menudo. La empresa de fideos dependía del agua y si poco a poco el río desaparecía, no tendría más remedio que cerrar molinos. Pero aún le preocupaban más los nuevos tiempos cambiantes; algo le carcomía el corazón a todas horas. A pesar del regreso de su hermano tras varias décadas en el mar, la tristeza y la decepción de Yingzhi eran cada vez más hondas. En una ocasión unas mujeres que trajinaban fideos para llevarlos a la zona de secado tiraron sus cestos y

regresaron corriendo, agitadas, negándose a recoger la carga. Intrigado por su extraño comportamiento, Yingzhi salió a echar un vistazo. Allí se encontró a Buzhao, descansando cómodamente en la arena desnudo como Dios le trajo al mundo, tomando el sol.

\* \* \*

El hijo mayor de Sui Yingzhi, Sui Baopu, era un niño adorable e inocente a quien le encantaba corretear de aquí para allá. La gente solía decir: «El clan Sui cuenta con otro digno descendiente». Sui Buzhao adoraba a su sobrino y a menudo lo llevaba a hombros. Su lugar preferido era el muelle, ahora ya en desuso, donde mirando de reojo el escuálido río, entretenía al crío con historias de la vida en alta mar. Baopu se hizo alto y guapo, y Buzhao no pudo continuar cargándolo sobre sus hombros. Le había llegado el turno a Jiansu, el hermano pequeño de Baopu. Baopu, se volvió cada vez más y más sensible, y su padre le dejó unas palabras escritas para que no las olvidara: «No seas nunca arbitrario, doctrinario, vulgar ni egocéntrico». Baopu las comprendió e interiorizó siguiendo la voluntad de su padre.

Las tres primeras estaciones del año —primavera, verano y otoño— se sucedieron sin ningún incidente y con la llegada del invierno, sus nieves y su hielo recubrieron el río y los molinos de la ribera. Mientras la nieve seguía cayendo, la gente acudió al complejo de los Li para observar al monje meditando; la imagen de aquel monje anciano con la coronilla afeitada les recordaba los tiempos en que la ciudad albergó un espléndido templo y un puerto donde los barcos atracaban. En sus oídos aún resonaban las voces de los marineros. Cuando hubo completado su meditación, el monje contó historias de antaño, tan incomprensibles como unas viejas profecías:

«Las dinastías Qi y Wei lucharon por alcanzar la soberanía de las planicies centrales. Cuando los habitantes de Wali acudieron al auxilio de Sun Bin, el rey Wei del clan Qi se levantó por encima de todos, asombrando a todo el mundo. Durante los veintiocho años que duró la dinastía Qing, el Primer Emperador viajó desde las Montañas Zou, al sur de Lu, hasta el Monte Tai, haciendo un alto en Wali para reparar sus barcos, antes de visitar los tres montes sagrados de Penglai, Fangzhang y Yingzhou. Confucio había difundido

sus rituales por todos los lugares excepto al este de Qi, donde los bárbaros disponían de sus propios ritos. El sabio era consciente de la existencia de prácticas para él desconocidas, y mandó a Yan Hui y Ran You para que las aprendieran. Los dos discípulos pescaron en el río Luqing usando anzuelos en vez de redes, como les había enseñado el sabio. Un habitante de Wali, que había estudiado bajo la tutela de Mozi durante diez años, podía disparar una flecha diez *li*, silbando durante su recorrido y había pulido un espejo con el que, sentándose frente a él, alcanzaba a ver hasta nueve prefecturas. Wali también vio nacer a muchos monjes y taoístas de renombre: Li An, conocido como Yongmiao, cuyo nombre literario era Changsheng; y Liu Chuxuan, conocido como Changzheng y literariamente como Guangning. Ambos provenían de Wali. Durante el reinado del Emperador Ming Wanli, una plaga de langostas asoló el lugar. El cielo se ennegreció y el sol se cubrió con un manto de nubes negras provocando una gran hambruna. La gente empezó a comer hierba, luego cortezas de árboles y acabaron comiéndose los unos a los otros. Después de permanecer sentado treinta y ocho días seguidos en un estado de profunda meditación, un monje se despertó del trance al oír una campanada de bronce tocada por unos acólitos, y corrió hacia a la entrada de la ciudad donde alzó sus manos y solo pronunció una palabra: «¡Pecado!». Todas las langostas del cielo entraron en su manga y fueron arrojadas al río. Al estallar la rebelión de Taiping, lugareños de las inmediaciones y de otros lugares remotos corrieron hacia Wali, donde la puerta de la ciudad se abrió de par en par para recibir a los refugiados...».

Las historias del monje entusiasmaron a su audiencia, a pesar de apenas comprenderlo. A medida que fue pasando el tiempo, empezaron a aceptar la inexorable aflicción de la soledad y el sufrimiento que les aguardaba. Con el retroceso del agua y el muelle estancado en tierra firme, los silbatos de antaño de los barcos desaparecieron. Eso dio lugar a que en sus corazones anidara un inexplicable sentimiento de impotencia, que poco a poco se convirtió en rabia. Gracias a las historias del monje se dieron cuenta de que el templo había desaparecido por completo, pero la campana se había salvado. Mientras tanto, el tiempo y los elementos de la naturaleza habían ido erosionando la imponente muralla de la ciudad, aunque una de las secciones se hallaba en buen estado, mostrando su grandeza. La gente también se dio cuenta de que la

marcha de los escandalosos y agitados forasteros había mejorado la calidad de vida en la ciudad; los muchachos se comportaban con más decoro y las muchachas con más castidad.

El río discurría tranquilamente entre sus estrechas orillas, con la superficie teñida de un color pálido. Los cimientos de la vieja fortaleza y los molinos iban sucumbiendo a la invasión de las vides. Todos salvo unos pocos estaban parados, pero los que aún giraban emitían un estruendo desde el amanecer hasta el anochecer. Un grueso musgo crecía más allá de las pezuñas de los bueyes, y los viejos trabajadores golpeaban con cucharones de madera los oscuros agujeros de las muelas del molino, provocando un sonido hueco. Las piedras giraban lentamente, desgastando el tiempo pacientemente. En silencio, la muralla de la ciudad y los viejos molinos de la ribera se miraban detenidamente, uno delante de los otros.

Wali parecía haberse desvanecido de la mente de la gente de otros lugares, y no fue hasta muchos años después que su existencia fue recordada, naturalmente, gracias a su muralla. Para entonces nuestra tierra había sufrido una gran transformación, caracterizada a grandes rasgos por una permanente inestabilidad. La gente creía que solo necesitarían unos años para superar Inglaterra y alcanzar América. Y fue entonces cuando los forasteros se acordaron de la muralla y de los ladrillos que la cubrían.

A primera hora apareció un grupo de forasteros, subieron a la muralla y empezaron a sacar los ladrillos. La ciudad se quedó atónita. Los agitados lugareños expresaron su desacuerdo con gritos, pero los recién llegados acarreaban una bandera roja, lo cual les confería autoridad. Rápidamente mandaron a buscar al Cuarto Maestro, otro vecino quien, pese a estar en la treintena, era considerado el miembro más viejo de su generación dentro del clan Zhao. Desgraciadamente estaba enfermo de malaria y no tuvo fuerzas suficientes para bajar *delkang*. Cuando a través de la ventana de su habitación el recadero le informó de la indeseada intrusión en la muralla, la débil respuesta del Cuarto Maestro resonó como una orden: «No me digas nada más. Buscad a su líder y rompedle una pierna».

Y así fue cómo la gente de la ciudad, armada con sus azadas y palos, salió como un enjambre por la puerta de la ciudad. Ya estaban a punto de derribar la muralla cuando antes de haberse dado cuenta ya estaban cercados. Los vecinos

de Wali se abalanzaron y les miraron con detenimiento antes de asaltarles y estampar sus palos contra las cabezas de los aterrados forasteros. Empezaron a llover golpes. A quien habían tirado de la muralla abajo levantaban la cabeza y gritaban: «¡Sean comprensivos!». Pero lo único que obtuvieron de sus atacantes fue una desafiante respuesta: «¡No se puede ser comprensivo con una panda de bastardos ladrones que viene a tu casa para demoler la muralla levantada por nuestros ancestros!». Los golpes continuaron, y las víctimas solo contaban con las herramientas que traían consigo para cubrirse las cabezas. «¡Un buen escarmiento!», era la consigna. Décadas de agravios y penurias hallaron su válvula de escape. «¡Toma esta!». De pronto, un alarido de dolor detuvo a todo el mundo en seco y se dieron la vuelta para mirar. Era el líder del grupo, le habían roto la pierna. Un lugareño estaba de pie a su regazo, con los labios ensangrentados, los pómulos contraídos y los pelos de punta. A los forasteros les quedó claro que la gente de Wali no bromeaba, y la reyerta iba en serio. Esa mañana los habitantes de Wali pudieron finalmente liberar la furia acumulada durante generaciones. Los forasteros auxiliaron a su malogrado líder y huyeron. La muralla fue salvada y, aunque los años venideros serían caóticos, solo habían perdido tres viejos ladrillos y medio.

La imponente muralla seguía erguida, orgullosa. Parecía no haber fuerza sobre la faz de la tierra capaz de hacerla temblar, siempre y cuando el suelo donde se levantaba no temblase. Las muelas de molino seguían girando, retumbando, empujando laboriosamente el tiempo. La hiedra recubría la fortaleza representada por los molinos, envolviendo también la muralla en su manto verdoso.

Muchos años pasaron hasta que un día, inesperadamente, el suelo se sacudió. Sucedió temprano, por la mañana. Los temblores arrancaron a los vecinos de su sueño, y fueron seguidos por un atronador ruido que en cuestión de segundos redujo la muralla a escombros.

También los vecinos se derrumbaron, con el corazón en un puño; como si hubieran recibido todos la misma orden se quedaron pensativos, y el desmorone del viejo templo y el navío de tres mástiles encallado en el río vinieron a sus mentes. Ahora, la muralla había desaparecido, pero en esta ocasión la misma tierra había sido la culpable.

Mientras aspiraban bocanadas de aire frío, buscaban una explicación al

suceso. Para su asombro descubrieron que varios augurios ya les habían advertido de la inminencia del terremoto, aunque muy a su pesar nadie los interpretó a tiempo. Alguien había visto serpientes coloradas —tantas que no las pudo contar—, arrastrándose hacia la orilla del río; una noche un cerdo había cavado un agujero en su porqueriza; las gallinas se habían puesto en fila india en lo alto de la muralla, cacareando al unísono antes de desaparecer en desbandada; y un erizo se había sentado en medio de un patio tosiendo como un anciano. Pero el malestar de la gente era debido a algo más que aquellos presagios. Preocupaciones y temores de mayor gravedad los atormentarían durante los seis meses precedentes. Sí, existían preocupaciones y temores de mayor gravedad.

Los rumores sobrevolaban la ciudad como murciélagos. Gente aterrorizada hablaba de noticias recién llegadas: la tierra sería redistribuida y las fábricas, incluyendo las de fideos, volverían a recaer en la gestión privada. El tiempo giraba, igual que las muelas de molino. Nadie era capaz de creerse los rumores, pero al poco los cambios fueron publicados en los periódicos y se convocó una reunión donde se anunció que las tierras, las fábricas, e incluso las salas de procesamiento de los fideos, volverían a ser gestionadas por el sector privado. La ciudad se quedó aturdida. Reinó el silencio, igual que la atmósfera precedente a la caída del rayo sobre el viejo templo. Nadie (ni pequeños ni grandes) hablaba; solo se cruzaban las miradas durante la cena, antes de irse a la cama. Ni las gallinas, ni los perros, ni los patos osaron romper el silencio. «Wali —decía la gente—, ciudad desdichada, ¿adónde vas?».

El alcalde y los representantes de las calles se encargaron personalmente de la parcelación de la tierra. «Se les llama parcelas de responsabilidad», les explicaron. Y de la fábrica de fideos y la sala de procesamiento, ¿quién se encargaría? Hasta después de varios días nadie se ofreció a ocuparse de la fábrica. Ahora solo quedaban las salas de procesamiento. Los molinos se alzaban en la ribera, envueltos en silencio y misterio. Todo el mundo sabía que la esencia de Wali —sus infortunios, su honor y su desgracia, su ascenso y su declive— se concentraba en los sombríos y ruinosos viejos molinos. ¿Quién tendría el coraje de plantarse en aquellas frías y húmedas fortalezas, llenas de musgo, y ponerse al mando?



La gente siempre había considerado la elaboración de fideos como un oficio singular. Los molinos y los lugares donde se procesaban las hebras estaban bañados por un complejo e indescriptible halo de misterio. Desde la molienda, la temperatura del agua, la levadura, el almidón, la pasta..., si en algún momento surgía el menor inconveniente, el proceso fracasaba: de repente el almidón formaría un sedimento y los fideos empezarían a romperse... Es lo que los trabajadores llamaban «una cuba estropeada». «¡La cuba se ha estropeado!», gritaban. «¡La cuba se ha estropeado!». Y cuando eso sucedía, todo el mundo se quedaba paralizado, sin saber qué hacer.

Muchos expertos fabricantes de fideos habían puesto fin a su vida tirándose al río Luqing. A uno de ellos consiguieron rescatarle y salvarle, pero al día siguiente lo encontraron ahorcado en uno de los molinos. Así era ese oficio. ¿Quién daría el paso y tomaría las riendas ahora? Puesto que había sido el clan Sui quien se había ocupado de los molinos durante generaciones, era lógico, que fuese uno de ellos quien asumiera el cargo. Finalmente, se instó a Sui Baopu que aceptara el cargo, pero el vástago del clan Sui de cuarenta años de edad y cara rojiza negó con la cabeza, mirando hacia la hilera de molinos de la ribera, y murmuró algo, con cara de preocupación.

Ante tal situación, un miembro del clan Zhao, Zhao Duoduo, sorprendió a todo el mundo asumiendo voluntariamente la tarea. Wali entero se revolvió. Lo primero que hizo después de tomar el mando fue cambiar el nombre de la empresa por la de «Fábrica de Fideos Wali». La gente intercambió miradas de incredulidad al darse cuenta de que la fábrica ya no pertenecía ni a Wali ni al clan Sui. ¡Ahora era del clan Zhao! Sin embargo, las viejas muelas de molino continuaban retumbando desde la salida a la puesta del sol. Los lugareños acudieron a la ribera y contemplaron boquiabiertos los molinos, sintiendo que un extraño cambio se acababa de producir, tan extraordinario como las gallinas en fila india en lo alto de la muralla o el erizo que tosía. «El mundo se ha vuelto loco», decían. Así que, cuando la tierra tembló aquella mañana, todos se asustaron, pero nadie se sorprendió.

Si existía una explicación para el temblor, esta vendría de las plataformas de perforación en los campos. Durante gran parte del año un equipo de prospección geológica había estado trabajando en las afueras de la ciudad, pero poco a poco, las plataformas de perforación se habían ido acercando,

sembrando el desasosiego entre los vecinos. De todos los trabajadores, solo la delgada silueta de Sui Buzhao podía ser distinguida de entre los equipos de perforación. A veces ayudaba a transportar los taladros y terminaba empapado de barro de los pies a la cabeza. «Estas tareas son para la extracción de carbón», explicó a la multitud allí reunida. Los taladros trabajaron día y noche, hasta que al décimo día uno de los lugareños se plantó y exclamó: «¡Basta!». «¿Cómo que basta?», preguntó uno de los operarios. «¡Cuando lleguéis a la decimoctava capa de cielo y tierra, estaremos acabados!». El operario rio mientras trataba de explicarle que no había de qué preocuparse.

Las perforaciones continuaron hasta la mañana del decimoquinto día, cuando la tierra empezó a temblar. Todo el mundo corrió a asomarse a la ventana. Los temblores provocaron mareos y hubo quienes sintieron ganas de vomitar; todos menos Sui Buzhao, que había pasado la mitad de su vida a bordo de un barco y estaba acostumbrado al movimiento de la tierra bajo sus pies. Empezó a correr, pero entonces un ruido atronador surgió de algún sitio y dejó a la gente clavada. Cuando recuperaron el sentido, se dirigieron a toda prisa hacia un lugar despejado, donde se apiñaron con los que ya estaban allí, era la explanada que había dejado el viejo templo derruido. La mayoría de vecinos se congregaron allí, tiritando, aunque no era una mañana fría. Sus voces ya no sonaban igual, hablaban lánguida y débilmente, e incluso aquellos más locuaces tartamudeaban. «¿Qué ha caído?», se preguntaban. Hacían gestos de negación con la cabeza; nadie lo sabía.

A varios no les había dado tiempo ni de vestirse, por lo que ahora trataban de cubrir sus cuerpos desesperadamente. Sui Buzhao, prácticamente desnudo salvo por una camisa blanca que llevaba atada a la cintura, salió corriendo en busca de sus sobrinos Baopu y Jiansu, y de su sobrina Hanzhang, a quien encontró debajo de un pajar. Baopu iba vestido —más o menos— y ella, Hanzhang, solo llevaba ropa interior. Agachada con los brazos cubriendo los senos, le hacían de escudo Baopu y Jiansu, quienes solo llevaban unos pantalones cortos. Sui Buzhao se agachó y buscó a Hanzhang en la oscuridad. «¿Estás bien?», le preguntó. «Sí», respondió ella. Jiansu se acercó y dijo con impaciencia: «¡Largo!». Sui Buzhao dio una vuelta por la plaza y descubrió que los clanes estaban todos juntos, acurrucados; allí donde asomara un grupo de personas, se trataba de un clan. Los tres grandes grupos eran los Sui, los

Zhao y los Li: viejos y jóvenes. No les había convocado nadie, era la tierra quien lo había hecho; tres sacudidas aquí y dos allá, y los clanes habían sido llamados hacia un mismo punto. Sui Buzhao se dirigió hacia donde estaba el clan Zhao y echó un vistazo, pero no encontró a Naonao... ¡Qué lástima! Naonao rondaba los veinte años y era la hija predilecta del clan Zhao. Una joven de cuya belleza se hablaba a ambas riberas del río por igual. Se había desvanecido como una bola de fuego. El viejo anciano tosió y se abrió paso entre la multitud, sin saber hacia dónde dirigirse.

Mientras el cielo se esclarecía, alguien gritó: «¡Nuestra muralla ha desaparecido!». Fue en ese instante cuando la gente comprendió de dónde había venido aquel ruido atronador. Todos corrieron y gritaron al unísono, hasta que un joven brincó sobre los cimientos y exclamó: «¡Alto ahí!». Todo el mundo le miró preguntándose qué pasaba. Extendiendo su brazo derecho dijo: «Vecinos, no os mováis. Esto es un terremoto y habrá una réplica. Esperad hasta que haya pasado».

La gente aguantó la respiración y, cuando terminó de hablar, exhalaban al unísono. «Lo normal es que la réplica sea peor que el primer temblor». Añadió el hombre. A esto le siguió un murmullo de la multitud y Sui Buzhao, que escuchaba atentamente, gritó: «¡Hacedle caso! ¡Sabe de lo que está hablando!». Finalmente, el silencio volvió a la plaza. Nadie se movía, esperaban la réplica. Pasaron varios minutos antes de que alguien del clan Zhao exclamara entre lágrimas: «¡Oh, no, el Cuarto Maestro! ¡No está aquí! ¡No habrá podido salir con vida!».

Entonces sobrevino el caos, y alguien empezó a soltar improperios. Era Zhao Duoduo. «¿Qué demonios es todo este griterío? ¡Id a buscar al Cuarto Maestro y traedlo aquí!».

Un hombre salió inmediatamente de entre la multitud y descendió por una calle, rápido como el viento. Nadie pronunció ni una palabra, el silencio era insoportable y permanecieron así hasta su regreso. «¡El Cuarto Maestro estaba durmiendo!», anunció en alto. «Dice que volváis a casa, que no habrá réplica».

La noticia fue recibida con saltos de alegría y los mayores de cada clan comunicaron a sus jóvenes que volvieran a sus casas. La multitud se dispersó, y el hombre bajó de la base de la muralla de un salto y lentamente fue

alejándose. Solo tres personas se quedaron en el pajar: Baopu, su hermano y su hermana. Jiansu miró a lo lejos y se lamentó: «¡El Cuarto Maestro se ha convertido en un dios que reina en el cielo y en la tierra!». Baopu cogió la pipa que su hermano había dejado en el suelo y, dándole la vuelta, la volvió a dejar donde estaba. Se enderezó para liberar su cuerpo musculoso de aquel confinamiento, levantó la vista hacia las estrellas que ya estaban desapareciendo y suspiró. Después de quitarse la camisa y envolver los hombros de su hermana, hizo una pausa y se marchó sin mediar palabra.

Baopu penetró en la sombra de una sección de la muralla derrumbada y descubrió algo blanco. Dio un paso adelante y se detuvo. Era una mujer joven semidesnuda. Ella soltó una risita cuando vio quién era. La garganta de Baopu ardía. Una sola palabra temblorosa emergió: «Naonao».

Ella volvió a reír, puso sus largas piernas blancas en movimiento y salió corriendo.

## 2

El clan Sui y los viejos molinos parecían destinados a permanecer unidos. El clan se había dedicado a la elaboración de fideos durante generaciones. Tan pronto como los tres hermanos —Baopu, Jiansu y Hanzhang— tuvieron edad de trabajar, se les podía encontrar en el soleado suelo del secadero o en las salas de procesado. Durante los años de la hambruna, lógicamente la producción de fideos quedó suspendida, pero cuando las ruedas de molino volvieron a girar, el clan Sui regresó al trabajo. A Baopu no le gustaban los cambios. Imperturbable al paso del tiempo, había preferido permanecer sentado en una banqueta mirando la muela del molino girar. Jiansu trabajaba en el transporte de los fideos, recorriendo el camino de grava hasta el muelle marítimo con el carro de caballos. Hanzhang era quien tenía el mejor empleo: sus días transcurrían en el secadero, con un pañuelo atado a la cabeza, deslizándose entre hileras de fideos plateados.

Pero ahora la fábrica pertenecía a Zhao Duoduo. El primer día convocó a todos los trabajadores a una reunión. «Ahora el responsable de esta fábrica soy yo —anunció— y os invito a todos a quedaros. Aquellos que deseen irse ya pueden hacerlo. Pero si os quedáis, ¡preparaos para los días de arduo trabajo que os esperan!». Al terminar de pronunciar estas palabras, algunos de los trabajadores se marcharon. Pero no así Baopu y sus hermanos, quienes después de la reunión regresaron a sus puestos de trabajo. Nunca pasó por su cabeza la idea de dejar el trabajo. Era como si sus vidas estuvieran destinadas a la fábrica de fideos, y solo la muerte les podría separar. Baopu se quedaba sentado en el molino, solo, vertiendo judías por la tolva, con sus anchas espaldas frente a la puerta, y la única ventana de la sala ubicada en lo alto de la pared, a su derecha. Desde la pequeña ventana podía ver la ribera, las

dispersas «fortalezas» y las hileras de sauces. Un poco más lejos una superficie plateada deslumbraba bajo un cielo azul. Era el suelo del secadero, un lugar donde la luz del sol parecía más brillante que en cualquier otro sitio, y donde el viento soplaba suavemente. Tenues sonidos de risas y cantos flotaban sobre la tierra arenosa, donde las muchachas entraban y salían del bosque de bastidores de secado. Hanzhang era una de ellas, igual que Naonao. Los niños, echados por el suelo alrededor de los bastidores, esperaban a que cayera alguna hebra de fideo para correr a recogerla. Desde la ventana Baopu no podía ver sus caras, pero podía sentir su felicidad.

El secadero era escenario de una intensa actividad que empezaba antes de la salida del sol. Cada mañana las mujeres de más edad observaban las nubes para determinar la dirección del viento y, en función de esta, colocaban los bastidores en posición perpendicular. De este modo, gracias al viento las húmedas hebras no se quedaban pegadas entre sí. Carros tirados por caballos salían y entraban para entregar las cestas llenas de fideos aún húmedos. Blancas como la nieve, las immaculadas hebras pendían de los bastidores, donde las muchachas los extendían y giraban con sus delicados dedos a lo largo del día, hasta que se quedaban tan secas y ligeras que revoloteaban, cual hojas de sauce mecidas por la brisa.

La gente decía que los fideos Dragón Blanco se habían ganado merecidamente su reputación, no solo por la extraordinaria calidad del agua del río Luqing, sino también por los dedos de las mujeres que allí trabajaban. Manipulaban las hebras con mucho cuidado, una a una, de arriba abajo y de izquierda a derecha, como si tocasen el arpa. Los colores del atardecer se reflejaban en sus caras mientras poco a poco la luz se retiraba de los fideos, hasta que finalmente rechazaban cualquier color, tornándose completamente blancos.

Mientras los cuerpos de las mujeres se calentaban bajo el sol, una de ellas empezó a canturrear en voz baja. Las notas se amplificaron, y todo el mundo se detuvo para escucharla. Cuando la cantante se percató de que había cautivado a la audiencia, paró abruptamente y fue recompensada con aplausos y risas. En el secadero la voz más altisonante era la de Naonao. Estaba acostumbrada a hacer lo que quisiese, incluso a insultar a alguien sin motivo aparente. Ninguno de sus blancos se lo tomaba en serio, pues la conocían bien y sabían de qué

pie calzaba. Había aprendido a bailar música disco viendo la televisión, y a veces incluso realizaba demostraciones en el secadero. Cuando esto ocurría, las demás compañeras paraban de trabajar y gritaban: «Más, más, más...». Pero Naonao nunca hacía lo que los demás querían, así que, en lugar de seguir bailando, se estiraba sobre la arena caliente dejando su piel blanca al aire. En una ocasión se encontraba tendida en el suelo cuando empezó a retorcerse y exclamó: «Día sí, día también, hay algo que noto en falta». Las demás se rieron. «¡Lo que te falta es un bobo que te envuelva con sus brazos!», exclamó una anciana. Naonao se incorporó de un salto y sentenció: «¡Ah! Ese bobo todavía ha de nacer». Las demás aplaudieron divertidas. Qué momento de júbilo, acompañado de un estallido de risas mientras se giraban y regresaban a los fideos.

Hanzhang solía mantenerse alejada del centro de actividad, e incluso había días en los que apenas hablaba con nadie. Alta y delgada, con unos ojos grandes y oscuros, tenía unas largas pestañas que revoloteaban constantemente. De vez en cuando Naonao se deslizaba por debajo de los bastidores de secado y arrollaba a Hanzhang con su cháchara. Ella solo la escuchaba.

Un día Naonao le preguntó: «¿Quién es más bonita, tú o yo?». Hanzhang sonrió. Naonao aplaudió. «Tienes una sonrisa preciosa. Siempre pareces triste, pero cuando sonríes eres muy bella». Hanzhang permaneció en silencio mientras sus manos volaban sobre los bastidores. Naonao balbuceó algo y le agarró una mano para mirarla más de cerca. «¡Qué mano tan hermosa, con estas bonitas uñas! Te las deberías pintar de rojo. ¿Me has oído? A partir de ahora, cuando te pintes las uñas, ya no hace falta que utilices adelfas. Ahora hay un aceite con el que te pintas las uñas y se vuelven rojas».

Al levantar la mano, bajó la cabeza y pudo ver por debajo de la manga el pálido brazo de Hanzhang. Se puso tan nerviosa que la soltó de inmediato. Su piel era tan translúcida que Naonao incluso pudo ver sus venas. Después miró su cara, ligeramente tostada por el sol. Pero la piel del cuello y las partes que cubría con su pañuelo eran del mismo color que el brazo. Naonao enmudeció mientras la estudiaba con la mirada, mientras separaba cuidadosamente dos hebras de fideo pegadas.

«Los Sui sois gente rara», espetó mientras empezó a faenar junto a

Hanzhang al darse cuenta de que los fideos tenían más nudos de lo habitual, demasiados para ella sola. Tras separar unos cuantos levantó la mirada para soltar un suspiro y encontró a Naonao con la mirada perdida en la lejanía. Se giró para saber qué era lo que Naonao miraba. Eran los molinos detrás del río.

«¿No tiene miedo por la noche, sentado allí solo?», preguntó Naonao.

«¿Qué quieres decir?». Naonao la miró. «¡Tu hermano! Dicen que el viejo molino está encantado...».

Hanzhang volvió la vista al bastidor y estiró algunas hebras. «Él no tiene miedo. Nada le asusta».

El sol estaba en lo alto del cielo. Sus rayos se reflejaban en los fideos, en la ribera y en el agua. Niños cargados con cestos esperaban a la sombra de los sauces con los ojos fijados en las brillantes hebras de fideos. Esperaban diariamente el momento de la recogida de las hebras secas para correr y lanzarse sobre la arena caliente en busca de los trozos que habían caído al suelo, aunque últimamente las mujeres del secadero no les trataban muy bien. Después de recoger los fideos barrían la arena debajo de los bastidores, lo que significaba que apenas quedaba algún resto. Pero eso no impedía que los niños continuasen esperando, ni sofocaba su entusiasmo.

Cuando las mujeres levantaban sus rastrillos, los niños dejaban escapar un grito, caían sobre sus rodillas y empezaban a buscar hebras rotas. Algunos dejaban sus cestas de lado y amontonaban frenéticamente la arena con las manos, para después sentarse a hurgar en la pila. Era inevitable que de vez en cuando cayera alguna hebra y los trabajadores la pisaran sin darse cuenta. Si algún niño encontraba un trozo de medio pie de longitud, empezaba a dar saltos de alegría. A medida que el sol se deslizaba por el cielo, los niños de los sauces se impacientaban. Se colocaban las cestas sobre la cabeza, se las quitaban y se las volvían a poner. El mayor de ellos contaba con ocho o nueve años y, sin nada más que hacer, sus padres le enviaban a recoger fideos y los vendía los días de mercado. Mientras esperaban se preguntaban los unos a los otros cuánto habían ganado la última vez.

Pero hoy la viuda Xiaokui había traído al pequeño Leilei a sentarse debajo de un sauce. Leilei era un niño que había decidido no hacerse mayor y, de hecho, a nadie le parecía que hubiera crecido. Los demás niños se reían de él, y uno de ellos se burló en voz alta: «Evidentemente nosotros no vamos a poder



recoger tantas hebras como él...».

Xiaokui se limitaba a mirar al suelo sin abrir la boca, con la mano apoyada en la cabeza de Leilei. Él estaba quieto, con sus labios oscuros, acurrucado cerca de su madre. Xiaokui observaba a Hanzhang trabajando entre los bastidores y la vio desechar una larga hebra, agarrar el rastrillo y levantarlo por encima de la cabeza. «¡Ve! ¡Corre!», le dijo Xiaokui a su hijo, que corrió hacia la hebra, pero no tan rápido como los demás niños, quienes tenían mejor vista y piernas más fuertes. Se abrieron camino hasta Hanzhang a codazos y se tiraron sobre la arena. Xiaokui intentó localizar a Leilei, pero había demasiados niños, demasiadas manos mugrientas tapando su visión. Se levantó, se arregló el pelo y se apartó de entre los niños.

Hanzhang dio una rápida pasada con el rastrillo y trazó una línea sobre la arena delimitando la zona de trabajo; nadie podía cruzar esa línea para rebuscar fideos rotos. No apartaba la vista de las manos mugrientas que frenéticamente tamizaban la arena y se desplazaban a cada nueva superficie. Pero cuando levantó la mirada y descubrió a Xiaokui y Leilei rebuscando en la arena, por alguna razón desconocida, su mano comenzó a temblar. Al advertir que Hanzhang la estaba mirando, Xiaokui se puso de pie, se sacudió la arena de las manos y dio un paso hacia adelante para agarrar a Leilei de la mano. Avergonzada, sonrió a Hanzhang, quien asintió con la cabeza antes de bajar la mirada y seguir trabajando. Pero ahora tenía problemas para aferrarse a su rastrillo; la mano le temblaba tanto que seguía haciendo caer fideos del bastidor al arenoso suelo. Los niños se empujaban hacia adelante, con los rostros sonrojados por la excitación. Finalmente, Leilei consiguió arrastrarse hasta la parte delantera del grupo, donde agarró un puñado de fideos y los apretó con tanta fuerza que parecía que no los soltaría nunca.

Una vez secos, los fideos eran apilados encima de sacos de arpillera, formando pequeñas montañas de hebras blancas. Apareció una hilera de carros y los conductores gritaron a las mujeres que empezaran a cargar. Jiansu condujo su carro hasta la pila de fideos más alejada, pero en lugar de detenerse, sacudió su látigo en el aire y dio un rodeo a los bastidores. Su campana repicaba, y silbaba mientras avanzaba detrás de las mujeres, asustándolas. Todas menos Naonao, que corrió detrás del carro y, gesticulando, gritó: «¡Para!». Jiansu aminoró el paso para que pudiera subir.

«¡Ahora corre, rápido!», gritó ella. El látigo chasqueó en el aire y salieron disparados. Finalmente, Jiansu se dirigió hacia una pila situada en la esquina del secadero, donde él y Naonao cargaron el carro. Él era mucho más alto que Naonao, sus piernas eran tan largas que tuvo que agacharse para coger una de las pilas entre los dos. «Ten cuidado —dijo él— o te lanzaré dentro del carro con los fideos». «¡No seas tan engreído!». Jiansu se apartó el pelo regodeándose, se estiró y envolvió sus brazos alrededor de la chica y la carga que llevaba. ¡Pum! Los metió a los dos dentro del carro.

«Caramba, ¡estás fuerte!» —dijo Naonao divertida sobre el carro—. «Más fuerte que el poderoso Wu Song, ¡y el doble de malo!». Las mujeres, divertidas por la escena, aplaudieron con aprobación. Una de ellas, de mediana edad, les señaló y dijo: «¡Se divierten tanto que parecen novios!». Eso fue recibido con gritos de júbilo. Naonao miró desde el carro y se puso de pie. «¡Y tú qué diablos sabes!», vociferó señalando a la mujer.

Zhao Duoduo acudió al secadero, tal y como hacía a diario. Cuando él entró las mujeres estaban aplaudiendo y riendo y, al notar su malestar, se calmaron. Con semblante oscuro, se acercó al carro de Jiansu y los miró a los dos. «¿Qué estás mirando, viejo Duoduo? —dijo Naonao— No me asustas». Duoduo sonrió, mostrando sus dientes delanteros. «Ya lo sé. Tú a mí sí que me asustas. Solo vine a decirte que a partir de mañana vas a trabajar dentro. Allá serás más productiva».

Ella hizo un mohín. «Tampoco vas a asustarme allá».

Duoduo la observó saltar del carro y entrecerrar los ojos mientras trataba de recuperar el aliento. De su cuello cayó una gota de sudor al suelo. Entonces un revuelo detrás de él le llamó la atención. Se giró y vio a un grupo de niños con cestas, gritando y persiguiendo a Hanzhang, que agitaba su rastrillo en el aire. «¡Maldita sea!», vociferó mientras se acercaba a ver qué sucedía. Los niños cavaban con furia en la arena con sus manos sucias, que entraban y salían del suelo arenoso, entrelazadas. Si no aparecía ningún fideo, los dedos se zambullían en busca de la siguiente oportunidad. Sus ojos estaban fijos en el pequeño montículo de tierra enfrente de ellos, y no veían nada más. Cuando Hanzhang gritó, los niños alzaron la vista para mirar, mientras sus manos fueron aplastadas por un pie lo suficientemente grande como para enterrarlos enteros. Los jóvenes ojos subieron hasta la pierna. Al descubrir que era

Duoduo, se echaron a llorar.

«Vosotros, ¡ladronzuelos!», maldijo mirando los cestos.

«Tío Duoduo...», dijo Xiaokui. Se agachó y, sin mirar a la mujer, le dio un tirón de orejas a Leilei. Tras soltar un grito de dolor, el chico rompió a llorar y dejó caer el cesto en el suelo. El pie se levantó de las manos, que regresaron rápidamente a sus propietarios. Luego retrocedió, tiró el cesto de Leilei y derramó los fragmentos de fideos, como agujas de bordar, en la arena. Los niños miraron boquiabiertos cómo Xiaokui se tambaleaba hacia atrás, cayendo sobre la arena con un ruido sordo.

El secadero enmudeció durante unos instantes hasta que Hanzhang decidió interceder recogiendo los fideos de Leilei. Duoduo la fulminó con la mirada mientras ella dejaba el rastrillo. «¡Alto ahí!», gritó. Hanzhang se quedó helada. Para ese entonces todos los niños lloraban. Las otras mujeres estaban ocupadas haciendo viajes para cargar los carros, donde los caballos anunciaban su presencia con fuertes relinchos. El sonido de una campana se añadió a la confusión, junto a las imprecaciones del hombre dirigidas a su animal. Era Sui Jiansu. Con los ojos clavados en Zhao Duoduo, se acercó, se puso al lado de Hanzhang y encendió su pipa. Empezó a fumar sin apartar la mirada de Duoduo.

«¿Qué demonios quieres?», preguntó Duoduo, cada vez más irado. Jiansu soltó una bocanada sin decir nada. «¿Y bien?», preguntó Duoduo con voz ronca.

«¡Hermano Segundo!», susurró Hanzhang. Pero Jiansu tampoco abrió la boca. Después de fumarse todo el tabaco de la pipa, golpeó el cuenco para vaciar las cenizas.

La mirada de Duoduo iba de Jiansu a los niños. «¿Quién demonios te crees que eres, mocoso? ¡Hazme enfadar y no vivirás para contarlo!». Se dio la vuelta y se marchó.

Hanzhang agarró a Jiansu por la manga y dijo en voz baja: «¿Qué pasa, Hermano Segundo? ¿Qué sucede?».

«No es nada —gruñó a regañadientes—, solo quería que supiera que a partir de ahora será mejor que empiece a tratar a los miembros del clan Sui con más respeto». Hanzhang miró el viejo molino al otro lado del río sin

responder. Cuando anocheció, la niebla se levantó sobre el río, confiriendo al sigiloso molino un halo inquietante.

El viejo molino se erigía silencioso, pero si escuchabas con atención, podías oír un ruido sordo, como un trueno lejano cayendo sobre los bosques, tras las orillas del atardecer otoñal. La muela del molino giraba lentamente, empujando pacientemente el tiempo. Era como si poco a poco fuera irritando a todos los habitantes; quizá un día, tarde o temprano, provocaría la furia de los más jóvenes.

\* \* \*

El joven heredero del clan Li, Li Zhichang, soñaba con hallar el modo de modernizar el molino. No muy dado a hablar, se distraía fantaseando. Cuando le contó una de sus ideas a Sui Buzhao —su único confidente—, ambos se entusiasmaron. «¡Esto es una hipótesis interesante!», dijo el hombre mayor con un suspiro de aprobación. El pasatiempo favorito de Li Zhichang era leer textos científicos de matemáticas y física, memorizando fórmulas y principios. Sui Buzhao nunca podía recordar todo lo que Li Zhichang explicaba, pero le atraía la palabra «principio» y anteponía esos principios a su criterio. Instó a Li Zhichang a compartir sus planes de mecanización de la fábrica con un geólogo, apellidado también Li.

«Se puede hacer», respondió Li. Y de esta forma, juntando su ingenio, los tres hombres idearon un plan viable. Ahora lo único que quedaba era fabricar e instalar la maquinaria. No fue hasta más tarde cuando cayeron en la cuenta de que necesitaban la aprobación de Zhao Duoduo, y Sui Buzhao fue a visitarle.

Primero Zhao no dijo nada. Pero después de pensarlo detenidamente, respondió: «Adelante, mecanizad uno de los molinos. Vamos a probarlo».

Li Zhichang y Sui Buzhao estaban tan entusiasmados como el técnico Li. Todas las piezas que necesitaban se fabricaron en la misma fragua de la ciudad, con los costes a cargo de la fábrica. La última pieza fue el motor y para ello Zhao Duoduo les dio la última bomba de inyección que quedaba en la fábrica. Ahora la pregunta era: ¿en qué molino instalarían el flamante

equipo? Sui Buzhao sugirió el molino donde trabajaba su sobrino. Baopu, que pareció estar de acuerdo con la idea, ordenó parar a su buey, lo desenganchó de las correas y lo sacó del molino.

Las obras empezaron. Durante varios días el molino fue el escenario de una actividad bulliciosa bajo la atenta mirada de una multitud de conciudadanos. Sui Buzhao no paraba quieto ni un momento. Ahora llevando una lata de aceite, luego una herramienta, más tarde apartando a los mirones. Finalmente, el motor petardeó y, cuando estaba funcionando a toda velocidad, comenzó a girar la muela. El ruido era más fuerte que de costumbre, como si un trueno hubiera caído cerca. Instalaron una cinta transportadora para alimentar la muela de judías a una velocidad constante. El líquido se derramaba y corría por la nueva canalización hasta verterse en el depósito de decantación. En ese preciso instante tuvieron que dejar de alimentar la muela con el cucharón de madera, pero seguía siendo necesario que alguien esparciera las judías sobre la cinta de manera uniforme, así que Baopu continuó sentado en el viejo molino, como antes.

Sin embargo, ahora ya no podía disfrutar de la tranquila soledad debido al continuo flujo de curiosos que acudían a ver el motor y eran reticentes a marcharse. El elogio fue prácticamente unánime. La única excepción fue un singular anciano llamado Shi Dixin, que por lo general se oponía a todo lo nuevo y desconocido y, por si fuera poco, en el pasado había litigado con Sui Buzhao; estaba en desacuerdo prácticamente con cualquier cosa en la que los Sui estuvieran involucrados. Observó la instalación durante un momento, y antes de irse tiró con rabia un escupitajo contra el ruidoso motor.

Las mujeres de la sala de procesado aparecían con asiduidad; eso incluía a Naonao, quien se quedaba de pie chupando un caramelo sin dejar de sonreír. Cuando ella estaba, el ruido del motor no parecía tan alto como de costumbre, pues quedaba ahogado en sus gritos. Si estaba animada, los improperios salían sin cesar de su boca. Maldecía la muela del molino, pero la muela del molino no contestaba. Maldecía a todo el mundo, pero solo le sonreían. Correteaba alrededor, tocando esto y frotando lo otro, a veces repartiendo pisotones sin motivo.

Un día estiró el brazo haciendo ademán de tocar la cinta transportadora; Baopu corrió, la agarró con sus brazos y la arrastró hasta un rincón, donde la

soltó como si se hubiera quemado al tocarla. Naonao le miró como si fuera la primera vez que le veía. Después, con voz chillona, dijo: «Debería darte vergüenza, ¿cómo te atreves?». Le miró por última vez y salió corriendo del molino. Todos los presentes se echaron a reír menos Baopu, que actuando como si nada hubiera pasado, volvió a sentarse.

A medida que pasaba el tiempo, el número de curiosos iba disminuyendo. Hasta que un día, mientras Baopu estaba a solas mirando por la ventana, vio a Xiaokui, cesta en mano, y a su pequeño hijo, Leilei, de pie en la orilla del río mirando hacia el molino. Oyó al niño preguntar a la madre: «¿Qué es una máquina?». Baopu saltó de la silla y gritó a través de la ventana: «Ven aquí, muchacho, ¡la máquina está aquí!». Pero no hubo respuesta.

Siempre que Sui Jiansu regresaba de una entrega, entraba al molino para hacer compañía a su hermano durante un rato. Tal vez porque estaba acostumbrado a ir con su carro a todas partes, sencillamente no podía entender cómo un hombre joven y sano podía quedarse sentado en silencio, todo el día, como un viejo. Su hermano no habría la boca, como si no le interesara nada de lo que ocurriera fuera de aquella sala. Así que Jiansu se quedaba sentado fumando su pipa antes de volver a marcharse. Cuando contemplaba la amplia espalda de su hermano, le parecía pesada como una roca. ¿Qué es lo que había dentro? «Eso —pensó— siempre sería un misterio». Él y Baopu eran del mismo padre pero de distintas madres, y estaba convencido de que jamás llegaría a entender al hijo mayor del clan Sui.

Cuando ese día Jiansu regresó del secadero, le explicó a Baopu cómo Zhao Duoduo había gritado a Hanzhang y a Xiaokui. Baopu no se movió. «¡Espera y verás! —dijo Jiansu con tono amenazador—. La familia Sui no permanecerá sometida a su látigo durante toda la vida».

Baopu miró a su hermano y dijo, casi para sí mismo: «Hacer fideos es a lo que nos dedicamos, eso es todo».

Jiansu lanzó una mirada fría a la muela del molino y dijo: «Quizá sí, quizá no». Lo que más ansiaba era sacar a Baopu de aquel maldito molino y que no volviera a pisarlo jamás. «Baopu puede haber nacido para hacer fideos, pero no para estar sentado viendo una muela de molino girar».

Todos estaban de acuerdo en que Baopu era quien mejor dominaba el arte de hacer fideos. Lo que nadie sabía era de quién había aprendido el oficio,

dando por sentado que debía ser un don innato al clan Sui. Años atrás, cuando se estropeó una cuba, Baopu dejó una profunda impresión en el resto de vecinos. Aquella desafortunada mañana apareció un extraño olor proveniente de la sala de procesado y acto seguido el almidón dejó de cuajar. Cuando algunos fideos asomaron a la superficie, eran tan gruesos que se rompían solo con el contacto con el agua fría. Al final no salía ni el almidón. Las pérdidas fueron sustanciales y en la calle Gaoding, por todos los confines de Wali, se oían gritos: «¡Cuba estropeada! ¡Cuba estropeada!». Al quinto día, convinieron traer a un costoso maestro fabricante de fideos. Tan pronto como entró en la sala, frunció el ceño. Probó la pasta, desembolsó los honorarios recibidos y se fue corriendo. El secretario del Partido de la calle Gaoding, Li Yuming, un hombre decente y honesto, estaba tan preocupado por el suceso que esa noche se le hincharon las mejillas. Mientras tanto, Baopu permanecía sentado vertiendo judías en la tolva. Al enterarse de la noticia, arrojó el cucharón y se encaminó hacia la sala de procesado. De cuclillas en un rincón, dando caladas a su pipa, observó la expresión de pánico de la gente. Vio al Secretario Li, con el rostro desfigurado —estrecho por arriba e hinchado por abajo—, colocar un trozo de tela roja en el marco de la puerta para alejar los malos espíritus. Incapaz de permanecer por más tiempo allí agazapado, Baopu vació las cenizas de la pipa, se levantó y se acercó al tanque de sedimentos, de donde sacó un poco de líquido con un cucharón. Todo el mundo se detuvo y lo miró boquiabierto. Sin decir ni una palabra, sacó todo el líquido, un tanque tras otro. Luego regresó a su esquina y se agachó de nuevo. Más tarde, a medianoche, drenó más líquido. Incluso alguien le vio bebiendo unos sorbos de almidón. La diarrea le atacó al amanecer, cuando se sujetó el vientre con las dos manos, y la cara se le puso amarilla como la cera. No obstante, regresó y permaneció agachado en el rincón. Y así estuvo durante casi una semana, cuando de repente una fragancia familiar volvió a flotar en el ambiente.

Cuando la gente fue en busca de Baopu ya había desaparecido de la esquina, y al empezar a estirar la pasta, vieron que todo había vuelto a la normalidad, con Baopu sentado como siempre delante de la muela del molino.

A Jiansu le resultaba imposible entender cómo era posible que alguien fuera tan terco. Teniendo en cuenta el talento de ese hombre, ¿por qué no trabajaba de mecánico? Eso implicaba el doble de salario y prestigio, y (por

supuesto) era más entretenido. Pero cada vez que sacaba el tema Baopu negaba con la cabeza. La tranquilidad era muy importante para él, decía, aunque a Jiansu se le hacía difícil de creer.

El día después de explicarle a su hermano lo ocurrido en el secadero, Jiansu condujo su carro por el camino de grava hacia la ciudad portuaria. Como iba dando saltos durante todo el recorrido, mantenía el látigo cerca de su cuerpo. Recordó sus palabras: «La familia Sui no permanecerá sometida a su látigo durante toda la vida». Enfurecido solo de recordarlo, arremetió contra el caballo. El viaje de vuelta duró cuatro o cinco días y, mientras se acercaba a la ciudad, contempló la silueta de la hilera de «fortalezas» a lo largo de la ribera y la vieja ciudad amurallada. La panorámica le animó.

Lo primero que hizo después de llevar el carro a su destino final, fue ir en busca de su hermano. Oyó un ruido sordo cuando aún estaba bastante lejos de la fábrica y al entrar por la puerta se encontró con los engranajes de la maquinaria y la cinta transportadora. Se quedó estupefacto. Con un dolor en el pecho, murmuró con voz temblorosa: «¿Quién ha hecho esto?». Baopu le dijo que había sido cosa de Li Zhichang y de su tío. Jiansu soltó algunos reniegos, y se sentó.

Durante los días siguientes, Jiansu permaneció lejos de la fábrica para evitar la visión confusa de los engranajes giratorios. Supuso que en poco tiempo mecanizarían el resto de molinos y las salas de procesado, para máximo beneficio del clan Zhao. Recorría la orilla del río bañada por el atardecer, lo más alejado posible de los molinos. Entre la niebla le llegaron las notas de una flauta tocada por un solterón a quien todos llamaban el Cojo. Era un sonido estridente, nervioso. Jiansu se quedó mirando el agua y se acordó de su tío, quien había ayudado a Li Zhichang en el proyecto; maldiciendo en voz alta se crujió los nudillos.

Camino abajo, corrió en busca de su tío.

Sui Buzhao vivía a una distancia considerable del complejo de sus sobrinos. Era una habitación situada fuera del recinto residencial, donde se había instalado después de dejar atrás su vida de marinero. No había ninguna luz encendida y la puerta principal estaba abierta. Detenido en la entrada, donde olía mucho a licor, Jiansu oyó el sonido de un cuenco golpeando la mesa y supo que su tío estaba en casa.



«¿Eres tú, Jiansu?», preguntó Sui Buzhao.

«Sí», respondió Jiansu mientras entraba.

Sui Buzhao estaba a oscuras sentado sobre el *kang*, con las piernas cruzadas, sumergiendo el tazón dentro una tinaja de licor. «Beber en la oscuridad es el camino a seguir», dijo ofreciendo un tazón a Jiansu, que lo tomó y bebió. Buzhao se limpió la boca con la manga. El viejo sorbió un poco de licor; Jiansu nunca hacía ruido cuando bebía. En alta mar Sui Buzhao solía comer pescado crudo, y lo lavaban con un licor fuerte para sofocar el olor. Jiansu, que rara vez bebía, acompañó a su tío durante casi una hora, lleno de rabio e ira ardiendo en su interior.

De repente, el tazón de Buzhao cayó al suelo y se hizo añicos. Aquel sonido sumió a Jiansu en un sudor frío. «Jiansu», le preguntó su tío, «¿escuchaste al Cojo tocar la flauta? Seguro que sí. Esa maldita cosa me tiene despierto día y noche. Me he pasado las últimas noches paseando por la ciudad, y me encuentro como si estuviera en el lecho de muerte. Pero ¿cómo iba a saber yo que estabas al corriente de mi tormento?». Cogió a su sobrino por el hombro; Jiansu se preguntó qué era lo que preocupaba a su tío. Buzhao retiró la mano y se masajeó las rodillas. Acto seguido, sin previo aviso, acercó sus labios al oído de Jiansu y le dijo en voz baja: «¡Alguien del clan Sui ha muerto!».

Jiansu se quedó perplejo mirando a su tío. Incluso en la oscuridad podía ver las lágrimas relucientes rodando por la cara del anciano. «¿Quién?».

«Sui Dahu. Dicen que murió en el frente, y podría ser cierto... Soy la única persona de Wali que lo sabe». La voz del hombre tenía un timbre nasal. Aunque fuera un primo lejano, Sui Dahu era un miembro de los Sui, y Jiansu se lo tomó mal. El anciano prosiguió: «¿Qué pena! Era un muchacho tranquilo. El año pasado, antes de que partiera, fui a beber un trago con él. Solo tenía dieciocho años, no tenía ni sombra en el bigote». Las notas estridentes de la flauta del Cojo irrumpieron de nuevo. Era como el músico tuviera la lengua petrificada. Con el ruido de la flauta envolviendo a Jiansu, la imagen borrosa de Dahu apareció ante sus ojos. ¡Qué lástima! Dahu no regresaría a Wali. Mientras las notas heladas de la flauta seguían sonando, Jiansu tuvo una revelación: «Todos estamos solteros, y la flauta del Cojo está tocando nuestra canción».

Sui Buzhao estaba tan borracho que se cayó del *kang*, y cuando Jiansu le ayudó a levantarse, advirtió que el hombre andaba en calzoncillos. Su piel estaba fría al tacto. Jiansu le volvió a colocar sobre el *kang*, como si fuese un niño travieso.

No fue hasta tres días después que finalmente el anciano despertó de su monumental borrachera. Incluso después continuó soltando memeces y tropezando con sus propios pies. Se asomó a la ventana e informó a quien quisiera escucharlo que un gran barco había atracado en el muelle, con el mismísimo Zhen He al timón, y se preguntó por qué seguía en Wali.

Jiansu y Baopu le cuidaban, y Hanzhang le preparaba las tres comidas. Cuando Baopu empezó a barrer el suelo y a quitar las telarañas de la ventana, su tío le paró. «No hace falta. No voy a permanecer aquí por mucho tiempo. Me voy a enrolar en el barco. Ven conmigo y naveguemos los mares juntos. ¿O prefieres morir en una ciudad sin futuro como esta?».

Los argumentos de Baopu no consiguieron hacerle cambiar de opinión, y terminó por decirle que definitivamente estaba enfermo. «¿Que yo estoy enfermo?», gritó el anciano abriendo sus pequeños ojos grises. «Es esta ciudad la que está enferma. Apesta. ¿No lo hueles?». Arrugó la nariz. «En el mar nos orientamos con millas náuticas, que equivalen a sesenta *li*, aunque algunos desgraciados insisten en que son solo treinta. Para medir la profundidad, usamos las brazas. Tiras al agua un peso engrasado atado a una cuerda, se le llama plomo, y...». Baopu permaneció junto a su tío y mandó a Jiansu a buscar a Guo Yun, el médico de medicina tradicional.

Jiansu se marchó y regresó acompañado de Guo Yun.

Después de comprobar el pulso, Guo Yun le recetó un tratamiento de tres días. Hanzhang estaba sentada en la mesa, observando, y cuando Guo Yun se levantó para marcharse, se volvió, la miró y se quedó inmóvil. Las cejas de Hanzhang, dos finas líneas negras, parecían pintadas. Sus ojos oscuros brillaban, aunque su mirada era fría. La cara y el cuello eran blancos como la nieve, casi transparentes. El viejo doctor se tocó la barba, con expresión grave. Se volvió a sentar y pidió tomar el pulso de Hanzhang. Ella se negó.

«No está bien. Necesito comprobar su pulso», dijo mientras se dirigía a Baopu. «En la naturaleza, el crecimiento es inevitable. Sin embargo, la moderación es esencial. Sin crecimiento no puede haber maduración, y sin

moderación el crecimiento corre peligro».

Baopu no entendía nada, pero instó a Hanzhang a obedecer al médico. Ella volvió a negar con la cabeza. Guo Yun suspiró y salió por la puerta, y vieron cómo su espalda se alejaba hasta desaparecer.

### 3

Finalmente, y para sorpresa de muchos, Sui Jiansu dejó su puesto en la fábrica. Ningún Sui había abandonado antes el oficio. Sin embargo, para él no fue una decisión difícil. Después de visitar la oficina de comercio y reunirse con el secretario del Partido de la calle Gaoding, Li Yuming, y el director de la calle, Luan Chunji, obtuvo la licencia para abrir un pequeño puesto de tabaco y alcohol. Un mes más tarde, paseando por la ciudad, encontró un local vacío a pie de calle; una ubicación ideal para ampliar su negocio y convertirlo en una tienda. Fue al molino para convencer a su hermano de que se uniera a la nueva empresa, pero Baopu negó con la cabeza. «Está bien —dijo Jiansu desalentado—. Pero por lo menos, ya que tú caligrafía es tan buena, ¿podías escribir el rótulo de la tienda?».

La vieja muela de molino retumbaba. Baopu cogió el pincel. «¿Cómo has dicho que se llama?».

«Emporio Wali».

Baopu colocó una hoja de papel sobre el taburete, pero al mojar el pincel en la tinta su mano empezó a temblar sin control. No fue capaz de trazar ni un solo carácter.

Como último recurso, Jiansu se vio obligado a pedir que escribiera el cartel al director de la escuela primaria, Wu el Barbillas. El director, un hombre de unos cincuenta años con el cuello lleno de arrugas, rehusó utilizar tinta líquida industrial; en lugar de eso, obligó a Jiansu a prepararla de forma tradicional utilizando la alargada piedra. Tardó una hora en aguar el bloque de tinta, después de la cual el director cogió un pincel grande, casi sin pelo, lo sumergió en la tinta y empezó a escribir en una hoja roja de papel. Jiansu observó con atención cómo en la delgada mano del hombre se hinchaban tres

venas y, al contraerse de nuevo, las palabras «Emporio Wali» aparecieron sobre el papel. Los caracteres de la palabra «emporio» eran verdaderamente únicos y, por alguna extraña razón, parecían haber sido grabados con metal oxidado. Tras haberlo colgado en la entrada, Jiansu se apoyó en el marco de la puerta para ver cómo quedaba. «Aquella sería una tienda especial», pensó.

Durante la primera semana, tan solo vendió tres botellas de aceite de sésamo y un paquete de cigarrillos. Sui Buzhao fue el primero en cruzar el umbral de la tienda de su sobrino, pero se limitó a echar un vistazo. Sin embargo, antes de irse le recomendó que ofreciera aperitivos para acompañar el licor a granel y también le instó a pintar una tinaja de licor en la pared. Jiansu no solo aceptó las sugerencias de su tío, sino que fue más lejos pegando unos carteles de estrellas de cine en el exterior del negocio. La gente mayor de Wali había tenido por costumbre reunirse en el templo para tomar un trago, y la tinaja de licor pintada en la pared les evocaba aquellos tiempos pasados. A resultas de esto, la mayoría de sus primeros clientes fue gente mayor, aunque los jóvenes no se hicieron esperar. El lugar pronto se convirtió en un hervidero de actividad social.

Un día, ya con el negocio en auge, una mujer mayor que acompañaba su nombre de soltera con el de su difunto marido, Zhang-Wang, le propuso exponer y vender allí sus artesanías. Por «artesanías» se refería a brochetas dulces de ñame y arroz, tigres de arcilla y silbatos de hojalata, todo elaborado en casa por ella misma. Llevaba vendiendo sus artículos durante décadas, incluso en las épocas difíciles. Aparte de eso también se sacaba un dinero extra adivinando el futuro, a veces en público, a veces a escondidas. A sus sesenta años seguía fumando, tenía las comisuras de los labios hundidas confiriéndole un aspecto aún más avejentado, su cuello era delgado y tenía una barbilla puntiaguda inclinada hacia abajo, y llevaba el rostro siempre sucio. Su espalda estaba encorvada, las piernas le temblaban e incluso cuando no hablaba emitía un extraño ruido. Pero todos sus productos eran de buena calidad. Los tigres de arcilla, por ejemplo, tenían dibujada una mueca en la boca que recordaba a una anciana orgullosa, amable y gentil, como su creadora. Y ella los hacía más y más grandes, algunos del tamaño de una almohada, juguetes que debían ser compartidos por dos niños a la vez. Sugirió a Jiansu que los de mayor tamaño los expusiera en la parte superior del

mostrador.

Con una enorme sonrisa, Jiansu reparó en el polvo acumulado en su delgado cuello y conversaron durante un buen rato, mientras ella iba cogiendo cigarrillos de una estantería y los empalmaba uno tras otro, sin apartar la mirada de Jiansu. Por aquel entonces él tenía treinta y tantos años, el pelo negro liso y algunos granos en la cara. Su rostro era alargado y atractivo, con la expresión atenta y vigilante llena de astucia. Huelga decir que era uno de los preferidos entre las mujeres, aunque todavía estaba soltero, en gran parte debido a su clan; nadie quería esposarse ni con la chica ni con ninguno de los hermanos Sui, ya fuese Baopu o él. Baopu había estado casado con la hija del encargado de mantenimiento de la familia, pero había muerto de tisis al cabo de poco y no se había vuelto a casar.

Zhang-Wang, sabedora de que Jiansu no era ni tan abierto ni tan inocente como su hermano mayor, sonreía mientras le miraba, mostrando los dientes ennegrecidos. Él se sonrojó y le instó a decir lo que estaba pasando por su cabeza, llamándole en broma «vieja y fea». Cuando la mujer se sacó un par de tigres de arcilla de los bolsillos y los colocó sobre el mostrador, la similitud de los rostros le hizo gracia. Luego le tocó los bíceps y el pecho, y dijo: «¿Acaso no eres un chico fuerte?». Y como él no paraba de reír, le dio un cachete. Dejando de sonreír, frunció el ceño y le espetó: «¡Deberías ser más educado hablando con tu anciana abuela!».

«Uf», gruñó Jiansu, y su sonrisa desapareció. Y así empezaron a negociar el precio y la repartición de las ganancias. Al atardecer encendieron la lámpara y aún no habían alcanzado ningún acuerdo, pero antes de que ella se marchara el trato quedó cerrado.

A partir de entonces, Zhang-Wang venía todos los días a colocar sus tigres de arcilla sobre el mostrador. Las ventas subieron: muchas mujeres compraban los juguetes para sus hijos o bien directamente venían los niños. Cuando eso ocurría, ella misma les enseñaba nuevos juegos, con un tigre pequeño al galope atacando a otro tigre grande. «Así sus cabezas se pueden romper». «¿Y qué problema hay? Vienes a comprar otros nuevos y ya está». A medida que pasaba el tiempo iban surgiendo nuevas ideas de negocio, y la lámpara permanecía encendida hasta más tarde.

Una noche un grupo de hombres se sentó junto a la tinaja de licor y

bebieron y comieron hasta la madrugada. Mientras Jiansu daba cabezazos de sueño sobre el mostrador, Zhang-Wang disfrutaba tirándole el humo del cigarrillo en la cara. Ante los ojos de Jiansu, era una buena ayudante, y parte del éxito del negocio era debido a ella. «Los tigres nos protegen», decía Zhang-Wang. Él miraba las figuras de barro, con aquellas muecas dibujadas en la cara, con desconfianza. «Los tigres son espíritus de las montañas». Cuando había poca actividad hablaban de cualquier cosa, pero su tío, Buzhao, era uno de los temas predilectos de Zhang-Wang. Ella reía y mostraba sus dientes oscuros. «Ese viejo es todo piel y huesos, y sigue sin saber comportarse. Cuando era más joven, muchas chicas guapas probaron esos huesos viejos, incluyéndome a mí. Nunca ha tenido grasa, pero siempre ha sabido hacer bien sus menesteres».

«¿Sabes por qué él y Shi Dixin se llevan tan mal?», le preguntó un día. Jiansu la miró con curiosidad y negó con la cabeza. Tomó un cigarrillo del estante, lo encendió, y le contó la historia.

«Bueno, todo ocurrió por algo insignificante. Por aquel entonces, antes de que tu nacieras, Wali era una ciudad bulliciosa. Siempre que veas mucho movimiento, también encontrarás muchos hombres obrando mal. Tenlo presente. Cuando los hombres pierden el norte solo dedican sus fuerzas a los cuerpos de las mujeres, desatendiendo sus deberes. Hombres como tu tío, por ejemplo, ni siquiera podían cargar un saco de harina; a duras penas podían echárselo al hombro y lo dejaban caer al suelo como a un muerto, levantando una polvareda de humo. Los marineros desde el mismo instante en que pisaban tierra firme se comportaban como perros lobo, con los ojos de un rojo brillante asustando a todo con el que se cruzaban, pero una vez los conocías se tranquilizaban. Tu tío empezó a tener trato con algunos marineros, y eso implica que el clan Sui cuenta como mínimo con un miembro descarriado. Dicho esto, Buzhao hizo algo para beneficio de toda la ciudad. ¿Que qué pasó? Pues bien, un día trajo un objeto negro, sucio y apestoso de uno de esos barcos —algunos dijeron que era de buey almizclero, combinado con algo más— y lo utilizaban cuando el vientre de las muchachas se hinchaba. Cuando esto ocurría tío lo acercaba un par de veces a la nariz de la chica y automáticamente esta se desprendía de cualquier fluido, en todos los sentidos, volviendo a su silueta anterior. ¿Te puedes imaginar los apuros que llegó a

resolver? Pero el maldito Shi Dixin, ese farsante, cuando se enteró de todo quiso ponerle fin. Ese día tu tío corrió despavorido hacia el muelle, con Shi pisándole los talones. Una huida, una persecución».

Zhang-Wang encendió otro cigarrillo y soltó el humo por la nariz. «Shi corría como un loco y ni así pudo atraparlo. Entonces intervino el cielo. Justo cuando tu tío estaba a punto de alcanzar el muelle, sus piernas se enredaron y se estrelló contra el suelo; el viejo Shi le atajó y agarró a tu tío por la pierna. Buzhao le arrojó arena en la cara y el viejo respondió retorciéndole la pierna. En aquel tiempo, en la orilla del río había más arena que ahora. La cara de tu tío estaba ensangrentada de estregarse contra el suelo. De su boca salían todo tipo de insultos, pero Shi ni respondía. Machacó la mano de tu tío con una piedra y le arrebató esa cosa. Entonces empezaron a pelear de verdad, hasta quedar cubiertos de sangre. Shi Dixin vaticinó que tarde o temprano aquella cosa haría desaparecer la ciudad de Wali, aunque a los jóvenes les parecía un método estupendo. Cuando Shi sintió que se quedaba ya sin fuerzas lo lanzó al río, poniendo fin a la reyerta de forma abrupta. Los dos hombres, malheridos y ensangrentados, se quedaron mirándose el uno al otro...».

Jiansu no abrió la boca hasta que Zhang-Wang terminó de contar la historia. Estaba hipnotizado recreando en su mente una pelea que había tenido lugar décadas atrás. De haber estado allí, tenía claro que lo único que hubiera terminado en el río habrían sido los huesos de Shi Dixin.

\* \* \*

Los trabajadores de la fábrica solían matar el tiempo en la tienda; los mayores bebiendo de la tinaja de licor, los más jóvenes comiendo los dulces caseros de Zhang-Wang. Después de masticarlos un rato, los estiraban formando largos y finos hilos. Aquellos dulces gomosos resultaron ser toda una diversión para los jóvenes. Cuando Jiansu veía alguna chica masticando uno, cogía un trozo, lo estiraba como un largo hilo y se lo envolvía alrededor del cuello.

Un día entró Naonao vestida con el delantal blanco del trabajo, con los brazos al descubierto. Después de haber aprendido a bailar música disco, no podía evitar montar el espectáculo allá donde fuera. Moviendo las manos, empezó a gesticular y vocear bajo la atenta mirada de Jiansu, quien aún



sujetaba la moneda de veinte *fen*<sup>9</sup> con la que le había pagado. Cuando Naonao empezó a masticar una de las golosinas, él se fue acercando poco a poco, mientras los ojos oscuros y brillantes de ella inspeccionaban los productos de la estantería. Jiansu hizo ademán de coger el caramelo para estirarlo alrededor de su cuello, pero Naonao le dio un golpe en el pecho. Jiansu se tambaleó hacia atrás y empezó a sentir una sensación de adormecimiento — probablemente habría presionado un meridiano—. Se sentó y miró con ojos fríos la bola de fuego en la que se había convertido Naonao, moviéndose delante del mostrador y saliendo por la puerta. Él respiró profundamente.

\* \* \*

Era la primera cuba estropeada de Duoduo desde la obertura de la fábrica.

La reparación duró cinco días, y a pesar de suponer unas pérdidas menores que en ocasiones anteriores, Duoduo estaba irritado. Impotente por no lograr solucionarlo, fue varias veces a la fábrica a mendigar la asistencia técnica de Baopu, quien rechazó la oferta para seguir alimentando la saturada tolva con su cucharón de madera, y quedarse sentado en el taburete viendo la muela girar. Duoduo le maldijo, jurando que algún día le pegaría un tiro a aquel cabeza hueca. «Tiene la cabeza hueca, ¿por qué no le puedo pegar un tiro?». Como comandante de la milicia de la calle Gaoding durante la reforma agraria, Duoduo ya había disparado a varias personas, y no podía pensar en un mejor candidato que aquel miembro de los Sui, pero estaba entrado en años y ya no conservaba el rifle. Al regresar a la fábrica le preguntaron por qué no venía acompañado de Baopu. «Está demasiado ocupado en el molino, ¡sentado en el taburete como un pedazo de carne!», contestó airado. Recorrió la sala de arriba abajo, sin poder contener los nervios, hasta que otro miembro de los Sui le vino a la mente. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia el Emporio Wali para pedir asesoramiento a Jiansu. Al declinar la oferta, Duoduo sonrió y contrapuso: «Es imposible que nadie del clan Sui acepte este encargo. Por lo menos inténtalo. Te pagaré bien. Siempre ha habido alguien de los tuyos que ha podido recuperar una cuba estropeada».

Jiansu se sonrió para sus adentros, comprendiendo que en realidad el objetivo de Duoduo era Baopu. Mientras Jiansu sopesaba la oferta, Zhang-

Wang se unió a la conversación, instándolo a aceptar lo que parecía ser una buena oportunidad; si no lo probaba no podría saberlo. «¿Y qué pasa con la tienda?», preguntó Jiansu.

Las arrugas oscuras del cuello de Zhang-Wang temblaron, mirándole con gravedad y respondiendo: «La tienda continuará siendo tuya, pero yo me encargaré de llevarla. Ya me he ocupado del negocio hasta ahora, ¿no?». Jiansu miró el cielo a través de la puerta y sonrió.

De esta manera Jiansu regresó a la fábrica, dejando el Emporio Wali en manos de Zhang-Wang. El negocio no decayó, y aprovechó la oportunidad para introducir algunas novedades. Sin decir nada a nadie, agregó piel de naranja a la tinaja de licor y lo diluyó con un poco de agua fresca. Para poder rendir al máximo, se organizó el día al detalle: las primeras horas de la mañana las dedicaría a las tareas domésticas y cuando el sol alcanzara el punto más alto, atendería los masajes diarios del Cuarto Maestro. Se seguía manejando con soltura, pero con la espalda era más cautelosa. Al Cuarto Maestro le faltaban dos años para cumplir los sesenta y aunque estaba sano y lleno de energía, y sus masajes le habían aportado un incomparable placer, en los últimos tiempos su espalda le resultaba más difícil de amasar. Sus manos le habían masajeador durante décadas, las mismas con las que daba forma a los tigres de arcilla, pero su fuerza comenzaba a menguar. Un día, mientras trabajaba su espalda, Zhang-Wang le insinuó que Hanzhang, la hija adoptiva del Cuarto Maestro, debía tomar su relevo. Él respondió agitando su robusto cuerpo, cubierto tan solo con una toalla, y resopló. Fue la última vez que hablaron del tema. El sol rojizo seguía su curso por el cielo cuando salía de casa del Cuarto Maestro camino de la tienda, a sentarse detrás del mostrador, casi sin aliento.

En cuanto a Jiansu, encontró la fábrica de su agrado y se limitó a visitar la tienda una vez al mes para revisar las cuentas. La fábrica, grande como era, seguía funcionando como un taller; únicamente había cambiado el nombre. Muchos de los antiguos trabajadores se habían marchado al negarse a trabajar para Zhao Duoduo y habían sido reemplazados por mujeres. Dos turnos de trabajo mantenían la fábrica en funcionamiento día y noche. A medida que avanzaba la noche, el calor ejercía un efecto soporífero en los trabajadores, y la imagen de todas aquellas mujeres cabeceando junto a la cuba de almidón y bajo el tanque de agua era una delicia. Jiansu, que ahora era el responsable

técnico, no tenía un horario estricto; aparecía por la planta según su criterio.

Después de la puesta de sol, se ponía una chaqueta más gruesa de color morado claro y unos pantalones ceñidos de color índigo, remetidos dentro de unas botas altas de caucho. El pelo negro, fuerte, le favorecía. Una tras otra, estudiaba a cada mujer mientras dormían, y a él se le dibujaba una sonrisa burlona en la comisura de los labios. Su rostro empalidecía y sus ojos se iluminaban al examinarlas. Al cabo del rato las mujeres empezaban a despertarse entre bostezos.

Una de las trabajadoras un poco regordeta llamada Daxi, cada vez que veía a Jiansu, empezaba a toser hasta ponerse colorada. No estaba entre las mejores trabajadoras, y cuando lavaba los fideos le solían caer al suelo, delante del tanque de agua fría. Una vez, mientras Daxi tosía, Jiansu se acercó y pisoteó el amasijo de fideos pegados en el suelo. Ella paró de toser de inmediato, eructó y se lo quedó mirando, pero Jiansu pasó de largo, chascando el suelo con sus botas de goma. Al oír ese sonido, las mujeres se desperezaban con ligereza y volvían a su puesto de trabajo tamizando la harina. Sus blancos delantales revoloteaban entre la densa niebla de la sala; el colorete perfumado del Emporio Wali empezó a extenderse como la pólvora.

Un gran colador de hierro colgaba encima de sus cabezas, y cuando vertían el almidón dentro de él, los hilos plateados que se precipitaban caían de la olla humeante, donde se volvían translúcidos. Sentado en lo alto, empujando el almidón con un cucharón, se encontraba un hombre de tez morena que se despertó abruptamente al entrar Jiansu. Con un grito, golpeó con fuerza el colador sacudiendo la cabeza, inundando la sala con golpeteo rítmico. Jiansu se sentó a fumar, con los ojos brillantes ocultos detrás de un mechón del pelo caído sobre su frente. Permaneció media hora sin decir ni una palabra; entonces se puso de pie y salió corriendo, sin mirar atrás, pasando entre las mujeres como un relámpago.

Jiansu corrió hasta la elevada plataforma de hormigón, donde se detuvo para recuperar el aliento mientras miraba hacia las estrellas y escuchaba el agua corriendo por el río Luqing. La muela del molino todavía estaba en marcha, retumbando; se volvió hacia la hilera de pequeñas ventanas en la orilla del río, a través de las cuales la luz brillaba débilmente. Baopu estaría detrás de una de esas ventanas, sentado en su taburete atendiendo la muela.

Deseó que se abriera la ventana y dejara salir toda la luz, aunque solo fuera por un momento. Con tristeza se retiró de la plataforma y se dirigió a la sala de procesamiento, deteniéndose fuera en la puerta. Por la luz y los ronquidos supo que Duoduo estaba allí durmiendo. Agarró la manija, contuvo el aliento y lentamente empujó la puerta. Una vez dentro, cerró la puerta tras él con cuidado y se dio la vuelta. Duoduo estaba de espaldas, calentándose sobre el *kang*, vestido con unos calzoncillos gruesos y brillantes de muy mal gusto. Los ancianos de Wali, excepto Sui Buzhao, con el tiempo iban ganando peso, y el vientre hinchado de Duoduo era un ejemplo. Su barba se emblanquecía, la piel del rostro se hundía, y le habían salido unos ronchones morados en las mejillas. Entre sus labios verdecidos ligeramente entreabiertos asomaba un diente frontal. Mientras Jiansu estudiaba la cara del hombre, su corazón dio un vuelco al advertir su ojo izquierdo entreabierto. No parpadeaba y respiraba con facilidad, moviendo su nuez al compás de la ruidosa respiración. Por alguna razón guardaba un cuchillo sobre el alféizar y, aunque la hoja estuviera manchada de óxido, parecía bastante afilado. La imagen de ese cuchillo de carnicero le heló la sangre. Se quedó allí un rato más y se retiró silenciosamente.

\* \* \*

El Festival del Medio Otoño estaba a las puertas y ya disponían del balance financiero. La fábrica había registrado unos ingresos asombrosos, sobre todo después de automatizarla. La cantidad de judías procesadas por semana había aumentado en más de mil libras, y cada vez que Duoduo pasaba inspección por la planta salía lleno de satisfacción. Según las previsiones del contable, quien llevaba un registro específico para la producción mecanizada, a ese ritmo los beneficios se dispararían. Para celebrarlo Duoduo decidió organizar una cena en homenaje a Li Zhichang, por su gran contribución al proceso de mecanización; a Li, por su apoyo técnico; a Sui Buzhao; y muy especialmente a Sui Jiansu. Para ello contrató a Han el Gordito, el mejor cocinero de Wali.

Cuando estaba de buen humor, Duoduo era un hombre generoso y en esa ocasión hizo gala de ello. Anunció a los trabajadores nocturnos que establecieran turnos para por disfrutar todos de la cena. En Wali se rumoreaba

que Han el Gordito conocía hasta 160 recetas de tofu y tal vez eso había convencido a Zhao Duoduo para contratarle. Para esa ocasión entre los distintos ingredientes contaban con más de una docena de cestas de fideos procedentes de la cuba estropeada, pero eso no pareció importarle a Han el Gordito, quien, ante uno de sus servicios más complicados, se deshizo del chaleco que normalmente llevaba y se puso manos a la obra con el torso al descubierto. Planeó cocinar doce platos por mesa: hubo platos rojos y otros verdes; platos tan agrios que hicieron temblar a los invitados y otros tan dulces que llenaron la sala de relamidos. Al acabar, las camisas de los comensales quedaron empapadas en sudor; contenían la respiración de satisfacción. Una vez terminado el servicio en la cocina, Duoduo pidió a su contable el coste final. Los fideos fueron muy baratos y la mayoría del dinero se había ido en el azúcar y el vinagre, además de la pimienta que el cocinero había robado de la cafetería municipal donde trabajaba.

El banquete se alargó hasta las dos de la madrugada y pasaron tres turnos de empleados. Esa noche Jiansu bebió con moderación, con la mirada puesta en los comensales. Todo lo contrario de Sui Buzhao quien, completamente ebrio, escuchaba atento las historias de Li sobre el tío Zheng He. Zhao Duoduo tenía la cara umbrosa, casi violeta; todavía sobrio brindó con Jiansu. «La gente de esta ciudad es miope», dijo. «Se rieron de mí diciendo que perdería dinero contratando a un Sui. Pero yo ya sabía lo que se traía entre manos. Con un miembro del clan Sui trabajando conmigo sería imposible tener cubas estropeadas».

Jiansu vació su vaso y lo fulminó con la mirada. «Eres bueno llevando las cuentas», dijo en voz baja antes de sentarse y mirar a Li Zhichang.

«¡Las chicas se están emborrachando!», gritó alguien mientras Jiansu se levantaba de la mesa disimuladamente. Al entrar en la sala de procesamiento notó el efecto del alcohol en su cara. Se percató de que los sonrientes rostros de las mujeres estaban también sonrojados; a pesar de un leve tambaleo continuaban con su tarea tirando de las hebras de un lado a otro como de costumbre; todo estaba en orden. Jiansu, envuelto en la nube de polvo, se encendió un cigarrillo. Daxi fue la primera en percatarse de su presencia, pero fingió no verle y continuó estirando fideos con esmero, trabajando mejor que nunca. El hombre de tez morena del colador, sentado en lo alto, canturreaba

mientras faenaba. Nadie conocía la canción, pero entendieron su letra pícaro. Naonao era la que estaba más bebida. Empezó, al igual que el resto, balanceándose, pero luego comenzó a girar hasta caer de bruces dejando a la vista, por un momento, partes del cuerpo de una mujer que normalmente no se exponen. Al advertir el descaro enderezó su ropa y se puso de pie, pero acto seguido fue Jiansu quien se sintió mareado, agarrándose a la pared para no caer. El hombre atezado seguía golpeando su cuchara por encima de las cabezas y entonando su canción. Jiansu salió por la puerta con dificultad, llegando a duras penas donde los otros continuaban bebiendo. Se recostó contra su tío y justo antes de dormirse oyó vagamente unas palabras sobre «una fuga en babor» y acto siguiente sintió como si estuviera navegando en alta mar. Permaneció en ese estado durante un rato, hasta que escuchó a su tío decir: «Ya estamos a puerto»; y se despertó. Al abrir los ojos lo primero que vio fue a Zhao Duoduo, con el cuello tensado escuchando atentamente a Li Zhichang. Sus lejanas palabras, cada vez más inteligibles, le despertaron de golpe. Hablaba acerca de comprar maquinaria de segunda mano al equipo de exploración para reconvertirla en un generador de energía para iluminar la calle Gaoding. Explicó que ya había conversado sobre sus planes con el director de la calle, Luan Chunji, el secretario del Partido, Li Yuming, y el Cuarto Maestro, quien había dado su aprobación. Li Zhichang se animó y empezó a exponer su plan para mecanizar la fábrica por completo, en la introducción del almidón en el agua caliente, en la sedimentación y en el tamizado. Podría automatizar todos los procesos. El primer paso sería instalar engranajes adaptables, grandes y pequeños del tamaño de un melocotón.

Ante los resultados del viejo molino, Duoduo estaba ansioso con todo lo que estaba oyendo y brindó por ello con Li Zhichang. En ese momento Jiansu tosió ruidosamente, llamando la atención de Li. El ruido tuvo el efecto deseado: Li dejó de hablar. Unos minutos más tarde, Jiansu se levantó y se fue. Un momento después, Li se excusó y salió detrás.

Los dos hombres marcharon hacia la plataforma de la planta de secado, donde la brisa fresca del río les refrescó. Permanecieron en silencio durante largo rato antes de que Jiansu extendiera la mano tomando la de Li, apretándola con fuerza. «¿Qué quieres de mí?», preguntó Li.

«Quiero que renuncies a tus planes».

Li liberó su mano. «No puedo hacerlo —dijo—. ¡Y no lo haré! Hemos empezado a comprar la maquinaria y vamos a instalar los engranajes adaptables. Fin de la discusión. Es algo que tengo que hacer. En Wali brillará la luz. Te doy mi palabra».

Los ojos de Jiansu centellearon bajo la luz de las estrellas mientras susurró: «No me refiero al generador sino a mecanizar la fábrica. No quiero que sigas con esto».

«No se puede detener», respondió Li obstinadamente. «Nada de esto puede detenerse. El plan de modernización debe seguir adelante».

Jiansu se mordió la lengua y apretó los dientes. Li le miró perplejo, y cuando la mano de Jiansu le buscó febrilmente, molesto la rechazó. Jiansu echó una mirada a la pequeña ventana a lo lejos, al otro lado del río. «La fábrica de fideos es mía», dijo muy bajito. «Mía y de Sui Baopu. Escúchame Zhichang, cuando el clan Sui recupere la fábrica, ejecutaremos tu maldito plan». Li dio un par de pasos hacia atrás y se quedó sin aliento. «¿No me crees?», dijo Jiansu. «No vamos a tardar mucho. Pero no se lo digas a nadie».

Las manos de Li continuaron retrocediendo en la oscuridad, y añadió con voz temblorosa: «No voy a hablar, no se lo diré a nadie. Pero no voy a renunciar a mis planes en la fábrica a menos que Sui Buzhao me lo pida. Dependerá de él».

Jiansu contestó con una mueca de desprecio: «Entonces habla con él. Pero deberás esperar a que regrese de su viaje en barco con el tío Zheng He».

La conversación terminó ahí.

Según lo prometido, Li Zhichang fue a ver a Sui Buzhao, a quien Jiansu también había explicado sus planes. En ese momento Zhichang comprendió la profunda enemistad entre los dos clanes. Mientras los Zhao gestionaran la fábrica, los planes de transformación de la fábrica quedarían guardados dentro de su cabeza, como un sueño casi inalcanzable. Había momentos en los que incluso podía ver instalados esos engranajes dorados, tan reales que incluso podía tocarlos. No había nada que tocar (por supuesto), pero en sus sueños los podía incluso besar. Esos planes se habían desvanecido durante esa noche del Festival del Medio Otoño, tras la escena que se repetía en su cabeza una y otra vez: él y Jiansu de pie, hombro con hombro, sobre la plataforma azotada por el frío aire. La mano de Jiansu ardiendo y la certeza de que los engranajes tenían

que desaparecer de su cabeza. Sin embargo, las fervientes imágenes quemaban en su pecho, día y noche. Tenía que controlarse. Debía confiar en Sui Buzhao. Él era el único capaz de brindarle una nueva oportunidad.

Li Zhichang albergaba sentimientos encontrados hacia las viejas generaciones como la de Sui Buzhao. Los odiaba y los quería. Su abuelo, Li Xuanton, dejó de considerarse un vulgar mortal después de que, tras haber cumplido catorce años, se afeitara la cabeza y se fuera hasta una lejana montaña para convertirse en un místico. Su padre, Li Qisheng, había trabajado para un capitalista en el noreste de China, por lo que a su regreso a Wali no fue muy bien recibido. La gente decía que ningún hombre respetable hubiera hecho lo que él hizo. A pesar de intentar redimirse prestando buenos servicios, la gente de la ciudad se negó a perdonarlo. Ante sus ojos, la familia Li era sinónimo de anomalía. Ni les entendían ni confiaban en ellos. Siendo el chico más listo de la escuela, después de terminar el quinto curso, Zhichang ya estaba preparado para entrar en el instituto. Sin embargo, denegaron su solicitud para continuar estudiando. Las razones fueron enrevesadas, pero básicamente se debía al hecho que su padre hubiese trabajado como operario para un capitalista, y consideraron que la educación primaria era más que suficiente para alguien como él. Regresó a casa lleno de un profundo sentimiento de odio hacia su padre y su abuelo.

A los diecinueve años le sucedió algo que le dejó una marca indeleble. Eso le enseñó que un hombre siempre debe comportarse escrupulosamente: no puede ser negligente en el trabajo, ni dejarse llevar fuera de él.

Un cálido día de comienzos de primavera Li Zhichang paseaba solo, lleno de preocupaciones, por la orilla del río; nunca había deseado algo tanto como aquel día, y lo ansiaba con todas sus fuerzas. Los colores del atardecer creaban unos hermosos reflejos sobre el agua y las incipientes hojas de los sauces del pantano se balanceaban por la brisa como tímidas doncellas. Lo anhelaba desesperadamente. Caminó un rato sin rumbo antes de cruzar el pantano y volver sobre sus pasos. Pero cuando llegó a los sauces, su garganta empezó a arder e hincharse. Febril, se dejó caer sobre el cálido suelo arenisco y se dejó llevar por el placer.

Li Zhichang no volvió a casa hasta la noche, más relajado y con las manos más suaves que de costumbre. Esa noche durmió muy bien y a la mañana al



salir de casa miradas de curiosidad se levantaban a su paso. «¿Te lo pasaste bien en la vega de los sauces?», le preguntó un niño. Con una risita maliciosa, otro chico se acercó a él y añadió: «En los libros se le llama masturbarse». Li sintió como si le explotara la cabeza. Se dio la vuelta y echó a correr, ignorando todo lo que le rodeaba. «¡Maldita sea!», maldijo para sus adentros. «¡Maldita sea!». Las risas le perseguían. «¡Yo te vi!», gritó alguien. «¡Lo vi todo!».

Después de esto el joven Li Zhichang no quería salir a la calle. Tras varios días con la puerta cerrada, la gente empezó a sospechar que algo iba mal así que Li Yuming, secretario del partido de la calle Gaoding, y otro miembro del clan, llamaron a su puerta e intentaron acceder al interior, pero no solo estaba cerrada, sino que había algo detrás para bloquearla. Li Yuming suspiró y se marchó arguyendo que el chico debería apañárselas por sí solo. Hubo más gente que probó suerte, pero con iguales resultados. Resonaban los suspiros por todos los rincones. «¡El clan Li, ah, el clan Li!».

El último en personarse frente a la puerta de Zhichang fue Sui Buzhao, posiblemente la única persona de la ciudad que comprendía el clan Li y con quien había forjado amistad. Sui Buzhao llamó a la puerta y pidió al chico que saliera, cosa a la que se negó. El viejo empezó a maldecir y golpear la puerta. «¡Tío Sui!», respondió débilmente Li desde el interior. «No hace falta que se enfade. No soy digno de su amistad, he hecho algo terrible y merezco morir». Sui Buzhao dudó por un momento antes de marcharse y regresó con un hacha con la que abrió la puerta sin esfuerzo. Zhichang era todo piel y hueso, con el semblante ceniciento y el cabello enredado. «Tío —le dijo Sui—, sea justo y úsela conmigo».

El rubor del enfado subió por la cara de Buzhao. «De acuerdo», respondió mientras levantaba el mango del hacha antes de golpearle para tirarlo al suelo. Li intentó ponerse de pie cuando fue rebatido contra el suelo de nuevo. Posando las manos sobre la cintura, el viejo juró: «¡Debí estar ciego para hacerme amigo de un cobarde como tú!». El chico, con la mirada en el suelo, balbuceó que estaba demasiado avergonzado para salir a la calle. «¿Cuál es el problema?», gruñó el viejo. Después de obligarle a ducharse y asearse le mandó salir a la calle para dar un paseo juntos, pero con la cabeza bien alta. Esta vez la gente le miraba con sobriedad, sin risas. En resumen, lo sucedido

en el pantano le había destrozado la vida, pero el hacha de Sui Buzhao le había brindado una nueva oportunidad. Por la noche, cuando los engranajes venían a su cabeza, sentía tanto entusiasmo como acongojo. Ni se atrevía a tocarlos. Sabía que tarde o temprano los instalaría en la fábrica, pero la impaciencia aguardaba bajo la superficie, el mismo tipo de impaciencia que ese día entre los sauces se apoderó de él en forma de placer.

«Tal vez —pensó—, la pasión que ahora sentía era un brote de la misma fuerza que estuvo a punto de destruirlo». Era muy angustiante, y no podía frenarlo. Lo que necesitaba ahora era trabajar con el técnico Li para instalar el generador en la calle Gaoding y convertir Wali en una ciudad iluminada por el destello de las luces. Demasiada gente había padecido debido a la escasa iluminación.

Un habitante había ido al Emporio Wali a comprar uno de los tigres de arcilla de Zhang-Wang y esta se aprovechó de la poca luz para venderle un ejemplar agrietado. También estaba el caso de Erhuai, el responsable de mantenimiento de la llanura aluvial, también conocido por correr como el viento detrás de las sombras, con su rifle en la espalda, igual que Zhao Duoduo en sus años mozos. Li desdeñaba la forma en que ese hombre se escurría entre las sombras.

Li solía sentarse a las puertas del viejo molino. En ese lugar se habían instalado los primeros engranajes de la muela del molino. La muela retumbaba como el sonido de un trueno lejano. Si echaba un vistazo al interior topaba con el miembro más taciturno del clan Sui. También él había optado por permanecer en silencio frente tal portentoso sonido. El hombre parecía tan fuerte como la propia piedra que todo lo aplasta, con su ritmo lento, incansable, seguro y constante.

En una ocasión se puso de pie para romper con su largo cucharón de madera un engrudo de habas que corrían por la cinta transportadora. De regreso a su asiento miró por la ventana y levantó el cazo. Li Zhichang miró hacia la misma dirección y divisó a Jiansu, dirigiéndose perezosamente hacia el molino, con la pipa en la mano. Una vez en el interior, Baopu ofreció a su hermano un taburete donde sentarse, pero Jiansu lo rechazó. «La otra noche tuve miedo de que te emborracharas —dijo Baopu—, así que te esperé despierto en casa...». Jiansu únicamente sonrió. Entonces, de repente, su

sonrisa se desvaneció. El rostro empalideció, como aquella noche sobre la plataforma. Bajó la cabeza, y echó las cenizas de la pipa. Con voz suave le dijo: «Hay algo que quiero explicarte. Iba a contártelo la primera vez que se me ocurrió, pero esa noche me emborraché y al día siguiente no me encontraba bien. La gente dijo que parecía que tuviera los ojos inyectados en sangre, así que no era un buen día para visitarte. No quería contarte mi idea en ese estado». Baopu reconoció el dolor en la cara de su hermano, mientras este observaba la punta del cucharón chorreando agua. «Adelante, no te detengas. ¿De qué querías hablar?».

«No, nada. He cambiado de idea».

«Vamos, adelante...». «No, ahora no». Los hermanos se quedaron en silencio. Baopu se lió un cigarrillo y Jiansu encendió su pipa. El humo nubló el ambiente del molino, una calada tras otra, dibujando capas de humo que poco a poco se fueron posando sobre la rueda del molino, mientras esta se movía lentamente creando un remolino de aire que terminaba empujando el humo hacia la ventana. Baopu se fumó el cigarrillo deprisa y arrojó la colilla. «Si lo guardas vas a sentirte peor. Somos hermanos y debemos poder contárnoslo todo. Sé que se trata de algo serio y precisamente por eso me lo tienes que explicar». Jiansu palideció y la mano que sostenía la pipa empezó a temblar.

Apartó la pipa con dificultad, y con voz suave pronunció una sola frase: «Quiero recuperar la fábrica de fideos de las manos de Zhao Duoduo». Zhichang lo oyó todo desde el rincón donde aguardaba. Tan pronto como terminó de pronunciar la frase, algo dentro del molino empezó a agrietarse; sonaba como si alguien hubiera dado un golpe con una barra de acero. Pensó que se trataría de alguno de los engranajes, pero la muela continuaba girando. Baopu se levantó. Sus ojos brillaban. «Ya lo entiendo».

«La fábrica de fideos siempre ha llevado el nombre de los Sui. Debería ser tuya y mía». Jiansu fulminó a su hermano con la mirada.

Baopu sacudió la cabeza. «No es propiedad de nadie. Pertenece a Wali».

«Pero puedo recuperarla». «No, no puedes. En estos tiempos que corren nadie puede hacer tal cosa». «Yo sí». «No; tú tampoco. Y no deberías tener esas ideas. No te olvides de nuestro padre. Pensó que el molino era del clan Sui y ese error le arruinó la vida. Tuvo que salir a caballo dos veces para

pagar sus deudas. La primera vez regresó sano y salvo, pero la segunda llegó vomitando sangre. Nuestro padre murió en un campo de sorgo».

Soltando un grito, Jiansu dio un puñetazo contra el taburete. Luego se agachó adolorido, agarrándolo por las patas con las dos manos.

«Baopu, tú, tú... ¡No quería hacerlo, pero tú me obligaste! Quieres que no pelee, que calme esta rabia que siento. Es como si estamparas tu puño en mi cara. Pero no tengo miedo. No te preocupes. Quieres que me pase el resto de la vida sentado en el molino, como tú, escuchando el ruido de la muela dando vueltas sin parar, ¿verdad? ¡Pues eso nunca! Eso es algo que un Sui nunca debe hacer. Ninguno de nuestros antepasados fue tan cobarde... No voy a hacerte caso. He atesorado este anhelo en mis adentros durante décadas. Tengo treinta y seis años, y aún no me he casado. Tú lo estuviste, pero tu esposa murió. Deberías vivir mejor que mucha otra gente, pero en lugar de eso estás aquí, encerrado en el molino, día tras día. ¡Te odio! Te odio con todas mis fuerzas y quiero que esto te quede bien claro: ¡Odio la forma en la que malgastas tu vida dentro de este viejo molino!».

Zhichang aguardó detrás de la ventana, aturdido, viendo cómo unas grandes gotas de sudor descendían por la frente y las mejillas de Jiansu.

## 4

Sui Baopu se acordó de las contadas ocasiones en las que su padre aparecía por la fábrica, cuando él era aún un adolescente. Prefería la soledad del muelle donde podía meditar mientras contemplaba los reflejos de los mástiles de los barcos en el agua, y no regresaba a casa hasta la hora de cenar. La madrastra de Baopu, Huizi, rondaba por aquel entonces los treinta y tantos. Siempre con los labios pintados de rojo, durante la cena observaba a su marido con semblante preocupado, mientras Baopu seguía con atención los movimientos de sus labios para comprobar cómo, junto con la comida, desaparecía también su carmín. A la madrastra, una refinada y hermosa hija de un rico de Qingdao, le gustaba tomar café. Baopu le tenía un poco de miedo. Un día en el que estaba animada le abrazó y le plantó un beso en la frente. Al sentir su pecho cálido y palpitante, el corazón de Baopu se aceleró y se apresuró a bajar la cabeza sin atreverse a posar la mirada sobre aquel cuello blanco como la nieve. «Mamá», se le escapó ruborizado. Ella murmuró una respuesta. Esa fue la primera y última vez que la llamó así, pero desde entonces dejó de tenerle miedo.

Una vez Baopu encontró a Huizi llorando amargamente, casi sin aliento, retorciéndose en el *kang*, pero no descubriría los motivos de su lamento hasta mucho más tarde. Resultó ser que su padre había sido asesinado en Qingdao cuando le sorprendieron vendiendo tierras y fábricas a cambio de lingotes de oro que pretendía sacar fuera de China. Baopu se quedó sin palabras.

Después de este suceso Baopu empezó a pasar más tiempo en el estudio, donde había muchos pergaminos y más libros de los que podía llegar a contar. Entre los bultos halló también una esfera de madera de un color rojo intenso brillante, increíblemente suave y fría al tacto, y una caja de música de donde

salía una hermosa melodía.

Una tarde mientras su padre cenaba apareció por casa Zhang-Wang, que vivía en el este de la ciudad y venía a pedir prestado algo de dinero. Amablemente le invitó a sentarse y le sirvió una taza de té. Luego se retiró un momento a su estudio y volvió con un pequeño fajo de billetes que la mujer se apresuró a esconder debajo de la manga, comprometiéndose a devolverlo una vez hubiera vendido un centenar de tigres de arcilla. «No te preocupes —le dijo—, gástalo como quieras». Huizi lo amonestó con la mirada, cosa que Zhang-Wang notó.

«Veamos», dijo Zhang-Wang. «Ya que no me gusta pedir dinero, ¿por qué no me dejas leerte el futuro?». Él aceptó sonriendo, provocando un resoplo por parte de Huizi. Zhang-Wang se sentó frente a él, tan cerca que sus labios temblaron. Acercó su mano a la manga opuesta y contó con los dedos. Exclamó que había encontrado un par de lunares rojos detrás de su hombro izquierdo y en aquel momento el cucharón de sopa cayó de la mano de Huizi. Mientras Zhang-Wang estudiaba el rostro, sus ojos se voltearon hacia dentro y Baopu pudo verlos completamente en blanco. «Dime el día y la hora de tu nacimiento», inquirió. A esas alturas el padre ya se había olvidado por completo de la comida y, con voz débil, respondió a la pregunta. Zhang-Wang empezó a temblar; sus ojos volvieron a su lugar y se quedaron fijos en el rostro del padre. «Me voy, tengo que marcharme», dijo levantando los brazos, y despidiéndose de Huizi con la mirada, salió por la puerta. Baopu vio a su padre dejarse caer sobre la silla como si fuera una estatua, murmurando sin coherencia e inclinándose sobre las rodillas hasta la hora de dormir.

Durante los siguientes días el padre parecía muy angustiado. Se ocupaba de esto y lo otro, no muy seguro de sus actos. Finalmente sacó un ábaco y comenzó a calcular algo. Baopu le preguntó qué estaba haciendo. «Debemos dinero», respondió su padre. Baopu no podía creer que la familia más rica de la ciudad le debiera dinero a nadie, por lo que preguntó a quién y de cuánto dinero se trataba. «¡A toda la gente pobre, sea de donde sea!», respondió. «Hace ya varias generaciones que no cumplimos con nuestras obligaciones... El padre de Huizi hizo lo mismo, y como luego se negó a pagar, le dieron una paliza hasta matarle!», dijo casi gritando y respirando con mucha dificultad. Poco a poco fue adelgazando y su rostro oscureció, como una calavera. Toda

la vida había cuidado mucho su aspecto, pero ahora llevaba el pelo largo, enredado y casposo. Baopu observaba a su padre con temor. «Todavía eres joven —le decía—, aún no lo puedes entender...».

A raíz de esa conversación, Baopu empezó a sentir que también él pertenecía a ese grupo de míseros trabajadores. De vez en cuando se acercaba a la orilla para oír el aullido de la muela del molino. El encargado de vigilar la muela alimentaba la rueda empujando las judías con su cucharón de madera; debajo de la piedra aparecía una espuma blanca que caía en dos cubetas arrastradas por dos mujeres. Era la misma escena que había presenciado durante toda su juventud. Al salir del molino se daba una vuelta por la fábrica, donde el vapor envolvía el aire de un olor agrisado. Todos los trabajadores, hombres y mujeres, iban ligeros de ropa, con los brazos descubiertos, recubiertos del almidón de las judías. Trabajando entre la bruma, se movían acompasados, marcados por el ritmo de un: «¡Hai! ¡Hai!». Una fina capa de agua cubría el suelo adoquinado. Aquí el agua era un elemento primordial. Un frenesí de brazos se hundía dentro de unas enormes tinajas de agua para lavar los fideos. En una de sus visitas, fue advertido por una de las trabajadoras. «¡No salpiquen al joven maestro!», se apresuró a avisar. Baopu salió rápido. Sabía que algún día esa fábrica ya no sería de su propiedad y que, de hecho, estaba destinado a convertirse en uno más de esos trabajadores.

El padre continuaba pasando largos ratos junto a la orilla del río, entregándose a la más profunda nostalgia de la imagen de los barcos. Un día se llevó a Baopu con él. «El tío Buzhao zarpó desde aquí», explicó. Baopu comprendió que su padre añoraba a su hermano. De camino a casa, el padre volvió la mirada hacia los antiguos molinos bañados por los colores de la puesta de sol, y se detuvo.

«Ha llegado el momento de pagar nuestras deudas». Y montó sobre el viejo caballo pardo de la familia y se marchó. Regresó una semana más tarde, con el rostro resplandeciente y lleno de salud. Ató el caballo, se sacudió el polvo de la ropa, y llamó a toda la familia para anunciar que había pagado las deudas y que a partir de ese momento el clan Sui solo operaría una de las fábricas de fideos, ya que había donado todas las demás. La familia apenas podía creer lo que estaba oyendo. Pasados unos instantes rompieron el silencio negando con las cabezas y riendo incrédulamente. Para demostrarlo,

les enseñó un papel doblado con un sello rojo estampado en la parte inferior del texto que parecía ser un recibo. Huizi se lo quitó de las manos y cayó desmayada tras haberlo leído. Presos del pánico intentaron reanimarle con golpecitos en la espalda, pellizcos y gritos. Cuando por fin se recompuso, se quedó mirando al padre como si se tratase de su enemigo. Sin poder contener las lágrimas, sus lamentos se entremezclaban con palabras inteligibles. Apretó los dientes y empezó a dar golpes sobre la mesa hasta que sus nudillos sangraron. Cuando paró de llorar, se quedó sentada mirando la pared, con la cara amarillenta como la cera.

Baopu quedó traumatizado, pero a pesar de desconocer los motivos, sabía que su padre se había quitado un gran peso de encima. El incidente también reveló la obstinación de su madrastra, que terminaría conduciéndola a una muerte mucho más cruel que la de su marido. Pero eso Baopu no lo descubriría hasta mucho más tarde. Por ese entonces le preocupaba más conocer quién se había apropiado del resto de las fábricas. Era imposible deshacerse de todas las propiedades del clan Sui, incluyendo fábricas y plantas de procesamiento ubicadas en poblaciones cercanas —y algunas incluso en grandes ciudades— en tan solo una semana. Por otra parte, si debían dinero a la gente humilde, ¿dónde habrían encontrado a alguien dispuesto a aceptar esas vastas propiedades en nombre de los pobres? Baopu daba vueltas y más vueltas hasta dolerle la cabeza, pero no hallaba respuestas.

Y la muela siguió retumbando como antaño, y el padre dejó de ir al molino definitivamente. Ahora las embarcaciones que transportaban los fideos a la ciudad eran distintas, y cada vez eran más los trabajadores que emigraban en busca de nuevas oportunidades, dejando el recinto industrial de los Sui en silencio. Su madrastra se recuperó de las heridas en la mano; solo le quedó un dedo torcido, pero nadie la vio sonreír nunca más. De repente un día decidió visitar a Zhang-Wang para que leyera su futuro. Regresó a casa con un par de tigres de arcilla, que serían los primeros juguetes de Jiansu y Hanzhang cuando nacieran, pero no quiso compartir las palabras de la vidente.

\* \* \*

En la ciudad se celebraron reuniones públicas multitudinarias. Los



propietarios de los grandes latifundios y las fábricas fueron conducidos hasta un escenario levantado sobre un antiguo templo, donde las gentes vertían amargas quejas contra ellos. Una oleada de fuertes acusaciones barrió Wali. Zhao Duoduo, quien por aquel entonces era el comandante de la brigada de autodefensa y se paseaba de un lado a otro del escenario con el rifle colgado en la espalda, tuvo la ocurrencia de colocar un trozo de piel de cerdo pinchado en una vara de sauce. Un día, envuelto por la excitación general, utilizó su invento para azotar la espalda de un anciano regordete que estaba siendo el blanco de muchas críticas. El anciano gritó hasta caer de bruces en el suelo. Debajo del escenario los espectadores rugieron en aprobación. Las burlas de Duoduo incitaron al gentío a subir al escenario para golpear y patear a los acusados. Tres días después de la primera sesión, un hombre fue golpeado hasta la muerte. El padre de Baopu, Sui Yingzhi, tras haber presenciado el espectáculo durante varios días entre los asistentes, terminó por convencerse de que su lugar estaba arriba en el escenario. Sin embargo, cuando intentó subir, los miembros del equipo de la reforma agraria le instaron a marcharse. «Nuestros superiores le consideran un miembro ilustrado de la clase burguesa».

\* \* \*

Sui Buzhao regresó a Wali el día que Hanzhang nació. Barbudo, armado con una navaja en el cinturón, y hediendo a salitre y pescado, su apariencia era decrepita. Sus ojos se habían tornado grises, pero eran más sagaces y brillantes que nunca. Cuando se enteró de los cambios y de que su hermano mayor había donado gran parte de las fábricas, se echó a reír. «¡Un buen final!», exclamó, cerca del viejo molino. «A partir de ahora el mundo será un lugar mejor». Acto seguido, se desabrochó los pantalones y se alivió delante de Sui Yingzhi y Baopu. Yingzhi, molesto, frunció el ceño con hastío.

En los días que siguieron, Sui Buzhao recogía a Baopu para ir a bañarse juntos al río. El joven se quedó sorprendido al ver el cuerpo de su tío lleno de cicatrices: un poco de negro y de púrpura, un poco de profundidad y algunos relieves; la piel parecía una tela de grabado. Le contó que había estado tres veces a punto de morir, pero que había sabido sobrevivir pese a todas las

dificultades. También le dejó un pequeño telescopio, regalo de un pirata al que le había dedicado una canción de mar, y acto seguido entonó la melodía. Baopu se rio diciendo que era una canción terrible. «¿Terrible?», gruñó su tío. «Pertenece al *Libro clásico de la navegación*. ¡Quienes no se lo aprenden de memoria acaban muertos! Tío Zheng me regaló una copia, y no hubiera podido sobrevivir sin ella».

De regreso a la ciudad recobró el libro que había dejado escondido tras un ladrillo de un muro. Las páginas amarillentas estaban arrugadas y manoseadas. Con cuidado leyó varias páginas en voz alta; Baopu no entendía ni una palabra por lo que el anciano acabó cerrando el libro y lo guardó cuidadosamente en una caja de metal. Le explicó la tristeza que sentía al ver retroceder las aguas del río y que, de haberlo sabido, se habría llevado a Baopu con él a surcar los mares. Se pasaban la mayor parte del día juntos y, con el paso del tiempo, el joven incluso andaba como su tío, balanceándose de lado a lado. Efectivamente, eso enfureció al padre, que azotó con severidad las palmas de las manos del niño con una vara de ébano y lo encerró en su cuarto. Sin nadie que lo acompañara, el solitario viejo deambuló por la ciudad durante varios días y terminó por marcharse.

Zhao Duoduo solía venir a casa a pasar el rato. Aquellas visitas eran lo único que conseguían separar a Sui Yingzhi de su ábaco. Se acercó a servir un poco de té a su huésped. «No, gracias —dijo Zhao—, puede seguir trabajando». Yingzhi, nervioso por la visita, volvió a su estudio. Aquel día Zhao había venido a hablar con Huizi. «¿Tienes grasa de pollo?», preguntó con una sonrisa. Una vez tubo la grasa, sacó el arma y engrasó la funda de cuero. «Es un buen abrillantador», dijo mientras se levantaba antes de salir y, al devolver el plato lo estampó contra su pecho... Huizi se giró para coger unas tijeras, pero al darse la vuelta Zhao ya había salido por la puerta. Yingzhi salió corriendo de su habitación al oír el plato estrellarse contra el suelo y se encontró a su mujer con las tijeras en una mano y limpiándose el pecho lleno de grasa con la otra.

En otra ocasión, cuando Huizi estaba en el huerto, Duoduo saltó de detrás de un enzarzado de judías. Al verle, salió corriendo. «¿De qué huyes? —gritó—. Sabes que tarde o temprano va a pasar. ¿Para quién te reservas?». Huizi se detuvo, sonrió y esperó a que la atrapara. «Por fin lo has entendido», dijo

Zhao golpeando con agrado su mano contra las caderas de ella. Se acercó más, y cuando ya estaba justo enfrente de ella, Huizi frunció el ceño, levantó las manos como si fueran garras, y le arañó ambas partes de la cara como un gato arisco. A pesar del dolor, Zhao sacó su revólver y disparó contra el suelo. Huizi salió corriendo.

Tardó un mes a que las marcas de la cara desaparecieran. Zhao Duoduo reunió a los vecinos de la calle Gaoding para discutir si todavía era razonable considerar a Sui Yingzhi como miembro ilustrado de la alta burguesía. Yingzhi también fue convocado a la reunión, donde se produjo una acalorada discusión cuando Duoduo le puso los dedos en la sien, como si se tratara de una pistola, y soltó: «Bang». Yingzhi se desplomó como si hubiera recibido un disparo de verdad y dejó de respirar. Entre todos lo levantaron y lo llevaron a su casa, mientras alguien salió corriendo en busca de Guo Yun, el médico. No logró despertar a Sui Yingzhi hasta bien entrada la noche y su recuperación fue lenta; andaba con ayuda de un bastón y estaba muy delgado. Día tras día Baopu oía el eco de la tos de su padre resonar por toda la casa. Esa reunión había socavado sus fuerzas, convirtiéndolo en alguien totalmente diferente. «Todavía no hemos pagado todas nuestras deudas», le dijo a su hijo un día, entre tosidos. «El tiempo se acaba y es algo que debemos hacer». El ataque de tos duró toda la noche y al día siguiente, cuando la familia despertó, ya había desaparecido. Baopu advirtió unas manchas de sangre en el suelo y supo que su padre había salido de nuevo al galope.

Los días pasaron lentamente. Después de una semana de tormento, Sui Buzhao regresó de sus andanzas y se echó a reír cuando se enteró de que su hermano había desaparecido. Justo antes de caer la noche oyeron los ronquidos del caballo y salieron corriendo, contentos y aliviados. El caballo se arrodilló y relinchó mientras se dejaba caer en el suelo. La mirada del animal estaba fija en la puerta, no en las personas; sacudió su crin, y una gota de líquido cayó en la mano de Baopu. Era sangre, sangre fresca. El caballo levantó la cabeza y relinchó al aire, dio la vuelta y se alejó trotando con la familia corriendo tras él. Ya en las afueras de la ciudad, el caballo se metió por un campo de sorgo rojo y siguió una ruta de hojas salpicadas de sangre. Huizi apretaba la mandíbula mientras corría y, al ver el rastro de sangre, empezó a llorar. Los cascos del caballo golpeaban el suelo con fuerza

mientras sorteaba las plantas de sorgo. Baopu no lloraba, no se sentía triste en absoluto, y se sentía mal por ello. El campo de sorgo parecía no terminar nunca, y el caballo aceleró el ritmo hasta que paró en seco.

Sui Yingzhi yacía en un surco seco, con la cara del mismo color de la tierra sobre la que yacía. A su alrededor el suelo estaba cubierto de hojas rojas, aunque no estaba claro si era su color natural o si estaban manchadas de sangre. Al verle la cara entendieron que antes de caer del caballo había perdido mucha sangre. Sui Buzhao reaccionó, sujetando a Yingzhi y gritando: «¡Hermano! Hermano mío...». La boca de Sui Yingzhi se retorció y buscó con la mirada a su hijo mayor. Baopu se arrodilló a su lado. «Lo sé —dijo—. Tu carga era demasiado pesada». El padre asintió con la cabeza, tosió y un filo de sangre fresca corrió por su boca. Sui Buzhao se dirigió a Huizi. «La tos le ha destrozado los pulmones». Huizi se agachó y se agarró a la pierna de su marido. La carne estaba flácida y deshinchada, y comprendió que moriría por la hemorragia. «¡Jiansu! ¡Hanzhang! ¡Acercaos a ver a vuestro padre!», gritó mientras empujaba a los pequeños por delante de Baopu. Hanzhang se inclinó y besó a su padre, y al enderezarse notó la sangre en sus jóvenes labios. Miró a su madre con temor, asustada por el sabor de la sangre. Tras unos breves instantes más con vida, Sui Yingzhi murmuró algo y cerró los ojos.

Sui Buzhao, que había estado sosteniendo la muñeca de su hermano durante todo este rato para comprobar su pulso, dejó caer el brazo. De su garganta estallaron fuertes gemidos, y su frágil cuerpo se vio sacudido por dolorosos espasmos. Baopu, que nunca había visto llorar a su tío, estaba aturdido. «Soy un vagabundo —dijo su tío entre lloros— y sé que no moriré de esta manera. Pero tú, hermano, que tuviste una vida ejemplar, una persona instruida y justa, eras lo mejor que podía ofrecer nuestra familia y, sin embargo, has muerto desangrado por el camino. Ah, la vieja familia Sui, nuestra familia...».

Con la nariz manchada de barro, el caballo inclinó la cabeza y permaneció inmóvil. Conteniendo la respiración, levantaron a Sui Yingzhi y lo colocaron a lomos de la bestia. «Un miembro de la familia Sui nos ha dejado», decían los ancianos de Wali. Los ánimos en la ciudad estaban por los suelos, y ni dos lluvias consecutivas pudieron levantarlos. Las calles estaban desiertas, como si los residentes hubieran sido arrollados por el viento. El anciano encargado

de manejar el cucharón de madera dijo: «He visto el molino de la familia Sui durante toda mi vida. Ahora que el viejo maestro nos ha abandonado para abrir una fábrica de fideos en la otra riba, yo debería ir con él. Necesita de mi ayuda». Y unos días después, mientras estaba sentado en su taburete, dejó de respirar. El viejo buey continuó girando la muela del molino inútilmente, ignorando lo sucedido.

Huizi cerró la puerta principal con pestillo para no recibir a nadie, y obligó a Baopu a abrir un acceso lateral para su tío, que residía fuera del complejo familiar. Buzhao sabía que ahora ya nadie podía alejarle de Baopu, pero percibió una mirada sombría en el rostro del joven. Cuando le contaba sus aventuras en alta mar, el chico ya no mostraba el interés de antaño y tenía que recorrer al *Libro clásico de la navegación* para llamar su atención.

Cuando Jiansu visitaba a Buzhao, su tío le subía a hombros y desfilaban hasta el puesto de golosinas, por el mismo camino que antes había recorrido con su hermano mayor. Después de pasar largos ratos con el niño, Buzhao se dio cuenta de que el pequeño era más inteligente que Baopu. Un día decidió dejarle el telescopio para que jugara y advirtió que el chico espiaba a las niñas mientras se bañaban en el río. «¡Qué bello!», dijo Jiansu mientras le devolvía el telescopio de mala gana.

Buzhao lo cargó de nuevo sobre sus hombros para llevarle a casa. «Somos un equipo, tú y yo», le dijo.

Jiansu pasaba tanto tiempo a hombros de su tío que la gente lo llamaba el «jinete». Tarde o temprano, dijo Sui Buzhao, se embarcaría de nuevo. El mar hacía su vida más interesante y gracias a él se ganaría el respeto de la ciudad. Le explicó a Jiansu que se preparara para cuando ese día llegara. Únicamente necesitaba encontrar un barco de poco calado para no encallar en las aguas poco profundas del río. No mucho más tarde, el destino le sonrió encontrando un vecino que ofrecía un destartalado *sampan*<sup>10</sup>, y Sui Buzhao no lo dudó dos veces. Construyó una suerte de timón, tapó todos los agujeros con aceite de *tung*<sup>11</sup>, y cosió una vela con sábanas. La gente se acercaba a curiosear, tocar la embarcación y, por supuesto, a hablar del acontecimiento. La emoción flotaba en el ambiente. «Esto es un barco», explicaban los adultos a lo más pequeños. «Barco», repetían las diminutas voces.

Sui Buzhao pidió ayuda a algunos jóvenes para arrastrar el barco hasta el

muelle abandonado, donde le aguardaba una multitud pacientemente. Sui Buzhao descubrió las caras de Baopu y Jiansu entre el gentío, lo que le animó aún más a proseguir con su hazaña. Dirigió unas palabras a la multitud describiendo las características de la embarcación. Los presentes, eufóricos, le animaron a botar el barco. «¿Creéis que es tan fácil? ¿Conocéis a alguien que haya botado un barco sin orar antes a los dioses?». En ese momento adoptó una expresión sombría y entonó una plegaria a los dioses para mantener la nación y sus gentes sanas y salvas, y para velar por la nave y la tripulación, ofreciendo alimentos y bebida a los dioses del agua y la tierra.

La gente rodeaba a Sui Buzhao y su barco. Con dificultades para oír sus palabras, intercambiaban miradas como si fuesen desconocidos. Se hizo un profundo silencio. Los congregados se sintieron apoderados por la visión borrosa de un océano cubierto de niebla, con hombres desnudos y armados remando, con sus vidas en peligro y un barco lleno de tesoros que desaparecía en medio de la niebla. Los mayores todavía podían recordar los mástiles de los barcos recubriendo el viejo muelle y el olor a pescado. Viejos y nuevos barcos luchando por su espacio, unos encima de los otros. Diez mil marineros respirando al unísono en las cubiertas, impúdicos, con el viento contra su cara. El comercio era el alma de Wali, donde los lingotes de plata rodaban por doquier. Incluso en los días de tormenta los barcos habían ocupado el río como un enjambre de langostas.

Tras frotarse los ojos para despertarse, encontraron a Sui Buzhao sentado en la proa, aún en tierra firme. Levantó el telescopio colgado de su cinturón e hizo señas a Jiansu invitándole a subir. Con una exclamación de sorpresa, Jiansu se dispuso a abrirse paso hacia la nave cuando instintivamente Baopu lo agarró por la camisa y se negó a dejarlo marchar, a pesar de los esfuerzos de su hermano por liberarse. Al verlo, Sui Buzhao empezó a proferir insultos y maldiciones, y con un gesto con la mano les indicó que llevaran el barco hasta el agua. Un grupo de personas empujaron entusiasmadas y en el preciso instante en que el casco tocó el agua, el viejo *sampan* cobró vida; un sonido emergió desde su interior. La vela se hinchó y desplazó rápidamente la embarcación lejos de la orilla, con Sui Buzhao de pie con los cabellos al viento. Para celebrar la partida, y aún al alcance de la vista, se posó sobre sus caderas, palmeándose el muslo y haciendo carotas. Las mujeres bajaron la

cabeza y reprobaron su actitud infantil en voz baja: «¡Qué poca vergüenza!».

El hechizo se rompió cuando el barco alcanzó el punto medio del río. «¡Es un barco fantástico!», clamaba la gente. «¡Eres un gran capitán!». «¡Vuelve a por mí, Sui Buzhao!». «¡Vuelve y llévame contigo!»... Mientras seguían gritando, el barco empezó a girar siguiendo una fuerte corriente, moviéndose en círculos, como la muela del molino. A medida que aumentaba la velocidad parecía que el barco fuera a despegar de un momento a otro cuando de repente, de forma abrupta, se hundió bajo la superficie sin dejar otro rastro que el de un remolino. Si Buzhao no se daba prisa en salir a flote, estaría perdido. La gente esperó una señal en silencio, pero no hubo rastro de él. La superficie del agua fue poco a poco alisándose, hasta volver a su estado original. Arropado con fuerza en brazos de Baopu, Jiansu temblaba entre sollozos.

Los asistentes, sumidos en el dolor y la decepción, fueron sorprendidos por la silueta de una cabeza acercándose hacia la orilla. ¿Quién iba a ser, si no? No podía ser otro que el descarado de Sui Buzhao. Una vez en tierra firme, ignoró la algarabía desatada por su retorno y se alejó balanceándose y chorreando. El barco se hundió por voluntad del cielo, decía la gente, y tal vez eso era señal de que Wali no acogería barcos nunca más. De no haber fracasado, Sui Buzhao se hubiera marchado de la ciudad para siempre. Tras el fracaso, la gente lo menospreció. Ni siquiera se había dignado a informar de su destino, y además estuvo a punto de poner en peligro la vida de Jiansu. «¡Qué suerte has tenido!», le decían. «Muchísima suerte». Baopu no quiso participar en el debate y se llevó a su hermano de la mano, siguiendo el rastro de agua dejado por su tío.

Avergonzado por lo sucedido, Sui Buzhao estuvo varios días sin salir de la habitación, hasta caer enfermo. Cuando por fin lo hizo, estaba terriblemente demacrado, y llevaba una cinta azul atada alrededor de la frente, como si eso fuera a mantener su cabeza intacta.

Por aquel entonces Sui Buzhao estaba inmerso en la lectura de su biblia del mar cuando oyó a alguien gritar por la ventana: «¡Un equipo de reparación del regadío ha encontrado un barco enterrado!». Desde el retroceso del río, mucha gente se dedicaba a excavar la superficie antes ocupada por las aguas, por lo que tal vez alguien había desenterrado su barco. Su corazón se aceleró y salió corriendo en dirección a la orilla del río. Cuando llegó al viejo muelle

se encontró a toda la ciudad concentrada en unos pocos cientos de metros de la orilla del río. Echó a correr, tropezando y cayendo varias veces antes de llegar a la multitud. Afortunadamente para él, estaba lo suficientemente delgado como para colarse entre el gentío hasta que se topó con montones de barro excavado. El agua sucia corría por zanjas artificiales; era la huella del arrastre hasta la orilla. «¡Dios mío!», exclamó al verlo.

Se trataba de un barco de madera de grandes dimensiones cuya cubierta hacía tiempo que se había podrido, dejando al descubierto una quilla de sesenta o setenta pies atravesada por dos objetos de hierro, los restos de dos cañones. Un ancla oxidada yacía a un lado, junto con otros artículos dispersos no identificables ennegrecidos por el barro pegajoso. Un par de barras de hierro cruzaba lo que había sido la proa de la nave, al parecer algo que se había atascado en la cubierta. Un fuerte olor empezó a salir de la fosa, atrayendo un halcón que empezó a sobrevolarlos en círculo. La gente se sintió mareada y con la garganta seca a causa del hedor. La quilla, expuesta al aire, había empezado a enrojarse, y el agua, que se filtraba por los agujeros de la madera, se tornaba también del mismo color. En poco tiempo la gente dijo oler sangre y se alejaron de la pestilencia. Mientras tanto el halcón seguía dando vueltas, siguiendo las corrientes de aire.

El hombre a cargo de la excavación estaba de cuclillas a un lado, fumándose un cigarrillo. «¡Ya basta de mirones!», gritó mientras se levantaba. «Tenemos trabajo que hacer. Vamos a trocear la madera y la venderemos como leña para cocinar».

Sui Buzhao, de pie muy cerca de la quilla, gritó: «¡Ni te atrevas!...». Se hizo un silencio. «Este barco es mío!», dijo señalando la reliquia. «Pertenece al Tío Zheng He y a mí». Sus palabras fueron recibidas con risitas. El encargado volvió a dar órdenes de proseguir con los trabajos. «Escucha». La cara blanca demacrada de Sui Buzhao se puso morada; y la cinta azul se desató y cayó, como la cuerda rota de un laúd. Corrió hacia abajo, recogió el ancla oxidada, y la levantó sobre su cabeza.

«¡Quien toque mi barco sabrá lo que es esto!».

Baopu y Jiansu estaban entre los espectadores. Jiansu gritó a su tío, pero Buzhao no lo oyó. Cerraba la mandíbula con fuerza, con su barba rala temblorosa. Alguien comentó que el barco podría haber estado enterrado



durante siglos pudiéndose tratar de un tesoro nacional, y aconsejó que no tocaran nada hasta obtener un informe pericial, algo en lo que todos convinieron y encargaron a Li Xuanton.

El recadero volvió para informar que Li se encontraba meditando y no podía ser molestado, y recomendó llamar a su buen amigo, el médico y herbolario Guo Yun. Media hora más tarde, Guo llegó al lugar y la multitud se apartó para dejarle paso. Levantando el borde de la toga para no mancharse de barro, se dirigió hasta la quilla donde se arrodilló para estudiarla cuidadosamente. Luego dio un rodeo al barco, como una oveja pastando. Finalmente, entrecerró los ojos y extendió los brazos como si sostuviera algo, aunque no había nada en dos metros a su alrededor. Olfateó el aire con una serie de bufidos nasales y movimientos de nuez. Bajo un estado de inconsciencia, levantó los brazos y miró hacia el cielo, cuando varios excrementos de pájaros cayeron sobre su rostro. Luego se quedó mirando la zanja, con el aliento de la multitud clavado en su nuca. En el ambiente se palpaba una ansiedad incontenible. Poco a poco el viejo curandero fue incorporándose y se dirigió a la gente.

«¿En qué dirección estaba la proa?», preguntó. Nadie lo sabía. Lo primero que habían hecho era cortar la quilla pensando en la madera, pero nadie podía recordar en qué dirección la habían encontrado. «¿Y qué importa en qué dirección estaba?», dijo el capataz. El viejo curandero se enfureció. «¡Eso es vital! Si estaba orientada al norte, se dirigía hacia el océano; si estaba al sur, hacia el paso entre las montañas. Y si estaba encarada hacia Wali, debió estar atracado en nuestro muelle». La gente se miraba sin decir nada. «Fue un buque de guerra que navegó por el río Luqing y fue hundido durante las batallas territoriales de tiempos remotos. Es un verdadero tesoro nacional. Nadie debe tocarlo, sea joven o viejo. Hagan guardia, día y noche. Tenemos que mandar un mensajero a la capital lo más rápido posible para informar del hallazgo». «Iré yo», se ofreció Sui Buzhao deponiendo el ancla y abriéndose paso a codazos entre la multitud.

Baopu se llevó a Jiansu en busca de su tío. No lo encontraron por ninguna parte cuando de repente escucharon un llanto. Era Hanzhang, y apresuraron el paso para saber qué sucedía. Su hermana estaba tendida en el *kang* llorando. Al preguntarle qué ocurría señaló hacia la cuadra. Salieron corriendo al

establo y allí se encontraron el viejo caballo, tumbado muerto. Su tío también estaba allí, temblando incontrolablemente, susurrando al animal muerto. Baopu sabía que su tío había planeado montar a caballo para informar del hallazgo y ahora no podía. Baopu y Jiansu cayeron de rodillas junto a la bestia.

Al cabo de poco, la administración provincial envió un equipo de expertos para retirar el viejo barco y los vecinos de Wali no lo volvieron a ver nunca más.

## 5

Muchos años antes de encontrar el viejo barco, en la siguiente primavera después de la muerte de Sui Yingzhi, su segunda esposa, Huizi, le acompañó en su destino.

Tras un devastador incendio que arrasó la imponente residencia familiar, Baopu encontró el cuerpo incinerado de Huizi sobre las cenizas de su *kang*; una escena horripilante. Fue el único testigo del suceso y enterró sus restos en secreto. Años más tarde, cuando Jiansu preguntó sobre la muerte de su madre, Baopu le contaría que se había suicidado, lo cual no era del todo falso, pero sin revelarle más detalles. Por lo que respecta al solar del antiguo inmueble, los hermanos lo destinaron al cultivo de frutas y hortalizas, convirtiéndolo en un lugar idílico donde, en las noches claras, la luz de la luna sobre las zarzas de judías reflejaba las gotas cristalinas del rocío.

Baopu recordó la visita de Sui Buzhao a Huizi, seis meses después de la muerte de su padre. «Cuñada —comenzó—, creo que deberías abandonar la casa familiar. Sin la ayuda de mi hermano no vas a poder soportar la desdicha que se cierne sobre este clan». Pero Huizi rechazó el consejo. Pasaron varios días antes de que Buzhao, algo intimidado, regresara para insistir. «¡Huizi! —la llamó al entrar a casa, moviéndose inquieto—. ¡Huizi!». Al verle de nuevo en casa, sintió una mezcla de sorpresa e irritación. «¿Qué quieres?». El hombre señaló hacia su morada. «Ya he limpiado y ordenado mi estancia. Incluso rocié el suelo con perfume». Ella se limitó a mirarlo, sin estar segura de adónde quería llegar, mientras a él le temblaba la barbilla y parpadeaba con nerviosismo, hasta que dio un golpe al suelo y se explicó: «Ven a vivir conmigo. Yo cuidaré de ti. ¿Qué me dices?». Huizi no daba crédito a lo que estaba oyendo. Enojada, extendió el brazo y le dio una bofetada que le hizo

sangrar la nariz. Él prosiguió: «Hablo en serio. Estás sola, no puedes quedarte en esta casa...». Llena de ira hizo el gesto para agarrar las viejas tijeras. Advirtiendo sus intenciones, Sui Buzhao se dio la vuelta y salió corriendo.

«Me temo que tu madrastra tiene los días contados», le advirtió Buzhao a Baopu, explicándole lo sucedido. «En lugar de estar agradecida por el ofrecimiento, me trató como a un extraño e incluso intentó clavarme las tijeras. Cierto es que mi vida siempre ha sido un tanto desordenada, pero mis intenciones no eran deshonestas en absoluto. Quizá sea pobre, pero no tengo deudas, y ahora mismo eso es justo lo que ella necesita. ¡Pero que se vaya al diablo! No ha salido nunca de esta ciudad, no ha visto mundo, y no comprende que no podrá salir adelante. En las regiones del sur son muchas las mujeres que se mudan a vivir con sus cuñados al fallecer sus maridos. Pero, como he dicho, ¡que se vaya al diablo! ¡Está acabada!».

Sui Buzhao no volvió a poner los pies en la residencia nunca más y, al cabo de poco, sus presagios empezaron a cumplirse. Un buen día se presentaron unos oficiales del gobierno para hablar con Huizi y notificarle que debía abandonar la finca porque había pasado a ser propiedad del estado. Baopu intentó disuadirla para que cediera, pero fue inútil. Al ver que la presión de los oficiales aumentaba, trasladó a los tres hermanos a las estancias contiguas donde estarían más seguros, pero ella nunca abandonó la morada principal. Su rostro era un reflejo de su terquedad, con unos rasgos cada vez más duros y hostiles hacia los demás. Tal obstinación le recordaba a Baopu cuando se lastimó la mano tras recibir la noticia de su padre sobre la entrega de las fábricas para pagar las deudas.

Después de su muerte en el incendio, los milicianos controlaron los movimientos de los hermanos durante una buena temporada y Zhao Duoduo dirigió un grupo de militares que escarbaron entre los escombros durante días, en busca de una caja fuerte con dinero. Para su decepción, terminaron el registro sin resultados.

Ahora que los hermanos vivían solos, Sui Buzhao se acercaba a menudo a visitarles. Baopu trató sin suerte de convencerle para trasladarse a vivir con ellos. Cada uno ocupaba una habitación del edificio adyacente; los dos hermanos dormían en un extremo y Hanzhang en el otro.

Como les sobraba espacio, destinaron el resto de estancias para almacenar

los utensilios y los frutos del huerto, guardar algunos recuerdos familiares. Habían sido pocos los libros que se habían salvado de las llamas, pero cuando el ambiente político empezó a enrarecerse, Baopu los escondió todos en un arcón.

Tras la muerte de Sui Yingzhi los empleados de la familia se habían ido marchando. Todos, a excepción de Guigui, que no tenía adónde ir. Ella se dedicaba a las tareas domésticas de limpieza y cocina, y a trabajar en el huerto. Tenía tres años menos que Baopu y habían crecido juntos desde pequeños. Cuando le observaba mientras pelaba judías, sentada en la puerta del almacén, se sonrojaba. Una noche, cuando todos se habían acostado, Guigui vio luz en la habitación de los chicos y entró; al ver los hombros musculosos de Baopu y la pierna asomando por debajo de la colcha mientras yacía dormido, se estremeció. Era la primera vez que veía una parte de su cuerpo al descubierto. Cuando le arropó para que no se enfriara, el olor de su cuerpo desnudo le desbordó. Sus ojos se humedecieron y, aunque intentó contenerse, las lágrimas siguieron brotando. Hipnotizada por la fragancia, se inclinó y le besó el hombro. Baopu dormía tan profundamente que ni se despertó, pero Jiansu se desveló al percibir una sombra en la penumbra. Cuando vio a Guigui inclinada sobre el hombro de su hermano se incorporó. Al oír las sábanas, Guigui se detuvo en seco y salió apresurada de la habitación, mientras Jiansu, excitado por el descubrimiento, apagó la linterna y se quedó sonriendo en medio de la oscuridad, incapaz de volverse a dormir.

A partir de esa noche Jiansu observó todos los movimientos entre Guigui y Baopu, y llegó a la conclusión que su hermano podría poseerla cuando quisiera. Al cabo de un año Baopu y Guigui se casaron, lo que obligó a Jiansu a trasladarse al ala este con su hermana. Desde entonces sintió una irresistible curiosidad por la habitación de los recién casados, y no podía evitar entrar a escudriñarla siempre que se presentaba la ocasión. Guigui pegó un cangrejo de papel con unas inscripciones sobre la ventana. El lugar tenía un olor diferente al resto, ni dulce ni demasiado perfumado, y era cálido. De repente su antiguo cuarto le parecía una habitación maravillosa, mientras el nuevo espacio le resultaba frío y sobrio, y solo lo utilizaba para dormir. Pasaba la mayor parte del tiempo con su tío, que lo tenía cautivado con sus increíbles relatos marineros, los cuales escuchaba boquiabierto. Solía salir de paseo por el

bosque, sin rumbo. Buscaba nidos de pájaro y, ensimismado, soñaba despierto. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo y crecía, su vida le parecía más y más anodina. Se sentía como un buey en un cabestro, sin otra diversión que la de arar. Su hermano y él trabajaban en el campo todo el día, y cuando se hacía algún corte con la azada o la hoz, sangraba como un árbol joven. Su sangre era fresca, nueva, de un color rojo brillante. Poco a poco su cuerpo se fue llenando de cicatrices, mientras su complexión se robustecía por el trabajo duro en el campo.

En una ocasión el capataz le mandó cortar las zarzas de una valla a la orilla del río. Cuando llegó al lugar, se encontró con una chica de dieciséis o diecisiete años faenando allí también, y al saludarle: «Hola, hermano Jiansu», no pudo contener la risa. «Soy un hermano, está bien», pensó. «Pero no el tipo de hermano que tú crees». Notó como la sangre caliente que había corrido por sus venas durante todos esos años le subió a la garganta, abrasándole. Apenas transcurridos unos instantes, sintió que quería más. La chica era alegre y vivaracha, y le gustaba conversar, pero él se quedó callado, crispado. Quería aplastar su alegría y convertirla en alguien diferente. El segundo día transcurrió igual, y luego el tercero. Al cuarto, y a punto de terminar con el desbroce de la maleza, tuvo la perversa idea de herirse la mano y, a eso de media tarde, Jiansu gritó: «¡Me he clavado una astilla en la mano!».

La chica chilló, tiró su guadaña, y corrió hacia él. «¿Dónde? ¡Déjame ver!».

«¡Aquí, aquí!».

Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

Ella se retorció como una serpiente, luchando por soltarse. «¡Hermano Jiansu!», gimió. «Voy a gritar. ¡Suéltame! ¡Déjame ir!».

Por alguna extraña razón, Jiansu tan solo podía repetir sus palabras: «¡Hermano Jiansu!», imitando el timbre de voz de la muchacha, «¡Hermano Jiansu!».

Para calmarla un poco, empezó a acariciar su pelo sedoso. Los movimientos de la muchacha se fueron relajando y, ya sin ninguna resistencia, acabó apoyando la cabeza sobre su hombro.

Era una noche de luz tenue cuando la chica se deslizó silenciosamente dentro del jardín, donde Jiansu la esperaba debajo del enrejado de judías. Con la única luz de la luna brumosa, la llevó de la mano hasta su habitación. Ella

se sentó y se acercó para tocarle el rostro con ambas manos. «No voy a dejar que me veas», dijo ella.

Él también le pasó la mano por el rostro. «Y yo tampoco voy a dejar que me veas a mí», susurró.

Apartando la mano le respondió: «Pero vine hasta aquí para verte. Voy a mirarte un rato y luego me iré». «No esta noche, esta noche no te podrás escapar», pensó Jiansu. La envolvió con sus brazos y la besó. Estremecida, le correspondió besándole el cuello y los ojos, y acariciando su barba incipiente le dijo: «Eres encantador».

Jiansu empezó a temblar. «¿Te encuentras mal?», preguntó asustada. Jiansu negó con la cabeza y empezó a desnudarla. Ella se resistió, y la respiración de Jiansu se tornó tan profunda que no podía ni hablar, pero continuó hasta que la chica se quedó tan solo con unas braguitas de rayas violetas y amarillas. Jiansu apretó los puños; sus músculos se ondularon cuando tímidamente apoyó la cabeza contra su brazo, presionando con fuerza contra él, como si quisiera entrar en su cuerpo. Su piel fría y suave brillaba a la luz de la luna; su cuerpo era largo y delgado; y sus estrechas caderas eran redondas y firmes. «Ahora no te puedes marchar», susurró en voz baja Jiansu. La chica sollozaba mientras envolvía sus brazos alrededor de su cuello y le besaba. Las lágrimas humedecieron la cara de Jiansu. Después de un rato dejó de llorar y lo miró a los ojos.

Soplaba el viento de medianoche cuando salieron de la habitación. Se detuvieron bajo el enrejado para despedirse. «Si tus padres te preguntan de dónde vienes, diles que te perdiste por el camino».

«Hmm...», murmuró. Entonces, antes de partir le dijo: «Eres la persona más mala que jamás he conocido. Has arruinado mi vida. No voy a hablar mal de ti por la ciudad, pero no quiero volverte a ver. Eres terrible, me has humillado...».

Jiansu trató de consolarla: «No te he hecho nada malo. Estás más hermosa que nunca. Te recordaré hasta el día de mi muerte, y nunca voy a olvidar esta noche... Recuerda esto: no has hecho nada malo».

A la mañana siguiente Jiansu se encontró con su hermano por el barrio. Baopu le observó mientras cargaba y le traía el cubo, y percibió un cambio en él; estaba más contento que de costumbre. Baopu le invitó a descansar un rato,

pero no quiso parar de trabajar y, al salir por la puerta, levantó los brazos y exclamó: «¡Hoy hace un día espléndido!».

«¿Qué has dicho?», le preguntó Baopu. Jiansu simplemente se volvió y miró a su hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Que hoy es un gran día!».

La lámpara de la habitación de Jiansu solía estar apagada, mientras su inquilino se perdía en medio de la noche. Comenzó a adelgazar, y su rostro y sus manos se ajaron a causa del duro trabajo; los ojos inyectados en sangre se hundían en sus cuencas mostrando los efectos del insomnio, pero mantenía el buen humor y el vigor. Esa época fue particularmente difícil para Baopu. Guigui padecía tuberculosis desde hacía ya años y, aunque luchaba por superarlo, poco a poco iba languideciendo. Murió en los brazos de Baopu, frágil como un manojito de trigo. «¿Por qué —se preguntó Baopu— tenía que morir justo ahora, después de haber luchado durante tantos años?». Por aquel entonces había tal escasez de alimentos y estaban tan desesperados por encontrar comida, que incluso llegaron a desmenuzar los restos de pescado disecado enganchados entre las redes de una vieja barca y los machacaron hasta convertirlos en polvo. Su tío se pasaba los días en las rocas a la orilla del río Luqing tratando de pescar algo. Baopu recordó que en los últimos meses de vida, Guigui estaba tan débil que ni siquiera pudo masticar una pequeña gamba y cómo se retorció de dolor. Emocionado tras descubrir que la corteza de árbol era comestible, Jiansu salió corriendo en busca de Baopu con la solución para poder dar de alimento a su cuñada. El hermano mayor hubiera picado la corteza en pequeños pedazos y la hubiera cocinado en el *wok*<sup>12</sup>, de no haber sido requisados para ser fundidos. No le quedó otra opción que primero masticarla él y luego dársela a Guigui para que la pudiera engullir mejor. Pero solo resistió tres años, hasta abandonar a la familia Sui para siempre. Baopu tardó un año en reponerse. Para entonces Jiansu ya casi se había convertido en un hombre y un día, cuando Baopu salió a recoger judías, vio a Jiansu escondido debajo de la enredadera con una mujer joven entre sus brazos.

\* \* \*



Las salas de procesamiento de fideos de la calle Gaoding reabrieron sus puertas ese mismo año. La escasez de judías durante esos años había hecho impensable continuar produciendo fideos. Pero ahora la antigua muela de molino volvía a girar, y ahí es donde la gente podía encontrar a Baopu, sentado en un taburete, al igual que todos los viejos que se encargaban de las muelas de molino, con un largo cucharón de madera descansando en su regazo. El líquido blanco llenaba los cubos trajinados a hombros por las mujeres. Una de ellas, de nombre Xiaokui, solía llegar antes que el resto y aguardaba en una esquina con su vara en la mano. Una mañana trajo una jaula con un grillo y lo colgó en una pared del molino. Cuando Baopu oyó el canto del animal se acercó a echar un vistazo. Xiaokui estaba cerca de la jaula, apoyada contra la pared, con las manos en la espalda. Su rostro estaba sonrojado, reluciente, con la nariz sudada y la mirada recta, fijada en la pequeña ventana. Le dijo: «Es un sonido muy agradable, ¿verdad?».

Baopu se puso de pie y golpeó la muela del molino con su cucharón. El viejo buey lo miró a los ojos nervioso y algo asustado. El cubo estaba prácticamente lleno de almidón. Dos jóvenes mujeres entraron, levantaron el recipiente con la vara y se marcharon dejando tras de sí un pequeño charco.

Cuando Baopu bajó la mirada hacia el charco sobre el suelo polvoriento, por alguna razón se acordó de cuando era pequeño y pescaban lochas en el meandro con Xiaokui. Vestidos con unos petos muy parecidos, reían mientras las viscosas lochas saltaban de sus manos. También se acordó cuando ya de mayor paseaba por la fábrica y la veía pelando judías y amasando la pulpa sobrante. Ahora su mirada era más sombría y reservada.

Xiaokui regresó al molino a recoger el cubo. Estaba de pie, tranquila, con los ojos brillantes y ligeramente nerviosa. No era muy alta, pero su figura era esbelta. Baopu no pudo evitar posar los ojos en sus pechos, que se agitaban rítmicamente, como si estuvieran sumidos en un sueño profundo. El aire olía al perfume propio de una mujer virgen de diecinueve o veinte años, ese aroma tan especial. Baopu se puso de pie para controlar el viejo buey que estaba sacudiendo la cabeza de una manera extraña, y continuó alimentando el ojo de la muela, con el cucharón en constante movimiento tratando de no derramar nada fuera. Nervioso por la presencia de la mujer, le resbaló el cucharón de la mano. Este se deslizó sobre la piedra y llegó hasta Xiaokui, como la aguja de

una brújula apuntando directamente hacia ella. Cuando Baopu se aproximó para recoger la madera, ella dio un paso hacia delante y le llamó: «Baopu... Tú, yo...». Él cogió el cucharón y puso la muela de nuevo en movimiento. «Cuando termines, en lugar de irte a casa —continuó en voz baja— nos podemos encontrar abajo, en la explanada. Cuando termines...». El sudor bajaba por la frente de Baopu mientras la miraba. Otra mujer entró para ayudar a Xiaokui a llevarse el cubo. Y al terminar el turno, Baopu salió del molino.

Ese día, en lugar de cruzar el río llanura a través como de costumbre e ir a encontrarse con Xiaokui, por razones que no podía explicar, decidió reseguir el camino perpendicular. Caminó lentamente, sintiendo las piernas más pesadas que de costumbre. Al cabo de un rato se detuvo. La puesta de sol resplandecía en el cielo, calentando su espalda. Al notar los rayos moribundos se estremeció y echó a correr de nuevo hacia la planicie, tan rápido como pudo, murmurando palabras ininteligibles. Se sacudió el pelo de lado a lado y estiró los brazos. Cada paso sobre la tierra húmeda dejaba unas huellas profundas en el suelo. Entonces se detuvo; distinguió a Xiaokui en la parte más densa de la arboleda, con el pelo recogido debajo de un pañuelo rojo.

Por un momento se quedó inmóvil, antes de empezar a avanzar lentamente hacia ella. Ya a su altura la encontró llorando, temerosa de haber sido rechazada ante su tardanza.

Baopu, nervioso, se encendió un cigarrillo, pero Xiaokui se lo sacó de la boca, lo tiró y apoyó la cabeza contra su pecho. La abrazó y besó su pelo. Ella lo miró y él le secó las lágrimas con su mano callosa. La besó y la volvió a besar. «Xiaokui —dijo moviendo la cabeza—, no te entiendo».

Ella asintió con la cabeza. «No me entiendo ni a mí misma... —dijo ella—. Estás siempre allí sentado en el taburete, con el cucharón en la mano, sin decir ni una palabra. Pareces una momia, pero estás lleno de energía que corre por tu interior. Me asustan las personas que no hablan, pero también sé que tarde o temprano seré tuya».

Baopu levantó su rostro y la miró fijamente a los ojos. «Pertenezco al clan Sui. ¿Por qué ibas a querer ser mía?».

Ella solo asintió con la cabeza. Ninguno de los dos volvió a hablar, mientras el sol desaparecía tras el horizonte. Entonces se levantaron y

comenzaron a caminar. Cuando llegó el momento de separarse, Baopu le dijo: «Tú y yo somos personas de pocas palabras». Xiaokui acarició la áspera mano y se la llevó a la nariz para olerla.

Baopu empezó a dormir mal después de que Xiaokui le oliera la mano, según su conclusión. No paraba de dar vueltas en la cama y, cuando por fin se dormía, sentía como si alguien apareciera y le levantara la mano. Una de esas noches, al notar aquella presencia, tendió ambas manos entregándose a esa mujer. Se sintió feliz y relajado. Ella salió de la habitación, y la siguió entre la tenue neblina de los rayos de luna. Ella andaba delante, pero al parpadear desapareció. Después apareció, su cuerpo era ligero como un manojo de trigo. Era Guigui. «¡Guigui! —gritó—. ¡Guigui!»). Extendió la mano, pero los prístinos rayos de luna fue todo lo que alcanzó a tocar.

Esa noche no durmió, cosa que no le impidió acudir a la fábrica al día siguiente, donde solo quedaba la jaula de su grillo; Xiaokui no apareció acarreado los cubos. Alimentó al grillo con semillas de melón y, cuando se asomó a la sala de procesamiento, se la encontró lavando fideos, con los brazos enrojecidos dentro del agua. Decidió no acercarse para no llamar la atención de Li Zhaolu, que estaba sentado justo encima de ella golpeando el colador metálico, cantando como de costumbre: «¡Hang-ya! ¡Hang-ya!»). Y la gente debajo respondió: «¡Seguro que él sabe cómo golpear!»). Baopu levantó la mirada hacia ese tipo ordinario y encontró sus ojos clavados sobre Xiaokui. Sin decir una palabra, Baopu regresó a su molino, donde la piedra crujía a cada giro y la cabeza del buey se mecía al ritmo del sonido.

Baopu se olvidó de volver a disfrutar de un sueño plácido. «¿Qué había hecho con su vida durante los últimos veinte años?», se preguntaba. Solía acudir al callejón de la familia Zhao y se quedaba sentado debajo de la ventana de Xiaokui, donde nadie podía verle. Un día Xiaokui le contó que iba a casarse con Li Zhaolu y no podía hacer nada por impedirlo, ya que el Cuarto Maestro había dado su aprobación. Baopu perdió toda esperanza. Aquel movimiento de cabeza había zanjado la cuestión, así que abandonó sus fantasías y regresó a su banqueta en el molino. Y sin embargo, el deseo ardía en su corazón, atormentándolo. Empezó a padecer unos terribles dolores de cabeza y para mitigar el dolor se ataba un trozo de tela alrededor de la frente. Esto le recordó el día que encontraron el viejo barco, cuando su tío apareció

con una cinta atada en la cabeza. Probablemente el anciano sufriera la misma dolencia; había encajado muy mal la pérdida de su barco y seguía deprimido desde entonces.

Poco después de que Baopu se atara la cinta en la cabeza, Xiaokui se casó con Li Zhaolu. Baopu se derrumbó al oír la noticia y se quedó atontado en su habitación. Unos días más tarde se supo que Li Zhaolu se había trasladado a una ciudad del noreste para hacer fortuna y reunirse más tarde con Xiaokui. Efectivamente, en la fábrica no había rastro de Zhaolu, y Xiaokui se había mudado con el resto del clan Zhao.

Una noche de tormenta cayó un rayo sobre un árbol cerca de la antigua fábrica, seguido de un gran estruendo que despertó a toda la ciudad. Sobresaltado por el trueno, Baopu no pudo volverse a dormir y, aquejado por el dolor de cabeza, estrechó la cinta con fuerza. A medida que caía la lluvia se imaginaba la voz de Guigui llamándolo desde lo lejos. Se echó la capa sobre los hombros y salió corriendo, resbalando en el suelo fangoso bajo la llovizna, sin saber adónde se dirigía. Al limpiarse el agua de los ojos se encontró de pie, debajo de la ventana de Xiaokui. Sintió cómo la sangre le subía de golpe a la cabeza. Golpeó la ventana, y Xiaokui no tardó en aparecer detrás de los cristales. Al verle empezó a llorar, pero se resistió a abrir el ventanal. A Baopu le ardían las mejillas cuando la cinta de su frente se rompió, como una cuerda rota de un laúd, y atravesó la ventana con el puño. Despertó de repente, muerto de frío, sosteniéndola entre sus brazos, en contacto con sus pechos ardientes. No podía dejar de temblar y le faltaba el aire. Ella le abrazó y le acarició las manos para calmarle. «Ah, ah», repitió ella con voz ahogada. Baopu le soltó la cabellera y empezó a desnudarla mientras hablaba consigo mismo: «Así es cómo me siento. He deseado esto durante mucho tiempo. Ha sido como si nos hubiera partido un rayo. ¿Tienes miedo de la oscuridad? Los miserables necesitan la luz para estar tranquilos. La jaula del grillo voló de un golpe de viento. Se deshizo en mis manos al tocarla. Soy penoso. ¿Qué puedo hacer? ¿Crees que soy mala persona? Tus manos... Soy un estúpido. Y tú, y tú. Que caigan más truenos, ¿por qué no me parte un rayo? De acuerdo, no hablaré más de esta forma. Pero tú, tus manos. ¿Qué vamos a hacer? Pequeña Xiaokui, mi pequeña Xiaokui...». Ella seguía besándolo. Un relámpago iluminó el cielo y Baopu vio que estaba empapada en sudor. «Solo puedo pensar en llevarte a

casa, quedarnos allí encerrados y no salir nunca más. La muela puede girar sola». Xiaokui repitió las mismas palabras que pronunció bajo los sauces: «Tarde o temprano seré tuya». «Bien, eso está bien», se dijo Baopu.

Pasada la tormenta, Baopu volvió a descansar por las noches y recuperó su buen humor. Le entraron ganas de ir a los cuartos de su hermano y de su hermana para compartir su buen humor con ellos. Hanzhang, aunque seguía soltera, tenía muy buen aspecto y parecía feliz, pero Jiansu estaba ausente. Ojeroso y paliducho, le contó a su hermano que había tenido un desengaño amoroso al ser rechazado, cosa que a Baopu no le sorprendió y se limitó a suspirar mientras aguardaba a su hermano con preocupación. Al parecer, el destino había querido que el matrimonio no estuviera al alcance de esa generación de los Sui. Podían enamorarse y sufrir, pero no alcanzar la felicidad.

Varios días después, y después de un año ganándose la vida fuera del hogar, Li Zhaolu regresó del noreste con la piel enjuta y los pómulos marcados. Su plan era regresar a la ciudad, pero era momento de formar una familia. Así que después de un mes en Wali regresó al noreste. En esta ocasión para no regresar. La noticia de su muerte llegó seis meses después; había quedado sepultado en la mina de carbón por un derrumbe. Su viuda, Xiaokui, no quiso abandonar la residencia del clan Zhao. Un día Baopu se cruzó con una mujer embarazada de luto, Xiaokui.

Xiaokui dio a luz al pequeño Leilei. Mientras tanto la salud de Baopu se fue deteriorando, hasta caer gravemente enfermo. Guo Yun le tomó el pulso, observó su lengua, y le examinó los brazos y la espalda. Tenía erupciones en la piel, estaba febril y sediento, agitado, y su lengua había cambiado de color. El anciano suspiró: «El fuego exterior maligno no se ha disipado, y el fuego interno maligno es aún más grande». Y se explicó dirigiéndose a Baopu: «Los fuegos exteriores e interiores se alimentan mutuamente, lo que altera el estado de ánimo y los órganos internos». Le recetó una infusión que tomó durante unos días, y aunque sintió una ligera mejoría, no lograba recuperarse del todo. Guo Yun cambió de receta: dos taels de aljez, tres décimas de tael de regaliz, tres décimas de tael de escrofularia, cuatro décimas de tael de jacinto silvestre, una décima parte de un tael de cuerno de rinoceronte y un tael de arroz blanco suelto. Baopu siguió las instrucciones meticulosamente, con

varias tomas en determinadas horas a lo largo del día. Una vez más ya recuperado, consultó algunos libros de medicina para conocer mejor su dolencia. Descubrió que Guo Yun había utilizado una fórmula que solo producía beneficios temporales y que no se trataba de una cura definitiva. Cuando le preguntó si era eso cierto, Guo Yun asintió, remarcándole la importancia de que se tranquilizara e hiciera un uso moderado de las hierbas y los tónicos. Era importante que siguiera unos ejercicios de respiración y tranquilizara su espíritu. Baopu le escuchó en silencio, convencido de que ningún miembro del clan Sui que contrajera esa enfermedad podía ser curado.

\* \* \*

Las noches de insomnio eran intermitentes, y Baopu se había resignado a no poder volver a descansar como antes. Se levantaba a medianoche, daba un paseo por el recinto, pero ya no visitaba a Xiaokui debajo de su ventana. En su imaginación veía a Li Zhaolu golpeando el colador de fideos, el colapso de la mina y sus gritos pidiendo ayuda. Sus ojos miraban a Baopu con desaprobación antes de desvanecerse entre las telas vaporosas del luto de Xiaokui. Baopu se acercó a la zarza de judías, recordando que en aquel mismo lugar se había levantado la residencia principal de la familia; su corazón palpitaba con fuerza. Fue el único que había visto el cuerpo de Huizi retorciéndose sobre el *kang*. No había querido explicar nada de eso a Jiansu para no traumatizar al chico, pero quién sabe si se había enterado por otras fuentes y ahora era eso lo que le atormentaba. Se había convertido en un hombre, y tenía la misma mirada que la de una pantera en busca de presas. Baopu solo deseaba que fuera lo suficientemente fuerte para saberse contener y no tener que enfrentarse a él.

Como ahora él era el jefe de la familia, no podía evitar la frustración por la soltería de Hanzhang. Ya tenía treinta y cuatro años y, aunque al igual que sus hermanos ya había conocido el amor, no había ido más lejos. Su tío había intentado arreglar su matrimonio con Li Zhichang, que pareció ser de su agrado, pero dos días antes de la boda cambió de opinión. Li se arrastró por la planta de secado durante varios días, lamentándose de su decisión, y arguyendo que Hanzhang había pasado demasiado tiempo debajo de los sauces

de la fábrica y eso la había convertido en una persona resentida y solitaria, y por ese motivo debía abandonar el trabajo. Hanzhang se negó rotundamente y le rogó que la olvidara por ser indigna de formar parte del clan Li, al cual respetaba profundamente. El tiempo iba pasando y la muchacha estaba cada vez más pálida, su piel era casi transparente, mostrando una belleza y fragilidad extremas. De vez en cuando visitaba al Cuarto Maestro en busca de consejo, y regresaba malhumorada y agitada. Sin embargo, su trabajo no se resentía de sus cambios físicos y de humor. Nunca desatendió sus obligaciones en el secadero y, al regresar a casa, se dedicaba a trenzar esteras con chalas de maíz para colaborar en los ingresos familiares.

Baopu se sentaba en el molino y pensaba en su hermana, sospechando que había algo en su interior royendo su corazón. Una tarde, preso del pánico por sus malos presagios, tiró el cucharón y salió hacia la planta de secado, donde lo recibió un coro de voces de mujeres portado por el viento. Un carro de caballos tras otro entró a los bastidores, con su pelaje plateado ondeando al viento; los cascabeles y las voces de las mujeres se fundieron. Baopu evitó la zona de más ajeteo y se dirigió a un rincón desde donde podía observar a su hermana trabajando en un bastidor. Sonreía mientras sus manos volaban sobre las hebras de fideos, mirando a las demás mujeres a través de los huecos de las estructuras de madera. La alegría que desprendía Hanzhang le inundó el pecho de júbilo.

Los fideos a su cargo estaban limpios y claros como el cristal, sin un solo defecto. La arena brillaba bajo sus pies. Baopu descubrió en ese momento la armonía existente entre su hermana y el secadero. Tenía la mano en el bolsillo buscando algo de tabaco cuando Hanzhang advirtió su presencia. Al verlo se sorprendió. Él se acercó después de llamarle. Le miró a los ojos, y luego se volvió hacia otra parte. «¡No vienes nunca por aquí!», exclamó con sorpresa. Él la miró a la cara otra vez, pero no dijo nada. Quería explicarle que se había peleado con Jiansu porque planeaba recuperar el molino, pero se tragó las palabras.

«Guo Yun dice que estás enferma —soltó secamente—. ¿Qué te ocurre, Hanzhang?».

Alarmada, buscó refugio contra el bastidor y se agarró a los fideos con ambas manos. «No estoy enferma», se apresuró a decir en voz baja para que

no le oyera nadie.

«Sí, sí que lo estás —replicó Baopu levantando el tono, agachándose para que no le rehuyera—. ¡Puedo verlo en tu cara!». Por fin Hanzhang gritó histérica: «¡Le dije al médico que me encontraba bien!». Ofendido, Baopu bajó la vista hacia las manos y susurró: «No puede ser, otra vez no, maldita sea. Ya basta... ¿Por qué tiene que volver a repetirse la misma historia?». Se levantó y miró a lo lejos, hacia los antiguos molinos de la otra orilla del río, oscuros y prohibidos, como sólidas fortalezas. «El clan Sui —dijo, casi como un gemido—. ¡El clan Sui!...». Se volvió hacia ella y le advirtió con severidad: «¡Tienes que tratarte de lo que sea que tengas! No voy a consentir que te conviertas en una inútil como yo. ¡Todavía eres joven! Soy diez años mayor que tú, y tanto tú como Jiansu vais a hacer lo que yo diga, ¿me has oído?».

Hanzhang se mordió la lengua. Baopu se quedó mirándola y ella empezó a temblar.

Con el mismo tono de voz, Baopu continuó: «¡Contéstame! ¿Vas a hacer lo que el médico te diga, o no?».

Con los ojos bien abiertos, Hanzhang miró a su hermano sin pestañear, se levantó de un salto y lo abrazó. «Por favor, te ruego que no volvamos a hablar de esto nunca más. Te lo suplico».



## 6

«¡Ha muerto otro miembro del clan Sui!». La noticia corrió por la ciudad con discreción durante varios días. Al principio nadie sabía de quién se trataba, pero terminó por saberse que era Dahu, que había sido destinado al frente. Lo supieron antes muchos vecinos que los propios familiares. Lo explicó un técnico del equipo de prospección de minas que había recibido una carta de su hermano mayor desde el frente, donde luchaba en el mismo batallón que Dahu. El técnico Li lo explicó a Sui Buzhao y así, poco a poco, la información se fue extendiendo hasta que llegó el día en que llegó la notificación oficial. Ese día se vio a la madre de Dahu corriendo por la calle, desolada, arriba y abajo, con un traje de su hijo en las manos. «¡Mi hijo! —Lloraba—. ¡No era más que un niño!...». Los vecinos la miraban pasmados. Pasado un rato se sentó en la estera; lloró y gritó hasta perder la voz. Una cortina de silencio se apoderó de la ciudad. Incluso los trabajadores de la fábrica estaban en silencio. Tampoco Zhang-Wang abrió el Emporio Wali, de manera que los viejos que acudieron a tomar una copa tuvieron que volver sobre sus pasos. Al caer la noche las calles se quedaron en la penumbra y los vecinos acudieron a tientas a consolar a la anciana por la pérdida de su hijo mayor.

El comienzo del ritual mortuario fue anunciado desde la pequeña choza de tres habitaciones, desde donde los rizos del incienso que se desvanecían en el aire se encargaban de propagar el familiar olor de la muerte por toda la ciudad. Dentro del habitáculo, varios cofres apilados formaban una especie de púlpito, cubierto por una estera y una sábana. Cuencos y tazas llenos hasta arriba, fideos de colores y tortitas de huevo con cilantro competían por cubrir todo el espacio, iluminado por velas de color gris amarillento, clavadas en un estante superior. En la pared, justo detrás de las ofrendas, colgaba un gran

marco lleno de fotografías del homenajeado. En el centro, en tonos rojos y amarillos, había una foto tomada a los seis meses de ingresar en el ejército, justo antes de marchar al frente. Vestía de uniforme posando durante una instrucción. En su momento, esa imagen había causado sensación entre las chicas de Wali. Iluminados por el parpadeo constante de la luz de las velas, los viejos se apoyaban en sus bastones para inclinarse a examinar la foto de cerca.

Zhang-Wang apareció a medianoche cargada con cartulinas de color amarillo y varitas de incienso. Se lo entregó a la anciana, y el hijo pequeño lo anotó en la libreta familiar de las cuentas. Con mirada solemne, Zhang-Wang rezongó algo antes de encender un incienso y dibujar una forma ovalada en el suelo con él. Acto seguido, la madre del difunto prendió fuego al papel amarillo y lo dejó consumir en medio de la elipse. Aún murmurando, roció las llamas de licor, reavivando la pequeña fogata. El humo se hizo denso, provocando toses y lágrimas entre los asistentes. Zhang-Wang se sentó en la estera más grande, con la mirada baja, y las mangas y los hombros caídos. Su cuello polvoriento era delgado, pero fuerte. Y, presionando la barbilla hacia sí misma, comenzó a cantar en voz baja, como el zumbido de una rueda. Los asistentes comenzaron a balancearse al ritmo de sus cantos y sus movimientos se aceleraron como si hubieran sido arrojados dentro de un mismo tanque rítmicamente agitado. Los cánticos continuaron hasta el amanecer; Zhang-Wang no vaciló en ningún momento, pero algunos se quedaron dormidos tumbados en el suelo. Los viejos se aferraban a sus bastones con las dos manos; la cabeza caída entre sus piernas y la boca violácea colgando. Algunos soñaban que estaban en el antiguo templo, escuchando a los monjes recitar los *sutras*. Pocos de esos monjes lograron escapar del incendio. Ya era de día cuando finalmente despertaron. Las ventanas estaban teñidas de rojo por los rayos de sol de la mañana; las velas, consumidas. Zhang-Wang se levantó de la estera apresuradamente, pero la anciana y su hijo la detuvieron, agarrándose con fuerza de su manga.

Madre e hijo la dejaron marchar solo después de que les dijera lo que querían escuchar.

\* \* \*

El clan Sui se trasladó al patio enfrente de la cabaña cuando el sol estaba en lo más alto y montaron un tendal con una mesa con té y unas pocas sillas. Era ya tarde cuando todo estuvo listo, y Zhang-Wang regresó acompañada de seis músicos forasteros que se sentaron en silencio tras la mesa, cogieron los instrumentos y empezaron a tocar. En ese momento Zhang-Wang se sentó. La música era indescriptiblemente emotiva; mucha gente nunca había escuchado melodías tan antiguas, mientras otros pocos, solo las recordaban vagamente. Cada vez iban llegando más personas, llenando el espacio completamente y obligando a los recién llegados a permanecer fuera. La fábrica de fideos había quedado prácticamente vacía y, cuando Duoduo fue en busca de sus trabajadores, incluso él quedó cautivado por aquellas melodías.

Los músicos de cetrino rostro con los que la gente no estaba familiarizada habían exprimido sus sentimientos a lo largo de su carrera musical, y ahora se limitaban a interpretar sus tristes melodías sin establecer más implicación que la propia técnica del instrumento. Incluso el menos ducho reproducía unos lamentos casi inaudibles, sereno y sin prisa, sin apenas sostener el instrumento. La gente se amontonaba por el suelo, con los ojos cerrados, dejándose llevar por la música, inmersos en un trance casi místico. Cuando los músicos se detuvieron para descansar y beber algo de té, suspiraron profundamente. En ese intermedio alguien aprovechó para preguntar quién había invitado a aquellos músicos, y explicaron que había sido Zhang-Wang. Eso no sorprendió a nadie. Al cabo de un momento, la música sonó de nuevo y la gente contuvo otra vez la respiración y entrecerró sus ojos. Fue entonces cuando estalló un ruido estridente y todos los ojos se abrieron de golpe para buscar el origen. La música se detuvo.

Rápidamente alguien localizó al Cojo, que se había colado entre la gente, sentado en el umbral de la puerta y llorando. Molestos por su presencia, le obligaron a salir, pero él reanudó el chillido sin inmutarse, incluso después de recibir una patada. Entonces Erhuai, el guardia del muelle, se acercó con su rifle y amenazó con romper la flauta en dos. Pero el Cojo se aferró a ella, rodando por el suelo para proteger su atesorado instrumento y, finalmente, echó a correr.

Los músicos tocaron hasta altas horas de la noche, cuando el cabello de la

gente se había humedecido por el rocío y el relente había alterado también el sonido de los instrumentos de cuerda, que ahora parecían sollozar. A continuación, la corriente de aire procedente de la llanura trajo de nuevo el sonido estridente de la flauta; cada nota se clavaba como un cuchillo en el corazón. Algunos confundieron el sonido con el canto de un hombre o el sollozo de una mujer; profunda tristeza mezclada con alegría exultante. La melodía era tan fría como el hielo otoñal, subiendo y bajando como una andanada de flechas en pleno vuelo. ¿Cuándo y por qué había empezado a tocar la flauta de esa manera? Nadie lo sabía. Pero rápidamente la música los sumergió en sus propios pensamientos, en el sufrimiento y el placer. Hablaron de cuando Dahu, de niño, bajaba desnudo al río a pescar con el arpón, de cuando se paseaba por las calles tocando una flauta verde hecha de ricino o de la vez que se subió a un albaricoquero para probar su savia, pensando si sería como los dulces de Zhang-Wang. Con las notas del Cojo inundando todos los rincones, la gente veía a Dahu tendido en el suelo, vestido con su uniforme hecho jirones, la frente blanca y la sangre brotando por la comisura de los labios. Los músicos de la tienda de campaña empezaron a suspirar, uno a uno dejaron sus instrumentos y escucharon atentamente la flauta. Y así siguió, hasta que la música se detuvo tan abruptamente como había empezado. El sentimiento de decepción era palpable, intercambiándose miradas de impotencia. Las estrellas colgaban bajo un cielo claro y brillante, mientras el rocío se posaba sobre la noche. Erhuai, todavía con su rifle, vino corriendo abriéndose camino a pisotones. Todo el mundo se volvió para mirar.

«¡Cuarto Maestro!», gritaron al unísono.

Un hombre de unos cincuenta o sesenta años, barrigudo y de paso erguido, se acercaba lentamente por el camino despejado, moviendo las caderas y lanzando miradas a los asistentes con sus relucientes ojos oscuros. Luego bajó los párpados al suelo. Su cabeza rapada y la cara imberbe brillaban a la luz de las estrellas. Su cuello era carnoso y la piel, húmeda y rojiza. Vestía un chal de color marrón rojizo recogido en la cadera por un cinturón rígido de cuero. El ropaje estaba hecho a medida, con las costuras y los botones perfectamente colocados, y las mangas cortas para mostrar sus poderosos hombros y brazos. Ese día, con las cejas fruncidas, su mirada era sombría; sin embargo, su rostro emanaba amabilidad y gentileza. Incluso sin decir ni una palabra podía

consolar y llenar a la gente de determinación. Hasta ese momento nadie se había percatado que el director de la calle, Luan Chunji, y el secretario del Partido, Li Yuming, escoltaban al Cuarto Maestro. Se situó en la entrada de la tienda de campaña y tosió suavemente. Los músicos, que habían permanecido sentados durante toda la actuación, se pusieron de pie y se inclinaron, forzando una sonrisa en sus rostros. Sin haber abierto aún la boca, el Cuarto Maestro les dio permiso para que se sentaran. Luego se inclinó ligeramente y les sirvió más té, antes de dar media vuelta.

No se oía ni una mosca. La anciana tomó la mano de su hijo pequeño y corrió hasta el Cuarto Maestro, a pequeños pasos rápidos, atragantada por las lágrimas. El Cuarto Maestro tomó sus manos entre las suyas y las sostuvo durante varios minutos. Poco a poco los hombros de la vieja se iban hundiendo y estremeciendo, como si estuviera menguando. Se sentía demasiado apesadumbrada para hablar, pero se las arregló para decir: «Cuarto Maestro... Lo que ha sucedido con Dahu le ha disgustado. ¿Qué debo hacer? Estoy destinada a sufrir, todo el clan Sui está destinado a sufrir. Cuarto Maestro, sé que usted no quería que esto pasara». El hombre soltó sus arrugadas manos y se acercó a mirar la fotografía de Dahu; cogió un fajo de varitas de incienso, las encendió y se inclinó profundamente ante la imagen, mientras Zhang-Wang salía de entre las sombras para colocarse a su lado. Tenía los labios apretados con fuerza, aparentando ser aún más vieja de lo que era.

De pie en la entrada esperaban Luan Chunji y Li Yuming, que trataron de consolar a la madre de Dahu diciéndole lo bueno que había sido su hijo; un orgullo para Wali. Intentaron también convencerla para que rehuyera ese ritual lleno de supersticiones: «Un poco no hace daño —dijeron—, pero su heroico hijo merecía algo mejor». Al oír lo que decían, Zhang-Wang entrecerró los ojos, los miró mostrando sus dientes negros y se dio la vuelta.

Nadie habló durante una larga espera, ni dentro ni fuera de la carpa; había llegado el momento más solemne. La gente apostada afuera no veía nada, pero sabía que el Cuarto Maestro estaba oficiando algún tipo de ritual de duelo. Hasta aquel momento la guerra entre China y Vietnam les había parecido lejana, pero ahora, de repente, estaba directamente vinculada con la ciudad. Podían palparla, como si la lucha hubiera estallado a los pies de la muralla.

Era como si un cañonazo hubiera sacudido la ciudad y la pared de la antigua Donglaizi hubiera quedado salpicada de sangre. Wali no solo había mandado al frente a uno de sus hijos, sino a toda la ciudad... Al fin, el Cuarto Maestro salió del cubierto, caminando lentamente sin detenerse.

Su espalda se balanceaba ligeramente mientras fue desapareciendo en la oscuridad.

Sonó de nuevo la flauta y los músicos, recobrando su sentido de la responsabilidad, se miraron a los ojos y volvieron a tocar.

Baopu estaba sentado en medio de la multitud y se sentía como si tuviera una roca pesada sobre los hombros. Quería llorar, pero no le quedaban lágrimas que derramar. La corriente de aire le había destemplado y, sin ganas de continuar oyendo ni la flauta ni los músicos, se levantó y se fue. Cuando pasó junto al pajar, a unos veinte o treinta metros de la muchedumbre, le pareció oír unas voces. «¿Quién anda ahí?». No hubo respuesta. Se inclinó para ver mejor y se encontró a su tío, Sui Buzhao, acurrucado en medio de la paja. No estaba solo: Li Zhichang, el técnico Li y un obrero de prospección de la mina estaban allí con él. Baopu se acercó y se sentó con ellos. Su tío, que estaba inclinado hacia un lado, balbuceaba entre tragos e iba interrumpiendo de vez en cuando la animada conversación de los más jóvenes. Mientras les escuchaba hablar sobre la batalla en el frente y la suerte que corrió Dahu, Baopu sintió el viento más frío, y el sonido de la flauta y un rumor sordo constante se hicieron cada vez más altos. ¿Ese ruido venía de la fábrica o era el sonido de unos cañones lejanos? No estaba seguro, pero la noche brumosa formó delante de él la imagen de Dahu, sonriéndole. Le saludó con la mano, se enfundó una gorra militar de camuflaje llena de hojas y desapareció corriendo.

\* \* \*

Después de varios meses de entrenamiento Dahu y sus compañeros fueron trasladados al frente, un lugar particularmente duro para los soldados procedentes de las regiones del norte. Una vez en el campamento, les anunciaron que entrarían en combate después de un mes de instrucción; parecían ansiosos por salir a luchar. Querían terminar tan pronto como fuera posible. Dahu, cuyo nombre significaba «Gran Tigre», fue ascendido a jefe de

pelotón. Todos los soldados, incluso el comandante Fang Ge, que era el responsable máximo de la misión, le llamaban «Tigre Jefe». Fang Ge sentía especial predilección por ese apuesto, reservado e inteligente hijo del río Luqing, y veía en él todas las cualidades necesarias para cumplir la misión con éxito. El día que le notificó su ascenso los dos hombres paseaban por el campamento, mientras Fang Ge le cogía por la nuca: «Ahora necesitamos un dragón que sea el jefe del pelotón para cumplir con el dicho “Enérgico como un dragón, vivaz como un tigre”».

Unos días antes Fang Ge había mandado a Dahu a repostar la munición para su batallón. Los carros de las otras compañías habían vuelto vacíos, mientras que el suyo rodaba con la carga completa. «La persona encargada de la armería debía ser una chica guapa», se burló Fang Ge. Dahu se limitó a sonreír. El siguiente encargo fue ir al pueblo más cercano a recoger material de camuflaje. Dahu aceptó de buen grado, pues durante el periodo de entrenamiento había conocido a una chica llamada Qiuqiu que vivía en esa aldea. La esperó a que terminara su jornada en la fábrica de bambú para llevarla con la moto. Todo salió de acuerdo con el plan: trajo los materiales y estuvo con Qiuqiu.

Para celebrar la fiesta nacional del Primero de Mayo, el destacamento organizó un gran banquete al que también fueron invitados todos los vecinos de las inmediaciones. Para Dahu esto quería decir que podría ver a Qiuqiu antes de marcharse al frente. Esa noche cantó, bebió y bailó sin poder pensar en otra cosa que no fuera ella. Era un hombre en llamas, desbordado por el deseo. Dahu había heredado el temperamento de los Sui y esa era una prueba más (por si alguien la necesitaba) de que los miembros del clan eran más fervorosos que nadie sin importar las circunstancias cuando estaban presos por la pasión. Recitó una canción que en Wali todos sabían, pero era desconocida por los allí presentes. La habían traído unos marineros mucho tiempo atrás.

«Las densas nubes cuelgan sobre Kunlun. Al ritmo de gongs y tambores a bordo de ataviados barcos zarpamos. Una vez en las puertas de Chikan, viramos dirección el monte Kunlun. Agrestes montañas sorteamos con la ayuda del viento a nuestro favor. No es la vecina Pengheng nuestro destino, pues la mirada tenemos puesta hacia la resplandeciente cima de Zhupan. Hileras de

bambú nos acompañan de este a oeste, mientras los ojos atentos vigilan las aguas poco profundas de Luohan y encaramos Baijiao, una vez pasado el puente de Longya. El marinero se dirige hacia tierras de bárbaros, mientras su esposa e hijo queman incienso en el hogar; el Mar del Sur y el océano Índico le esperan. Mientras arrodillada la esposa reza para que vientos favorables lo devuelvan presto a casa, el hombre merca dea en el puerto de Penghu con caparazones de tortuga. Con una guindaleza como una cola de dragón, y angulas como garras, nos abalanzamos sobre las montañas de oro de Hong Kong y Macao».

Era una canción simple, con pocos altibajos, pero emanaba de ella un extraño poder que dejó a los oyentes ensimismados. Todo el mundo estaba perdido y aturdido.

«Qué extraño, Dahu —dijo Fang Ge—. Nunca había escuchado una canción tan maravillosa».

Con la nariz empapada en sudor, Dahu respondió tímidamente: «¿Has oído hablar de Wali? Allí todo el mundo la conoce».

Ninguno de sus compañeros había oído hablar de Wali y eso le hizo sentir insignificante.

El licor corrió de nuevo e incluso los superiores se acercaban a brindar con los eufóricos soldados. Fan Ge les recordó que esa noche celebraban el Día del Trabajo y, puesto que luchar en la guerra era otra forma de trabajo, también ellos eran merecedores de su festejo. Seguidamente otro alto cargo aclaró orgulloso que su trabajo, mediante el combate, era la lucha por proteger los puestos de trabajo de sus compatriotas. Llenaron las copas del licor blanco espumoso y, cada vez que una se rompía al brindar, la reponían rápidamente por otra nueva. Uno de los militares, con el cuello rojo de tanto beber, animó a Dahu a cantar de nuevo, pero este ya no le oía; solo podía pensar en Qiuqiu. Pusieron música mientras los hombres continuaban bebiendo: «¡La victoria es nuestra!», alguien gritó; pero, en sus oídos, solo había un zumbido. Cuando se aseguró que nadie le miraba, se apartó y se dirigió a la arboleda de bambú.

En el denso bosque reinaba la oscuridad. Los tallos de bambú se movían al vaivén de las corrientes de aire nocturnas; movimientos que le recordaban la frágil figura de Qiuqiu. Un dulce calor se levantó en su corazón y le faltó el aliento. Al llegar a un pequeño claro, caminó cinco pasos a la izquierda y diez



en línea recta. Luego se agachó y esperó; a duras penas podía contener las ganas de gritar.

Al cabo de diez minutos, una brisa inclinó el bambú, y justo antes que los tallos se enderezaran de nuevo, Qiuqiu entró en el claro y lo envolvió con sus brazos. Dahu tembló. «¿Cómo puedes luchar en una guerra temblando así?». Los dos sonrieron y sus cuerpos se entrelazaron. «Tienes las manos muy frías», dijo ella. «Mala... ¿Cómo me gustaría darte un pellizco!». Dahu se mordió la lengua mientras colocaba suavemente una mano en su nuca y la otra, debajo de la blusa, buscando el contacto con su piel cálida y reluciente. Cuando su mano dejó de moverse, atrajo el cuerpo de la muchacha hacia él. Avergonzada y contenta a la vez, ella le golpeaba en la espalda, más de júbilo que por resistencia. Dahu no decía nada. ¿Se había quedado dormido? El viento silbaba a través del bosque de bambú y traía consigo el sonido de la artillería. Esa noche los ataques retumbaban con más fuerza, y a la mañana siguiente no dejarían de llegar heridos del frente. Qiuqiu y otras chicas habían organizado una unidad para atender a los soldados heridos. Cuando la artillería empezó a sonar con más potencia, Qiuqiu dejó de darle golpecitos y Dahu miró hacia arriba. «¿Cuándo te vas?», preguntó.

«Pasado mañana». «¿Estás asustado?».

Dahu negó con la cabeza. «Un compañero de mi ciudad natal, Li Yulong, salió hacia el frente hace más de un mes». De repente alguien tosió. El sonido lo cogió por sorpresa y, antes de abrir la boca, la linterna ya había golpeado su cara. Un hombre lo llamó por su nombre; era una voz conocida, uno de los oficiales del regimiento. Soltó a Qiuqiu y se puso firme.

Dahu pasó el resto de la noche confinado en el cuartel, ya que sus acciones en vísperas de su partida al frente fueron consideradas como una ofensa grave. En una reunión de altos mandos, y pese al aprecio que Fang Ge le tenía, decidieron por unanimidad destituirle del cargo y asignarlo al Escuadrón de la Daga.

Ese día Qiuqiu lloró amargamente.

Agarró al comandante de la compañía por la manga y, entre lágrimas, suplicó: «Él no hizo nada malo. Créame... Está a punto de ir al frente. Devuélvale el mando. ¡Por favor!». Sus ojos estaban rojos e hinchados de tanto llorar. Dahu estaba de pie, mirándola con indiferencia. «Dahu, todo es

culpa mía —dijo—. ¡Yo tengo la culpa!».

Dahu apretó los dientes y sacudió la cabeza. «Te veré cuando termine la guerra, Qiuqiu». Con una última mirada insistente, se volvió y se alejó.

Al pasar junto a la hilera de tiendas de campaña, Dahu se quitó la gorra del ejército y la estrujó entre sus manos. Su cabeza recién afeitada le confería un aspecto juvenil. Caminó sin rumbo hasta que se encontró enfrente del hospital de campaña. Oyó unos gemidos desde el interior. «Ese no era lugar donde detenerse», pensó; pero antes de que reanudara su paso salió un médico con una palangana. Dahu se acercó y, cuando vio lo que había dentro, dio un paso atrás y lanzó un grito de horror: una pierna ensangrentada. Se alejó tambaleándose con pasos pesados, reflejando su estado de ánimo. Aún no había avanzado unos metros cuando sintió la imperante necesidad de saber el nombre del camarada que había perdido la extremidad. El médico le informó que se trataba de Li Yulong. Sus piernas flaquearon y, de cuclillas en el suelo, amagó su cara entre las manos.

Regresó andando bajo los sangrientos rayos del moribundo sol. Por el camino se encontró a unos militares que escoltaban unos presos de guerra y no pudo evitar comprimir los labios al mirar, lleno de odio, la cara cetrina y demacrada del enemigo. ¡Cuánto le hubiera gustado coger un rifle y dispararles! Se quedó de pie, al borde del camino, viéndoles pasar.

La unidad de Dahu partió al día siguiente.

Qiuqiu subía todos los días sin falta hasta la colina más alta, desde donde atisbaba las bocanadas de humo de la artillería pesada. «El Escuadrón de la Daga —se decía—. Dahu». Y cerraba los ojos evocando la imagen de su amado descansando sobre su pecho entre los bambúes. El número de heridos aumentaba sin cesar y la enfermería estaba desbordada. Recibir a todos aquellos soldados, transportados en camillas, con los uniformes empapados en sangre y una horripilante expresión en la cara, era muy duro. Algunos eran poco más que piel y huesos, pálidos y quebradizos, casi irreconocibles. Era difícil de creer que la condición humana podía llegar a reducirse hasta tal punto, convertida en un fardo de ropa y huesos que aún respiraba.

Las mujeres se enteraron pronto que el enemigo había acordonado todos los pasos de montaña, asediando las poblaciones sin acceso a agua ni comida. ¿Cómo sobrevivirían? No tenían ni idea, pero no se rendirían. La mayoría de

los militares eran chicos de campo que habían ingresado en el ejército durante los últimos uno o dos años, y provenían de zonas rurales donde sus padres les esperaban para traspasarles las duras faenas. Educados para una vida obediente y humilde, un día estaban labrando el campo y de repente se vieron luchando por su país. Subsistiendo a base de comida enlatada (más de la que jamás habían visto), comían avergonzados al pensar en el duro trabajo que les tocaba afrontar a sus padres en solitario. Las chicas les cambiaban los uniformes y limpiaban sus heridas, pero no podían hacer nada por enmendar esos corazones rotos.

Una tarde trajeron los primeros heridos del Escuadrón de la Daga. Qiuqiu no pudo sostener las tijeras, ni siquiera el vendaje. Se estremeció al acercarse a comprobar la identidad de los recién llegados. Su corazón se iba hundiendo mientras pasaba revista, una cara tras otra. Por último, se inclinó para limpiar la sangre de un soldado muerto al que le faltaba la parte superior de la cabeza. Le quitó el hendido uniforme lleno de sangre y vació sus bolsillos. Allí, entre las escasas pertenencias, estaba su pañuelo. Gritó. Tapándose la cara, temblaba fuera control, arañándose la cara con las uñas mientras la sangre goteaba entre sus dedos. Pasado un momento recordó algo y, rápidamente, con los ojos nublados por las lágrimas, buscó el número de identificación del soldado. Al hallarlo, se desmayó.

Justo antes de ponerse el sol, saltó la alarma en las montañas. La artillería pesada silbaba en el aire, mientras en los bosques de bambú los tordos cantaban como antaño. El día antes los vientos otoñales habían soplado hacia el este, hoy lo hacían hacia el oeste. La noche había llegado, sumergiéndolo todo en su tinta oscura.

\* \* \*

El cielo estaba tan oscuro que Baopu no podía ver nada. El canto de los tordos se había apoderado de la oscuridad de la noche y la triste flauta dominaba en solitud.

El joven del clan Sui, dormido eternamente, podría rehacer el camino hasta Wali gracias al sonido que salía de la orilla del río Luqing.

Baopu miró a la gente de su alrededor. El técnico Li y Li Zhichang estaban en silencio, mientras que su tío yacía sobre la paja, borracho perdido. De repente empezó a gritar con voz chillona, pero nadie podía entender ni una palabra, aunque reconocieron el ritmo de una canción marinera.

Li Zhichang miró al técnico Li y dijo con voz ronca: «¿No sería maravilloso que no existieran las guerras? Así la gente podría dedicarse por completo al estudio de la ciencia».

El técnico Li negó con la cabeza. «La guerra es inevitable. El mundo nunca ha conocido la paz. Hay que aprovechar los tiempos de entreguerras, que son los únicos momentos de prosperidad». «¿Crees que puede volver a estallar una guerra mundial?», preguntó Li Zhichang.

Li sonrió. «Eso es algo que deberías preguntar a los que dirigen todo este espectáculo. Nadie puede asegurarte nada. Mi tío es un experto en temas militares y, siempre que puedo, intento conversar con él. Es muy interesante. Uno de nuestros temas favoritos es la llamada “Guerra de las Galaxias”».

Baopu, que escuchaba la conversación, se acordó del apodo que le habían puesto al técnico Li: el Chalado.

«Te explicas demasiado rápido», dijo Li Zhichang. «Me gustaría saber más sobre esta Guerra de las Galaxias. Estabas diciendo algo sobre la OTAN y el Pacto de Varsovia. ¿Qué es todo eso? Quiero decir, es como si tuvieras dos caquis y uno estuviera más blando que el otro, ¿no?».

El trabajador que estaba sentado junto al Chalado se rio, pero el Chalado lo interrumpió: «No sé qué caqui está más blando... Te lo explicaré mejor. Son dos bloques militares. La OTAN está dirigida por los Estados Unidos y la Unión Soviética lidera el Pacto de Varsovia».

«Ya entiendo», asintió Li Zhichang.

El Chalado continuó: «Si esos dos caquis chocan uno contra el otro, los dos van a quedar aplastados. Y ahora mismo de ellos depende que haya, o no, otra guerra mundial. Ambas partes tienen que tener cuidado de no cruzar la línea. Cuando los soviéticos derribaron un avión de pasajeros en Corea del Sur, Estados Unidos envió su ejército a Granada. A continuación, los estadounidenses anunciaron la colocación de misiles de medio alcance en Europa occidental, por lo que los rusos contrarrestaron el movimiento

aumentando el número de misiles situados en Europa del Este. También rompieron las conversaciones de reducción de armas en tres ocasiones y boicotearon los Juegos Olímpicos. Fue un ojo por ojo, con ambos bandos pisándose los talones, hasta que llegaron a un punto muerto. Las relaciones entre los dos países se deterioraron rápidamente, y el resto del mundo se limitaba a observar con ansiedad, detectando el olor a pólvora en el aire. Los EE. UU. y la Unión Soviética se enfrentaron así durante más de un año, antes de relajar un poco las tensiones. Al final, los ministros de Exterior de los dos países se sentaron en Ginebra y hablaron durante más de diecisiete malditas horas...».

«Todo fue culpa de personas que no sabían nada sobre el mar —gritó Sui Buzhao, retorciéndose sobre el heno—. Después de que muriera el tío Zheng He, los malditos barcos, ocho o diez de ellos, se hundieron matando a toda esa gente. El casco de nuestro barco se agrietó. Intentamos detener las fugas con nuestros propios cuerpos desnudos. No confiaron en el Shui Jing Zhu, por eso murieron; no se salvó ni el timonel. ¿Cómo diablos iba a terminar bien? Vomité hasta que en mi estómago no quedó nada más que amarga bilis, y los percebes clavados en la madera cortaron mi piel mientras intentaba parar la fuga. Sangré mientras recitaba el libro, hasta quedarme sin voz. El barco zarpó dirección Qiyang Zhou, y tal como decía el clásico: “Debes fijar tu dirección con cuidado y no errar en los cálculos. El barco no puede desviarse. Si viras al oeste, puedes encallar; por lo que debes girar hacia al este. Si te adentras rumbo al este, el agua se tornará oscura y transparente, y te rodearán las gaviotas y los petreles. En cambio, si vas hacia el oeste, te encontrarás con aguas cristalinas cubiertas de trozos de madera y peces voladores. Si el buque se halla en el camino correcto, la cola de las aves te indicará el camino. Cuando el barco se acerque a Wailuo, siete *geng*<sup>13</sup> hacia el este estará Wanli Shitang, situado sobre bajas formaciones rocosas de color rojizo. El agua es tan poco profunda que incluso podrás ver la quilla, por lo que tienes que tener cuidado con las rocas. Del cuarto al octavo mes, el agua fluye desde el suroeste, y las corrientes son muy fuertes...”. Pero nadie le prestó atención, y se lamentaron al levantarse el oleaje de medianoche. Fue inútil cortar el mástil, la corriente partió el barco por la mitad. Les maldeciré el resto de mi vida, no por lo que les pasó a ellos, sino por el barco».

«Todas las carreras armamentísticas son competiciones feroces — continuaba el Chalado—. Empezaron por tierra o por mar, y al agotar todas las posibilidades pasaron al espacio. Cuando los estadounidenses dicen que van a hacer algo, lo hacen. Mira su Iniciativa de Defensa Estratégica. Tiene tres etapas: realizar todas las pruebas hasta 1989, tener el diseño definitivo a finales de los noventa y entrar en funcionamiento para el año 2000. Tal vez antes. Entonces podrán derribar cualquier ataque con misiles balísticos intercontinentales, que estarán teledirigidos por láser o haces de partículas. Cuando llegue ese momento, las guerras tal y como las conocemos no tendrán ningún sentido y deberán desplazarse al espacio. El espacio es la nueva frontera. La Guerra de las Galaxias es parte de lo que los americanos llaman “estrategia fronteriza avanzada”. Los periódicos lo clasifican como sistema multinivel de defensa del espacio. Si tiene éxito, el equilibrio de fuerzas entre EE. UU. y la URSS desaparecerá, y eso será un reto para todo el mundo».

El Chalado ignoró los gritos de Sui Buzhao mientras se centraba en su monólogo. Li Zhichang se ceñía a asentir con la cabeza y, ocasionalmente, hacía marcas en el suelo con el dedo como si estuviera tomando nota.

«Lo que yo no entiendo —hizo un inciso mirando hacia la oscuridad— es por qué los extranjeros pueden gastarse todo ese dinero fabricando bombas atómicas y aun así no ser suficiente para poder vencer».

El Chalado se dio una palmada en la rodilla. «Cuantas más bombas atómicas haya, más inseguro es todo. Este es el punto. Piensa en esto: unos pocos países poderosos han trabajado durante años para fabricar armas nucleares, más de las que nunca podrán utilizar, y podrían duplicar su arsenal actual; y aun así los resultados de una posible guerra no variarían. Por eso nadie se atreve a lanzar ningún cohete ahora porque, aunque hayas sido tú o no el que haya empezado, eso va a significar el final para todos. Es un ejemplo perfecto del hecho que cuando las cosas llegan a un extremo, después se desarrollan en la dirección opuesta. Llegará un momento que todos los países van a disponer de bombas, tantas jamás podrán ser utilizadas y deberán dormir para siempre. Pero si el programa americano de la Guerra de las Galaxias se ejecuta con éxito y pueden llegar a interceptar misiles enemigos en el espacio y evitar que alcancen objetivos aliados, ¿no ves que esto lo cambiará todo?».

Li Zhichang musitó algo dando a entender que había comprendido el argumento de su compañero, y luego, como si despertara de un sueño, le espetó: «¡Dios mío! Si pueden hacer eso, ¿qué va a pasar con nosotros?».

Nadie respondió. Ninguno de los que yacía en el pajar tenía una respuesta para esa pregunta. Sui Buzhao, sumido en la melancolía de su relato, aprovechó para abandonar su viejo barco destrozado, y se dejó caer por completo, agotado, sobre el heno. Los hombres y el pajar se quedaron en silencio. Las estrellas eran enormes y algunas de ellas brillaban como resplandecientes lamparillas. Los agudos ecos lúgubres de la flauta seguían viajando a través de la noche, mientras gélidas ráfagas de viento cortaban sus huesos. Baopu lio un cigarrillo, lo encendió y se acurrucó como pudo.

Después de terminarse la botella de licor, Sui Buzhao se puso de pie y se paseó, tambaleándose de un lado a otro, con sus diminutos ojos escrutando a través de la oscuridad. No hubo más conversaciones; todo el mundo le miraba fijamente. Arrojó la botella contra la pared rompiéndola en mil pedazos. «¡Buen tiro! —gritó. Y se echó a reír—. Dos mástiles de un maldito tiro... Una flota de guerra llegó a Wali desde el sur para atacar. Había corbetas, fragatas, corsarios, *louchan*<sup>14</sup> y buques con puente. Pero no sabían que teníamos una embarcación gigante de siete mil toneladas, armada con más de cuatrocientos hombres y seis cañones en el puerto. Me puse de pie en el muelle, con mi telescopio, y les pude ver: hombres de piel oscura que no llevaban ni pantalones. ¡Eso me enfureció! “¡Zarpad de una vez y atacad a esa escoria!” —grité—. Nuestro barco se movió ruidosamente con el viento a favor. Li Xuanton quería subir a bordo y luchar con nosotros, pero le dijeron que se quedara en tierra y continuara recitando sus *sutras*. Fue una batalla para la posteridad, grabada en letras de hora en la historia de nuestra ciudad. Puedes comprobarlo tú mismo... Sucedió en el 485 a. de C..., Y la gente siguió hablando del acontecimiento hasta cientos de años más tarde. La buena reputación de Wali estuvo bien merecida, y eso atrajo a gentes distinguidas de los alrededores, como el anciano Fan Li, que no era bien valorado en el extranjero y llegó en barco desde el océano Índico. Ese año la orilla del río Luqing estaba tan congelada que el maíz se empezó a helar antes del tiempo de la cosecha, y se hubiera perdido todo de no ser por Zou Yan, de la orilla oeste, que derritió el hielo tocando la flauta. Pero esa música no se puede comparar

con la del Cojo... Aunque ahora que lo pienso, no me extrañaría nada que fuera la reencarnación de Zou Fan. Pocos años después del episodio del deshielo llegó al poder el emperador Qin. Xu Fu, de la familia Xu del este de Wali, estaba muy emocionado y no paraba de insistir en llevarme a conocer al primer emperador. Pero no quise. Preferí quedarme meditando con Li Xuantong...». A estas alturas de la narración, las piernas de Sui Buzhao se enredaron y se cayó al suelo, rompiendo la concentración puesta en el relato. Todos se apresuraron a ayudar a levantarlo.

Sin embargo, Li Zhichang se quedó donde estaba. Durante el relato de Buzhao no había abierto la boca en todo el rato. Seguía pensando en la Guerra de las Galaxias. No había comprendido algunos detalles y le surgieron muchas preguntas. ¿Qué efectos tendría sobre la política? ¿Y en la economía? Cuando el Chalado regresó a sentarse, le pidió que le explicara más cosas.

«Podría estar hablando de la Guerra de las Galaxias todo el día y aun así me quedaría corto —contestó moviendo la cabeza—. Volveremos al tema otro día. Se trata de algo importante. Es un asunto serio. Me gustaría debatirlo con alguien más del pueblo, como solía hacerlo con mi tío».

«¡Yo no puedo! —dijo Li Zhichang—. No estoy a la altura».

El cielo comenzaba a clarear por el este, creando un ambiente sosegado. Baopu miró hacia la tenue vela que ardía en casa de Dahu. Zhang-Wang estaba sentada sobre una estera con semblante serio, mientras que el resto aguardaba el estallido de luz. La flauta del Cojo ya no se oía tan nítidamente como la noche anterior; ahora parecía más suave y delicada. El aire tampoco era tan gélido, como si se hubiese caldeado por las notas de la flauta. Baopu pensó en el extraño comentario de su tío sobre el Cojo y la posibilidad que fuera una reencarnación de Zou Yan.



## 7

Baopu encontró a Leilei igual de alto que unos años atrás, no había cambiado ni un ápice. Contando con los dedos intentó calcular la edad del niño, pero no le salieron las cuentas. La cabeza del niño era grácil y redonda, con el cabello rapado por los cuatro lados dejando un mechón espeso en la parte delantera. Su piel de tono grisáceo pálido parecía no secarse del todo. En las facciones de su rostro, los pliegues de sus ojos estirados hacia arriba recordaban a su padre, Li Zhaolu, mientras sus cejas curvadas y algo femeninas eran iguales que las de su madre, Xiaokui. Baopu ansiaba coger al niño en sus brazos. A menudo soñaba que lo tenía entre sus brazos y le besaba. «Me tienes que llamar papá», le decía al niño en sus sueños.

Un día paseando junto al río se encontró con Leilei de frente. Traía un pez vivo y se acercaba con la cabeza gacha y mirando de lado a lado. Cuando vio a Baopu se detuvo a pocos pasos y se quedó examinándolo, con los ojos escondidos detrás de sus estirados pliegues. Baopu se sintió raro, como si Zhalou le estuviera mirando. Fue un momento angustioso, sabía que tarde o temprano la misma mirada le pediría explicaciones sobre lo sucedido durante esa larga noche de tormenta. Movidó por una mezcla de ternura y miedo se agachó y, sentado de cuclillas, cara a cara, le acarició el pelo mientras estudiaba su rostro. Le pareció descubrir el vivo retrato de su propio rostro, a excepción de sus ojos. Murmurando una palabrota se levantó a toda prisa y salió. Luego se frenó y volvió a echar otro vistazo. Leilei continuaba en la misma postura, inmóvil, cuando de repente le mostró el pescado con orgullo y exclamó: «¡Pa!».

Baopu jamás olvidaría aquel momento. Por la noche cuando se acostó, pensó en Leilei y se dijo: «¡Tampoco está tan mal tener un hijo!».

remordimientos le empezaron a carcomer, creando la necesidad de estar con la madre del chico. Se precipitó hacia el callejón de los Zhao, pero tan pronto como los rayos de la luna se posaron sobre sus pasos, se dio cuenta de que estaba a punto de hacer el ridículo. Los ojos de Leilei eran iguales a los de Li Zhaolu. Contando hacia atrás trató de recordar las fechas del regreso de Zhaolu a la ciudad y de cuando el rayo cayó sobre el viejo árbol junto al molino. Su corazón latió con fuerza al revivir esa noche de gozo y pasión. Atesoraba hasta el último detalle: los gemidos de placer de Xiaokui, su frágil silueta, los cuerpos febriles brillando bajo la luz de los relámpagos... La noche fue terriblemente corta, como advirtió la exclamación alarmada de Xiaokui al ver el cielo raso clareando. Ella lo sostenía entre sus manos mientras él yacía completamente agotado, como si solo le quedaran unos minutos de vida. Lo agitó para espabilarle y, al ver que no respondía, se echó a llorar. Poco a poco Baopu fue recobrando sus fuerzas, se sentó y miró hacia la ventana sin ánimos para poder saltar.

Cuando regresó a su habitación la lluvia ya había cesado, y aquí es donde su recuerdo acababa. Llegó a una conclusión que lo sumió en un sudor frío; tal lujuria a la fuerza debía haber producido un fruto. A partir de entonces su vida cambió, preguntándose una y otra vez si tal vez algún día podría reclamar su paternidad.

La siguiente emoción que atormentó a Baopu fueron los profundos remordimientos. Durante todos esos años había visto a Xiaokui arrastrarse cojeando con el niño en brazos por la ciudad, y ni una sola vez se había acercado a ella. Entonces se convencía de que todo aquello era una quimera; era imposible que Leilei fuese su hijo, y eso aligeraba el peso sobre sus hombros.

Xiaokui llevó luto durante un año. En otra ciudad esos ropajes hubieran podido ser declarados ilegales, pero no en Wali. En los últimos años tanto los ritos funerarios como otras costumbres de superstición habían aumentado en lugar de disminuir. Según marcaba la tradición, en lo que a la muerte se refiere, solo los ojos de los espíritus pueden mirarla a la cara. Siguiendo ese rito Xiaokui vistió de riguroso blanco mortuorio a fin de mantener vivo el recuerdo del fallecido. Cuando Baopu veía la ropa blanca inmediatamente pensaba en Zhaolu, quien había fallecido en las lejanas provincias del

nordeste. No era necesario que le dijeran que si su romance con Xiaokui se llegaba a saber, no sería perdonado jamás por haber cometido lo que la gente llamaba «robar una esposa cuando él está fuera de servicio». Zhaolu no podría odiar a quien le había robado la mujer, pero la gente de la ciudad sí. La idea le angustiaba. Pero nadie lo sabía ni podían imaginarse los actos de su taciturno vecino durante aquella noche de tormenta. Aun así Baopu se fustigaba.

Pasado el año, cuando Xiaokui se deshizo del luto, la ciudad exhaló un enorme suspiro de alivio. El molino parecía girar más rápido; el color retornó a la cara de Xiaokui. Se la podía ver a menudo en el callejón de la familia Zhao con Leilei en sus brazos.

Se encontraron una vez. Le lanzó tal mirada que Baopu bajó la cabeza y aligeró el paso. Desde ese día evitó el viejo callejón. En otra ocasión la encontró enfrascada en una conversación con Sui Buzhao, que asentía con la cabeza escrutándola con sus pequeños ojos brillantes. Esa noche su tío le visitó, con una sonrisa dibujada en la cara. Baopu tuvo que contener la ganas de echarle de la habitación. Su tío arrancó: «Hoy es tu día de suerte. Ha llegado el momento de que tengas una familia. Se trata de Xiaokui y Leilei».

Un grito salió de la garganta de Baopu para asombro de Buzhao. Con una mirada fría y dura Baopu lentamente vocalizó: «¡Ni se te ocurra volver a mencionar esa posibilidad!».

\* \* \*

Baopu estaba enfadado con su tío desde la adolescencia, básicamente desde el día en que el viejo intentó convencer a Jiansu seguirle río abajo con la barca que se hundió, provocándole un susto de muerte. Un incidente posterior terminó definitivamente de distanciarles. Temprano una fría mañana, durante la celebración del Año Nuevo lunar y siguiendo la costumbre, Baopu y Guigui se levantaron para iniciar los festejos. Primero uno, después el otro, se lavaron con una pastilla de jabón que guardaban en una cajita de madera, impregnando la habitación de una agradable fragancia. Guigui le instó a que se pusiera los zapatos de cuero que le había regalado su padre años atrás. El cielo empezaba a iluminarse y las calles estaban aún desiertas. Ese año las autoridades habían prohibido los petardos y las pagas de Año Nuevo. Baopu citó a Hanzhang y

Jiansu en su habitación y Guigui salió en busca de su tío mientras ellos colocaban los pasteles encima de la madera. No hacía mucho que Guigui había salido cuando oyeron unos ruidos. Al principio pensaron que se trataba de unos petardos, pero Jiansu corrió afuera y explicó que dos carretas de policía corrían calle abajo chasqueando los látigos en el aire.

El agua hervía en el *wok* mientras esperaban a su tío. Sin embargo, Guigui apareció sola, con los ojos rojos. Explicó que había estado llamando a la puerta de su tío tratando de despertarle, pero que cuando por fin lo consiguió, este se negó a salir de la cama. Incluso después de explicarle que ya tenían la comida preparada respondió altivo que él no se levantaba de la cama ni por nada ni por nadie. Ella continuó insistiendo hasta que el agua empezó a correr por debajo de la puerta; solo tardó un momento en darse cuenta de que el viejo estaba en el otro lado aliviándose. Indignada por lo ocurrido, Guigui volvió corriendo y anunció que no quería volver a ver a ese hombre nunca más. Baopu y Hanzhang no se lo podían creer. Jiansu, en cambio, se limitó a mirar por la ventana y suspiró: «¡Este tío nuestro es un verdadero caso!».

Mientras ponía la comida a hervir, Baopu sentenció: «Es el miembro más indigno del clan Sui».

\* \* \*

Pero ese día el tío Buzhao estaba en su habitación y quería decirle lo que había venido a contarse sobre Xiaokui, pero la expresión de determinación en la cara de Baopu le forzó a claudicar. La actitud de su sobrino le había cogido con la guardia baja, se dio media vuelta y salió, dando tumbos como de costumbre, con la mirada de Baopu clavada en su espalda. ¿Conocería el anciano su secreto?

Bien entrada la noche Baopu se paseó por el patio. Al final, incapaz de contenerse, se dirigió a la puerta de su hermano y llamó. Rasgándose los soñolientos ojos, Jiansu abrió la puerta y le dejó entrar. Encendió la lámpara para iluminar la penumbra. «No podía dormir —dijo Baopu—. Tengo que hablar con alguien. Me siento perdido y deprimido».

Jiansu, en calzoncillos, se puso de cuclillas sobre el *kang*. Su piel brillaba

bajo la luz de la lámpara como si estuviera recubierta de aceite. Baopu se quitó los zapatos y se sentó junto a él con las piernas cruzadas. «Te entiendo», soltó Jiansu en medio de un silencio sepulcral. «Yo también sé lo que se siente, pero el tiempo todo lo cura. Si hubiera continuado como tú, ahora sería un saco de piel y huesos».

Con una sonrisa forzada, Baopu dijo: «Supongo que ya me he acostumbrado a sentirme culpable. Me he acostumbrado a sufrir».

Los hermanos fumaron en silencio hasta que Jiansu, sujetando la pipa, bajó la cabeza y dijo: «Lo peor es despertarse a medianoche. Tienes la mente tan ofuscada, que si los pensamientos toman un mal giro, ya puedes olvidarte de volver a conciliar el sueño. Salir a la calle y dejar que el rocío te moje la cara puede aliviarte. O si el corazón te quema, puedes tirarte agua por la cabeza. Odio despertarme en medio de la noche».

Baopu parecía ajeno a las palabras de su hermano, cuando de pronto le preguntó: «Jiansu, ¿tú quién dirías que es el miembro más indigno de nuestro clan?».

Con una sonrisa sombría Jiansu respondió: «¿No dices siempre que es nuestro tío?».

Baopu negó con la cabeza, tiró el cigarrillo y miró a su hermano sin siquiera parpadear.

«No, ¡soy yo!».

Jiansu se metió la pipa en la boca y la mordió con fuerza. Miró a su hermano extrañado. «¿De qué estás hablando?», dijo con un gesto de enfado.

Baopu apoyó las manos en sus rodillas y arqueó las muñecas. «No te lo puedo contar, pero créeme, sé lo que estoy diciendo».

Moviendo la cabeza desconcertado y con la mirada sombría, Jiansu se quitó la pipa de la boca e hizo una mueca. Baopu frunció el ceño. «No sé a qué te refieres..., ni tampoco quiero saberlo. No habrás matado a nadie, ¿verdad? Todo lo que sé es que los miembros de nuestro clan suelen complicarse la vida hasta el mismo día de su muerte. Si tú eres una mala persona, entonces el resto no sé en qué categoría entramos. Te explico: mis días no son nada apacibles. Para tu información, son una auténtica tortura y no sé cómo remediarlo. A menudo sufro un fuerte dolor de muelas. Mi cara se hincha y tengo que

contenerme para no coger un martillo, golpearme hasta el último diente y dejar que la sangre corra. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Por qué me pasa? No lo sé, pero sé que es un castigo y no puedo hacer nada más que aguantar. A veces tengo ganas de coger un hacha y cortarme la mano, pero ¿de qué serviría? Sangraría y me retorcería por el suelo agonizando, rodeado de una multitud de personas cuya única reacción sería despreciarme por ser un lisiado. Así que tengo que aceptar las cosas tal y como son. ¡Ese es el castigo por ser un Sui! En medio de la locura de tiempos pasados, Zhao Duoduo entró en nuestro patio junto a un grupo de hombres armados con picos para desenterrar un tesoro escondido por nuestros antepasados. Para mí eso fue como si me clavaran un puñal en el pecho. Los miré por la ventana y, no estoy bromeando, me maldije a mí mismo. A mí, no a Duoduo y sus hombres. Maldije a nuestros antepasados por su ceguera en querer levantar una fábrica de fideos a orillas del Luqing, condenando a las generaciones futuras a no poder vivir ni morir en paz. A medida que me hacía mayor me imaginaba a mí mismo con una esposa, como todo el mundo. Pero ¿qué mujer estaría dispuesta a casarse con un miembro del clan Sui? Tú ya estuviste casado, así que ya sabes de lo que te hablo. No le importamos nada a nadie. Nos ven vivos, respirando, y no tienen ni idea de nuestro sufrimiento. Eres mi hermano, ¡sé que me entiendes y piensas igual que yo!». El rostro de Jiansu estaba rojo. Lanzó la pipa y apartó la almohada a un lado para sacar de debajo de las sábanas un pequeño libro con una cubierta roja. Al abrirlo cayeron varias fotografías de mujeres de la ciudad, ahora ya casadas. «¿Las ves? Todas han estado enamoradas de mí, y sus familias siempre han rechazado el matrimonio. ¿Por qué? ¡Porque soy un Sui! Esposando una tras otra. A una de ellas la casaron con un campesino de las montañas del sur. Al cabo de poco tiempo de vivir juntos la colgó de una viga. No puedo quitármelas de la cabeza. Miro sus fotografías antes de acostarme y sueño con ellas todas las noches».

Baopu recogió las fotografías y las sostuvo un momento, pero su mano temblaba tanto que cayeron sobre la cama. Abrazó a su hermano y reclinó su cabeza en la de Jiansu, donde sus lágrimas se encontraron. Baopu trató de consolar a su hermano pero no encontraba las palabras.

«Jiansu, te comprendo. Te comprendo perfectamente. No debí molestarte, aún lo he empeorado más. Yo tampoco puedo soportar esta desdicha... Pero tú

aún eres joven. Es cierto que todo es debido a nuestro linaje, pero puede cambiar. También están nuestras acciones y cómo encajamos los golpes. A veces somos nosotros mismos los que empeoramos la situación... Como es mi caso».

Baopu le pasó la mano por la espalda suavemente hasta que ambos se calmaron. Jiansu, aún afectado, se secó las lágrimas y miró alrededor buscando su pipa. Después de encenderla y echar varias caladas miró por la ventana hacia la oscuridad. «El tío ha disfrutado y ha bebido como una esponja durante toda su vida —dijo en voz baja—, lo que significa que no ha sufrido. Papá siempre fue una persona muy recta y mira de qué le sirvió. Nos encerraba en el estudio; tú practicabas caligrafía y yo te preparaba la tinta. Después de su muerte te empeñaste en que continuara estudiando y me mostraste los caminos de la benevolencia y la rectitud. El significado de “querer al prójimo”. Y eso he hecho».

Baopu escuchaba a su hermano con la cabeza gacha. Una imagen de una casa en llamas pasó por su mente. El fuego se apoderaba de toda la casa, mientras su madrastra se retorció en el *kang*... Irguió la cabeza como si le hubiese atravesado un rayo. Era la llamada para explicarle la muerte de Huizi, su madre. Apretando los dientes halló la fuerza necesaria para contenerse y no decir nada.

Se quedaron despiertos toda la noche.

\* \* \*

El ronquido del molino retumbaba en el valle. Baopu se pasaba ocho horas seguidas sentado, hasta que llegaba el siguiente turno y le relevaban. Era un trabajo pesado para hombres ya mayores, y varias generaciones se habían sentado en esa robusta banqueta. Con sus paredes de piedra, los antiguos molinos eran como antiguas fortalezas excavadas en la orilla del río, atrapando a generaciones enteras. El musgo que crecía allá donde los cascos del buey no alcanzaban a pisar parecía la piel multicolor de una bestia gigantesca. Nada de lo que allí dentro pasaba trascendía al exterior. Uno de esos hombres había trabajado para los Sui durante décadas y murió allí mismo tras anunciar que, si Sui Yingzhi se había marchado, había llegado también su

hora. El siguiente maestro molinero terminó también de manera trágica. Una cuba estropeada que no fue capaz de cuajar fue la responsable de que se ahorcara. Pero del molino no salió ni un gemido. Era el alma de la ciudad. Durante los tiempos difíciles siempre hubo gente que acudía a los molinos para realizar actividades no permitidas. Luego, durante la el periodo de reexaminación que siguió a la reforma agraria, familias enteras huyeron de Wali a escondidas, no sin antes pasar por el molino a postrarse para bendecir su suerte siguiendo los rituales establecidos. La gente quemó billetes funerarios para rendir tributo a los cuarenta y dos hombres y mujeres enterrados vivos en un sótano de ñame por los cuerpos de restitución de los propietarios, y del molino tampoco salió ni un suspiro. Tenía una sola ventana diminuta, su único ojo. Los moradores del molino observaban los campos abiertos y el río a través de ese ojo.

Lo primero que Baopu veía cuando se asomaba por esa ventana era la rama de árbol partida por el rayo el día de la tormenta. Primero opinaron que era mejor talar el árbol, pero al cabo de poco se olvidaron del tema. Todos excepto Baopu, que seguía observándolo. Cuando lo examinaba, su rostro se volvía sombrío. Era un árbol tan grueso que se necesitaban dos personas para cercarlo, y ahora estaba partido por la mitad, dejando al descubierto un núcleo de color blanco parecido a un hueso roto. Un exuberante dosel había terminado creando una agradable sombra, con sus ramas ofreciendo un amparo refrescante, a pesar de no ser más que un montón de leña. En los bordes exteriores del centro del árbol se había quedado congelado un líquido oscuro; la filtración sangrienta producida por la embestida del rayo. Un extraño olor emanaba de sus profundidades y Baopu sabía que era el olor de la muerte. Los truenos y relámpagos son las balas del rifle del universo. ¿Por qué ese árbol en particular en el centro de su mira? ¿Y por qué esa noche? La justicia celestial tiene el brazo largo.

Se agachó para recoger los pedazos de unas cuantas ramas del árbol y se los llevó al molino.

\* \* \*

Los molinos fueron abandonados pasada la época gloriosa de esas tierras.



Baopu los había visto girar casi a su mayoría, pero tras la muerte de su padre, uno tras otro los molinos fueron muriendo. Los habían erigido a la orilla del río debido al abundante caudal de agua. Las muelas no siempre habían girado gracias a los bueyes. Los canales de piedra que aún quedaban al descubierto mostraban cómo la fuerza del agua había surcado las tierras para mover sus piedras, y seguramente por abusar el caudal había disminuido. El descubrimiento había convencido a la gente de que el barco excavado había descendido por un embravecido río, y que su muelle había sido un frondoso bosque de mástiles. Al igual que las constelaciones cambian de lugar, también en la tierra se producen profundos cambios sin que puedan ser predichos, y los viejos molinos se encargan de empujar el tiempo a su paso. Después de mecanizar una parte de la fábrica, la cinta transportadora y los engranajes deslumbraron a la gente; fue algo impensable, un cambio que nadie jamás había imaginado. El día que instalaron el motor la gente se congregó nerviosa. El nuevo responsable de impulsar la muela le devolvió la vida al molino. Pero ahora que la novedad ya había pasado ya habían dejado de venir, Baopu miró por la ventana y vio a Xiaokui, con el cesto del mercado en la mano, y a Leilei, el hijo que parecía no crecer. Llamó al niño, pero no hubo respuesta.

Se acordó de la noche en que años atrás él y su hermano lloraron juntos hasta el amanecer. Esa noche dejó una marca indeleble en el corazón de Baopu. Seguía sin poder dormir pensando en esa mujer y su hijo cuando un día la encontró en el campo recogiendo semillas de ricino. Se armó de valor y se acercó.

Xiaokui lo ignoró concentrándose en la recolección de los granos, así que Baopu se agachó y sin decir ni una palabra empezó a ayudarla. Trabajaron en silencio. Cuando su cesta de plástico de color rojo estuvo casi llena, Xiaokui se sentó y lloró. Baopu sacó su bolsa de tabaco, pero le cayó por el suelo.

«Xiaokui —dijo—, quiero decirte algo...».

Levantó la mirada y se mordió el labio. «Pero ¿tú qué tipo de persona eres? No me has dirigido ni una palabra en los últimos diez años. Hace casi diez años que no nos veíamos. Ya ni te conozco».

«¡Xiaokui! —gritó—. ¡Xiaokui!».

Ella se dejó caer a un lado y lloró amargamente.

«Sé que me odias —dijo nervioso—, que durante estos años me has

odiado. Pero no me has podido odiar tanto como yo me he odiado a mí mismo. Durante años tanto tú como yo hemos odiado a la misma persona, que arruinó tu vida y traicionó la amistad de Li Zhaolu. Esa persona debe pagar por sus pecados. No tiene derecho a recordar esa noche de tormenta o poner un pie en el callejón de la familia Zhao».

Xiaokui se incorporó y lo miró. Sus labios temblaban. «¿Que traicionaste a Li Zhaolu? ¿Cómo? Prometí entregarme a ti antes de casarme. Zhaolu murió en el derrumbe, pero yo no he corrido más suerte. He sufrido mucho, hubiera sido mejor haber muerto junto a él. Pero no, yo y Leilei nos hemos quedado abandonados. Guardé luto durante un año; más tiempo que cualquier otra viuda de Wali. Pero necesito un hombre. Sigo pensando en esa miserable jaula de grillos que colgué en el molino... Y cuando no puedo dormir maldigo el despiadado hombre que trabajaba en esa sala...». Las lágrimas colgaban de sus pestañas.

Esa muestra de dolor acabó por romper el corazón de Baopu y, desmoronándose, le suplicó: «Escucha lo que tengo que decirte. No conoces a los hombres, y menos a los del clan Sui. Para nosotros la vida siempre ha sido un amargo tormento que nos ha convertido en unos cobardes. Tal vez malgastar nuestra vida dentro de un molino sea lo mejor que nos pueda ocurrir. Quiero que sepas que no hay día en que Zhaolu no me fulmine con su mirada. El dolor no me deja dormir. Y recuerdo esa noche bajo el sauce, y que al cabo de poco dejaste el trabajo... Seguramente alguien nos vería y el clan Zhao ya me tenía en su punto de mira. Entonces me explicaste que el Cuarto Maestro ya había aprobado tu matrimonio con Zhaolu, y yo me quedé desolado. La noche del rayo estaba enloquecido. Si te hubiera ido a buscar después de la muerte de Zhalou, no les hubiera costado mucho imaginar que lo nuestro ya venía de lejos. Siguiendo la semilla encontrarían el melón. A ti te hubieran tachado de indigna y a mí de ladrón de esposas; y nunca más hubiéramos podido levantar la cabeza. Me acuerdo del momento cuando rompí tu ventana y mi corazón se acelera. ¿Qué excusa les explicaste a los Zhao? Estos pensamientos me mantienen desvelado. Eso y los últimos días de mi padre, que por su obsesión en pagar unas deudas, terminó vomitando sangre a lomos de su caballo. Sé que las generaciones futuras de mi clan no le deberán dinero a nadie. ¡Pero la deuda que ahora tengo con Zhaolu es más de lo que puedo soportar!».

Xiaokui vio a Baopu muy afectado. Le temblaba todo el cuerpo y ella estaba tan aturdida que no podía ni hablar. De repente, aunque lo conocía desde la infancia, le parecía un extraño. Se asombró al descubrir los pensamientos que habían ocupado su mente durante esos diez años. Incluso el detalle de la ventana, que nadie reparó en preguntar puesto que la tormenta había ocasionado muchos destrozos. También se preguntó a quién le podía deber tanto dinero el clan Sui; no tenía ni idea. Quizá Baopu estaba confundido por el paso del tiempo y sus recuerdos le traicionaban. ¡Cómo debía haber sufrido, día y noche, durante años! El brillo de su cabello se había ido apagando cubriéndose de gris. Inexplicablemente las facciones de su cara habían resistido bien el paso del tiempo. Su mirada, enmarcada en unas desgastadas pestañas, era una tristeza indeleble. El corazón de Xiaokui se agitó. Dejó escapar un largo suspiro y vio que la mirada de Baopu se clavaba en su cuerpo. «¿De quién es hijo Leilei?», preguntó con una voz apenas audible.

Eso era lo último que hubiera esperado oír. Estaba confundida. «Es mío —murmuró ella—, mío y de Zhaolu...».

No le convenció.

Xiaokui empezó a sentir que perdía el control de la conversación y desviando la mirada sin aliento le dijo: «¿Qué clase de pregunta es esa? Solo se te ocurren locuras que deberían asustarte incluso a ti mismo. A este paso me vas a confundir tanto como lo estás tú. ¿Cómo puedes tener tales pensamientos, Baopu? Creo que no me has entendido. ¿Acaso me has estado escuchando? ¿Has oído lo que te he estado diciendo?».

Baopu la observaba con expresión de incredulidad.

Descifrando su intención, gritó: «¿Por qué me miras así? ¡Te he dicho que el niño es de Li Zhaolu!».

La cabeza de Baopu se dobló como una espiga de trigo golpeada por el granizo. «Eso no es cierto —farfulló retorciendo las manos—. Simplemente, no puede ser. Leilei y yo lo hemos hablado. Me lo ha explicado. Yo le creo y también confío en mi instinto».

«Leilei apenas abre la boca, es imposible que te haya dirigido una palabra. De eso estoy segura».

«Tienes razón —dijo Baopu con un movimiento de cabeza—. En realidad, no lo dije con palabras, pero bastó con mirarnos. Quizá tú no lo sepas, pero hay cosas que solo se pueden explicar con los ojos. Yo le entiendo y él me entiende a mí».

¿Qué otra cosa podía decir Xiaokui? Su ira se vio atenuada por la lástima. Años de resentimiento y amargura fueron tragados por una corriente cálida y envolvente. Su barbilla comenzó a temblar, luego sus hombros se levantaron. Se agachó, cayó de rodillas y se abrazó a Baopu. «Baopu —rogó—, deshazte de esos pensamientos que te torturan y vivamos juntos. Sálvame a mí y a ti mismo...».

Baopu apoyó las manos ásperas sobre sus hombros hasta que su cuerpo se relajó. Entonces él la tomó en sus brazos y le besó la frente. Cuando puso la mano sobre su pecho sintió el latido de su corazón. Xiaokui hundió la cara en su pecho, desesperada por empaparse de su olor. Se olvidó de que estaba en el campo de ricino, donde suena el curso del río Luqing. Estaba inmersa en el placer de sentir su mano acariciándola suavemente; una sensación que deseaba alargar hasta que el sol se hundiera por el este, incluso hasta el final de los tiempos. «Esta noche —dijo sin pensar— Leilei estará dormido. Voy a dejar la ventana abierta». La mano se detuvo bruscamente, y ella alzó la vista, sorprendida e inquieta. La frente de Baopu estaba arrugada mientras miraba a través de los huecos entre los hierbajos de la orilla. El secretario del partido Li se acercaba hablando animadamente con un grupo de vecinos de la calle Gaoding. Movida por un poderoso impulso, le apartó la mano.

«Levántate —dijo ella—. No tenemos que escondernos. ¡Levántate! Que nos vean. Debemos mantenernos unidos. ¡Siempre tuvimos que permanecer unidos!».

Ella se inclinó, le dio un beso y se enderezó.

La gente en el otro lado del río se detuvo para saludarla. «Hola, Xiaokui. Estás recogiendo semillas de ricino, ¿verdad?», le saludó el Secretario Li.

Xiaokui asintió. Y hablando en voz baja solo audible para él, le instó a que se pusiera de pie. Él no lo hizo. «Sí —respondió débilmente—, estoy recogiendo semillas».

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Ese día Baopu no se levantó, a pesar de que podía ser su última oportunidad para hacerlo. Cuando cayó la

noche se escabulló en su habitación, avergonzado.

Y así, cuando Li Zhichang se hubo llevado el viejo buey, Baopu se quedó sentado en la banqueta, como siempre, ahora acompañado por el zumbido del motor. Su sangre, que durante los últimos años se había casi congelado, había corrido de nuevo por sus venas entre las plantas de ricino. Sabía que Xiaokui todavía lo amaba y allí en el campo de ricino le había dado la oportunidad de reencontrarse, pero la había dejado escapar. De vuelta a su puesto de trabajo, supuso que no habría otra ocasión como aquella. No podía sacarse a Leilei de la cabeza. Xiaokui había intentado aligerar su culpa, pero él seguía creyendo que el chico era suyo. Haber dejado pasar esa oportunidad sería algo de lo que Sui Baopu se lamentaría el resto de su vida.

A partir de entonces, cada vez que Baopu pasaba por delante del campo o se precipitaba una noche de tormenta, la pasión se apoderaba de él y lo devoraba. Una noche se fue al lugar donde se encontró con Xiaokui por última vez. Al llegar se agachó y palpó el rastro inexistente de ese día.

La noche después de haber llamado a Leilei para que subiera a ver la máquina arreció una tormenta. Se tumbó en el *kang*, pero no pudo dormir, algo le estaba royendo en su interior, estaba enloqueciendo de deseo. El trueno estalló, y su deseo creció más que nunca.

Al final bajó del *kang* y salió de la habitación. La ventana de su hermano estaba a oscuras, mientras que en la de su hermana había luz. Estaba fuera de control. Tenía la ropa empapada y hacía mucho frío, justo lo que su cuerpo necesitaba para bajar la temperatura. La lluvia empapó su cabello y no podía mantener los ojos abiertos. Se imaginaba la delicada mano acariciándole la barba mientras envolvía su frágil cuerpo entre sus brazos. Se detuvo tambaleándose y miró hacia arriba para ver dónde estaba. Envuelto en la penumbra, ya había llegado al callejón de los Zhao. No había luz, y se imaginó que si conseguía abrirla, conseguiría oír la suave respiración de Xiaokui y Leilei mientras dormían. Esa ventana nunca se volvería a abrir para él.

El brillo del rayo estalló tan cerca que iluminó todos los ángulos de su cuerpo anegado. Había caído tan cerca que le pareció haberle alcanzado. Escupió agua y empezó a maldecirse. Se golpeó el pecho con tanta fuerza que cayó sobre sus propios pies, rodando dolorosamente sobre el barrizal lleno de grava afilada. Se quedó tendido en el fango durante horas.

\* \* \*

Baopu se levantaba de su asiento de vez en cuando para extender las judías sobre la cinta transportadora. En la parte inferior fluía el líquido blanco de tono verdoso, que caía directamente dentro de la cubeta a través de la piscina de sedimentos. Después de haber instalado las vías, las mujeres ya no hacían falta. El anciano que supuestamente ocupaba el otro turno pasaba cada vez más tiempo en la tienda de Zhang-Wang. Solía llegar tarde, apestando a alcohol y medio dormido.

Ese día le tuvo que esperar como de costumbre, pero al salir a la explanada encontró el lugar más concurrido que de costumbre. Pudo distinguir a Xiaokui con Leilei en brazos entre el gentío. Ella no le hizo caso. Una multitud se había congregado sobre la muralla y muchos señalaban hacia un pozo situado en medio del campo. Baopu se apresuró para ver qué ocurría.

Alguien cerca del pozo gritó. Leilei señaló con la mano y se abrió paso entre la multitud. Instintivamente Baopu se fue tras el niño, hasta llegar al frente, donde había pilas de tuberías enormes de diferentes longitudes. Ahí se encontraba el equipo de prospección de carbón, formado por destacados profesionales. Sui Buzhao estaba justo en el medio del grupo. Baopu se acercó a pocos pasos de la obra, mientras que Leilei corrió hasta las tuberías para ver a Buzhao. Picaban una roca negra que había salido de una de las tuberías y la rompían en trozos pequeños. Al verlos Leilei corrió, saltó delante de Sui Buzhao y le arrebató una piedra de la mano del anciano.

«Mamá —le gritó el muchacho—, ¡es carbón!».

La multitud se quedó asombrada de que el niño hubiera sido el primero en reconocer el mineral. Xiaokui, con los ojos rojos, había corrido detrás de Leilei y se lo quitó de las manos para devolvérselo a Sui Buzhao. La gente murmuró que el carbón le había recordado al accidente de Zhaolu en la mina. Leilei había demostrado ser digno de su padre al reconocer instintivamente el material negro. Baopu se quedó muy sorprendido. Después de ver a madre e hijo alejarse, ni su tío ni el carbón tuvieron ningún interés para él. Mientras se dirigía a casa volvió la cabeza para echar un último vistazo y distinguió al excéntrico Shi Dixin fumando su pipa con tristeza.

Xiaokui y Leilei ya habían desaparecido, y de repente sintió un hambre insaciable y un agotamiento agobiante. Llegó al patio con dificultad, donde se encontró con Li Zhichang, caminando nervioso arriba y abajo, mirando hacia la ventana de Hanzhang. Después de observarle, Baopu se acercó y vio que su rostro había perdido el brillo. Sintió compasión y le agarró por los hombros: «Tienes que comer, no puedes seguir así».

Zhichang asintió. «Tu hermana no me quiere abrir la puerta —dijo—. Me ignora, pero me ama. Sé que me ama, así que la esperaré hasta que salga».

Baopu sostuvo la mano de Zhichang entre las suyas y dijo: «Sé que la quisiste durante hace muchos años, pero pensé que ya lo habías superado».

Zhichang negó con la cabeza. «Algo así no se supera nunca. Mientras arda la llama en mi corazón, no dejaré de insistir. Dahu fue el último miembro de los Sui que nos dejó, y esa noche en el pajar escuchando la flauta del Cojo mientras el técnico Li hablaba sobre la Guerra de las Galaxias, por mi mente pasaron todo tipo de pensamientos, y me di cuenta de lo lento que siempre he sido reaccionando y tomando decisiones. Hay muchas cosas que debería hacer y no hago, y otras que suceden sin que debieran. Me di cuenta de que tengo que reaccionar más rápido. Ni los engranajes pueden esperar ni puedo dejar de amarla. Las luces que instalé todavía no se han encendido; esta ciudad hace tiempo que debería tener alumbrado. La persona que amo no quiere hablar conmigo, a pesar de que estábamos predestinados a estar juntos desde niños. He dejado muchas cosas por el camino, y por equivocarme una vez, terminé por arruinarlo todo. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse. ¿Qué te parece, Baopu, me ayudarás?».

Sus ojos chispeaban y Baopu entendía perfectamente los sentimientos de Zhichang. «Los Li sois buena gente —dijo mientras agarraba al hombre del brazo—. Haré lo que pueda, e insistiré tanto como si lo hiciera por mí mismo». Se agachó y le dijo: «Pero lo estás haciendo mal. Si realmente la amas, tienes que dejar de comportarte de esta manera. Si Hanzhang pasa mucho más tiempo sin salir de la habitación, acabará por enfermar. Ahora que conoce tus sentimientos, dale un tiempo para que se exprese. Debes dejarle un poco de tiempo y espacio». Zhichang miró a Baopu. «Lo digo en serio, tienes que irte».

Li Zhichang salió del patio de mala gana, dejando a Baopu descansando de

cuclillas sobre sus talones y fumando en silencio. Obviamente la muerte de Dahu había estimulado a Zhichang. Tenía las ideas claras y una nueva fuerza desconocida lo llenaba de determinación. No podía exponerlo en palabras, pero una urgencia en su interior le empujaba. En cambio Baopu continuaba igual. «Eso no era forma de vivir», pensó. «Como un hombre al que le han arrebatado su coraje». Baopu envidió a Li Zhichang por marcarse unos objetivos y concentrarse en alcanzar sus propósitos. Ni la automatización de la fábrica ni su pasión por Hangzang podían esperar. Baopu exhaló una bocanada de humo, se levantó y llamó a la puerta de Hanzhang.

La puerta se abrió. Su hermana parecía recién llegada del trabajo, con el olor de los fideos en la ropa. Su rostro había perdido el color, sus ojos estaban hundidos y oscuros; sin embargo, estaba tranquila. «Supongo que ya lo habrás oído todo, ¿no?». Ella asintió con la cabeza y sonrió. No parecía nada incómoda. Todo lo que Zhichang le hubiera querido decir en persona llegó a oídos de su destinataria. Zhichang había dicho que sabía que lo amaba, y la mirada de su hermana lo confirmaba. Era tan hermosa como lo había sido Huizi, pero también se estaba volviendo igual de fría que su madrastra. Ese rasgo era el que más le molestaba. Recordó a la niña adorable que un día fue: inocente y alegre. Deseaba que hubiera permanecido así para siempre, encarnando ese rasgo de niñez de los Sui. Pero sabía que ese deseo no se cumpliría y solo pudo suspirar.

Hanzhang se levantó con una sonrisa, como si nada en este mundo le preocupara. Tenía el mismo cuerpo que su madre cuando era joven. Se acercó a la ventana, y luego regresó y se sentó. «¿Qué quieres, hermano mayor? ¿De qué me quieres hablar?».

«¿Qué quería contarle? —pensó Baopu—. A ver, ¿por dónde empiezo? ¿Quería que fuera al médico? ¿Que hablara con Li Zhichang y se casaran?». Sentía que tenía que hablar de ambas cosas con la misma urgencia, pero no había ninguna razón para volver a sacar esos temas.

«Vine a decirte que encontraron carbón», dijo con naturalidad.



## 8

Zhao Duoduo dormía en la fábrica en la oficina de dirección. Solía dormir del tirón hasta la salida del sol, roncando tan fuerte que podía silenciar el rumor del viejo molino. Su esposa había muerto cuando Duoduo rondaba la cuarentena. La rabia desatada de Duoduo en medio de una acalorada pelea nocturna tuvo consecuencias fatales, pues le propinó tal paliza que, cuando se detuvo exhausto, la mujer estaba ya muerta. Ahora dormía con un cuchillo carnicero sobre el alféizar de la ventana; una vieja costumbre.

Durante la reforma agraria el Cuarto Maestro temió ser asaltado por la noche y, como precaución, convinieron que fuera el joven Zhao quien durmiera en su lecho. Una noche alguien irrumpió en el aposento. Zhao continuó roncando a bocajarro hasta que el intruso estuvo lo suficientemente cerca como para alcanzarle con la afilada arma. Fue su primer muerto. Normalmente solo el hambre podía desvelarle y durante ese periodo de caos desarrolló el mal hábito de comer a oscuras. En cuanto a sus gustos, podía alimentarse de cualquier cosa susceptible de ser ingerida, sobre todo si el hambre apretaba durante su patrulla por el pueblo, armado con el rifle tirado en la espalda. Cuando se mencionaba su nombre, la gente siempre añadía: «Un día de estos se nos comerá a nosotros». Había probado ratones de campo, lagartos, serpientes, puercoespines, sapos, lombrices y lagartijas. Ocurrió que un día de otoño, después de una tormenta, se encontró unas lombrices moradas arrastrándose por el suelo; eran tan grandes como su dedo meñique. Se arrodilló y las cogió una por una, aplastándolas y estirándolas hasta formar un manojo ancho como su brazo. Lo recubrió de barro y lo asó quemando los tallos secos de las judías. Una vez apagadas las llamas, abrió el hoyo y tras la bocanada de vapor apareció una pulposa carne roja. La degustó como si se

tratara de una pierna de cerdo, ante la despavorida mirada de los curiosos. Tal vez por su indiscriminada dieta despedía un olor tan fuerte que podía ser advertido a la legua. En sus días en la fábrica, para cocinar empleaba una pequeña olla que había conseguido durante la guerra y Erhuai, que tras haberle reemplazado en la ronda cada día se le parecía más, solía llenarla de sustento a su paso por la oficina.

Cuando le acechaba el insomnio, Zhao deambulaba por la sala de procesamiento. No era muy friolero, así que se paseaba en calzones, mostrando sus abultados músculos y su piel curtida. Por esa época, las trabajadoras del turno de noche estaban obligadas a hacer dos horas extras y a enfundarse unos delantales blancos con el nombre de la empresa impreso en la parte frontal: «Fábrica de Fideos Wali». También estaban obligadas a recogerse el pelo con un moño y cubrirlo completamente. Todas esas normas las había establecido Zhao Duoduo. Eran ideas copiadas de una visita a una fábrica de ventiladores eléctricos, organizada por el jefe del condado, Zhou Zifu. Las excursiones para «empresarios» tenían como objetivo compartir las experiencias exitosas de otras empresas. Así fue como Zhao Duoduo se enteró de que se había convertido en un «empresario». Durante aquella visita la dirección de la fábrica les explicó el modelo «CTC», un método japonés basado en el control total de calidad y el flujo de la información. Duoduo quedó tan impresionado que decidió adoptarlo de inmediato. A su regreso a la fábrica reunió a toda la plantilla y anunció orgulloso las nuevas normas junto al modelo de gestión CTC, algo así como un «toque de balón», y subrayó la importancia de la calidad y de la información.

Disponía de balances actualizados a diario que revisaba detalladamente y los trabajadores de su clan funcionaban como las orejas de la fábrica, manteniéndole informado de todo cuanto veían y escuchaban. En sus visitas nocturnas a la sala de procesamiento merodeaba sosegado entre la neblina acuosa. Si no oía el estruendo del colador metálico, levantaba la mirada y gritaba: «¿Acaso tienes ganas de probar mi vara?»; obteniendo inmediatamente el sonido deseado. Si se encontraba con alguna chica amodorrada junto a la cuba de pasta, le arreaba un patada sin pensarlo dos veces, regocijándose en su interior por haber «tocado el balón». El cabello estirado del moño tensaba los párpados de las mujeres infiriéndoles un

aspecto cómico que le divertía, especialmente cuando se trataba de caras regordetas sofocadas por el vapor, rojas como las letras de sus delantales: «Fábrica de Fideos Wali».

Una noche asestó una patada a Naonao mientras holgazaneaba y ella le sorprendió con una patada de vuelta. «¡Au!», exclamó Duoduo sin enojarse. En cuanto a la voluminosa Daxi, se relamía por la visión de sus carnes trémulas al compás de su labor. Le pellizcaba cuando le apetecía y, si la muchacha intentaba sacudirse la mano de encima, le picaba en la cabeza con el puño cerrado, aprovechándose del desconcierto de la joven para tocarle los pechos.

Como era de esperar, un día Jiansu se topó con Duoduo en la sala de procesamiento. Separados por la húmeda neblina, detectaron sendas miradas sombrías desde la distancia. Al reconocerse mantuvieron el paso pausado sobre el suelo resbaladizo; limitándose a saludarse con una tímida sonrisa. Un cinturón oscuro y grasiento sujetaba los calzoncillos blancos de Duoduo. Jiansu no podía apartar la mirada de su cuerpo. Duoduo, por su parte, examinaba las piernas de Jiansu. Eran iguales que las de su padre, Sui Yingzhi. Representaban una imagen frustrante que le evocaba los tiempos en que Yingzhi patrullaba la ciudad, montado en su caballo pardo, algo que siempre quiso emular. Pero el caballo murió antes de que pudiese cumplir su otro deseo: dispararle en la cabeza.

Duoduo se frotó las manos y le dio unas palmaditas en el hombro. «El mejor trabajador del clan Sui», le saludó. Jiansu lo miró por el rabillo del ojo. Los ojos abotagados por el vaho acentuaban su rostro pálido. Cuando el chico se apartó el mechón de la vista, Duoduo recordó las cerdas negras sobre la frente del caballo. Tragó saliva. ¡Qué hermoso caballo! Incluso había llegado a soñar con él. Un día de patrulla atisbó a Yingzhi galopando por la explanada. Las crines del caballo ondeaban al viento y la cola levitaba sobre el aire. Esa presencia le resultaba intimidatoria. Cargado con el arma al hombro, sintió un hormigueo en las palmas de las manos. ¡Qué magnífico caballo!

Duoduo se subió los calzoncillos para aflojarse el cinturón y bajó la cabeza. «¿Estabas hace un momento con tu hermano en el molino?». Jiansu negó con la cabeza. La mera mención del nombre de Baopu le incomodaba; odiaba a ese hombre discreto y silencioso, postrado monótonamente junto a la muela. Jiansu y Duoduo dieron un paseo por la sala. «Estos días estoy

utilizando un nuevo sistema de gestión de personal basado en patearles el trasero», se mofó Duoduo. «Funciona. Esos japoneses son de admirar. Ahora solo tenemos que ocuparnos de las obras de automatización de Li Zhichang. Tenemos que hablar de este tema». Jiansu apretó los dientes. Al llegar a la altura de las chicas, callaron. Daxi miró a Jiansu y tosió como de costumbre. Acto seguido, la cara de la muchacha se ruborizó. «Bien, bien», dijo Duoduo, pero el otro ya no le oía; tenía los ojos puestos sobre Naonao.

Jiansu estaba intranquilo desde hacía varios días. La gestión del personal para conseguir un mayor rendimiento le preocupaba. Si no actuaba con premura, no se lo perdonaría nunca. Sabía que Duoduo podía conseguir la adjudicación permanente de la fábrica en breve. La fecha para la licitación del contrato de arrendamiento estaba al caer y todos en la calle Gaoding lo tenían presente; estaban preocupados. Al igual que un halcón, Zhao Duoduo tenía los ojos sobre su presa, listo para abatirse sobre la fábrica con sus garras de hierro. El clan Zhao se estaba convirtiendo en la familia más poderosa de Wali, en claro ascenso desde la década de 1940 a costa de las posesiones del clan Sui. Duoduo solo representaba una de las garras del clan, pero era la más difícil de torcer. Romper ese nudillo precisaría de mucha fuerza, ya que la garra nunca se quebraría por sí sola. Jiansu se decidió a analizar en profundidad la gestión de Duoduo: los materiales, la inversión de capital, la amortización de la maquinaria, los salarios, la publicidad, la distribución, la gestión de vendas, los impuestos y las inversiones en infraestructuras.

El clan Zhao debía estar obteniendo unos beneficios enormes, lo que significaba que una gran parte del pueblo se estaba sacrificando para satisfacer la codicia de una pequeña minoría. La dificultad del plan de Jiansu radicaba en encontrar las cifras exactas que pudieran ser presentadas como una evidencia. Lo haría a su debido momento.

Jiansu empezó a reunirse con mucha discreción con los funcionarios del gobierno local. Quería que le tuvieran en mente; un factor clave dentro de su plan. Había hablado, por ejemplo, con el secretario del partido, Lu Jindian, sobre cómo reimpulsar la economía de Wali a través de la reactivación de la industria de los fideos y ambos se entusiasmaron con la idea. Jiansu también creía que la implantación de la tecnología más avanzada era un aspecto fundamental. Convencido de la importancia de entablar amistad con aquel

hombre de rostro demacrado e indumentaria oscura, su siguiente paso fue invitar al librero a una copa al Emporio Wali. El hombre sonrió durante toda la conversación, dejando al descubierto sus dientes ennegrecidos, y maldijo a Duoduo a cada sorbo de licor. Mencionó incluso que Duoduo había «manoseado» a todas las chicas de la sala de procesamiento, como si estuviera jugando con un ábaco. No paró de sonreír hasta que Zhang-Wang dejó los tigres de arcilla, se acercó y le dio una bofetada. Al terminar el encuentro salieron por la puerta cogidos por los hombros como dos buenos amigos.

A partir de entonces, Jiansu dedicaba todas sus noches a hacer sus cálculos, una tarea que se le daba mejor a su hermano Baopu; pero Jiansu no quería involucrarlo, no todavía. A pesar de que sus actos podrían tener graves consecuencias, estaba decidido a llegar hasta el final y obtener evidencias robustas del enriquecimiento ilícito, o por lo menos una cifra aproximada. Quizá Duoduo podía mofarse de todos, pero no de aquel joven de rostro pálido y ojos ardientes. Entrada la noche, se aseguraba de cerrar bien la puerta antes de abrir el pequeño cuaderno repleto de números minuciosamente anotados, y empezaba la tarea. La fábrica empleaba a 112 personas que procesaban 15.000 *jin*<sup>15</sup> de judías al día. Antes de que el molino se mecanizara podían procesar 11.500 *jin* en temporada alta y 5.300 *jin* en temporada baja. Tres de los ocho meses de trabajo eran muy bulliciosos, haciendo 1.830.000 *jin*; que añadidos a los 1.150.000 *jin* producidos a partir de la automatización sumaban un total de 2.980.000 *jin*. Aturdido por tal cuantía, Jiansu se levantó y empezó a pasearse ansioso por la habitación repitiéndose: «¡Dos millones novecientos ochenta mil *jin*!». Las muelas de los antiguos molinos de la ribera rugían.

Jiansu estaba asombrado por la caída en picado de la reserva de judías desde la llegada de Duoduo. Las variaciones climáticas de cada temporada repercutían en la producción, pero la diferencia acababa siendo poca: en promedio, un *jin* de fideos requería 2,58 *jin* de materia prima. Eso significaba que la Fábrica de Fideos Wali había producido más de 1.150.000 *jin* de fideos en trece meses.

El precio había subido y bajado tres veces desde enero, por lo que la venta de más de un millón de fideos era una operación compleja. Tras la

apertura de las ciudades costeras, los fideos Dragón Blanco habían dado un salto sustancial en exportaciones, del 19 al 51 por ciento. Los comercializaban a 2,53 yuanes el *jin*, mientras que el precio en el mercado nacional estaba alrededor de los 1,16 yuanes. Jiansu resopló al comparar la enorme brecha entre exportaciones y ventas nacionales; su piel se erizó. Se comprometió a crear un potente departamento de exportaciones en cuanto llegara el día de tomar las riendas de la fábrica. Imaginó los innumerables buques que una vez concurrieron por el puerto, cargados de fideos de Wali por el Pacífico Sur; el bosque de mástiles debía haber sido una de las imágenes más cautivadoras que se pueda imaginar. Jiansu hizo crujir los nudillos y golpeó la mesa. Sintió un dolor agudo. Mientras acunaba la mano dolorida con su otra mano, la imagen de una muchacha cortando zarzas pasó ante él y cerró los ojos. Notó el cuerpo ardiente de la chica descansando sobre sus brazos musculosos. La había llevado hasta la pequeña habitación de debajo las zarzas... Una lágrima rodó por el rabillo del ojo. Jiansu se mordió los labios y volvió a los números. Descubrió que el beneficio bruto de los 586.500 *jin* exportados debía haber alcanzado los 1.483.845 yuanes, mientras que el beneficio bruto de los 563.500 *jin* de ventas nacionales debía haber sido de 65.366 yuanes. Eso significaba que la fábrica había ganado 2.137.505 yuanes netos en trece meses, restando los costes estimados en transporte.

El corazón de Jiansu latía con fuerza. Se aprendió todas las cantidades de memoria. No pudo evitar distraerse especulando sobre el destino de su familia durante los años 1920 y 1930. Los Sui habían llegado a amasar una fortuna inmensa, con una influencia que sobrepasó el río Luqing y con un lugar preeminente en la vida social de la ciudad durante décadas... ¿Cómo habían podido llegar a perderlo casi todo?

Jiansu no sabía utilizar el ábaco, por lo que debía hacer las cuentas a mano. Entonces recordó las palabras de su hermano cuando le contó que su padre se pasaba días y noches enteras encerrado en su despacho con su ábaco. En aquel momento le pareció ridículo, pero ahora lo entendía. A medida que avanzaba con el cómputo, los beneficios se reducían al descontar salarios, materias primas, marketing, impuestos y demás. Pero aun así, el número resultante tampoco representaba el beneficio neto, ya que debía incluir los beneficios de los productos secundarios como la harina y la leche a base de

judías, utilizados para la elaboración de licores, alimentos para animales y fertilizantes. También debía tener en cuenta que los fideos no tenían un precio único sino que comercializaban una gama de calidades con distintos precios y, por lo tanto, también debía recoger esa variación. Jiansu fue tejiendo, poco a poco, una vasta telaraña en la que se vio atrapado.

Durante sus visitas nocturnas a la sala de procesamiento, los números se arremolinaban como nubes de pensamientos. En medio del humo, la fila de cubas llenas de pasta, de tinas de agua caliente y de agua fría le parecían columnas gigantes de ceros; y los trabajadores, revoloteando sin parar, generaban números incesantemente, recalculando la suma total como una operación sin fin. Los plateados fideos pasaban de los tanques de agua caliente a los de agua fría antes de llegar a los rosados brazos de las trabajadoras para ser atados y colgados al sol para su secado, añadiendo constantemente nuevos números al cálculo. Remató la operación agregando las fracciones, ya que consideró que el sistema decimal resultaba más exacto. Flotaban en el agua tallarines enredados que al arremolinarse formaban nidos de pasta, que pasaban a acumularse ordenadamente a la derecha de la coma decimal. El encargado del colador se cernía sobre las cubas golpeando sin parar, convirtiendo el almidón en finos hilos de un color blanco lechoso que pasaban a engrosar aún más ese número gigante. Los dígitos eran como los engranajes de Li Zhichang. Cada uno más pequeño que el de su izquierda, se encadenaban entre sí por esos hilos pequeños y redondeados. Cuando esos engranajes entraran en funcionamiento, una nueva cola de números se añadiría al monto final...

Siempre que Jiansu contemplaba las cubas, Daxi tosía. Estaba a punto de marcharse cuando una mano corpulenta cayó sobre su hombro. Solo por el olor adivinó de quién se trataba, pero no se giró. Duoduo dijo: «Maldita sea, no hay manera de dormir. Vamos a tomar una copa». Y arrastró a Jiansu hacia la puerta, parándose antes cerca de Daxi. «Cuida esa tos, si no quieres enfermarse —dijo Duoduo—. Aunque tranquila, que cualquier hombre sabe cómo tratarla».

Se sentaron en el *kang* separados por una mesa blanca y empezaron a beber. El calor desprendido por la combustión les hacía sudar. Duoduo sacó una botella de Maotai<sup>16</sup> de su esterilla. «Es un regalo para el Cuarto Maestro,

pero tengo que probarlo antes de entregárselo. La última vez distinguió una botella adulterada al primer sorbo y la arrojó la por la ventana». «Hmm. ¿Este es bueno, no?». «Sí que lo es». Esa noche Jiansu no probó ni una gota, y Duoduo se balanceaba adelante y atrás con la mirada fija en Jiansu. Le parecía que la cabeza del joven aumentaba y disminuía según se movía; una extraña visión. «Quizá sea otra habilidad de los Sui», se dijo, y rio mientras se frotaba los ojos. «Jiansu, ¿crees que alguien está conspirando contra mí?». Jiansu se mordió la lengua. «Lo estoy haciendo muy bien —Duoduo continuó— y levanto envidias. ¡Pero solo es el comienzo! Algunos de los “empresarios” ya se han comprado tres o cuatro coches y tienen una secretaria personal. Yo también lo quiero. Así que tendría mucho sentido que alguien conspirara contra mí, ¿no crees?». Jiansu miró a Duoduo, cuyos ojos se habían empequeñecido. Frunciendo las cejas, Duoduo rompió una copa de vino contra la mesa. «Solo alguien del clan Sui se atrevería a conspirar contra el clan Zhao... ¡Ah! Podría aplastar a quien quisiera con un solo dedo. ¡A quien quiera que sea solo con este dedo! Pero si se tratase de alguien del clan Sui, no haría falta ni eso». Duoduo rio maliciosamente y se enderezó. Jiansu lo miraba sin comprender qué estaba ocurriendo.

«No, no hace falta ni que mueva un dedo —Duoduo continuó—. Solo con lo que tengo en la entrepierna sería suficiente». Se arqueó hacia adelante con gesto desafiante.

Jiansu notó cómo la sangre le subía de golpe a la cabeza y, apretando los dientes, echó una rápida mirada al cuchillo del alféizar.

Después de haber roto la copa, Duoduo no tuvo ganas de seguir bebiendo, así que sacó una aguja oxidada de algún lugar y empezó a coserse un botón. Su brazo robusto se movía de un lado a otro, desplazando ligeramente el resto del cuerpo. La mirada de Jiansu todavía estaba fija en el cuchillo. Cuando la mano de Duoduo se acercó a la cabeza de Jiansu, volvió bruscamente la aguja hacia el ojo. Con un grito, Jiansu esquivó el ataque con un movimiento hacia la izquierda, sujetando el brazo de Duoduo con la mano derecha. «Ha estado cerca», dijo Duoduo con una risa. Jiansu, con el corazón acelerado, se aferró al brazo con un brillo frío en sus ojos. «Cuidado», advirtió Duoduo, clavándole la aguja en el dedo índice. Jiansu se estremeció al sentir ese dolor agudo y Duoduo aprovechó para liberar su mano... Acto seguido, la aguja



continuó tirando del hilo negro, entrando y saliendo. «Todavía eres joven», dijo mientras cosía. «Demasiado joven. Esto lo aprendí en la guerra. Tú nunca has estado en una guerra... Probablemente tu hermano esté más espabilado».

Jiansu salió de la habitación sobreexcitado. Pensó en volver a la fábrica, pero no tenía ganas de hablar con Baopu porque la refriega era aún demasiado reciente. Movido por la corriente fría de aire, decidió que provocaría una «cuba estropeada». Entró en su habitación agotado y, sin poder cerrar los ojos, volvió de nuevo a sus cálculos. Como estaba acostumbrado a trabajar por las noches, convino que ese sería el mejor momento para el sabotaje. Lo haría poco antes del amanecer, cuando los trabajadores estuvieran más cansados. No sería difícil estropear una cuba. Podía entorpecer cualquiera de los procesos: la molienda del grano, cambiar la temperatura, agitar la fécula, remojar las judías, añadir más líquido... Tendrían que tirarlo todo y empezar de nuevo, algo que no disgustaría a todo el mundo. Tal vez el blanco más fácil era la parte líquida.

Con el canto de los gallos, justo antes de la puesta de sol, Jiansu partió hacia la sala de procesamiento cubierto con una túnica negra para protegerse del frío.

La piscina de sedimentación estaba tranquila; los trabajadores habían salido un momento a descansar. Jiansu se acercó al agua, donde el líquido era de un verde pastel precioso que se fundía con la luz de la lámpara de gas. La superficie era lisa como un espejo. El almidón dormitaba en el fondo de la piscina, con la levadura acunándose en su descenso, y emanaba un olor agrio apenas perceptible. Sabía que era una partida casi perfecta, de esas que emplea a toda la fábrica, con unas condiciones ideales. La luz de la lámpara proyectaba su sombra sobre la superficie de la piscina. Volvió a mirar hacia el otro lado, buscó una cuchara y una manguera; el agua caliente y la ayuda de unas cucharaditas de levadura oscura serían suficientes para estropearlo todo. La sala contigua estaba despejada, e incluso los golpes del colador parecían más débiles y cansados. Fue justo después de arrastrar la manguera y preparar la levadura, cuando oyó un sonoro bostezo. Era Daxi, se estaba frotando los ojos mientras salía de la otra sala y se dirigía hacia la piscina con cara de sueño. Jiansu metió rápidamente sus manos dentro de la capa y se quedó quieto. Cuando Daxi lo vio, sus ojos se iluminaron y el sueño desapareció.

Ella tosió y fijó su mirada en el agua caliente que salía de la manguera, llenando la atmósfera de vapor. «¡Hermano Jiansu!», gritó. Pero él no respondió. Pisó la manguera con desgana conteniendo las ganas de agarrar a Daxi y tirarla dentro del tanque. Después empujó la manguera a un lado, esperando que no se hubiera percatado de sus intenciones.

Cuando Daxi se secó las manos y los brazos en su delantal, un suave gorgoteo salió de sus labios temblorosos; sus senos erguidos también se movían. Con los ojos de Jiansu sobre ella, retrocedió, se agachó y se miró las manos. Los ojos de Jiansu la recorrían con exasperación, pero su corazón se avivó y se acercó a estrecharla. Cuando la chica apoyó la cabeza en su brazo y apretó sus labios contra él, Jiansu la acercó peligrosamente hacia la piscina. «Te voy a tirar adentro, ¿qué te parece? Has llegado en un mal momento».

Daxi lo miraba fijamente, con los ojos en llamas. «No lo hagas».

Él sonrió débilmente. «Tienes razón», dijo. Podía sentir su excitación a través de la capa.

A pesar de estar cubierto por el atuendo se las arregló para tocar sus senos y apoyar la cabeza de la chica sobre él, y la miró, susurrándole como si fuera un encantador de gatos. «Te voy a llevar a mi habitación».

«Soy tuya —gimió—, toda tuya. Me gustas un millón de veces más de lo que te imaginas. Yo...». Los brazos de Jiansu se estremecieron al oír la palabras que había usado para expresar su amor porque le recordó a sus cifras. Se aflojó el manto y la besó, murmurando para sí mismo: «Esta cifra tan grande va a hacerse diminuta poco a poco, Daxi, pero tú eres un número muy grande».

Las lágrimas corrían por el rostro de la muchacha. «Me gustas un millón... —sollozaba—. Llévame contigo. Iré adonde tú quieras. Solo llévame. Podrías matarme y no te odiaría por ello».

Al escuchar su extraño comentario, le dio unas palmaditas y la envolvió en el manto. Al ver que la sala se llenaba de claridad, le respondió: «Uno de estos días lo voy a hacer». Después la soltó y la apremió para que volviera al trabajo. De mala gana ella salió de la sala.

«Pobrecita», se dijo a sí mismo.

Después de eso, Jiansu se sintió mal durante unos días. Se culpaba por no

haber actuado con mayor rapidez, pero aún lamentaba más no haber podido traerse a Daxi a su habitación. La sangre caliente corría y se revolvía en su cuerpo lozano, y esa madrugada no pudo ni dormir ni trabajar en sus cálculos. En su cabeza los números se habían convertido en hilos de seda donde se sentía enredado, sin escapatoria. Era insoportable; rodó por el *kang* hasta ensangrentar el colchón. Tocó la sangre con los dedos y tenía un olor acre. Luego se acostó de nuevo y se quedó mirando las vigas del techo ennegrecido. Tarde o temprano haría ambas cosas; lo sabía.

Después de tres días, Duoduo mandó a buscar a casa a Jiansu. «¡La cuba se está echando a perder! —dijo el emisario—. ¡Es una cuba estropeada!».

Soltando un grito de sorpresa, Jiansu se sentó e, incrédulo, le pidió que repitiera sus palabras. Un pequeño gusano de felicidad se arrastró por su corazón mientras se vestía y corrió hacia la fábrica, palpitando con fuerza.

Un tropel de trabajadores con los brazos caídos se agolpaban en la puerta. Duoduo estaba entre la multitud, montado en cólera y mirando a todas partes. Jiansu se sentía increíblemente feliz y perplejo. El operario del colador no paraba de dar golpes; el sonido era el mismo de siempre, pero de aquella pasta verduzca no salía ni un solo fideo a pesar de golpear el metal hasta la extenuación. Los coágulos de almidón flotaban sobre la superficie del agua hirviendo como peces traviesos. Los trabajadores estiraban como siempre la pasta en una tina gigante, alternándose hombres y mujeres, tarareando una cadencia que les ayudaba a marcar el ritmo de sus movimientos. Quejándose de no agitar la masa de una manera más uniforme, Duoduo ordenó a gritos que gritaran más alto para moverse más coordinadamente. Así lo hicieron. Cada grito iba seguido de un paso al frente, sumergiendo los brazos hasta los codos en la masa. Jiansu se acercó a la boca de la piscina de decantación y le vino un fuerte olor avinagrado. Pequeños grumos de almidón flotaban sobre la cornisa de cemento de las piscinas de decantación. La superficie de la piscina ahora ya no era de un verde pastel sino de un color fangoso, repleta de burbujas estallando. Una burbuja gigante permaneció en el centro durante un buen rato antes de estallar y desaparecer. Antes incluso de entrar en la sala, el hedor detectado aceleró el corazón de Jiansu, porque la experiencia le decía que se trataba de un problema grave. Se agachó y se encendió un cigarrillo para echar un vistazo más de cerca.

El olor era tan fuerte que Naonao, que se suponía que debía amasar la pasta, salió corriendo tapándose la nariz. Duoduo la detuvo antes de llegar a la ventana y gruñó: «¡Vuelve al trabajo! Hoy no quiero ver aflojar a ninguna maldita trabajadora!». Jiansu estaba encantado. Sentía como si un velo solemne hubiera cubierto las caras que le rodeaban. Nadie se atrevía a reír o a decir una palabra. Miró a Daxi, que estaba tranquila e imperturbable; y para su sorpresa descubrió que tenía un semblante fascinante.

Profundamente extenuado, Duoduo miró a su alrededor en busca de Jiansu. Al verle soltó una mueca. «Ha llegado tu turno —ladró—. Tú eres el experto. Como se suele decir: “A un soldado se le alimenta solo para que sea útil el día de la batalla”». Jiansu exhaló una bocanada de humo y dijo: «Ya lo sé. Por eso estoy aquí de cuclillas, viendo qué puedo hacer. Todo experto sabe que siempre cabe la posibilidad de que se estropee una cuba».

«¡Espero que puedas arreglarlo pronto! —gritó Duoduo—. Si no lo haces, iré a buscar a tu hermano».

Jiansu sonrió y se acercó a la piscina de decantación, donde, bajo la atenta mirada de Duoduo, removiό la pasta. Luego se dirigió a la cuba más grande y les dijo a los trabajadores que dejaran de estirar. Después de comprobar la temperatura del agua de las judías, les dijo que la cambiaran. «Esperemos cinco días y veamos qué pasa». Duoduo solo pudo responder con un gruñido.

Al segundo día el olor a vinagre impregnó toda la fábrica y al tercero, una fetidez ácida y carbonizada emergió de la piscina. Al cuarto día un hedor mucho más fuerte se impuso al resto. Cuando la gente ya estaba convencida de que faltaba poco para terminar, llegaron el secretario del partido Li Yuming y el director Luan Chunji. Perplejos por lo que encontraron, fueron muy críticos con los esfuerzos de reparación y Duoduo se vio obligado a salir en busca de Baopu. Dando por sentado que su hermano no colaboraría, Jiansu se sorprendió al verlo entrar junto a Duoduo. Le echó una mirada punzante, pero Baopu pareció no darse cuenta. Con la espalda encorvada y las fosas nasales bien abiertas, se fue directamente a la piscina de decantación. Mientras tanto Duoduo ató una tela roja al marco de la puerta para llamar a la buena suerte y se marchó a ver a Zhang-Wang. La anciana iba ataviada con un chaleco acolchado (aunque no era un día frío) que le hacía la barriga más abultada de lo normal. Entró a la sala con las manos sobre su abdomen, se detuvo y miró

alrededor. Luego se sentó en el sillón que Duoduo le había preparado y cerró los ojos.

Baopu se levantó después de haber estado agazapado en el rincón durante una media hora, se quitó la camisa y empezó a revolver la mezcla pastosa con la cuchara. Luego se fue a la piscina de aclarado y enfrió el almidón. Repitió el proceso durante dos semanas, saliendo de la sala solo para ir al baño. Asó los grumos más gruesos para aplacar el hambre y durmió apoyado contra la pared. Incluso cuando Jiansu vino a verlo, no hizo ni caso. Estaba completamente concentrado en su tarea. Su rostro se volvió oscuro y sin brillo, con los ojos cansados y la voz tan ronca que solo podía conversar con sus manos.

Zhang-Wang atrajo a un montón de curiosos. Su nariz cubierta de polvo no paraba de olisquear y movía la nuez de la garganta sin descanso, arriba y abajo, sin hablar. Finalmente llamó a Duoduo con un gesto y recitó con voz tranquila: «La enemistad no tiene causa y la deuda no tiene deudores, pero la lluvia cae de un cielo sin nubes. Vaya con cuidado con los mezquinos en el séptimo y el noveno día, cuando las lochas se retuerzan y el agua se enturbie».

«¿Llevan estos mezquinos el apellido “Sui”?», inquirió Duoduo con voz espantada.

Ella negó con la cabeza. «Son mujeres con grietas en sus corazones». Perplejo, le pidió más detalles. Ella apretó las comisuras de los labios y mostró sus pequeños dientes ennegrecidos. «Permíteme ahora recitar una oración para ti». Cerró los ojos y, cruzando las piernas, murmuró algo inteligible. Duoduo se agachó en silencio a su lado, con la frente perlada. Zhang-Wang aguantó sentada horas y horas, y se mantuvo en la misma postura hasta el amanecer. Su voz se hizo más débil hasta llegar a la medianoche, cuando volvió a orar en alto, causando tal alboroto que todas las chicas acudieron a su regazo. Permaneciendo inmóvil les advirtió: «No os atreváis», alejándolas de ella.

Baopu permaneció junto a la piscina hasta que todo volvió a la normalidad. Una vez la sala de procesamiento hubo recuperado su fresca fragancia retornó a su puesto. Volvieron a sonar los golpes de cuchara y Naonao se esforzó de nuevo en estirar bien la masa. Entonces un terrible dolor de cabeza empezó a torturar a Zhao Duoduo; por lo que un tratamiento de

*moxibustión*<sup>17</sup> le dejó tres marcas moradas en la frente. Confuso, no sabía decir si la solución del problema había sido obra de Zhang-Wang o Baopu.

No fue sino hasta dos días después de que todo volviera a la normalidad cuando Jiansu acudió a ver a su hermano. Baopu no se dejó intimidar por su airada irrupción y se limitó a devolverle la mirada. Baopu apretó su mandíbula, tensando los músculos de sus mejillas. Su mirada era inusualmente fría. «¿Y ahora qué he hecho mal?», preguntó Jiansu.

Baopu resopló: «Ya lo sabes». «No, si es a eso a lo que te refieres, no fue obra mía», respondió Jiansu.

«¡Se desperdiciaron diez mil *jin* de judías!». Jiansu negó la acusación con vehemencia. Al final, con los labios temblando y la cara pálida, le respondió sonriendo fríamente: «Claro que quería hacerlo, pero no encontré el momento adecuado. Fue obra de la voluntad celestial».

Baopu hizo como si no le hubiera oído. «Sé lo que estás tramando. ¿Cómo no ibas a hacerlo? Ya sabía que algo así iba a suceder. Fuiste tú porque...».

«¡Te digo que yo no lo hice! —le interrumpió Jiansu, irritado—. Yo no fui. Me alegro de que pasara, pero me sorprendió tanto como al resto. Corrí a la fábrica, convencido de que era fruto de la voluntad de los cielos».

Aprovechando que se había levantado para esparcir las judías, Baopu aprovechó para auscultar su hermano de cerca, manteniendo el cucharón de madera en el aire. «¿Por qué iba a mentir? —Jiansu declaró—. ¿No te acabo de explicar que quería hacerlo? Pero yo no he sido».

Baopu se mordió el labio y continuó recolocando las judías. Cuando finalmente se sentó para encenderse un cigarrillo, se quedó mirando por la pequeña ventana y masculló: «Eso no cambia nada. La culpa igualmente es del clan Sui. Te creo, pero sé que nosotros somos los culpables. A mi juicio, el clan Sui ha cometido un delito contra Wali...». Su voz se apagó.

«Pero ¿por qué?», gritó Jiansu, mirando el pelo gris de Baopu. «Porque, de haber podido, tú mismo lo hubieras hecho». Jiansu se enfrentó a su hermano: «Sí, me hubiera gustado —mientras le temblaban las manos—, pero no lo hice. Me alegra que ocurriera porque Duoduo se lo merece. Sabía que a la larga tendría que venir a pedirte ayuda, y quería ver si accedías. Miré hacia esta puerta durante muchos días, hasta que finalmente saliste de ella. ¡Has

hecho un trabajo brillante! Ya le has sido de suficiente ayuda reparando la cuba. ¿No te importa que ahora pueda haber gente que te maldiga a tus espaldas? No me importa que estés enfadado conmigo, ¡porque estoy harto de ti!». La cara de Jiansu enrojeció y las gotas de sudor rodaron por sus mejillas. Baopu se levantó y acercó tanto su rostro al de Jiansu que su nariz casi le rozaba la piel. Habló con una voz ronca tan solemne que Jiansu tuvo que retroceder. «Entérate de una vez de la historia de esta ciudad y sabrás que en Wali se han producido fideos Dragón Blanco durante cientos de años. Generaciones enteras dependen de esta fábrica. Los conocen incluso fuera de China como “Fideos Lluvia de Primavera”. Todo el pueblo pagaría las consecuencias si nadie reparara la cuba y pusiera la fábrica de nuevo en marcha. Hay un dicho en Wali que dice: “Arreglar una cuba es como apagar un incendio”».

\* \* \*

Jiansu continuó con su trabajo nocturno para estimar el beneficio que debía estar sacando Duoduo. Primero tuvo que restar los salarios. 140 yuanes al mes para Zhao Duoduo, 90 o 100 por cada vendedor, su paga de 120 yuanes... El salario mensual promedio para los 120 empleados era de 46,7 yuanes, que sumaba un total de 62.764,8 yuanes anuales. Once meses de contrato hacía un total de 67.996,2 yuanes. La fábrica de fideos requería una gran cantidad de agua y carbón. El agua, que procedía del río Luqing, era gratuita, pero cada *jin* de fideos precisaba 7,3 centigramos de carbón, que tenía un coste total de 83.950 yuanes. Luego estaban los impuestos, el pago de las horas extras de los trabajadores del turno de noche y las bonificaciones. A este total Jiansu añadió los diversos gravámenes y pagos de asistencia social que exigía el gobierno. Los mismos trabajadores habían decidido que esas obligaciones salieran a medias de los salarios y de la fábrica. Wali tenía poca tierra cultivable, pero no estaba exenta de los impuestos agrícolas. Luego estaban los patrocinios: para la promoción de la educación física en la provincia; para la escuela de agricultura; para el empleo femenino; para un parque infantil; para un centro de educación; para apoyar la defensa nacional; para la formación de la milicia; para la construcción de carreteras, ciudades y pueblos; para el abastecimiento

energético de la planta y el condado; para la escuela local... Muchas de aquellas donaciones se sobreponían entre el municipio, los condados, las provincias y la nación, sumando en total veintitrés artículos.

Al final estimó los impuestos, los subsidios, las primas y la recaudación de fondos en 73.000 yuanes. Luego tuvo que calcular las dietas de los comerciales, el transporte, los regalos y demás gastos relacionados con las negociaciones de las ventas. Estos últimos costes eran aún más imprecisos. Además, necesitaba restar otros artículos estipulados por el contrato de arrendamiento, tales como la cantidad adeudada al gobierno, los costos de reproducción, las materias primas y los gastos de amortización. Cuando dedujera todos estos costes y añadiera los ingresos derivados de los subproductos obtendría el beneficio neto, pero aquellos números le parecían poco rigurosos y decidió dejar la tarea a medias. La noche siguiente fue incapaz de continuar donde lo había dejado y empezó de nuevo. «¡Odio estas malditas cuentas!», se dijo. Pero estaba decidido a no darse por vencido.

La luz de la habitación de Baopu solía estar encendida. Una noche, cuando ya no pudo contener más su curiosidad, se deslizó tras la ventana para espiar a su hermano. Entonces descubrió a Baopu concentrado en su lectura, subrayando un librito con una pluma estilográfica. Perdió el interés de inmediato. Pero tras encontrarlo así en un par más de ocasiones, pensó que el libro debía ser interesante y llamó a la puerta para conocer el título de la obra merecedora de tal dedicación. Entonces entró y leyó el título en letras rojas: *Manifiesto comunista*. Se echó a reír.

Baopu envolvió el libro cuidadosamente con un trozo de tela y lo guardó en el cajón. Después de liarse un cigarrillo y encenderlo, le soltó: «Te ríes porque no lo conoces. Cuando nuestro padre vivía se pasaba día y noche pegado al ábaco hasta que cayó enfermo. Ese apego tiene un porqué, igual que la muerte de nuestra madrastra, por no mencionar la sangre derramada en esta ciudad. Nosotros, los del clan Sui, no tenemos que vivir amedrentados; debemos hallar las causas. Y si quieres llegar al fondo de las cosas, tienes que leerte este libro. Habla de la ciudad y del sufrimiento del clan Sui. Lo he releído muchas veces cuando me preguntaba cómo hemos podido llegar a este extremo y adónde nos dirigimos. Lo leo cada vez que atravieso un mal momento».



Lanzando una mirada de perplejidad hacia el bulto de tela en el cajón, Jiansu recordó cuando años atrás compartían habitación. Una sensación de angustia lo asfixió; sabía que nadie más que Baopu podía llegar a ser tan contumaz como para ser capaz de determinar el destino de toda la familia por un libro. Cerró con cuidado la puerta de la habitación de su hermano y se marchó.

Ya casi había amanecido cuando Jiansu regresó a su habitación y se sentó en el escritorio. Había tal cantidad de cifras hacinas en sus libros de contabilidad, que le era imposible cerrar los ojos. De repente una luz cenital se encendió, aturdiéndolo. Se apartó de la mesa, cegado por la luz, pero no podía apartar su mirada del foco. Sin previo aviso, el generador de Li Zhichang estaba en marcha. Su cabeza retumbaba. Se imaginó la fábrica iluminada, un soplador mecánico avivando la combustión del carbón, un motor eléctrico girando innumerables mecanismos... Ya no podía tranquilizarse. Recordó la conversación con Li Zhichang la noche del Festival del Medio Otoño y decidió ir a ver a su tío de inmediato. Sui Buzhao era la única persona que podía parar a Li. Salió corriendo de su habitación, con el corazón en un puño.

Las farolas también estaban encendidas, y el color de la electricidad iluminaba todas las ventanas de la ciudad. Jiansu entró en la habitación de su tío y lo encontró mirando la luz, hipnotizado. No se inmutó hasta que Jiansu le explicó el motivo de su visita: quería que convenciera a Li Zhichang de no apresurarse para instalar el generador y automatizar la fábrica de Duoduo.

Los ojos de Sui Buzhao brillaron y negó con la cabeza. «Hablé con él, pero me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Ya nadie puede frenarlo. Ahora solo depende del propio Zhichang».

Jiansu se quedó en silencio. Al sentarse abatido al borde del *kang* descubrió con sorpresa una manta enrollada, atada con una cuerda, junto a un par de zapatos de tela con suela. Su tío dijo que se estaba preparando para ir a ver el viejo barco. Nadie en Wali había ido a verlo desde que se lo llevaron. Lo había rumiado durante largo tiempo, incluso había llegado a soñar que estaba sentado en el puente junto al tío Zheng He. Así que finalmente había decidido hacerle una visita... Jiansu suspiró. Sabía que no podía hacer nada para detener a su tío. Nadie sabía cómo lidiar con ese anciano del clan Sui.

\* \* \*

Jiansu solía despertarse en medio de la oscuridad. Sus noches eran largas y aburridas, y cuando no podía descansar regresaba a sus números. A veces pensaba en su padre; tal vez el hijo había empezado a trabajar donde el padre lo había dejado. Era como el viejo molino, pasando de una generación a la siguiente. Una de esas veladas, a medianoche, cuando estaba inclinado sobre su escritorio sufriendo el tedio de una cuenta interminable, oyó un golpe en la puerta. Rápidamente, antes de abrir la puerta, escondió la pluma y los libros de contabilidad. Era Daxi. Emocionada y agitada, lo miró fijamente, frotándose las manos en sus pantalones ceñidos. «¿Qué haces aquí?», preguntó Jiansu en voz baja.

Cerró la puerta tras ella y le dijo con voz temblorosa: «Yo... estoy aquí... para contarte algo».

«¿El qué?», Jiansu estaba molesto e impaciente a la vez. Daxi se mecía hacia atrás y hacia adelante por los nervios. «Fui yo quien arruinó la pasta». «¿Qué? ¿Es eso cierto?». Él se acercó y vio el rostro avergonzado de la muchacha. Cubriéndole la boca con la mano, le susurró: «Sí. Aquella mañana entendí tus planes, y supe que no pudiste hacerlo por mi culpa. Me gustas más de un millón... Tuve que hacerlo por ti... Nadie lo sabe».

Jiansu se sorprendió. Miró a Daxi de cerca y se dio cuenta de que tenía unas pestañas largas preciosas. Agarrándola con fuerza, la besó. «Oh, Daxi. Buena Daxi. Mi buena Daxi». Por su mente resonó la sentencia de su hermano. «Yo ya he culpado al clan Sui», y su corazón dio un vuelco. Era cierto, Daxi solo había hecho lo que él había querido hacer. Se la llevó al *kang*, donde se inclinó y comenzó a besar frenéticamente su boca y sus grandes ojos brillantes.

## 9

Wali quedó bañada por el resplandor del alumbrado. Ahora los eufóricos residentes miraban a Li Zhichang con otros ojos. Antes, cuando veían al joven pasearse con las herramientas colgando de su cinturón, intercambiaban miradas burlonas. Incluso había quien suspiraba: «Al fin y al cabo, es un miembro del clan Li». Todos podían leer entre líneas lo que no se decía en palabras: que hacía muchos años que de la familia Li solo salían personajes como él, sinónimo de rareza y excentricidad, y tan raros que resultaba difícil juzgarlos. Décadas antes habían sido Li Xuanton, el monje, o Li Qisheng, el asalariado de un capitalista; y ahora era el turno de Li Zhichang. Durante la instalación del tendido eléctrico anduvo corriendo de un lado al otro con la cara sucia, despeinado y con la nariz salpicada por gotas de sudor. Solía ir acompañado del Técnico Li, empleado del equipo de prospección, y de Sui Buzhao, el viejo fantasma errante. Se comentó que para ganarse el favor de Sui Hanzhang había instalado en su habitación no una sino dos bombillas, aunque más tarde alguien que había ido a comprobarlo lo desmintió.

Sin embargo, lo que sí resultó ser cierto fue que había dejado fuera del gran avance a su propio padre. El hombre sufría demencia y hubo quien lo vio deambulando por la ciudad señalando con desesperación las farolas mientras maldecía a su hijo. La idea que la gente tenía de Li Zhichang era parecida a la que se tenía de su padre. Li Qisheng había trabajado en un negocio de maquinaria propiedad de un capitalista, una desgracia que después trató de enmendar con el sudor de su frente llevando a cabo las tareas asignadas por la cooperativa agrícola. Su esposa se sinceró a las puertas de la muerte con su sobrino Li Yuming. Entre llantos se lamentó de que el clan Li hubiera sido un nido de personajes excéntricos que condenaba a todas las mujeres con las que

se esposaran a vivir como viudas. Li Xuanton, el abuelo, se marchó a las montañas para abrazar la vida monástica, como probablemente hubiera hecho Li Qisheng de haber nacido en otra época (aunque de todos modos, ¿acaso no fue su vida igual que la de un monje?). Su esposa pudo haber sido siempre viuda y su hijo Zhichang, huérfano. Yuming solamente pudo ofrecerle consuelo. Fueron tiempos enrarecidos que tardarían en desaparecer de la memoria de la ciudad.

Un periódico informó que ese año el número total de cooperativas agrícolas avanzadas había alcanzado un máximo histórico: más de 488.000 en total. Una cooperativa avanzada solía constar de 206 familias de agricultores, lo que significaba más de 1.000.528.000 de personas, es decir, el ochenta y tres por ciento de la población total. Fue ese año cuando Li Qisheng regresó del noreste y se incorporó a trabajar en una cooperativa, a pesar de que la gente lo tachara de capitalista debido a su anterior actividad; una prueba más de la nimiedad que rezumaba en el ambiente. Al cabo de poco fueron distribuidos por todo el país 1.040.000 arados de doble vertedera. Los miembros de la cooperativa de la calle Gaoding también recibieron el suyo, que rápidamente colocaron sobre dos caballos destinados a la labranza de los campos.

Con el avance de los caballos, las ruedas comenzaron a rodar, pero nadie se atrevía a manipular las rudimentarias palancas. El estruendo y los crujidos llamaron la atención de los presentes, que rápidamente descubrieron la fatal debilidad del flamante trebejo. Para su decepción, las rejas no llegaban a penetrar el suelo. Entonces alguien se acordó del marinero Sui Buzhao, que había visto mundo y quizá podría solucionarlo. Después de medir la máquina, señaló una palanca y dijo: «Esto es el timón». Tiró de él y sonó un crujido; las ruedas se detuvieron, pero las rejas entraron con profundidad en la tierra. Los caballos relincharon de agonía y sus patas delanteras se sacudían en el aire. El Cuarto Maestro Zhao Bing, por aquel entonces jefe de la calle Gaoding, tranquilizó a los caballos, mientras que el jefe local Zhou Zifu, molesto, apartó a Sui Buzhao de un codazo. Fiel a su reputación de empleado de maquinaria, Li Qisheng se acercó al arado, empuñó las palancas y tranquilizó con voz calmada a los caballos. Las ruedas comenzaron a girar de nuevo y el arado dibujó un oleaje de tierra negruzca y aceitosa sobre la superficie, acompañado

por los gritos de júbilo y aplausos del público. Satisfecho, Zhou Zifu golpeó a Li Qisheng en el pecho y exclamó: «¡El capitalista es nuestro hombre!».

Y así fue como al poco de su vuelta, Li Qisheng se supo ganar la confianza del pueblo, a diferencia de Sui Buzhao. El arado rodó y la multitud se alejó, dejando atrás a los dos hombres, mirándose el uno al otro. Sui Buzhao se acercó y agarró la mano de Li. «Puedo afirmar, a simple vista, que eres un hombre de mundo. El primero de esta ciudad. Y te admiro por ello. A partir de ahora serás mi mejor amigo. Yo también tengo conocimientos de maquinaria, pero he pasado la mitad de mi vida en la mar, y en tierra firme soy un inútil. Tenemos que trabajar juntos». Y agarrando la mano de Qisheng soltó unos emocionados suspiros. Fue a partir de ese episodio que se convirtieron en buenos amigos.

Junto con los arados de doble vertedera llegaron otras novedades. Fue la época del advenimiento de las cifras; los periódicos solo hablaban de grandes números, que poco a poco fueron colonizando las mentes y los cuerpos de la gente de Wali. Las penurias de un pueblo lejano de las montañas que sufría una larga sequía habían sido resueltas gracias a la excavación, en un mes, de 446 pozos. Un solo condado había producido 660.000 *jin* de ñame y 4.216 *jin* de soja por acre. Al cabo de 132 días después de la siembra, abonaron la tierra con 5.364 cucharones (o 255 baldes) de estiércol. Después, cuando llegó el día del «fin del calor», cubrieron el campo con 164 *jin* de cenizas. Los escribanos de la ciudad estuvieron muy ocupados recogiendo todos los datos. Todo, incluyendo plantas, enseres y animales, quedaba plasmado en números. Después de 3.612 intentos, Wang Dagui, un humilde campesino adscrito a una cooperativa de un determinado pueblo, había obtenido un nuevo alimento a partir de una mezcla de residuos destilados. Gracias al nuevo alimento, los cerdos que antes pesaban 83 *jin* podían llegar a 192 y hasta 230 *jin* en 41 días. Los periódicos y los libros se fueron poco a poco llenando de números arábigos, lo que llevó a Sui Buzhao a predecir que los caracteres chinos desaparecerían en un par de años.

Pasado ese periodo, su predicción se convirtió en el hazmerreír. Pero el uso de los números se fue extendiendo, incluso para la planificación de la siembra. Después de una reunión que se alargó hasta bien entrada la noche, la dirección provincial concluyó que cada acre de tierra podía acomodar más de

6.340 boniatos, o entre 4.500 y 8.600 tallos de maíz, o 48.970 judías. Los números aparecieron impresos en rojo en el periódico provincial. Al principio no entendieron por qué debían estar pintados de rojo, pero terminaron advirtiendo que se trataba de un presagio. El rojo, el color de la sangre, vaticinaba las vidas que se perderían por culpa de esos números. Cuando llegó la temporada de la siembra, un anciano campesino se sorprendió al ver que, al poco, las plántulas de trigo crecían gruesas como el pelo de vaca. El anciano corrió en busca del Cuarto Maestro para advertirle del peligro, quien con tristeza señaló a los líderes de la ciudad. El viejo se dirigió a estos, pero fue recompensado con una reprimenda y enviado de vuelta con órdenes estrictas de plantar el número asignado de semillas. Al principio acató las instrucciones, a pesar del reguero de lágrimas que corría por su rostro, pero cuando ya no pudo continuar, vertió medio saco de semillas en un pozo. La milicia se enteró del acto, y fue atado y arrastrado hasta un cuartucho de la calle Gaoding, donde le golpearon durante toda la noche. Avergonzado, el anciano vagaba por su campo, noche tras noche, hasta que su cuerpo fue hallado en el pozo donde había arrojado las semillas. Ese día los vecinos entendieron por qué los números se estamparon en rojo.

Cuando en el periódico no cupieron más cifras, se colocó una plancha alargada de madera donde, al amanecer y al atardecer, las nuevas cifras eran enunciadas. Una cooperativa agrícola que había producido 3.452 *jin* de trigo por acre planeaba obtener 8.600 *jin* a la siguiente cosecha. Entonces aparecía el anuncio de otra cooperativa: ya habían alcanzado 8.712 *jin* de trigo por acre, 112 más de los previstos por la otra cooperativa. Se había abierto una competición entre las 880 cooperativas de la provincia y más de 300 proclamaron que superarían la mejor marca. Se discutió a nivel provincial, municipal y de condado sobre qué hacer con las cooperativas que apenas llegaban al millar *dejin*. ¿Su conclusión? Serían marcadas con una bandera blanca y su líder sería reemplazado tras una reunión con todos los socios. En algunas zonas con una producción por debajo de los 6.000 *jin* se registraron manifestaciones, donde los socios portaban chalecos negros para expresar su rechazo al líder. Zhou Zifu marcó los objetivos de Wali: por cada acre, 20.000 *jin* de grano, 20.000 *jin* de maíz o 340.000 *jin* de boniatos. El Cuarto Maestro Zhao Bing respondió: «Esto será fácil de cumplir». Al año siguiente de la

cooperativa de la calle Gaoding, salieron 21.000 *jin* de maíz. Más tarde en una reunión de los socios, Zhou Zifu en persona distinguió a Zhao Bing con una flor. «Rápido, vamos a informar al secretario provincial del partido de nuestra hazaña». Poco después, la cifra «21.000» apareció impresa en el periódico provincial. Dado que se trataba de Wali, el secretario local del partido compró quince mil ejemplares para repartirlos por el pueblo, obligándoles a todos a contemplar el número.

Aunque en un primer instante se sintieron aliviados, a los pocos días la premura volvió a apoderarse de Wali. Tenían la corazonada de que esa cifra roja no tardaría en traer consecuencias. Nadie lo comentaba, solo se intercambiaban miradas, como después de la destrucción del templo.

Esperaron angustiados y no tardó mucho en llegar el infortunio. Los resultados de la cosecha metieron a Wali en un lío. Una mañana un grupo de visitantes apareció pidiendo visitar sus campos de maíz. Zhou Zifu, el jefe del municipio, se encargó de las explicaciones. Ataviado con su sombrero de paja, expuso los detalles de la técnica local a los asombrados visitantes. A su lado, apeados junto a la carretera, los vecinos de Wali sostenían largos tallos de maíz para mayor entendimiento de los argumentos. Los recién llegados no salían de su asombro. Podían contar hasta doce mazorcas por tallo. Los curiosos visitantes especularon sobre la posibilidad de que se tratase de una variante de la especie, algo que rápidamente fue desmentido. «A este paso el Comunismo solo tardará en llegar dos o tres años», observó alguien.

«¡Tonterías!», repuso Zhou Zifu. «No va a tardar tanto. Para nada». Y continuó con su explicación sobre el maíz: «En términos generales el rendimiento de cada tallo es de una a dos mazorcas (una grande y otra pequeña). ¿Que por qué estos campos producen más de una docena de mazorcas grandes? Pues porque alzando bien alto la bandera roja de la Revolución, el pueblo se llena de coraje y la tierra se vuelve más productiva. El camarada Zhao Bing de la calle Gaoding tiene planeado producir, para el próximo año, 30.000 *jin* de maíz». Todo el mundo aplaudió, buscando a Zhao Bing con los ojos. Pero Zhao, ya en su treintena, se mostró impasible; estaba estudiando uno por uno a los miembros de la cooperativa que sostenían los tallos. En ese momento, Li Qisheng sacudió el tallo que sostenía y exclamó que había descubierto un problema. ¡Todas las mazorcas estaban atadas al

tallo por cuerdas!

Los presentes se repusieron rápidamente de la conmoción momentánea y lo rodearon. Zhou Zifu empujó a la gente señalando a Li. «Este, este hombre es un capitalista que ha regresado del noreste», gritó. Zhao Bing sonrió y se fue hasta Zhou. «Zhou, ¿por qué te molestas por un desequilibrado? ¿No ves que está sufriendo otro de sus ataques? Ha sido culpa mía. No había suficiente gente y lo añadí al grupo». Señalando a la docena de mazorcas de su tallo, Li Qisheng gritaba: «¿Cómo? ¿Que yo estoy loco?». Sin decir una palabra, Zhao Bing extendió el brazo y agarró a Li por el cuello levantándolo tres palmos del suelo y arrojándolo al suelo. «Vete a casa y descansa», vociferó amenazante. Li se levantó y salió corriendo sin ni siquiera sacudirse el barro de la ropa.

Algunos se acordaron del anciano que se tiró al pozo y de los números rojos. «Li Qisheng está acabado», mascullaron.

Siete días más tarde la esposa del Cuarto Maestro Zhao Bing cayó enferma. Se quedó postrada, gimiendo en el *kang* mientras Zhao salía para acompañar a los visitantes en su último día. Una vez se hubieron marchado alrededor de la una de la madrugada, en lugar de regresar junto a su esposa, convocó una reunión en los terrenos del antiguo templo. La gente del pueblo se sentó en el suelo en silencio, formando un círculo alrededor de una pequeña mesa blanca de madera, con un cuenco grueso de barro lleno de agua caliente. Zhao Bing, con una sombra violácea en la cara, rodeó la mesa en silencio y se bebió el cuenco entero. La tensión iba en aumento, y la gente no podía quitarse los números rojos de la cabeza. La vela parpadeaba, emitiendo un intermitente resplandor rojizo seguido de otro azulado, mientras la llama continuaba vibrando. El joven Cuarto Maestro levantó sus pesados párpados, tosió suavemente y dijo: «Dejad que os haga una pregunta. ¿Acaso no creéis que a mis treinta años ya debería saber cuántas mazorcas salen de un tallo?». No hubo respuesta. Cogió el cuenco y lo estrelló contra el suelo antes de continuar con una voz profunda: «Cualquiera que se alimente como las personas lo sabe. Y si no es así, ¡entonces es que deben haber crecido comiendo mierda de perro! Estos son tiempos complicados, y el que tenga objeciones que lo haga saber y se haga cargo de la calle Gaoding». Sus ojos resiguieron la multitud antes de continuar: «¿Nadie? Bueno, entonces yo, Zhao Bing, continúo en el cargo. Y como yo estoy al mando, todos debéis ser conscientes de las



dificultades que estoy afrontando. Así que cualquiera que vaya creando conflictos se meterá en un gran problema». La gente respiraba contenidamente. Justo cuando la reunión estaba a punto de terminar, apareció corriendo la esposa de Li Qisheng y cogió a Zhao Bing por las solapas. «Venga, rápido».

«Cálmate. ¿Qué ocurre? —dijo Zhao—. El Cuarto Maestro lo puede arreglar todo, incluso si el cielo se derrumba».

La mujer se explicó entre lágrimas: «Hoy por la mañana mi marido, Qisheng, llegó a casa cubierto de lodo. Le pregunté qué había ocurrido, pero no me respondió. Pensé que se debía haber metido en una pelea, pero luego vino la milicia y se lo llevó. Les supliqué, pero no me escucharon. Se lo llevaron a un cuarto pequeño y lo golpearon. Al principio gritaba, pero luego se hizo el silencio. Le pedí al jefe de la ciudad que nos ayudara, pero me dijo que no era de su incumbencia. Reconocí a esos hombres, les dirigía alguien de la milicia local. Cuarto Maestro, colgaron a Qisheng de una viga. Ahora usted es el único que puede salvarle».

Zhao Bing resopló: «¡Malditos sean!». Se estaba poniendo el abrigo cuando alguien llegó corriendo, jadeando muy fuerte. «Cuarto, Cuarto Maestro, dese prisa en regresar a casa. La Cuarta Señora... no va aguantar mucho más». La noticia angustió aún más a la esposa de Li Qisheng; solo podía mirar a Zhao Bing con desesperación. Todos se levantaron del suelo, con el rostro ceniciento.

Las manos de Zhao Bing temblaban. «Los desastres naturales y calamidades provocadas por el hombre», dijo apretando los dientes. «Llueve sobre mojado. Tal vez para Wali los días prósperos hayan llegado a su fin». Luego miró hacia el cielo y gritó el nombre de su mujer con lágrimas en los ojos. «Huan'er —gritó—, te marchas antes que yo. Somos marido y mujer, pero voy a tener que dejarte ahora, pues tengo que elegir entre la familia y el deber. Alguien de la calle Gaoding está colgando de una viga y su vida corre peligro». Lanzó su chaqueta al suelo, tomó la mano de la esposa de Li Qisheng y se alejó.

No quedó un lagrimal seco entre los asistentes. Gritaron, pero era imposible saber lo que estaban diciendo. Las llamas de las velas se tornaron azules, parpadearon y se apagaron.

Esa noche la sangre de Li Qisheng cubrió la espalda desnuda del Cuarto

Maestro mientras lo cargaba hasta su casa. Huan'er murió aferrada a un viejo sombrero de Zhao Bing, agarrada tan fuerte que no pudieron sacárselo de entre los dedos.

Nadie en Wali olvidaría ese día.

\* \* \*

Poco tiempo después tuvo lugar el intento de robo de los ladrillos de la muralla. Eso desató la ira de los habitantes, atizados por Zhao Bing. El Cuarto Maestro, convaleciente en la cama, no pudo conducir al pueblo en la defensa de la dignidad, pero ordenó a Zhao Duoduo, el jefe de la milicia, que le rompiera la pierna al líder de los intrusos. Y así lo hizo. Zhao Bing continuaba ausente reponiéndose de su enfermedad, pero su reputación crecía más rápido que los puerros en primavera. Recostado en la cama, se resolvía los problemas de la calle Gaoding respondiendo a las preguntas que Zhao Duoduo le formulaba a través de su ventana. Era la primera vez en su vida que había guardado cama. Zhang-Wang, que le practicaba tratamientos diarios de *moxibustión*, explicó a todo el mundo que su estado no mejoraba debido a la pérdida de Huan'er, su segunda esposa, quien, al igual que la primera, también había fallecido al segundo año de matrimonio. Al primer año ambas alumbraron un hijo y al segundo empalidecieron, perdieron mucho peso y finalmente murieron.

Guo Yun visitaba a Zhao Bing por vez primera. Guo dominó la especialidad de medicina herbal bien entrado en la cuarentena, tras largos años de devoto estudio. Se mantuvo sentado junto a Zhao durante horas para poder observar mejor sus síntomas. A los pocos días le explicó el porqué de las prematuras muertes de sus esposas. «Usted encarna un tipo determinado de persona tóxica. Cualquier mujer que tenga relaciones sexuales con usted contraerá una rara y letal enfermedad que la llevará a una pronta muerte».

El rostro del Cuarto Maestro empalideció del espanto, agarró la mano del médico y le pidió un antídoto, pero Guo respondió muy a su pesar que no existía. Zhao Bing no quería aceptar el augurio del médico, y cuando por fin se recuperó, las palabras de Guo Yun resonaban en su cabeza como un sueño. Al año siguiente se volvió a esposar, y después de que su esposa le diera un hijo,

al otoño siguiente la mujer falleció. Zhao Bing se convenció finalmente de que el diagnóstico había sido justo y juró que no volvería a casarse.

Con la recuperación del Cuarto Maestro los ánimos mejoraron, pero las presiones externas se mantenían constantes. Había cambios a diario y nuevas cifras se publicaban sin cesar. Ahora ya no se limitaban al rendimiento del grano y de los productos alimenticios, sino que se habían extendido a la producción de hierro y acero, así como a la innovación tecnológica. El viejo miembro de la cooperativa, Wang Dagui, con las mismas manos con las que habían creado un nuevo pienso para los cerdos, sorprendió a todos de nuevo con cinco nuevos instrumentos para mejorar el rendimiento de las granjas. De la noche a la mañana aparecieron 5.846 grupos de innovación científica, formados por campesinos de toda la provincia. Debían diseñar y desarrollar seis nuevos inventos al mes, lo que significaba que la provincia haría una contribución de 420.912 nuevos utensilios en un año, y en una gran época como aquella había una probabilidad del noventa por cien de alcanzar el objetivo. «El Mariscal Hierro y el Comandante Acero están subiendo las apuestas», pregonó alguien por las calles principales, seguido de otro individuo que anotó en la madera una nueva cifra astronómica. En julio, la provincia entera estaba dedicada de lleno a la fabricación de crisoles para poder fabricar los 684.300 utensilios programados. En una aldea, empleando ladrillos refractarios, ladrillos secados al sol, tierra seca y cenizas de coque, obtuvieron treinta y seis crisoles; y con ellos llegaron a producir siete toneladas y media de acero en, tan solo, tres días. Otra fábrica de ladrillos paró su actividad para concentrarse en fundir hierro; obtuvieron treinta y nueve toneladas de acero.

El aumento del hierro y del acero vino acompañado de una creatividad artística sin precedentes. Una anciana compuso cincuenta poemas en una sola noche, mientras manejaba el fuelle para mantener el crisol en marcha. En un pueblo donde solo había tres personas alfabetizadas, se organizaron de manera que estas tres transcribían los poemas que componían el resto de vecinos, para más tarde mandarlos a la oficina del gobierno provincial. Ante tal producción literaria, poco a poco la obra del gran poeta de la dinastía Tang, Li Bai, les parecía que había sido, a lo sumo, mediocre. Con esas cifras gigantescas creciendo a un ritmo vertiginoso, Zhou Zifu fue en busca del convaleciente

Zhao Bing para idear un plan estratégico para Wali. Tras una breve deliberación, reconocieron que, a excepción de Zhang-Wang, lamentablemente la ciudad acusaba una acentuada falta de creatividad, con lo que convinieron retirarse de la competición lírica para centrarse en la fundición de hierro y acero, y en los avances científicos. Decidieron formar un grupo de investigación científica que debía incluir a Li Qisheng.

Tras haber escapado de la muerte por los pelos, Li Qisheng había quedado muy maltrecho; había perdido toda esperanza. Solo se acordaba de que era una persona muy conservadora. Después de haberle desnudado y colgado de la viga, le vendaron los ojos y le dieron una paliza. «Perro espía de mierda», gritaban. «Te aporrearemos hasta matarte». Les pidió clemencia y gritó en vano. Le llegaron a quemar los genitales con un cigarrillo, haciéndole gritar aterrorizado como si sus órganos fueran a estallar. Su piel había quedado cubierta por las cicatrices, y las de sus partes más íntimas le dolían en especial, tanto a él como a su mujer. Tal vez debido a esas marcas era inevitable que le fuera muy difícil olvidar la humillación. Cuando el Cuarto Maestro y Zhou Zifu fueron a buscarle para invitarle a formar parte del grupo de investigación, se quedó callado. Su esposa se enfureció. «Qisheng —le gritó—, eres un ingrato. El Cuarto Maestro te salvó la vida y ahora no quieres trabajar para él. ¡No seas tan egoísta!». Su cabeza se alzó para mirar al Cuarto Maestro; se levantó y se fue; así fue como Li Qisheng se unió al grupo de investigación científica.

El primer logro debía ser la mejora de los crisoles para la fundición del hierro. Li añadió los cuencos de porcelana a los componentes conocidos (ladrillos refractarios, ladrillos secados al sol, tierra seca y la ceniza de coque), permitiendo obtener hornos que rendirían el doble a más de 630 grados. Li también se encargó de traer a Sui Buzhao y Sui Baopu al grupo. Buzhao seguía las órdenes de Li, y se encargaba del revestimiento interior de los hornos, mientras que Baopu, que era muy introvertido, molía los cuencos de porcelana. Un mes más tarde ya habían producido más de cuatrocientos crisoles. Zhao Bing y Zhou Zifu se encargaron de recolectar cuencos y jarras por toda la ciudad, pero no hallaron nada de porcelana. Cuando ya no quedaron más materiales, Zhou pidió a la gente que mantuvieran los ojos pegados al suelo y recogieran cualquier fragmento de porcelana que

encontraran a su paso. Llegaron incluso a arrancar las partes superiores de los pozos. Cada vez que veían algo brillar, todos asumían que era porcelana y corrían a recogerlo. Conforme pasaba el tiempo, a los niños, aún en edad de crecer, les costaba mantener la cabeza erguida, acostumbrados a caminar a gachas. Años más tarde, cuando pasaba alguien con la cabeza baja, se decía que debía ser de Wali.

Miles de crisoles se apelotonaron junto a la muralla, por los campos y en las entradas de los callejones, eructando ennegrecidas humaredas que oscurecían la luz del sol. Los sonoros fuelles manipulados por las ancianas acabaron por secar el torrencial cabal del río Luqing. Cualquier objeto metálico terminó dentro de un crisol. Alguien se percató de que las manijas de metal de los arados se podrían reemplazar por otras de madera, y también las eliminaron. Los milicianos, dirigidos por Zhou Zifu, inspeccionaron cada hogar en busca de objetos de metal, incluyendo anillos o cierres de los vestidos. Las ollas de hierro para cocinar también fueron requisadas y marcharon sobre la cabeza de los milicianos, camino de los crisoles. Todo lo que quedó para cocinar fueron cazos de cerámica. Cuando parecía que se había llegado a lo inevitable, sin una sola pieza de metal en toda la ciudad, el Cuarto Maestro se levantó los ropajes y reveló la hebilla de metal de su cinturón, que fue fundido de inmediato. Esa noche, se recogieron más de 8.200 hebillas de hierro, cobre y aluminio. Zhou Zifu titubeó, pero finalmente se arrancó el reluciente latón de la hebilla de su ancho cinturón de cuero. Ese momento inspiró a Zhao Duoduo, que comenzó a levantar las camisas de la gente para comprobar si llevaban hebillas. Sus blancos favoritos eran las mujeres, muchas de las cuales perdieron su virginidad por culpa de las hebillas de su cinturón, y que, por vergüenza, nunca lo explicaron. Muy pronto aparecieron algunas chicas más avisgadas mostrando una colorida faja de tela debajo de la costura de la camisa, como evidencia de la falta de metal en sus cuerpos. Décadas después aún se podían ver en Wali mujeres ataviadas con coloridas fajas, tornándose la medida preventiva en costumbre popular.

Li Qisheng logró aumentar el número de inventos, debido, principalmente, a su capacidad de concentración. En una ocasión desapareció de su casa durante tres días, y a la vuelta reapareció con un gran crisol en desuso que antaño había sido utilizado por un hojalatero. Li transformó el desecho en un

tesoro colocando un pequeño crisol debajo del viejo y otro en la parte superior, al que añadió otro, pero colocado del revés, con la única diferencia que el agujero había sido perforado en la parte inferior. De pie, a un lado, Zhou Zifu y Zhao Bing miraron el objeto con cara de interrogación. Li señaló su invento tan emocionado que le temblaban los dedos, y procedió: «Este crisol puede fundir metales de aleación y acero inoxidable en tan solo una hora». Todo el mundo lo miró con renovado respeto.

Zhou se acercó a darle la mano y felicitarle. «Usted ha redimido todos sus errores del pasado gracias a su excepcional talento. Ha hecho una gran aportación. Esto es bueno, muy bueno. Si continúa así, estoy seguro de que sus contribuciones superarán sus equivocaciones y se convertirá en una persona nueva».

Li Qisheng se puso de pie y dijo en voz alta: «Tiene mi palabra, líder, Cuarto Maestro. Me convertiré en una persona nueva. Todos los presentes son testigos». Desde ese día, Li se encerró en una desértica habitación de su casa para trabajar con sus inventos.

Poco después se publicó una nota de prensa en la portada del diario provincial hablando del invento de Li. Decía que era el horno de fundición más potente de toda la provincia; y lo atribuía al «Grupo Científico de Investigación de Wali», omitiendo el nombre de Li debido a su discutible reputación. Zhao Bing ocupó un espacio destacado como la persona que «una vez más dirigía a las masas a crear milagros». Tras pegar la nota en la pared, Li se enterró en sus nuevos proyectos. Lo que más le molestaba era que su esposa le distrajera con sus gritos por la ventana. Ya casi había abandonado toda actividad sexual y se dedicaba por completo a la investigación científica. Una vez su esposa se coló en la habitación y le acarició durante toda la noche, ralentizando su rapidez mental; nunca se lo perdonó.

Otro día su mujer golpeó su puerta amenazando con que no se detendría hasta que la dejara entrar. Ante tal insistencia, se puso en guardia y le preguntó qué quería; así fue como se enteró de que el Comunismo había llegado. En la calle Gaoding se instaló un comedor comunitario, lo que significaba que ya no había ninguna necesidad de cocinar o pagar por la comida. Fue un acontecimiento estremecedor. Li abrió la puerta y salió corriendo con su esposa hacia el comedor, donde se había congregado una multitud.

De pie sobre una larga plataforma de cocción hecha de arcilla, Zhou Zifu picaba de manos para calmar a la multitud: «¡Camaradas! ¡Camaradas!». Pero era en vano. Li Qisheng no pudo oír a Zhou, pero vio las trabajadoras del comedor ataviadas con gorras blancas que entraron cargadas con pequeños y pesados cubos de agua. Ese espectáculo precipitó otro invento dentro de su cabeza. Emocionado por la nueva idea, se abrió paso entre la multitud para buscar a Sui Buzhao. «Traed algunos tallos de girasol a casa», le pidió.

«¿Cuántos?». «Cuantos más, mejor», respondió Li antes de volver a su laboratorio. Con un gancho de alambre, Li limpió el interior de más de cien tallos. Su esposa volvió a golpear su puerta con la misma urgencia. «Date prisa. Tienes que ver esto. Todo el pueblo ya está allí».

«¿Y esta vez qué ocurre?».

«Un equipo de regadío ha desenterrado un viejo barco. Está todo podrido excepto la quilla. Incluso tiene unos cañones».

Li gruñó una respuesta haciendo caso omiso, así que su mujer se marchó por su cuenta.

Después de no ver a Sui Buzhao durante varios días, Li Qisheng se enteró de que se había ofrecido para informar al gobierno provincial del hallazgo del viejo barco. En los días que siguieron, Li acabó de limpiar los tallos de los girasoles y los envolvió con una cuerda de cáñamo, cubriéndolos con una capa de aceite de *tung*. Una vez secos los conectó entre ellos para conducir el agua del comedor desde un tanque exterior que funcionaba como un molino. La cañería hizo posible disponer de un suministro continuo de agua dulce corriente; otra gran innovación. Una vez más, la gente se congregó en el comedor antes de abrir las puertas. Instado a hacer una demostración, Li sacó el tapón de corcho con la mano temblorosa y el agua brotó. Aplaudieron todos excepto el jefe del municipio, Zhou Zifu, quien, al igual que la vez anterior, se limitó a estrecharle la mano. Ese gesto fue visto por muchos con recelo, pues pensaban que Li se había obcecado en su trabajo solamente para conseguir ese apretón de manos. «¿Recuerda lo último que le dije?», preguntó Zhou con una sonrisa.

Li asintió y dijo: «Sí, cada palabra».

«Será una persona nueva en muy poco tiempo», dijo Zhou con la debida solemnidad.

Poco después, los periódicos locales y provinciales informaron del último invento surgido en Wali, que coincidía convenientemente con el despliegue de los comedores a nivel estatal. Tras una cuidadosa deliberación, el comité local del partido decidió reunirse en el emplazamiento del antiguo templo. Tal encuentro, junto con las invenciones de Li, fueron dos sucesos dignos de ser recogidos en las crónicas de la historia de la ciudad.

La gente fue apareciendo con las primeras grietas del ocaso hasta abarrotar el lugar. Un estandarte rojo dispuesto en horizontal indicaba el lugar de la reunión, donde colocaron la mesa blanca de madera sobre la que dos años antes el Cuarto Maestro había dejado el cuenco de agua. La mayoría de los asistentes seguían de pie, deambulando. Más tarde llegaron las ancianas y los más pequeños, mezclándose entre el gentío que, en su mayoría, se había vestido con sus mejores galas. También se podía ver algunas muchachas con las coloridas fajas. Zhao Duoduo hizo su aparición, acompañado de un escuadrón de caras sudadas, corriendo de arriba abajo y blandiendo rifles para asegurar la zona. La gente seguía moviéndose, empujándose a codazos, mientras Zhou Zifu y el Cuarto Maestro los observaban sentados detrás de la mesa, con Li Qisheng a su lado. Zhou miró intimidado ante la inmensidad del espacio. El Cuarto Maestro sonrió y le dijo: «Me temo que la gente se ha tomado la ceremonia de reconocimiento como si fuera una celebración festiva en el templo». Zhou empalideció y el Cuarto Maestro le dio una palmada en el brazo animándole: «No te preocupes. En cuanto empiece la reunión pasarán los nervios».

Sus palabras reconfortaron a Zhou. Ambos se vieron sorprendidos al ver a Zhang-Wang vendiendo dulces y tigres de arcilla. La gente corrió, unos tras los dulces, otros tras los tigres de arcilla, que en manos de Zhang-Wang emitían ese familiar sonido. Después de esperar pacientemente durante un tiempo, finalmente Zhou Zifu se levantó y gritó: «Empieza la reunión».

Pocas personas lo escucharon, así que Zhao Bing, todavía sentado, se aclaró la garganta y gritó las mismas palabras con voz resonante: «¡Empieza la reunión!»». Por fin consiguió llamar la atención y, poco a poco, se fueron dando la vuelta, algunos con la boca llena de dulces, otros con los tigres entre sus manos.

Finalmente arrancó la reunión. Empezó Zhou Zifu con una introducción de



una hora y después leyó dos informes provinciales sobre Wali. Los oyentes contuvieron el gélido aire cuando el orador extendió el periódico para mostrar aquellos enormes números rojos. Podían ver al anciano abocado sobre el pozo en cada frase de Zhou. Finalmente, cuando terminó de leer ambos documentos, dio la orden a los milicianos: «Hacedlo». Entonces uno de ellos agarró a Li por debajo de los brazos mientras que otros dos desenvolvían un chaleco de color rojo brillante para ponérselo. El chaleco rojo era el antónimo del chaleco negro y surtió un efecto impactante. El rostro de Li parecía reflejar el rojo de la prenda y sus ojos brillaban. Se sentó entre tembleques, pero se repuso rápidamente levantándose para inclinarse ante el jefe del municipio, el Cuarto Maestro y la multitud ahí delante congregada. Sus palabras brotaron entrecortadas: «Y-y-yo antes era un capitalista».

Zhou le interrumpió impaciente: «Pero ahora eres un héroe-e-e». La pronunciación de Zhou de la palabra «héroe» provocó un estallido de carcajadas. Una vez terminados los parlamentos se procedió a la entrega floral. Un miliciano cubrió el pecho de Li con un girasol de papel enorme y en ese momento el homenajeado comenzó a tambalearse. Su cuerpo cayó hacia delante, las comisuras de sus labios se movieron, y sus puños cerrados se agarrotaron junto a la caja torácica. Después de echarle un rápido vistazo, Zhou intercambió una mirada con el Cuarto Maestro y gritó con urgencia: «¡Se levanta la sesión!». Li, que lo oyó claramente, dio un salto y corrió a su casa.

La multitud tardó en dispersarse. Los tigres de arcilla sonaban entre las manos de Zhang-Wang. Se había enredado los dulces en el pelo, así que cualquiera que los comprara podía tocar su fino cabello. También se colgó algunos más en los ojales de la blusa, de manera que sus clientes podían sentir sus pechos. Jiansu compró uno y llegó a tocar su pecho tímidamente. Zhang-Wang sonrió y le dijo: «Ya veo que el pequeño bastardo capitalista sabe dónde está cada cosa». Los dulces caseros y tigres de arcilla se terminaron pronto. Esa noche encendieron una hoguera y se quedaron festejando. Una voz gritaba desde una punta, levantando aún más los ánimos. Zhang-Wang aplaudió y cantó una cancioncilla: «Yo no quiero plata, yo no quiero oro, yo solo quiero que alguien me tenga y mantenga». Poco a poco el fuego se calmó envolviendo el lugar en la oscuridad. Alguien gritó a Zhang-Wang por su apodo y obtuvo un insulto a cambio: «¡Anda y que te zurzan!». Fue la primera en irse, con las

manos en los bolsillos repletos con las ganancias.

Para Li Qisheng las cosas empeoraron nada más llegar a casa. Primero se levantó de un salto, casi golpeándose la cabeza contra la viga del techo. Luego empezó a rodar por el *kang* rasguñándose sobre la estera. Por suerte para él, alguien lo vio y llamaron a Guo Yun, quien, después de examinarlo durante uno o dos minutos, dio su diagnóstico sin vacilar: «locura». «Pero ¿qué clase de locura?», preguntó la gente. Se negó a dar más detalles y le prescribió un tratamiento donde la palabra «locura» aparecía una y otra vez. La esposa de Li gemía desconsolada con el pequeño Li Zhichang en sus brazos. ¡Qué sería de ella y de su hijo ahora que su marido se había trastornado! La casa fue presa de la conmoción hasta medianoche, cuando los efectos del medicamento por fin calmaron a Li. Guo Yun lo visitó un par de veces confirmando su diagnóstico: la enfermedad de Li podía ser incurable, pero podía mantenerse estable si no sufría mucha alteración. Con el paso del tiempo la gente llegó a la conclusión que el médico estaba en lo correcto. Al asomarse a su ventana solían verle vestido con su chaleco rojo, mientras yacía felizmente en calma junto a la flor de papel. Obviamente estaba loco de remate.

## 10

Pasaron varios días hasta que Baopu se enteró de la triste noticia sobre la enfermedad de Li Qisheng. Fue a hacerle una visita, pero solo le recibió una puerta cerrada. Puesto que Li se negaba a salir de su habitación, el Grupo de Renovación Científica se vio obligado a disolverse. A esas alturas ya se habían producido un gran número de crisoles y no era necesario que Baopu continuara moliendo más porcelana. Atrás quedarían los días de Baopu con el mortero entre las manos y el cabello empolvado, con una apariencia mucho mayor. Su temperamento había resultado óptimo para aquella monótona y repetitiva tarea. No tenía ni idea de cuántas piezas de porcelana había llegado a machacar. En una ocasión descubrió un colorido fragmento con el dibujo de una hermosa y frágil muchacha, muy parecida a Guigui. Le hubiera gustado regalarle la pieza, pero le faltó valor para sisar la materia prima de los crisoles y, mientras la molía, sintió una punzada, como si estuviera desmenuzando a Guigui en persona. Probablemente el peso que notaba en el pecho al respirar, cuando después del trabajo volvía a casa, era debido a la inhalación del polvo. Se imaginó con un «pulmón de porcelana». «¿Qué aspecto tendría?», se preguntaba con perversa diversión.

Entrar en el recinto familiar, ahora tan vacío, le resultaba angustioso. La atmósfera después del incendio era aún más inhóspita. Las autoridades locales continuaban enviando milicianos para rastrear el supuesto tesoro de aquel antiguo y pudiente clan. Lo peor de todo era que muchas veces no se iban de vacío. En una ocasión dieron con un cuenco de porcelana medio roto y terminaron por llevárselo. Tras la fundición de la hebilla del cinturón del Cuarto Maestro y la introducción del uso de palas para realizar las inspecciones, el panorama empeoró; tumbaron los enrejados de judías y con la

tierra aún húmeda salpicaron todo el terreno de socavones. Las larvas de cigarra que se encontraban iban directas al brasero y de ahí a sus bocas. Más tarde alguien dio órdenes para que excavaran en las estancias laterales, pero alegando que de hacerlo los edificios podían derrumbarse, Baopu consiguió convencerles para que se limitaran a hurgar en el patio, para deleite de Jiansu y Hanzhang, que se divertían jugando con los surcos.

La apertura del comedor ahorró la necesidad de cocinar y en la ciudad todos llegaron a la conclusión que la recogida de ollas para su fundición había sido, al fin y al cabo, una medida muy previsoras. Y ahora que todos habían quedado desprovistos de todo menaje de cocina hacían cola mañana, tarde y noche, para que un hombre de mediana edad con un cucharón de piel de calabaza les rellenara la jarra de cerámica tras preguntar: «¿Cuántas te pongo?». Tocaba una cucharada por cada miembro de la familia. Baopu nunca vio a Li Qisheng en busca de su ración y se enteró de que alguien se la llevaba. Algunas veces el tío de Baopu, Sui Buzhao, le pedía el mismo favor. Desde su regreso de la capital provincial para notificar el encuentro del viejo barco, se había enfrascado en la relectura del viejo libro de navegación. Su pasión por la náutica había reavivado. Los recuerdos eran tan vívidos que su mente y su cuerpo estaban totalmente absorbidos por mástiles imaginarios. Baopu se sentó a su lado sin decir nada.

Sui Buzhao iba pasando las hojas y se detuvo en un mapa donde podía hacer mediciones de forma manual. Con un movimiento de cabeza anunció: «Norte, sur, este, oeste». Y empezó a recitar cuatro de los ocho diagramas del *I Ching*. Luego hizo un gesto de negación con la cabeza y pasó a la siguiente página donde continuó leyendo: «Tres *geng* para llegar al Monte Langmu, seguidos de ocho *geng* hasta la bahía del Monte Sanbawa. No entres en la bahía. Cuando estés en sus puertas, la colina a la derecha te parecerá la puerta de una gran fortaleza. En ese punto la profundidad del agua es superficial. Al este hay dos volcanes: el más oriental tiene un pico alto, el más occidental arroja fuego. Los buques deben entrar cuando se acerquen al volcán en erupción. En el interior, hacia estribor, les dará la bienvenida una bahía con amarre; asegúrate de quemar incienso y ofrecer un sacrificio si el mar está revuelto. Dentro de la ensenada hay una fila de cuatro o cinco islas, todas ellas inaccesibles. Guárdate del inmóvil banco de arena al noreste». Levantó su

mirada y se dirigió a Baopu. «Yo he estado allí y es tal como se describe en este manual. Por desgracia, se han llevado el viejo barco. Si el tío Zheng He estuviera aquí, no me lo perdonaría. ¡Hay de mí! Pero temí que acabara convertido en un montón de leña».

Baopu fijó su mirada en el libro. Era la segunda vez que lo veía fuera de su escondite de la pared de ladrillo, donde estaba protegido dentro de una caja de metal. Baopu recordó que, cuando su tío se lo enseñó hacía ya muchos años, al abrir la caja se levantó una fina capa de polvo.

Apuntando hacia una dirección, el anciano prosiguió: «Un *geng* son sesenta *li*. Algunos dicen que son treinta, pero eso es un disparate. El libro cuenta que un barco de grandes dimensiones se hundió a treinta *geng* del puerto de Wali, lo que significa que estaba a mil ochocientos *li* de distancia. Así es como llegué a la conclusión de que no se trataba de la misma nave que fue extraída. Además, esos barcos tenían un diseño fuera de lo común, hoy en día casi inconcebible. Los mástiles eran de casia, con banderas tejidas de hojas de cidronela y una grácil tórtola sobre cada mástil, pues se decía que indicaban la dirección del viento».

Baopu le dio la jarra aún caliente para que comiera. El anciano metió la mano y encontró una fina torta de maíz que quemaba tanto que tuvo que pasársela de una mano a la otra. «No está mal. Tiene buena pinta. El comunismo está muy bien», masculló después del primer bocado. A continuación sacó un rábano marinado de la otra jarra y le preguntó, mientras masticaba, por las cocineras del comedor. Cuando se enteró de quiénes eran, se puso tan contento no pudo mantener la boca cerrada. «Un día de estos me pasaré por allí y les enseñaré cómo funciona el sistema de agua corriente». Una explicación un tanto obvia, pues todo lo que había que hacer era sacar el corcho de la tubería. Pero Baopu se contuvo, recogió las vasijas y volvió a su habitación.

El banquete de boda de Baopu y Guigui se celebró en el comedor, aunque para aquel entonces la calidad de los alimentos ya había menguado mucho. Como los molinos del río ya no giraban, las judías se comían en forma de gachas. Ya no era necesario que llevaran dos jarras, pues el menú se había reducido a un plato único: una mezcla de restos de judías triturados con unas hojas de verdura y unas pocas judías frescas. La gente se quejaba de aquel

pasto salado mientras se agolpaban en busca de agua. Conscientes de la situación, la escasez provocada por la inactividad de los antiguos molinos (algo totalmente insólito) les preocupaba profundamente. Los más ancianos comentaban que los molinos no habían parado ni cuando el río se cubrió de cabezas cortadas en los días de la Revolución de Taiping. Solo recordaban un mes de inactividad. Ocurrió durante el contraataque de los Cuerpos de Restitución de los Propietarios, que se saldó con cuarenta y dos personas enterradas vivas en una bodega subterránea de ñame. Sorbían la salobreña papilla mientras ordenaban sus recuerdos. Al trigésimo tercer día, el pánico se empezó a extender y las mujeres mayores, más sagaces, comenzaron a recolectar todo tipo de hojas comestibles. El moho que recubría los molinos fue poco a poco desapareciendo.

En una reunión local, Zhou Zifu les animó a utilizar «sustitutos vegetales» para superar la carestía. Para tranquilizarlos, les explicó que se había entrado en una nueva era y que no tenían nada que temer. Según él, algunas familias se habían quedado con parte de la cosecha y eran, en parte, responsables de la actual situación. Estableció un plazo de entrega de tres días si querían evitar graves consecuencias. La amenaza fue acompañada de palabras de consuelo, en el sentido de que, si las cosas empeoraban, la capacidad inventiva de Wali sin duda podría crear nuevos alimentos. En pocas palabras, que no había necesidad de preocuparse. Las esperanzas se mezclaron con las amenazas, y el pueblo no estaba seguro de si debía sentirse feliz o temeroso. Una vez terminada la reunión, los asistentes reflexionaron acerca de nociones tales como «nueva era», «sustitutos vegetales» y «nuevos alimentos», mientras especulaban sobre las familias que podrían estar escondiendo comida.

Cuatro días más tarde, la familia de Baopu fue detenida y trasladada por unos milicianos armados. Los tres hermanos fueron recluidos en estancias distintas. Cuando se vio hacinado en una sala repleta, Baopu se sintió aliviado por no ser la suya la única familia bajo custodia.

Un mando local entró con un apuntador y Baopu fue el primero en ser interrogado: «¿Es usted el encargado de llevar la comida a casa para toda la familia?». Baopu asintió: «Hace mucho tiempo, cuando dijeron que el comedor...». El oficial se volvió hacia el apuntador: «Anótelo todo». «En casa no tenemos ni un solo grano», agregó Baopu. El hombre lo miró a los

ojos y preguntó: «¿Está completamente seguro?». Baopu afirmó solemnemente: «Sí».

«Bueno. Escriba eso también». El mando pasó al siguiente sospechoso, y luego al siguiente, y así sucesivamente durante el resto del día.

Los detenidos, hombres y mujeres, tuvieron que apretarse cuando llegó la hora de dormir. Baopu yacía despierto pensando en Guigui y preguntándose contra quién estaría arremolinada. Esperaba que fuera Hanzhang. El amanecer trajo un interrogador diferente. Un individuo muy desagradable perdió los estribos mientras interrogaba a una anciana, sacudiéndola por los hombros.

«¿Vas a confesar o no?», inquirió a Baopu. «Ya lo hice ayer». El hombre frunció el ceño y dijo severamente: «Tu mujer nos explicó una historia diferente. ¿A quién se supone que debemos creer?». Baopu miró al hombre. «Ella solo sabe decir la verdad, así que, si nuestras historias son diferentes, supongo que tendrá que creerla a ella». Sus palabras le valieron una bofetada que le escoció tanto que no pudo ni oír los insultos que la acompañaron. Baopu abría y cerraba los puños tratando de no perder el control. Al tercer día llegó más gente para ser interrogada, pero no hubo estacazos.

Al cuarto día, hacia el atardecer, los milicianos golpearon y se llevaron a rastras a un hombre de unos cuarenta años. Entonces los detenidos comprendieron que, puesto que eran los principales sospechosos, mientras ellos permanecían arrestados, Zhou Zifu y el Cuarto Maestro se encargaban de ordenar los registros de sus hogares. Los milicianos no solo removían y tiraban los muebles, sino también perforaban el suelo e incluso comprobaban el contenido de los excrementos. Hallaron algo en el baño de aquel desafortunado y fue castigado con severidad, hasta que finalmente descubrieron una jarra llena de maíz enterrada en la parte trasera de su casa. Cuando se conoció la noticia, los detenidos respiraron aliviados.

A medianoche, todos (excepto Baopu y otras cinco personas) habían sido liberados. La sospecha aún pendía sobre ellos, convirtiéndose en el blanco donde ahora se concentraban todas las maldiciones y aterradoras amenazas. Aguardaban en vilo, a sabiendas de que si erraban en sus explicaciones el trato empeoraría. «Usted plantaba judías en su jardín. ¿Eran para consumo propio?», preguntó el mando a Baopu.

«Alguien del comedor vino a recogerlas, pero luego volcaron los

enrejados y excavaron en la tierra».

«¿Me está diciendo que no dejaron ni un solo tallo?».

Baopu se puso tenso. «Sobrevivieron unos cuantos, apenas un puñado. Entiende que mi mujer, Guigui, está enferma».

El hombre se dirigió al apuntador. «Transcribe palabra por palabra». Luego se volvió hacia Baopu y gritó: «¡Incluso ese pequeño puñado era del colectivo! ¡No para su uso personal!».

Finalmente soltaron a todo el mundo, incluyendo a Guigui, que tan pronto como llegó a casa se derrumbó. Reposando en los brazos de Baopu, le mostró las mejillas hinchadas por los golpes. Baopu la recostó en el *kang* y se dejó caer sobre la estera. Durante el registro también habían perforado el *kang* en busca de alimentos escondidos. Jiansu y Hanzhang se quedaron a su lado, observando su trabajosa respiración. Ella miraba a Baopu con los ojos abiertos y el rostro pálido. Jiansu estaba conmocionado ante su apariencia dulce y frágil, a la vez que lastimosa. Al cabo del rato Baopu se marchó en busca de sus raciones, pero regresó con las jarras vacías para sorpresa de todos. El comedor estaba cerrado debido a la escasez de alimentos. Se quedaron en silencio, mirando fijamente el suelo bajo sus pies. Cuando anocheció, Baopu salió al patio donde un par de judías secas tiritaban por el viento. Extendió la mano, pero rápidamente retrocedió; eran una tentación letal. Intentando no sucumbir, bajó la mirada hacia las arrugadas hojas de la planta y después de quitarles cuidadosamente el polvo llenó dos bolsas con estas.

En el interior, bajo la atenta mirada de Jiansu y Hanzhang, puso las hojas en remojo. Al ver el agua hirviendo Jiansu se acordó de algo y salió disparado. Al final Baopu reunió coraje y arrancó las dos judías secas que quedaban en el patio. Hanzhang encontró el mortero, pero Baopu se lo quitó de las manos y molió las judías hasta convertirlas en polvo como si se tratara de porcelana. Luego añadió las hojas y cocinó la mezcla al vapor dentro de una jarra de cerámica. Un olor agrio empezaba a cargar el ambiente cuando Jiansu y Sui Buzhao irrumpieron vestidos en calzoncillos. Empapados y temblorosos, traían algunos camarones y peces diminutos ensartados con unas briznas de hierba. Arrojaron los pescaditos a la jarra y le dieron el camarón aún vivo a Guigui.



Ahora en Wali todos se dedicaban a buscar alimento. Los tiernos hierbajos fueron desplumados rápidamente, seguidos de las hojas y de los gorriones muertos de inanición que se podían encontrar por las cunetas. Algunos se acordaron de las lochas y empezaron a cavar en la fangosa orilla del río. A principios de otoño cayeron las cigarras de los árboles y las almas afortunadas que las recogieron se las zamparon directamente. Atraparon también las aves y demás animales hambrientos que yacían en las orillas del río Luqing. Las ancianas que hasta entonces habían cuidado de sus queridos gatitos como si fueran sus hijos, meciéndolos en sus brazos durante años, no tuvieron más remedio que presenciar con lágrimas en los ojos cómo iban a parar a la sopa. Nadie se volvió a reír de Zhao Duoduo, puesto que a esas alturas ya todo el mundo había probado lombrices y demás bichos similares. En otros tiempos, cuando las palomillas verdes pululaban alrededor de las farolas, él las hubiera barrido en un montoncito y, después de salteadas, se las hubiera guardado en el bolsillo para ir comiendo como si de un tentempié se tratara. Pero ahora que todo el mundo se había percatado de su potencial, competían por atraerlas con sus linternas. Finalmente terminaron por exprimir todo los recursos de los árboles. Limaron la corteza y arrancaron todos los brotes tiernos. Cuando los del clan Sui salieron en busca de algo comestible, apenas quedaban cortezas tiernas, así que Baopu se dedicó a rasgar las partes sobrantes más duras y oscuras hasta llegar a las capas claras. Una vez secadas al sol las pasaba por el mortero.

Para su sorpresa, su trabajo machacando porcelana le sirvió de inspiración y ahora empleaba el mortero para todo tipo de comestibles a fin de mejorar el sabor y la calidad de los platos. Las hojas de boniato sabían como deliciosos dulces, mientras que la amarilla ahechadura se parecía al mijo. La «dieta del hambre» se encargó también de cambiar los hábitos de muchos hombres. Apenas dos años atrás aún entraban a los campos a robar, a tientas bajo la luz del crisol, y ayudaban a las mujeres con el fuelle, entorpeciendo la fundición de hierro. «¡No seas tan impaciente!», se quejaban ellas. «¿No puedes siquiera esperar a que se funda el hierro?». Ahora, en los campos sembrados de oscuras cenizas no quedaban más que solitarios recuerdos y lo único que podían recoger eran hojas secas de boniato.

Guigui, gravemente enferma, se levantaba tres veces al día para comerse

lo que Baopu le preparaba. Sui Buzhao se zambulló en el río en varias ocasiones y, para envidia de todos, pescó unos cuantos peces, largos como el dedo, con los que preparó un caldo de pescado para la enferma. Desde el día de Año Nuevo, cuando Sui Buzhao se había aliviado por debajo de la puerta, que a Guigui su presencia le resultaba molesta. Sin embargo, su enfado fue arrastrado por el vapor del caldo de pescado. Tuvo que contener la lágrimas al ver al anciano agachado cocinando el caldo; tenía la columna vertebral marcada como el filo de una navaja. Guigui notó una leve mejoría gracias a los cuidados, pero continuaba extremadamente delgada. Cuando por la noche tosía, Baopu la abrazaba para darle calor con su cuerpo. Débil y frágil, era como una pelota desinflada, con los brazos descansando sobre su pecho y sus oscuros ojos parpadeando sin descanso. Los ataques de tos la dejaban empapada en sudor y apartaba a Baopu plañéndose por haber dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Decía que no le importaba morir, pero que le dolía no haber sido una buena nuera. Una vez le contó lo mucho que extrañaba a Sui Yingzhi y que aparecía en sus sueños a menudo, galopando a la vera del río junto a los molinos.

A Baopu no le gustaba que hablara de ese modo, y se esforzaba en consolarla y alegrarla. Consiguió levantarse una o dos veces para sacar el tigre de arcilla guardado en el baúl que había junto al *kang*. Era un regalo de Baopu, y le encantaba mirarlo y reseguir su forma. Ante los ojos de Baopu, Guigui continuaba siendo una niña que cuando estaba contenta no podía dejar de besar a su marido. Al tocar su cuerpo endeble murmuraba: «Baopu..., te quiero mucho». Él la abrazaba con fuerza, pero Guigui ya no podía parar: «Te quiero tanto, tanto».

Baopu la calmaba con sus besos: «Lo sé, lo sé. Es mi culpa. No he comido nada durante dos semanas y no puedo hacerlo».

Avergonzada, Guigui lloraba: «Baopu, soy yo la que debería disculparse. Pégame. ¿Por qué no me pegas?».

Baopu sostuvo su rostro contra el pecho y forzó una sonrisa. «Estoy demasiado débil para pegarte, aunque a veces me dan ganas de abofetearte, como castigo por ser una niña tan traviesa». Y entre sollozos, se acurrucaba entre sus brazos y se quedaba dormida.

\* \* \*

Li Qisheng inventó otro artilugio al poco tiempo de haberse vuelto «loco»: un tractor multiusos diseñado a partir del único tractor que quedaba en Wali. A esas alturas la quimera por los inventos ya estaba olvidada, pero su logro era demasiado importante para que no apareciera en el periódico provincial. Los usos del tractor eran infinitos. Se podía usar para arar, cortar el heno, moler la harina, sachar, perforar, cavar zanjas, como rueda hidráulica y un largo etcétera. Algunos incluso comentaron que podía navegar por el río como un barco, aunque nadie se lo creyó. Así fue como el jefe local, Zhou Zifu, acudió a uno de los ensayos y pudo observar de primera mano cómo el tractor cambiaba la posición de las palas para cortar unos fajos de heno que eran el doble de gruesos que los cortados a mano con la hoz, y a una velocidad cuatro o cinco veces superior. Zhou Li no esperaba volver a ver otro artilugio de Li, asumiendo que un desequilibrado era del todo inservible. Por lo contrario, el Cuarto Maestro no se sorprendió. Argumentó que alguien del talento de Li era setenta por cien genio y treinta por cien locura.

Una noche, un grupo de vecinos se congregó en el campo para presenciar la excavación de zanjas. La mayoría de los asistentes dormían en cobertizos en las afueras de la ciudad. Los montículos que salpicaban el campo eran un tesoro, pues los cubrían de tallos de maíz que más tarde quemaban, dejando montones grisáceos de cenizas. «¡Ocho mil *jin* de fertilizante más!», gritó alguien señalando las cenizas, antes de esparcirlas sobre el terreno. Sus cantos resonaban mientras las palas y las picas bailaban en el aire. Cuando el motor del tractor empezó a rugir, dejaron sus herramientas para verlo en acción. El tractor multiusos, ahora con otras cuchillas, empezó a gemir mientras avanzaba bajo las atentas miradas, dejando atrás una zanja de más de un pie de profundidad. Aunque era demasiado superficial para ser utilizada como tal, no dejaba de ser una zanja y todos aplaudieron. Pero cuando el aplauso finalmente se calmó, alguien soltó: «¿Y ahora qué hacemos con este hoyo?». Nadie supo qué contestar.

El Cuarto Maestro echó una mirada a Li Qisheng mientras Zhou Zifu le preguntaba: «Entonces, ¿qué hacemos con una zanja como ésta?».

«Es una zanja», fue la respuesta de Li. Entonces se dieron cuenta de que

Li, después de todo, continuaba algo tocado.

El Cuarto Maestro dio varias soluciones: «Se puede hacer una acequia, replantar árboles o dejarla para prevenir inundaciones». La respuesta satisfizo a los presentes y acto seguido se marcharon. Sin embargo, Li Qisheng estaba tan sobreexcitado que esa noche, en lugar de volver a casa, se quedó vagando por los campos, contemplando las llamas en lo alto de los montículos, temblando como una hoja. Se acercó hasta la zona donde los hombres cavaban. Cavaron y cavaron hasta formar un gran hoyo que dejó expuesto un ataúd negro medio podrido. Entonces Li se dio cuenta de que estaban desenterrando las tumbas. Con un grito de espanto, huyó hacia su casa.

Después de este episodio, Li Qisheng volvió a recluírse en su cuarto, sin ni siquiera dejar entrar a los miembros de su clan. Pegó el artículo del tractor multiusos en la pared, junto con otros dos periódicos. Todo siguió igual hasta que llegó el día en que la comida dejó de ser comestible. Se percató cuando se introdujo una bola de arroz en la boca y se quemó los labios. Examinándola más detalladamente encontró que esta contenía ahechaduras, cáscaras y ramitas. Indignado, la arrojó por la ventana con todas sus fuerzas y, al salir a la calle y ver las ojeras en las caras paliduchas de la gente, supo que algo iba mal. Entonces se dio la vuelta y corrió hacia casa, pero ya no había rastro de la bola de arroz que acababa de tirar y ese día pasó hambre. Tan solo un día después recibiría un nuevo encargo de las autoridades locales: desarrollar una receta de repostería. Si Li lo conseguía, los habitantes de Wali, ahora desprovistos de alimento, podrían volver a comer dulces. Para ello le facilitarían todo tipo de herramientas y materias primas, y un asistente. Ahora Li disponía de un *wok*, un poco de salvado de arroz y un montón de paja.

Con las expectativas reflejadas en su rostro, Zhou Zifu miró a un Li Qisheng abrumado por la incertidumbre. «Hasta el momento, han sido las mujeres las encargadas de preparar la comida. En cambio, ahora será este perturbado el encargado de alimentar a la ciudad», pensó. Antes de empezar a experimentar con el salvado y la paja, Li Qisheng se puso el delantal como si oficiara un ritual. Hostigado por el hambre, ligó la mezcla a una velocidad sorprendente mientras afuera su asistente encendía el fuego. El espeso humo le irritó los ojos y comenzó a llorar. Tras cinco días de incesante experimentación y degustación, la inadecuada dieta le hinchó el vientre como

un tambor.

A la mañana del sexto día apareció la solución. Ligar la paja y el salvado era el primer problema, y el sabor áspero y amargo resultante el segundo, pero logró ensamblar los dos ingredientes añadiendo hojas de olmo fermentadas y alteró el sabor con hierba dulce en polvo. Amoldó la mezcla dentro de una hogaza de un brazo de longitud, enroscándola dentro del *wok* a fuego alto. Bautizó el pastel como «torta en partes», ya que tuvo que cortarla en múltiples trozos, uno por persona. La cola por conseguir una ración fue larga, pero tras el primer bocado las caras de los vecinos enrojecieron. Alguien se encontró una uña y devolvió su porción a Li Qisheng.

Mientras tanto, las trabajadoras del desaparecido comedor fueron reclamadas para aprender a hacer la masa, dándole un nuevo uso a sus abandonados *woks*. Sin embargo, las cantidades de hierba dulce molida no eran las justas y ninguno de los «dulces» volvieron a saber tan fragantes y sabrosos como los de Li. Cuando repartieron los pasteles a la gente del pueblo, los pasteles nuevos fueron para los ancianos y los niños, y dejaron los de Li apartados para más adelante. Conforme fue pasando el tiempo, la gente comenzó a ganar peso, sus rostros palidecieron y se hincharon, y sus movimientos eran lentos. Estaban de buen humor, pegándose los unos a los otros en la cara y dejándose unas marcas que parecían no desaparecer nunca. Al principio esto les asustó, pero después de conocer los principios científicos de la receta de la «torta en partes» todos quedaron más tranquilos.

Al cabo de unas semanas, los ingredientes empezaron a agotarse y tuvieron que reducir la ración diaria a una, espaciada cada dos días. Cuando los árboles se quedaron completamente desnudos, la producción se paró. Li Qisheng intentó crear otro tipo de dulce, pero no halló con qué. Todavía con el chaleco rojo, ahora ennegrecido por el trabajo de repostero, salía de su habitación en busca de la esquivada materia prima.

Un día se acercó para observar de cerca a un anciano que machacaba algo que después ingería. Curioso, olió el brebaje y mojó su dedo en él. Solamente necesitó probarlo una vez para saber que se trataba de cal. A los pocos pasos el anciano se tropezó y se cayó. Li corrió a ayudarlo y vio cómo se le retorcían las comisuras de los labios, mientras en su boca se formaba una espuma blanca, hasta que dejó de moverse.

Li salió despavorido gritando: «¡Ayuda, se ha muerto un hombre de hambre, aquí, en Wali!».

La gente salió de sus casas y al ver al anciano intercambiaron miradas de pánico. Uno de ellos comenzó a llorar. «¡Oh, no! ¡Otra vez! En las crónicas de la ciudad se dice que hace años murió mucha gente de hambre y los supervivientes tuvieron que comerse los unos a los otros para poder sobrevivir». Ese llanto les aturdió y temblaron de miedo, compadeciéndose de ellos mismos. Mientras Li Qisheng corría, seguía gritando que alguien había muerto de hambre. Corrió y corrió hasta llegar a un edificio estrecho que extrañamente le cerró el paso. Le llevó un rato darse cuenta de que era su casa, cuando de repente oyó un lamento en el interior. Era su hijo Li Zhichang. Li Qisheng soltó un grito y se precipitó al interior, donde fue recibido por la oscuridad y un tufillo a quemado. En la oscuridad se ocultaba un bulto y al tender la mano descubrió un pequeño cuerpo sin calor.

«Pa, mamá ha muerto... de hambre».

Li Qisheng gritó y se levantó, frotándose el chaleco rojo y luego los ojos. Entonces vio a su esposa sobre el *kang*, con el rostro desprovisto de cualquier signo de vida y el borde de la andrajosa mosquitera atrapado con fuerza en la boca. Se arrodilló y murmuró algo antes de tocar el rostro de su esposa. Estaba frío como el hierro en la oscuridad de la noche. Intentó sacarle la red de la boca, pero entre sus dientes asomaba el parche amarillo que utilizaba para remendar la red. Agarrando la mano de su padre, Li Zhichang suplicó entre lágrimas: «No lo hagas, papá, no lo hagas. Estaba tan hambrienta que no pude pararla. Esta mañana yo jugaba en el patio mientras ella estaba tumbada en el *kang*. Entré porque no oía ningún ruido y la encontré engulléndose la red. Me asusté tanto que empecé a llorar; traté de sacársela, pero me detuvo con la mirada. No me atreví a estirar más. Estaba hambrienta. Al cabo de poco dejó de respirar».

Mientras escuchaba a su afligido hijo, Li continuó tirando de la red hasta que el rostro de su esposa se contrajo. Paró de inmediato, puso su cara contra la de ella y comenzó a gemir. Sus lágrimas caían sobre el rostro de ella, llenando sus ojos como si brotaran de ella. Al cabo del rato se levantó y fue a buscar unas tijeras para cortar el trozo de tejido que asomaba por la boca. Fue muy duro. Cuando terminó arrojó las tijeras, corrió hacia el patio de cuclillas

y gritó a las puertas del silencioso camino: «Mirad. ¡Mi esposa ha muerto de hambre!».

\* \* \*

Para llevar el ataúd hasta el cementerio, doce personas tuvieron que turnarse. Para entonces ya no les quedaban fuerzas ni para cavar el agujero. Estuvieron cavando de la salida a la puesta de sol, pero el hoyo seguía siendo muy superficial. Un anciano y otro hombre de unos cuarenta años se echaron a llorar, suplicando a los compañeros que cuando llegara su momento cavaran más profundo para que los perros salvajes no llegaran hasta sus cuerpos. Su petición provocó tal dolor que tuvieron que parar, rompiendo todos a llorar. Li Qisheng encontró por azar un trozo de pastelito y lo puso dentro de la tumba. Entonces un anciano trajo a su hijo y le hizo arrodillarse cerca del ataúd para que echara un puñado de tierra. «Sois todos unos inútiles —gritó el anciano—. Sí, todos vosotros. Un hombre de verdad ya tendría la esposa de Li Qisheng enterrada». Al cabo del rato cesaron los llantos y cubrieron el ataúd con un montículo finamente pulido. Al atardecer, tras pintar el túmulo de rojo, se sentaron junto a la tumba para recobrar el aliento, con los picos y las palas descansando sobre sus rodillas. Li Qisheng se marchó de la mano de su hijo y los demás esperaron sentados la llegada de la oscuridad.

«Hace dos años teníamos veintiún mil *jin* de maíz por acre —dijo alguien con un suspiro—. Ahora no tenemos ni una semilla».

Un anciano resopló: «Los trescientos cuatro mil boniatos por acre también han desaparecido».

Otro chasqueó los labios y dijo: «Ni me atrevo a pensar en un boniato. Solo con comerme sus hojas ya sería feliz». Y se oyeron más lamentos.

Alguien se quejó del error de dedicarle tanto tiempo a los crisoles mientras el maíz y los boniatos se pudrían en el campo. Entonces el funcionario respondió: «¡El comunismo está llegando!».

Ese comentario despertó un avispero: «Querido Comunismo, ven pronto. ¡Porque si no te das prisa, en Wali no va a quedar nadie en vida para darte la bienvenida».

Un muchacho trató de explicarles que el comunismo no era una persona, pero le reprendieron en seco: «Pero ¿cómo te atreves a decir eso? ¡Eres un reaccionario!». Tras la trifulca se impuso el silencio. La noche fue cayendo. En medio de la oscuridad alguien describió el recuerdo del olor de una lata de maíz que había olisqueado tiempo atrás. Maíz de oro. ¡Qué maravilloso sería conseguir un grano cada uno! Nuevos sollozos emergieron de la ciudad, silenciándose después. Sabían que muchas más morirían.

«Vamos, vamos a casa». El anciano se puso de pie.

Tres días después cuatro de los asistentes al entierro fallecieron; el viejo y el hombre de unos cuarenta años entre ellos.

A la mañana siguiente no hubo tiempo para entierros porque la acompañaron al Cuarto Maestro a robar nabos al sur de la ciudad. Zhao Duoduo había oído que un cargamento de nabos para paliar la hambruna de los pueblos al oeste del río estaba a punto de pasar por Wali.

Cuando el comité del partido del condado se reunió de emergencia para tratar de paliar el hambre, Zhou Zifu regresó con las manos vacías. El Cuarto Maestro le dio una bofetada delante de todos. «Escúcheme, Sr. Zhou —dijo—. Vuelva y traiga nuestra asignación de nabos, o voy a dejar que se coman tus sesos!». El gentío, con los ojos inyectados en sangre, levantó los puños y gritó: «¡Nos comeremos tus sesos! ¡Nos comeremos tus sesos!». Temblando de miedo, Zhou Zifu retrocedió, se dio la vuelta y salió corriendo de la ciudad.

A la mañana siguiente el Cuarto Maestro decidió llevarse a los vecinos a la intersección, donde se sentaron a esperar. El sol ya se había levantado por encima de las copas de los árboles, pero ni rastro de Zhou Zifu. De pronto el Cuarto Maestro se dio una palmada en la frente y saltó sobre sus pies. «Es un truco», gritó. Le dijo a Zhao Duoduo que se quedara con unos cuantos, mientras él se llevaba al resto al extremo norte de la ciudad, donde vieron llegar un carro de caballos. El carro aceleró el paso y la gente empezó a gritar. Entonces saltaron una docena de milicianos armados y corrieron hacia ellos.

«¡Paradlos! —ordenó el Cuarto Maestro—. Morir así es mejor que morir de hambre».

La multitud se adelantó decidida, sin temor, hasta que los milicianos levantaron sus fusiles y abrieron fuego. «¡Mierda!», soltó el Cuarto Maestro. Se arrancó el abrigo y corrió hacia los rifles, pero los milicianos siguieron



disparando, arrojando balas que zumbaban en el aire. Una de ellas le rozó la oreja. Finalmente señaló con un dedo rechoncho y gritó: «Tú, enano mocososo, ¿cómo te atreves a dispararme?». Su voz resonó fuerte, sus palabras eran de peso, imponiéndose en un momento en el que ya nadie tenía fuerzas. Las armas de los milicianos empezaron a temblar en sus manos y finalmente las bajaron. El Cuarto Maestro se puso delante de la carreta y balanceó los brazos: «¡Alto ahí!».

El carretero ni siquiera frenó, ni tampoco trató de detener a los caballos; las crines de los animales se sacudieron al oír a Zhao Bing. Levantaron sus patas delanteras, pero se negaron a dar otro paso al frente. Zhao Bing era un hombre robusto. Sus brazos eran más musculosos que los del resto de hombres famélicos. Su rostro se había demacrado, pero no tenía el aspecto ceniciento e hinchado de los demás. De hecho, tenía un tono violáceo. Abrió las fosas nasales, respirando con dificultad, y miró a los milicianos. La multitud se precipitó, pero antes de llegar al carro, los milicianos trataron de proteger los nabos con sus cuerpos. El Cuarto Maestro los apartó con un gesto. «Os tenemos rodeados, así que no hay motivos para esto. Vamos a dividir la carga para que podamos ahorrar muchas vidas». Los milicianos se arrodillaron ante los nabos y suplicaron: «Ten piedad, Cuarto Maestro. Este cargamento representa la vida de los que viven en la otra riba del río y perderemos la nuestra si no lo entregamos».

El carretero, un anciano que se había inclinado sobre el eje, se volvió y gritó con voz quebrada: «Dejaos de tonterías y empuñad vuestras armas».

Como si hubiesen despertado de golpe, los milicianos cogieron sus armas y apuntaron a los asaltantes. El Cuarto Maestro respondió con una mueca: «Solo un río nos separa. La gente de Wali merece el mismo trato. Creo que podéis entenderlo. Gracias a un contacto en la oficina del condado conseguisteis una carreta de nabos para paliar el hambre, pero cuatro personas más acaban de morir de hambre en Wali».

Dejando los fusiles a un lado, los milicianos levantaron la vista al cielo y comenzaron a llorar.

La gente de Wali se arremolinó sobre el carro y empezó a luchar entre sí para llegar hasta las hortalizas, emitiendo sonidos inteligibles. Cuando más de la mitad de la carga hubo desaparecido, el Cuarto Maestro hizo un gesto para

que dejaran marchar el carro.

Zhou Zifu regresó de la oficina del condado por segunda vez con las manos vacías y se atrincheró en su casa durante varios días. De repente un día alguien tiró un pastel de harina de maíz por debajo de la puerta. Se quedó mirándolo asombrado y, al mirar quién había sido a través de una grieta de la puerta, vio a los lejos a Zhao Bing alejándose con las manos detrás de la espalda. Lleno de gratitud, Zhou Zifu abrió la puerta y llamó a Zhao, pero este ni siquiera se volvió para mirarle.

La hambruna continuó causando estragos. Pasó un mes más hasta que el comité del partido del condado no envió el primer cargamento de boniatos deshidratados a Wali.

Li Qisheng y su hijo lograron mantenerse con vida. Qisheng llevó una ración de sus boniatos a la tumba de su esposa. Sin apenas abrir la boca, se pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su habitación. Su locura protagonizó un par más de espectáculos, pero Guo Yun permaneció siempre cerca de él para ahuyentar a los demonios. Décadas más tarde la gente de Wali se olvidaría de sus postres; todos menos los más ancianos, quienes nunca olvidarían la «torta en partes». Los más jóvenes no tenían ni idea de lo que era «torta en partes».

# 11

Los viejos molinos retumbaban, empujando el tiempo con sus palas. El contrato de arrendamiento de la fábrica de Zhao Duoduo estaba a punto de vencer, obligando a las autoridades de la calle Gaoding a reunirse a fin de establecer las nuevas condiciones. Zhao destacó su experiencia en la compra de materias primas y la comercialización del producto, así como la total transformación de la fábrica en una empresa rentable. Describió el plan de modernización de maquinaria, que preveía ampliar a la totalidad de los procesos y sin cambios de personal, lo cual desentrañaba una cierta complejidad. Resumiendo: que quería renovar tanto el contrato de la fábrica como el de los terrenos, propiedad del estado, por un periodo de diez años y al precio que fuera. Además, tenía la intención de constituir el «Consortio de Producción y Comercialización de Fideos Wali», asociándose con el resto de fábricas de fideos del río Luqing. Cuando la noticia corrió hubo un estallido de alegría; y eso aún no era todo. También tenía pensado extender el sistema de control de calidad de «toque de balón» a lo largo y ancho del Luqing, destacando la importancia de la calidad. Esperaba que sus empleados alcanzaran un estilo de vida de «salario alto y consumo elevado». Al principio nadie lo entendió, pero al ser preguntado por este punto fue claro: «Cuando un trabajador gana en un día lo suficiente como para comprar una vaca, también debe consumir en un día lo equivalente a esa vaca». La gente se quedó boquiabierta. «Pero ¿cómo va a ser posible gastar tanto?». Había incluso rumores de que, ahora que se había convertido en empresario, estaba pensando en comprarse un coche y contratar a una secretaria.

Pero de hecho, ¿qué era una «secretaria»? Después de mucho discutir, concluyeron que debía tratarse de una mujer muy bella que hablaría con

Duoduo secretamente. Esto levantó suspiros de inquietud. Conocían demasiado bien a Duoduo y por eso estaban convencidos de que la secretaria saldría malparada. Entonces alguien recordó que Zhao Duoduo ya no era ningún muchacho y que sus facultades sexuales tampoco eran las de antes. Ese último apunte motivó más suspiros, muestra de su profunda desconfianza. Los rumores volaron como murciélagos circundando la muralla.

La vida transcurría ahora a una velocidad de vértigo; mientras, en el periódico y en la radio anunciaban noticias impactantes, una tras otra. Un campesino llamado Zhao Dagui y unos pocos amigos se habían comprado un avión. En tres meses, 1.842 campesinos se habían trasladado a Shanghái, Guangzhou y Beijing en aviones Boeing y Trident. Un hombre con muchas arrugas y la cabeza cubierta con una tela blanca (obviamente otro campesino) se comió del tirón un pato entero asado en su grasa y, al terminar, dejó la mesa llena de billetes de diez yuanes. Había una aldea donde en cada uno de los 982 hogares se disponía de nevera y televisión en color. Setecientos trabajadores habían decorado sus casas con tapices y disponían de un sistema de cocina central con frigorífico. Un agricultor cualificado había contratado a un secretario o secretaria (se desconocía el género) a razón de ocho mil yuanes al año. Un poeta, al enterarse de la noticia, no pudo dormir durante tres días debatiéndose entre la literatura o el secretariado. Su permanente estado de indecisión le impidió cambiar de puesto y terminó cayendo en una depresión debido al disgusto y la indignación. Un agricultor empresario se inventó un aparejo para soldar que se convirtió en un éxito internacional y ganó 489.000 yuanes.

Los ancianos de Wali no podían evitar recordar sus años de juventud, una época marcada por las grandes cifras, tal y como explicaban las crónicas. Sin embargo, las crónicas evitaban situar la obsesión por las cifras como la responsable de esos tiempos difíciles, y utilizaban el eufemismo «desastre natural», aunque todos conocían el verdadero significado de esa expresión. Así que los viejos temían la vuelta de los dígitos. Unos años antes ocurrió que divisaron una columna de pancartas sostenidas por una multitud gritona avanzando hacia la ciudad. Cuando vieron que en cada pancarta aparecía un número gigante en rojo, sin dudarlo un segundo les prohibieron la entrada a la ciudad. Sin embargo, esta vez no podían frenar su propagación por los

periódicos, las radios y el boca a boca. A menudo también los asociaban a Zhao Duoduo, así que tenían claro que era inútil tratar de detenerlos. Mejor esperar a ver qué ocurría, y hacer lo poco que estuviera en sus manos para evitar daños mayores, como por ejemplo convencer a sus hijas de que mejor morir que trabajar de secretaria para Zhao Duoduo. A parte de eso, todo continuaba igual que siempre. Los viejos acudían al Emporio Wali en busca de licor aguado y mientras, río abajo, los molinos seguían girando.

Todo seguía igual excepto Jiansu, quien avanzaba en su plan con sigilo y determinación. Muchas noches notaba un dolor agudo en el ojo derecho, como si le hubiesen clavado un objeto punzante. Frotándose el ojo, se negaba a apartar la vista de sus cálculos. Notaba la pluma muy pesada, como si sostuviera un machete con el que troceaba las cifras, desmembrándolas en cantidades menores. Con férrea determinación comprobaba una y otra vez cada cálculo, repitiéndose a sí mismo que al final la victoria sería suya. No podía recordar cuántas veces había contemplado el número resultante, emocionándose tanto que incluso lo acariciaba. Pero todavía tenía varias partidas que descontar: las dietas, los gastos en obsequios para facilitar el transporte y las comandas, y los de entretenimiento. También había que deducir la cantidad adeudada con el gobierno, tal y como estipulaba el contrato de arrendamiento, así como los costos de producción, las materias primas y la amortización, que eran los más complicados de calcular. Un auténtico quebradero de cabeza. La torpe contabilidad existente y su falseamiento la hacían del todo inservible, así que la mayor parte de sus cifras eran estimadas y se basaban en la información recogida y las aparentemente inocentes conversaciones con el contable. Gracias a eso, había elaborado un balance que bien podía ser más fiable que el registrado en el libro de cuentas. Los gastos de transporte, parte en especie y parte en efectivo, asignados para cada comercial llegaban a 1.950 yuanes al año, lo que, multiplicado por siete, ascendía a 13.650 yuanes. Estos, junto a los 4.400 yuanes que la fábrica reservaba para gastos de viaje, hacían un monto total de 18.050 yuanes. Los obsequios solían ser: licor Maotai, cigarrillos State Express, pepinos de mar y gambas deshidratadas. El Maotai solo había costado unos 11.000 yuanes. Como más de sesenta botellas eran falsas (una edición especial a cargo de Han el Gordito), habían ahorrado algo. Los más de 870 cartones de State

Express habían costado 26.190 yuanes. Con la fluctuación de los precios, a 90 *jin* por unidad, los pepinos de mar y las gambas habían salido por 12.000 yuanes. También habían comprado unos televisores en color de dieciocho pulgadas y seis caseteras, que costaron 5.500 yuanes. La suma total de los obsequios alcanzó los 54.690 yuanes. Sabía que si conseguía dirigir la fábrica también debería ofrecer regalos y, al ver el gasto total, su frente se empapó de sudor. De hecho, podía darse el caso que incluso llegara a gastar más, ya que a más regalos, más ventas; una paradoja que seguiría confundiendo a varias generaciones futuras.

Jiansu sonrió amargamente mientras, preparándose para la próxima partida de gastos, encendió la pipa; la enredada partida de celebraciones. La borrachera del Festival del Medio Otoño vino de inmediato a su mente. Como los invitados eran todos locales, la comida fue bastante floja y barata, por mucho que Zhao Duoduo fingiera un trato generoso con sus empleados. Un espectáculo con el mero propósito de demostrar que las cosas le iban bien. Había tres categorías de banquetes. Los de primera categoría requerían una botella de Maotai por cada mesa, además de dos botellas de licor de Fen o Luzhou, dos botellas de vino tinto Zhangyu, diez botellas de cerveza Tsingtao, pepinos de mar, abulones y pargo rojo. Un *jin* de pargo rojo valía 25 yuanes y uno de un buen tamaño pesaría unos cuatro o *cincojin*, por lo que costaría alrededor de 100 yuanes. Un banquete de esta categoría tenía un precio de 350 yuanes por mesa y estaba reservado a políticos y empresarios de alto rango relacionados con las exportaciones. Para tal festejo Han el Gordito hacía de chef y Duoduo ejercía de anfitrión. En estas ocasiones el Cuarto Maestro era el único invitado local.

El banquete de segunda categoría estaba compuesto por una botella de licor de Xifeng, otra de licor de Wali, dos de vino blanco, diez de cerveza Baotu, gambas, sopa de tortuga, hongos de oreja plateada, palometas y demás. A 230 yuanes por mesa, estaba orientado a dirigentes locales y del condado. Al igual que el anterior, Han el Gordito estaba en la cocina y Duoduo recibía a los invitados. Esta vez contaba con la presencia del director, Luan Chunji, y el secretario del Partido, Li Yuming.

Para los banquetes de tercera solo servían bandejas de pescado y cerdo, acompañadas de un suministro interminable de vino blanco o tinto. Han el

Gordito se bebía una copa con los clientes cada vez que sacaba un plato. Zhao Duoduo o el contable eran los únicos acompañantes de los invitados y, como el contable solo era invitado en estas ocasiones, solía terminar borracho. Esto implicaba que esa noche el registro de los gastos sería un desastre. Un banquete como este costaba alrededor de 130 yuanes.

En trece meses se habían celebrado seis banquetes de primera (con la presencia del Cuarto Maestro), once de segunda (con el director Luan y el secretario Li) y más de una veintena de tercera. La partida total de celebraciones subía a 7.230 yuanes, una cantidad bastante reducida. Ligeramente sorprendido, Jiansu subrayó la cifra y, después de echarle otro vistazo al cuaderno azul, salió de su habitación.

Las estrellas del cielo nocturno, parpadeantes como miradas intranquilas, reflejaban su tenue luz sobre la zarza de judías sumida en la oscuridad. Contrariado, se acercó al entramado como si esperara a alguien. No había nadie a quien esperar, pero no podía olvidar que una vez, en ese mismo lugar, sus manos habían acariciado un cuerpo esbelto. Fue su primera vez y nunca lo olvidaría. Se acordaría de cada detalle hasta el día de su muerte. En medio de aquella noche otoñal pudo distinguir su ropa interior de color morado y amarillo. Él la acarició torpemente mientras su cuerpo temblaba y cubrió sus pechos con las manos. ¡Qué criatura más bella! Tendida sobre su cama, su piel era del color de la tierra y tenía la fragancia de la hierba verde. Extendió la mano para acariciar las hojas y fue obsequiado con una gota de agua fresca sobre el párpado. ¿Dónde estaría ahora?

¿Estaría durmiendo, abrazada a sus hijos o a su esposo? ¿Podría sentir los pensamientos de su primer amante recordándola debajo las zarzas? Seguramente ya debía ser madre y su joven figura estaría envuelta por ropajes ligeros y holgados. Jiansu estiró su cuerpo entumecido y sintió los latidos de su corazón inquieto.

Reacio a regresar a la habitación, salió del patio y descendió por una callejuela oscura hasta llegar al Emporio Wali. Se quedó sentado en los escalones de piedra, perdido y abatido. Se trataba de su propio negocio, pero la pasión se había esfumado; ya no se preocupaba del inventario ni de las cuentas. Zhang-Wang se encargaba de todo. Con su voz cantarina, le informaba detalladamente del balance mensual de la tienda, pero él apenas le prestaba

atención. Ahora estaba centrado en la fábrica y sus únicas preocupaciones eran las cuentas y el cuchillo oxidado junto al lecho de Zhao Duoduo. Alguna vez había aparecido en sus sueños, volando y hundiéndose en la garganta de Zhao. En ese momento empezó a sentir un hormigueo en las manos y las frotó la una contra la otra. El repique del colador de la sala de procesamiento llegaba hasta ahí. Se imaginó a Daxi la Regordeta lavando los fideos en el tanque, con los brazos rojos por el agua gélida. Y Naonao, balanceando su cuerpo al compás de las manos, tan ágil como si estuviera bailando en la pista de baile. Se levantó nervioso, se paseó por delante de la tienda y se volvió a sentar. Finalmente, abrió la puerta y tomó una jarra de licor.

Se quedó saboreando el frío licor sentado sobre un gran tigre de arcilla. La tienda parecía polvorienta, como la luz del amanecer que se levantaba en las calles. El licor iba calentando su cuerpo y, mientras miraba hacia la puerta, recordaba la noche en la que se quedó bebiendo con su tío, una noche tranquila como esta, con la ciudad profundamente dormida. Seguía bebiendo cuando, de repente, oyó unos pasos en la calle. Dejó el vaso y, al ver una sombra proyectada en la puerta, bajó del mostrador de un salto y salió corriendo. La silueta de Naonao desfilaba por el oeste. «¡Naonao!», gritó.

Ella se detuvo y al reconocerle contestó: «¿Qué quieres?».

Jiansu se acercó. «¿Puedo ofrecerte algo de beber?»., preguntó con frialdad.

Con una sonrisa en los labios le siguió hasta la tienda. Se subió al mostrador de un salto y se instaló, junto a él, encima del tigre, donde dos segundos antes había estado él sentado. «Cuando te has sentado encima de un tigre, se hace difícil bajar», murmuró ella. Jiansu se quedó mirándola, sorprendido por su agudeza. El cabello le caía sobre los hombros y llevaba un vestido ligero y ceñido con unas zapatillas de suela roja. Tenía los ojos luminosos y brillantes, y su rostro relucía.

«Pero tú no trabajas en el turno de noche, ¿no?».

Columpió las piernas y asintió con una sonrisa. «No me encontraba bien».

A Jiansu le resultó difícil de creer. Le dio una copa. Ella tomó un sorbo y tosió, palideciendo. «Tenía mucho calor y no podía dormir, así que me levanté temprano. ¡Maldita sea!». Le gustaban las chicas guapas que soltaban palabrotas. «A juzgar por el aspecto de tus ojos, diría que tú tampoco has



dormido mucho —continuó Naonao—, pero ¡tus ojos son tan condenadamente bonitos! Lo digo en serio». Y volvió a reír. Jiansu sintió un corriente cálido atravesando su pecho y bebió otro sorbo. Ella le acompañó, antes de soltar un sonoro suspiro. «Tu malestar y el mío son parecidos. Yo tampoco podía dormir, así que he terminado arrojando la manta con ganas de partirle la cara a alguien».

«¿Quizá a mí?».

Naonao movió su muñeca. «No, no malgastaría mis fuerzas contigo. Salí de la habitación y me paseé entre las zarzas del patio antes de salir a la calle. Quería estar sola. Jiansu, ¿tú no crees que esto es un poco extraño? Bueno, a veces la gente quiere estar sola, pensar en sus cosas, en sus manías. La gente es interesante, ¿no te parece? Tú lo eres, ¿verdad? No hablas mucho, pero lo sé. Te conozco. Lo veo en tu cara. Pálida, casi sin sangre. Y tus ojos son grandes, de un negro brillante. Tienes las piernas largas. Sé que es mejor estar lejos de tipos como tú, pero no tengo miedo. ¿Tú tienes miedo de mí? A mí no me das miedo. Nadie me asusta. No, no es verdad. Tal vez haya alguien que me asuste. El día en que me enfrente a él estaré aterrada. Solo me gustan los hombres que me dan miedo, miedo de hacer cualquier cosa. Él puede hacer lo que quiera, pero temo que no quiera hacer nada. Eso es lo que temo. A veces tengo ganas de coger un palo, acercarme sigilosamente por detrás y golpearle la espalda. ¡Sería genial dejarlo atontado en el suelo! Pero solo son bobadas. Como ya he dicho, me voy a morir de miedo cuando me enfrente a él. ¿Qué debo hacer, Jiansu? Ya sé que no tienes ni idea; solo estoy hablando por hablar. Mira que eres idiota».

Probablemente el alcohol le había desatado la lengua. Jiansu no lo había entendido todo, pero igualmente se quedó pasmado, sacudido por un ardor molesto. «Tienes miedo de mí, ¿verdad?», dijo él.

Naonao sonrió y negó con la cabeza. «No, de ti no. Quizá no me creas, pero no. Si te diera una bofetada, no te volverías. ¿Me sigues? Tienes miedo de pocas personas, pero a mí sí me temes. Eres el más apuesto de Wali. Me gustaría tocar tu cabello fosco. Es tan bonito...». Jiansu la miró, desconcertado, y se le nubló la vista. Con una sonrisa irónica dibujada en las comisuras de su boca, se acercó y le puso la mano en la cabeza. Sintió que empezaba a temblar; los músculos de las mejillas le temblaban. Cerró los ojos

y se recostó sobre el mostrador, mientras ella le acariciaba el pelo. Sintió que el corazón le salía del pecho y mantuvo los ojos cerrados. Después notó la mano izquierda. Abrió los ojos y vio unas luces brillar. Estiró sus brazos, bajó a Naonao del mostrador y buscó sus labios con urgencia.

La besó mientras acariciaba su espalda. La imagen de la muchacha cortando zarzas apareció ante él y pudo casi oler la fragancia de la hierba fresca. Comprimió la mejilla contra su pelo, acariciando cada mechón. El cuerpo de Naonao se quedó inerte antes de que sus labios se apartaran y gimiera. Entonces toda ella se estremeció cuando posó sus labios sobre la frente de Jiansu, agarrándose a sus brazos más y más fuerte. Pasado un momento, se soltó y lo apartó. «Naonao», gritó mientras la envolvía con sus brazos y se estrechaba contra sus pechos. Le acarició la nuca, luego bajó la mano, donde la piel era más suave. Jiansu respiraba con dificultad; un gemido de deseo se escapó de sus labios. Naonao comenzó a resistirse, se subió encima de sus pies y, finalmente, le dio una bofetada. Él la soltó. Estaba empapado en sudor, con la frente chorreando, pero ni se molestó en secarse. En lugar de eso, se puso de cuclillas. Ninguno de los dos abrió la boca mientras miraban el brillante mostrador.

Después de una pausa larga, Naonao habló: «Solo le tengo miedo a un hombre, al hombre silencioso del viejo molino; tu hermano».

«¿Qué?», exclamó Jiansu. «He dicho que es tu hermano». Jiansu la miró y ella le devolvió la mirada con osadía, confirmando su respuesta. Él bajó la mirada y Naonao empezó a explicarse. «Día y noche ese hombre de rostro acalorado permanece sentado como una piedra. Si le observas por la espalda, no puedes ver su rostro, con esos ojos tan bonitos como los de su hermano. Encierran algo tan profundo que una vez los has visto son imposibles de olvidar. Pienso en esos ojos, y en su poderosa y ancha espalda incluso cuando estoy durmiendo. Quiero saltar sobre su espalda y gritar mientras me lleva al cielo. Tengo ganas de asestarle un buen golpe por la espalda, pero no me atrevo. Me desharía en mil trocitos antes de que su brazo me alcanzara. ¡Cómo me gustaría que esas manazas cayeran sobre mí!. Es fuerte, pero amaga su valentía en su interior; olvidarle es imposible».

«Ya veo», musitó Jiansu.

«No, tú no sabes nada. Cuando instalaron el motor me sostuvo entre sus

brazos para evitar que me lastimara. Me levantó delante de todos y me dejó suavemente a un lado. Tan ágil, tan delicado. Es fuerte. Tiene cuarenta y tantos años, pero su barba todavía es oscura. Tengo miedo de él, tengo miedo de aquel hombre. No es de extrañar que me llamen “desvergonzada”. Ahora ya sabes lo significa ser una mujer desvergonzada. A ver, ¿qué opinas?», le preguntó riendo.

Jiansu estaba tan absorto tratando de comprender sus palabras que al principio no se percató de que le había hecho una pregunta, pero después de pensarlo detenidamente repuso con un tono serio: «No eres una persona convencional, y eso te hace ser una “desvergonzada”».

«¿Qué es lo que me asusta de Baopu?».

Jiansu negó con la cabeza, pero luego asintió. «No te asusta. Te estremece, como hace un momento. Y te empuja hacia el molino. Suelen ir allí a menudo, ¿verdad?».

Naonao sonrió y frunció las cejas. «Tienes razón. Los del clan Sui sois listos. Lo repaso de arriba a abajo, pero él no me puede ver. Ese solterón, ese mudo torpe».

Excitada por sus propios pensamientos, posó las manos sobre las caderas y estiró la pierna izquierda por encima de Jiansu. Él masculló un reniego en voz baja, sin alzar la voz. Le hubiera gustado tener a su hermano delante; estaba molesto, indignado; y también un poco celoso. Naonao se paseaba por la tienda. Retorcía su cuerpo, movida por una agitada sensación de satisfacción. La luz del sol convirtió su cuerpo en una bola de fuego que salió por la puerta del Emporio Wali, cogiendo a Jiansu desprevenido, aún de cuclillas.

\* \* \*

Aquella noche Jiansu continuó con el libro de contabilidad. El importe más elevado a deducir fue el de materias primas. Durante los trece meses de arrendamiento de Zhao Duoduo, la fábrica había procesado 2.980.000 *jin* de judías, el cuarenta y tres por ciento de las cuales eran importadas, a 0,48 yuanes el *jin*. El cincuenta y siete por ciento restante procedían del noreste del

país o de la zona del río Luqing y costaron 0,43 yuanes el *jin*. El precio total (615.072 yuanes de judías importadas y 730.398 yuanes de nacionales) fue de 1.345.470 yuanes. También tuvo que restar los costes de producción. Zhao Duoduo había alquilado la fábrica junto con los molinos, las salas de procesamiento, la planta de secado y otros equipamientos secundarios; contaba con más de 200.000 *jin* de judías, 248.000 *jin* de grano almacenado, y sesenta y tres bloques de almidón. Todo eso ascendía a 82.000 yuanes. Durante los primeros cuatro meses de contrato, la fábrica había funcionado al mismo rendimiento que siempre. Al quinto mes compraron 300.000 *jin* de grano por un valor de 13.000 yuanes. Al sexto mes se reformó el sistema de sedimentación, añadiendo más de veinte cubas y ampliando la piscina. Al séptimo adquirieron otros 100.000 *jin* de grano y, al octavo, se mecanizó el molino. En total, durante esos tres meses habían invertido 180.800 yuanes. Después de haber desmenuzado las partidas más cuantiosas, Jiansu respiró aliviado; solo le quedaba restar la cantidad adeudada al gobierno y añadir los ingresos procedentes de la venta de los productos derivados.

Se encendió un cigarrillo y hojeó pausadamente las páginas con todos sus cálculos. Era el único que conocía el contenido y su significado. Algún día esos diminutos números arábigos tomarían vida y desplegarían sus pequeñas garras para poner a Zhao Duoduo en evidencia. ¡Atraparían su flácido cuerpo y lo inmovilizarían antes de girar y girar, desangrándolo hasta que deseara estar muerto!

Jiansu sonrió a desgana y miró por la ventana. La luz de la ventana de su hermano delataba su lectura. Cerró la puerta y se dirigió a la habitación de Baopu.

Tras volver del turno de noche, como le costaba dormir, había cogido la costumbre de leer. Desplegó el fardo y abrió el libro por la página en la que lo había dejado el día anterior. Cuando no entendía algo, lo subrayaba en rojo. Levantó la vista al oír la puerta y volvió a su libro de inmediato. Jiansu permaneció detrás de él, sin decir ni una palabra, observándolo mientras leía. La primera línea decía: «En otras palabras, cuanto menos mano de obra preparada y vigorosa necesite la industria moderna para las operaciones manuales, mayor será la probabilidad de que los trabajadores sean reemplazados por trabajadoras». A Jiansu le hizo gracia porque pensó que en

la fábrica la mayor parte de la plantilla eran mujeres. Los únicos hombres que quedaban eran los que manejaban los coladores. La elaboración de fideos no exigía tener mucha fuerza, así que la idea de que la fuerza de trabajo femenina reemplazara la masculina parecía una observación acertada.

Jiansu se sonrió, diciéndose que parecía un buen libro. Cuando Baopu pasó de página, vio fragmentos marcados por todas partes. «Elimina todas las ataduras feudales invisibles que unen a las personas con sus líderes naturales; despoja de todas las conexiones entre las personas, excepto las relacionadas con los insensibles y despiadados intereses del “intercambio monetario”. Induce a intimidatorias invocaciones emocionales como la fe religiosa, el ardor caballeresco y el sentimiento pequeño burgués en las heladas aguas del interés propio». Jiansu advirtió que su hermano había subrayado «fe religiosa», «ardor caballeresco» y «sentimiento pequeño burgués», y estaba a punto de preguntarle por su significado cuando vio otra marca roja. «Precisamente, Rusia y Estados Unidos son los grandes ausentes. Fue el momento en que Rusia constituyó la última gran reserva de toda la reacción europea, cuando los Estados Unidos absorbieron los excedentes de las fuerzas proletarias de Europa a través de la inmigración. Ambos países abastecieron a Europa con materias primas y fueron, al mismo tiempo, mercados para la venta de productos industriales. Por lo tanto ambos son, de una manera u otra, los pilares del actual sistema europeo... ¡Qué distinto a los tiempos actuales!... ¡Y ahora Rusia!... La única respuesta para este posible presente es la siguiente...».

Jiansu sentía que las palabras eran vigorizantes, pero al mismo tiempo se perdía en su significado. Finalmente reunió el valor suficiente para intervenir: «¿Qué significa todo esto?».

Sin levantar la vista, Baopu respondió en un tono suave pero sombrío: «Hay cosas que yo tampoco entiendo». Leyó unas páginas más y añadió: «No es fácil de comprender. Quiero seguir leyendo este libro durante el resto de mi vida. Ya te conté que me sumerjo en su lectura cada vez que atravieso una mala racha».

«Pero es un libro tan delgado...», comentó Jiansu, mirando perplejo.

Baopu asintió. «Tal vez en su día fuera más grueso porque antes también trataba asuntos internacionales, pero sintetizaron su contenido».

«Entiendo», murmuró, todavía confundido. Sus ojos se posaron sobre las líneas: «Nuestros burgueses, aún no satisfechos con tener a las esposas e hijas de sus obreros a su disposición, por no hablar de las prostitutas comunes, hallan también placer en seducir a las esposas de los demás». Moviendo la nariz. Jiansu miraba a Baopu, cuyo rostro se volvió frío y severo al leer el fragmento. Le pidió un cigarrillo. Jiansu lo dejó sobre su mano y pidió: «Explícamelo». Baopu lo miró, pero continuó pasando las páginas, como si no le hubiera oído. El humo salía por su boca y su nariz. Aplanaba las páginas con sus manos, mientras absorbía las palabras con avidez. De vez en cuando tomaba apuntes en un pequeño cuaderno. Aquello intrigó a Jiansu aún más, y sus ojos empezaron a recolectar palabras, tratando de entender su contenido. Sus ojos se posaron sobre las dos últimas líneas de la página y contuvo su respiración.

«A tal fin, los comunistas de varios países se reunieron en Londres y redactaron el siguiente manifiesto, que fue difundido por todo el mundo traducido al inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés».

Jiansu imaginó que aquellas líneas habían sido forjadas en acero. Cerrando los ojos, se acercó a tocar las palabras metálicas, pero se echó atrás cuando sus dedos entraron en contacto con la mano de Baopu. Le dijo algo, pero no le entendió; permaneció detrás de su hermano, sin responder. Ahora lo comprendía. Baopu estaba atrapado por las garras de una fuerza extraña e irresistible que emanaba de ese librito. Seguramente releería el texto durante el resto de su vida. Sin querer seguir molestando a su hermano, Jiansu salió de la habitación cerrando cuidadosamente la puerta.

Continuó con las cuentas. Las cifras le carcomían día y noche, enganchadas en su piel como sanguijuelas. Se agarraban y le chupaban la sangre provocándole picores cada vez que salía de la habitación, incluso para ir a la fábrica o al Emporio Wali. Se las quitaba de encima, pero se volvían a enganchar con rapidez. Ahora, el siguiente paso era sumar los ingresos de los productos derivados. La fábrica había producido más de ocho mil *jin* de sedimentos y tres mil *jin* de leche vegetal. El cincuenta por ciento de este sedimento se había vendido para alimento animal a 0,02 yuanes el *jin*, y el ochenta por ciento restante para su destilación, a 0,05 yuanes. Las ganancias provenientes de la venta de los productos derivados fueron de más de 40.000

yuanes. Cada día se embotellaba más de treinta y tres barriles con mil *jin* de leche. A 0,15 yuanes por barril, habían ingresado un total de 1.900 yuanes.

El beneficio de los productos derivados desde el inicio del contrato de arrendamiento había sido de 41.900 yuanes, lo que, sumado al total, suponía un ingreso bruto de 2.179.400 yuanes en trece meses. Una vez terminó con las cifras grandes, llegó el turno de los números más pequeños que aguardaban su turno para ser sacrificados: el costo de las materias primas, los salarios de los trabajadores, los costos de reproducción... Los restó, uno a uno, hasta que surgió una figura tambaleante: 205.815 yuanes. El contrato de arrendamiento establecía una deuda con la ciudad de 73.000 yuanes, que rebajó la cifra en 132.815 yuanes. Para mantener el mismo nivel de producción de los primeros trece meses compraron 195.100 *jin* de judías por una cuantía de 87.800 yuanes. El uso de almidón en mal estado para los fideos destinados al mercado exterior les reportó un ahorro de más de 10.000 yuanes. En resumen, la fábrica había producido un beneficio neto de 55.000 yuanes, patrimonio de Zhao Duoduo y su gente, no de la fábrica. Si la fábrica necesitaba maquinaria nueva o ampliar su capacidad, obtendrían el capital por otros medios.

Jiansu se sintió agobiado ante la posibilidad de que sus números no saliesen a la luz. Como regla general, el contable era el más fiel cómplice del arrendatario y en este caso, a juzgar por la mezquindad que le caracterizaba, el contable de la fábrica no iba a ser la excepción. Ahora Jiansu tenía una imagen más nítida de aquel tipo que trataba de pasar desapercibido, con el licor goteando por las comisuras de la boca mientras vomitaba números poco fiables. Ahora entendía por qué le había atacado con esa aguja oxidada. Golpeó la mesa como si se tratase del cráneo del contable.

Jiansu durmió toda la noche del tirón. Tras desprenderse del entramado numérico, su respiración se volvió honda y pausada. En su sueño se encontraba sentado junto al barril de licor, donde la suave y pálida mano de una doncella descansaba sobre la suya. La llamó por su nombre y vio cómo se convertía en una bola de fuego, rodando hasta su patio y, finalmente, entrando en la habitación de Baopu. «Hermano», gritó en su sueño con lágrimas en los ojos.

Cuando despertó, se fue directo al molino. Se oía su estruendo incluso antes de vislumbrar la puerta de la entrada principal. Vio la ancha espalda de

su hermano a lo lejos y, mientras se acercaba, notó una presencia escondida en la esquina del portal. Su corazón se aceleró; era Naonao. Llevaba algo detrás de la espalda; la parte expuesta brillaba. Jiansu distinguió el listón de madera. Recordó sus palabras en el Emporio Wali acerca de golpear al molinero por la espalda. Le subió la sangre a la cabeza; quería llamar a su hermano y llegar a tiempo a la sala, pero tenía el corazón en la garganta, se quedó allí temblando y conversando apresuradamente consigo mismo. «¿Será capaz de hacerlo?». «No». «Sí, sí lo hará. Está tan loca». «No, no lo hará. Lo ama». «Mira, mira, se está moviendo». Jiansu contuvo la respiración e, instintivamente, estiró el cuello para hincar sus ojos en Naonao. Ella continuaba aguardando detrás de Baopu. Entonces avanzó con cautela, cruzó el umbral de la puerta, sacó el palo, apuntó a la cabeza y levantó la madera. Jiansu estaba listo para saltarle encima cuando el madero aterrizó suavemente sobre la espalda de Baopu.

Jiansu exhaló. Vio a Baopu volver la cabeza sorprendido y la ofuscación de Naonao, con el reproche dibujado en sus ojos. Continuaba agarrada al palo, que en realidad se trataba de la pala de la planta de secado para separar los fideos. Naonao reía mientras jugaba con el palo, ignorando a Baopu, pero Jiansu sabía el motivo de su visita. Ella quería que Baopu la apartara como lo había hecho aquella vez, pero en esta ocasión no lo hizo. Se limitó a pedirle que se apartara. Naonao no le hizo caso. Soltando una risita dio una patada a la base de la muela y, después de insistir durante un rato, se marchó cabizbaja.

Mientras tanto Baopu permaneció sentado. «Y sin apenas mirarla...», pensó Jiansu, que se frotó las manos con tristeza. Miraba a Baopu y luego seguía con la mirada a Naonao. Caminaba lentamente, como si detrás de ella arrastrara la muela. Se detuvo un momento a contemplar las nubes en el cielo lejano, con la cabellera susurrando al viento. Cuando desapareció de su vista, Jiansu entró en el molino.

Baopu se había levantado para esparcir las judías sobre la cinta transportadora y Jiansu se colocó en el centro de la sala con las manos en los bolsillos. Cuando Baopu se dio la vuelta, le preguntó: «¿Qué estaba haciendo Naonao por aquí?».

Deshaciéndose de la pregunta, Baopu contestó: «Perder el tiempo». Jiansu negó con la cabeza. «Ví cómo te golpeaba con una pala». Baopu sonrió con tristeza. «Nunca hago caso a sus travesuras. Esta chica es de lo que no hay».



Jiansu se rio. «Pero a mí nunca me lo ha hecho». «Ya lo hará —bromeó Baopu—. Espera y verás». «Si se atreve a golpearme, la agarraré con mis manos y no la soltaré. Igual como tú agarras el cucharón de madera», explicó Jiansu en voz alta. Baopu, sorprendido, miró a su hermano. «Me lo creo. Te conozco y sé de lo que eres capaz». Jiansu deambulaba por la sala agitado, siguiendo la rotación de los engranajes. De repente, se dio la vuelta. «Te pasas todo el día encerrado aquí. ¿Tienes idea de lo que está ocurriendo ahí afuera?».

«¿Qué?».

Jiansu resopló. «No te enteras de nada. Solo sabes ayudar a Duoduo cuando se le estropea una cuba. El resto del tiempo lo único que haces es quedarte aquí sentado, de sol a sol, mientras la vida va pasando. Sufres y haces sufrir. Si Naonao me hubiera dado con la pala, estaría dando saltos de alegría. Tú en cambio te quedas aquí sentado, ignorando todo lo que pasa a tu alrededor. Te da igual si el mundo está del revés. Como si estuvieras sordo. Te recuerdo que eres miembro de uno de los clanes...».

Antes de que terminara la frase, Baopu saltó: «Yo soy miembro de un clan que es ¿qué?».

«Un idiota, eso lo que eres».

Baopu se encrespó. Movi6 los labios, pero no respondió. Pasado un rato, Jiansu se acercó a la ventanita y, al no ver movimiento, regresó a su lado. «Duoduo quiere crear un consorcio de producción y comercialización de fideos».

«Algo he oído», respondió Baopu.

Asombrado por la calma reflejada en el rostro de su hermano, Jiansu estalló: «¿Así que todo lo que vas a hacer es quedarte aquí sentado y esperar a ver qué pasa?». Baopu asintió. Jiansu dio un paso atrás y, haciendo crujir los nudillos, escupió su sentencia: «Ya te lo dije. Voy a recuperar la fábrica. Es de los Sui. Tenemos derecho a recuperarla». Respiraba con dificultad. Cuando terminó de hablar, estaba pálido.

Baopu se levantó y se encendió un cigarrillo. «Y yo ya te aclaré que no es ni de los Zhao ni de los Sui. Aunque de todas formas tampoco vas a conseguir nada».

«Tenemos todo el derecho. Y voy a recuperarla».

«Eso no está en tus manos. Aquí el único dueño es la ciudad de Wali».

Jiansu estaba tan enojado que le costaba respirar. Necesitaba fumar, pero antes de encenderse el cigarrillo arrojó el paquete al suelo. Agarrando a su hermano por el pecho, le rogó: «¡Hermano! ¡Hermano! No te quedes aquí sentado. Mira qué tiempos nos ha tocado vivir. Todos los miembros del clan Sui han sido ciudadanos insignes y, ¿acaso has visto cómo han acabado? Te han cargado la muela en la espalda y no te has ni movido; has apretado los dientes y has aguantado, mientras tu cabello empieza a teñirse de blanco. Te pasas el día aquí encerrado y luego regresas a casa a comer un plato frío de comida porque no tienes una mujer que te cuide. Tu coraje tiene el tamaño de una semilla de sésamo. No sé qué temes perder. Llevas muchos años aguantando penurias y pretendes continuar así. Eres tan fuerte que muy pocos se atreverían a plantarte cara. Eres buena persona, nunca has hecho daño a nadie, pero te dejas someter. Este viejo molino es como un ataúd y vas a dejar que te entierre. ¿Por qué no reaccionas, le prendes fuego al molino y te largas de aquí? Nuestra generación no puede permitirse esconderse en la cobardía, pero tú te limitas a fruncir el ceño sin abrir la boca, tragándote todos los agravios. Te preocupas por los demás, olvidándote de ti mismo y mira cómo te ha ido la vida en estos últimos años. Con tu talento y tu carisma, con un solo murmullo contarías con el respaldo de buena parte de Wali. Duoduo puede hundir a mucha gente, pero no a ti. Piénsatelo. Te lo ruego. Las oportunidades como esta no se presentan cada día. Si ganamos, ganamos. Si perdemos, perdemos».

Jiansu se levantó, exaltado, mientras exponía su discurso con los ojos ardientes clavados en Baopu. Con un movimiento de cabeza, Baopu cogió la mano de Jiansu entre las suyas y la apretó. «Te he escuchado con atención, pero no puedo estar de acuerdo contigo. No del todo, porque creo que sobrevaloras mi fuerza. Yo no puedo reunir el apoyo de mucha gente, al menos no por ahora. La suerte de Zhao Duoduo no durará mucho, pero no le subestimes».

Sus palabras provocaron el desdén de Jiansu.

Baopu lo miró con reprobación y Jiansu sacó la mano para encenderse la pipa. «No te expliqué que he comprobado toda la contabilidad de la fábrica y tengo algunas ideas. El contrato de arrendamiento se renueva dentro de poco, y

Duoduo y yo tendremos que competir. Estoy decidido; solo aguarda a la convocatoria de la reunión. Lo tengo todo planeado».

## 12

Zhang-Wang estaba de muy buen humor. En sus manos expertas, la inmensa espalda del Cuarto Maestro parecía menos tensa. Se sentía satisfecha por su trabajo y, a juzgar por los suspiros, parecía que él también. Una vez hubo terminado, apartó la sábana blanca que cubría las extremidades inferiores y echó un vistazo. Tenía la musculatura desarrollada, y la piel tersa y lustrosa. El cuerpo, igual que su rostro, estaba teñido de un brillo rojizo. Unos finos calzoncillos holgados de estilo chino cubrían sus sustanciales nalgas. Sin correa ni faja, se sostenían gracias al redoble de la tela sobrero a la altura de la cintura; una ocurrencia de Zhang-Wang. En lugar de retirarse de inmediato, dejó resbalar las manos por la espalda, le dio una palmada en las nalgas y se sentó encima de él. Después del masaje, el Cuarto Maestro prefería permanecer un rato tumbado y disfrutar de la calma. «¡Qué atrevida eres!», le advirtió para que bajara. Pero ella continuó acariciándole la espalda. «Eres como un tigre gigante de arcilla». Debido a su estricta rutina de bañarse cada dos días, su cuerpo despedía una aroma suave y carnosos. Ese olor, único e incomparable, y que con el paso del tiempo se había convertido en algo muy familiar, le encantaba.

Convencida de estar ante el indiscutible triunfador de Wali, murmuró algo sin obtener respuesta. El Cuarto Maestro reposaba con los ojos cerrados, acompañando la respiración con el sutil movimiento de las fosas nasales, subiendo y bajando el abdomen rítmicamente. Con los ojos puestos sobre el cuerpo del Cuarto Maestro, Zhang-Wang sintió cómo su barbilla empezaba a temblar y sus negruzcos dientes repiqueteaban sin control. Molesto por el ruido, el Cuarto Maestro soltó un gruñido y, acallándola, la mandó sentarse en una esquina del *kang*.

Al cabo de un momento, descendió y se dirigió al centro de la habitación, donde había una tetera de agua hirviendo sobre el hornillo de queroseno, y vertió el líquido en una botella. Acto seguido, cogió dos peras y dos pomelos de una bandeja de fruta con unas flores granates pintadas, lavó las piezas y las sirvió en un platito de cerámica. No del todo convencida de las peras, retiró una y la devolvió a la bandeja. Convencido de las propiedades saludables de cada alimento, el Cuarto Maestro dividía la fruta en tres categorías: neutra, húmeda y caliente, y fría y helada. Cuando se sentía sofocado, nunca comía ni caquis ni ciruelas, y en otoño e invierno se ceñía a las naranjas, las mandarinas y los plátanos. Dadas las diferencias geográficas y climáticas entre el norte y el sur del país, tenía especial predilección por la fruta que venía del sur, pues creía que era la más beneficiosa para su espíritu. El Cuarto Maestro apreciaba mucho las naranjas y las mandarinas por su calidad neutra, y no permitía que nadie pelara sus piezas. Él, personalmente, se encargaba de separar lentamente la piel de la pulpa; un ritual que le infundía un gran bienestar. Últimamente se había sentido sofocado, algo que ella también había notado a través de su masaje, motivo por el cual se sentía inclinado hacia las peras y los pomelos. Zhang-Wang había decidido quitar aquella pera para evitar alterar el equilibrio.

Cada año, con la llegada del frío otoñal, empezaba su dieta tonificante a base de extracto de almejas, *longan* hervido y una tortuga por semana. Nunca se atiborraba, pues creía que los alimentos eran más estimulantes que las hierbas, y se debía comer con moderación. Recibía las nevadas más severas con pato al ginseng cocinado a fuego lento y en olla de barro. Cuando se trataba de introducir novedades, prefería las recomendaciones de Zhang-Wang a las de su nuera, basándose en la confianza establecida durante más de una década. Tuvo dos hijos, uno era secretario del partido en el comité municipal y el otro era funcionario del condado. Ambos habían intentado convencerle para que se trasladara al centro, pero terminaron desistiendo tras obtener siempre la misma respuesta tajante: «¡Insensatos!». Así que ahora que ya era mayor, su segunda nuera había renunciado a vivir con su marido para trasladarse a su lado y atenderle. Cocinaba, lavaba la ropa, iba a buscar agua y cuando llegaba el invierno también se encargaba de conseguir el mejor carbón para el brasero. Aun así, nunca reemplazó el lugar de Zhang-Wang, que

venía a diario para asegurarse de que todo era de su agrado.

Zhang-Wang se dirigió al patio para regar la plantas, donde las abejas zumbaban sobre las olorosas flores. Encontró un tiesto de hortensias en plena floración así que lo entró y lo roció, de modo que las gotas pendían de los pétalos como el agua del rocío. Miró las flores y suspiró, castañeteando los dientes de nuevo.

A su juicio, la única mujer de toda la ciudad con la que se la podía comparar en sus años de juventud era Naonao, aunque los coqueteos de Naonao carecían de encanto. El marido de Zhang-Wang había muerto antes de tiempo debido a su cuerpo débil y a una mala salud. Durante toda su vida se dedicó a poco más que comer y dormir, cansándose con facilidad. El Cuarto Maestro había bromeado alguna vez sobre este hecho: «Pero ¿qué clase de hombre es?». Zhang-Wang descubrió la monumentalidad del cuerpo del Cuarto Maestro en la primera sesión de *moxibustión* y masaje. Comparando esa complexión con la de su marido, este último parecía un perro sarnoso.

Una día, a medio masaje, el Cuarto Maestro empezó a reírse a carcajadas y terminó tirándola fuera del *kang*. Ella respondió levantándose y sentándose de nuevo sobre el *kang* para mayor enfado del Maestro quien, irado, la agarró por la cintura como un fardo, la levantó y la volvió a dejar sobre el suelo. La caída fue tan dolorosa que apenas se podía mover. Satisfecho con el castigo, la recogió y se acostó con ella.

En una ocasión le dijo: «Zhang-Wang, en el mundo todo se divide entre el *yin* y el *yang*». Ella, ansiosa por adivinar su suerte, le explicó que poseía la rara fortuna de gozar de una posición acomodada, sin haber tenido que pertenecer al cuerpo de funcionarios. Relamiéndose los labios, contestó: «Me parece perfecto». Poco más tarde fallecería su marido y su piel empezaría a palidecer haciendo disminuir el interés del Gran Maestro hacia ella como mujer, pero nunca como masajista.

Aún se acostaría con ella un par de veces más. Para Zhang-Wang, la voz del Cuarto Maestro sonaba como el rugido de un tigre. Se había acostumbrado a esa espalda fuerte y musculosa, y le conocía tan bien que incluso podía leer sus pensamientos. Sin tener que preguntar a nadie, podía reconocer qué acontecimientos en Wali eran achacables a su responsabilidad. Notó, por ejemplo, que quería que su esposa, Huan'er, falleciera pronto, y comprendió

que la persona que dio la orden de que colgaran y golpearan a Li Qisheng había sido él. Sabía esto y muchas cosas más, pero se las guardaba para ella, amasando y mezclando sus secretos con los tigres de arcilla y los dulces caseros. Finalmente dejó de tocarla, e igual que un cuchillo que se oxida después de no haberlo usado durante un largo periodo, también ella parecía ahora estar cubierta de polvo, con el cuello siempre sucio. Sin embargo, ella podía reseguir cada rincón de su cuerpo con los ojos cerrados. Pasaba el día tras el mostrador, tratando de matar el tiempo con los tigres de arcilla, mientras las imágenes de su cuerpo desnudo se repetían una y otra vez en su cabeza.

Una vez imaginó que recorría su interior; sus rosados intestinos eran frescos como el suave movimiento de las flores. Entonces vio a una serpiente de color rojo oscuro deslizándose por sus adentros y retorciéndose lentamente hasta entrar en su estómago y formar un nudo. Zhang-Wang soltó un grito de espanto; el tigre de arcilla que tenía en las manos se cayó al suelo y se rompió en mil trozos. Al día siguiente corrió a avisarle: «Tienes un gusano en el estómago».

«¡Qué tontería!»». «Y es muy largo». «¡Ya basta!»», gritó. Ella no volvió a mencionarlo, pero cada vez que le observaba beber té y licor o comer su pato al ginseng, daba por seguro que estaba alimentando al animal.

Acababa de regar los crisantemos y estaba lista para marcharse cuando apareció Wu el Barbillas, director de la Escuela Primaria de Wali. Se acercaba mirando al suelo, pero después de ajustarse las gafas reconoció el rostro de Zhang-Wang. «Hombre, Barbillas. ¡Eres tú!»». Él se limitó a entornar los ojos, lo que significaba que estaba riendo. Era la única persona de Wali que reía sin hacer ruido. Cuando estuvieron frente a frente, ella le pisoteó un pie, a lo que él le respondió con un gesto obsceno y salieron sonriendo del patio, una hacia fuera y el otro hacia dentro.

En ese momento el Cuarto Maestro se encontraba descansando, sentado sobre el *kang*, frotándose los ojos. «¿Eres tú, Barbillas?»». Así era cómo le apodaban.

«Sí», contestó Wu mientras cogía la tetera roja de barro. La colocó sobre un platito verde y la trajo hasta el *kang* para preparar té. Se quitó los zapatos y se subió tras haber dispuesto una mesita de patas cortas y extremos curvados

donde colocó el juego de té.

Los dos hombres se sentaron uno enfrente del otro, envueltos por el aroma de las hojas verdes. El Cuarto Maestro dio un sorbo a la taza roja de cerámica aún humeante, antes de estirarse y coger una caja de cristal que había en el alféizar. Se puso sus gafas de montura ancha y apresó el libro encuadernado que Wu le había traído. Cuando llegó al pasaje que le interesaba, buscó un ángulo con más luz y entonó en voz alta: «Esta era como un melón maduro del jardín del sur, aún sin abrir...».

Wu el Barbillas rio, aunque nadie se hubiera dado cuenta, estirando la delicada piel de las aletas de su nariz.

«Es un libro espléndido —sentenció el Cuarto Maestro—. El otro día estaba tomando té cuando me dé cuenta que la frase que acababa de pronunciar era de este libro. ¿Fue difícil encontrarlo?».

El Barbillas asintió. «Revolví toda mi librería y no hubo manera de encontrarlo. Así que le pedí prestado a un amigo este ejemplar».

El Cuarto Maestro lo miró por encima de los anteojos antes de volver al libro. Apoyándose sobre el borde de la mesa, continuó: «Por ti, se lavaba el cuerpo hasta dejarlo más blanco que la plata».

Al final Wu el Barbillas acabó riendo a carcajadas. «Este fragmento es espléndido, simplemente espléndido. Nada más leerlo, lo copié».

El Cuarto Maestro se quitó las gafas, dejó el libro y tomó otro sorbo de té. «*El loto de oro* no se puede leer muy a menudo porque puede aburrirte. Una edición resumida como esta es perfecta. Está lleno de partes geniales, como esta misma».

El Barbillas asintió con la cabeza. «Tienes razón. Pero *El loto de oro* también destaca por la crítica feroz a sus personajes. El libro está plagado de burlas corrosivas, pero sin llegar a incomodar al lector. El autor ofende con tanta gracia que te divierte. Es como una pinchacito en el corazón. Criticar sin llegar a ofender. Esto sí que es arte».

El Cuarto Maestro sonrió, dejó su taza de té y le dio unas palmaditas en la pierna.

Eran pocas las personas a las que recibía en su pequeño patio. A parte de Zhang-Wang, la del director Wu (con quien su amistad venía de lejos) era la



única visita habitual. El Cuarto Maestro provenía de una familia humilde, pero ya de pequeño destacó por su inteligencia, de modo que el padre del Barbillas, amigo también del padre del Cuarto Maestro, se encargó de costear un tutor privado para ambos niños. Una vez terminados los estudios, Zhao Bing se convirtió en maestro y se hizo muy famoso tras representar a la calle Gaoding en la última etapa de la reforma agraria. Cuando empezaron a surgir los problemas, en lugar de esperar a que la gente le atacara, se encerró en su residencia a vivir una vida apacible. «Yo solo soy un estudioso», les decía a sus viejos amigos de la ciudad o de la capital del condado. «Carezco de lo necesario para ejercer de funcionario en estos tiempos feroces, pero no me quejo».

Uno de los funcionarios más viejos lo reprendió con sutileza: «Pero como miembro del partido que eres, no debes olvidar tu lealtad. ¿O acaso has decidido abandonar la revolución?».

Zhao Bing sonrió. «Por supuesto que no, siempre y cuando exista algo contra lo que rebelarse. Me aparté para abrirles el paso a personas mejor dotadas, pero no me quedaré impasible cuando sea el momento de luchar. No voy a dejar de trabajar hasta conseguir el advenimiento del Comunismo». El líder anciano levantó su pulgar, a lo que Zhao Bing respondió agitando la mano. De todos modos no le hacía nada de gracia que el director Luan y el secretario Li acudieran a visitarle para pedirle consejo. Solo opinaba cuando le apetecía. De lo contrario les respondía: «Ahora sois vosotros los que ocupáis el cargo. No me preguntéis a mí». Solo las visitas de Wu el Barbillas le hacían realmente feliz.

Los dos hombres bebían té, leían juntos novelas eróticas y, de vez en cuando, jugaban al ajedrez. El Barbillas era un talentoso calígrafo y toda una autoridad en materia de ensayos clásicos, por lo que el Cuarto Maestro disfrutaba de su compañía. En invierno, cuando las nevadas teñían el mundo de blanco, se quedaban en el *kang*. Como al Cuarto Maestro no le gustaba utilizar carbón, encendían un reluciente brasero de carbón vegetal que iban alimentando gracias a unas pequeñas pinzas. Las ardientes brasas, iluminadas de un color rojo brillante, apenas dejaban rastro de humo en el ambiente. Se lo regaló Zhao Duoduo años atrás y él nunca preguntó de dónde lo había sacado. Al lado del brasero tenía una olla de agua hirviendo y un plato blanco de

cerámica lleno a rebosar de jengibre picado, cebolleta, lonchas de carne y pescado. Había también un recipiente lleno de pimienta blanca con forma de calabaza.

Como a los dos les gustaba mucho el picante, la punta de su nariz solía estar cubierta de gotas de sudor mientras comían sentados en posición de loto. Por lo general, solía leer el Barbillas, mientras el Cuarto Maestro escuchaba con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. «¡Fantástico!», exclamaba de vez en cuando. El Barbillas, que se consideraba la persona más culta de Wali, poseía una pequeña colección de libros raros que incluía una versión de las *Analectas* tan pequeña que cabía en la palma de la mano, una miniatura impregnada de la fragancia de la tinta. Con el tiempo acabó en manos del Cuarto Maestro, que no podía dejar de tocarlo. Dado su gran manejo del pincel, el Cuarto Maestro solía pedirle muestras de caligrafía y colgaba las mejores en las paredes. «Pobre, mas no adulador; rico, mas no arrogante; humilde y fiel al Tao, pudiente y fiel a las reglas». «Lo raro engendra lo extraño; lo extraño engendra lo pasajero; lo pasajero no puede perdurar». «Lo grande no es más grande que un palacio y lo pequeño no es más pequeño que una pluma». Cada día recitaba y se embelesaba con los pareados.

Como sabía de su aprecio por la buena caligrafía, aunque no fuera particularmente bueno en su práctica, el Barbillas le obsequió con una caja de tinta hecha de cobre con una inscripción donde guardaba un bloque de tinta antigua que brillaba como el jade púrpura, y despedía un aroma a almizcle y menta. El Gran Maestro seguía con atención los movimientos de Wu moliendo la tinta y dándole vida al pincel. Se relajaba viendo el pincel deslizarse hacia abajo con decisión y luego girando con ligereza, como los viejos molinos. Cuando sostenía el pincel, Wu el Barbillas parecía electrizarse; enderezaba todo su cuerpo y se le ensanchaban las venas de los brazos. El Cuarto Maestro suspiraba con admiración. «He oído que un buen calígrafo “muele la tinta como un enfermo”, pero “sostiene el pincel como un guerrero”». «Así es como debe ser».

En una de sus sesiones examinando lecturas clásicas encontraron una fórmula para mantener un buen estado de salud, un método antiguo que terminaron convirtiendo en hábito. El Cuarto Maestro se levantaba al

despuntar el alba. Se sentaba erguido, con los ojos aún cerrados, mientras repiqueteaba los dientes catorce veces seguidas antes de tragar saliva tres veces. Luego hacía seis respiraciones cortas y se agachaba como un lobo con mirada de buitre, balanceándose de derecha a izquierda. Estos ejercicios los repetía tres veces antes de bajar del *kang*. Después se dirigía hasta el patio, donde se detenía, saltaba tres veces sobre sus pies y levantaba dos veces los brazos hasta la altura de los hombros, estirándolos. Dado que la clave de la fórmula residía en la constancia, no fallaba ni un día y murmuraba de memoria: «La energía y la esencia son los elementos de mayor importancia, así que asegúrate de ejercitarlos y no separarte de ellos. No los descuides y mantente unido a ellos. Voy a mostrarte el camino para mantenerte sano. Memorizar la secuencia es providencial. Expulsa los bajos deseos y hallarás la tranquilidad; las luces te acompañarán en tu camino hacia la iluminación. La luna tiene un conejo de jade, y el sol un pájaro. La tortuga y la serpiente se entrelazan; la unión fortalece la vida. Puedes plantar una flor de loto dorada en el fuego y encontrarás los cinco elementos para utilizarlos como te plazca. Una vez lo hayas logrado, podrás convertirte en un Buda o un inmortal».

En una ocasión el Cuarto Maestro le dijo al Barbillas: “Solo ansiamos aquello que es fútil. Con salud y fuerza de voluntad podemos hacer una revolución».

El Barbillas rio en silencio y respondió: «Tienes razón».

Mientras se tomaban su té se fueron animando. El Barbillas siguió pasando las páginas con sus dedos delgados y riendo sin hacer ruido. «Cuarto Maestro, quizá pensarás que soy algo raro, pero, para mí, la lectura es como comer, y no importa que haya grasa».

El Cuarto Maestro asintió. «Cada libro tiene su *qi* malvado y su *qi* bondadoso. Tú prefieres el malvado».

El Barbillas musitó una respuesta mientras hojeaba las páginas con avidez. Al cabo de un momento levantó la mirada y exclamó: «Aquí hay un buen pasaje. Está muy bien escrito. Los antiguos eran conscientes de que la energía también es necesaria en el sentido contrario».

El Cuarto Maestro se puso las gafas y cogió el libro. Después de leer el fragmento suspiró.

El Barbillas le dio una palmadita en la rodilla. «Es como haber encontrado

una perla de conocimiento».

Se sacó las gafas y volvió a suspirar. «Entendiste bien la enseñanza», dijo con una sonrisa.

Satisfecho, el Barbillas meció la cabeza de un lado al otro. Después, con la mejilla temblando por sus dientes apretados, musitó: «La viuda, Xiaokui, debe estar pasándolo mal».

El Cuarto Maestro lo miró de soslayo sin responder.

«Soy diez años mayor que ella —continuó el Barbillas—. Me he pasado toda la vida entre libros, hasta que un día lo comprendí todo».

«¿Qué comprendiste?». El Barbillas respondió con voz nasal: «Deleite indirecto». Al principio el Cuarto Maestro no lo entendió, pero al cabo de un instante empezó a reír tanto que le entró un ataque de tos. Cuando se calmó, tocándole la rodilla, le dijo: «Barbillas, ¿por qué no practicas uno de tus “deleites indirectos”? Ja, ja, ja».

El Barbillas, sonrojado, se sonó la nariz, cogió la tetera y después de dar un sorbo le preguntó: «¿Cuándo fue la última vez que te visitó tu protegida?».

El Cuarto Maestro dejó de reír y le miró fijamente. «Hanzhang es como una hija para mí».

«Ella nunca me hace esperar. Viene cuando quiere. Yo no tengo que llamarla».

El Barbillas chasqueó los labios y repitió: «Como una hija, claro».

La mención de Hanzhang pareció disgustar al Cuarto Maestro y apartó el libro a un lado. Después de salir a la calle para hacer sus necesidades volvió más animado. Mientras examinaba el pomo de hortensias que Zhang-Wang había dejado en medio de la habitación, le pidió que buscara un libro más ligero, como por ejemplo *El relato de las flores y el espejo*, del que había oído hablar. Le pidió que leyera el fragmento donde el Hada de las Flores describe los principios de la floración.

Wu rebuscó por el arcón del *kang* hasta que lo encontró. Se aclaró la garganta y empezó a leer el episodio donde Chang'e, la Dama de la Luna, le propone al Hada que ordene a las flores brotar todas juntas. El Cuarto Maestro respiró impaciente y el Barbillas avanzó hasta la respuesta del Hada. El Cuarto Maestro levantó la mano indicándole que fuera más despacio y cerró

sus ojos para mayor deleite. «¡Excelente!», exclamó con entusiasmo. «Hay tal variedad entre todas las peonías, entre las orquídeas en primavera y entre los crisantemos en otoño, con cada hoja y cada flor al brotar, algunas más tarde, otras más temprano, todas siguiendo su ritmo...».

Mientras el Cuarto Maestro buscaba las palabras precisas para alabar su recitación, el Barbillas redobló el esfuerzo. Sostuvo el libro con la mano izquierda y apoyó la derecha sobre la página, con el dedo índice curvado sobre el pulgar como si se preparara para empujar algo. Mantuvo la cabeza en alto, ligeramente doblada hacia atrás, con la frente inmóvil mientras vibraba al ritmo de las palabras, balanceando ligeramente la parte posterior. No quería apresurar las últimas palabras del Hada, y su voz se hizo más densa, enunciando cada palabra lentamente: «Las palabras de la Dama de la Luna fueron como una declaración de guerra». Y arrastró la última sílaba mientras arrastraba al aire su dedo índice derecho. Al terminar, apartó el libro y se secó el sudor de la cara y el cuello con un holgado pañuelo blanco, hasta dejar la sobarba húmeda y enrojecida.

El Cuarto Maestro, que escuchaba atentamente erguido e inmóvil con las manos sobre su panza, abrió los ojos y, después de toser suavemente para esclarecer la garganta, suspiró: «¡Qué libro tan magnífico! Puedes saborearlo cien veces y en cada una encontrar un gusto distinto. Nosotros, los mortales, no podemos imaginar qué se siente siendo inmortal hasta que encontramos un libro que trata sobre estos asuntos. Lo ves, ¿acaso no es maravilloso que dos viejos como nosotros puedan dedicarse a tomar té y leer libros? Estaba pensando en la suerte que hemos tenido en poder alimentarnos bien, vestir elegantemente y representar la autoridad, aunque no nos haya resultado fácil. Estas pequeñas cosas son las llamadas “fortunas ordinarias”. Lo verdaderamente difícil es comunicarse con los entes mudos y disfrutar de las flores, las plantas, los libros y la música. Para eso se requiere una mente en paz y un temperamento tranquilo... y no es fácil de conseguir; son las “fortunas superiores”. La fortuna, para ser longeva, debe ser como el grano: tosco por fuera y refinado por dentro. He llegado a la siguiente conclusión: existen mil maneras distintas de vivir la vida. Pero ¿cuántas conocemos tú y yo? He estado reflexionando sobre esto durante los últimos decenios». Aquellas palabras causaron un gran impacto en su compañero. La admiración que sentía

por el Gran Maestro demostraba, una vez más, que nunca llegaría a estar a su nivel.

El Cuarto Maestro continuó: «La explicación del Hada de las Flores es, en realidad, el principio de toda la vida: ceñirse a las reglas. Wali existe dentro de unas normas, ¿verdad? Nada bueno puede venir de la falta de decoro. Fíjate en la novela, mira cómo algo tan superfluo como es la floración de cada planta a su debido tiempo termina provocando un cataclismo cósmico. Así que ya sabes, no debes oponerte ni a la rectitud ni a que el resto del mundo se rija por las mismas normas. La tarea de Zhang-Wang es vender dulces y tigres de arcilla, la de Zhao Duoduo es gestionar la fábrica de fideos y la de Guo Yun es cuidar de los enfermos. El clan Sui gozó de prosperidad durante varias generaciones, hasta que la fortuna los abandonó y por eso ahora están todos solteros. Estos son ejemplos de obrar o no con rectitud. Solo podrás conseguir algo si sigues las reglas o, de lo contrario, saldrás malparado. Existe el *yin* y el *yang*, se complementan y se equilibran mutuamente; eso lo sabes tú mejor que yo. Tomemos como ejemplo los dos líderes de la calle Gaoding. Luan Chunji es temperamental, pero también muy decidido, mientras que Li Yuming es buena persona, pero titubea. Estando los dos al cargo, es como cocinar carne alternando el fuego fuerte con el lento; al final consigues la comida en su punto. También tenemos a Zhao Duoduo, que es audaz y atrevido, pero a menudo ha ido demasiado lejos y pierde los modales. He hablado con él sobre esto muchas veces, pero no sirve de nada. Aunque si no fuera por él, habría mucha gente en Wali que se saltaría las reglas. Así que, en realidad, tener a alguien como Zhao es una suerte para todos, aunque algún día sufrirá las consecuencias de sus actos, pues la desmesura nunca llega a buen puerto».

El Barbillas contempló al Cuarto Maestro frotarse las manos angustiado por sus últimas palabras, mientras pensaba en el futuro que le aguardaba a Duoduo. El Cuarto Maestro cogió su taza de té y tomó un sorbo. «Ahora sabe mejor».

El Barbillas se sirvió otra y bebió otro sorbo. «Tomar té con el Cuarto Maestro es como estar viendo una batalla con un estratega que lo único que hace es señalar las principales tácticas, pero sin alterar el equilibrio».

El Cuarto Maestro suspiró y respondió: «La primera ronda te excita; la segunda, la degustas. Es de sentido común. Con este té debes esperarte hasta la

tercera ronda para encontrar el punto óptimo de su sabor». El Barbillas asintió mientras el Cuarto Maestro continuaba: «Acerca del respeto por las normas, aquí en Wali hay que pensar a largo plazo. Volviendo al clan Sui, en su apogeo fue la familia más influyente de todas las ciudades de la ribera, a la altura de las familias más poderosas de la provincia. La mitad de los barcos amarrados en el muelle transportaban sus granos y fideos. Pero ¿eran felices? Pues no. Sui Hengde, Sui Yingzhi y ahora Sui Baopu son ejemplos de buenos gestores, pero nadie puede salvar al clan Sui de su desgracia. Los antiguos decían que “nadie puede sostener un hogar hecho de oro y jade”; y bien podría ser cierto. ¿Qué persona puede ser tan hábil como para mantener una casa entera de oro y jade? —sonrió, mientras se rascaba la reluciente calva—. Fue también una cuestión de decoro el que no eligiera ser funcionario. Dijeron los antiguos que el mundo exige quedarse un paso por debajo una vez el trabajo ya está hecho. Era mi deber ayudar cuando Wali implementó la reforma agraria y durante el gran salto adelante. Ahora que ya está hecho, me he retirado. ¿Acaso no es este el camino a seguir?».

Satisfecho de sus propias palabras, se echó a reír. El Barbillas también lo acompañó, pero sin hacer ruido, y pensó en lo raro que era ver a Zhao Bing reír de esa forma. Feliz, el Cuarto Maestro se giró y cogió una taza de cobre de un pequeño cofre de encima del cabezal *delkang*. Pidió a Wu que escogiera un licor. Sacó dos botellas de cerveza Tsingtao y, apartando el Maotai, se colgó una botella de Shaoxing de vino de arroz con una cinta de raso rojo alrededor del cuello. El Cuarto Maestro sonrió y asintió con la cabeza. Antes de ponerla en la mesa junto con la carne, el jengibre picado y el cebollín, Wu calentó la olla que había en el centro de la habitación. Hirvieron cuidadosamente la carne y disfrutaron animados del caldero.

Sus frentes estaban empapadas en sudor cuando oyeron un ruido en la entrada. Sin levantar la vista, el Cuarto Maestro dio una palmada a la rodilla y dijo: «Mi hija adoptiva ya está aquí».

El Barbillas dejó el bol apresuradamente y alzó la mirada. Escondiendo el licor, se puso el libro debajo del brazo y se levantó en el mismo instante en que Hanzhang entraba. Parecía que tenía frío y acercó las manos a la olla después de mirar detenidamente a Wu. «Cuarto Maestro», le saludó ella en voz baja sin obtener respuesta. Este se giró y sacó un par de palillos y un cuenco.

Con el libro debajo del brazo, el Barbillas se retiró para leer en una de las habitaciones contiguas. Con la cabeza ligeramente inclinada, Hanzhang se sentó en el lugar que se había quedado vacío. El Cuarto Maestro añadió algo de leña, levantando unas cuantas chispas. «Estoy aquí para decirle que esta es mi última visita —dijo Hanzhang—. No quería decírselo, pero luego pensé que he sido su “hija adoptiva” durante dos décadas y debía hacerlo». Subrayó las palabras “hija adoptiva”. Mordiéndose la lengua, el Cuarto Maestro extendió la mano para remover la carne con los palillos, cogió un trozo ya cocinado y lo dejó en el plato de ella.

«¿Lo sé?», respondió. «¿En serio?». «Sí». Sorprendida, lo miró fijamente. Cogió una bebida, le sirvió un vaso y ella tomó un sorbo. «Yo lo sé todo. Tengo casi sesenta años, así que ¿cómo no iba a saberlo? Sabía que algún día mi hija adoptiva dejaría de venir porque se daría cuenta de sus actos. Sé que no he obrado con rectitud y voy a pagar las consecuencias. Cuando te veía entrar por esta puerta me paralizaba, pero debía dejarte entrar. Esperaba que no aparecieras nunca más porque esto hubiera sido mi salvación, pero aquí estás de nuevo. He llevado las cosas demasiado lejos y no voy a acabar bien. Los antiguos decían que uno debe tomar medidas antes de que surja el problema. Hubiera tenido que ser previsor, pero ya es demasiado tarde y no puedo evitar el desastre. Adelante, Hanzhang, haz lo que viniste a hacer. He estado esperando este momento sabiendo que me aguardaba un triste final».

Mientras le escuchaba, los palillos empezaron a temblar en sus manos y dejó caer el trozo de carne sobre la mesa. «Lo sabía —dijo—. Esto ya lo sabía». Su tez siempre había sido muy clara pero ahora tenía un tono azul, como si su piel hubiera sido atacada por el frío.

«¡No tengo ninguna intención! —gritó—. Simplemente no quiero venir nunca más. Solo he venido a comunicártelo».

El Cuarto Maestro soltó una risa siniestra. «Pero estás aquí, y tú no estarías aquí si realmente no hubieras querido venir. No tienes que darme explicaciones. Como ya te he dicho, lo sé todo. Lo habrás meditado y ansías un castigo. Déjame que te cuente. He pensado en este momento durante años, pero no he hecho nada para sortearlo. He preferido que la naturaleza siguiera su curso. Pensé que el cielo me había salvado después de dos semanas sin venir. ¿Quién podía prever que hoy volverías? Ahora sé que no puedo escapar.



Por lo tanto, haz lo que tengas que hacer».

Hanzhang lo miró sin entender nada, a sabiendas de que a esos ojos brillantes y perspicaces que ahora estaban barriendo lentamente la habitación no se les podía ocultar nada. Estaba en lo cierto; le había dado muchas vueltas. Había pensado mucho en lo ocurrido aquella noche oscura más de veinte años atrás, en lo sucedido después, y en su perpetua desesperación. Las consecuencias de aquella noche era lo que el Cuarto Maestro llamaba «el fin». Tembló, como lo hacía cada vez que hacía memoria. «¡Esa noche oscura! ¡Esa noche!», se decía una y otra vez. Todo había empezado esa noche.

Las tropas rebeldes habían detenido a su hermano mayor y a Jiansu, dejándola sola en casa. A los miembros del clan Sui no se les permitía llevar brazaletes de la Guardia Roja y sus hermanos llevaban unos hechos en casa. Cuando los guardias, vestidos de caqui, entraron en casa se los arrancaron de inmediato. Ella fue corriendo a recogerlos y los planchó. Afuera estaba oscuro y los perros ladraban. Los Guerrilleros Invencibles y el Ejército de Jínggangshan, las dos facciones rebeldes con más apoyos en la ciudad, mantenían una guerra dialéctica por megafonía. No tenía idea de qué grupo se había llevado a sus hermanos. La puerta se abrió de una patada cuando estaba planchando los brazaletes y entró en un grupo de personas. «Venga con nosotros, Señorita Lacaya del Capitalismo». La arrastraron a empujones hacia afuera, mientras otros acordonaron la casa con tiras de papel. Fue llevada a un sótano.

Sin levantar la vista, Zhao Duoduo, que se escalfaba en un brasero, preguntó: «¿La han detenido?».

Uno de los hombres la empujó hacia adelante. «Misión cumplida, Comandante».

Duoduo les despidió con un gesto antes de empujarla hacia la luz para ser auscultada de cerca. «Eres una apestosa capitalista. ¿Crees que eres mejor que nosotros, ¿verdad?». Con una risa siniestra extendió la mano y le pellizcó el pecho. Ella gritó y corrió hacia la puerta, pero le cortó el paso. Entonces la tiró al suelo. Ella comenzó a llorar y se puso de pie, pero volvió a tirarla al suelo. Se burló. «Ni se te ocurra huir. Las masas revolucionarias te abatirían sin pestañear». Ella seguía llorando. «Cada vez que te veo me acuerdo de tu madre —continuó—. Significó algo para mí. Y ahora ven sin rechistar». Se

sentó de nuevo cerca del brasero, pero sin sacarle un ojo de encima.

Debía ser medianoche cuando Duoduo se desabrochó los pantalones y se acercó. Cuando giró la cara, la arrastró por los pies y le gritó: «¡Te he dicho que vengas!». Arrinconada, se abalanzó sobre ella, casi ahogándola. Hanzhang lanzó un grito ensordecedor. Él la arrojó por el suelo por la cabellera y, murmurando para sí, se acostó a su lado. En ese instante la puerta se abrió de golpe; era el Cuarto Maestro. Zhao se puso de cuclillas y se quedó petrificado. Hanzhang se levantó entre lágrimas. Los músculos de la cara del Cuarto Maestro temblaban. Se acercó a Zhao y le tiró al suelo. Cuando Zhao trató de levantarse, el Cuarto Maestro lo volvió a tirar. Esta vez se quedó en el suelo. Entonces el Cuarto Maestro cogió a Hanzhang de la mano, la sacó del sótano y se la llevó a casa.

Así fue como empezó. Él la llevó a su casa, le lavó la cara y le peinó con los dedos. Luego le preparó un poco de sopa de verduras y carne. Antes de acomodarla en una habitación le explicó que debía permanecer en su casa hasta que los ánimos no se calmaran. Nadie se atrevería a tocarla estando en su casa. Pasados unos días, como continuaba preocupada por sus hermanos, el Cuarto Maestro encontró la manera de liberarlos.

Pasó más de seis meses en su casa. Cada día regaba las flores, comía con Zhao Bing y no volvió a pasar hambre. Incluso le regaló una tela colorida de seis metros. Durante ese periodo se convirtió en mujer. Llegado el momento de partir, con las calles más calmadas, se despidió con lágrimas en los ojos. Le agradeció lo mucho que le debía y le prometió hacer cualquier cosa para pagarle su bondad. Él puso mala cara y respondió: «¡Qué tontería! Vivimos en la misma ciudad y eres como mi propia hija. Ven a verme siempre que puedas, sobre todo durante las vacaciones». Así es como se convirtió en su hija adoptiva. Durante los siguientes años le visitó con asiduidad, como si nada hubiera cambiado. Hacía algunos arreglos en la casa, regaba las plantas y los días de fiesta le mostraba sus respetos con obsequios. Él le acariciaba el pelo y se lo agradecía con unas palmaditas en la espalda. «¡Qué buena chica eres!».

Cuatro años después de haber vivido en casa del Cuarto Maestro, Hanzhang cumplió los dieciocho y tenía el mismo aspecto que su madre de joven. Tenía las cejas delgadas, una figura esbelta y una cintura estrecha que dejaba a todos los jóvenes de la ciudad boquiabiertos. Sin importarle lo que

pensaran, se paseaba por el pueblo orgullosa y contenta, contoneando sus grandes pechos y caderas redondeadas. En algunas ocasiones, cuando se sentía de buen humor, pasaba a saludar al Cuarto Maestro.

Una noche, temprano, mientras ella regaba las flores, levantó la mirada de su lectura. «Trae un ramo de flores bien bonito».

Ella lo hizo complaciente; acercó el jarrón, se quitó los zapatos, subió al *kang* y puso el vaso en el alféizar. Al inclinarse, la mano de Cuarto Maestro se posó sobre su espalda y recorrió un camino debajo de su ropa, como si buscara algo. Encontró su pecho y lo sostuvo. Notó el rostro ardiendo y gritó del pánico. Él la tomó entre sus brazos, engulléndola con su cuerpo grandioso como una montaña. Hanzhang temblaba sin control, mientras él reseguía cada parte de su cuerpo. La montaña se transformó en carne y cayó sobre ella, casi asfixiándola. «Cuarto Maestro —le rogó—, suéltame. Eres mi padre adoptivo. Por favor, deja que me vaya».

La calmó con su voz pausada. «Eres una buena chica. Siempre has sido una buena chica».

Todo comenzó aquella noche oscura; si ella no hubiese vivido en su casa, no se hubiese convertido en su padre adoptivo. Su décimo octavo cumpleaños había pasado. ¿Qué clase de día había sido? La imagen del trasero desnudo del Cuarto Maestro la dejó estupefacta. Su corazón sangró. Con los ojos cerrados, tuvo que soportar el dolor y el sufrimiento, imaginándose que su sangre brotaba hasta desbordar el río Luqing. Más tarde se enteró de que el Cuarto Maestro había protegido a su familia durante años. Sin su ayuda, Baopu y Jiansu hubiesen pasado por todo tipo de calamidades hasta acabar muertos, y ella hubiese perdido la virginidad mucho antes. Ahora lo entendía todo. ¿Odiaba a la persona que había protegido a su familia durante tantos años? ¿Le amaba? Lloró hasta quedar exhausta.

Cuando el Cuarto Maestro le pellizcó entre la nariz y los labios, abrió los ojos. «Ven a visitar a tu padre adoptivo siempre que quieras», le susurró. Ella se secó las lágrimas y se marchó. Así es como terminó el día de su cumpleaños. Después de eso se negaba a salir del recinto familiar, y la imagen de las hortensias en el patio del Cuarto Maestro la aterraba. Zhao Duoduo envió a sus milicianos a acosarles de nuevo. Solían venir a medianoche y se llevaban a Baopu al cuartel donde actuaban con total impunidad. Hanzhang lo

veía desde su ventana, con la espalda doblada, y su corazón sangraba de nuevo. Hasta que volvió a visitar a su padre adoptivo. La vida siguió, año tras año, mientras él la alababa delante de todos explicando lo buena muchacha que era. Empezó a bajar de peso y su piel se volvió tan transparente que podían verse sus venas de color verde oscuro. Asustada, le preguntó al Cuarto Maestro si sabía lo que le ocurría; él la convenció de que todo estaba bien, solo necesitaba alimentarse de esencia masculina. Su cuerpo fue languideciendo y, finalmente, entendió que estaba enferma.

En las noches de luna llena se sentaba junto a la ventana a contemplar las calles oscuras. A veces oía los pasos de Baopu por el patio y temía que se percatara de su estado. No quería convertirse en otra preocupación y ni se atrevía a mirarlo a los ojos. Recostada en la cama, en silencio, tenía el corazón desgarrado por un dolor insoportable. Solo ansiaba permanecer encerrada sin ver a nadie. Algunas veces, cuando salía de la planta de secado, se sentía perdida y le parecía como si la casa del Cuarto Maestro fuese su único refugio. Quizá fuese un demonio, pero sus extremidades, su cuello, aquellas manos ásperas inabarcables, incluso sus anchas caderas, eran de una belleza imbatible. Dotado de una energía sin límites, no perdía nunca la compostura, sino que la explotaba al máximo. Contando silenciosamente los días encerrada en su habitación, su corazón fue asaltado por una gama de emociones lacerantes: humillación, sed, añoranza, odio, obsesión, ira y deseo.

El Cuarto Maestro había destrozado su vida, dejándola sin nada más que un miserable deseo sexual. Había sido ella la última en traer la vergüenza al clan Sui; un pensamiento humillante. Apretó los dientes y esperó, sin saber lo que esperaba. Un día sintió la necesidad de ver al Cuarto Maestro, pero se quedó encerrada en su cuarto, incapaz de salir. Buscaba algo sin saber el qué, cuando finalmente su mirada se posó sobre un par de tijeras pequeñas que utilizaba para trenzar los tallos del maíz. Al agarrarlas sus ojos se iluminaron y las notó gélidas como el hielo. Soltó un grito y las tijeras cayeron al suelo, pero en lugar de recogerlas las miró detenidamente y salió despavorida. A partir de ese momento entendió a qué estaba esperando: a matar al patriarca del clan Zhao. Cuando la idea brotó tomó vida propia. Las tijeras se posaron en sus manos varias veces, pero caían al suelo invariablemente antes de que pudiera salir de la habitación.

\* \* \*

Tenía los grandes ojos del Cuarto Maestro clavados en su rostro, mientras tragaba otro sorbo. «Sé lo que estás pensando. El fin está cerca».

Hanzhang no pudo contener el temblor y siguió murmurando: «Esa noche oscura. Esa noche...». Un pensamiento ilusorio surgió durante su murmullo, quizá el Cuarto Maestro se refiriese a otra cosa cuando hablaba de «el final». O tal vez no había adivinado sus intenciones. «Pero ¿a qué te refieres con... “el final”?», preguntó ella.

El Cuarto Maestro cruzó los brazos y su cuerpo se contrajo. «Vas a matarme», reveló.

Ella chilló, se abocó hacia la mesa y empezó a llorar, escondiendo la cabeza entre los brazos, retorciéndose, agitando los hombros violentamente. «Hanzhang», la llamó en vano. No podía parar de llorar. «Todo ha terminado —se decía—, todo ha terminado. Él lo sabe todo; conoce mis pensamientos». Sus gritos se convirtieron en lamentos; y gemía por su infortunio y por el de todo su clan. Su llanto, que parecía estar a punto de derribar la casa, acabó llamando la atención del Barbillas, que estaba en la otra habitación. Asomó la cabeza por la ventana, pero rápidamente la retiró. Hanzhang seguía llorando. Su cuerpo se deslizó por debajo de la mesa; las lágrimas empapaban su pelo y surcaron su rostro antes de caer cuello abajo.

El Cuarto Maestro no pudo aguantar más y la abrazó. Mirando su hermoso rostro gélido, suspiró y le secó las lágrimas, primero con los dedos y después con la camisa, hasta que paró de llorar. Le habló con voz serena: «Hija, sé por qué lloras. Pero mientras tú lloras por fuera, yo lo hago por dentro, anticipando el final. He estado esperando este momento durante años, sabiendo qué es lo que me merezco. A veces me acuerdo cuando tenías dieciocho años, una flor fresca o una piedra de jade, y yo tenía cuarenta, todavía lleno de vitalidad. Quizá no era lo correcto para ninguno de los dos, pero el *yin* y el *yang* confluyeron y no violamos ninguna ley de la naturaleza. Pero ahora aquí me tienes con sesenta años, y a estas alturas se ha convertido casi en una perversión. Cuando las cosas se llevan al extremo, se pierde el derecho de reclamar. Confucio dijo una vez que puedes hacer lo que quieras,

siempre y cuando no transgredas las leyes. Eso es a lo que me refiero. El problema es que todavía estoy lleno de vitalidad y de esencia masculina... ¿Cómo iba a terminar bien? Pero no me quejo. Me siento un hombre satisfecho. ¿Quién soy yo, de todos modos? Un mísero solterón de Wali. Y tú, una joven del clan Sui, la belleza de la ciudad. Voy a morir sin remordimientos y estoy esperando a que llegue el final. Me alegré por tu prolongada ausencia. Pensé que tus sentimientos se habían endurecido y habías decidido permanecer alejada. Pero eso hubiera sido demasiado fácil para mí. Entonces se abrió la puerta y apareciste. Ahora me doy cuenta de que no hay escapatoria; solo es una cuestión de tiempo. Pero antes necesito decirte algo. No son mentiras; un moribundo no miente. Te traté como a un tesoro, el único en mi vida. Te quiero. Eso es todo lo que tengo que decir».

La acarició mientras hablaba y, cuando terminó, sostuvo su cara entre las manos para besarla. Mientras la acariciaba murmuró una vez más: «Hanzhang». Ella se agitó débilmente en sus brazos. «Hanzhang, hubiera tenido que poner fin a esto mucho antes. Ya no nos queda mucho tiempo, pero no tengas miedo. Ahora siéntate y bebe algo. El caldero está en su punto». La ayudó a levantarse y corrió las cortinas antes de ir a cerrar la puerta de la sala. Sedienta de tanto llorar, introdujo la cuchara en la sopa. Con cuidado de no quemarse, se bebió el caldo hirviendo y comenzó a sudar. El Cuarto Maestro respiró profundamente y apartó la mesa. La agarró por las nalgas y la llevó a su lado. Con un gemido de satisfacción, le alisó el pelo y colocándola suavemente debajo suyo soltó alegres ronroneos como si estuviera jugando con un gatito. Sentado sobre ella mirándola, la agarró por el cuello y un torrente de calor subió por su pecho desnudo.

Oyeron la voz del Barbillas recitar fuerte y claro, más allá de la ventana. «Confuso y borroso, no se puede describir. Borroso y confuso, no se puede doblar. Oscuro y sombrío, no tiene forma; profundo y cavernoso, no se mueve. Se propaga y se despliega con aspereza y suavidad, cayendo y levantándose con el *yin* y el *yang*».

Ignorando la letanía, el Cuarto Maestro se inclinó para estudiar de cerca aquellas venas azules oscuras, inmóvil.

La voz de Wu el Barbillas subía y bajaba rítmicamente, alcanzando un *crescendo*. «Es ínfimo y profundo, logrando ver las cosas más pequeñas. Se

extiende sin fin, maravilloso. Su altura puede llegar al cielo y su inmensidad puede cubrir los cuatro rincones de la tierra. Es brillante como el sol y la luna; es rápido como un rayo. Resplandece con rapidez, perdiéndose de vista; se sostiene como los meteoritos; centellea como el agua en un profundo abismo; se empaña y flota en las nubes».

El Cuarto Maestro presionó dos de las venas oscuras de Hanzhang y observó cómo se agrandaban debajo de su piel. Al levantar los dedos, la sangre fluyó rápidamente. Se inclinó y besó su cuerpo.

## 13

La primera persona que advirtió el regreso de Sui Buzhao fue el excéntrico Shi Dixin, quien se encontraba a las puertas de la muralla de Wali cargado con un cesto de estiércol colgado de la azada. Por ese tramo no pasaban carretas y, por respeto a la muralla, tampoco se permitía que la gente aliviara sus necesidades a menos de cien metros. Después de que Sui Buzhao se marchara a la ciudad en busca del viejo barco, Shi Dixin había tenido una premonición: Sui Buzhao moriría pronto. No se trataba de una idea tan descabellada, pues según la tradición, es de mal agüero que un anciano abandone su hogar porque, si fallece lejos de los suyos, sus huesos serán enterrados en un lugar ajeno. Ahora que por las carreteras había un tránsito mayor de gentes y animales, Sui Buzhao, con el petate auestas, se esforzó para no tropezar con sus piernas y consiguió regresar con vida. Para comprobar su premonición el viejo excéntrico merodeaba alrededor de la muralla o se encaramaba de un salto para controlar la entrada a Wali con los ojos bien abiertos.

Aquella tarde se encontraba contemplando el atardecer, cargado con su cesto (vacío como de costumbre), cuando vio a Sui Buzhao acercarse a trompicones. «¡Oh, no! Ese pajarraco sigue vivo». Shi Dixin bajó del muro a toda prisa, conteniendo las ganas de gritar.

Sui Buzhao se estaba acercando, y Dixin arrojó el cesto y empuñó la azada con aire amenazador. La muralla estaba bañada por los colores del atardecer; no había nadie a la vista, solo un sudoroso Sui Buzhao, quien, al levantar la mirada, se encontró con Shi y su azada bajo el reflejo de los últimos rayos de sol. El sudor corría por el rostro de Buzhao. Se miraron fijamente. El viejo excéntrico se mordió el labio inferior mientras levantaba la azada lentamente por encima de su cabeza. Buzhao estiró el cuello y lo miró, como un gallo en



pleno canto. La azada se batió una o dos veces en el aire y se precipitó al suelo, estampándose contra la arena y levantando una nube de polvo. Liberando el labio de entre los dientes, Dixin le maldijo: «¡Traidor!». Y se encaminó hacia la ciudad siguiendo los pasos de Sui Buzhao, pensando en el montón de batallitas que debía traer, igual que tiempo atrás cuando regresaba de surcar los mares. Lo único que no se explicaba era por qué razón los cielos no le habían hecho desaparecer de la faz de la tierra, con todas las oportunidades que habían tenido.

Sui Buzhao atrajo rápidamente a una multitud que lo acribilló a preguntas. Con una sonora carcajada y un grito ininteligible, se colocó de un salto sobre un montículo de tierra y anunció: «Nunca adivinaríais dónde han colocado nuestro viejo barco, ni qué aspecto tiene. Lo consideran un tesoro y está expuesto en un gran edificio oficial. Sustituyeron todas las tablas podridas y lo colocaron encima de un imponente pedestal de metal pintado, cercado con una cadena para mantener a la gente a una cierta distancia. En una placa blanca de madera se explica dónde, cuándo y cómo se encontró la quilla, y a qué dinastía perteneció. Ha estado expuesto durante más de veinte años y la gente aún continúa haciendo cola para admirarlo. Y también están todos esos extranjeros barbudos que intentan fotografiarlo, pero unos apuestos guías, cuya única tarea es encargarse de su protección, se lo impiden. Antes de transportarlo a la capital, le aplicaron varios tratamientos químicos; y esa peste que echaba cuando lo encontramos ha sido reemplazada por un aroma fresco».

Sui Buzhao estaba rodeado por una multitud sorprendida y, en general, satisfecha con sus explicaciones. Luego les señaló y anunció: «Nuestro barco está en la capital provincial, donde incluso los extranjeros van a visitarlo, pero no la gente de la ciudad donde fue encontrado. El responsable de su conservación me explicó que por las noches gime, obviamente de añoranza. Durante más de veinte años nadie de Wali ha ido a visitarlo. No somos dignos de este barco. Yo me arrodillé ante él para mostrarle mis respetos. Luego pedí que me dejaran subir y tocarlo; era la primera vez que daban permiso a alguien. Tan pronto como mi dedo se acercó, empezó a temblar y, al tocarlo, se sacudió. No pude contener el llanto. “Viejo barco —le dije—, tienes que perdonar a la gente de Wali porque es desagradecida y desleal, pero no han podido hacerlo mejor. Primero estuvieron muy ocupados inventando nuevos

artilugios y fundiendo acero; después llegó la hambruna y era imposible viajar. Cuando consiguieron algo de comida para salir adelante, entonces llegó la Guardia Roja para instalar sus ametralladoras en lo alto de la muralla”. Al oír mis palabras, todos los allí presentes empezaron a llorar. Incluso los forasteros, cuyas lágrimas eran de color verde. “Pero eso es agua pasada —continué—. Ahora la gente de Wali se encuentra mejor. Así que ya es hora de que te lleve de regreso a casa, el lugar que te corresponde. El tío Zheng He ya no está entre nosotros, así que yo me ocuparé de ti, aunque solo sea un vulgar marinero. Y cuando muera, Zhichang te cuidará”. “No se lo podemos permitir”, me dijeron los vigilantes. Así que me marché con lágrimas en los ojos».

La multitud mostró su asombro; no podía sacarse de la cabeza las lágrimas de los extranjeros y los gemidos del viejo barco. Uno niño no pudo reprimir su curiosidad. «¿Y qué hay de nuevo e interesante en la ciudad?».

«Hay todo tipo de cosas —respondió Sui Buzhao, olvidándose de su aflicción—. Los hombres y las mujeres visten pantalones vaqueros ajustados; y en las salas de baile hay luces de neón que parpadean, donde saltan y bailan sin tocarse. Por solo dos *jiao* puedes ver una película erótica cien veces mejor que esos espectáculos en vivo que conocemos. También hay películas de artes marciales con unas peleas espectaculares. Los hombres no pueden vencer a las mujeres, y las mujeres son derrotadas por unos hombres mayores muy raros. En una ocasión, en lugar de luchar, apareció un hombre desnudo...». Hubo un estallido de risas. Pero entonces alguien escupió ruidosamente, y todas las miradas se centraron en el viejo excéntrico, que miraba a Sui Buzhao con cara de enfado.

Jiansu, que estaba entre la multitud, se abrió paso para coger a su tío del brazo y descargarle el petate de la espalda. A Jiansu le fascinaba la vida en la ciudad y estaba impaciente por llegar a casa. Poco a poco la multitud se fue dispersando, pero el viejo excéntrico no les quitaba el ojo de encima, mientras su azada temblaba bajo la puesta de sol que se desvanecía.

Li Zhichang, que en aquel momento no tenía ganas de estar con nadie, no acudió a recibir a Sui Buzhao. Su rostro era un reflejo del fuego de la pasión. Al poco de partir Buzhao, Li Qisheng había sufrido otro ataque de locura, y Zhichang había estado muy ocupado con las visitas del médico y preparando la

medicina. Finalmente su padre había acabado postrado en el *kang*, silencioso e inexpresivo. Li Zhichang estaba tan concentrado luchando por la recuperación de su padre que no tenía tiempo ni de pensar en Hanzhang. Sin embargo, cuando hizo una pausa de sus obligaciones, las llamas del amor ardieron de nuevo. No tuvo más remedio que ir al molino a ver a Baopu, quien le mostró los nuevos engranajes y le habló sobre la modernización de la fábrica. En lugar de apaciguar su pasión amorosa, avivó una vieja llama. Al llegar el momento de dormir, vio en el aire suspendidos unos engranajes dorados empujados por los finos dedos de la hermosa Hanzhang. En cuestión de días, el pelo de Zhichang empezó a caer a puñados y el poco que le quedó perdió su brillo. Tenía los ojos grandes como platos y sus pómulos sobresalían bruscamente. Baopu trató de consolarlo, pero nada parecía funcionar. Sus conversaciones siempre volvían al mismo punto: Hanzhang.

Li Zhichang explicó que estaba convencido de que Hanzhang le quería, y él la esperaba. Baopu se preguntó si su hermana había hablado con él o si había dado alguna muestra de sus sentimientos. Decidió llegar al fondo de la cuestión y descubrió que nada más lejos de la imaginación de Zhichang. Suspiró decepcionado. La soltería de su hermana le apenaba. Podía aceptar toda su desdicha, pero no la de la persona más joven del clan Sui.

Un tiempo más tarde, Li Zhichang le reveló con voz temblorosa una pesadilla que había tenido. Había soñado que una chica alta, delgada y hermosa era retenida en la mazmorra de un molino abandonado. Sin ver la luz del día, sus mejillas eran cada vez más pálidas. El musgo verde se extendía por el suelo de la celda y subía por sus rodillas. Él la miraba a través de una grieta que había en la puerta. La cara de la joven le parecía familiar, pero no sabía quién era. Su mirada era fría y distante, pero cuando estaba a punto de marcharse miró hacia él. Entonces la reconoció. «¡Hanzhang!», gritó a pleno pulmón. Y todo se desvaneció en medio de una neblina. El sol ya despuntaba.

Baopu analizó el sueño. «Pero cuando te despertaste fuiste a comprobar que se encontraba bien, ¿no?», preguntó.

Li Zhichang asintió. «La llamé, pero no me respondió. Incluso pensé en romper la ventana de un puñetazo...».

Baopu lo miró preocupado, pero no dijo nada. Se acordó de aquella noche de tormenta, cuando un rayo cayó sobre el árbol y Xiaokui colocó su mano

febril sobre la suya, con el cuello ardiendo. «No le des más vueltas — murmuró—. No lo hagas... Solo fue un sueño».

«Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Esperar? No puedo seguir así ni un día más».

Baopu negó con la cabeza. «No —dijo con voz sosegada—, debes centrarte en la modernización de la fábrica. Tienes mucho trabajo por hacer... Ve a hablar con el Técnico Li del equipo de inspección. En una ocasión dijiste que no podías parar la reforma de la fábrica. ¿O es que ya no te acuerdas?».

Tras oír aquellas palabras no supo en qué escudarse. «Si por mí fuera, ya estaría trabajando en ello. ¡Pienso en los engranajes día y noche! ¡Es otra persona la que me obliga a detener la reforma!».

«¿De qué hablas? ¿Quién te lo ha ordenado?», exigió Baopu. Los labios de Zhichang temblaron cuando le espetó: «¡El clan Sui!».

Baopu apenas podía creer lo que oía. Así que Li Zhichang le explicó su conversación con Jiansu una noche de mediados de otoño, sobre la plataforma de hormigón de la planta de secado, y la respuesta ambigua de Sui Buzhao. Sosteniendo la cabeza entre las manos, explicó: «De repente entendí que, aunque yo trabajara para Zhao Duoduo, después de todo lo que el clan Sui ha hecho por mí, debía obedecer. Ya sabes que sería incapaz de vivir sin mis engranajes, no hay un solo día que no ruegue en silencio para que la fábrica cambie de propietarios y sea el clan Sui quien la vuelva a dirigir».

Con una mirada de indiferencia, Baopu se dio la vuelta y extendió las judías con su cucharón, luego se sentó en el taburete y se encendió un cigarrillo. «No seas así», respondió. «La fábrica no es ni de Zhao Duoduo ni del clan Sui; ya deberías saberlo. Como hombre inteligente que eres, debes pensar a largo plazo y tener una sola cosa en mente: seguir trabajando en la modernización de la fábrica».

Perplejo, salió de la fábrica reflexionando en las últimas palabras de Baopu. «Ha llegado el momento —pensó— de hacer una visita a Sui Buzhao y oír su opinión». Cuando llegó a la estancia, se asomó por la ventana y descubrió al anciano leyendo en voz alta su ejemplar del *Libro clásico de la navegación*. «Al llegar aquí, habrá tres o cuatro arrecifes; no avances por encima. Sorteas el paso navegando entre ellos».

Li Zhichang decidió no interrumpirle y, en lugar de eso, se quedó apoyado

contra la ventana, escuchándolo recitar aquella misteriosa lectura.

\* \* \*

Desde el sabotaje de la cuba, Zhao Duoduo se despertaba sobresaltado en medio de la noche y estiraba el brazo, nervioso, buscando el cuchillo sobre el alféizar. Muchas noches deambulaba por la sala de procesamiento, examinando cuidadosamente hasta la última esquina. Cuando pensaba en la maquinaria que instalaría en la línea de producción, le costaba contener la emoción. Una vez creado el consorcio se centraría en la producción en masa. Pero antes era necesario instalar la maquinaria y el Chalado era la clave para conseguirlo, aunque personalmente le despreciara. Conteniendo sus instintos, finalmente se dirigió en busca del equipo técnico de inspección para hablar con el Chalado. Después de exponer su demanda, el Técnico Li le hizo saber que el camarada Zhichang era el encargado de ese tipo de operaciones, y lo único que podía hacer por él era prestarle su apoyo. Duoduo salió en busca de Zhichang para que se pusiera manos a la obra.

Li Zhichang, con los ojos inyectados en sangre, la boca seca y la lengua trabada, sacó una hoja de papel y un lápiz, mientras escuchaba a Duoduo.

«¿Dónde has visto tú que las cosas se sostengan con engranajes?», preguntó Duoduo irritado.

Li Zhichang respondió trazando una sola línea sobre el papel. «¿Los van a instalar este año?». Li Zhichang añadió dos círculos. «Y ¿se supone que esto son los engranajes?», preguntó Duoduo señalando los círculos. Li Zhichang asintió. «¿Qué pasa, que no puedes hablar?». Duoduo empezaba a acalorarse. «Claro —contestó Li—, pero un dibujo siempre se entiende mejor». «Del clan Li tenías que ser. De ahí solo sale gente rara», sentenció Duoduo dándose la vuelta para marcharse. «Me da igual lo que valga. ¡Pero quiero que empieces de inmediato! La fábrica va a hacerse cargo de todos los costes».

Sin decir ni una palabra, Li Zhichang hizo una bola con el papel y la lanzó a una esquina.

Li Zhichang empezó a frecuentar la casa de Sui Buzhao todas las noches, normalmente acompañado por Baopu y el Técnico Li, quien no paraba de

hacer preguntas sobre el viejo barco y sobre la ciudad. Después de repetir lo mismo una y otra vez, Buzhao estaba cansado de tantas preguntas y se estaba quedando sin respuestas. Cuando el Técnico Li le preguntaba sobre el viejo país de Donglaizi, el viejo se animaba. Según le explicó el responsable de la conservación del barco, Donglaizi había contado con una flota inmensa de buques de guerra y era muy probable que el muelle de Wali hubiese formado parte de sus puertos navales orientales. A medida que disminuía el número de contiendas, los asuntos militares se desplazaron hacia el oeste y el puerto de Wali fue reconvertido para usos comerciales.

«Entonces, ¿el barco que encontraron formaba parte de la flota de Donglaizi?», preguntó Baopu.

«No —negó con la cabeza—. Es de un período posterior. Con este navegamos el tío Zheng He y yo...». Era ya tarde cuando la conversación llegó a este punto, pero Sui Buzhao aún no había terminado. «Quien mejor conoce la historia de Donglaizi es el Guo Yun, el médico. Todos los aquí presentes provenimos de Donglaizi. Esto es algo que deberían recoger las crónicas de la ciudad; que todos los de Wali somos ciudadanos de Donglaizi. Ah, tras la muerte de Li Xuanton, Guo Yun pasó a ser la única persona entendida en historia antigua».

«¿Y qué hay del director de la escuela, Wu el Barbillas? —preguntó Zhichang—. Él también debe saber muchas cosas».

Sui Buzhao respondió con un soplo: «¿Wu el Barbillas? El suyo es un pasado turbio».

Se hizo el silencio, y las notas de la flauta del Cojo llegaron en medio de la noche, unos llantos penetrantes y desamparados arrojados al gélido aire. Baopu levantó la mirada y escuchó atentamente. Las comisuras de sus labios se torcieron.

Sui Buzhao señaló la ventana. «El Cojo está tocando la canción de los solteros. El día que se case, el sonido de su flauta cambiará».

Baopu negó con la cabeza. «¿El Cojo? ¿Casarse? No lo creo».

Sui Buzhao rio. «Todo el mundo tiene un as en la manga. Él puede tener lo que quiera gracias a su flauta. Y eso incluye una esposa».

Li Zhichang escuchaba la conversación en silencio. A su mente habían

vuelto los engranajes dorados y Hanzhang, que se acercaba con sus finos dedos y hacía girar las ruedas. Ella y los engranajes se fundían hasta confundirse. Zhichang se imaginaba que los envolvía entre sus brazos, sujetándolos con fuerza. Les explicó a los tres hombres la orden que le había dado Jiansu en el Festival del Medio Otoño: debía esperarse para modernizar la fábrica. Fue un momento crítico para el clan Li al darse cuenta de la gravedad de la situación; había llegado el momento de elegir entre los dos competidores por el poder, los Zhao o los Sui. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? Tendió las manos en un gesto de frustración. Sui Buzhao miró a Baopu, pero no dijo nada. El Técnico Li encendió un cigarrillo y empezó a pasear, deteniéndose de vez en cuando delante de la ventana. Entonces, inesperadamente, se dirigió al centro de la sala y anunció emocionado: «Ha llegado el momento. ¡Hay que poner los engranajes en movimiento!».

Se quedaron asombrados cuando el Técnico Li se acercó a Li Zhichang y exclamó: «¿Acaso esperó la humanidad para inventar el primer teléfono? ¿O para la primera bomba atómica? ¿O para el primer satélite espacial? ¡No! ¡De ninguna manera! Entonces, ¿por qué la gente debería esperar para conseguir algo tan insignificante como una cinta de engranajes? Camarada Zhichang, debes cumplir con tu responsabilidad para con la ciencia, con valentía. La ciencia es la verdad y la verdad es la luz. La oscuridad teme a la luz. ¿A qué le tienes miedo? Afronta el futuro y sigue adelante».

El Técnico Li bajó el brazo y metió la mano en su bolsillo. Li Zhichang lanzó una mirada inquisitiva a Sui Buzhao, quien al final declaró: «Al igual que un barco de vela sigue su camino, también tú debes seguir el tuyo».

Las notas de la melodía de los solteros resonaron, provocando una mezcla de nostalgia y miedo en los oyentes. El Cojo llevaba el cabello mugriento y su rostro pálido tenía un tono macilento. Pero desde allí abajo, sentado en la llanura, inundaba el espacio con los sonidos de su flauta. La melodía estaba presente y se desvanecía, señal de que viviría y moriría con la ciudad de Wali. Los cuatro hombres habían dejado de hablar y ahora estaban concentrados en las notas de la flauta y se transportaron a lo más profundo de su interior, como si la melodía hubiese hecho la noche más fría.

«El sonido de la flauta me recuerda a Dahu —dijo Li Zhichang—. Vi a su madre quemando billetes funerarios cerca de la muralla hace un par de días.

También había algunas ofrendas, incluso dulces de sorgo».

«¿Cuántos billetes funerarios quemó durante los “siete días”? —preguntó Baopu—. Le debería comprar más».

Li Zhichang negó con la cabeza.

«Aún no ha llegado la notificación oficial que certifique su baja en combate —dijo el Técnico Li—. De momento, todo lo que sabemos es por el boca a boca. Hay quien incluso niega que sea cierto».

«¿Quieres decir que quizá no está muerto?», preguntó Li Zhichang, pasmado por el comentario. «No, está muerto, eso seguro —dijo el Técnico Li haciendo un gesto con la mano—. Pero en el informe dice que murió hace menos de dos semanas, y eso no es lo que dijeron al principio».

Sui Buzhao se dejó caer poco a poco sobre el *kang*. La sola mención de Sui Dahu era más de lo que podía soportar. La suya era una pérdida muy dolorosa para el clan Sui. No porque años atrás Dahu tuvo la oportunidad de salir a navegar con Buzhao, sino porque estaban tan lejos del frente, que ni siquiera habían recibido una notificación oficial, tan solo una nota que había pasado por muchas manos. Pero los tres hombres estuvieron de acuerdo, a pesar de desconocer los detalles y, para mayor pena de Sui Buzhao, en que Dahu estaba muerto. Si tenía que morir alguien del clan Sui, ese era él y sus viejos huesos; y no una persona tan joven a quien ni le había crecido la barba. Dahu se había precipitado al final de su vida sin apenas haber tenido tiempo en convertirse en un hombre. Había muerto incluso antes de poder conocer a una mujer... Aunque tal vez esto último no era del todo cierto. «Si Dahu sigue vivo —pensó Sui Buzhao—, tendrá muchas batallitas que contarme». Después de haber despedido a Dahu, en la ciudad no se habló más de él, como si se tratara de un barquito de vela que poco a poco se va alejando. El anciano yacía agotado, con los ojos brillantes llenos de lágrimas.

Li Zhichang aprovechó la pausa para volver al tema de la Guerra de las Galaxias. Le pidió al Chalado que explicara la diferencia entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Escuchó atentamente las palabras del Técnico Li, interrumpiéndolo de vez en cuando para hacer alguna pregunta. Baopu se sentó a fumar con los ojos perdidos en la oscuridad tras el cristal, intentando atrapar cada nota de la flauta que caía en sus manos. Sui Buzhao estaba demasiado absorto en el recuerdo de la cara sonriente de Dahu como para escuchar la



conversación. Se imaginó que el joven, cargado con su rifle, le hablaba desde el otro lado de la ventana. «Me voy, tío —le decía Dahu—. Me voy al frente y puede que no regrese. Estoy dispuesto a morir por mi país y eso me reconforta. Pero cuando pienso en Wali, en la ciudad donde he vivido mi breve existencia...». Sui Buzhao se levantó, se acercó a la ventana y dijo: «Volverás. Cuando añores tu hogar, solo tienes que buscar un sitio donde puedas escuchar el rumor de la muela del molino retumbando. Los viejos dicen que cuando alguien se marcha y viaja lejos, las únicas noticias que se reciben de Wali son las vueltas de la muela». Dahu asintió y acercó la nariz a la ventana. Sui Buzhao intentó tocar su rostro a través del cristal, pero no pudo. Dahu se colgó el rifle y se alejó.

\* \* \*

Cuando Dahu llegó al frente, consiguió oír el rumor de la muela del molino. Lo escuchó atentamente y corrió a explicarlo. El comandante de su compañía, Fang Ge, sonrió y le pellizcó la oreja. Todos sabían que se trataba del sonido de la artillería. Ahora que la línea del frente se había ampliado, cuando les atacaban podían oír las explosiones sordas que venían desde el otro extremo. Cada batalla se libraba con amargura. Se habían quedado atrincherados asegurando y reasegurando la misma posición sobre una colina, un total de nueve veces. Los hombres de Fang Ge habían acudido a socorrer a otro pelotón que había sufrido numerosas bajas. Probablemente el enemigo se estuviera preparando para el décimo asalto. Después de haber auxiliado a su compañeros, los recién llegados se estremecieron al encontrar el campo sembrado de cadáveres del enemigo esparcidos por la base de la colina; ninguno de ellos había visto tantos muertos en su vida. Algunos estaban casi desnudos. Era un espectáculo dantesco bajo un sol radiante. Dahu preguntó por qué no llevaban ropa; y Fang Ge le explicó que eran tropas de avanzada y que por la noche, sin llevar ropa podían detectar mejor las minas terrestres.

La fetidez de los cuerpos abotargados les impedía comer. «¡Hay tantos! —exclamó Dahu—. ¿Cuántos años se tardan en formar tantas vidas?».

Algunos de los compañeros de Dahu se mofaron de su ingenuidad. «Las personas son como los puerros —dijo uno de ellos—. Cortas uno y aparece

otro para ocupar su lugar».

«¿Y yo también soy como un puerro?», preguntó Dahu sin salir de su asombro.

«¿Y cómo iba a ser de otra forma? No eres más que una pequeña hoja del tallo de un puerro».

Dahu negó con la cabeza. «¡Los puerros son el enemigo! —exclamó—. ¡A nosotros no se nos puede cortar!».

«No —respondió el otro soldado con semblante serio—, en una guerra todos valen lo mismo. El que acaba con el otro resulta ganador. Aunque solo sea por un breve espacio de tiempo».

«¡Nunca dejaremos que el enemigo venza!», gritó Dahu. El otro asintió con la cabeza. «Espero que tengas suerte...». Los cadáveres se hinchaban muy rápido y el hedor era insoportable. Feng Ge preguntó al centro de comando cómo debían proceder ante aquella situación y les dieron instrucciones para notificar al enemigo por megafonía que podían recuperar los cuerpos de sus muertos bajo bandera blanca. La respuesta fue inmediata: no estaban dispuestos a plantar una bandera blanca, aunque fuese para recuperar a sus muertos, porque eso significaría una señal de rendición. Como alternativa propusieron utilizar la bandera de la Cruz Roja. Feng Ge informó al centro de comando y, tras deliberar largamente, accedieron.

Los soldados enemigos avanzaron y retiraron los cadáveres, pero dejaron los que estaban más cercanos a sus líneas, y Fang Ge y sus hombres tuvieron que bajar a enterrarlos. Desde allí tenían un vasto tramo de tierra completamente vacío, ofreciéndoles una preciosa vista panorámica del frente. A su izquierda, un campo yermo había sido arrasado por los proyectiles. Mantenían dos posiciones estratégicas a medio kilómetro de distancia, escondidas en cuevas, y ambas bajo el mando de Fang Ge. Dahu y sus compañeros ocuparon sus posiciones en el frente durante el mes que tardaron las tareas de limpieza de los cadáveres. A fin de mes fueron relevados por el siguiente pelotón, siguiendo el orden de rotación establecido. El comandante de la nueva compañía entrante era el hombre con quien Dahu había hablado sobre los puerros. Cuando hacía menos de una semana que él y sus hombres habían entrado en servicio fueron atacados y abatidos por un escuadrón enemigo de élite. Cuando el centro de comando se enteró de la pérdida de la

posición a manos del enemigo, enviaron a un regimiento de refuerzos con la orden de recuperarla a toda costa.

\* \* \*

«En 1983, el presidente estadounidense pronunció su discurso presentando la Iniciativa de Defensa Estratégica, más conocida como “Guerra de las Galaxias”. Esbozó un plan muy enrevesado y complejo que mi tío analizó y dividió en tres partes. Militarmente, los Estados Unidos quieren inclinar la balanza a su favor; políticamente, quieren forzar a la oposición a hacer concesiones en la mesa de negociaciones; y tecnológicamente, se quieren abrir al espacio exterior con el fin de estimular el crecimiento económico de Estados Unidos. A fin de cuentas, el anciano es todo un experto y, como veis, esclareció la cuestión con precisión».

«Detalles, necesito más detalles —dijo Li Zhichang interrumpiendo—. Exactamente ¿cómo pretenden bloquear el lanzamiento de un misil enemigo?».

El Técnico Li asintió. «Yo también le hice la misma pregunta. Me dijo que su objetivo es crear un sistema de defensa con tres niveles. En el primer nivel los misiles enemigos serán derribados por misiles americanos en un tiempo máximo de cuatro o cinco minutos desde su lanzamiento. En el segundo nivel utilizarán armas químicas y rayos láser para neutralizar las ojivas explosivas que consigan penetrar. En el tercer nivel utilizarán un sistema balístico de haz de partículas capaz de detonar cualquier elemento que pueda colarse a través de ambas capas. Esta es su última oportunidad, solo tienen un tiempo máximo de dos minutos para interceptar el fuego enemigo...».

«¿Y entonces por qué no instalan más niveles?».

«Yo te diré el motivo —dijo el Chalado con una sonrisa—. Cada nivel implica su grado de complejidad. Es como vestirse. Si en lugar de múltiples capas, utilizas una sola chaqueta; mira la cantidad de problemas que te ahorras».

Todos se rieron.

«Hubo quien recomendó hasta siete niveles, pero un sistema de tal envergadura necesitaría una red de cientos (o quizá miles) de satélites. Como

un colador; cuanto más pequeños son los agujeros, más fina sale la harina».

Baopu atendía en silencio. Li Zhichang se volvió hacia él. «A mí me parece bastante seguro».

El Técnico Li negó con la cabeza. «Siempre cabe la posibilidad de que algo salga mal». Volvió a ser el foco de atención. «Tú piénsalo bien —dijo—, ¿cómo puedes garantizar que no entrará ni un solo misil a través de los tres niveles? Digamos que derribas el ochenta o el noventa por ciento en cada nivel. Si lanzaran diez mil misiles, al menos una docena golpearía sus objetivos en suelo estadounidense, ¿no?».

«¡Qué catástrofe si aterrizaran en tierras de cultivo!», exclamó Zhichang.

Con una sonrisa, el Técnico Li le dio una palmada en el hombro. «Quién sabe, incluso podrían tirar uno encima de nuestro viejo molino y volarlo en pedazos». Mientras los otros se echaban unas buenas risas, Baopu seguía con la mirada perdida en la lejanía.

«Ese es el panorama en Estados Unidos —continuó el Técnico Li—. Pero ¿qué hay de la Unión Soviética? Solo sabemos que tienen su propio plan, pero en lo que a tecnología espacial se refiere, tampoco son unos aficionados. Fueron los primeros en poner un satélite artificial en órbita y mi tío me dijo que desde entonces han instalado una red de satélites de autodefensa que realiza funciones de reconocimiento, comunicación, navegación, detección temprana y meteorología. También han priorizado el desarrollo de sistemas aire-aire, aire-tierra y tierra-aire. Han fabricado interceptores de satélites y misiles, están trabajando en transbordadores espaciales, una estación espacial que se mantendrá en órbita permanentemente, y tienen la capacidad de construir un sistema de defensa espacial integral. Nada que despreciar, ¿no te parece?».

Li Zhichang resopló con asombro. «¿Y qué hay de la OTAN y el Pacto de Varsovia?».

El Técnico Li se limitó a sacudir la cabeza. «Ninguno de los dos forma un auténtico bloque porque los estados miembros alineados con los Estados Unidos o con la Unión Soviética también tienen sus propios intereses y frentes que atender. Mira Francia, por ejemplo. En respuesta a la Iniciativa de Defensa Estratégica estadounidense propusieron el Plan Eureka. Disponen de su propio arsenal nuclear de mar, aire y tierra, y seis submarinos con

cargamento nuclear. Dentro de poco tendrán el séptimo. Luego está Inglaterra, que también tiene su propio arsenal nuclear después de desarrollar la bomba atómica hace más de treinta años. El plan es que en diez años los países europeos hayan construido conjuntamente una red mundial de satélites. «Esos satélites no son ninguna broma», dijo mi tío. Un satélite de medición geostacionario puede detectar el lanzamiento de misiles enemigos».

Todo el mundo suspiró con temor.

«Pensando a largo plazo —dijo el Chalado—, algún día estallará un enorme conflicto económico y tecnológico entre Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa y Japón; pero en el espacio».

El Técnico Li miró a su alrededor. Todo estaba en calma, excepto por los sonidos distantes de la flauta y el rumor de los molinos.

Mientras exhalaba el humo de su cigarrillo, Baopu rompió el silencio. «Pues yo no estoy seguro de haberlo entendido del todo, porque estas cosas valen mucho dinero, ¿verdad? ¿Entonces qué pasa con la economía de estos países? ¿De dónde van a sacar tanto dinero? Lo que quiero decir es: ¿cómo va a vivir la gente?».

Li asintió. «Yo también le hice la misma pregunta a mi tío. Este factor también es muy importante...».

\* \* \*

La batalla para recuperar posiciones estaba a punto de librarse y la clave era el campo abierto. Los soldados enemigos no eran numerosos y les quedaba un suministro de munición limitado, pero el campo abierto era su aliado. Feng Ge, Dahu y todos los demás, sabían que habría un baño de sangre. Pero aquella localización era vital para el desarrollo de la batalla general y el centro de mando no tenía más alternativa que ordenar su toma. La primera avanzada fue enviada a las tres de la mañana; era una unidad de un batallón que acababa de llegar, cuyo comandante era un soldado muy barbudo que aguardó en silencio con sus hombres dentro de un túnel camuflado, hasta que les dieron la orden de ataque. A Dahu le resultó familiar uno de los nuevos soldados y se acercó para verle de cerca. Era Li Yulong, de su ciudad natal;

habían ido juntos al instituto. Después de un fraternal abrazo, compartieron las noticias de casa. Li explicó que había recibido una carta de su padre diciéndole que no pensara en casa y se centrara en la guerra. Añadió que su esposa (en realidad su novia) también le había escrito mandándole una fotografía. Dahu cogió la foto tintada en blanco y negro que Li se sacó del bolsillo. Era una muchacha bonita con ojos grandes y una melena que le llegaba hasta las orejas. Se la devolvió. «Podríamos resolver este asunto en el primer asalto. De lo contrario, tres pelotones serán, sin duda, más que suficientes. Tú estás en el cuarto pelotón así que, si no sobrevivo, contacta con mi familia».

Había llegado el momento; y Li saltó al campo. Pronto se oyeron disparos y la artillería iluminó el cielo. Sucedió tal y como se lo habían imaginado; la descarga de artillería se concentró en el campo abierto y nadie del primer pelotón logró salvar su vida. El tiroteo se detuvo y entonces se precipitó el segundo batallón. Feng Ge fue en busca de su comandante y le pidió que detuvieran el ataque, pero la respuesta fue negativa, y se dirigió al centro de mando para informar de la situación. Estaba discutiendo con el comandante de la división cuando el comandante del segundo pelotón se acercó y le dijo: «Comandante Fang, es tu turno». Arrojando el teléfono, Fang Ge gritó: «No tengo miedo a morir, pero...». Su voz se ahogó en el estruendo de la artillería. Se sentó, mientras su mano derecha desabrochaba mecánicamente el primer botón del uniforme. Pasó algún tiempo antes de que le susurrara a Dahu: «Vamos». El cuarto pelotón salió de su refugio.

\* \* \*

«Una carrera armamentística es un gran negocio y las armas serán cada vez más caras. Me enteré de que en la Segunda Guerra Mundial un avión de combate costaba menos de un millón de dólares y ahora valen más de doscientos millones».

«Todo es cada vez más caro —intervino Li Zhichang—. Ahora con cinco yuanes no te alcanza para los huevos que antes comprabas con un yuan».

«¡Estoy de acuerdo! El nuevo armamento es muy caro, pero hay que tener en cuenta que su fabricación estimula el avance tecnológico. Fíjate en la

Iniciativa de Defensa Estratégica. Su puesta en marcha ha requerido el desarrollo de un gran número de instrumental antes inexistente, y su demanda es... no diez veces, sino ¡cientos de veces mayor que la de la tecnología vigente! Eso podría suponer un salto tecnológico de varias generaciones. A mi tío le preocupaba que este gran avance fuese motivo de confrontación entre los países: las naciones tecnológicamente más avanzadas serán punteras, mientras que el resto estará en la cola, incapaz de entender ni desarrollar los nuevos instrumentos por sí mismos, así que las transferencias tecnológicas normales no serán suficientes para poder alcanzarles. Me leyó una opinión muy interesante de un experto publicada en un periódico: “Así como en el siglo xvi el dominio del mar determinaba la riqueza de un país, en el siglo xxi uno de los factores determinantes del progreso será la apertura al espacio”».

Li se quedó callado un momento, antes de añadir en voz baja: «Ese día mi tío y yo nos quedamos hablando hasta tarde. Fue muy emotivo, y mientras miraba a las estrellas en el cielo, se preguntó en voz baja: “¿Seguirá compitiendo el mundo de una forma tan polarizada? Tal vez no. Como potencia independiente que es, China entrará en la escena política internacional. ¿Podrá convertirse en la tercera gran potencia? Su ascenso convertiría la actual estructura de potencias en una relación triangular, estabilizando el orden mundial. China debe ser fuerte porque está destinada a ser el tercer país más poderoso del mundo, con abundantes recursos, una ubicación estratégica, un poder económico y militar cada vez mayor, una enorme población, un antiguo y profundo bagaje cultural, y una ordenada estructura social. Podría desempeñar un papel mediador para detener el estallido bélico. Su función estabilizadora dentro de la actual jerarquía de poder será cada vez más importante”. Hay que reconocer que esa noche el viejo estaba realmente inspirado».

\* \* \*

El cuarto pelotón entró en combate. La descarga de artillería había causado estragos en el terreno. Mientras la luz del amanecer dejaba de clarear, la sangre fresca empañaba el camino. Pasando por encima de los cuerpos de sus compañeros muertos, los soldados caían y se levantaban de nuevo. Las manos y los ojos de Dahu estaban manchadas de rojo, pero no olía la sangre, ni

tampoco la pólvora. Solamente podía oír a Li Yulong gritando a lo lejos. Sabía que estaba muerto, pero continuaba oyendo su voz. El fuego era cada vez más intenso; una bala pasó silbando a la altura de su oído y otra se alojó en su brazo izquierdo, salpicando el suelo de sangre. No le dolió tanto como pensaba y se precipitó hacia delante, sin reparar en su alrededor. Bajo el mando de Fang Ge, el pelotón cruzó el medio kilómetro de espacio abierto. Fang ordenó a los soldados que avanzaran hacia el objetivo en zigzag, y el fuego de la artillería enemiga comenzó a aullar en el aire, seguido de una poderosa explosión. Todos los soldados yacían en el suelo, inmóviles. Fang Ge saltó y se abalanzó hacia adelante. Fue derribado. Dahu se arrastró hacia él, pero al mover la cabeza se sacudió violentamente y notó un calor goteando cuerpo abajo. Se secó con la mano, pero la sangre le empañó la vista. Trató de encontrar a Fang Ge, pero no podía ver nada; el mundo se había vuelto de color rojo y negro. Buscó a tientas un camino entre la oscuridad, impulsado por una fuerza desconocida. De repente todo era de color rojo. Feng Ge jadeaba, le faltaba una pierna. Dahu quería llamar a su comandante, pero una estridencia ensordecedora lo paralizó.

Un proyectil de artillería explotó a escasos metros. Tras disiparse una neblina blanca, únicamente quedó un enorme agujero, salpicando el lugar de tierra fresca.

\* \* \*

Sui Buzhao saltó del *kang* y gritó: «¡Dahu, mi querido Dahu!». Buzhao salió disparado hacia la puerta ante la mirada atónita del resto. Solo Baopu supo reaccionar, tratando de frenarlo agarrándole del brazo. El viejo le apartó la mano de un golpe.

Las notas de la flauta que inundaban la llanura volvieron a sonar y Sui Buzhao se precipitó hacia el origen de ese torrente sonoro. Li Zhichang, Sui Baopu y el Técnico Li se quedaron de pie junto a la puerta, en silencio, observando cómo desaparecía entre la oscuridad.



## 14

En circunstancias normales Zhao Duoduo nunca se hubiera atrevido a molestar al Cuarto Maestro. Pero ese día, pescando en el río bajo una tormenta de nieve, atrapó un siluro y, creyendo que serviría para hacer un buen caldo, lo llevó a casa del Maestro. Lo vio desde la ventana, leyendo junto al fuego, tapado con una chaqueta de cuero forrada de un blanco como el de la nieve. Zhao levantó el pescado y le llamó. El Cuarto Maestro se giró lentamente mientras se quitaba las gafas y respondió a desgana: «¿Y qué se supone que es? ¿Un preciado tesoro?». Era evidente que el pescado no había sido del agrado de Cuarto Maestro, así que lo dejó caer al suelo y se alejó. Dos semanas más tarde, cuando acudió a ver al Cuarto Maestro apremiado por un asunto urgente, encontró el pescado en el mismo lugar donde había caído, más seco que una pasa.

Esta vez venía a verle por orden de Li Yuming y Luan Chunji. Zhou Zifu, el jefe del condado, había llamado a Li Yuming para comentarle un problema con los Fideos Dragón Blanco exportados. A fin de garantizar la buena reputación de la marca en el mercado internacional, la división de exportación había incrementado el control de calidad y, durante un verificación del producto, habían hallado trazas de almidón adulterado. A fin de llegar hasta el fondo de la cuestión, se había formado un equipo de especialistas para inspeccionar todas las plantas de procesamiento. Como la Fábrica de Fideos Wali era una de las principales productoras, también estaba dentro de la agenda de registros. Li Yuming dedujo que, al tener la fábrica arrendada, Duoduo habría añadido grandes cantidades de almidón adulterado a la mezcla, de modo que aquella llamada le alarmó justificadamente. «Pero tú no debes preocuparte — le dijo el jefe del condado—. No veo por qué tiene que haber ningún problema

con vuestra fábrica. Conozco bien a Zhao Duoduo. Es un “empresario” honrado, pero aun así, le recordaremos que debe ser estricto con las normas». El comentario le tranquilizó, pues era obvio que, con su llamada, Zhou Zifu sabía del uso del almidón en mal estado y le estaba avisando. Nada más colgar, Li llamó a Luan Chunji y Zhao Duoduo para ponerles al tanto y organizarse para recibir al grupo de inspección que, según Zhao, llegaría al día siguiente. Angustiados ante tal situación, los dos funcionarios convinieron pedir consejo al Cuarto Maestro.

Tras limpiarse los dedos con un pañuelo después de haber pelado una naranja, el Cuarto Maestro respondió a las preguntas de Zhao Duoduo. «Entonces, ¿qué hacemos?», le preguntó después de que apartara el pañuelo.

«He escondido el almidón. Lo tengo cerrado bajo llave», detalló.

El Cuarto Maestro levantó la mirada. «¿Y crees que también vas a poder cerrar la boca de todos los vecinos de la ciudad?».

Zhao se lamió el bigote nervioso.

El Cuarto Maestro cogió un gajo de naranja, se lo puso en la boca y le dijo mientras masticaba: «Cuando uno empieza a ganar dinero, nunca tiene suficiente. Y que conste que siempre digo que no vas a acabar bien, pero tu final aún no ha llegado. Este es un asunto menor, a lo sumo te puede caer una multa, algo que ninguno de nosotros puede evitar. Solo intenta ser lo más discreto posible».

Tranquilizado por la respuesta, Zhao dio una palmada al aire y exclamó: «Voy a cambiar las fechas del almidón y aumentaré la cantidad que aparece anotada en el libro de cuentas. Estoy seguro de que no van a comprobar el peso de todos los sacos».

El Cuarto Maestro acercó la tetera roja de cerámica.

«Y le diré al Gordito que prepare un buen banquete para recibir a los inspectores», añadió.

El Cuarto Maestro le indicó que se fuera con un gesto de la mano. «Vuelve al trabajo. Te veo en el banquete». Zhao ya estaba a punto de marcharse cuando de repente se abrió la puerta y apareció Luan Chunji. Parecía agitado. Estaba enojado porque Zhao no se había informado bien sobre la composición del equipo de inspectores. Acababa de hablar por teléfono y le habían avisado

de que, si bien casi todos los miembros eran de la ciudad, había dos funcionarios de la capital de la provincia, uno de los cuales era vicesecretario del partido. Duoduo recibió la noticia como un jarro de agua fría, pero el Cuarto Maestro se limitó a dejar la taza de té e incorporarse en su asiento para considerar la situación. «Duoduo —dijo—, la comida de Han El Gordito es pasable para los de la capital, pero no para un vicesecretario provincial».

«¿Y quién más podría cocinar?», preguntó Luan. «Zhang-Wang», contestó el Cuarto Maestro con un movimiento de cabeza. La noticia de la visita se extendió como la pólvora y, aunque los vecinos no estaban al tanto de todos los detalles, sabían que se trataba de un equipo de inspectores. Si bien recibir a las visitas con un banquete era algo normal, que Zhang-Wang cocinara fue una grata sorpresa para todos. Se rumoreó que estaba en casa moldeando uno de sus tigres de arcilla cuando apareció Zhao Duoduo y le encargó la tarea en cuestión. Intercambiaron algunas palabras, y cerró la puerta para comenzar los preparativos.

Como los invitados llegarían por la tarde prepararía una cena, lo que significaba que disponía de todo el día. A primera hora de la mañana Duoduo avisó a Naonao y Daxi, que estaban trabajando en la sala de procesamiento, y las mandó con Zhang-Wang para que se encargaran de la preparación de los ingredientes. Trabajaron toda la mañana, aunque sin rastro de Zhang-Wang. Por la tarde, una multitud de curiosos se congregó en el exterior de la cocina, en su mayoría trabajadores que habían salido de la fábrica y regresaban a sus casas. Naonao, que llevaba ropa nueva y un delantal, se ocupaba de la cocina, mientras que Daxi, con igual vestimenta, estaba sentada en una estera, controlando el fuego. Los jóvenes comentaban los atributos de las bellas muchachas y en particular los de Naonao, quien según ellos tenía una piel tan blanca gracias a la leche de judías. En cuanto a Daxi, el comentario más frecuente era: «Mira qué rellenita está».

Y la protagonista de la obra continuaba sin dar señales de vida. Un puñado de ancianos curiosos aparecieron con taburetes plegables y se sentaron a observar. Para variar el Emporio Wali estaba cerrado, así que no tenían adónde ir a beber. Si Zhang-Wang era la cocinera, no se trataba de una vulgar visita. Así que, con los brazos cruzados, suspiraban y se relamían los labios aun a sabiendas de que no estaban invitados. Solo por poder ver a Zhang-Wang

cocinar y disfrutar del aroma de sus mejunjes ya estaban satisfechos.

La admiración que los ancianos sentían hacía Zhang-Wang venía de largo. Había cambiado sus vidas, y las salsas de soja y de fideos eran prueba de ello. En Wali, en lugar de comprar estos dos productos, los preparaban las mujeres artesanalmente, siguiendo las rigurosas pautas que marcaba el calendario. ¡El aroma de las salsas de soja y de fideos caseros les traían buenos recuerdos! Aún en la actualidad, si las jóvenes nueras o sus hijas se equivocaban en alguno de los pasos, los ancianos las fulminaban con la mirada y gritaban: «No, no está bien».

Así es como se supone que ocurrió: poco después de llegar a Wali recién casada, Zhang-Wang les enseñó a preparar sus propias salsas de soja y fideos de manera meticulosa y sin dispendio. Como la salsa se consumía en grandes cantidades, este tema era considerado cualquier cosa menos trivial o insignificante. Zhang-Wang recibió primero la visita de las viejas y las casadas, a las que pronto se unieron las solteras e incluso las niñas. Al final incluso los hombres (fingiendo ir en busca de sus mujeres) se congregaron también en busca de las salsas de Zhang-Wang. Contaba con apenas veinte años y tenía por costumbre empolvarse la cara, pintarse las cejas y vestir con tonos bien coloridos. Tras haber agotado todas las existencias con las primeras demostraciones, la gente empezó a traerse los ingredientes de casa. Se reunían en el patio, donde su marido colocó un *wok* para que pudieran cocinar, día y noche. El denso humo de la paja le provocaba tales ataques de tos que se podía oír al hombre desde la otra punta. Mientras tanto, Zhang-Wang daba sus explicaciones paso a paso, a menudo alargándose hasta bien entrada la noche. Como las estaciones del año era otro factor crítico, resultaba de vital importancia que las mujeres aprendieran el dominio de la técnica correspondiente a cada periodo. Las aprendices bostezaban, mientras sus hombres descansaban perezosos y observaban.

Zhang-Wang nunca desaprovechaba la ocasión y utilizaba su ingenio para sacar provecho de lo que podía. Una vez incluso utilizó la espalda de uno de los asistentes como silla, reclinándose sobre el hombre mientras mantenía las manos ocupadas dentro del cuenco de cerámica ennegrecido. La precisión, repetía a las mujeres, era la clave de su método. Antes de su llegada, las mujeres de Wali utilizaban el mejor trigo y el mejor maíz, pero el resultado

final era más bien nauseabundo. Era evidente que sus viejas costumbres no funcionaban, así que, bajo su tutela, primero debían memorizar los ingredientes, utilizando solamente el grano del trigo y algo de maíz. El segundo día del segundo mes lunar, cuando el dragón levanta la cabeza, se añade agua. La mezcla no debe ser muy pegajosa, solo lo suficientemente viscosa como para que las mujeres puedan identificar la textura óptima. Si son capaces de distinguir las marcas donde han hundido el pulgar y el meñique, la masa está en su punto. Entonces se prensa la mezcla, se introduce en una vasija negra de cerámica y se guarda en *elkang*, junto con las espigas de trigo de la cosecha de ese año. Con un movimiento hábil y rápido, se vierte la mezcla sobre las espigas esparcidas en un molde circular. Una vez hecho esto, la mujer de más edad de la familia debe cubrir el molde con un saco de cáñamo, tirar un puñado más de espigas por encima y, finalmente, debe añadir un esqueje y una ramita de artemisa. También es de vital importancia que, por las noches, mientras todos duermen, el molde quede cubierto, que en su cercanía no se pronuncien palabras malsonantes y ni por asomo hacer eso que tanto les gusta hacer a hombres y mujeres. Para evitar correr ese riesgo, se invita a los hombres a que duerman en otro cuarto. Ahora hay que esperar cuarenta y nueve días, hasta que aparezca una pelusa gris verdosa por las costuras de la bolsa. Si al tocarla está tan caliente como la cabeza de un niño, hay que esperar dos días más, hasta que baje la temperatura. Entonces se saca la masa sólida y se hace añicos, se mezcla con unos granos de maíz y se hierva en agua. Se añaden sesenta y ocho gramos de sal por cada *jin* de mezcla, se vierte en un jarrón de porcelana, se sella y se deja secar al sol de primavera. En esa época del año la tierra comienza a calentarse, las flores del albaricoque caen, y el melocotonero y el peral florecen. La hierba de la primavera crece un palmo, los pájaros amarillos cantan sus preciosas canciones y del recipiente emerge un crujido como de ramas de sauce intentando abrir la vasija sellada; haz como si no lo oyeras. Importante: no pongas la vasija debajo del alero para evitar que se filtre la orina de lagartija. A continuación se debe esperar a que los frutos maduren durante el otoño y la fragancia del grano impregne la tierra, antes de que el frasco por fin se abra y revele los secretos de estos seis meses. El contenido es ahora negro como la tinta, los cristales de sal parpadean y emana un olor a pescado que penetra hasta los pulmones cuando se respira. En

este punto la salsa de soja está en su equinoccio y debemos empezar la segunda parte del proceso.

Zhang-Wang les enseñó a amasar la harina dentro de un cuenco de cerámica. Primero hacía una bola con el puño, sin presionar, y levantaba la muñeca ligeramente para llegar hasta el recipiente, manteniendo la palma de la mano dura como el acero. Como sus movimientos eran lentos, la palma de su mano poco a poco se calentaba, así que aceleraba el ritmo hasta adormecerla. Antes de introducirla en el jarrón, aquella mezcla grumosa debía convertirse en polvo. Esta era la clave. Cuando le preguntaban si podían empezar la salsa más tarde, siempre respondía: «Cuando la salsa al segundo mes se demora, aparece en el *kang* el anciano con su nuera». Sus palabras levantaron risas burlonas, y un hombre se bajó las mangas y se marchó. Resultó ser que en casa de ese hombre, donde también preparaban salsa de soja, se demoraron con la preparación, y los rumores impúdicos se escamparon como la pólvora.

El jefe de la familia, de unos cincuenta y tantos años, regresó a casa una noche veraniega de luna llena tambaleándose, borracho como una cuba. Apoyada en la mesa del patio se encontró a su nuera durmiendo, quien en su habitación guardaba el jarrón con la salsa. Al ver su cuerpo brillar bajo la luz de la luna, avanzó a tropiezos y la miró fijamente durante unos veinte minutos, antes de tender su cuerpo sobre la mesa, despertando a la joven y encontrándose esta con los morros arrugados del viejo preparados para besarla. La chica se echó a llorar, y entre lamentos e insultos se oyó gritarle «viejo mulo». Haciendo caso omiso, el hombre continuó. «¿Y qué si soy un mulo?», masculló entre dientes. Decían que los rumores venían de un vecino que lo oyó, pero la familia, por supuesto, lo negó. Más tarde, cuando el hombre salió a la calle, la gente advirtió su ojo morado, seguramente obra del hijo.

Tras el suceso todos se quedaron boquiabiertos al recordar las palabras proféticas de Zhang-Wang, quien sonriendo con desdén, soltó: «Como dije, no se puede hacer salsa de soja fuera de calendario». Reclinada sobre la espalda de un señor que allí esperaba sentado, amasaba la harina moviendo su cuerpo de un lado al otro, coordinando su respiración con la del hombre, cuya esposa estaba tan concentrada que un momento en el que se dio la vuelta, Zhang-Wang aprovechó y besó rápidamente la coronilla del esposo, riéndose a carcajadas,

mientras la otra seguía trabajando la harina.

En otoño vació el oscuro contenido de la jarra, y la mezcla se había convertido en un cuerpo misterioso y raro. Todos los ojos estaban puestos sobre Zhang-Wang, quien ordenó a los hombres que dispusieran un *wok* de grandes dimensiones con agua a hervir. Cuando llegó al punto de ebullición, vertió la masa ennegrecida y el agua oscureció al instante. Después colocó el caldo en otra sartén y pidió a los hombres que subieran la temperatura. De cuclillas enfrente del *wok*, arrojó más de veinte ingredientes: semillas de anís, puntas blancas de cebollas verdes, judías, cacahuets, dientes de ajo, pepinos, corteza de canela, piel de cerdo, patas de pollo, cáscaras de naranja, manzanas, peras y chiles. Se comentaba que en una ocasión, mientras añadía los ingredientes, pasó un gran saltamontes y que al acercarse al *wok*, allí dentro que acabó. Cuando le preguntaron si eso era cierto, ella respondió: «¡Claro! Una buena salsa de soja coge buen aroma de todo lo que sea silvestre».

Otra persona le preguntó: «¿Y un gorrión?». «También». «¿Y un faisán?». «Claro».

«¿Y un pez de cabeza grande?». «Por supuesto». «¿Y un conejo?». «¡El conejo huele añejo!». Respondió ella, dando un pisotón con enfado. El negruzco caldo hirvió durante varias horas hasta que añadió la sal y lo retiró del fuego. Eliminó las impurezas con un colador fino y la materia resultante resultó ser la soja, un condimento insustituible que impregnaba todo plato de una paleta de sabores insuperable.

Naonao sacó una jarrón de porcelana que todos los espectadores reconocieron de inmediato: el tarro de salsa de soja de Zhang-Wang. Se quedaron sin palabras. No utilizarían una salsa de soja cualquiera, sino la elaborada por la propia Zhang-Wang. Un espectador afirmó haberla probado y explicó que era deliciosa e incomparable. Eso solo podía significar que se había guardado un secreto. El número de curiosos aumentaba, mientras Naonao y Daxi se esforzaban en trabajar duro. A medida que el sol se inclinaba hacia el oeste, los ánimos se fueron calentando hasta que la vieron aparecer, aproximándose poco a poco, ayudada por su bastón. Abriéndole paso para que pudiera acceder a la cocina, no podían creer lo que veían. Su palidez grisácea y polvorienta había desaparecido por completo de su rostro y

de su cuello. Destilaba un encanto sin igual. Se había cortado las uñas, se había puesto unas mangas blancas limpias, se había recogido el cabello debajo de un gorrito blanco, y se había empolvado el rostro de un tono rosado. Con un aspecto solemne y afable, sus dulces andares iban acompañados del repique del bastón contra el suelo. En su cuerpo no había ni una pizca de suciedad; se había convertido, en resumen, en la viva imagen de la pulcritud. Por la intensa fragancia que dejaba tras su paso, era evidente que se había bañado. Respirando hondo, el pueblo aspiró la esencia pura de la rosa de té; no se trataba de ningún polvo o de perfume artificial. Por todos era sabido que el patio de su casa albergaba un viejo rosal híbrido de té, pero cómo se las había ingeniado para llevar la fragancia de las flores a su seno, eso fue un misterio. Para entonces ya había entrado en la cocina, había dejado su bastón y se había acercado a los fogones de un salto.

Naonao y Daxi dejaron sus tareas a la espera de recibir instrucciones. Primero se fue a un rincón, sacó una cajita de papel que crujía al tocarla y se la entregó a Naonao. «Lávalos bien, con cuidado de no matarlos. Guarda las piernas». Señaló una jarra de cerámica y le dijo a Daxi: «Ponte un par de guantes de cuero y corta los que estén abiertos. Lávalos bien, y guarda el hígado y la vesícula».

Mientras las chicas trabajaban en el fregadero, Zhang-Wang se sacó un cuchillo reluciente de debajo la ropa, escampó los melones y la verdura sobre la tabla de cortar y los contó con el dedo índice, dejando de lado las piezas sobrantes. Luego se puso un pepino en la palma de la mano y, agarrando el tallo con el dedo meñique, empezó a deslizar el cuchillo con la mano derecha. El cuchillo relucía contrastando con la piel verde que hábilmente iba retirando; era como una cinta verde de gimnasia, que se tiraba al hombro mientras se deshacía por completo de la pulpa. Tras guardar la piel y deshacerse del pepino, vació cuatro melones pequeños, cortándolos cuidadosamente por la parte superior, y sacando la pulpa y las semillas. Para entonces, Naonao y Daxi ya habían terminado. El trabajo de Naonao había consistido en lavar unas cigarras vivas que ahora, relucientes y húmedas, se arrastraban sobre una bandeja. Daxi había sacado las vísceras y limpiado dos grandes puercoespines, las carcasas de los cuales yacían sobre la tabla de cortar, como si aún estuvieran vivos, con las púas sobresalientes.



Los espectadores se quedaron mudos, anticipando los extraordinarios acotamientos que estaban por llegar. Los más jóvenes se frotaban las manos nerviosos y gritaban: «Daxi, ¿te pinchaste con las púas del puercoespín?». Los ancianos fumaban sin perder detalle, mientras Zhang-Wang repartía más tareas: picar jengibre, picar cebollín, cortar carne en rodajas, cortar carne en dados, picar carne, hacer puré de ajo, picar cilantro, filetear pescado, triturar pescado, cortar pescado en rodajas, hacer una macedonia de frutas, cortar tofu, rallar bambú, cortar bambú en rodajas, cortar tendón de vaca en tiras, picar tendón de vaca, picar pimienta en polvo, desmenuzar pechuga de pollo, rallar setas, picar hongo de Judas, sacar la piel de huevo, hervir fideos, filetear jamón, asar castañas, cortar castañas en dados, hervir guisantes, triturar guisantes, rallar melón de invierno, cortar melón de invierno en rodajas, picar chalotas, cortar chalotas en rodajas, trocear espárragos, machacar semillas de loto, hidratar semilla de ginkgo, picar nuez, picar cacahuete, cortar naranja, cortar melocotón fresco, cortar piña, cortar plátano y hervir arroz de grano largo. Dispuso una fila de pequeños cuencos y los llenó de vino de arroz, licor destilado, aceite de sésamo, aceite de soja, manteca, chile en polvo, vinagre de arroz, glutamato de sodio, chile blanco en polvo, aceite de ostras, aceite de camarones, aceite de curry, almidón en polvo, azúcar, *mantou*<sup>18</sup> y salsa de tomate. Cuando estuvo todo colocado, le dijo a Daxi que se fuera a la sala de recepción y le avisara de la llegada de la comitiva.

Se sentó en un taburete de madera y se encendió un cigarrillo de filtro largo, levantando la envidia del público. Mientras descansaba, iba dirigiendo a Naonao que ahora estaba con el relleno de los *jiaozi*<sup>19</sup>. Como la chica no conseguía cogerle el punto, Zhang-Wang se levantó, hundió el dedo índice en el caldoso relleno y empezó a girarlo a toda velocidad. Unas cuantas vueltas y el relleno estuvo listo. Se volvió a sentar bajo las atentas miradas. Entonces apareció Daxi, empapada en sudor, ¡avisando de la llegada de los huéspedes!

«Tranquilas —les dijo a las chicas mientras se levantaba de nuevo—. Tenemos tiempo».

Entonces Zhang-Wang se puso los guantes de cuero que había usado antes Daxi y colocó un puercoespín del revés. Pidió que le abrieran su panza vacía y rápidamente lo relleno de castañas cortadas en dados, aceite de ostras, vinagre de arroz, chalotas, glutamato de sodio, tendón molido y pimienta blanca en

polvo. Para terminar, vertió una cucharadita de aceite de soja y lo cerró, cosiéndolo cuidadosamente. En un momento preparó un poco de barro y recubrió el puerco espín, transformándolo en una gran bola. Repitió el procedimiento con el segundo puercoespín y mandó a Daxi que encendiera un fuego para cocer las bolas de barro. Ahora tocaba calentar el aceite. Zhang-Wang añadió unos erizos de mar al relleno de Naonao y lo colocó dentro de unos tazones, donde sigilosamente se colaron las limpias cigarras. Mientras tanto, llenó un cazo de cobre con el aceite hirviendo y, en cuanto vio a una de las cigarras colocarse en el sitio correcto, vertió el aceite sobre ella, introduciendo sus patas muertas dentro de los erizos de mar. Utilizó el aceite hervido con el resto de las cigarras y la superficie del plato quedó recubierta por una fina capa de aceite. Entonces frió un espeso pastel de maicena y lo colocó sobre la tabla de cortar, extendiendo un puré de ajo y cilantro por encima. Añadió brotes de bambú, guisantes, lonchas de jamón, carne picada de cerdo, pechuga de pollo desmenuzada, pimienta blanca en polvo, arroz de grano largo, glutamato de sodio, yerba mate y una pizca de sal. Lo último que agregó fueron las cigarras incrustadas en los erizos de mar. Lo envolvió todo con la maicena dándole una forma de melón alargado y selló la obertura con unos fideos humedecidos. Para entonces Naonao ya había terminado otro relleno. Solo con olerlo Zhang-Wang lo rectificó de aceite, vino de arroz y varias docenas de ingredientes, en su mayoría carne y condimentos picados tales como carne de cerdo, hongos de Judas, jengibre y chalotas. Después de mezclarlo bien, repletó los melones vaciados con una cucharada de la masa, y cubrió y selló las tapas con palillos. Apiló las bandejas sobre una pequeña olla de agua que arrancaba a hervir para poder cocer al vapor, e introdujo los melones y la torta.

Mientras la vaporera se ponía en marcha, Zhang-Wang cogió un plato rectangular donde colocó láminas de la piel del pepino, hojas de vid y unas flores de color amarillo. Aderezó las hojas con glutamato de sodio, vinagre de arroz, sal y aceite de camarón. El delicioso vaho de la bandejas de vapor inundó la atmósfera. «Ya está listo», avisó. Entonces, indicó a Naonao que extrajera el contenido y, nada más sacarlo, sumergieron los pequeños melones rellenos en agua fría y de ahí los colocaron en la bandeja, como si fuera un bodegón de melones frescos entre la vid. «Este plato se llama Melones en la

Parra», dijo Zhang-Wang. Después señaló el pastel de maicena en forma de melón: «Y este, Zurrón de Mono». Las bolas de barro crujían dentro del horno bajo la atenta mirada de Daxi. Su aroma hizo la boca del auditorio agua. Zhang-Wang las sacó al poco, limpió la ceniza y las dispuso sobre un plato. «Este se llama Huevos Embrollados», explicó.

Alguien sacó la cabeza por la ventana de la cocina. «¡A servir la cena!», anunció. Zhang-Wang asintió. Daxi y Naonao se abalanzaron ligeras sobre las bandejas. Daxi ya tenía los Melones en la Parra y se disponía a salir cuando Zhang-Wang la detuvo. «Este lo servirá Naonao. Tú la seguirás a ella con los Huevos Embrollados». El auditorio se rio. Daxi dejó el plato sonrojada y Naonao lo recogió. Antes de salir, Zhang-Wang le dio más instrucciones: «Anda con pasitos muy cortos y anuncia cada plato antes de servirlo». Naonao frunció el ceño, pero acató la orden. Tenía un porte sublime, con su figura delgada, avanzando lentamente con los melones sobre las hojas verdes.

«Nuestros distinguidos líderes han recorrido un largo camino y deben estar cansados. Por favor, coman un poco de melón para aliviar la fatiga».

Regresó con el rostro radiante. Daxi se levantó para salir con su plato, pero Zhang-Wang la retuvo de nuevo por la espalda; cinco minutos más tarde dejó que se fuera. Daxi intentaba imitar los andares de Naonao, pero estaba tan gordita que parecía que girara sobre sí misma. Las bolas de barro se tambaleaban sobre la placa, amplificando su delicioso aroma.

Tan pronto como Daxi hubo salido, las manos de Zhang-Wang recorrieron la hilera de cuencos recolectando pellizquitos de su contenido. Repitió el proceso con los ojos entrecerrados, igual que una concertista de piano. No le hacía falta mirar para saber lo que hacía. Arrojando los ingredientes sobre un pequeño colador, dispuso una vasija de bordes anchos donde abocó el agua hirviendo pasada por el filtro, hasta llenar el recipiente hasta la mitad. Al regresar Daxi, señaló: «Esto se llama Sopa Rara». Daxi echó un vistazo al caldo claro y comprendió que aquel plato tampoco lo serviría ella, así que se dirigió al humeante Zurrón de Mono. Zhang-Wang, que estaba fumando en su taburete, la miró de arriba abajo. «Aunque parece torpe, es detallista y meticulosa», pensó.

Fuera, en la recepción, había seis personas acompañando a Luan Chunji, Li Yuming y Zhao Duoduo, los anfitriones. Todos fumaban State Express,

excepto el vicesecretario. Era un hombre bien afeitado, calvo y de expresión fría. Cuando Duoduo le ofreció un cigarrillo, se limitó a rechazarlo con la mano. Cuando Naonao anunció y sirvió los Melones en la Parra, bajó la vista, se frotó las manos con ansiedad, y la siguió con la mirada mientras salía. El resto apagó los cigarrillos, pero no tocaron los palillos de su sitio. Uno de los invitados miró los melones y suspiró con satisfacción; los demás hicieron lo mismo, pero nadie agarró los palillos.

«¿Qué está haciendo el Cuarto Maestro? ¿A qué espera?», murmuró Li Yuming. Era la señal convenida con Zhao Duoduo. Este cogió sus palillos y los introdujo en el agujero de uno de los melones, el ambiente se quedó impregnado por un aroma que todos supieron reconocer rápidamente: fragancia de melón. Li Yuming invitó al vicesecretario a iniciar la cena. Este respondió con un gruñido y agarró sus palillos de mala gana.

Justo en aquel momento, Luan Chunji y Zhao Duoduo soltaron sus cubiertos y se pusieron de pie. Los presentes levantaron la mirada. Había llegado el Cuarto Maestro. Acto seguido todos se levantaron, siendo el vicesecretario el último en hacerlo. El Cuarto Maestro iba vestido de claro, con un traje tradicional vaporoso. Apoyado en su bastón con la efigie de un dragón en la empuñadura, avanzaba lentamente, disculpándose con una sonrisa. Los comensales se agitaron, como si se prepararan para salir, así que se acercó uno a uno para darles la mano, incluyendo a Duoduo. Apretó la mano del vicesecretario con un vigor especial. Todos se sentaron. El vicesecretario se quedó serio y callado durante un largo instante antes de preguntar: «¿Qué edad tiene el distinguido caballero?».

El Cuarto Maestro rio de buena gana. «Eres demasiado educado. Me he marchitado antes de tiempo. Ni siquiera he llegado a los sesenta». El vicesecretario respiró más tranquilo, como si se hubiera relajado un poco, y empezaron a servir los Huevos Embrollados. Los invitados contemplaron los huevos balancearse, sin saber muy bien qué hacer con ellos. Una vez en la mesa el Cuarto Maestro levantó las tiras de bambú y presionó un huevo con la mano hasta hundir una tira y después tiró de ella, descubriendo la carne roja que había en su interior. La intensa fragancia que se propagó hizo estremecer a algunos de los presentes. El Cuarto Maestro mostró la primera pieza de carne sin soltar palabra y la colocó en el plato delante del vicesecretario, que saltó

de su asiento.

«Gracias, gracias, Cuarto Maestro. Me puedo servir yo mismo». Las palabras «Cuarto Maestro» sonaron torpes en su boca. El Cuarto Maestro se puso de pie, pero luego volvió a sentarse y levantó su copa para brindar antes de vaciar el vaso.

Li Yuming se dirigió al vicesecretario. «Hoy el Cuarto Maestro está de buen humor. Normalmente no tenemos el honor de gozar de su compañía. Cuando se enteró de su visita, no quiso perderse la cena». El vicesecretario sonrió y asintió con la cabeza hacia el Cuarto Maestro como muestra de aprecio, siendo recompensado con una sonrisa. Luan Chunji continuó la conversación detallándole un poco más los méritos del Cuarto Maestro, cómo había formado parte del cuadro de oficiales de Wali desde los primeros días y, en la actualidad, ocupaba el lugar de más alto nivel dentro del clan Zhao, muy respetado por todo el pueblo. El Cuarto Maestro lo interrumpió con un suspiro y un movimiento de mano. «Solo soy un ciudadano de a pie. Como dice el refrán: “No buscar la comodidad del funcionario, sino vivir la vida de forma sencilla y tranquila”. Sé que suena muy tópico, pero no hace mucho tuve que hacer memoria para recordar que fui uno de los primeros miembros del Partido en esta ciudad».

En ese momento, se volvió para mirar por la ventana. Los comensales se quedaron en silencio, como si estuvieran sumidos en sus pensamientos. El vicesecretario miró al Cuarto Maestro con respeto, pero no impresionado.

El primer y el segundo plato marcaron el tono del banquete, que continuó con la Sopa Rara, el Zurrón de Mono, la Gallina Ponedora, el Pato Relleno y demás. La sopa era clara como el agua, pero al deslizarse por la garganta aparecían sus mil y un sabores; era imposible diferenciarlos, a excepción del ligero cosquilleo en la punta de la lengua. La Gallina Ponedora resultó ser un pollo amarillo brillante con la cabeza recostada sobre una cama de hojas tiernas de color dorado y verde, rodeado de huevos blancos. Los huevos no tenían ni yema ni clara, sino que escondían un delicioso relleno. Del Pato Relleno no destacaba el sabor de su carne, sino que fue el contenido de su vientre el centro de atención. Las formas y los sabores de las castañas, las nueces, el mijo, los cacahuets y las semillas de loto mutaban de sabor tras mezclarse con las entrañas del pato. Era delicioso. Justo cuando los

comensales se sintieron saciados por tal contundencia, aparecieron dos platos fríos y ligeros. Uno era de simples verduras, pero con un toque especial. Era como si de una forma u otra la chef hubiera conseguido añadir un desconocido sabor amargo. Su nombre era muy apropiado: Verduras Amargas del Día. El segundo estaba compuesto exclusivamente de verduras silvestres. Primero tenían un fuerte sabor amargo, pero al masticarlas resultaban ser dulces. Por simple lógica, el plato se llamaba Verduras Silvestres Dulces. Ambos platos causaron tal impresión que los invitados ya no pudieron contener sus elogios por más tiempo, pero antes de que pudieran acabar de hablar, los dos últimos platos se posaron sobre la mesa: Mar y Montaña, y Calabazas Colgantes.

El primero consistía en delicias del mar (orejas de mar, vieiras y erizos de mar) acompañadas de preciados tesoros de montaña (flores de lis y setas de la más alta calidad). Con el último llegó una calabaza verde aún por madurar, con la piel recubierta de pelusa. Uno de los invitados alcanzó a tocarlo y descubrió que desprendía calor. El Cuarto Maestro torció el tallo y abrió la calabaza. De repente esta se había transformado en una soperita llena de caldo de un color blanco lechoso. Cuando el vicesecretario removió la sopa, la tierna pulpa de la calabaza subió hacia la superficie, como nubes de algodón. Al removerla de nuevo apareció la carne de tortuga, de color carmesí. Tomó un sorbo y una gota de sudor se deslizó por sus mejillas.

## 15

Por todos era sabido que faltaba muy poco para que el contrato de arrendamiento de la fábrica de fideos llegara a su fin y, según las normas establecidas, la calle Gaoding debía reunirse para establecer las condiciones del próximo contrato. Los viejos molinos seguían retumbando y las salas de procesamiento estaban sumergidas en su habitual e incesante ajeteo. Sui Jiansu marchaba apresurado por la calle, con la vista fijada hacia el frente. Se dirigía en busca de Li Yuming para hablar sobre la licitación. De aquella reunión solo obtuvo un recordatorio: la gestión de la fábrica no debía mezclarse con disputas internas entre clanes. Más tarde se enteraría que Zhao Duoduo había encargado a Wu el Barbillas la redacción de un informe sobre el estado de la fábrica, donde se detallaban los numerosos logros alcanzados durante su año de gestión. El informe aseguraba que limitar la duración del contrato a un año suponía un freno para el desarrollo de la reforma general planeada y, teniendo en cuenta la inversión ya realizada, traspasar el negocio a otra persona resultaba absurdo. Zhao había solicitado formalmente la renovación de su contrato, tramitando todos los procedimientos legales requeridos.

Apremiado por los acontecimientos, Jiansu se fue a visitar a Luan Chunji. Le trató de convencer de que si modificaba el pliego original de cláusulas, los intereses de Wali podían salir malparados, además de perpetrar una gran injusticia contra los posibles interesados en concurrir al concurso. Luan contestó, a desgana, que no creía que se pudiera encontrar a nadie más capacitado para gestionar la fábrica, y añadió que Zhao se había ganado la reputación a pulso, además de mostrar una gran visión estratégica. Su propuesta de integración de todas las fábricas de judías emplazadas a lo largo

del río Luqing y la consolidación del Consorcio de Producción y Comercialización de Fideos Wali le parecían muy difíciles de superar. Jiansu arguyó que el tema en cuestión era la licitación de la fábrica y que los otros asuntos eran secundarios. La duración del contrato había expirado y era necesario establecer un acuerdo nuevo, pues había más gente dispuesta a pujar, incluido él mismo.

La expresión de Luan Chunji se ensombreció. «Ya me lo imaginaba», sentenció. Y dio la conversación por terminada.

Con el fin de exponer el mismo argumento, Jiansu visitó a varios líderes de la ciudad, incluyendo al secretario local del partido, Lu, y al jefe local, Zou Yuquan. Había sido obra suya la visita del equipo de inspectores, tras haberles informado del volumen real de almidón adulterado utilizado durante el proceso de producción, y haberles avisado de las graves consecuencias que podía tener para la economía local una disminución de las exportaciones de los Fideos Dragón Blanco.

«La multa fue, básicamente, de carácter simbólico», comentó Lu con el ceño fruncido. «Seguramente alguien halló la manera de influenciar a los inspectores. Pero esto no ha terminado aquí. Cuando termine el período estipulado en el contrato, este queda obsoleto. No se puede renovar sin un concurso abierto. Después ya se hablará de la duración del siguiente contrato, pero se tiene que celebrar una reunión vecinal donde se discutan los nuevos requisitos para el alquiler y la posible inversión de capital».

Jiansu les estrechó la mano y se marchó con la cabeza llena de cifras que se arremolinaban como corrientes de río. «Ojalá que ese día llegue pronto», se dijo a sí mismo. «Estoy preparado y te estoy esperando, Zhao Duoduo».

Jiansu solía acudir al viejo molino, muchas veces con el único propósito de observar a su hermano faenando con el cucharón en mano, esparciendo las judías sobre la cinta transportadora. Ese día no pudo aguantarse más y se lo explicó todo a su hermano: «Van a celebrar una reunión en breve. Cualquiera que fuera un poco listo sabría aprovechar la oportunidad y tomaría el mando de la fábrica de fideos».

Baopu se quedó mirándole fijamente y dijo: «Y tú eres ese hombre».

Los ojos de Jiansu se iluminaron. «He estado esperando este momento durante mucho tiempo. Cuando consiga la fábrica, yo también pienso fundar un



consorcio que aglutine todas las fábricas del río Luqing para poder controlar la producción y las ventas de los fideos. No son fantasías, lo tengo todo bien planeado. Oportunidades como esta no se presentan a menudo, pero si las sabes aprovechar, el éxito está asegurado».

«Tienes agallas, pero como ya te dije, no tienes poder». Baopu se levantó y se acercó a su hermano menor.

Jiansu asintió. «Sí, ya me acuerdo. Para ser honesto, yo también tengo mis dudas. Pero no tengo más remedio que tirar hacia adelante». Más animado, dio unas cuantas caladas a su pipa antes de dejarla a un lado y agarrar el brazo de su hermano. «No tengo mucho tiempo, y solo podré lograrlo con tu apoyo. Incluso si no lo consiguiéramos, podríamos retar a Zhao Duoduo con nuestro capital y levantar nuestra propia fábrica. Yo solo no puedo hacerlo, pero si unimos nuestras fuerzas...».

Baopu vaciló. «No es una cuestión de fuerza. Yo ya te he dicho lo que tenía que decir, así que ahora piénsatelo bien».

Jiansu se quedó inmóvil, con el rostro oscurecido por el silencio forzado. Volvió la vista para mirar a Baopu. «No tengo nada que pensar —dijo al fin— y no volveré a pedirte ayuda. Por mí puedes quedarte aquí sentado, viendo cómo gira la muela el resto de tus días». Salió furioso. Incapaz de controlar su agitación, recorrió la arboleda de sauces de la llanura, parando de vez en cuando para mirar a lo lejos. Luego regresó a la fábrica y se dirigió con desgana hacia la oficina para hablar con Duoduo. Zhao no estaba, pero sí su cuchillo acechando sobre el alféizar. Una sensación de quemazón comenzó a extenderse por su ojo derecho. Se frotó el ojo, pero seguía deslumbrado por el brillo de la hoja. Alargó el brazo para cogerlo, pero se detuvo: «¿Para qué lo quieres? ¿Por qué cada vez que lo ves empiezan a picarte las manos? Tus dedos se retuercen en los bolsillos y, tarde o temprano, van a causarte problemas». Su corazón latía con fuerza; contuvo el aliento. Finalmente logró distraer su mirada, que en el camino de retirada se posó sobre la almohada de Duoduo. La cabeza había dejado una marca grotesca en las sábanas de color púrpura. Se imaginó la cama empapada si el cuchillo se precipitara sobre ese preciso lugar en medio de la noche.

Estaba de pie inmóvil, dejando volar la imaginación, cuando de repente notó un hedor que le era familiar y sintió como si un cuchillo le atravesara el

corazón. Se dio la vuelta y encontró a Zhao de pie, detrás de él riendo en silencio y cerrando los labios con fuerza. Jiansu miró las manos de Zhao que colgaban por los costados, vacías. Sus dedos rechonchos estaban arrugados y las uñas ennegrecidas. Las manos se levantaron lentamente y se posaron sobre los hombros de Jiansu, presionando ligeramente sus omóplatos. «Toma asiento —dijo Zhao—. Te pago más de un centenar de yuanes al mes para que seas mi técnico y quiero comentarte algo».

Al sentarse varios mechones se precipitaron sobre el rostro exangüe de Jiansu, apartándolos con un movimiento rápido de cabeza hacia atrás.

«Tu pelo me recuerda a la crin de un caballo», dijo Zhao con una sonrisa sarcástica. Sacó su pipa, la sujetó entre los dientes y estudió el semblante de Jiansu por un instante, antes de encenderla y empezar a hablar de la fábrica. Le contó que el consorcio tenía el éxito asegurado, muchos fabricantes de fideos ya habían contactado con él. Estaba convencido de que todo aquel que quedara fuera del consorcio lo tendría muy complicado, porque ahora habría un gran proveedor de materia prima, así como una producción regulada que marcaría el precio de mercado. Un fabricante independiente, al igual que cualquier individuo aislado, lo tendría muy negro para competir contra el consorcio. Dijo que la empresa necesitaba un coche y una furgoneta, y que ya estaba haciendo gestiones para conseguir el coche. Se echó a reír.

Jiansu lo miró fijamente. «¿Qué pasa con el contrato? ¿Vas a renegociarlo?».

Zhao apretó los dientes y dijo: «Sí, pero la fábrica es como un pedazo de carne dura, fibrosa, y para masticarla se necesitan unos buenos dientes».

Jiansu negó con la cabeza. «Pues mastica poco a poco, porque con tanta gente alrededor, hay muchas posibilidades de que aparezca alguien con una buena dentadura».

Zhao sonrió con frialdad. «Yo ya sé quién tiene una buena dentadura. Y ya te lo dije, no tengo ni que mover un dedo para encargarme de ellos; todo lo que necesito está entre mis piernas».

Jiansu se levantó con los puños cerrados dentro de los bolsillos, pero se sentó de nuevo después de ver las manos rechonchas de Zhao. «No podrás hacerlo —dijo Zhao—. No eres como tu hermano, así que ¿por qué no continúas trabajando para mí? Además, ya sabes que somos familia».

Un zumbido estalló en la cabeza de Jiansu. «¿Cómo has dicho?», exigió.

Zhao acercó su cara hasta el rostro de Jiansu y dijo vocalizando lentamente: «El Cuarto Maestro del clan Zhao es el padrino de Hanzhang».

Ese comentario le descolocó. Se levantó y se fue.

Apenas había dado unos pocos pasos cuando Zhao exclamó que se había olvidado de decirle algo. Se acercó, le tapó la boca y le susurró al oído: «Ya tengo secretaria. Es una joven de unos veinte años, del otro lado del río. Es guapísima... y su piel huele a perfume».

Jiansu apretó los dientes y se marchó.

No se había alejado mucho de la oficina cuando se encontró con Daxi, que salió volando de la sala de procesamiento y se detuvo a tres o cuatro pasos de él. Se quedó mirándola, pero no abrió la boca. Ella echó un vistazo alrededor, se arrimó y susurró: «Jiansu, ven aquí, contra la pared, ¡vamos!». Ella se fue primero y, cuando Jiansu llegó, lo abrazó y apoyó la cara contra su mejilla. «Te he estado buscando —se quejó—. ¿Dónde has estado? ¿No me oíste el otro día cuando te llamé? No me haces caso. ¿Es que ya no te gusto? ¿Ya no me quieres?».

Jiansu luchó por librarse de su abrazo y, mirándola a la cara, le dijo bruscamente: «Te quiero, Daxi. Te quiero más de lo que te imaginas, pero ahora tengo cosas importantes que atender. Por favor, espérame. De aquí a dos semanas, o quizá antes, todo será más sencillo».

«Lo sé —sollozó—. Lo sé, Jiansu. A menudo sueño que te peleas con Duoduo. Sé lo mucho que le odias, así que yo también le odio. Te esperaré. ¿Cómo puedo ayudarte? Dime qué es lo que puedo hacer».

Secándole las lágrimas, Jiansu la besó y le dijo con voz entrecortada: «No tienes que hacer nada. Solo quiero que me esperes. Eres la única persona de todo Wali que me entiende. Daxi, solo unos días más, solo tienes que esperar unos días más».

Así que dejó a Daxi y enfiló el camino hacia casa de Luan Chunji. El hombre continuaba sin querer comprometerse con la petición de Jiansu, arguyendo que abrir un nuevo concurso público era una mera formalidad.

«Pero tenemos que hacerlo, aunque solo se trate de una formalidad», zanjó Jiansu secamente antes de despedirse. En aquel momento Luan Chunji

comprendió que debía ser cuidadoso y mantener una relación cordial con todos los clanes poderosos de la ciudad: los Li, los Sui y los Zhao. Seguramente los Zhao no estaban dispuestos a ceder la fábrica, pero cabía recordar que dentro del clan también había discrepancias y muchos de sus miembros rechazaban el liderazgo interno de Zhao Duoduo. El clan Li era imposible de prever y su comportamiento solo obedecía a inesperadas sorpresas. Por lo que respectaba a los Sui, algunos de sus miembros habían pasado unas décadas verdaderamente nefastas, mientras que otros habían conseguido salir adelante. Sui Hengde y su familia más cercana habían ocupado el liderazgo durante un largo periodo, pero esa rama empezó a decaer en la década de 1940, arrastrando al resto del clan al declive, hasta la actualidad. El momento para la llamada a la unidad del clan era cosa del pasado. ¿Quién estaría dispuesto a apoyar a Jiansu ahora? Chunji negó con la cabeza ante esa idea. Tendría que acercarse a otras familias de menor importancia que habían permanecido atrapadas por las rivalidades entre los tres principales clanes. Habían pasado todo tipo de calamidades y quizá no gozaban de una situación tan acomodada ni distinguida, pero seguramente habrían producido algunos individuos valerosos que ahora podrían serle de ayuda al pequeño de los Sui.

A Jiansu le dolía la cabeza. Tenía claro que la iniciativa para acabar con aquella situación injusta debía salir del clan de Sui y que todos los miembros del clan Zhao eran el enemigo. Seis meses atrás, al darse cuenta de que Wali era una ciudad con sus entresijos y que seguramente albergaba una cuota de talento que él desconocía y le podía servir de apoyo, empezó a indagar para enterarse de quién era quién. Le preocupaba que esa pugna entre fuerzas rivales terminara convirtiéndose en un trampolín para beneficio de un tercero y le arrebataran su objetivo, pero necesitaba ampliar su círculo de influencia. No se había atrevido a acercarse a nadie durante años y mucho menos compartir sus pensamientos más íntimos con extraños. Había permanecido agazapado en la oscuridad, observando, aunque a menudo le había costado controlar sus impulsos. El momento de pasar a la acción había llegado, y no debía permanecer de cuclillas por más tiempo. Debía abalanzarse y atacar a sus contrincantes.

Era ya oscuro cuando regresó a su habitación, abrumado por las dudas.

Descansó un momento para tomar una cena ligera y se encerró en la habitación a repasar su cuaderno. Copió el importe final de todas las partidas, comprobó por última vez que todo fuera correcto y calculó la cantidad máxima que podía estar dispuesto a pujar. La última vez la puja se abrió en 73.000 yuanes, pese a que las ganancias netas reales del pasado ejercicio habían sido de 128.000 yuanes. En caso de haber un aumento del 10 al 15 por ciento, entonces la puja empezaría en los 80.000 u 84.000 yuanes. Estaba claro que Zhao Duoduo había hecho un muy buen negocio con la fábrica.

El problema era que, como nadie estaba al tanto de los gastos y beneficios reales, Duoduo y los suyos podían aprovecharse de la contabilidad opaca con total impunidad. Furioso solo de pensarlo, guardó el cuaderno y salió de la habitación. La luz de la habitación de su hermano continuaba encendida. «Baopu debe estar leyendo ese libro suyo», pensó. Pero había jurado que no volvería a pedirle ayuda nunca más y no estaba dispuesto a romper su palabra. La ventana de Hanzhang estaba a oscuras, así que seguramente estaría durmiendo, o quizá habría ido a visitar a su padrino. Jiansu odiaba a todos los miembros del clan Zhao incluyendo al Cuarto Maestro, quien en determinados momentos había acudido a su auxilio. «¿Por qué Hanzhang tenía que tomar a ese viejo por padrino?», se preguntó. ¡Qué pesadilla! Miró el cielo y salió del patio. Se acordó de su tío y se dirigió hacia la habitación del anciano. La luz estaba encendida. Abrió la puerta y entró. Sui Buzhao estaba enfrascado en una acalorada conversación con Li Qisheng, que para entonces ya estaba en un estado casi senil. Como era imposible unirse a la conversación, aguardó sentado a un lado.

Buzhao indicó el número diez con los dedos. «¿Qué tal esto?».

Li miró al frente, con los músculos de las mejillas contraídos. Negó con la cabeza y respondió con el número dos. Sui Buzhao, como si hubiese sido herido por una súbita comprensión, miró a Li con admiración y exclamó a su sobrino: «Pero ¿tú has visto qué inteligente es?». Jiansu se levantó dispuesto a marcharse. «Pareces sofocado. ¿Cómo que tienes la cara tan roja? —preguntó su tío sorprendido al ver su semblante—. ¡Y los ojos también! ¿Estás enfermo?».

«Tú sí que estás enfermo», respondió con tono malhumorado mientras salía. La brisa fresca de la noche lo sosegó un poco, pero su cabeza

continuaba atrapada en una estampida de pensamientos. Al cabo de poco arrancó a correr. Se detuvo delante de la secretaría del partido. Entró y se dirigió a la oficina de Lu Jindian, que en ese momento estaba abstraído leyendo y, sobresaltado por los golpes, se levantó de un salto.

«Secretario Lu —dijo Jiansu—, si mi oferta es desestimada, reuniré el capital suficiente y construiré una fábrica. Me gustaría contar con el apoyo de la ciudad».

Lu se quedó un poco extrañado por las formas y el mensaje de Jiansu, pero respondió con una sonrisa: «Una fábrica de fideos es un centro de procesamiento de productos agrícolas, así que por supuesto que recibirías ayuda oficial. Pero tú aún eres demasiado joven para una carga como esta».

Jiansu asintió. «Gracias, Secretario Lu. Eso es todo lo que quería saber». Dio media vuelta y, después de vacilar un poco, como si tuviera algo más que añadir, desapareció.

Se precipitó hacia los callejones oscuros de la ciudad durmiente y terminó nuevamente en la habitación de su tío. Li Qisheng, cuya mente había estado a punto de apagarse de nuevo, tenía la mirada perdida en un rincón de la habitación, sin haberse percatado de la presencia de Jiansu. «Tienes muy mal aspecto —murmuró Sui Buzhao paseándose por la habitación—. Creo que estás enfermo. Tienes los ojos cada vez más rojos y, por tu mirada, pareces aturdido».

Incapaz de soportar los comentarios del anciano, respondió con un gruñido y se marchó, con los ojos grises de su tío clavados en la espalda mientras desaparecía en la noche. Cinco o seis minutos más tarde, Buzhao salió detrás corriendo.

Jiansu andaba con paso a veces rápido a veces lento, hasta que llegó a su habitación y abrió la puerta de una patada. Tiró de la cadena para encender la luz y se sentó en el *kang*. Se volvió a poner de pie. Dio un puñetazo en la mesa y murmuró algunos insultos. Para entonces Sui Buzhao ya estaba fuera. Lo observó durante un rato y corrió en busca de Baopu. Jiansu mientras tanto continuaba soltando improperios y tirándose del pelo. Cuando se miró la mano y vio el mechón de cabellos, dio un grito y dio un salto en el *kang*.

Baopu irrumpió en la habitación, acompañado por su tío, y corrió a sujetar a su hermano. «Jiansu, ¿qué te ocurre? Contrólate».

Jiansu miró a Baopu con una expresión perturbada y le preguntó: «¿Tú qué haces aquí? ¡Vete! El barco está al llegar y yo estoy a punto de zarpar». Se liberó de los brazos de Baopu, dio un salto y comenzó a desgarrar la estera del *kang*. Sui Buzhao hizo una señal con la mirada al hermano mayor y musitó: «Son los mismos síntomas que tuvo Li Qisheng de joven. Vuelvo ahora mismo».

Mientras sostenía a Jiansu con un brazo, con la otra mano le tocaba la espalda para tranquilizarle. Jiansu comenzó a llorar, pero luego se echó a reír y le dio un empujón. «No intentes detenerme. El barco está zarpando. ¡Tengo que darme prisa!»). Si no hubiera sido porque Baopu le agarró por la camisa, hubiera salido corriendo. Finalmente llegó Guo Yun y, tras cerrar la puerta y observar el estado de Jiansu, le pidió a Baopu que lo soltara. Jiansu empezó a dar saltos, a soltar insultos y a gritar. Hanzhang oyó el ruido y salió corriendo de su habitación a ver qué pasaba. Guo Yun sacó una jeringa de su bolsa y, cuando estuvo cerca de Jiansu, lo agarró y le pinchó en el brazo; Jiansu se sacudió brevemente y luego se relajó. Hanzhang y Baopu lo llevaron al *kang*, donde Guo Yun le examinó los ojos, la lengua y le tomó el pulso.

«¿Es la misma enfermedad de Li Qisheng?», preguntó Sui Buzhao. Guo negó con la cabeza. «Hay una espesa capa de color amarillo en su lengua; su *yang* es demasiado fuerte y está perturbando su claridad interior. Es un episodio de locura inducida por el *yang* que necesita ser tratada mediante la reducción del calor. Eso disminuirá la agitación». Escribió la receta y se la entregó a Sui Buzhao. «Una dosis debería ser suficiente. Si sus heces son de color rojo, se recuperará». El viejo médico se dio la vuelta para retirarse, pero al ver a Hanzhang le dirigió una mirada antes de salir.

Se quedaron cuidándolo toda la noche. Fueron a comprar la medicina y la prepararon según las instrucciones. Jiansu se quedó medio dormido una hora después de haber tomado la dosis y no se levantó hasta el mediodía del día siguiente. Lo primero que hizo fue ir al baño, ayudado por Sui Buzhao, quien a la vuelta exclamó contento: «Rojo».

Jiansu recuperó su cordura rápidamente y les pidió que no hablaran con nadie de lo ocurrido. Luego Hanzhang le preparó una buena comida y la devoró con apetito, aunque todavía se sentía un poco soñoliento y le flaqueaban las piernas. Al día siguiente salió a la calle a pesar de las

objeciones de su familia, y se encontró con una multitud leyendo un anuncio de Zhao Duoduo donde enunciaba una ampliación de capital para modernizar la fábrica de fideos. Los trazos de la caligrafía de Wu el Barbillas eran inconfundibles. Explicaba que cada acción costaría mil yuanes y las ganancias se distribuirían en base al número de acciones, sujetas a una tasa de interés alto. Las familias podrían unirse y comprar acciones conjuntamente. Al ver lo rápido que Duoduo se estaba moviendo, Jiansu corrió a su casa, y escribió un anuncio de su puño y letra con tinta oscura. En este explicaba que él también planeaba acciones para crear una nueva fábrica, pero con unas condiciones más rentables para los accionistas.

Aquellos anuncios dieron mucho de qué hablar. La gente comentaba que finalmente había aparecido alguien del clan Sui que intentaba levantar cabeza. «¿Y de qué sirve que mantenga su cabeza erguida? —se preguntó alguien entre risas—. ¿Para que se la puedan cortar mejor?». Jiansu lo oyó todo.

Pasado el primer día, ninguna de las partes había conseguido captar ni un accionista. Baopu había comprado algunos pasteles y bocaditos e insistió a Jiansu para que los llevara a Guo Yun como muestra de agradecimiento. Acechado por los síntomas de un nuevo ataque de ansiedad, Jiansu se encaminó a casa del viejo médico.

Muy pocas veces había puesto los pies en ese patio, un lugar tranquilo e inquietante. Guo Yun le invitó a sentarse y aceptó los regalos de buen grado, antes de preguntarle sobre su estado de salud. Jiansu se limitó a responder con superficialidad, regresó a su té y permaneció en silencio hasta que trajo a colación la fábrica de fideos. El anciano escuchó sin intervenir.

«Zhao Duoduo consiguió un gran acuerdo —dijo Jiansu—. La primera vez que se ofertó el arrendamiento, la gente de la ciudad no tenía ni idea de qué se trataba. Las cosas estaban cambiando muy rápido, y nadie tenía claro qué iba a ocurrir. Eso representó una gran oportunidad para Duoduo, quien obtuvo la fábrica prácticamente sin ningún coste. Aparentemente él es el único beneficiario, pero en realidad se trata de todo un grupo de personas que están monopolizando gran parte de los recursos de la ciudad. Ya me he descubierto demasiadas tretas. Ahora quiero concentrar todos mis esfuerzos en terminar con esta injusticia. No estoy seguro de cómo va a salir, pero quiero que la gente sepa que en el clan Sui aún queda alguien dispuesto a librar batalla».



Guo Yun tomó otro sorbo de té y se ajustó las correas de sus polainas. Se detuvo para mirar a Jiansu y suspiró.

Jiansu le devolvió la mirada con tono inquisitivo. Guo tomó otro sorbo de su té y miró la mesa de piedra. «Es muy difícil encontrar una explicación para la instauración del abuso. Toda mi vida he creído que la paz y la seguridad tienen su origen en la fortaleza, pero ya no estoy tan seguro. Parece haberse convertido en regla general que la gente mala siempre consiga lo que quiere. Pero no debemos olvidar el precepto que dice que solo aquellos que se ganan la confianza de la gente pueden gobernar el mundo. Después de todas las penurias sufridas, la gente de esta ciudad se ha vuelto tímida y perezosa, y ahora son miopes y están del lado de los poderosos. Pero si piensas a largo plazo, lo mejor que puedes hacer es depositar tu confianza en aquellos que se han conformado con su suerte, y que son humildes y trabajadores. Baopu es uno de ellos. Tú eres de carácter fuerte y explosivo, y quizá te sería fácil tomar las riendas, pero te falta resistencia. Tienes un carácter distinto al de las gentes de por aquí».

Guo Yun se detuvo y miró a Jiansu, cuyo rostro se había sofocado y sus labios habían empezado a temblar. «Maestro Guo Yun —dijo—, mi hermano es un buen hombre que merece nuestra confianza. Comparto su opinión. Él se preocupa por la gente de la ciudad, pero está postrado en ese molino, mientras los años van pasando. ¿Es este el destino del clan Sui?».

Guo sacudió la cabeza y suspiró. «Esa es su gran desgracia». Fueron sus últimas palabras antes de enmudecer. Jiansu se quedó con el corazón encogido. No pudo dormir en toda la noche, pensando en las palabras del anciano.

El amanecer difundió la noticia de una reunión en el templo para subastar la gestión de la fábrica. Al enterarse Jiansu no podía parar de pasearse arriba y abajo de la habitación. Tras analizar una vez más sus posibilidades, se tomó una pastilla para dormir y descansar un poco antes del momento crucial. Se quedó dormido al instante y soñó que paseaba por la orilla de un río de color azul oscuro, desconcertado por el penetrante silencio. Se agachó para coger un puñado de arena y vio que los granos eran de un color azul oscuro. Dejó caer la arena entre sus dedos; siguió caminando y vio un pequeño punto rojo acercarse en la distancia. Al principio pensó que era el sol, pero se aproximó

con un salto gigante; era un caballo castaño. Su corazón dio un vuelco cuando, al observarlo más de cerca, reconoció el caballo de su padre. El animal se detuvo ante él y le saludó frotándolo con su larga y suave mejilla. Jiansu no pudo contener las lágrimas al abrazarse a su cuello. Se subió al lomo y después de un fuerte relincho, el animal empezó a galopar por la orilla infinita.

En un momento determinado alguien llamó a la puerta y se despertó. La luz se encendió y apareció su hermano, con el rostro sombrío. «Debía ser un sueño agradable, pero tenía que despertarte. La reunión está a punto de empezar y sé lo mal que te sentirías si te la perdieras, así que en marcha». Jiansu se vistió en un momento y salieron. Mientras caminaban, Baopu le comentó que seguramente habría mucha gente, porque incluso los trabajadores de la fábrica estaban pidiendo permiso para poder asistir. Acudiría prácticamente toda la ciudad.

Cuando entraron al antiguo templo fueron recibidos por una multitud vestida de negro. Encima de la plataforma habían colocado una fila de tabloncillos. El secretario del partido Lu Jindian, el jefe local Zou Yuquan, y el representante de la calle Gaoding aguardaban sentados detrás de las mesas. Se rumoreó que el asiento vacío junto al jefe local estaba reservado para el Cuarto Maestro. Luan Chunji presidía la reunión y pidió a todos los interesados en pujar que se acercaran a la plataforma. Rápidamente acudieron varias personas; doce en total. Jiansu miró a su hermano con entusiasmo. «Adelante», le dijo Baopu.

Li Yuming, en representación de la Calle Gaoding, abrió la reunión con un torpe discurso sobre los principales logros conseguidos el año anterior, incluyendo el arrendamiento de todas las industrias y la distribución de los fondos obtenidos en servicios a la comunidad. Luego pasó la palabra al resto de dirigentes. Lu Jindian se levantó y expuso la orden del día yendo al grano. Llamó a todos los asistentes a participar en la licitación, recordando que la Fábrica de Fideos Wali era la empresa más importante de la ciudad y que, por lo tanto, debía ser gestionada por el individuo mejor capacitado. Recordando que, sin embargo, no era la única industria local abierta a concurso público, extendió la invitación para que se manifestaran todos aquellos ciudadanos que se consideraran competentes para la gestión del resto de servicios. Todos le escuchaban en silencio. Sigilosamente se acercaron a la plataforma unos

pocos. Zou Yuquan se mostró satisfecho. «Excelente. Y ahora sigamos. No queremos que esto acabe siendo una reunión tediosa ni ningún escaparate». Finalmente llegó el momento y el ambiente se volvió tenso. Luan Chunji se colocó bajo la luz de una lámpara que iluminaba una pila de papel, un lápiz y un pincel mojado en tinta roja. Empezarían por las fábricas y talleres pequeños. Luan anunciaría la cantidad de salida y los participantes lanzarían sus ofertas. Quien alcanzara la cantidad más alta dentro del tiempo establecido ganaba la licitación. «¡Se abre la puja!», exclamó Luan Chunji, mirando el reloj. La gente se amontonó hacia adelante, estirando el cuello y frotándose las manos.

Tras el silencio sepulcral de los primeros segundos brotó una voz vacilante, como si el hombre fuera demasiado tímido para gritar su cifra en alto. Le siguió otra cifra, esta vez con un tono de voz más fuerte, seguida de más números. Como si los participantes estuvieran encima del barco, flotaban cada vez más alto encima de unas aguas que no paraban de crecer. Cuando el tiempo estaba a punto de expirar, Luan miró su reloj. «Tres segundos, dos segundos...». ¡Boom! Golpeó la mesa, cogió su pincel rojo y anotó el número ganador. Siguió punto.

Y continuaron con la siguiente subasta. Algunos licitantes retrocedían y los nuevos se acercaban. Sus sombras se proyectaban bajo la luz, provocando el sudor incluso de los espectadores. Finalmente llegó el turno de la fábrica de fideos. Siete u ocho personas se pusieron de pie y se acercaron hacia delante; todos ellos licitadores, naturalmente. Zhao Duoduo se quitó la chaqueta, la arrojó sobre la silla detrás de él y avanzó lentamente hacia adelante para bloquear a Sui Jiansu con el codo. Jiansu se movió y dio un paso hacia el frente, ahora siendo él quien barraba el paso a Zhao. Enrabiado, este último cruzó los brazos, apuntando con su codo a las costillas de Jiansu, a tan solo unos centímetros de distancia.

Luan Chunji gritó: «La Fábrica de Fideos. La cifra de salida es setenta y cinco mil yuanes. El plazo es de cinco minutos. ¡Hagan sus ofertas!».

Sus palabras aún flotaban en el aire cuando Zhao Duoduo gritó: «Espera. Hay algo que tenemos que aclarar primero. Después de mi primer año de arrendamiento he acondicionado la fábrica y he modernizado las instalaciones. He sustituido la maquinaria más anticuada y he abierto nuevos puntos de venta,

así que no cabe duda de que la mejor opción es ampliar mi contrato. Si la administración cambia de manos, ¿cómo se supone que voy a recuperar mi inversión? Esto debe aclararse ahora».

«Ya lo hemos discutido y trataremos este asunto contigo más tarde». Luan gritó para que todos pudieran oírle bien: «Esta vez el contrato de arrendamiento tendrá nuevas condiciones».

«Secretario Luan —interrumpió Duoduo—, seré maleducado ahora para que podamos pactar como caballeros más tarde. Dada la complejidad del asunto, debería aclarar este punto ahora. No me importa perder el arrendamiento, pero la gente que me ha apoyado prestándome su dinero y trabajando conmigo merecen una respuesta inmediata».

Luan le calló con un gesto de mano. «Lo sé —dijo—, lo sé».

Sui Jiansu aprovechó el momento para dirigirse a los asistentes. «Tengo algo que decir». Sin esperar a recibir permiso para intervenir, insistió: «Tengo algo que decir —repitió—. El director Luan acaba de decir que aclarará la cuestión, y es lo correcto. Pero si Zhao Duoduo merece una indemnización, vamos a hacer pública toda la contabilidad. De esta manera no se tomará el pelo a nadie».

Zhao Duoduo resopló y lo fulminó con la mirada.

Jiansu no le prestó atención y continuó: «Como veréis, no es algo muy complicado de calcular. El primer año se arrendó la fábrica por 73.000 yuanes y en su interior había almacenados 2.480.000 *jin* de judías, 63 montones de almidón, más otros 200.000 *jin* que ya estaban siendo procesados. Esto tiene un valor total de 182.000 yuanes. En el sexto mes se acondicionó el proceso de sedimentación y en el octavo se mecanizó el molino. El coste total de esta inversión fue de 144.000 yuanes. El beneficio bruto ascendió a más de 2.179.400 yuanes, con un beneficio neto de 128.000. Este año la puja empieza por 75.000 yuanes, creo que queda claro que esta cifra es demasiado baja teniendo en cuenta la diferencia respecto los beneficios». Sus palabras se ahogaron en el clamor de la multitud, aturdida por la velocidad del recital de números. Convencidos de que Jiansu debía tener pruebas de sus cálculos, los asistentes se mandaron callar los unos a los otros, intercambiando miradas de reprobación mientras repetían los números. Zhao Duoduo gritó algo, pero nadie pudo entender sus palabras. Finalmente Luan Chunji y Lu Jindian se

pusieron de pie e hicieron un gesto con las manos y la multitud se calmó.

El rostro de Luan estaba empapado en sudor. «No sirve de nada que empieces a gritar una ristra de cantidades inventadas. Toda la contabilidad de la fábrica está rigurosamente registrada. ¡Si el precio de salida es demasiado bajo, entonces muéstranos lo que tienes y la aumentaremos!».

Jiansu también estaba sudando. Se secó las gotas y fijó su mirada en Luan. De sus ojos salían chispas. «Me he limitado a explicar a todo el mundo la verdad —gritó—, pero he venido aquí para hacer mi oferta. Lo único que quería decir es que esta vez nadie va a hacerse con el negocio con unas migajas».

Varios de los interesados pidieron que se callara para continuar con la puja, así que volvió a su sitio y reanudaron la sesión. «La Fábrica de Fideos. La cantidad de salida es de setenta y cinco mil yuanes, el plazo es de cinco minutos». Luan repitió con voz atronadora. «¡Se abre la oferta!», y miró el reloj.

Zhao Duoduo abrió la subasta: «Setenta y siete mil». Alguien gritó: «Setenta y ocho mil». El número ya había superado los ochenta y cinco mil, y Jiansu seguía sin decir nada. Su pelo brillaba por el sudor y tenía algunos mechones pegados en la frente. Miró a su alrededor, como si buscara algo, volvió la vista hacia el pincel rojo de Luan Chunji, y soltó: «Ciento diez mil». Se hizo el silencio. Todos, arriba y abajo de la tarima, se quedaron estupefactos por el salto de veinticinco mil yuanes.

Luan se puso de pie, pero mantuvo la cabeza baja: «El tiempo ya casi ha terminado, casi ha terminado». Levantó la mano y, en ese instante, Zhao Duoduo gritó: «¡Agrégale mil!».

Jiansu siguió su ejemplo: «¡Añade mil más!».

En lugar de golpear la mesa, Luan se frotó los ojos. La gente cogió aire.

Entonces Zhao se levantó de un salto, levantó su brazo derecho, y gritó con voz ronca: «Añade mil más».

Y la mano de Luan se precipitó bruscamente, justo después del grito de Zhao, aterrizando sobre la mesa y provocando una explosión. Jiansu se cayó de la silla y se deslizó por el suelo abrazado a su torso, como para mantener el calor del cuerpo.

Tras el estallido Li Yuming anunció el resultado y los participantes fueron abandonando la plataforma. Al terminar, Zhao Duoduo se inclinó y cuchicheó algo a Li, quien asintió con la cabeza. Luego Zhao se volvió hacia la multitud y comenzó a explicar su proyecto de Consorcio de Producción y Comercialización de Fideos Wali, animándoles a todos a que invirtieran. Jiansu, todavía estaba sentado en el suelo y, al oír aquellas palabras, se levantó de un salto y se acercó al frente.

«Zhao Duoduo ha vuelto a hacerse con la fábrica, gracias a la ayuda de otros. Pero aún no he terminado. Os invito, jóvenes y ancianos, a uniros a mí para levantar una fábrica nueva. Si no puedo devolveros el dinero, empeñaré mi casa, subastaré mis tierras e incluso venderé a mi esposa». «¡Pero si tú no tienes mujer!», gritó alguien con voz burlona. «Pero pronto la tendré —replicó Jiansu—. Queridos vecinos, el clan Sui nunca ha faltado a su palabra». Lu Jindian y Zou Yuquan miraban a Jiansu de reojo, quien al terminar volvió a su asiento. Esto provocó un nuevo alboroto, pero el estruendo cesó de inmediato cuando se percataron de la presencia del Cuarto Maestro. Apoyado en su bastón había aparecido de la nada. A los pies de la plataforma y en silencio, contemplaba la escena. Luego golpeó el suelo con su bastón y gritó: «¡Zhao Duoduo!».

Zhao, de cuclillas, le saludó agachando la cabeza, temeroso, antes de responder a la llamada.

El Cuarto Maestro se levantó lentamente la solapa y sacó un sobre rojo de un pliegue de sus pantalones. «Has sido un malhechor la mitad de tu vida, pero finalmente has hecho algo bien levantando esta empresa. He aquí doscientos yuanes. Tu Cuarto Maestro nunca ha gozado de grandes riquezas, pero toma esta pequeña inversión como muestra de mi confianza. Cuenta el dinero ahora mismo».

Con el sobre en sus manos, Zhao musitó: «No hace falta, Cuarto Maestro. No necesito contarlo».

«¡Cuéntalo ahora!», ordenó el Cuarto Maestro con tono severo.

Era medianoche cuando los últimos vecinos abandonaban el lugar, varios de ellos del clan Sui, y Jiansu continuaba sentado sobre el saliente de una roca, resistiéndose a tirar la toalla. Buzhao y Baopu le ayudaron a levantarse, y deshicieron el camino hasta casa los tres juntos en un duro y silencioso

trayecto que, pese la corta distancia, se hizo eterno.

Baopu acompañó a Jiansu hasta su habitación con la ayuda de Buzhao y le pidió a Hanzhang que preparara algo de comida. Luego los dos mayores se marcharon, dejando a Hanzhang con Jiansu, vigilándole mientras su hermano permanecía sentado en medio de la oscuridad. «Duerme un poco», dijo ella.

«¿Has ido a la reunión, Hanzhang?». Ella sacudió la cabeza. «No, había demasiada gente para mí». Como si hablara consigo mismo, Jiansu murmuró: «Así que aún no estás al tanto de... la situación...». «Sí, sí que lo sé —musitó—. Me lo puedo imaginar... Hermano Segundo, ahora necesitas descansar. Te lo ruego, duerme un poco. Estás agotado». Jiansu no salió de casa durante varios días. Durante ese periodo acudieron un puñado de personas para ofrecer algo de capital para la nueva empresa, todos del clan Sui y Li. En total apenas llegaba a unos poco centenares de yuanes, algo así como una consolación más que una inversión. Le dijeron que Duoduo ya había recolectado más de cien mil, con algunas aportaciones incluso de fuera de Wali. Añadieron que planeaba solicitar un préstamo bancario y Jiansu decidió aprovechar la idea. ¿Por qué no pedir uno también él? Al cabo de poco se encontraba sentado enfrente de un banquero que le explicó todos los pasos a seguir para obtener un préstamo. Luego fue a ver a Luan Chunji y le dijo que regresara después de haber obtenido el permiso para establecer una empresa privada. Temeroso de que pudiera perder su dinero tratando de entrar por la puerta trasera, Jiansu decidió solicitar un préstamo con su Emporio Wali como garantía. Li Yuming accedió a ayudarlo y medió con Lu Jindian y Zou Yuquan. Finalmente el gerente del banco le notificó que podía acceder a un préstamo en ningún caso superior a los 5.000 yuanes. Jiansu se desmoronó. ¿Cómo podía haber una diferencia de 200.000 yuanes entre su préstamo y el de Zhao Duoduo? El banquero aclaró que Zhao era un reconocido empresario, una nueva categoría de cliente al que debían facilitar condiciones favorables con préstamos a bajo (o cero) interés. Sin saber qué más decir, Jiansu se dio la vuelta y se marchó.

Por la noche se quedó plantado frente el enrejado, observando las hojas secas de las judías, cuando de repente la imagen de esa jovencita podando las zarzas pasó por su mente. Se estremeció y se apretó el pecho con ambas manos.

Al volver la mirada hacia la habitación de Baopu pudo distinguir el contorno de la sombra de su hermano proyectada en la ventana.

Baopu estaba revisando su contabilidad con un ábaco. «¿Qué estás haciendo?», preguntó Jiansu.

«Estoy revisando las cuentas de la fábrica», respondió Baopu con calma.

Jiansu se sentó en el *kang* y suspiró. «Déjalo, ya es demasiado tarde». «Lo es, pero tengo que hacerlo». Jiansu se quedó callado. «Yo ya lo hice», musitó. Mientras movía las cuentas arriba y abajo por las barras, Baopu respondió: «Tengo que hacerlo yo mismo. No estoy utilizando los mismos registros de las partidas, así que es probable que consiga unos resultados más precisos. Me va a tomar algo de tiempo comprobarlo todo».

Sin saber qué decir, Jiansu echó un vistazo al ábaco y se levantó para pasearse por la habitación. Abrió el cajón y sacó el *Manifiesto comunista*, lo hojeó, y luego lo volvió a dejar. Se esperó un rato antes de explicarle el sueño que había tenido antes de la reunión.

Le describió el vasto río de arena añil. El caballo, castaño como el sol, al galope. Hizo una pausa y le dijo: «Me voy de Wali».

«¿Cómo? ¿Adónde vas a ir?». Había cogido a su hermano totalmente desprevenido.

«Me marcho a la ciudad. No quiero permanecer aquí. Ahora que se nos permite establecer nuestro propio negocio, quiero marcharme para abrir una tienda. Zhang-Wang puede hacerse cargo del Emporio durante una buena temporada».

Baopu le respondió con la mirada perdida. «No tienes que marcharte de Wali solo porque ahora estés disgustado. Piénsatelo bien. La vida en la ciudad no es fácil».

Jiansu contestó con firmeza: «Lo tengo decidido. Hace mucho tiempo que lo tengo en mente. Mis raíces están en Wali, así que regresaré. Pero ahora tengo que marcharme e intentar empezar de nuevo lejos de aquí, aunque corra el riesgo de fracasar. Ya lo he pasado suficientemente mal durante los últimos años». Y con estas últimas palabras salió de la habitación, dejando a Baopu sentado, como si se hubiera quedado petrificado. Sabía que su hermano se marcharía, al igual que lo había hecho Sui Buzhao años atrás.



Jiansu regresó a su habitación y un ardor desbocado recorrió todo su cuerpo. Tomó un vaso de agua fresca del alféizar para recuperar el aliento y, en el último trago, oyó unos golpecitos en el cristal. Al abrir la puerta encontró a Daxi. Se miraron el uno al otro sin decir nada hasta que Daxi se arrojó a sus brazos y comenzó a sollozar. Él le sostuvo la cabeza para mirarla a los ojos y le preguntó secamente: «¿Por qué no has venido a verme estos últimos días?».

Daxi contestó con voz temblorosa: «No me atreví. Tenía miedo. Miedo de que estuvieras desanimado y no quisieras estar conmigo».

Conmovido por sus palabras, Jiansu comenzó a besarla. «Daxi, me gustas. Claro que me gustas. Cuando estoy contigo, me siento feliz».

Su respuesta le emocionó. «¿En serio? Jiansu, me doy rabia a mí misma por no haber sido capaz de ayudarte. Ojalá pudiera matar a ese Zhao Duoduo».

Los ojos de Jiansu se humedecieron. Cerró la puerta y colocó la cabeza sobre sus pechos blandos. Ella continuó hablando y lo agitó un poco, pero Jiansu no respondía. Intranquila, elevó el tono y levantó su cabeza; Jiansu estaba llorando y ella, que nunca lo había visto en aquel estado, no sabía qué hacer. Jiansu apoyó sus labios en la frente de la muchacha y susurró: «Daxi, escúchame. Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Te quiero, y pienso en ti día y noche. Quiero que te cases conmigo. Conviértete en mi esposa y pasemos el resto de nuestras vidas juntos. No tienes ni idea de lo mal que lo he pasado, pero ahora te pido que te quedes conmigo. Solo espero que no pienses que no soy digno de ser tu marido».

Daxi comenzó a sollozar. Temeroso de que alguien pudiera oírla, le tapó la boca con la mano. Daxi comenzó a besarle la frente, los ojos, el cuello, y sus cabellos sucios y despeinados.

«Vamos al *kang* —dijo Jiansu—. Quiero decirte algo».

\* \* \*

Después de la reunión, las gentes de Wali empezaron a recibir peculiares noticias, todas ellas relacionadas con Zhao Duoduo. Que si había contratado a alguien para que estampara un gran cartel, que si estaba a punto de recibir un

coche de la ciudad, que si había contratado a una secretaria cuyo cargo cambió al segundo día por el de «funcionaria»... Jiansu continuaba recluido en casa, con los ojos ojerosos por el insomnio. Su hermano y su tío sabían que la batalla contra Zhao Duoduo había minado su energía y su tesón, y hacían lo que podían para ayudarle a recuperarse. Al cabo de dos semanas regresaron los dolores de cabeza, esta vez más intensos. Volvieron a llamar a Guo Yun y les explicó que se trataba de una dolencia distinta, aunque era obvio que los dos episodios estaban conectados. Les informó que el *yin* y *elyang* de Jiansu estaban descompensados, lo que le provocaba una falta de energía. «La energía es la madre del intelecto; a través de ella se accede a la plena capacidad mental. Cuando la energía disminuye, la mente no tiene adónde ir y se dispersa. Cualquier persona carente de energía termina muriendo, de la misma manera que muere cuando su mente se dispersa».

Presos del pánico tras oír el pronóstico del médico, Sui Buzhao y Baopu le rogaron que aumentara la dosis de la medicación, pero el anciano negó con la cabeza. «Su nivel de energía está demasiado bajo. Todo lo que podemos hacer es prepararle un caldo con ramitas de canela para ayudar a regular el *yin* y el *yang*, y unas ostras para que mantenga el nivel de energía, estabilice el *yang* y proteja el *yin*». Dejó la receta escrita y les pidió que se aseguraran de la toma de cada dosis. Baopu cogió la receta y leyó: «Ocho gramos de canela en rama, ocho gramos de peonía, tres rodajas de jengibre crudo, seis gramos de regaliz, seis dátiles grandes, treinta gramos de judías y otros treinta de ostras, todo bien hervido».

## 16

Baopu acudía a la fábrica como de costumbre, pero durante su tiempo libre se dedicaba a repasar la contabilidad. Las palabras de Jiansu «Déjalo, ya es demasiado tarde» aún resonaban en su cabeza. Pasaba por la habitación de su hermano varias veces al día para asegurarse de que seguía el tratamiento prescrito. Jiansu no había pasado tanto tiempo en el *kang* en años. Guo Yun también le visitaba a diario para seguir de cerca su evolución. En una de aquellas visitas le trajo una versión vernácula del texto clásico de Qu Yuan, *Preguntas celestiales*, y a partir de entonces Jiansu se refugió en su lectura. Sui Buzhao, quien también pasaba a menudo por la residencia, se mofaba de la obcecación de Baopu con las finanzas de la fábrica. Según él, el sistema contable (ideado por y para contables) era una forma enrevesada de gestionar una empresa, y solo servía para confundir al personal. Baopu, conocedor de las causas de la muerte de su padre, siempre se había mantenido al margen de estos asuntos, pero la licitación de la fábrica le había forzado a blandir el ábaco como antaño lo hizo su padre.

Una tarde cualquiera, el sonido de la flauta del Chiflado fue llegando desde la lejanía. La melodía llamó la atención de Sui Buzhao. «El sonido ha cambiado», informó a Baopu.

Conteniendo la respiración para escucharlo con mayor claridad, Baopu también notó cómo el tono era distinto al que les había acostumbrado durante décadas. No podía explicarlo, pero también lo percibía. La flauta siempre había sonado aguda, áspera, solitaria y triste. En cambio ahora se podía identificar un estallido de felicidad encubierto. Eran muchos los momentos vividos con la melodía de los eternos solteros de Wali sonando de fondo; no sería fácil acostumbrarse a la novedad. «Voy a ver qué ocurre», dijo Sui

Buzhao antes de salir.

El corazón de Baopu latía con furia y no podía concentrarse. Paseaba por la habitación con una ansiedad que le brotaba del pecho, pero no comprendía el motivo. Era medianoche cuando la flauta enmudeció y por fin pudo acostarse y descansar, aunque fue incapaz de dormirse. Finalmente llegó el amanecer y su tío le llamó desde fuera de la ventana. «Xiaokui se ha casado con el Chiflado».

Baopu sintió como si su cabeza hubiera estallado, dejando tras de sí un fuerte zumbido. No recordaba haber salido corriendo de su habitación, atravesar el patio y correr calle abajo murmurando algo, hasta llegar a la callejuela del clan Zhao. No dejó de golpear la ventana hasta que apareció Xiaokui, con Leilei en brazos. Mirando su rostro demacrado y pálido, Baopu le preguntó: «¿Es verdad?».

«Sí». «¿Cuándo?».

«Hace unos días, durante la reunión de la fábrica». «No me lo puedo creer Xiaokui, deberías habérmelo contado. ¡Me hubieras tenido que esperar!», gritó él, sosteniendo su cabeza entre las manos. Xiaokui se mordió los labios y sacudió la cabeza. «Te esperé durante años, hasta que llegó el día en que me miré en el espejo y vi mi cabello blanquecino. Me puse a llorar, y la mujer del espejo también, y nos dijimos que no esperaríamos más, ya no más».

Derrotado por el dolor, se dejó caer, y murmuró: «Pero... ¿y qué pasa con Leilei? Es hijo mío».

Xiaokui respondió fríamente: «No, él es hijo de Zhaolu».

Recordando la pasión de aquella noche de tormenta, alzó los puños hacia la ventana y los dejó caer. Se levantó y se alejó sin mirar atrás.

Jiansu aguardaba la visita de su hermano, sin percatarse de que ya había entrado en la habitación y estaba detrás de él, en silencio. De repente Baopu dejó caer su mano sobre el hombro huesudo de Jiansu, quien notó los violentos temblores de su pulso. Baopu no podía hablar. Jiansu miró a su hermano a los ojos y le dijo: «El tío regresó, pero como aún no habías regresado, volvió a marcharse».

Baopu asintió. «Me abandonó, se marchó. Se ha ido, para siempre, se ha desvanecido. Todos se acaban yendo. También tú vas a marcharte a la ciudad.

¡El clan Sui! El clan Sui y su gente». Jiansu intentó consolarlo, diciéndole que descansara porque dentro de poco tendría que volver al trabajo, pero Baopu le apretó las manos y le rogó: «Por favor, no te vayas. Quédate conmigo esta noche. Necesito hablar contigo. Me he guardado tantas cosas, que ahora siento que me estoy ahogando. Xiaokui me ha dejado y si tú también te vas, ¿con quién hablaré? ¿Con el viejo molino? ¿Con este cuarto? Jiansu, no te quedes ahí, no me mires así. Acércate y siéntate aquí en el *kang*».

Jiansu obedeció, nervioso. Nunca había visto a Baopu en ese estado. Quería reconfortarle, pero no sabía cómo. Ahora Xiaokui estaba con otro hombre. Jiansu sabía que su hermano la amaba de todo corazón, pero lo único que le venía a la mente era: «¿Ves, Baopu? Esto es lo que pasa por aguantar tanto y quedarte todo el día encerrado en ese viejo molino. Ahora nadie puede ayudarte. No sirve de nada que estés así. Ahora ya no podemos hacer nada para ayudarte».

Baopu intentó liar un cigarrillo, pero sus manos temblorosas solo consiguieron amasar una especie de buñuelo deforme. Jiansu le dio uno de los suyos. Dio un par de caladas y lo apagó. «¿Conseguiste hablar con los cobardes de nuestro clan?». Jiansu no dijo nada, solo le miraba. «Me lo advertiste, y tenías razón. He dejado que acabara en brazos de otro hombre. Me atormentaba a mí mismo y a los demás, como si mi único objetivo en la vida fuera mortificar a la gente. Ni soy feliz ni quiero que los otros lo sean. ¿Qué clase de monstruo soy? Guardo mis penas durante meses, años, toda la vida, como si preparara salsa de soja, hasta fermentar y ennegrecer. Nunca hablo de mis sentimientos; siento como si la sangre se hubiera congelado en mis venas. Me gustaría clavarme un punzón. Quiero sangrar. No me importa retorcerme del dolor hasta rodar por los suelos y gritar con una voz ronca estremecedora. Me ha pasado muchas veces por la cabeza, pero no reúno el valor suficiente para hacerlo. No tengo agallas para hacer nada, así que ¿por qué no quedarme encerrado en el viejo molino durante el resto de mi vida? Pero no soy capaz ni de eso. Puedo odiar y amar, y correr bajo los rayos en medio de una noche de tormenta. A veces me siento como si me arrojaran agua hirviendo, y me digo a mí mismo que aguante, que no me mueva ni haga ningún ruido. Una vez Xiaokui fue mía. Yo estaba empapado por la lluvia y la sostuve entre mis brazos durante toda la noche. Ella es mía y no quiero a nadie más

que no sea ella. No me importa terminar en la miseria o ser despreciado por todos, solo la quiero a ella. No ha habido un solo día que no haya pensado en ella, pero nunca fui a verla. Pasaron diez años, y después veinte, hasta que nuestro cabello se volvió gris.

¿De qué tengo miedo? De los ojos de Zhaolu. Me miran mientras duermo. Tengo miedo del clan Zhao; la familia de Xiaokui. Tengo miedo de mí mismo y de nuestro Sui. Ningún Sui merece tener familia o descendencia. Pero también somos personas; hombres y mujeres con sus sentimientos. Para el clan Sui mantener su reputación ha sido sagrado, pero los tiempos cambiaron y la moral también, y aun así nosotros hemos permanecido ligados a los mismos principios, sufriendo por su culpa.

Te he hablado de mi amor hacia ella, pero el profundo respeto hacia nuestra reputación es todavía más fuerte. Zhaolu estaba vivo cuando Xiaokui se entregó a mí. Ella se hubiera enfrentado a quien hiciese falta, pero soy un pobre miserable. Temí que me acusaran de haberle robado la mujer a Zhaolu mientras se ganaba el sustento en el noreste. Traté de evitarlo, y Xiaokui ha sufrido las consecuencias. Debería haberla traído con nosotros cuando Zhaolu murió. Soy un cobarde y siento desprecio hacia mi persona. Xiaokui es extraordinaria; se armó de valor y consiguió sobreponerse a las dificultades, no como yo. Voy a acordarme de ella durante el resto de mi vida. Pero debo olvidarla, a ella y a la vida que pudo ser y no fue. Debo olvidarme de todo, excepto de mi cobardía».

Jiansu, que nunca había visto a su hermano hablar de nadie con tanto desprecio y resentimiento, lo detuvo angustiada. «¡Para! Por favor, no hables así. Eres un hombre bueno. Me horroriza ver cómo te castigas de esta manera. Baopu, eres el hermano mayor y has sufrido más que cualquiera de nosotros. Sé que ha sido duro para ti. Ahora te entiendo».

La frente de Baopu estaba cubierta de gotas de sudor y sus dientes castañeteaban como si se hubiera helado. «No, no lo haces. Nadie me entiende. Pero es por mi culpa, porque pienso demasiado y hablo demasiado poco. Cuando me casé con Guigui tampoco hablaba mucho con ella. No porque tuviera miedo, sino porque le daba tantas vueltas a todo que me era imposible expresar los sentimientos con palabras. Cómo envidio a los que no tienen preocupaciones o, si las tienen, no dejan que se adueñen de su espíritu.

Envidiaba a Guigui, con su mirada inocente, incluso en el día de su muerte. También tú viste sus hermosos ojos, tan oscuros y brillantes. Creo que jamás sintió odio hacia nadie. En sus ojos no había lugar para el odio. ¿Te acuerdas de cuando instalaron el comedor y nos interrogaron por la desaparición de alimentos? Cuando Guigui volvió tenía la cara hinchada por los golpes, pero esa noche, mientras la sostenía en mis brazos, no pude ver ni un atisbo de odio en su mirada. Me dije a mí mismo lo afortunado que era por compartir mi vida con un alma tan inocente, y porque alegraba mi existencia contagiándome de su bondad. Más tarde me di cuenta de que todo era una ilusión, de que nadie me podría cambiar. Soy como un objeto pesado que no volverá a emerger a la superficie. No tengo otra opción que no sea resignarme y aceptar mi destino, que no es otro que permanecer encerrado en el molino, y dejar que la muela triture también mi vida, apagando mi corazón y mi persona. Ojalá moliera también mi cordura. Pero es justo lo contrario. El viejo molino me ha convertido en una persona aún más sensible.

Es inútil. No me comprendo. A veces el odio hacia mi persona es mayor que hacia cualquier otro hombre. Así que me quedo sentado en la banqueta, día tras día, conversando conmigo mismo. Me pregunto y me respondo a mí mismo. Jiansu, quizá no te hayas dado cuenta, pero la gente tímida es la más habladora; hablan tanto que se les reseca la lengua y los labios. Pero hablan consigo mismos, y sufren en soledad. ¿Que qué preguntas me hago? Pues montones de preguntas absurdas como: ¿por qué no logro tranquilizarme? ¿En qué momento me olvidé de mi cumpleaños? ¿Fue buena la cosecha del año que papá murió? También pienso en el año en de la muerte de mamá, cuando mi pelo empezó a volverse gris, en las historias del tío. Me acuerdo cuando Hanzhang era una niña y luego se convirtió en una adolescente, en su enfermedad. Pienso en los parientes más viejos y en los más jóvenes, en que Guigui no pudo tener hijos, en lo que sucedió el día que nos casamos, en si debía visitar a Xiaokui, en mis deseos, en que no creo en ninguna religión, en si soy inteligente o no. Me pregunto por qué la primera palabra que aprendí fue “*Analectas*”, recuerdo cuando preparaba la tinta de papá y tú preparabas la mía, me pregunto cómo morirá Zhao Duoduo, cuántas veces se vieron Zhang-Wang y papá, cómo se podría modernizar la fábrica, pienso en la muerte de Dahu, qué pasaría si existieran los extraterrestres, qué relación tiene Wali

con la Guerra de las Galaxias, cómo hubieran sido las cosas si la carretilla de nabos hubiera llegado antes de 1960, y así sucesivamente.

Evidentemente nunca he hallado respuesta para todas mis preguntas. Me quedaba sentado en el taburete inmerso en mis dudas. He llenado mi corazón de tantos recuerdos que a veces creo que va a estallar. Pero no puedo borrarlos. Mi corazón está desbordado por las penas acumuladas durante años, y solo le ruego a los cielos que me ayude a olvidar, aunque solo sea un poco, pero no me responde. Solo me queda amargarme, ya sea con la excusa de los ladridos molestos de los perros a medianoche o por el Chiflado, que nunca se da por vencido con su flauta. Cuando no puedo dormir, me levanto a pasear por el patio. Cuando cae una lluvia torrencial me quedo bajo del agua y siento cómo su paso por mi cuerpo me purifica. En momentos así, tengo ganas de despertarte y explicarte mis angustias, pero nunca lo he hecho, ni una sola vez. No conozco a nadie de nuestra familia que descansa por las noches, tal vez el tío Buzhao sea la excepción. Pensaba que eras un desvergonzado, un viva la vida, pero ahora sé que estaba equivocado. La fábrica te atormenta tanto que tienes los ojos inyectados en sangre y la expresión sombría. Siempre estoy al límite de mis fuerzas, aterrorizado por lo que pueda suceder. Te envidio, te temo y te odio. Tienes más agallas que yo. Eres como una pantera preparada para saltar sobre su presa. Eres diferente al resto de nosotros y tal vez seas el que mejor preparado está para sobrevivir en estos tiempos. Caíste enfermo porque no atrapaste tu presa, como ya predije. Pero no quisiste escuchar, y tiraste de la cuerda hasta cortarte y sangrar. Sentía tu dolor, pero tenía tan poca sangre en mis venas que no podía arriesgarme por ti. Esto me aflige. Admiro tu valentía. Eres un verdadero Sui. Has crecido grande y fuerte, cien veces mejor que tu hermano que, de haber tenido el mismo coraje que tú, también habría dado caza a sus presas. Nada se le hubiera escapado, incluida Xiaokui. Pero ¿sirve de algo la valentía? ¿Es bueno tenerla? Me he hecho esa pregunta una y mil veces, pero no he encontrado la respuesta. ¿Debería actuar el clan Sui con osadía? ¿Quién puede responderme? ¿Quién?».

De los ojos de Jiansu parecía que saltaran chispas. Se moría de ganas de interrumpir aquel soliloquio, pero cada vez que lo intentaba un nuevo torrente de palabras se lo impedía. Ahora vio su oportunidad. «¡Yo sí puedo! —gritó—. Yo puedo responderte. Todo el mundo goza, más o menos, de la misma



fuerza, pero la clave para sobrevivir es el valor. Hemos sido pisoteados durante tantos años que ya no podemos ni respirar y, cuando pedimos que nos alivien el dolor, nos oprimen aún más. ¿Qué hicimos mal? En cuanto a ti, eres incapaz de recuperarte; no tienes agallas. Sí, yo ahora estoy sangrando, pero lameré mi herida hasta limpiarla y saltaré de nuevo. ¿Cuántas veces te he preguntado cómo murió mamá? Nunca has querido explicármelo. Te hieres con tus propias garras hasta empaparte de sangre, y no sabes detenerte. Sí, Xiaokui se ha ido, pero ¿acaso crees que hubiera sido más afortunada quedándose contigo? ¿De verdad lo crees?».

«No lo sé. Tal vez. También temía lo que pudiera ocurrirle por mezclarse con nuestra sangre. Quieres que te hable del pasado, pero no puedo. No tengo el valor suficiente. Ya te expliqué mis miedos, ¿no? Tú eres valiente, pero tampoco pienses que quiero ser como tú. Tendría suficiente con poder luchar contra las injusticias, las que me afectan a mí y a las buenas personas que me rodean. Pero ni siquiera soy capaz de eso, y me duele en el alma. Siempre supe que tú y yo éramos distintos. De quienes más desconfío es de los que se parecen más a las bestias que a las personas. Por su culpa el río Luqing a su paso por Wali se ha teñido varias veces de rojo. No quiero acordarme del pasado porque no quiero sufrir más. Jiansu, me estremezco solo de pensar en las atrocidades que han tenido lugar en Wali. Pido a Dios que el dolor abandone esta ciudad y no vuelva jamás. No te burles de mis angustias, ni pienses que son fantasías.

La gente de Wali ya ha sufrido demasiado. Las generaciones pasadas trabajaron la tierra, pero sus estómagos conocieron poco la comida. Se vieron obligados a sobrevivir a base de troncos y hojas. ¿Qué pasó con el grano? Nadie lo sabe; simplemente desapareció. En nuestra ciudad habitan las personas más honestas y más sencillas, capaces de sufrir en silencio el hambre y el frío, a cambio de hierbajos. Cuando no les quedan fuerzas para mantenerse de pie, se acuestan en el *kang* y esperan la llegada de la muerte. Jiansu, ya lo sabes. Lo viste con tus propios ojos. Estas escenas se repiten en mi cabeza una y otra vez. Papa donó la fábrica de fideos porque pensó que le pertenecía al pueblo, no porque tuviese miedo. Siempre supe que tenía sus razones para hacer lo que hizo. Dejó una pequeña sala de procesamiento para que la familia pudiese sobrevivir, pero alguien no estuvo de acuerdo y

quisieron que también la compartiéramos con el resto de la ciudad. Y no me parece mal. Quizá era que el resto de vecinos llevaban una vida tan dura porque nuestra familia nunca había compartido nada. Pero las condiciones de vida siguen siendo duras. Esto es lo que me entristece y es por eso que continúo leyendo ese libro. Nuestro pobre padre murió montado en su caballo, y todo porque quería compartir nuestras propiedades. Si pudiera ver con sus ojos para lo que sirvió... Tal vez de su boca le siga brotando sangre en el otro mundo. En esto pienso. Es la mayor preocupación de todo ser humano: cómo vivir. No se trata de preocupaciones centradas en mi persona, en absoluto. Sería un error que fueran consideradas como algo personal. Hay miles de personas desdichadas y no puedes mejorar tu situación sin pensar en el resto, porque aquellos que te rodean te arrebatarán este bienestar. ¿No has oído nunca la historia de un grupo de personas que buscaban oro en las montañas? El que iba delante de todos encontró una pepita y se aferró a ella con todas sus fuerzas, diciendo que era suya y de nadie más. Los otros trataron de abrir su mano. Le recordaron que formaban un equipo, como cuando se repartían el agua o hacían turnos para ahuyentar las fieras. Pero el hombre no quería dar la pepita de oro, e incluso les mordía tratando de liberarse de sus manos. Al final el grupo no tuvo más remedio que apedrearlo hasta dejarlo sin vida. Es una historia muy simple. El mundo ha sido testigo de infinidad de doctrinas, algunas de las cuales han quedado por escrito en libros de páginas doradas y cubiertas de seda. Pero al final todos hablan de lo mismo: cómo vivir y vivir bien, para vivir lo mejor que se pueda. Así de sencillo. Me has visto leyendo el *Manifiesto comunista* muchas veces. Trata sobre la vida y vale la pena tenerlo siempre cerca para consultarlo. Esto tiene mucho que ver con el tema de la fe religiosa, pero dejémoslo para otra ocasión. Volvamos a la vida. Yo creía que el sufrimiento y la sangre derramada en nuestra ciudad llegarían a su fin, pero ahora sé que me engañaba a mí mismo. ¿Cómo va a poder ser feliz la gente, con gente como tú alrededor? La gente como tú se aferra al oro y no lo quiere compartir. Ellos te apedrearán, tú te defenderás y correrá más sangre. Jiansu, ¿me estás escuchando? ¿Entiendes lo que te quiero decir? No olvides que eres un miembro del clan de Sui, cuyos antepasados tomaron decisiones que no deberíamos contravenir. Lo que te quiero decir es esto: ahora estás herido, pero no has perdido mucha sangre. Recupérate y corrige tu camino ¡y

pronto!».

«¿Esperas que pase el resto de mi vida arrastrándome por el suelo? ¿Quieres que viva como tú, enterrado en vida dentro de un ataúd?». Jiansu se puso de pie, apretando los puños. «Pues bien, que sepas que no pienso hacerlo. Ya te lo dije hace tiempo. Tengo treinta años, y quiero vivir como un hombre. Quiero tener mi propia familia, una esposa e hijos. Quiero vivir como un ser humano».

«No me parece mal —dijo Baopu cortante—. No podrías tener más razón. Lo que pides no es mucho, pero eso es solo la mitad de lo que quieres. Si lo explicas todo, me dirás que también quieres la fábrica de fideos y tener al pueblo a tus pies. Puedes hablar claro».

«Quiero la fábrica. Sí. Y eso no lo podrás cambiar. No podemos dejarla en manos de Duoduo para siempre».

«Pero... ¿si la fábrica no le pertenece a nadie! En estos tiempos que corren, ¿quién hay en Wali que tenga tanto poder como para apropiarse de algo para el resto de su vida? Nadie. Duoduo también está equivocado. Espera y verás, si no me crees. Cualquiera que piense como él se engaña. Tú quieres la fábrica porque no quieres que esté en manos de Duoduo. Pero déjame preguntarte algo, Jiansu. He visto a muchos hombres y mujeres mayores desdentados, sin más opción que comer ñame mezclado con paja. Cuando tú seas rico, ¿tendrán también ellos dinero para comida y ropa, y los honrarás como si fueran tus padres? ¿Puedes jurarlo? Respóndeme».

Jiansu tenía la frente sudada y las gotas se precipitaban por ambos lados de su nariz. Murmuró algo incomprensible. «Bueno, no son mis padres...».

Baopu le fulminó con la mirada y dijo: «Respóndeme, y sé claro. Dime la verdad, aunque solo sea esta vez. Habla».

Jiansu miró hacia arriba. «No. Hay demasiados pobres en la ciudad».

Baopu se sentó, se encendió un cigarrillo y soltó una bocanada antes de decir con sonrisa burlona: «Bueno, por lo menos hablaste claro, dijiste la verdad, como un buen Sui. Ahora tiene que quedarte claro que tú no eres distinto a Duoduo. También existen límites para tu destreza y tu amabilidad. No puedes ansiar todas estas responsabilidades. La industria de los fideos ha sido el alma de la ciudad, y quererla solo para ti te convierte en un codicioso.

Te dije que me odio a mí mismo por ser tan cobarde y haber perdido a Xiaokui. He arruinado la segunda mitad de mi vida. Pero aún me doy más rabia por no poder arrebatarse la fábrica a Duoduo para entregarla a la gente de Wali. Me gustaría poder decirles: “Aquí está, tened. Agarradla fuerte y, a él, encerradle. Ahora la fábrica es de todos y nos aseguraremos de que ningún otro egoísta nos la arrebathe. ¡Tenedlo por seguro!”. “Conciencia campesina”, dirían unos. “Una persona justa”. Y otros se reirían de mí, y no me sorprendería. Esos son unos desagradecidos hasta consigo mismos. No saben ni de la desdicha del clan Sui ni de la del resto de la ciudad. Para sentirse bien aparentan ser comprensivos y a veces incluso fingen ser eruditos. Si supieran todo lo que han tenido que soportar los Sui, intentando sobrevivir en medio de los celos y la envidia de los campesinos, entonces entenderían que nosotros odiamos la igualdad incluso más que ellos. No, no es eso; es solo que la gente de Wali ha sufrido tanto y ha derramado tanta sangre que necesita un respiro para curar sus heridas. No van a dejar que nadie vuelva a arrebatarse sus derechos por la fuerza ni porque cualquiera se lo ordene. ¿No te parece? Esta es la conclusión a la que he llegado, pero aquí es precisamente donde radica mi problema; comprendo la situación, pero me falta el coraje para poner en práctica mis planes. ¿Acaso no lograré reunir un poquito de coraje? Te envidio. Lo digo en serio. Me gustaría parecerme un poquito a ti; en tu valentía, en tu pasión. Todo el mundo debería ser así, pero por desgracia no somos pocos los que carecemos de coraje.

Jiansu, si la valentía no es utilizada sabiamente, mejor no tenerla. Algunos creen que carecen de ella, pero en realidad no saben cómo utilizarla. Una vez me dijiste que soy una persona indecisa, como una veleta movida por el viento. Tenías razón; ese es mi punto débil. A veces pienso que mi indecisión es una enfermedad de raíces profundas que empeora con el tiempo. Cada vez más acentuada. Soy un cobarde que no se atreve a decir lo que piensa. A veces me las arreglo para armarme de valor y decir lo que pienso, pero tan pronto como el otro grita su respuesta, empiezo a balbucear sin control hasta que mis palabras se pierden en la nada. Soy incapaz de irrumpir entre la multitud y exponer mi argumento. Cada vez que ocurre algo en la ciudad y empiezan a investigar el suceso, me siento culpable. Ando en silencio porque tengo miedo de que alguien pueda decir: “Mira, por ahí va ese”. Por eso siempre escojo

los callejones solitarios, arrimado a la muralla, o por el campo a través, para evitar a la gente.

Me he dado cuenta de que no soy el único con esta enfermedad, que hay más afectados, aunque la mayoría y los más graves son del clan Sui. Mira Hanzhang por ejemplo; hace años que no sonrío.

He intentado curar mi enfermedad en varias ocasiones, una vez incluso bajé hasta la llanura y estallé a reír en medio de la oscuridad, tan alto y fuerte como pude. Era espectacular poder oír el eco de mi propia risa. Me quedé así unos instantes, hasta que la risa se convirtió en un lamento. He estado mucho tiempo enfermo, y los motivos son tan complicados que para explicártelo necesito empezar desde el principio. Pero espero recuperarme algún día. Y me sentiré fuerte, por dentro y por fuera, con confianza en mí mismo».

«Debes hallar la valentía que hay en tu interior —dijo Jiansu mirando a su hermano, ya más animado—. ¿Crees que Guo Yun podría curar tu enfermedad? ¿Cómo la has llamado? Timidez, ¿verdad? ¿De dónde viene?».

Baopu asintió. «Sí, timidez. Y Guo Yun no puede hacer nada. Si te fijas, verás que la gente de fuera suele ser más atrevida, como tú. Tú tienes otra enfermedad, cuyo nombre desconozco. Ambos estamos enfermos; como todos los Sui. Llevo décadas intentando superarla, luchar contra ella apretando los dientes, y es la causa de mi mala suerte con el matrimonio. A Xiaokui la amo tanto como la temo, aunque probablemente nadie me creería. Todas las noches pienso en sus ojos, en su boca, en sus pestañas, en el calor de su cuerpo... No he conocido mujer más hermosa ni más bondadosa que ella. Y ahora está en los brazos de otro, tal vez con lágrimas de felicidad en sus ojos. La echo de menos con locura. Dudo que alguien pueda añorar a una mujer tanto como yo a ella. Pero cuando tuvimos la oportunidad, me acobardé. No sé si tengo derecho a echarla de menos. ¿Debería? ¿La conozco realmente? ¿Cómo es? Avanzo un paso, y retrocedo otro. Ya han pasado muchos años y yo sigo encerrado en el molino. Todo por culpa de esta maldita enfermedad. Pero un día seré fuerte. Me preguntaste de dónde vienen nuestros males. Yo me hago la misma pregunta, pero desconozco la respuesta. Esta noche te lo explicaré todo, Jiansu, así que escucha atentamente. Empezaré desde el principio».

## 17

«Sé que el mal que adolezco tiene unas raíces profundas, pero no he tenido el valor necesario para ahondar en su causa. Quizá ya estuviese enfermo antes de que tú nacieras; soy nueve años mayor. Ya te conté una vez que, hasta donde puedo recordar, papá siempre estaba encerrado en el despacho, inmerso en sus cuentas, consumiéndose hasta tal punto que su rostro se volvió enjuto y amarillento. Nunca me sonreía; de hecho, ni me acuerdo de la última vez que le vi sonreír.

Cuando mamá llegó a casa era una persona totalmente ajena a mí, una completa desconocida, pero nuestra relación fue mejorando con el paso del tiempo. Al cabo de poco, su padre, nuestro abuelo materno, falleció —él vivía en Qingdao—, y mamá lloró hasta casi perder el aliento. Me asusté tanto que las imágenes han quedado grabadas en mi cabeza y las recuerdo como si fuese ayer. Más tarde, después de entregar la fábrica, papá se relajó un poco. Guardo un buen recuerdo de esa época hasta el día en que mamá se hizo un corte en los dedos en la mesa del comedor y lo salpicó todo de sangre. Se apresuró a limpiarlo, pero desde entonces, cada vez que cogía la comida con los palillos, veía su sangre brillar en la mesa. Tras la muerte de papá convertí la mesa en un montón de leña. Cuando mamá se enteró, se puso hecha una furia; por lo visto ese mueble laqueado de color rojo le encantaba. Para ese entonces ya había comprendido que era una persona demasiado avariciosa como para poder desprenderse de nada y que, con un carácter como el suyo, estaba condenada a morir, a morir de la forma en la que lo hizo...». Baopu empezó a tartamudear y miró a Jiansu de reojo, descubriendo su mirada clavada en él.

«¿Cómo murió? Adelante, explícamelo».

Baopu soltó lentamente el aire por la nariz. «Como ya sabes, se quitó la vida envenenándose», dijo empapado en sudor.

Jiansu hizo una mueca. Baopu continuó: «Cuando yo contaba con apenas seis o siete años empezaron a celebrarse unas asambleas multitudinarias casi a diario. Alrededor del antiguo templo se congregaban montañas de gente y los milicianos, armados con fusiles, vigilaban apostados en la parte superior de la muralla y en los tejados circundantes. Todos los individuos con propiedades a su nombre, tanto de la ciudad como de sus afueras, eran llevados hasta el lugar por la fuerza y los subían a una plataforma. Los trasladaban con tal dureza que cada día solía morir alguno por el camino. Una vez llamaron a papá para que asistiera a una de esas reuniones masivas, pero en calidad de espectador. Mamá, temerosa de que algo malo pudiera ocurrir, me mandó a echar un vistazo, y así lo hice. Como no alcanzaba a ver bien, me subí a la muralla. Cuando ya casi había llegado arriba apareció un miliciano y me apuntó con su rifle. Yo me agaché rápidamente y cerré los ojos. Cuando los abrí, el cañón había desaparecido y me di cuenta de que solo había querido asustarme.

Lo primero que hice fue buscar a papá entre la gente, pero entonces vi a un hombre de mediana edad y pelo largo que acababan de subir a la plataforma. Llevaba el pelo peinado con la raya en el medio y vestía una camisa blanca de uniforme. En el campo nunca se veía gente así. Más tarde me enteré de que se trataba del joven vástago de una familia terrateniente que había estado estudiando en una escuela extranjera y fue capturado por los milicianos cuando regresaba a casa para hacerse cargo del negocio familiar. Su padre había huido, así que acordaron que ocupara su lugar. Uno tras otro, los aldeanos subieron al escenario para quejarse de su padre. Hubo una anciana harapienta que, cuando terminó de quejarse y lamentarse, se secó las lágrimas, descubrió un punzón y se abalanzó sobre el joven. Los cuadros y los milicianos presentes le cerraron el paso, y dejaron vía libre para que continuaran desfilando más y más trabajadores. Ya debía ser mediodía cuando un grupo de personas se arremolinó sobre la plataforma, sacaron una vara y comenzaron a azotarlo. Vi cómo su camisa se manchaba de sangre hasta quedar completamente empapada. Pude ver cómo se retorció y gritaba hasta morir. Regresé a casa tan asustado, que no quise asistir nunca más.

Jiansu, aunque no lo creas todavía puedo ver las vetas rojas marcadas en

la camisa. Yo solo tenía seis o siete años, y ya han pasado casi cuarenta años.

Después de este episodio, oíamos los comentarios de la gente discutiendo en las calles sobre si el clan Sui debía ser considerada como una familia pequeño burguesa. Siempre teníamos a los militares rondando por casa. Y nosotros, encerrados dentro, hablábamos tan bajito que apenas nos oíamos. ¿Éramos de verdad una familia pequeño burguesa? No sé por qué, pero tenía la corazonada de que tarde o temprano dejaríamos de existir. Jiansu, a finales del verano de 1947, se sucedieron muchos acontecimientos. Tiemblo solo de pensarlo. Nunca se lo he explicado a nadie porque no lo creerían, si no fuera porque los más ancianos y, en algunas ocasiones, las crónicas de la ciudad, dan fe de ello. Aquel verano...».

Baopu se apoyó contra la pared; sus labios tenían un tinte violáceo. Cuando estiró el brazo para agarrarse al brazo de Jiansu, su hermano notó cómo le temblaba el pulso.

«Vamos —dijo Jiansu—, por favor, continúa».

Baopu asintió y miró a su alrededor; Jiansu le respondió con el mismo gesto con la cabeza. «Lo haré. Ya te he dicho que esta noche voy a explicártelo todo».

Jiansu apartó su brazo y se sentó en el borde del *kang*. Entonces Baopu se retiró a la esquina, escondiendo el rostro entre la oscuridad.

«A finales de aquel verano, los Cuerpos de Restitución de los Propietarios llegaron a la ciudad. Cuando la noticia corrió, muchos de los que habían participado en las asambleas multitudinarias huyeron hacia la riba oeste del río, o incluso más lejos. Zhao Duoduo se marchó, igual que el Cuarto Maestro, el instructor político y los cuadros. Hubo quien se quedó y unos pocos fueron apresados durante la huida. Algunos de aquellos propietarios que habían venido para vengarse eran de Wali, pero en su mayoría eran forasteros. Fueron los autóctonos quienes les condujeron de casa en casa en busca de efectos personales expropiados y personas. Al final, más de cuarenta hombres y mujeres, viejos y jóvenes fueron conducidos hasta el antiguo templo; yo entre ellos. Los propietarios nos insultaron, encendieron una hoguera y lanzaron a un hombre dentro. Él rogó por su vida de rodillas, pero ignoraron sus súplicas. Salió de la hoguera a rastras, recubierto de cenizas y con el pelo medio chamuscado, pero fue arrojado de nuevo. La mitad de los detenidos estaban



atónitos, en silencio, mientras la otra mitad lloraba aterrorizada. Algunos siguieron el mismo ejemplo y se arrodillaron a implorar perdón. Nunca olvidaré aquel olor a quemado. A veces voy andando por la calle y me parece que noto el mismo olor. Se trata de imaginaciones mías, por supuesto. Aquel hombre murió quemado vivo por haber servido unos días en la milicia. Sus últimas palabras fueron: “Esto no tiene nada que ver conmigo. Que los cielos me ayuden, yo no sé nada”.

Uno de los niños del grupo trató de escapar, pero fue detenido por la culata de un rifle. Cayó hacia atrás por el golpe y el hombre le pisó la barriga, gritando: “¿Cómo te atreves a correr? ¿Cómo te atreves?”. Con la sangre rezumando por las comisuras de los labios, el niño murió sin ni siquiera poder llorar. Para impedir que la gente huyera, les ataron por el cuello con un hilo de alambre, uniéndolos a todos con el mismo cable ensangrentado. Hicieron unos agujeros con los cuchillos y les encadenaron, incluso a las mujeres mayores y a los niños pequeños, todos juntos. Cuando llegó mi turno, un hombre con la mano ensangrentada empujó mi cabeza hacia abajo para hacer un corte en mi piel. De repente alguien gritó: “Este es el vástago del clan Sui; este no es su hogar”. Y me soltaron. Todavía no sé quién lo dijo; si fue alguien de los Cuerpos de Restitución de los Propietarios o del grupo de prisioneros. Una vez todos atados, dos o tres personas tiraron de cada extremo del cable, provocando los gritos de agonía de los presos. Así durante toda la noche, convirtiendo el suelo del templo en un charco de sangre. Al amanecer fueron arrastrados hasta un sótano que servía para guardar ñame, donde fueron arrojados. Jiansu, tú no viste su mirada, pero si lo hubieras hecho, la recordarías hasta el día de tu muerte. No habían hecho nada malo; la mayoría de ellos eran tan pobres que vivían sin saber si podrían comer algo al día siguiente. Todo lo que hicieron fue quedarse con un pequeño “trofeo” de su lucha contra los terratenientes. Los empujaron dentro del sótano y sus gritos estremecieron el cielo. Los terratenientes les tiraron piedras y les enterraron vivos con arena; algunos incluso orinaron encima.

«No tengo palabras, Jiansu. Solo trata de imaginarte la escena. En ese momento yo acababa de cumplir siete años, así que imagínate los años que me quedan por delante arrastrando este horrible recuerdo. Es difícil de sobrellevar. Sé que no puedo cambiarlo y que voy a tener que vivir con este

miedo el resto de mi vida. A partir de ahora tú tal vez dirás: “Ya me enteré de esas cuarenta y dos personas enterradas vivas en el sótano de ñame”. Pero no lo has visto con tus propios ojos. No oíste sus gritos. Es muy diferente. Si te hubiera pasado, nunca lo olvidarías y también te afectaría».

Baopu se quedó apoyado contra la pared, incapaz de continuar. Jiansu metió la mano temblorosa en el bolsillo para sacar un cigarrillo y se le cayeron las cerillas al suelo. Finalmente logró encender un cigarrillo para su hermano y otro para él, y abrió la ventana para echar un vistazo a la habitación de Hanzhang. Volvió a cerrar la ventana y murmuró: «Hay cosas que las personas son incapaces de imaginar, pero nada hay nada que no puedan hacer. Muchas cosas han sucedido en esta ciudad y, sin embargo, nunca lo verás reflejado en las caras de la gente ni en el suelo del viejo templo. ¡Los humanos! Algunos olvidan fácilmente, mientras otros recuerdan durante toda su vida. La gente somos tan distintos unos de otros. Baopu, tú sufres demasiado. Has tenido una vida muy dura, demasiado dura. Me gustaría ayudarte, pero ¿qué puedo hacer? Necesitas que alguien te ayude. O tal vez seas tú la única persona que puede ayudarte».

Baopu apretó las manos de su hermano con fuerza y dijo: «Puede que seamos muy distintos, pero me conoces mejor que nadie. No hay nadie que pueda ayudar a otra persona, salvo uno mismo. Esto es así. Y es lo que trato de hacer. Es como acarrear una roca. Llega un momento en que los brazos empiezan a doler, pero no debes permitir que tiemblen o se tambaleen. Debes apretar fuerte los dientes y mantenerte estable; si te mueves, estás acabado. Lo estoy intentando, de verdad que lo estoy intentando. Me estoy ayudando a mí mismo. Lo hago haciendo memoria y ajustando cuentas con el pasado. A menudo me pregunto cuánto tiempo se puede soportar esta situación. ¿Toda la vida? Lo más aterrador no es que se precipite el cielo sobre nosotros, que se abra la tierra bajo nuestros pies o que caigan las montañas sobre nuestras casas; lo más aterrador somos nosotros mismos, los humanos. Así es. Basta con leer las crónicas de la ciudad si no me crees. Y recuerda que lo que queda fuera de las crónicas, permanece en la memoria de las personas. Tenemos que intentar llegar al fondo de las cosas; sentir miedo y respeto no es suficiente.

¿Quizá la sangre derramada en Wali haya sido en vano? ¿De verdad hemos superado este capítulo de la historia de la ciudad? No, no podemos olvidar tan

fácilmente. Debemos explorar las causas; cada uno de nosotros, hombre, mujer, adulto o niño, tanto los poderosos como los débiles, hay que examinar el pasado. Y debemos evaluarnos a nosotros mismos. Utilizamos nuestro cerebro para otras cosas, para diseñar maquinaria o poner un cabestro en un caballo. Son cosas positivas, muy útiles. Pero ¿cómo escapar del sufrimiento? ¿Qué cosas terribles deben suceder para que haya gente que actúe de una forma tan despiadada, cruel y asesina? No hay que apresurarse en acusar a nadie; reflexionemos primero por qué carecemos de empatía y compasión hacia los demás. Cuando tenemos una anciana de ochenta años que se alimenta de paja y verduras silvestres y, en lugar de honrar su longevidad, la encadenamos con un alambre y la enterramos en un sótano de ñame, ¿crees que podemos pasar página sin hacernos preguntas? ¡Seres humanos! ¡Fue obra de seres humanos! Una persona sencilla, honesta. Aquella anciana no había hecho nada malo. Cuando se encontraba gusanos blancos y succulentos entre la paja, pensaba que era un desperdicio tirarlos a la basura, y los cocinaba y se los comía. Incluso si hubiera sido culpable de algo, ¿no éramos capaces de perdonar a una mujer de ochenta años? Había pasado toda su vida arrodillada y cuando le quedaba poco tiempo de vida, ¿por qué no fuimos capaz de respetarla y honrar su vejez como se merecía? Jiansu, solo de pensarlo... no lo puedo soportar.

A veces, cuando estoy sentado en el molino oigo gritos. Sé que son alucinaciones mías, pero me estremecen hasta el punto de empezar a llorar. ¿Quién me puede salvar? ¿Quién va a salvar a la humanidad? Nadie. Tenemos que salvarnos los unos a los otros. Odio a la gente belicosa que no dice más que mentiras, que viste ropa cara y le encanta intimidar a los débiles. Cada vez que pueden, escampan más miseria. Lo que los hace odiosos no son solo sus actos, sino también sus planes. Si no estás de acuerdo conmigo significa que nunca te repugnará el sufrimiento ni la crueldad del mundo, y la tragedia continuará lloviendo sobre Wali. Jiansu, piensa en lo que te estoy diciendo. Si no sientes desprecio ante el sufrimiento ajeno, ¿cómo puedes considerarte apto para dirigir la fábrica? Si no careces de empatía, no vas a ser capaz de honrar esta ciudad ni a sus habitantes como se merecen. Es tan simple como esto. Cuanto más importantes sean tus responsabilidades, más tienes que preocuparte por el sufrimiento y la miseria ajena. Tienes que aprender a odiar

a algunas personas y aprender del pasado. Debes ser contundente y tenerlo muy claro, porque si no es así, tarde o temprano el sufrimiento llamará a tu puerta. Jiansu, debes decirme esta noche, ahora mismo, si odias a los que siembran la miseria. Respóndeme, y sé honesto».

Jiansu se aclaró la garganta y dijo: «Yo... Yo realmente no pienso mucho en estas cosas, pero sé que odio a Zhao Duoduo y quiero vengarme de él».

«Es obvio que no eres digno de servir a Wali. No puedes hacerlo. Estaba en lo cierto acerca de ti. No creo que tus ocupaciones actuales estén por debajo de tus posibilidades, ni tampoco que estés predestinado a proyectos mayores. Tienes que aceptar que eres una persona prescindible y contentarte con ello. Eso es todo lo que puedes hacer. Si llegas a ser alguien importante, nada bueno puede salir. A algunas personas les gusta hacer hincapié en la importancia de la inteligencia y la valentía. Pero quiero preguntarte: ¿No fue inteligente la persona a la que se le ocurrió atar a toda esa gente con un alambre? ¿O valiente? ¿Le dejaron hacer un buen uso de su inteligencia y de su valentía! No subestimes a los aduladores, ni a los prudentes ni a los obedientes. Estas son las personas que hace años hicieron uso de su inteligencia y su valentía, y tiraron del alambre. Como ya he dicho, no es lo que hayan hecho, si no lo que planean hacer. Guárdate bien de estas personas; ten cuidado con ellas. Mantente alejado de su inteligencia y será una bendición para todos. Sé que no te gusta oírme y que seguramente te enfadarás, pero debo continuar.

Me he desviado del tema. Lo que quería contarte es cómo enfermé, así que sigamos. Voy a hablarte de cosas que han estado escondidas en lo más profundo de mi corazón durante décadas, temeroso de que algún día vieran la luz. Esta va a ser la primera y última vez que hablo contigo del pasado. No quiero que te ocurra lo mismo que a mí, después de todo lo que te he contado y lo que está por venir».

Jiansu respondió con voz dulce: «No me va a ocurrir. Si no contraje esta enfermedad de pequeño, significa que soy inmune. Continúa, te escucho».

«Estos recuerdos me están matando. Jiansu, te voy a contar una historia de terror sobre una mujer. No me mires así y no me interrumpas. Sucedió en Wali en la misma época. Una tarde, unos días antes de que asistiera a aquella asamblea popular, se había escapado un propietario que tenían preso en un

sótano, y los milicianos bloquearon todas las calles de la ciudad. Registraron casa por casa, pero no lo encontraron. Durante su búsqueda, la gente pidió a los milicianos que interrogaran a la familia: una hija y un hijo que estaban encarcelados en otro recinto. El propietario, un mafioso local, cuando tenía cuarenta años había violado a dos chicas que lavaban fideos en la sala de procesamiento. Una de las muchachas se quedó embarazada y se ahorcó. El hermano de aquella chica fue uno de los que torturaron a los hijos para sonsacarles algo de información. Les golpeaba en la espalda y el trasero con la culata de un rifle, una y otra vez.

Al llegar la noche, los milicianos debían acordar los turnos de vigilancia de los prisioneros, y el hermano de la muchacha muerta se ofreció a vigilarlos. Y así lo hizo durante las dos noches siguientes. A la tercera noche, la chica murió. Los milicianos la enterraron en la llanura, junto al río. Lo que sucedió la mañana siguiente me horrorizó. Todavía me arrepiento de haber salido de casa aquella mañana. Cuando llegué al extremo oeste de la calle, vi a un grupo de personas agolpadas alrededor de un árbol, riendo y gritando. Algunos incluso daban fuertes pisotones contra el suelo. Me acerqué corriendo para ver qué pasaba. Al verme llegar alguien apartó a los que estaban delante a un lado y dijo: “Eh, venga, apartaos y dejad que el pequeño eche un vistazo”. Sin saber de qué se trataba, me empujó hacia adelante y lo que vi me dejó atónito. No podía creerme lo que veían mis ojos. Era la chica que había muerto, estaba colgada del árbol. Tenía los ojos cerrados, parecía dormida. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de moratones y heridas. Le habían arrancado los pezones y en su lugar había dos cicatrices con sangre coagulada. Entonces miré hacia abajo. Jiansu, no vas a creer lo que habían hecho. Le habían clavado una zanahoria.

Dejé escapar un fuerte grito y corrí hacia casa. Mamá y papá me miraron espantados, muertos de miedo, intuyendo que algo terrible había sucedido. No les dije nada de lo que había visto; nunca se lo expliqué a nadie. Ha sido como una semilla sangrienta enterrada en mi pecho durante años. Tampoco se lo conté a Guigui. Me daba vergüenza, vergüenza por todos nosotros. No tengo palabras para describir la vergüenza y culpa que se instalaron en mi interior. Tal vez aquella experiencia fuera un designio de los cielos, a fin de que el miedo se apoderara de mí cuando la recordara. ¿Crees que he podido

desprenderme de ese suceso? No, en absoluto. Es como si hubiese sucedido ayer; la imagen permanece nítida. Sin embargo, muchos lo olvidaron, como si nada hubiera pasado y nuestra Wali fuera una ciudad normal, como cualquier otra. Pero no, yo sé que no es así porque lo vi. No entiendo por qué tenían que matarla ni por qué tenían que hacer lo que hicieron. No entiendo por qué la enterraron y después volvieron a desenterrarla. La arena amarillenta bajo sus pies estaba manchada con su sangre. ¿Por qué cubrieron las manchas con la arena? ¿Por qué no enterraron su cara, sus manos, sus pechos y sus partes íntimas, todo su cuerpo? ¿Por qué? ¿Acaso no estaban lo suficientemente contentos con lo que ya habían hecho? ¿O es que era demasiado bonita? ¿Se puede poner una flor en un florero después de haberla pisoteado y escupido? Me he hecho esta pregunta una y otra vez, y me entristezco tanto que termino llorando.

Cuando al llegar la noche me iba a la cama, con Guigui en mis brazos, no sé por qué, pero me venía a la cabeza la muchacha del árbol y empezaba a temblar. Guigui se asustaba y me preguntaba si me encontraba mal. Yo le decía que no y la abrazaba muy fuerte. La acariciaba y la trataba con más ternura que nunca. Sentía como si, después de eso, todos los hombres del mundo estuvieran en deuda con las mujeres. Nos deberíamos sentir avergonzados de nosotros mismos porque hemos sido incapaces de cumplir con nuestra obligación de protegerlas. Todo hombre debería hacer cuanto estuviera en sus manos por velar por ellas, sin importar el qué. Los que cometieron aquella aberración hubieran tenido que abandonar Wali. Las noches en que Guigui no se encontraba bien, lloraba en silencio y me miraba entre lágrimas. Su mirada me hacía preguntarme por qué se inflige tanto dolor a las mujeres. Guigui, tu cuñada, murió muy pronto. Cavé un agujero muy profundo donde enterrarla. Alguien comentó que era demasiado profundo, pero respondí que no, y seguí cavando lo más hondo que pude».

Incapaz de soportar el relato, Jiansu apoyó la cabeza en las rodillas de su hermano y lloró apenado.

Baopu se agachó para consolarle, pero su hermano no quiso incorporarse. Al cabo de un rato levantó la mirada, se secó las lágrimas y asintió como si dijera: «Continúa. Explícamelo todo. Te escucho. Adelante».

Tratando de recomponerse, Baopu se secó el sudor de la frente y continuó:

«Las crónicas de la ciudad no explican nada de lo que te acabo de contar y esto es un lastre. Nunca subestimes los fragmentos de la historia omitidos, porque repercuten en la conciencia colectiva. Las generaciones venideras no podrán disfrutar de un futuro mejor si no logran comprender los actos de sus antepasados, o de lo contrario, caerán en los mismos errores. Quería pedirles a Li Yuming y Lu Jindian que revisaran las crónicas, ahora que algunos de los supervivientes de más edad continúan vivos. Pero me falta coraje. Pienso mucho y hago demasiado poco, solo soy bueno para quedarme sentado en el molino. Cada vez que planeo hacer algo, el desasosiego se apodera de mí. Creo que no temo a nada, pero en realidad es todo lo contrario, todo me da miedo. Solo los miembros del clan Sui y el resto de habitantes de Wali pueden entenderlo. Es una bendición que pueda permanecer en el molino durante horas sin sentir esta angustia.

A veces me quedo allí sentado hasta altas horas de la madrugada. Vuelvo a casa, me baño, como algo y me pongo a leer o a dormir. He leído el *Manifiesto comunista* una y otra vez porque está muy ligado a la historia de nuestra ciudad y a las miserias del clan Sui. Es una lectura que requiere tiempo. Hay que leerlo con el corazón, no solo con la cabeza. ¿Cuántos días tranquilos y pacíficos hemos disfrutado hasta ahora? Entonces ya sabes qué será lo siguiente, no hace falta que te lo diga.

Zhao Duoduo entró en nuestro patio con los milicianos en varias ocasiones y removieron el suelo; era como si el polvo que levantaban penetrase en mi corazón. No nos atrevíamos a salir porque la ciudad estaba tomada por los rebeldes. Cada vez que los Guardias Rojos venían a casa, escondía los libros de papá dentro de un cajón y lo recubría de tierra para que no los descubrieran. Cuando nos arrestaron a ti y a mí, y nos hicieron desfilar por la calle con una foto de papá pegada en la frente, alguien entre la multitud gritó: “Pero ¿qué diablos llevan en la frente?”. Y otro respondió: “Es una foto del viejo cascarrabias”. Se rieron un buen rato, y luego volvieron a gritar sus consignas.

Después, cuando llegamos a casa, preparé algo de comer. Estabas pálido y callado. Me recordaste la vez que mamá se hizo daño en la mano al golpear la mesa. Estaba preocupado por ti. Jiansu, estuvimos así durante días y días. Nunca reíamos. Demonios, olvidamos cómo reír. Nos quedábamos en casa

escondidos de todo el mundo. Andábamos de puntillas incluso en nuestro propio jardín. Por aquel entonces me asustaba el ruido, cualquier ruido. Si se me caía la tapa de la olla mientras estaba cocinando, miraba espantado por encima del hombro. Una vez estaba cruzando el río por el puente estrecho de sauce, cuando me encontré con Zhao Duoduo. Al cruzarnos, escupió y murmuró: “Te voy a matar”. Sus palabras me estremecieron. Jiansu, desde entonces he estado esperando la hora de mi asesinato. He llevado una vida cautelosa, silenciosa, con miedo de que alguien me reconociera y decidiera venir a por mí».

Jiansu respiraba con dificultad. Se levantó y se volvió a sentar, frotándose las rodillas, nervioso. «No sé por qué, pero cada vez que veo a Duoduo me pican las manos. Lo que su nuez de Adán necesita es el trabajo fino de un buen cuchillo. Todas las partes de su cuerpo se han convertido en un potencial objetivo para mi cuchillo. Por eso, no dejaré la fábrica en sus manos, no sin haber peleado. Yo no soy como tú. Una fuerza ha crecido dentro de mí y dirige mis actos. Ahora empiezo a entenderte, Baopu. Tú no tienes esta fuerza. Es así de simple».

Baopu negó con la cabeza. «No, no es verdad. ¿Qué yo no tengo esa fuerza? Por supuesto que la tengo, pero yo no siento odio hacia nadie. Odio el sufrimiento y la crueldad. Siento desprecio por la gente que todo lo que ansía es acumular propiedades, porque lo que roban pertenece al resto. Si continúan robando, Wali nunca saldrá de la miseria y el odio nunca se extinguirá. Solo piensa, Jiansu, ¿crees que tú estás más capacitado que ningún otro miembro pasado del clan Sui? ¿Más que papá, que el abuelo o que el bisabuelo? Ellos protegieron la fábrica y la hicieron próspera, extendiendo su reputación hasta el extranjero, pero al final no pudieron quedarse con ella. ¿Qué te hace pensar que tú vas a poder? ¿Eres lo suficientemente poderoso como para eso? Piénsalo un poco. Papá también le dio muchas vueltas, pero ya era demasiado tarde para él. Si te viera ahora, se sentiría muy decepcionado. Como ya te he dicho, nadie debería actuar en beneficio propio, porque esto le enfrentará con el resto del mundo y la sangre volverá a derramarse en Wali. El clan Sui ha sufrido mucho, pero solo nos hemos preocupado por nuestro propio beneficio. Es igual de importante que aprendamos de lo que está escrito en las crónicas como de lo que ha sido omitido, porque se trata de un pasado no muy lejano.



La ciudad de Wali ha sufrido demasiado y mucha sangre ha sido derramada. Durante la gran hambruna, el pueblo se comió las hojas y la hierba, incluso arcilla y cal. Las personas mayores se acuerdan de episodios funestos como la muerte de la esposa de Li Qisheng, a quien enterraron con el trapo con el que se ahogó entre los dientes. Debería ser obligación de todos pensar en cómo mejorar la calidad de vida de la comunidad; la gente no debería ser tan perezosa como para depositar sus esperanzas en manos de unos pocos. No podemos vacilar y arrastrar nuestros pies, o quedarnos sentados en un molino como zombis. Aunque he recibido muchos golpes, no he perdido la motivación y las ganas de levantarme y salir de la fábrica. Quizá algún día lo consiga, o no, pero nunca voy a abandonar a la gente de Wali ni les arrebataré nada que les corresponda. Muchos de ellos se quedaron solo con la ropa que llevaban puesta, así que lo mínimo que puedo hacer es permanecer a su lado y tratar de encontrar la manera de mejorar sus vidas. He comprendido que el *Manifiesto comunista* ha sido la doctrina que más ha influenciado el devenir de Wali durante los últimos años. No es un libro fácil de leer, pero si te esfuerzas, logras captar la mirada de los autores, entonces su comprensión se hace posible. Vieron más miseria que nadie. ¿Cómo, si no, hubieran podido escribir un libro así? ¿Por qué ha sido traducido a todas las lenguas del mundo? Inglés, francés, alemán, italiano, flamenco, danés... ¿Por qué? Pues porque, junto con el resto del mundo, intentaban encontrar la manera de mejorar las condiciones de vida.

A menudo, cuando leo el libro, lloro. Los autores son unos filósofos de gran integridad moral y con un corazón tan inmenso como el océano. Se dedicaron a la búsqueda de la verdad, sin estrechez de miras; eran buenos padres, buenos esposos y buenos hombres. Tenían mucho que decir, pero, como sabes, no hay nada más poderoso que la brevedad, así que presentaron sus ideas de forma concisa, premeditada y contundente. Eran individuos que creían en lo que hacían. Me emocioné desde la primera frase: “Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo”. Me imaginé un espectro vagando sobre el río Luqing y llegando a nuestra ciudad, en medio de la oscuridad. Jiansu, usa tu imaginación, imagínate el avance del espectro a través de las hojas mecidas por el viento, imagínate que te observa detrás de la ventana en medio de la oscuridad, tal y como predijeron aquellos dos

grandes buscadores de la verdad. Bondadosos, decididos y completamente desinteresados, fijados en el progreso de la humanidad y en cómo escapar del sufrimiento infligido. La gente mezquina únicamente puede pensar en soluciones egoístas para sus problemas insignificantes, no en una solución universal como ellos hicieron. Alguien mezquino intentando buscar una solución universal es garantía de fracaso.

Así que, Jiansu, yo solo lo leo en épocas calmadas y tranquilas, cuando mi mente está más despejada, porque quiero ser imparcial y encontrar la inspiración en la verdad. Debes leerlo, te proporcionará una sensación de felicidad sin igual. Ya lo hubieras tenido que leer hace tiempo».

«¿Y qué pasa si no lo entiendo?». «Léelo con atención». «Pero yo no soy como tú. Tú eres más culto que yo». «Pruébalo». «Guo Yun me dio una ejemplar de *Preguntas celestiales*». «Entonces empieza con este». Los ojos de Jiansu se abrieron. «¿También lo has leído?». Baopu asintió. «Sí. También tomé prestada la copia de Guo Yun». Se encendió otro cigarrillo y tuvo un ataque de tos. «¿Lo has empezado?». Jiansu negó con la cabeza avergonzado. «Adelante, léelo. Este libro también merece la pena leerlo con atención. Utiliza la versión vernácula porque el texto antiguo es de difícil comprensión. Papá solía tener una copia de las dos versiones, una al lado de la otra. Fue un regalo de un maestro que hubo en la ciudad. Vas a emocionarte con este libro. Te darás cuenta de lo miope que es la gente ahora, y cómo los antepasados a la hora de analizar los problemas eran mucho más sabios que nosotros. Qu Yuan hizo más de ciento setenta preguntas de un suspiro. Al principio de todos los tiempos, ¿quién estaba presente para poder contar lo que ocurrió? Cuando el cielo y la tierra aún no habían tomado su forma, ¿quién fue testigo de ello? Cuando todo estaba escondido detrás de la oscuridad y la luz, ¿quién era capaz de sondear la inmensidad? ¿Te das cuenta cómo identificó y se centró en el aspecto más profundo de la vida? Sus preguntas son, en su mayoría, sobre cuestiones fundamentales. Ahora la gente solo piensa en lo que tiene delante de los morros, cada vez son más estrechos de miras. Es lamentable. ¿Has oído hablar al Técnico Li sobre los extraterrestres? La primera vez que le oí, miré al firmamento y me pregunté qué forma tendrían aquellos habitantes de otras galaxias. ¿Qué pensarían de los sucesos de Wali? ¿Y de las peleas y los gritos de la subasta? ¿Quién los conoce? ¿Son mortales? Cuando alguien de los suyos

muere, ¿también lo incineran y lloran? ¿Disponen de suficientes alimentos y no conocen el hambre? ¿También luchan entre ellos y se atan por el cuello con alambre? ¿Y si se comportan igual que nosotros? No, no puedo imaginarme que sean tan crueles como la gente de Wali. De lo contrario las estrellas no podrían brillar por la noche.

Una noche vi a un hombre ciego cerca de la muralla. Acarreaba un bulto de tela sobre la espalda y caminaba con la ayuda de un bastón de bambú. Era muy viejo, tenía tanta mugre encima que le rezumaba por los ojos y avanzaba renqueando a pasos cortos. Le pregunté adónde iba tan tarde y me dijo que se dirigía a un lugar lejano. Lo invité a pasar la noche en casa y darle algo de comer, pero rehusó con la cabeza, insistiendo en que le quedaba un largo camino por delante. Al verle avanzar con aquel paso tan lento, me pregunté dónde estaba su familia y cuándo llegaría a su destino. ¿Cómo somos capaces, incluyéndome a mí, de dejarlo solo? ¿Acaso no podríamos facilitarle un medio de transporte y asegurarnos de que pueda comer? ¿No sería maravilloso si pudiéramos hacer esto de forma espontánea y natural? ¿Es que no somos capaces de hacerlo? ¿Hay muchos ciegos como él? Si es así, ¿por qué no he vuelto a ver ninguno? No me puedo creer que Wali no sea capaz de aliviar el sufrimiento de un hombre ciego, uno al año por lo menos.

En una ocasión tuve que desplazarme a la ciudad. Era cerca de medianoche cuando vi a una anciana rebuscando entre la basura. Obviamente no podía moverse con agilidad y gruñía mientras hurgaba en los deshechos. De repente se pinchó un dedo. Soltó un grito y retiró la mano, pero continuó con la tarea inacabada. Una vez hubo terminado lo empaquetó todo con unos papeles y una cuerda, y se marchó calle abajo arrastrando el botín. Me topé con ella varias noches. Aparecía y desaparecía. Su visión me apesadumbraba. Era como si estuviera viendo a mi propia madre. ¿Qué le había ocurrido? ¿Cómo puede ser que no seamos capaces ni de ayudar a una anciana? No me cabe en la cabeza. Solamente estoy seguro de que no tenemos motivos para alardear de lo maravilloso que es nuestro país y nuestras vidas si podemos estar tan tranquilos mientras una anciana rebusca en las basuras, aunque se trate de un caso aislado. Alguien podría decir que es más fácil decir qué hacer, que si la ayudáramos y la sacáramos de esta situación, luego aparecería otra mujer que ocuparía su lugar. Que cuanto más ayudemos, más personas actuarán igual que

ella. Yo les diría: “Sí, y seguiríamos ayudándoles sin importar el número. Hasta que no quede nadie en la ciudad que viva de los despojos del resto, ¿cómo podemos ser capaces de quedarnos a pie juntillas viendo cómo una mujer muere de hambre? ¿No están siempre los responsables de nuestro municipio y del resto de ciudades alardeando de actuar con justicia y rectitud? Quizá digan que nunca han visto una mujer como la que me encontré, pero ¿cómo es posible que sea yo el único que la haya visto, si apenas he estado en la ciudad? Si realmente no la han visto nunca, deberían probar de bajar a la calle a medianoche y ponerse de cuclillas a rebuscar en la basura junto a ella. La primera noche quizá le ayudarían, pero la segunda, estoy seguro que preferirían dejar que se quedara en su cómoda casa».

La voz de Baopu sonaba cada vez más y más fuerte. No se detuvo hasta que Jiansu le gritó: «¡Te pierdes en los detalles y les das demasiada importancia! Debes centrarte en el clan y en ti mismo. Quieres abrir la mente y pensar en el bien común, pero te haces daño a ti mismo. Xiaokui se ha ido; la persona que amas se ha ido. Así es cómo ha terminado vuestra historia. Hazme caso. Si logras superar tu mal, todo saldrá bien. Baopu, tú tienes cuarenta años y yo estoy en la treintena, aún somos jóvenes. Aún no es demasiado tarde».

Con la cabeza entre las manos, Baopu murmuró: «Xiaokui se ha ido».

«Sí, se ha ido, y yo también me voy. Te dije que quería marcharme de la ciudad. Así que tendrás que cuidar de ti mismo».

Baopu miró hacia arriba. «No puedes abandonarme. Tienes que quedarte en Wali. No debería haber ningún Sui errando por el mundo. Ya solo quedamos tres miembros de nuestra generación. Soy el mayor y se supone que debes hacerme caso. Si te marchas, me dejarás muy preocupado».

Jiansu se quedó mirando a través de la ventana, negando con la cabeza. «No. La decisión ya está tomada. En Wali no hay lugar para Sui Jiansu, así que tengo que valerme por mí mismo. Antes no hubiera podido irme por más que lo hubiese querido, pero ahora nos empujan para que nos vayamos a la ciudad y emprendamos nuestro propio negocio. El tío también se marchó, vagó por el mundo durante la mitad de su vida y al final le fue mejor que a papá. Algún día regresaré y me estableceré aquí de nuevo. Además, voy a venir a visitarte de vez en cuando».

Baopu hubiera querido decirle algo más, pero las notas de una flauta

irrumpieron en la habitación y se quedaron flotando, impidiéndole continuar. Era la misma melodía de siempre, pero ahora contenía un estallido de felicidad. Se quedó sentado, paralizado, con la cabeza en alto.

Mientras tanto, en el exterior el amanecer se abría paso lentamente.

## 18

Cuando el cielo se encapotaba y empezaba a llover, la gente de Wali se inquietaba y los días les parecían interminables. «Es como aquel año», murmuraban. Esa primavera la gente no vio la luz del sol en dos semanas consecutivas. El agua discurrió ruidosamente por las zanjas de los campos que habían estado secos durante todo el invierno, y el agua anegada llegaba casi por las rodillas. Las malas hierbas crecían a una velocidad vertiginosa. Aquel aguacero sin precedentes los dejó desconcertados. Más tarde, ese mismo verano, más de cuarenta personas fallecieron de una forma horrible, a la vez. «El cielo llora», decía la gente como si repentinamente se hubiesen iluminado. Al cabo de una semana de estar lloviendo, las calles se volvieron traicioneramente escurridizas.

Zhang-Wang, que por aquel entonces era una recién llegada, bajaba por la calle con un elegante vestido rojo cuando se resbaló y se precipitó al suelo. Zhao Duoduo, cargado con su rifle al hombro, apareció de la boca de un callejón y la ayudó a levantarse, aprovechando para manosearla mientras le sacudía el barro del vestido.

«Maldito perro de los Zhao», le insultó. Por aquel entonces Duoduo ya tenía casi veinte años y la pelusa empezaba a asomar por encima de su labio violáceo superior.

«No te atrevas a insultarme —murmuró— y ven aquí. Tengo un regalo para ti». Cuando ella se acercó, se sacó un anillo del bolsillo y lo paseó por delante de su cara antes de entregárselo. Sabía que era parte del botín que había obtenido a cambio de tareas de vigilancia y escaramuzas con terratenientes. Había muchas más sortijas como aquella guardadas en el mismo sitio.

Ella sonrió con dulzura y le preguntó: «¿A qué muchacha desflorada se lo has arrebatado? Los últimos tiempos te han sido favorables. Lo digo porque, con los tiempos que corren, la gente deja estas cosas escondidas en casa, en lugar de pasearlas por la calle». Zhao la volvió a tocar y ella le insultó de nuevo, pero tampoco se apartó. «No hagas nada de lo que te puedas arrepentir o te partirá un rayo».

Zhao resopló mientras echaba un vistazo alrededor y dijo: «Tarde o temprano alguien se debe apropiarse del material requisado. Los listos como yo nos las sabemos apañar. Diablos, el secretario Wang, del grupo de trabajo, me decía que si hubiera sido uno de sus soldados me hubiese tenido que disparar». Zhang-Wang rio con sorna.

Fue como si a Duoduo le hubiese salido la barba de un día para otro, aunque para el resto de la ciudad continuaba siendo el pobrecito huérfano que por la noche dormía en los pajares y por el día vagabundeaba por las calles como un fantasma. Lo habían ignorado incluso los miembros de su propio clan, los Zhao, así que sobrevivió a base de alimentos poco comunes, como por ejemplo saltamontes. Tímido por naturaleza, no podía ver cómo sacrificaban los cerdos, pero en cambio había desarrollado la habilidad de convertir cualquier desperdicio que los carniceros tiraran a la basura en un delicioso manjar. Había un terrateniente que solía hacer matanzas de cerdo en su patio y cada vez que esto ocurría, al oír los chillidos del animal, Zhao ponía pies en polvorosa. Regresaba una vez terminado el sacrificio e intentaba rebuscar en la basura en busca de las sobras, pero el viejo perro amarillento del propietario salía a abalanzarse sobre él, así que la mayoría de las veces que lo intentaba no sacaba más que las dentelladas del can.

«Te mordió, así que ahora puedes comértelo». Un miembro del clan Sui le enseñó una técnica para amansar al perro. «Coloca un poco de comida pinchada en un gancho de púas sujeto a una cuerda y, cuando el perro muerda la comida, arrástralo hasta la llanura». Duoduo siguió las instrucciones, pero cuando hubo atrapado al perro, este se revolvió y ladró con todas sus fuerzas, intentando liberarse del anzuelo. Continuó arrastrando al animal dejando un reguero de sangre tras sus pasos. Ante los esfuerzos del desesperado animal, las manos de Duoduo empezaron a temblar, hasta que por fin soltó la cuerda y el perro salió corriendo. Aquel año estuvo a punto de morir de hambre varias

veces. Entonces, un día de nieve, alguien le dio dos monedas de cobre a cambio de que matara al mismo perro; Duoduo estaba demasiado famélico como para rechazar la oferta, así que lo volvió a atrapar con la misma técnica. Esta vez ignoró los aullidos lastimosos y arrastró el animal hasta la llanura. Más tarde se enteró de que el hombre que le había hecho el encargo era en realidad un delincuente que aquella misma noche irrumpió en casa del terrateniente, lo secuestró, le quemó el cuerpo con cigarrillos y le cortó una oreja.

Este episodio reforzó el coraje de Zhao Duoduo y a partir de entonces empezó a capturar gatos y perros. Cuando no podía comerse el animal entero, enterraba los restos reacio a desprenderse de ellos, a pesar de la putrefacción y del hedor que desprendían. Pero todo esto fue antes de unirse a la milicia. Una vez enrolado el hambre pasó a la historia. Con una arma en la mano podía conseguir los animales domésticos que quisiera de un solo disparo. Cuando los milicianos detenían a los propietarios detenidos, él les apretaba la cuerda de las manos más fuerte que nadie; cuando les torturaban para obtener información, él les quemaba con cigarrillos. Las carnes fétidas de las que se había alimentado lo habían hecho más grande y más fuerte, y el vello facial recubrió su cuerpo antes que el resto de muchachos de su edad. Fue durante esa primavera nublada y lluviosa cuando fue nombrado líder de los cuerpos de autodefensa.

La gente dijo que las reuniones en el antiguo templo se restablecerían tan pronto como la lluvia cesase. Antes de que el cielo se abriese del todo celebraron unas cuantas sesiones con muy buenos resultados. Wu el Barbillas se encargó de registrar todas las pertenencias expropiadas a los terratenientes y campesinos adinerados. Finalmente tuvo que abandonar la tarea debido al inabarcable número de objetos y decidieron directamente amontonarlos en unas salas de la Asociación de Agricultores. Más tarde los repartieron entre la gente; un cofre para una familia, una tina de cerámica para otra. Las mujeres no podían separarse de las ropas y los rollos de tela que les dieron. Un soltero que consiguió un par de pantalones floridos no podía salir de casa sin ellos. «¿Qué son un par de pantalones, después de todo?», se decía para sus adentros.

Mientras los repartos no cesaban, los destinatarios corrían de un lado a



otro canturreando un popurrí de canciones. Primero repartieron los trofeos inanimados y continuaron con los vivos. ¡Repartir, repartir y repartir! Esto duraba hasta la medianoche, momento en el cual algunas familias devolvían los objetos a sus propietarios a escondidas. Cuando las puertas de los expropiados se entreabrían, los otros susurraban: «Me dieron tu arcón, Tío Segundo, así que te lo devuelvo. Las cosas han ido así estos últimos tiempos, por favor no te enfades conmigo». El padre de Luan Chunji, Luan el Barbas, director de la Asociación de Agricultores, fue el primero en descubrir las devoluciones y no tardó en informar al equipo de trabajo; todo lo que el Secretario Wang había confiscado a los terratenientes y las familias campesinas más acaudaladas, la gente lo había devuelto. Zhao Bing, que por aquel entonces trabajaba de profesor, había dejado la escuela para ocuparse del registro de los objetos junto con Wu el Barbillas.

«Quien acepte devoluciones de pertenencias confiscadas debería ir preso», le sugirió Zhao Bing a Luan el Barbas. De esta forma no recuperarán los objetos. «La norma fue aplicada y los culpables fueron encarcelados; hombres y mujeres por separado, y los familiares dispersados. Pero la gente todavía insistía en devolver los artículos, dejándolos amontonados a las puertas de sus casas. Finalmente el Secretario Wang reunió a los cuadros y llamó a movilizar las masas. «No se trata de un asunto cualquiera. Es mucho más complejo de lo que esperábamos. El miedo, la inercia a obedecer al poderoso y los lazos familiares, son la explicación de este fenómeno. Es nuestro deber aliviar sus preocupaciones y reforzar su valentía. ¡Hay mucho trabajo por hacer!».

Pidieron a los cuadros que se implicaran más, que fueran casa por casa y promovieran la participación activa de las masas. Debían abrir sus corazones y demostrarles su esfuerzo para que se unieran a ellos; y así todos unidos arrebatar el poder a los opresores y destruir el perverso sistema de explotación. «Nadie puede quedarse sentado de brazos cruzados a esperar la victoria», resaltaban. «Debe ganarla el pueblo unido, por la fuerza. El Partido Comunista es el líder, y los pobres deben confiar en el Ejército de la Octava Ruta». El Secretario Wang recomendó liberar a los terratenientes que habían sido encarcelados, lo cual no gustó nada a Luan el Barbas.

Entonces ocurrió algo totalmente inesperado. Resultó que la hija de un

terrateniente se había acostado con un instructor político del pueblo, quien fue relevado de su cargo por los cuerpos de autodefensa. El padre había huido con sus objetos de valor, pero fue capturado y traído de vuelta. El escándalo salió a la luz y el instructor político perdió su puesto. Luan el Barbas estaba tan furioso que tenía los ojos inyectados en sangre. Maldijo a todos los presentes y ordenó que no liberasen a nadie hasta nueva orden. Dado que Zhao Duoduo formaba parte de uno de los grupo más activos de la milicia, ahora solía acompañar a Luan. Bajó al sótano y se quitó el cinturón para azotar al propietario fugitivo, maldiciéndolo a cada azote. Al conocerse el escándalo, Zhao Bing le había comentado que el propietario había tendido una trampa utilizando a su hija, por lo que Duoduo no paraba de gritar mientras le azotaba: «¿Cómo te has atrevido a tendernos una trampa, ¿eh? ¿Cómo te has atrevido?». En la última visita encendió un puñado de incienso y lo apagó en la axila del arrendador. El hombre soltó su último grito antes tirarse contra la pared y morir desangrado con la cabeza abierta.

Cuando el Secretario Wang se enteró de lo sucedido reprendió duramente a Duoduo en público. Explicó que era un ejemplo para el cuerpo de autodefensa de cómo no actuar y prohibió tajantemente que se volvieran a repetir más castigos crueles. Luan el Barbas, totalmente en desacuerdo con aquella crítica, salió en su defensa argumentando que Zhao Duoduo había sufrido todo tipo de calamidades durante muchos años y que el trato infligido por los terratenientes a los campesinos había sido mucho peor. Wang respondió que, como comunistas, ellos estaban por encima del enemigo. Luan el Barbas salió de sus casillas. «Se nos pidió que movilizáramos a las masas y cuando lo hacemos, te tiras atrás». Wang intervino con contundencia. «Movilizamos la conciencia de las masas, no la naturaleza animal que habita en alguno de ellos». Luan se quedó en silencio, pero su barba espesa continuó temblando.

Esa noche, sentado en el *kang* del director de la Asociación de Agricultores, el Secretario Wang reflexionó sobre su actitud agresiva, pero se negó a ceder en cuestiones relativas a los principios fundamentales. Expresó el deseo de ambas partes de trabajar en la consecución de objetivos a largo plazo, mientras continuaban con la reforma agraria. Era importante explicar bien a las masas que no debían actuar de forma precipitada ni violenta, movidos por impulsos, sino que debían extirpar el origen de la explotación de

raíz, con el fin de construir una nueva sociedad. Luan el Barbas respondió con franqueza: «Tú eres mi superior, así que acataré las órdenes».

El trabajo de movilización de masas fue calando, en parte gracias a las labores de la Asociación de Mujeres de Salvación y de la milicia. El equipo de trabajo compuso algunas canciones sobre la reforma agraria para que las cantaran los niños. Por todos los rincones de los callejones, solo se hablaba de la reforma agraria, incluidos aquellos que no solían opinar. Las reuniones se celebraban en el antiguo templo, donde los elementos activos saltaban a la estrada, seguidos por hordas de campesinos que exponían sus quejas sobre las penurias y malos tratos recibidos. Las reuniones se caldeaban y, cuando la gente gritaba consignas, lo hacían tan alto y claro como las atronadoras inundaciones de la montaña. Finalmente Wali ardió en las llamas de la ira y pronto fue consumida por un fuego virulento.

\* \* \*

La lluvia seguía cayendo y la llovizna se convirtió en aguacero, mientras las grandes gotas de agua se precipitaban lentamente. El Secretario Wang, Luan el Barbas y el nuevo instructor político del pueblo fueron convocados a una reunión en la sede del distrito, donde recibieron una severa reprimenda por su línea derechista (la tendencia favorable a los campesinos ricos que sobrevivían a la reforma agraria). Wali fue señalado por implementar una reforma agraria «demasiado suave». El Secretario Wang, vilipendiado por el equipo de inspección de distrito, regresó a Wali preocupado y desanimado. Luan el Barbas fumaba, abriendo y cerrando los puños, mientras Zhao Duoduo no paraba de reír.

Aquella noche él y varios milicianos se encargaron de desnudar a los prisioneros que peor les caían y sacarlos afuera para que se congelaran. Mientras tiritaban, Zhao les preguntó: «¿Os gustaría que encendiéramos una hoguera?». Entonces los prisioneros se arrodillaron para rogarle: «Comandante Zhao, por favor, tenga piedad y encienda una hoguera». Con una sonrisa de oreja a oreja, puso su cigarrillo en sus partes íntimas, gritando: «¡Aquí está la hoguera!». Los presos gritaron e intentaron cubrir sus cuerpos. Para los guardias fue una noche de diversión. A la salida del sol, Luan el

Barbas fue a ver a Zhao para contarle que se rumoreaba que el Cicatrices había escondido un frasco de monedas de plata. «Déjame a mí», respondió Zhao. Ató al terrateniente bien fuerte antes de tenderle sobre la mesa y gritarle: «¿Dónde está el frasco?». El hombre respondió: «Yo no sé nada». Un miliciano le tiró de la mesa y ya en el suelo le dio una patada. Otro miliciano lo recogió y lo puso de nuevo sobre la mesa.

Zhao volvió a preguntar: «¿Dónde está el material?». La respuesta fue la misma y la reacción de los milicianos también. La sangre empezó a gotear por la nariz y la boca. Cuando Zhao Bing se enteró de lo que estaba sucediendo ordenó a los milicianos que se detuvieran y que salieran a la calle para que pudiera hablar a solas con el propietario. Después de que Duoduo sacara a los milicianos, Zhao Bing suspiró mientras lo desataba y dijo educadamente: «El país ha cambiado de color, ¿qué sentido tiene quedarse con unas monedas de plata?».

El propietario apretó los dientes y respondió: «No me importa la plata; lo único que siento es odio».

Zhao Bing suspiró de nuevo. «La muchedumbre es como la mala hierba. ¿Qué sacas de guardarles odio y rencor? Escúchame y no lo hagas más difícil. Solo se trata de unas apestosas monedas».

Continuaron el tira y afloja hasta que el propietario cedió: «Muy bien, entonces». Parpadeó y le dijo dónde estaba la plata. Cuando Zhao Duoduo regresó con sus hombres, Zhao Bing les ordenó que lo soltaran. «¿Qué prisa hay? —dijo Duoduo—. Antes me fumaré un cigarrillo con él». Después de que Zhao Bing saliera, Duoduo se encendió un cigarrillo y lo deslizó por la piel del terrateniente tras cada calada. El arrendador rodó por el suelo, pero no gritó. Cuando terminó, Duoduo tiró el cigarrillo al suelo y le dijo: «Un buen hábito el de fumar, me quedo con él. Nos veremos más tarde». Esa noche regresó solo y con una sonrisa de felicidad. «Vamos a fumar un poquito». El arrendador lo miró, pero no dijo nada. Entonces, tomándolo por sorpresa, se abalanzó sobre Duoduo y le hirió en un ojo. Ignorando el dolor, Duoduo sacó su cuchillo y con un golpe seco le cortó la mano, dejándolo retorciéndose en el suelo. Tras frotarse el ojo, Duoduo se acercó al arrendador y le dio una patada en la cara. Luego se lo quedó mirando y murmuró: «Está tan oscuro que no puedo verte bien». Y le cortó la cabeza por la mitad. Fue el segundo hombre

que mataba.

\* \* \*

La lluvia seguía cayendo, cubriendo la ciudad como si fuera una malla de agua. Zhang-Wang se tropezó y se cayó; igual que le pasó a Luan el Barbas, Shi Dixin o incluso a Sui Yingzhi en una de sus frecuentes expediciones fuera de casa. Un rumor se había ido extendiendo por la ciudad: las cosas no marchaban bien, habían mandado instrucciones de empezar la matanza. La situación se puso más tensa mientras la milicia, protegida con ropa impermeable, patrullaba las calles día y noche. A veces se escuchaban disparos a medianoche, seguidos de un silencio estremecedor. Los perros ladraban y los niños lloraban. Los viejos se sentaban junto a sus ventanas a fumar y conversaban en voz baja. «La matanza ha comenzado». Pero solo era un rumor, puesto que no se sabía de más muertos. Pero comenzaron a ver más y más personas con los ojos inyectados en sangre, caminando en silencio con los brazos cruzados. La gente decía que, llegado el momento, serían los primeros en coger el cuchillo.

Una de esas personas con los ojos rojos se encontró con Zhao Duoduo y susurró: «¿Y bien?».

Zhao apresuró el paso sin detenerse, respondiéndole con disimulo: «Pronto». Los vecinos poco a poco volvieron a salir a las calles, donde hablaban de los presos, explicando todo tipo de salvajadas. «Me temo que Cara de Harina no va a salir de esta». «No, no lo hará», coincidieron todos. «Cara de Harina» era el apodo de un propietario de cara pálida e hinchada. Cuando recordaron algunas de sus tretas, escupieron al suelo airadamente. Un año, una criada huyó de su casa, negándose a volver aunque la mataran. Cuando le preguntaron el motivo, explicó que le obligaban a hacer todas las tareas, incluido vestir a Cara de Harina. Estupefactos, la gente le preguntó: «¿Y también le tenías que poner los pantalones?». Ella se sonrojó y asintió con la cabeza. Ahora Cara de Harina estaba sentenciado. «Rebuzno de Burro tampoco va a salir bien parado», dijo alguien. «No, no lo hará», coincidieron todos. Rebuzno de Burro tenía la cara larga y oscura, una esposa y una concubina. Después de la concubina se acostó con una de sus trabajadoras, a

la que le marcó la frente, dejándole una cicatriz del tamaño de un albaricoque. También hizo cortar un testículo de otro trabajador; el hombre murió dos semanas más tarde, con los pantalones empapados de un pus sanguinolento. Ahora los días de Rebuzno de Burro estaban contados. Alguien mencionó un campesino rico apodado Melón, diciendo que era un hombre bueno y merecía ser liberado. Se trataba de un hombre honesto y sencillo que conreaba ñame, melones, calabazas y calabacines, con los que alimentaba también a su familia, pues consideraba que el grano era un lujo excesivo. «Los melones no son malos —solía decir—. Son ligeros y de fácil digestión».

Pasaron revista a casi todos los presos, hombres y mujeres, llegando a la conclusión de que algunos de ellos debían ser castigados con la pena máxima. Pero sospechaban que, tras la muerte de los que la merecían, unos cuantos más seguirían la misma suerte. Entre los prisioneros había varias mujeres muy jóvenes que seguramente perderían su virginidad. Los vecinos aconsejaban casarlas lo antes posibles, para así asegurarles una mejor suerte. La gente hablaba mucho, pero lo único que realmente sabían a ciencia cierta era que la reunión se celebraría tan pronto como la lluvia cesase, y ese día los destinos de los prisioneros serían resueltos.

La lluvia tardó diez días más en detenerse. La reunión se celebró, pero los resultados no fueron exactamente los predichos. Los vecinos estaban indignados y decepcionados porque no se había ajusticiado a los terratenientes como se merecían.

Las interminables reuniones y la eterna lluvia habían dejado una huella indeleble en sus mentes; Wali era como una olla a presión y el vapor ya sobrepasaba la antigua muralla de la ciudad.

Con la llegada del calor, la gente se daría cuenta de que las gotas de lluvia habían sido lágrimas del cielo. A finales de verano los propietarios regresaron al pueblo con los ojos enrojecidos por el calor de la venganza. Para aquel entonces la mayor parte de los elementos activos y de los cuadros de la reforma agraria habían huido. Los terratenientes solo lograron atrapar a unos pocos, cuyo destino sería peor que caer en una olla de agua hirviendo. Luan el Barbas, que había emprendido la huida unos días antes, se había colado de nuevo en la ciudad con una granada escondida debajo del cinturón, y fue atrapado intentando saltar la muralla. Los terratenientes pasaron la noche

decidiendo qué hacer con él. Algunos sugirieron «un castillo pirotécnico», hundiendo un clavo en la parte superior de la cabeza y tirando de él rápidamente para escampar la sangre en todas direcciones. Hubo otro que recomendó abrirle el vientre. Otro propuso cortarlo cachito a cachito. Otro «encender una lámpara»; recogerle el cabello bien alto, verter queroseno o aceite y prenderle fuego. Así todos podrían admirar las parpadeantes llamas rojas y azuladas. Y por último alguien mencionó «la muerte con cinco bueyes»: atar un buey a cada extremidad y otro a la cabeza, y arrear los animales hasta despedazarlo. Esta fue la opción que más gustó. Requerían de un gran espacio, así que coincidieron en que el antiguo templo sería idóneo.

Era una mañana soleada cuando, bajo la atónita mirada de todos los ciudadanos, apareció Luan el Barbas atado a cinco bueyes negros. Profirió todo tipo de insultos mientras los otros gritaban consignas. Entonces cinco hombres azotaron a los bueyes. Los animales levantaron la cabeza y bramaron, pero se negaron a avanzar. Les azotaron más fuerte y bramaron aún más fuerte. Permanecieron así durante un buen rato hasta que finalmente las bestias bajaron la cabeza y avanzaron lentamente hacia adelante. Tras las maldiciones de Luan el Barbas llegó un abrupto, seguido de unos chasquidos. Su sangre brotaba por todas partes, manchando incluso a los animales, que dejaron de avanzar de inmediato. Aquella noche los terratenientes recogieron el hígado de entre el caos de vísceras sangrientas escampadas por el suelo, y lo sofrieron para acompañar el trago. Comieron y bebieron, convencidos de que comer hígado reforzaría su coraje. Para probar su teoría, uno de ellos salió y trajo de vuelta una mujer del pueblo. La violó delante de todos, luego le cortó los pechos y le hundió un cuchillo en la vagina, riendo sin parar. Una vez estuvieron todos bien borrachos, los propietarios decidieron que era hora de «cuidar» a las cuatro docenas de hombres y mujeres presos. Los encadenaron los unos a los otros con alambre y los enterraron vivos en el sótano del ñame.

El plan se ejecutó sin imprevistos. Dejaron para lo último a la directora de la Asociación de Mujeres de Salvación. La desnudaron, la pusieron sobre un tablón y la ataron de pies y manos. Antes del amanecer, uno de ellos se sacó el reloj del bolsillo y apremió al resto: «Daos prisa». Se turnaron para violarla. Cuando le tocaba a un anciano de barba rojiza, solo pudo sonreír, provocando las burlas de los allí presentes. Enojado y avergonzado, le mordió un pezón.

Luego se fueron a la cama y no se levantaron hasta media mañana. Lo primero que hicieron fue levantar el tablón para que la mujer pudiera presenciar lo que estaba a punto de suceder. Ataron las piernas de su hijo a las aldabas de dos puertas cerradas y seguidamente las abrieron de una patada, partiendo el niño en dos. Con la cabeza de la mujer torcida hacia un lado, al darle una bofetada se dieron cuenta de que se había desmayado.

Los vengativos terratenientes asolaron la ciudad durante dos semanas y luego se marcharon. Los vecinos de Wali lavaron la sangre fresca de las calles con sus lágrimas. Apretando los dientes, no podían dejar de llorar; estaban aturridos. Aplastados por el remordimiento, enterraron un cuerpo tras otro, mientras lamentaban no haber matado más prisioneros en la última reunión de lucha celebrada después de las lluvias. Pero las reuniones ya habían finalizado. ¿Habría alguna más? Rememoraban con todo lujo de detalles los ajusticiamientos de los propietarios, tratando de aligerar su pesar y su enojo. Los que se habían mostrado reacios a las matanzas de los capitalistas, ahora bajaban sus caras, avergonzados, ansiando la celebración de nuevos ajusticiamientos.

Recordaron aquella última reunión. La sesión fue presidida por el Secretario Wang, con la asistencia de Luan el Barbas, el director de la Asociación de Agricultores, la directora de la Asociación de Mujeres de Salvación y el instructor político de la ciudad. Zhao Duoduo se quedó a un lado junto a varios de sus milicianos armados, y Zhao Bing y Wu el Barbillas se encargaron de tomar acta. Cuando dos milicianos trajeron a Cara de Harina, la directora de la Asociación de Mujeres de Salvación ordenó a los asistentes que empezaran a gritar las consignas. Con las manos temblorosas a los costados, Cara de Harina bajó la cabeza, sin atreverse a mirar a nadie a la cara. Su cara hinchada se había vuelto cenicienta después de tantas semanas recluido en el sótano. Tras las consignas, el secretario Wang y Luan el Barbas se turnaron para exponer sendos discursos movilizadores, seguidos de la exposición pública de las quejas de los campesinos a título individual.

A medida que fueron detallando los crímenes perpetrados por el hombre, el tono de la reunión se volvió más solemne. Entonces la gente saltó al escenario para pegar a Cara de Harina. Una anciana débil y frágil, sin fuerzas para golpearle, le dio un mordisco. El Secretario Wang llamó a la milicia para



detener aquel brote violento que se les estaba escapando de las manos, pero Zhao Duoduo subió con sus hombres para sujetar a Cara de Harina boca abajo, por lo que los campesinos podían patearle, golpearle y morderle a sus anchas. Ahora arrodillado sobre el escenario, se golpeó la cabeza contra el suelo para pedir perdón, pero la gente gritaba: «¡No, no vamos a dejar que te vayas!». Voló una piedra. Temeroso de que pudieran herir los cuadros desplegados sobre el escenario, Zhao Duoduo apartó a Cara de Harina hacia un lado, donde había clavada una estaca de madera.

Ahora la gente dirigía su rostro hacia el individuo colgado en la estaca para descargar su ira, haciendo retronar sus voces. Se acercó un anciano con una guadaña y cortó la cuerda. Cara de Harina cayó al suelo y la sangre brotó de todos los orificios de su cuerpo. La gente corrió a pegarle, pero el anciano de la guadaña los detuvo y, dirigiéndose hacia los cuadros desplegados encima de la plataforma, gritó: «Mi hijo trabajó para este hombre durante cinco años y se lastimó la espalda; ahora está postrado en la cama. Así que voy a cortar un pedazo de carne para preparar la medicina de mi hijo. ¿Es eso pedir demasiado?». Antes de que los cuadros pudieran reaccionar la gente gritó: «¡Adelante! ¡Hazlo!». Así que el anciano dirigió la mirada hacia abajo y, entre gritos de dolor, cortó un pedazo de carne del tamaño de la palma de una mano. La levantó por encima de su cabeza y gritó: «Ahora estamos en paz». Y se marchó.

El Secretario Wang golpeó la mesa con la mano, gritó algo ininteligible y abandonó el escenario, seguido de Luan el Barbas. «Hoy nos comeremos su carne —gritó Luan—. Pero ¿quién te crees que eres tratando de protegerlo?».

Wang rugió: «¡Estoy siguiendo las directrices de nuestros superiores! ¡Somos soldados del Ejército de la Octava Ruta del Partido Comunista, no una panda de bandidos! Como miembro del partido, deberías saber que para matar a alguien se necesita la aprobación de un tribunal itinerante!». Mientras discutían a gritos, una multitud provista con guadañas y contenida por los cuadros los cercó. Durante la refriega, Wang recibió un corte en el brazo; la sangre fresca salpicó su cuerpo delgado. Mientras Luan le respondía a gritos, Wang ignoró la herida y, fijando la mirada en Luan, dijo: «No olvides que eres un miembro del Partido Comunista».

La sesión de lucha se dio por terminada. El Secretario Wang convocó a

todos los cuadros a una reunión nocturna en la cual decidieron dar parte de lo sucedido a instancias provinciales y suspender temporalmente las sesiones. No se permitirían más brotes violentos.

Eran las dos de la mañana cuando terminaron la sesión, pero Wang se abstuvo de retirarse a descansar. Con la pistola enfundada cerca de su mano más ágil, se puso en camino. El alba sumió la ciudad en un silencio sepulcral. Luan el Barbas, incapaz de soportar la reprimenda de Wang, no era incapaz de conciliar el sueño. Al día siguiente estallaron de nuevo los disturbios. «Las masas se rebelan de nuevo —informó Zhao Duoduo a Luan—. ¿Qué hacemos?».

«Ordénales que se vayan a sus casas», dijo Luan con tono serio. Pero la multitud se había abocado a la calle y ahora estaba congregada en el antiguo templo. Dispersarlos era imposible. Comenzaron su propia sesión de lucha juzgando a un joven de familia burguesa. Le golpearon hasta matarlo. El siguiente en subir fue un anciano regordete cuya esposa se acercó para protegerle negándose a abandonarlo. Les empujaron al suelo y les golpearon hasta que sus gritos cesaron. Finalmente llegó el turno de Rebuzzo de Burro, a quien Duoduo decidió castigar antes de entregarlo a la turba. «¿Cómo puedes tener dos esposas, hijo de puta?». Zhao fijó sus ojos en el hombre y le dio una patada en la entrepierna. Rebuzzo de Burro cayó al suelo gimiendo de dolor; sus labios se amorataron.

Le empujaron hacia el escenario y, antes de poder mantenerse de pie por sí mismo, apareció la madre del trabajador muerto, llorando y gritando. Viéndola tan excitada, Zhao Bing subió a sujetarla y le dijo que desahogara su ira en voz alta. Ella se irguió, se golpeó las rodillas y gritó: «¡Mi hijo!». Y se desmayó. La gente acudió a socorrerla, dándole pellizquitos entre la nariz y el labio, mientras otros se agolparon alrededor de Rebuzzo del Burro. Se formó un corrillo de personas que empezaron a propinarle golpes, entre lamentos, insultos y gritos. Finalmente la anciana volvió en sí y se detuvo el linchamiento. «Abuelita —dijeron—, ya hemos vengado tu ira». Ella se arrastró hasta el ensangrentado Rebuzzo de Burro y, sacudiendo su canosa cabeza, exclamó: «No. Lo haré yo misma. Yo no necesito a nadie que lo haga por mí». Fijó la mirada en un punto de su cuello y le mordió ferozmente.

El resto de terratenientes y campesinos ricos fueron llevados a la tarima al

tercer día; aquellos que en épocas pasadas habían cosechado enemigos estaban condenados.

Melón tenía una hermosa hija. Dos años antes, Zhao Duoduo había irrumpido en su casa y había entrado en la habitación de la muchacha. Melón lo descubrió a tiempo y, en vez de reaccionar con violencia, se limitó a increparle para que se marchara. Ahora Zhao, con el fusil sobre el hombro, deambulaba de un lado al otro delante de Melón, negando con la cabeza, mientras sostenía un látigo de piel de cerdo sin curtir. Cuando se detuvo enfrente del enmanillado, lo derribó con un golpe demoledor en la cabeza; el hombre terminó con la boca llena de tierra, arañando el suelo. Zhao se agachó para comprobar su estado, antes de asestarle tres golpes más en la parte posterior de la cabeza del anciano, acabando con él.

La reunión continuó, con la multitud crecida como un mar embravecido, inundando el antiguo templo. El Secretario Wang regresó al cuarto día acompañado por otros camaradas del Tribunal Itinerante Popular. Lo hizo en camilla. Abatido por la fiebre del sobre esfuerzo y la infección de la herida, en mitad del camino de regreso se negó a ser atendido por una unidad médica cercana, señalando con su dedo huesudo hacia Wali. La reunión ya estaba en marcha cuando por fin llegaron a la ciudad y Wang pidió a los camaradas del Tribunal Itinerante Popular que le acercaran a la plataforma, ante la multitud enmudecida. Ordenó que trajeran a Luan el Barbas de inmediato y, cuando le dijeron que estaba enfermo, respondió: «Traedlo aunque tengáis que hacerlo a rastras. Tiene que estar presente en la reunión».

Entonces pidió que le bajaran de la camilla y se quedó esperando apoyado contra un portón desvencijado. Tan pronto como trajeron a Luan el Barbas, todos se percataron de que los pelos de su barba habían emblanquecido en cuestión de días. Los miembros del Tribunal Itinerante Popular exigieron que leyeran las actas de Zhao Bing y Wu el Barbillas. Las quejas y lamentos llenaban tres cuadernos y, de poder ser comprobados, significaba que, como máximo, hubieran podido aplicar pena de muerte a no más de cinco de los acusados. Dieron a conocer su sentencia de manera firme e inequívoca. La ciudad había violado gravemente la política del gobierno por no seguir los procedimientos legales y alguien debía asumir la responsabilidad de las palizas y los asesinatos ilegales cometidos.

Cuando el camarada hubo terminado, la gente debajo de la plataforma comenzó a gritar consignas: derribar la línea de los campesinos ricos, derribar esto, derribar lo otro. Llegados a este punto el secretario Wang pidió que le ayudaran a levantarse. Intentando acallar el griterío, les lanzó una mirada de reproche antes de empezar a hablar. Su voz sonaba débil, casi inaudible, pero todos reconocieron aquella firmeza tan propia de él. «Si queréis ensañaros con alguien, comenzad conmigo. Os será fácil, ahora que estoy herido. Pero mientras aún me mantenga en pie, no se tolerará ninguna otra paliza o matanza. Voy a arrestar a cualquier persona que utilice la reforma agraria como una excusa para matar. ¡Solo sirve para sabotear nuestros esfuerzos! Si tenéis quejas, descargad vuestra ira. Pero ¿qué utilidad tiene un tribunal si podéis matar a quien os plazca? Esta no es la política del Ejército de la Octava Ruta del Partido Comunista». Entonces se tambaleó y la gente corrió a sujetarlo. Los ánimos se calmaron.

\* \* \*

El verano de sangre y lágrimas llegó a su fin, y el incidente en el que cuarenta y dos personas fueron enterradas en vida pasó a formar parte de las crónicas de la ciudad gracias a Wu el Barbillas, quien se encargó de inmortalizar aquellos eternos días lluviosos y nublados de primavera. El episodio sería borrado de un plumazo de tinta roja al cabo de diez años.

A finales de verano llegó un otoño envuelto de dolor y de indignación, una época marcada por el alistamiento masivo a una campaña militar de gran envergadura. No hubo más brotes de represión burguesa. Se celebraron nuevas sesiones de lucha en el antiguo templo y, puesto que el secretario Wang había sido trasladado y el Barbas había fallecido como un héroe, ahora los encargados de convocar las reuniones eran el instructor político de la ciudad y Zhao Duoduo, comandante de las fuerzas de autodefensa. Poco después de todas estas novedades Zhao Bing ingresó en el partido, lo que automáticamente le dio derecho a presidir el tribunal. Su comportamiento refinado y la antigüedad del clan Zhao hicieron que el reconocimiento de su autoridad fuese inmediato y unánime. Su nuevo estatus también ayudó a afianzar el progreso de su clan, que había sabido desenvolverse muy bien durante la reexaminación de

la reforma agraria; parecía que los Zhao volvían a las andadas.

En las nuevas sesiones, Zhao Bing solía dar fervorosos discursos para aleccionar a las masas y ganarlas con la razón; sus discursos solían ir acompañados de fervientes consignas populares, mientras las lágrimas corrían por los rostros de los asistentes. A continuación llegaba el turno de Zhao Duoduo y sus milicianos: «Daos prisa y alistaos. Daos prisa y disfrutad de este honor. Incluso las muchachas prometidas ansían ver a sus futuros maridos marcharse a la guerra». Los excesos de entusiasmo e ímpetu empujaban a los potenciales candidatos a alistarse en el acto. Engalanaban los pechos de los reclutas con flores rojas, y acto seguido montaban a caballo y se paseaban por las calles de la ciudad, rodeados de un gentío orgulloso de ellos. Aquel era su último acto público en Wali. Luego se trasladarían a la base militar del condado. Se marchó un grupo, seguido de otro y de otro, hasta que las calles quedaron despobladas de jóvenes paseantes con el orgullo intacto. El instructor político de la ciudad animó a Zhao Bing a que se alistara, diciéndole que los jóvenes como él tenían el ascenso militar asegurado. Zhao contestó que lo había meditado durante semanas y que finalmente había llegado el momento de responder a la llamada. El instructor político estuvo encantado.

Al día siguiente el instructor se topó con Zhao Duoduo en estado de embriaguez. Con el rostro morado del alcohol, le agarró por la solapa y gritó: «¡Maldito seas! Si el Cuarto Maestro se marcha, entonces el resto de nosotros también tendrá que hacerlo, y si nosotros desaparecemos, tú te vas a quedar aquí de mandamás. ¿No crees que ya va siendo hora de que subas a la tarima? Bueno, lo tendrás que hacer más pronto que tarde». Duoduo hizo un gesto y tocó la hoja del cuchillo que colgaba de su cinturón. El instructor luchó para liberarse y retrocedió, tartamudeando. Al día siguiente cayó enfermo y, cuando se recuperó, recibió una notificación de sus superiores informándole de la obertura de una investigación en su contra; se quedó petrificado.

Wu el Barbillas y Zhao Duoduo, dedicados a intrigar, enviaron un informe al comité del condado donde Wu hacía tres peticiones. «Se trata del instructor político —dijo Zhao a los investigadores—, pero salió ileso de la revancha de los propietarios, mientras que Luan el Barbas y la directora de la Asociación de Mujeres de Salvación acabaron muertos. ¿Quién puede negar la evidencia de que se trata de un enemigo? Hay quien incluso lo vio huir cuando llegaron

los Cuerpos de Restitución de los Propietarios».

Una semana después, el ignorante instructor político fue arrestado y enviado con grilletes a la oficina del condado. Zhao y sus milicianos escoltaron al preso durante gran parte del camino. Llegados a un punto, Zhao se acercó al instructor y le dijo: «¿Me crees ahora? Has tenido suerte de que esto te haya ocurrido con nosotros en la ciudad, porque si de lo contrario nos hubiéramos alistado y nos hubiéramos ido, hubieras estado acabado». El instructor político no dijo nada y cerró los dientes con fuerza. No volvió a Wali nunca más y al cabo de poco Zhao Bing fue nombrado instructor político de la Calle Gaoding.

Desde el comienzo de las lluvias, Zhao Duoduo había tenido la sensación de que se descuidaba de algún asunto importante que merecía ser atendido. El clan Sui había quedado indemne y seguía siendo un problema. Los Sui habían sido la familia más poderosa de Wali, por encima de los Li y de los Zhao durante décadas, pero Duoduo se había dado cuenta de que los cimientos de aquel poderoso clan se estaban derrumbando y finalmente reunió el coraje para mandar a su gente a la residencia del clan. Mientras contemplaba las imponentes columnas bermejas del edificio principal y el trajín del personal de servicio entrando y saliendo, notó cómo le empezaron a picar las manos. Un día se encontraba plantado de pie, en medio del patio, cuando les comentó a un anciano y una niña que estaban podando un rosal: «Algún día me desharé de ellos».

El anciano, que era duro de oído, dejó la pala y miró hacia arriba: «Deshacerte de qué... ¿de las flores?». Zhao Duoduo les soltó una colleja antes de levantar la mano señalando el edificio principal y las alas laterales. «Me refiero a todo esto». El anciano lo miró boquiabierto, justo cuando Zhao seguía con su mirada a Huizi y Sui Yingzhi, quienes en ese momento estaban atravesando la puerta del edificio principal; los miró por un momento antes de murmurar para sus adentros: «Sí, mejor será deshacerse de ellos». Y prosiguió su paseo por el patio, con aire amenazador.

Por aquel entonces el Secretario Wang, todavía en Wali, había convocado a los cuadros para hablar del clan Sui. Subrayó que Yingzhi era un destacado miembro de la alta burguesía local y debía ser protegido. Como fundadores de la industria de los fideos en la región del río Luqing, gozaban de buena

reputación en varias de las grandes ciudades de la zona. Además, habían donado muchas salas de procesamiento de fideos a la ciudad, por lo que merecían ser protegidos. En definitiva, su seguridad personal debía ser garantizada durante la segunda ronda de la reforma agraria. Cuando Wang transmitió las instrucciones del gobierno a las autoridades locales, Duoduo y los suyos las acogieron con decepción y desmotivación.

«Las sesiones de lucha no servirán de nada si no se nos permite tocar a la familia más poderosa de la ciudad», exclamó alguien.

«¿Las instrucciones del gobierno? —dijo Zhao con tono burlón—. ¡Eso son patrañas!».

Aunque aquella decisión fue muy discutida, nadie de la familia Sui fue arrastrada al escenario. Finalmente, una vez terminadas las sesiones de lucha, el grupo de trabajo se marchó. Pero Zhao Duoduo y sus aliados no estaban dispuestos a olvidar el asunto. «¿Por qué no nos deshacemos de ellos?», le preguntó Zhao al instructor político. Le respondió zanjando el asunto con un movimiento de mano. Pero tras la detención del instructor, durante el periodo en el cual la calle Gaoding quedó huérfana de líder, Zhao Duoduo convocó a los suyos. Ya había entrado en el recinto de los Sui en varias ocasiones en busca de Huizi y siempre le había rechazado, en una ocasión incluso dejándole una cicatriz. Fue entonces cuando se encargó de arrastrar a Sui Yingzhi al escenario, donde se debatió si debía ser considerado un miembro de la alta burguesía local o no. Si lo era, entonces se habría colado entre los locales y era necesario juzgarle. La reunión se desarrolló en un ambiente mediocre, hasta que Sui Yingzhi no aguantó más y se desmayó...

Más tarde, con Zhao Bing como nuevo instructor político, ordenó a Duoduo que detuviera las acciones contra los Sui. «Sus días están contados —dijo el Cuarto Maestro—, así que el clan Zhao solamente tiene que esperar a que se pudran y caigan por sí solos».

Sui Yingzhi murió al cabo de poco en un campo de sorgo. «Un infecto Sui menos», comentó Duoduo. El Cuarto Maestro sonrió ligeramente. «No te preocupes. Tú solo espera». Todas las salas de procesamiento de los Sui emplazadas en otras ciudades habían cambiado de propietario, y al final tuvieron que abandonar incluso la última que les quedaba en Wali. Por el recinto de los Sui ya no se veía el trajín de los mozos; los días de actividad

bulliciosa se habían convertido en algo del pasado. Poco a poco el número de caballos y carretas que cruzaban su puerta fue disminuyendo, hasta desaparecer, y el portón quedó permanentemente cerrado. Al cabo de poco Sui Buzhao, que vivía en una estancia separada, acudió al complejo del clan, pero encontró la puerta sellada. Estuvo llamando durante un buen rato, pero no obtuvo respuesta. Finalmente el anciano dio media vuelta y se marchó indignado, soltando todo tipo de improperios. «El clan Sui está condenado». Alguien que lo oyó dijo que el clan Sui debía estar verdaderamente condenado, porque la profecía había salido de la boca de uno de los suyos.

Por el contrario, el clan de Zhao era cada vez más y más fuerte. Ahora que Zhao Bing se había convertido en el nuevo representante de la ciudad, era citado muy a menudo para tratar asuntos locales. A su vez Zhao Duoduo estaba al mando del armamento, que poco a poco se había modernizado. En días festivos los milicianos, vestidos con viejos uniformes del ejército, recibían munición real y se apeaban en sus puestos de vigilancia a lo largo de las calles. Aunque la situación del país se había estabilizado, la lucha violenta de clases podía resurgir. Cuando el Cuarto Maestro salía de casa en medio de una tormenta o después del atardecer, unos milicianos armados lo escoltaban.

Cada vez que Duoduo pasaba cerca del complejo de los Sui, daba una patada a los ladrillos de la pared y decía: «En el interior aún quedan más». Nunca aclaraba exactamente a qué se refería, pero no auguraba nada bueno. El Cuarto Maestro se limitaba a responder con un gruñido. Al cabo de poco, un cierto miembro de la dirección provincial fue declarado culpable de haber cometido graves errores, entre los cuales figuraban un documento relacionado con Wali. Al parecer el hombre había protegido al más importante capitalista de la ciudad cuando estuvo trabajando para el comité local. El capitalista en cuestión resultó ser Sui Yingzhi. Después de leer la noticia en el periódico, Duoduo fue a ver al Cuarto Maestro. «Vamos a inspeccionar la casa».

Zhao Bing, que justo en ese momento estaba leyendo la noticia, respondió: «Primero tienes que convocar una reunión. Entonces podremos hacerlo. Las cosas han cambiado. No podemos actuar de modo arbitrario».

«Ha llegado el momento de deshacernos de ellos», dijo Duoduo.

Pero Zhao Bing negó con la cabeza. «Con la confiscación de sus bienes y todo lo que saquemos de su casa será suficiente. No te excedas».



Convocaron una reunión, tras la cual Duoduo se encargó de dirigir a un grupo de milicianos ruidosos hasta la finca de los Sui. Empezaron con el saqueo y la confiscación de bienes, todos ellos debidamente anotados por Wu el Barbillas. Huizi sostenía la mano de Hanzhang, con Baopu, Jiansu y Guigui, la única criada que les quedaba, apiñados a su alrededor. Su tez era de un tono gris ceniciento, con sus elegantes cejas fruncidas; se mordía el labio inferior, humedeciendo el carmín. Pero Huizi no abrió la boca durante todo el proceso. Hanzhang lloraba, igual que Jiansu, pero no les hizo caso. Los dos niños lloraron hasta el anochecer, cuando perdieron la voz. Como al final del día la expropiación aún no había terminado, unos milicianos se quedaron a vigilar la casa, tumbados en el patio en unas mantas de lana. Durmieron poco. Con el primer rayo de luz volvieron a emprender los trabajos y no terminaron hasta bien entrada la tarde. Se lo llevaron todo. Antes de que se marcharan, Duoduo les informó de que la familia podía quedarse en las habitaciones contiguas, pero el edificio principal pasaba a ser de propiedad pública; tenían tres días para trasladar sus pertenencias antes de que el edificio fuera sellado. Y se marchó.

«Vamos a trasladarnos a las estancias laterales, mamá», dijo Baopu.

Sin abrir la boca, recogió las sábanas de los niños y los instaló en las habitaciones secundarias. Luego regresó al edificio principal, donde se recostó en un *kang* acolchado con unas mantas gruesas, y se quedó mirando al techo. Cuando Baopu acudió con sus dos hermanos, se negó a moverse y abandonar la estancia. Finalmente se incorporó y agarró la mano de Baopu entre las suyas. «Baopu, tú eres el mayor —dijo—. Así que escúchame atentamente. Tu padre me dejó esta casa. Es todo lo que queda del clan Sui. Así que la protegeré por tu padre con mi vida». Baopu entendió que era inútil tratar de convencerla y se llevó a sus hermanos a las estancias laterales.

Sui Buzhao ya no se atrevía a poner un pie en el edificio principal. Intentaba evitar encontrarse con Huizi, que cada vez que le veía le maldecía, acusándolo de tener malas intenciones. «Tu hermano te espera en el otro mundo para ajustar cuentas», le decía. La luz de los ojos grises de Sui Buzhao se apagó la última vez que salió por la puerta de aquella casa, cabizbajo, tropezándose con sus piernas más de lo habitual. Al cabo de los tres días volvieron a aparecer los milicianos para sellar el edificio. Huizi les retó a que

precintaran el edificio con ella dentro, por lo que dieron marcha atrás, diciéndole que tenía tres días más, pero después de ese periodo de gracia, lo que pasara dejaría de depender de ella. Esa noche se paseó por la casa a la luz de una vela, acariciando las tallas de las repisas de las ventanas y las columnas bermejas lacadas del porche, bajo el alero. A la mañana siguiente le pidió a Baopu que cogiera a sus hermanos y se los llevara a casa de su tío para que pudieran estar más tranquilos. Baopu hizo lo que le pidió, pero nada más llegar a casa de su tío tuvo un mal presentimiento y regresó de inmediato. Cuando llegó, apoyó su frente sudorosa a la ventana para mirar al interior y al ver a Huizi tranquilamente recostada en el *kang*, se retiró a su habitación.

Huizi se levantó y se puso su traje de seda favorito. Se pintó las cejas y los labios, y contempló su reflejo en el espejo durante un largo rato. Luego cogió un cuenco de cerámica que estaba en una esquina de la habitación, y se comió y bebió su contenido antes de regresar delante del espejo, donde se miró mientras se secaba el líquido de los labios. Después de cerrar la puerta y las ventanas, prendió fuego en varios lugares donde la noche anterior había derramado cuidadosamente el aceite. Las llamas se prendieron cuando ella hubo subido *alkang*, y cerró los ojos para esperar, con su hermoso rostro como si fuera la viva imagen de la calma.

Baopu notó un olor extraño y oyó unos estallidos. Al levantar la vista encontró una bola de fuego desprendiéndose de los aleros del edificio principal. Con un grito, salió corriendo de su habitación. Su mente estaba confusa y se precipitó a golpear con locura la puerta de la entrada y las ventanas. Mientras tanto, las llamaradas crecían y el interior se llenaba de humo.

Huizi permanecía serena sobre el *kang*, pero le sangraban los dedos por el esfuerzo a agarrarse a la estera.

Baopu se encaramó al alféizar de la ventana y rompió los cristales, pero no era capaz de entrar en la habitación. Por ese entonces el patio estaba lleno de gente que acudió provista de hachas, palas y cubetas. Unas inmensas llamaradas subieron por la esquina de un alero, que cayó al suelo, esparciendo una lluvia de chispas rojas sobre la pared y las columnas, antes de que un soplido de viento las levantara al aire. La gente corría en busca de cobijo, mientras otros arrojaban tierra sobre el techo.

«¡Mamá! ¡Mi madre está dentro!», gritaba Baopu.

Nadie le oía. Todos corrían de un lado al otro, presos de pánico, también gritando. Vio un hacha en las manos de alguien y corrió a arrebatarla para intentar forzar la puerta, pero la hoja se quedó clavada en la madera. Alguien se le acercó por detrás, le quitó el hacha y abrió la puerta de un golpe. Era Zhao Duoduo, acompañado por otros dos milicianos. Se quedaron a las puertas, observando el escenario en llamas.

«¡Mamá!», gritó Baopu mientras se arrojaba sobre el *kang* y extendía la mano para abrazar a su madrastra. Pero en lugar de abrir los ojos, Huizi rebatió su cabeza contra el *kang*, levantando el cuello y arqueándolo abruptamente.

«¡Mamá!», gimió el chico en presencia de los otros tres hombres.

Zhao Duoduo aún observaba la escena. Se puso un cigarrillo en la boca, pero lo tiró lejos después de la primera calada.

El cuello de Huizi estaba totalmente arqueado, como si estuviera a punto de romperse. Entonces, repentinamente, su cabeza se relajó y todo su peso cayó sobre el *kang*, con el cuello rígido. Sus dedos se hundieron en la estera hasta que quedó hecha jirones, manchada de sangre. Huizi se retorció. Finalmente Duoduo irrumpió en la habitación.

«¡Por favor, por favor, salva a mi madre!», imploró Baopu mientras intentaba sacarla de ahí. Duoduo intercambió una mirada con los milicianos. «¡Una terca reaccionaria, eso es lo que es! Tomó veneno, pero antes de morir, prendió fuego a la maldita casa». Se arremangó y dio luz verde para que los otros retuvieran a Baopu mientras él se acercaba a Huizi. «No voy a dejar que te vayas ni con uno solo de tus vestidos», le dijo Duoduo, empezando a despojarla de su bata de seda, mientras los espasmos de ella eran cada vez más violentos. Tenía la ropa pegada al cuerpo, pero las manos de Duoduo continuaban insistiendo en desnudarla, mientras le insultaba y le golpeaba en la cabeza.

Baopu dejó de llorar y, con los ojos bien abiertos, observó la escena como si estuviera soñando. Al no poder quitarle la ropa, Duoduo encontró un par de tijeras oxidadas y empezó a cortar la tela. Aún retorciéndose, Huizi gruñía cada vez que las tijeras penetraban en su piel, tiñendo la mano de Duoduo con su sangre. Cuando por fin cortó el último hilo, soltó todo tipo de insultos

mientras se sacudía la mano con los dedos pegados por la sangre medio seca.

Con el cuerpo completamente desnudo, Huizi se calmó y finalmente dejó de moverse. Yacía sobre el *kang*, con la sangre coagulada sobre los puntos de corte de las tijeras de Duoduo. Baopu miraba con los ojos desorbitados. Maldiciendo en voz alta, Duoduo resiguió el cuerpo de Huizi, antes de apretar los dientes y seguir soltando más obscenidades a la vez que se iba desabrochando el cinturón.

Moviendo las manos como si fueran un aspersor, Duoduo orinó sobre el cuerpo de Huizi.

Los ojos de Baopu cayeron en la oscuridad. Lo arrastraron hacia afuera justo antes de que el techo se derrumbara. En el patio, el Cuarto Maestro Zhao Bing observaba de pie, con las manos apoyadas sobre las caderas, con aire solemne, cómo la casa desaparecía entre llamas.

## 19

Jiansu estaba sentado en una esquina bebiendo un líquido naranja con pajita. Tomó un buen trago de golpe, pero le costaba sorber la pajilla. Le dieron ganas de tirarla pero pensándolo mejor la volvió a dejar en el vaso, mientras continuaba observando el ascensor parado en la última planta.

Vestido de un tono verde oscuro, se desabrochó la chaqueta y apareció su corbata negra a rayas. Se había acostumbrado a llevar traje con facilidad. Seis meses atrás, cuando pisó la ciudad por primera vez, no tuvo reparo en cambiar drásticamente de apariencia, y pensó que esa facilidad para adaptarse a los cambios era algo innato en los Sui. También se acostumbraría a beber refrescos en pajilla y a frecuentar el Hotel Mundial, un conocido edificio de seis plantas famoso por ser el más elegante de aquella ciudad de provincias. Él aguardaba en el vestíbulo mientras en la sexta planta, donde estaba la sala de baile, estaba la persona a quien esperaba. Un hombre llamado Xiaofan había conducido a Jiansu hasta allí, le había pedido una naranjada y había subido en busca del hombre en cuestión. Apurando el refresco hasta el final, un sonoro sorbido le informó de que el líquido se había terminado y entonces lamentó no haber bebido más despacio. Miró hacia la barra y pensó que no debía ser muy difícil pedir otro, así que se levantó y se acercó. Una hermosa camarera de labios rojos y pendientes largos le lanzó una mirada fugaz. Jiansu se quedó prendado de aquellos ojos que ya no podría olvidar.

Dudó un segundo. «Camarada, otro, por favor». La expresión de ella se congeló al coger el vaso de mala gana, mientras con la otra mano le hacía una señal levantando un dedo. Jiansu sabía que eso significaba dinero, pero ¿cuánto? ¿Un *jiao*<sup>20</sup>? ¿Un *fen*? ¿Un yuan? Pensó que lo mejor sería darle un yuan, y acertó. Cuando la muchacha se acercó a recoger el dinero leyó su

nombre en la tarjeta de identificación de la solapa. Había una foto en color, unas palabras en idioma extranjero y su nombre escrito en caracteres, donde pudo leer: «Señorita Zhou Yanyan». Al alejarse con su bebida fue un poco más astuto. «Gracias, señorita Zhou». La gélida mirada dio paso a una débil sonrisa. De vuelta a la mesa para proseguir su guerra con la pajilla, aminoró el paso al acercarse a una columna de espejos donde se sorprendió al ver su reflejo. Tenía el rostro pálido, pero el traje se ajustaba perfectamente a su cuerpo alto y esbelto. El hombre del espejo se veía relajado y despreocupado, con un aire indómito muy a juego con el ambiente del hotel. Volvió a su mesa con la certeza de que ningún miembro del clan Sui podía aparentar estar incómodo, no importara en qué situación. La pajilla dejó de ser un objeto raro en su boca.

Ni rastro de la cita. Jiansu sabía que debía tener paciencia, que todo en la vida requiere paciencia, incluido viajar de Wali a la ciudad, y llegar hasta el vestíbulo del Hotel Mundial. También fue paciente para, poco a poco, liberarse de los grilletes de Wali. Sui Buzhao fue el único miembro de la familia que no se opuso a su decisión de marcharse para forjarse un nombre. Daxi no paró de llorar. Antes de partir hizo promesas a media ciudad: a Baopu, que no montaría ningún escándalo ni haría nada que fuese ilegal o indecente; a Daxi, que no se olvidaría de ella; a Li Yuming, que no violaría la ley... Y así sucesivamente. Las dos últimas semanas en Wali estuvo ocupado realizando inacabables trámites burocráticos y, ya en la ciudad, continuó igual durante un mes más. Durante los diez primeros días perdió varios cientos de yuanes tratando con los funcionarios de los departamentos de comercio y hacienda, y cuando llegó a la oficina de seguridad pública, los gastos aumentaron aún más. Quería abrir una pequeña tienda confiando en recibir un respaldo desde Wali, pero al final todo quedó en humo. Su segundo obstáculo fue encontrar alojamiento. Las habitaciones que encontraba o bien estaban demasiado lejos del centro o bien eran demasiado caras.

Le pasó varias veces por la cabeza la idea de regresar a Wali y no volver a pisar la ciudad nunca más, pero se obligó a continuar. Dedicaba todo su tiempo y esfuerzo a buscar oportunidades de negocio y no dormía más de cuatro o cinco horas seguidas en el sótano de un hotel. Se sentía como un personaje de novela: un individuo solitario haciéndose rico en la ciudad. La

única diferencia era que él contaba con un variado surtido de documentos, además de algo de dinero del Emporio Wali.

Por las noches vagaba por las calles contemplando las luces de neón intermitentes y el continuo vaivén de bicicletas. Había muchísima gente. Se quedaba parado en la acera, recordando todo lo vivido desde su llegada: películas, salas de baile, restaurantes vegetarianos, patinaje sobre hielo artificial... Había incluso visto una película en tres dimensiones; le dejó boquiabierto. Las calles eran un bullicio constante de vendedores de pepitas de calabaza, pantalones vaqueros, relojes o gafas. Los relojes, todos de importación, apenas valían unos pocos yuanes y eran ligeros como huesos de melocotón. Las gafas eran de muchos colores: rojas, negras, azules, naranjas, rosas... A Jiansu le hubiera gustado comprarse un par de cada color, pero fue paciente. Una vez un muchacho enclenque le apuntó con un objeto parecido a una pistola y gritó: «Cincuenta *fen* y te dejo mirar». Jiansu sacó lentamente los cincuenta *fen* y miró por la pantalla del aparato. Una pareja se besaba y se acariciaba apasionadamente hasta que aparecía un zorro y se abalanzaba sobre su cuello. Le hizo reír. Se acordó de Wali, cuando los ancianos hablaban de los desaparecidos espectáculos occidentales de destape. Bien entrada la noche iba a comer y a beber a la cantina, acompañado por el chismorreo del resto de comensales. Una de esas noches conoció al dueño de una tienda que estaba atravesando por un momento delicado. El hombre había perdido mucho dinero en un negocio de compra-venta de tela y ahora no le alcanzaba para abastecerse de nueva mercancía. Jiansu invitó al hombre y acabó acompañándole ebrio hasta su casa. Quería ver la tienda con sus propios ojos.

El hombre y su esposa, quien dirigía el negocio, vivían en la misma tienda. Estaba bien ubicada en una zona relativamente concurrida, y a Jiansu le pareció que tenía potencial. Entonces le asaltó la idea de asociarse con ellos; esa noche no pudo pegar ojo. Después de descansar un poco durante el día, aquella misma noche volvió a encontrarse con el dueño de la tienda en la pequeña cantina. Hablaron y bebieron hasta medianoche. Jiansu le expuso los beneficios de su posible asociación, le mostró todos sus documentos y certificados, e hizo especial hincapié en cómo su respaldo financiero podría propiciar la expansión del negocio. Sus palabras convencieron al propietario y le prometió hablar del asunto con su esposa. Sin embargo, al día siguiente su

actitud dio un vuelco. Jiansu tuvo que contener las ganas de darle un puñetazo, pero en lugar de eso le invitó a tomar un trago. En esta ocasión el propietario rechazó su invitación, alegando que tenía prisa para ir a los baños. Finalmente Jiansu logró que se sentara para continuar hablando, antes de acompañarle a la casa de baños.

Situada en un pequeño callejón, estaba sucia y abarrotada. Jiansu reparó en las instalaciones y decidió gastarse algo de dinero para llevar al hombre a una piscina pequeña menos concurrida y más agradable. Dejaron la ropa y sus pertenencias, les dieron unas fichas de madera con un número que se ataron alrededor de la muñeca y entraron al baño. El dueño del establecimiento era un hombre delgado, pero con una barriga considerable.

Decidieron fregarse la espalda el uno al otro. Cuando Jiansu hubo terminado con la espalda continuó con el vientre llamando la atención del hombre, quien se quedó mirando a Jiansu creyendo que estaba bromeando, aunque por la expresión de su rostro parecía estar equivocado. Luego, ayudado por la ligereza del cuerpo dentro del agua, Jiansu acomodó al hombre sobre una superficie de cemento para que empezara a fregar su espalda. El dueño de la tienda se enrolló una toalla alrededor de la mano y empezó a frotar la espalda de Jiansu, mientras estudiaba su piel y su compleción. Jiansu dijo fríamente: «Voy a ser tu inversor». La mano se detuvo y Jiansu prosiguió como si diera una orden: «No te detengas. Continúa frotando».

El movimiento de la mano se reanudó y el dueño preguntó tímidamente: «¿Quieres decir que...?».

Jiansu, indiferente, se enjabonó y se lavó las partes íntimas cuidadosamente, antes de responder a desgana: «Tengo una fábrica de fideos en Wali, con delegaciones en otras ciudades. No necesito tu tienda para ganar dinero; solo quiero tener un lugar donde quedarme para disfrutar de la ciudad».

No lo consideró una mentira, pues mantenía la vaga ilusión de que la empresa de fideos le pertenecía por derecho. «Ajá...», murmuró el hombre, mientras su mano se posaba sobre una parte más suave. Se acercó a Jiansu y le frotó la barbilla con suavidad. Jiansu apartó la mano y se levantó. A través del vapor humeante pudo entrever en el rostro sudoroso del hombre una mirada de codicia. Al día siguiente el asunto quedó zanjado y al segundo ya tenía el



contrato (o algo parecido) redactado y la cita con el notario. Al dueño y su esposa les brillaban los ojos, aunque sus manos temblaban mientras intercambiaban sendas miradas, sin saber si estaban firmando para bien o para mal. Acto seguido, después de que Jiansu desembolsara algo de dinero, ambos suspiraron aliviados.

Tras aceptar la oferta de la pareja para vivir con ellos, Jiansu sugirió expandir el negocio incorporando la callejuela que separaba su tienda de la del vecino; con ganas de cambiar el nombre y pintar la fachada, se comprometió a hacerse cargo de todos los detalles, por lo que la pareja no tuvo nada que objetar.

Unos días más tarde Jiansu contrató a un diseñador de interiores para darle un aire nuevo a la tienda. Ahora, encima de la puerta colgaba un cartel en caracteres chinos donde se leía: «Emporio Wali», y encima el nombre transcrito en *pinyin*<sup>21</sup>. Pintaron el marco de la puerta con colores brillantes y pegaron en el cristal una apuesta pareja de baile con unas botas de cuero por las rodillas. Dos días más tarde, el propietario amplió el muestrario gracias al dinero de Jiansu. También sugirió colocar un altavoz a cada lado de la puerta para llamar la atención de los viandantes y finalmente adquirió un equipo de música.

Tras las reformas, los clientes empezaron a llover. Sin embargo, Jiansu no pasaba mucho tiempo en la tienda; prefería seguir vagando por las calles. Cuando aparecía, se encargaba de cambiar los expositores y otros apaños menores que mejoraban sustancialmente el ambiente del lugar. Colocó también unos taburetes de tres patas en una esquina y un cartel donde se leía: «Café». Si alguien pedía un café, la esposa del propietario preparaba una taza de café instantáneo barato desde detrás del mostrador. La mayoría de los bebedores de café eran hombres jóvenes que, o bien sentados en las banquetas o bien apoyados contra la pared, se quedaban sosteniendo las tazas mientras observaban a las clientas con avidez. Al cabo de poco Jiansu contrató a otro diseñador para escribir en originales caracteres púrpura las palabras «Caballero» y «Señora» debajo de la pareja de baile.

Ahora que la tienda había adquirido un aire distinguido, atraía también a clientes distinguidos, los únicos con buena capacidad de consumo. El negocio iba viento en popa. En una ocasión Jiansu estaba en la tienda fumándose

tranquilamente un cigarrillo cuando el propietario, avanzando al ritmo de la música y cargado con una palangana llena de agua, derramó algo de líquido en el suelo. Jiansu se levantó de un salto y gritó: «¿Esas son formas de andar?». El propietario, pasmado, se detuvo en seco y desapareció con la palangana, andando con cuidado. La esposa del hombre se puso roja como un tomate, e incluso Jiansu se sintió avergonzado, consciente de que no hubiera tenido que dirigirse al hombre en ese tono. Mientras daba otra calada a su cigarrillo, recordó que esa misma frase había sido muy popular en el complejo de los Sui, cuando su padre reñía a Baopu porque imitaba los andares de Buzhao.

Jiansu solía frecuentar los puestos del callejón regentados por vendedores que, aunque muy distintos unos de otros, tenían algo en común: todos eran antiguos trabajadores y campesinos que habían perdido su trabajo en las zonas rurales. Vendían principalmente ropa de poliéster, artículos de cuero falso y pantalones vaqueros. No eran productos importados, como Jiansu había creído durante todo ese tiempo, sino falsificaciones locales. Los vendedores conocían todos los trucos del oficio y Jiansu terminó por aprenderlos. Se convirtió en compañero de juergas de uno de ellos. Un día se lo llevó por un estrecho callejón, al final del cual había una especie de carpa. En su interior proyectaban una pelea de boxeo. El público estaba aburrido y no prestaba mucha atención, cuando las imágenes de los boxeadores fueron repentinamente sustituidas por las de un hombre y una mujer desnudos que empezaron a hacer aquello que los hombres y mujeres desnudos suelen hacer. Para Jiansu fue como entrar en un mundo de hadas. Se quedó boquiabierto mirando la pantalla sin pestañear durante una hora, antes de que volvieran a aparecer los boxeadores.

A la salida suspiró profundamente. Tenía la espalda empapada y no volvió a abrir la boca en toda la noche. Después de aquel descubrimiento regresó todas las noches. Fue a partir de entonces cuando empezó a dormir mal y la comida no le sabía a nada. Al verse en el espejo, su rostro había perdido el brillo y su mirada la fuerza, y le vino a la mente su enfermedad. En ese momento empezó a temblar y juró mantenerse alejado de aquel lugar.

Sin embargo, continuaba pasando muchos ratos con los vendedores de la calle. Se fijó en uno de ellos, cuyo negocio marchaba bastante bien. Se dedicaba a vender ropa de segunda mano un tanto extraña. Decidió comprarle

algunas prendas y las revendió rápidamente, obteniendo un buen margen de beneficio. Al ver la facilidad con la que el género salía se propuso localizar al proveedor del tendero, pero todo intento fue en vano. Le pidió ayuda a su amigo de parrandas, y este se limitó a sacudir la cabeza. «Tienes que hablar con Xiaofan. Se dedica a la venta de ropa de segunda mano, pero es muy inaccesible». Tras varias pesquisas, Jiansu se enteró de que Xiaofan trabajaba para una empresa llamada Yihua Sociedad Limitada. Tardó dos meses más en dar con la empresa, que resultó ser una firma de exportación cuyos empleados solían viajar al extranjero. Nadie parecía saber si era una empresa administrada por el gobierno o de titularidad privada. Como si estuviera atrapado en un laberinto, Jiansu permaneció sumido en el caos durante varios días; le dolía la cabeza de tanto esforzarse en encontrar a Xiaofan. Tal vez era normal que Xiaofan fuese inaccesible para los proveedores locales, pero quizá no lo fuese tanto para alguien de mejor posición. La parte más difícil, en realidad, sería establecer una amistad estrecha tras lograr conocerle.

Viendo las cosas desde otra perspectiva, Jiansu se sentía mejor. Tuvo una charla con el dueño de la tienda y le explicó que la única forma de que el negocio prosperara era dirigirlo según su criterio. Aunque el dueño nunca había sido demasiado ambicioso, finalmente accedió a dejar que Jiansu se convirtiera en director general del Emporio Wali. El primer encargo fue imprimir unas tarjetas de visita. Cuando las tuvo entre sus manos, el dueño se sonrió al ver su nombre y su cargo —subdirector— estampados en chino y en un idioma extranjero en el reverso.

Una vez hecho esto, Jiansu se puso su traje y se dirigió, seguro de sí mismo, hacia las oficinas de Yihua Sociedad Limitada, donde tenía cita con Xiaofan. Le entregó su tarjeta y le dijo que estaba interesado en hacer negocios con él. Xiaofan resultó ser un joven refinado de unos treinta años, que reaccionó con entusiasmo forzado ante su oferta. Su primera conversación duró escasos minutos. Antes de que Jiansu se levantara para irse, Xiaofan le entregó su tarjeta de visita. Era de color amarillo, reluciente, con unas líneas plateadas entrecruzadas. Jiansu nunca había visto una tarjeta como aquella. Se detuvo, examinó la cara sonriente de la tarjeta y le costó contenerse para no romperla en mil pedazos y tirarla a la basura. Le temblaba la mano mientras intentaba guardarla en algún lugar y acabó introduciéndola en el bolsillo

interior de la chaqueta.

La primera reunión de Jiansu con Xiaofan debió ser un éxito porque fue la primera de muchas. Tras invitar a su nuevo contacto a un restaurante mediocre y regalarle un reproductor de música, se quedó pasmado un día en el que Xiaofan apareció por el Emporio Wali sin previo aviso. Pidió una taza de café y se quedó mirando la puerta. Al ver a Jiansu, le respondió con una sonrisa y se limitó a dar otro sorbo de café. Jiansu, con la cara ardiendo, miró a Xiaofan de soslayo mientras se acercaba y le estrechaba la mano. «Este establecimiento es muy pequeño, ¿verdad? No es nuestra tienda principal».

Xiaofan le dio una palmada en el hombro. «Lo sé. Somos amigos, así que ¿por qué no me dices de una vez lo que necesitas?». Con las manos en los bolsillos, Jiansu le invitó a pasar a la trastienda.

Después de una conversación larga y distendida, Xiaofan ya estaba a punto de irse cuando Jiansu le pidió que le presentara a su director general. Xiaofan sonrió. «Eres muy ambicioso. Me temo que eso no es posible. Estoy en la empresa desde hace un año y apenas he podido intercambiar unas palabras con él. Pero tal vez pueda ponerte en contacto con el Sr. Yu, su asistente».

«Eso estaría bien», dijo Jiansu.

Todo lo que Xiaofan pudo explicarle acerca del director general fue que, pese a contar con solo diecinueve años, tenía unos conocimientos y una experiencia excepcionales. Jiansu se quedó impresionado por su juventud y quiso saber más. «No preguntes tanto que las respuestas pueden ahuyentarte», sentenció Xiaofan.

Durante los siguientes días, Jiansu insistió varias veces en convenir una fecha para reunirse con el Asistente Yu, pero Xiaofan le aconsejó que tuviera paciencia y esperara el momento adecuado. Mientras tanto, le presentó nuevos contactos y le preparó un lote nuevo de tarjetas de visita, en las cuales añadió una foto en color junto al texto. Cuando todo esto estuvo hecho llegó el gran momento, y Xiaofan se llevó a Jiansu al Hotel Mundial, donde tendrían una breve reunión.

Jiansu continuó con su bebida, consciente de que el hombre que esperaba estaba en la sala de baile de arriba. La señorita Zhou se movía tras la barra y desde donde él estaba sentado podía contemplar su bonita figura. Se acordó de la fugaz mirada que le había lanzado cuando había ido en busca de la segunda

bebida. Una mirada que le había hecho sentir su cuerpo en llamas, una sensación que se alargó durante varios segundos. Naonao había sido, hasta el momento, la única mujer capaz de provocarle la misma reacción. Tomó otro trago, bajó la cabeza y la miró de nuevo. Sabía que les separaba una gran distancia, que había un abismo entre aquella jovencita y él, pero no era un hombre ni cobarde ni débil. En una ocasión Baopu le describió cómo una pantera que, llegado el momento, se abalanza sobre su presa. Solo era una cuestión de distancia.

Estaba ensimismado con sus pensamientos cuando de repente sonó el timbre del ascensor, se abrió la puerta y salió un grupo de personas, entre las cuales distinguió a Xiaofan.

Xiaofan iba acompañado de otro hombre y avanzaban hacia Jiansu, mientras el resto tomaba otra dirección. Supuso que el hombre junto a Xiaofan debía ser el Asistente Yu. «Debería levantarme», pensó. Pero una voz testaruda en su interior le dijo: «No. No seas ansioso. Quédate sentado». Le echó una fugaz mirada. Tendría unos cuarenta años, bien afeitado y con un elegante corte de pelo. Llevaba una chaqueta de cuero negro con un pañuelo de seda de color rojo encendido que asomaba debajo del cuello levantado. Con un atisbo de sonrisa, se acercó a pasos ligeros.

Cuando estaban a cinco o seis pasos de distancia, Jiansu se levantó y sonrió. Xiaofan hizo las presentaciones, el Asistente Yu tendió la mano, apretó la mano de Jiansu con fuerza y la soltó. En aquel preciso instante Jiansu entendió que, con un simple apretón de manos, si uno no es el primero en tomar la iniciativa se convierte automáticamente en el sujeto pasivo. El Asistente Yu había controlado el tiempo, el ritmo y la fuerza. Jiansu forzó una sonrisa y trató de resultar cercano. «Podemos ir a hablar a allí, sí, por aquí». Yu puso su brazo alrededor del hombro de Jiansu e hizo un gesto con la otra mientras avanzaban por la sala siguiendo a Xiaofan. Antes de alejarse, Jiansu hizo un pequeño movimiento del que después se arrepentiría. Se giró rápidamente y echó un vistazo al vaso medio lleno que dejaba en la mesa. Siguiendo su mirada, Yu encontró la bebida y, con una sonrisa de oreja a oreja, le señaló: «Por aquí, señor Sui».

Siguieron por un pasillo de moqueta roja hasta llegar a una pequeña recepción.

Era la habitación más espectacular en la que jamás había estado y pensó que, de no verla con sus propios ojos, no hubiera sido capaz de imaginarse algo como aquello. Con los ojos entrecerrados, miró cada rincón de la sala actuando como si no le impresionara lo más mínimo. El suelo estaba cubierto con una alfombra de felpa de color azul pastel, en la que habían dispuesto una hilera de sofás marrones. No podía decir si el material amarillo de la pared — con un diseño intrincado, pero sencillo— era papel o seda. Los grandes ventanales estaban tapados por un doble cortinaje: una tela era de gasa y la otra de terciopelo grueso. Cuando Xiaofan tiró de un cordón para abrir la cortina, las pequeñas poleas emitieron un agradable sonido al deslizarse. En la pared de enfrente colgaba una concha gigante con un grabado incrustado de la torre de Penglai y en un rincón, lejos del grabado, había una maceta tallada en un tronco de árbol cuyas raíces se entrelazaban alrededor de la base. En un macetero dorado y plateado asomaban unas plantas en plena floración, impregnando el ambiente con su fragancia.

Mientras Jiansu examinaba las plantas, entró una señorita con una bandeja de cerámica y, tras darles una cálida bienvenida, les ofreció una toallita húmeda a cada uno con unas pinzas de bambú. Al pasar la toalla por su cara y sus manos, Jiansu identificó una intensa fragancia a madreselva. La camarera se retiró con una sonrisa y entró otra chica, esta vez cargada con una bandeja con bebidas, naranjas, plátanos y cigarrillos. Se despidió también con una sonrisa. Echando otro vistazo a la sala, se percató de un detalle. Todas las mesas de té, de un tono pastel amarillento, tenían los bordes (donde las piernas rozan con la mesa) curvados. Le pareció un bonito detalle y le recordaron a los hombros de la chica que podaba las zarzas. Notó que le picaba la garganta, se frotó los ojos y volvió a mirar los sofás. Esta vez ya no le parecían tan gigantescos, sino más bien robustos y sólidos, imposibles de levantar de la alfombra. Tuvo la sensación de que nadie en la sala, incluido el Asistente Yu, tenía en casa un sofá como aquellos. ¿Quién podía tener uno de esos? El Cuarto Maestro Zhao de Wali. Yu señaló las bebidas. Jiansu sonrió y, asintiendo, cogió una naranja. Fue Xiaofan quien abrió la conversación dedicando algunos cumplidos al señor Sui.

La reunión duró apenas trece minutos, pero según Xiaofan, el Asistente Yu raramente dedicaba tanto tiempo a ese tipo de encuentros; el tiempo de Yihua

Sociedad Limitada era dinero. Jiansu no se entretuvo y presentó su propuesta de abrir una pequeña delegación de Yihua en el Emporio Wali, en vistas a una futura colaboración más estrecha. Yu sonrió y asintió con la cabeza, pero no le ofreció nada. Se limitó a informar muy amablemente al señor Sui de que podía tratar los detalles de la «colaboración» con Xiaofan. Después de que Yu se marchara, Xiaofan y Jiansu se quedaron en el vestíbulo. Xiaofan pidió una bebida y, un tanto decepcionado, le comentó que le hubiera gustado que mostrara un poco más de iniciativa y carácter. Solo podía ofrecerle unas piezas de ropa de importación. Jiansu sonrió con indiferencia. Xiaofan no supo descifrar el significado de esa sonrisa.

Para Jiansu había sido una victoria rotunda. El clan Sui había estado en declive desde la década de los años treinta y cuarenta, retirándose de las ciudades primero y finalmente del río Luqing. Ahora Jiansu había dado su primer paso hacia adelante, había logrado establecerse de nuevo en una ciudad. Por primera vez en décadas, un miembro del clan Sui volvía a pisar la alfombra de una sala de recepción de lujo.

Conteniendo sus emociones, se enzarzó en una pequeña charla con Xiaofan, aunque de vez en cuando desviaba la mirada hacia la señorita Zhou. En una de esas ocasiones, se encontró con los ojos de la chica. Acto seguido se encendió un cigarrillo y se quedó en silencio, bajando la cabeza para sorber sonoramente la pajilla. Miró a Xiaofan. «Pidamos otro».

Xiaofan se dirigió al mostrador, donde hizo un gesto y se quedó bromeando con la señorita Zhou, hasta que Jiansu se acercó y, con una mano en el bolsillo, le dio un golpecito en el hombro. Su amigo se volvió y sonrió, y le presentó a Zhou Yanyan. Zhou observó con mirada inquisitiva primero a Jiansu y después a Xiaofan. Como si fuera un acto reflejo, Jiansu sacó una tarjeta de visita y se la dio. La chica la miró y, levantando la voz, exclamó: «¡Oh! Director Sui, bienvenido», mientras extendía su diminuta y blanca mano. Jiansu miró su mano y la sostuvo suavemente. Una vez fuera del hotel Xiaofan comentó: «Es bonita, pero demasiado mayor».

El comentario le causó impacto. «Pero ¿qué edad tiene?».

Xiaofan sonrió. «Veinticuatro. Quizá no te lo parezca, pero en esta ciudad ya es una edad delicada. Es la trabajadora de más edad».

Jiansu murmuró una respuesta tratando de no cambiar de tema. Xiaofan le

dijo que antes de llegar a la ciudad, Zhou Yanyan había estado trabajando en la pensión de un condado. Su tío era el jefe del condado, se llamaba Zhou Zifu. Xiaofan decidió abandonar la pensión y trasladarse a la ciudad, seguramente gracias a los contactos de su tío o de un pariente lejano que era jefe de partido de un comité local. En aquellos tiempos encontrar un trabajo en un hotel o restaurante de lujo era complicado para cualquier chica. Jiansu escuchó atentamente, sin mostrar ni un atisbo de la gran sorpresa que acababa de llevarse al descubrir que Zhou Yanyan también procedía de la zona del río Luqing. De repente ya no parecía tan inalcanzable; el abismo entre los dos se había desvanecido.



## 20

El Emporio Wali era el único comercio en la calle con servicio de perforación de orejas, y todo gracias a Yihua Sociedad Limitada, la primera empresa en vender uno de aquellos aparatos a una establecimiento de propiedad privada. En la puerta colgaron un cartel gigante que describía brevemente las excelentes características del servicio. De paso anunciaron también unos aretes chapados en oro de veinticuatro quilates procedentes de los Estados Unidos de América (el mismo modelo que lucía la chica rubia del aparador). Con la música a todo volumen, el interior de la tienda estaba abarrotado de clientes, mientras en la acera esperaban muchachas más tímidas que esperaban a que la tienda se vaciase un poco para poder entrar. Con el explosivo aumento del número de jóvenes que acudían a tomar café, la esposa del dueño empezó a tener dificultades para mantener el servicio, por lo que decidió cobrarlos a diez *fen*. Su marido era el encargado de las perforaciones aunque debido a sus problemas de vista, a diario registraban de cuatro a cinco agujeros descentrados.

Cuando Jiansu estaba de buen humor aparecía por la tienda y se encargaba de atender a las clientas. Manejaba el láser con tal cuidado que todas deseaban caer en sus manos. Tenían la esperanza de que, aparte de perforar sus lóbulos, el rayo trajera también el amor a sus vidas. Después de tocar tantos lóbulos, Jiansu comenzó a sentirse a gusto y seguro estando rodeado de mujeres. Vestido con su traje oscuro, aunque para cada ocasión con una corbata distinta, él y Xiaofan solían frecuentar el Hotel Mundial donde la gentil Zhou Yanyan les servía las bebidas. A la salida Jiansu intercambiaba algunas palabras con ella, pero solo para darle las gracias, mientras estrechaba su mano con suavidad. Con el tiempo empezó a acudir él solo.

Como siempre, la señorita Zhou le traía su bebida y regresaba de inmediato a la barra.

Sorbiendo todo lo que le servía, de vez en cuando daba un vistazo al vestíbulo y cuando sus miradas se cruzaban, se decía: «¡Aquí la tienes!». Un día le regaló un par de aretes chapados en oro de cuatro quilates. Sonrojada, los inspeccionó como si quemaran en sus manos. Parecía que estuviera a punto de decirle algo, probablemente darle las gracias, pero sus labios se cerraron casi tan pronto como se abrieron. Jiansu la miró con los ojos en llamas y pensó que esos labios eran perfectos para besar. Tras el acaloramiento provocado por aquel pensamiento se recuperó rápidamente y le dedicó una leve sonrisa antes de marcharse.

Esa noche mientras vagaba por las calles recordó la primera vez que vio a Zhou Yanyan, y luego la segunda, y la tercera... Sabía que una mujer podía estar soltera aunque estuviera rodeada de muchos pretendientes. Había llegado a la ciudad sin nadie que la acompañara y se debió sentir intimidada por tantas novedades, aunque ocultara su miedo tras su aparente orgullo. Satisfecho con su teoría, sintió que estaba avanzando lenta e irreversiblemente hacia una determinada dirección y, cuando estuviera cerca de su presa, saltaría sin perder ni un segundo. En cada generación del clan Sui salía alguien como él. Era como si Dios, con sus planes pendulares, ofreciera a ese clan honesto y de movimiento lentos un miembro sagaz y vengativo.

Para entonces ya casi se había olvidado de Daxi, de su cuerpo caliente, voluptuoso y fragante, excepto por las noches, antes de acostarse. Lo primero que le dijo cuando le informó de su inminente partida fue, entre lágrimas, que no se enamorara de otra chica. Ella le conocía bien y sabía qué clase de hombre era, pero eso menguó su amor hacia él. Fue un error. Jiansu cerró los ojos y susurró: «En el clan Sui se piensa demasiado en los demás». Se dio la vuelta y se durmió.

Xiaofan demostró ser un verdadero amigo y rápidamente gestionó la entrega de un lote de ropa de importación de segunda mano. Jiansu subió el precio un catorce por ciento y aun así las existencias se agotaron en un abrir y cerrar de ojos. Muy satisfechos, él y el propietario decidieron invertir el veinte por ciento de los beneficios en celebrar un banquete con Xiaofan y el Asistente Yu. Xiaofan recomendó el Hotel Mundial y, aprovechando la

ocasión, además de invitar al Asistente Yu podían invitar a otros reconocidos profesionales del sector para seguir introduciéndose en el mundo de la importación textil, un consejo que Jiansu aceptó de buen grado, en parte por respeto a Xiaofan.

Aunque era la primera vez que los invitados oían hablar del Emporio Wali, pensaron que solo una empresa relevante podía permitirse el lujo de celebrar un banquete en el Hotel Mundial. En la mesa se habló poco de negocios. Uno de los invitados les comentó que había asistido a una ceremonia en honor a un mártir de la guerra, trayendo a colación el conflicto. Jiansu pensó en Dahu.

«No pinta bien —dijo el invitado mientras se rascaba la cabeza y tomaba un sorbo de su bebida—. Mucho peor que cualquier guerra pasada. A mi sobrino le hirieron en la pierna con una mina terrestre y ahora ha regresado a sus estudios. Me habló de la situación en el frente y me contó que tras una batalla campal para recuperar posiciones, solo un soldado regresó con vida, aunque al final también murió. Era de nuestra provincia. De hecho compartía apellido con el aquí presente señor Sui».

El licor se agitó dentro del vaso de Jiansu. «¿Cómo se llamaba?».

«Mi sobrino me explicó tantas cosas que no me acuerdo de los detalles. Además, de todas formas el soldado está muerto».

Jiansu quería saber más, pero Xiaofan levantó la copa y exclamó: «No vamos a hablar de esto ahora. ¡Aquí! Un brindis, todo el mundo».

Jiansu brindó con los demás y tragó la bebida sin ni siquiera probarla. Su cabeza estaba a punto de estallar. «Debía ser algún descendiente del clan Sui», murmuró. Yu le miró e hizo un sonido ininteligible.

Terminada la cena subieron a la sala de baile del sexto piso.

Jiansu se quedó impresionado por el ambiente animado. Sin estar seguro de qué hacer, bajó la mirada y siguió al hombre que tenía enfrente. La esponjosa alfombra marrón tenía el mayor grosor que nunca había pisado. El resto de sus acompañantes se sentaron. Él escogió un sillón aterciopelado situado frente una lujosa mesa giratoria. Sobre la mesa había colocados dos vasos de tubo muy altos, uno con helado de color rosa y el otro con un líquido de color verde claro. También había un plato lleno de frutas en almíbar, pasteles rellenos de fruta, naranjas y plátanos. A Jiansu le llamaron la atención

unas cerezas rojas que tenía delante, pero cuando hizo ademán de cogerlas se acordó de que no estaba solo. Levantó la vista y vio a Xiaofan sentado frente a él, pero ni rastro del Asistente Yu. El hombre que tenía sentado a su lado, ahora con la nariz cubierta con un pañuelo, resultó ser el que había hablado de la guerra. Volvió a pensar en Dahu. Bajó la vista y cuando la volvió a levantar encontró a Yu sentado en un sofá a su izquierda hablando con una muchacha que llevaba un collar; hablaban y se reían, subiendo y bajando la cabeza. Con las cejas delineadas, los labios pintados y pestañas postizas, parecía bastante guapa aunque no podía decir si su belleza era natural o artificial. Xiaofan aplaudía y Jiansu se giró para ver qué pasaba. Miraba hacia la pista de baile, donde un hombre barrigón de unos cincuenta años hacía girar a una chica delgada con minifalda roja. Era una muchacha hermosa de pelo corto. La música venía de una orquesta compuesta por varios músicos, incluyendo un hombre mayor de pelo cano que tocaba el clarinete. El músico tenía un aspecto refinado; parecía como si siempre se hubiera desenvuelto en el mundo de la música. Jiansu lo miró detenidamente y se preguntó si acaso ser músico era una profesión lo suficientemente digna como para consagrar su vida. A juzgar por su mirada, seguramente así fuera.

La pista de baile estaba llena; tras un combo de canciones algunas parejas volvían a sus asientos mientras otras esperaban a que la música sonara de nuevo. Jiansu miró al barrigón. Jadeaba con fuerza, agitando los hombros en cada respiración, pero sin soltar la mano de la muchacha. «Un mal hombre», pensó Jiansu. Seguramente no quería que bailara con nadie más. La música volvió a sonar, pero esta vez la cantante se colocó enfrente de la banda. A cada estrofa ladeaba la cabeza como si dibujara un círculo. Era la viva imagen de la inocencia aunque debía tener unos cuarenta años, más o menos como Xiaokui. En ese momento el Asistente Yu y Xiaofan saltaron a la pista; la pareja de Xiaofan era Zhou Yanyan.

El corazón de Jiansu se aceleró mientras se removía en su asiento, inquieto; atisbó los pendientes de oro de Yanyan y deseó con todas sus fuerzas que supiera que le estaba mirando.

El Asistente Yu bailaba con una chica que llevaba pestañas postizas; se movían tan bien que rápidamente atrajeron las miradas de toda la pista. En uno de sus movimientos la chica pasó la pierna sobre la cabeza de Yu, que se

agachó y torció su cuerpo. Pero Jiansu no les prestaba mucha atención; sus ojos estaban clavados en Zhou Yanyan. Finalmente ella lo vio y le dedicó una leve sonrisa que solo él pudo ver. Se emocionó.

El Asistente Yu y la «Pestañas Postizas» se empleaban a fondo exhibiendo su coreografía, lo que obligó al resto de parejas primero a reducir la velocidad y finalmente a salir de la pista de baile y volver a sus asientos. Distrajeron incluso a Jiansu, cuya mirada ahora alternaba entre Zhou Yanyan y la pareja de baile. Se juntaron, se separaron, rotaron, se cogieron de las manos y giraron a la vez. Doblaron sus piernas y se sonrieron, mientras sus hombros giraban acompasados. De repente se pusieron a bailar de espaldas y al darse la vuelta deslizaron el pulgar uno enfrente del rostro del otro. A Jiansu lo que más le sorprendía era lo bien que coordinaban sus movimientos con el ritmo de la música. Arrancaron suspiros de admiración de toda la sala. Entonces alguien desde algún lugar entonó una canción especial. La voz bien podía ser de hombre como de mujer. ¿De dónde venía aquella voz? La melodía que interpretaba era dulce y encantadora, aunque la letra fuese totalmente ininteligible.

Jiansu escudriñó el lugar con la mirada, seguro de que el dueño de aquella voz se escondía en alguna parte. Comprobando uno por uno los labios de los músicos sobre el escenario, por fin halló al cantante: el clarinetista de cabello cano. Apoyando su instrumento sobre las rodillas, cantaba con una expresión relajada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Jiansu suspiró lentamente.

Era ya tarde cuando salieron de la sala de baile y Jiansu observó cómo la mayoría de los invitados se dirigían a sus coches privados. El hombre que había hablado de la guerra regresó diciendo que su coche aún no había llegado, así que tenía que esperar y Jiansu se quedó con él.

La música seguía sonando dentro de la cabeza de Jiansu. El otro hombre sacó un cigarrillo, le dio unos golpecitos sobre la mesa y al acordarse de Jiansu sacó otro para él. Permanecieron fumando en silencio durante un buen rato hasta que se volvió hacia Jiansu y le preguntó: «¿Cuántos empleados tienes?». Jiansu respondió con otra pregunta completamente distinta: «¿En qué época mandaron a tu sobrino al frente?».

El hombre soltó una bocanada de humo. «Hace dos años, creo. Primero estuvo recibiendo instrucción».

Dahu había partido en la misma época y Jiansu se convenció de que el soldado muerto debía tratarse de él. Sumido en la tristeza, recordó que aquella noche se había quedado bebiendo con su tío hasta altas horas tras recibir la noticia de la muerte de Dahu. Decidió hablar con el hombre con la esperanza de poder esclarecer las circunstancias de la muerte de aquel hijo del clan Sui. El hombre tenía la cara roja, era evidente que seguía bajo los efectos del licor, y pareció no importarle hablar sobre la guerra ya que según le contó, veinte años atrás también él había sido soldado, aunque lamentablemente por ese entonces no hubo ninguna guerra.

«Pero mi sobrino y sus compañeros la han cogido de lleno. Una mina terrestre le voló la mitad de la pierna así que cuando la guerra termine estos muchachos tendrán que lidiar con muchas cosas. Son numerosos los soldados con heridas provocadas por las minas terrestres; no como el enemigo, que sabe dónde están. Mi sobrino y otros soldados tenían que cavar. Las noches eran horribles porque no podían dormir. Cuando oían unos crujidos dentro de la espesura sabían que eran soldados enemigos y empezaban a lanzar granadas de mano. Tras las explosiones, no había ni rastro de los ruidos, pero con la luz del sol rastreaban la zona y no encontraban nada, lo que quería decir que no habían matado a nadie. Solamente en una ocasión encontraron el cuerpo de un soldado enemigo, un adolescente muy delgado con el pelo largo y unas botas con unas suelas tan duras como el acero.

¿Que qué cavaban? Llenaron la colina de agujeros, algunos lo suficientemente grandes como para esconder hasta dos hombres. Permanecían allí dentro día y noche, acunando los rifles. Su mayor temor era que el enemigo cortase las vías de abastecimiento porque entonces estarían acabados; aunque todo el mundo, incluyendo mi sobrino, sabía que pasaría tarde o temprano. Pero no tenían más remedio que permanecer en esas cuevas (los soldados les llamaban «trincheras»). Pues bueno, estuvieron atrapados ahí dos meses, sobreviviendo a base de las raciones del ejército. Primero agujereaban la lata para sorber el líquido y luego, poco a poco, iban sacando la grasa con una cuchara. Pero llegó un momento en que las provisiones se acabaron. Entonces, ¿con qué se iba a alimentar? Con la hierba tierna que rodeaba las trincheras; y cuando se acabó, mascaron los tallos gruesos, como si royeran caña de azúcar. Cuando se desgastaba la parte trasera de los

pantalones les daba la vuelta, dejando la parte trasera delante hasta que también se rompía y entonces ya no había nada más que pudieran hacer. Los codos, las mangas y los hombros también se desgastaban, exponiendo la piel a posibles rasgaduras que más tarde se infectaban. Las heridas supuraban y se convertían en llagas que nunca se cerraban. Así estuvieron durante los dos primeros meses. Si nos hubiera pasado a nosotros nos habiéramos suicidado».

Jiansu contenía la respiración mientras escuchaba atentamente. Dio una calada aprovechando que el hombre había hecho una pausa.

«Pero ellos no lo hicieron; lo único que les importaba era mantenerse con vida y defender las trincheras. Algunas de las heridas infectadas desprendían un hedor terrible. Tenían que limpiarlas, pero no tenían ni agua. Sufrían fiebres altas y alucinaciones. Los que podían moverse recogían las hojas, las masticaban y restregaban la pasta resultante por los labios de sus compañeros, aunque muchos de ellos acabaron muriendo. Esto es lo que había. Algunos de ellos se convirtieron en reproductores de casete, intentando combatir el hambre con la música. Cuando ya no podían hacer nada más para luchar contra el hambre, se arrastraban en busca de cualquier cosa verde que comer. Nunca sabían en qué momento el enemigo podía empezar a descargar su arsenal. Algunos proyectiles desembarcarían sobre las trincheras y enterrarían vivos a los soldados en su interior. Solo con imaginar que vivieron así durante dos meses... Cuando fueron relevados apenas les quedaba un soplo de vida. Sus rostros eran tan horribles que era difícil mirarlos. El pelo, de un color amarillento quebradizo, se les caía a puñados cuando se peinaban. Era como si hubiesen estado enterrados bajo tierra durante años. Sus uniformes eran harapos, como redes lanzadas sobre sus cuerpos. Fue una horrible guerra, inimaginable de no ser vista con los propios ojos. Mi sobrino sobrevivió, así que tal vez viva hasta los cien años. Ahora estudia medicina para salvar a aquellos que no deben morir. Nadie puede salvar a los que están condenados».

Jiansu apagó el cigarrillo repentinamente. «¿Y qué hay del soldado Sui? ¿También estuvo atrincherado ahí durante dos meses?».

«No, no llegó a los dos meses. Estaban en cerros diferentes, así que mi sobrino no sabe dónde estuvo. Le hablaron de él más tarde».

«¿Cómo murió?».

«Su compañía estaba custodiando una posición y quedó atrapado cuando la

batalla se puso fea. La posición había perdido su importancia estratégica, por lo que la compañía trató de regresar al frente. La mitad de ellos murieron en las montañas aproximadamente al cabo de seis semanas. Entre ellos también estaba el comandante de la compañía, quien cayó la primera semana. Muchos murieron a consecuencia de las minas terrestres. Por eso dije que las minas terrestres son terribles. Me contó que Sui era joven, valiente y muy inteligente, y por eso sobrevivió durante tanto tiempo. No sé quién ocupó el puesto del comandante; ya nunca nadie lo sabrá, supongo. Tal vez el joven Sui luchara solo. Imagínate un lugar caluroso y húmedo de vegetación densa y alta donde debe ser muy difícil avanzar.

Una vez muerto alguien halló un trozo de papel en su bolsillo; estaba lleno de números y símbolos que resultaron ser las fechas y lugares de las muertes de sus camaradas.

Sobre el número que simbolizaba el quinto día había un triángulo, probablemente señalando el día de la muerte del comandante. El cuerpo del joven Sui estaba lleno de cicatrices de arma blanca, arañazos y mordeduras. ¡Qué chico! Imagínate cuántos soldados enemigos mataría antes de morir. Un gran soldado, diría yo. No murió de hambre, ni de sed, ni abatido; el enemigo tampoco fue capaz de acabar con él. Siguió avanzando hacia territorio amigo, incluso cuando eso significaba la muerte. Debió ser abatido cuando se encontraba ya muy cerca y perdió las piernas. Así que se abrió camino por la maleza utilizando los brazos para moverse. Clavó los dedos entre las grietas de las rocas, arrastrando sus muñones ensangrentados, pero a escasos cien metros de distancia, encontró el camino bloqueado por los malditos árboles y la hierba alta, y nadie lo avistó para ir a socorrerlo. Se había quedado sin voz a causa de la sed, así que no pudo pedir ayuda. Cuando por fin alguien lo vio estaba a unos cincuenta metros de distancia. Un grupo de soldados corrió hacia él, rifle en mano, en caso de que fuera un agente enemigo. Al darse cuenta de que era uno de los suyos, lo recogieron. Para entonces sus dedos no eran más que huesos, huesos blancos. Murió desangrado al poco de rescatarle, pero al menos murió en nuestro suelo. El soldado era un Sui».

Jiansu dio un puñetazo sobre la mesa sobresaltando a la gente de las mesas vecinas, que se giraron para mirarle.

Les llegó el ruido de un motor de automóvil y entró un conductor. El



hombre se levantó y estrechó la mano de Jiansu, que después de despedirle volvió a sentarse y se encendió otro cigarrillo. Se quedó fumando mientras observaba el gentío disiparse en el vestíbulo. Al levantar la vista encontró a Zhou Yanyan, de pie junto a su mesa. Jiansu asintió. La chica le preguntó si algo andaba mal, pero Jiansu negó con la cabeza. Se quedaron en silencio durante un momento, hasta que se levantó, se despidió y salió del Hotel Mundial.

Durante los días que siguieron el dueño de la tienda y su esposa susurraban en voz baja temerosos de molestar a Sui Jiansu, que parecía muy agitado. El hombre se ocupaba de las perforaciones de oreja, siempre en voz baja, y si las clientas subían el tono, las reprendía arguyendo que se provocarían una infección de oído. Cada vez que entraba una muchacha bonita, el hombre le pasaba la máquina a Jiansu, siempre con la misma excusa: «Tengo que ir al baño». Después de haber perforado los lóbulos de más una docena de chicas bonitas, el humor de Jiansu mejoró y sus piernas volvieron a seguir el ritmo de la música. Cuando llegaba el fin de semana esperaba con impaciencia que apareciera Xiaofan, quien en los últimos meses le había enseñado cosas que en Wali nunca hubiera podido aprender, como por ejemplo utilizar un cuchillo y un tenedor para comer platos occidentales. En Wali imposible, y sin Xiaofan, también. Un fin de semana se fueron al Hotel Mundial. En la barra ni rastro de Zhou Yanyan, así que subieron a la sala de baile, donde se sentaron y observaron a la gente bailar.

Jiansu no apartaba la vista del clarinetista de cabello cano, esperando a que volviera a cantar. Tanto él como Xiaofan se sintieron decepcionados al no encontrar a Zhou Yanyan en la pista de baile. Cuando la música terminó y los bailarines aprovecharon para secar el sudor de sus frentes, algunos de los músicos aprovecharon para levantarse. Algo iba a suceder. La música volvió a sonar, pero esta vez sorprendieron a la audiencia al reconocer todos la canción: la Ópera de Pequín de la Revolución Cultural interpretando el *Ataque al Regimiento del Tigre Blanco*<sup>22</sup>. Como todos conocían la obra, salió un hombre a entonar la letra con fervor. Algunas parejas se levantaron para bailar, incluyendo Zhou Yanyan, que llevaba pantalones vaqueros y una blusa de color rojo intenso. Su pareja de baile era un joven delgado que parecía un poco extravagante. Justo cuando estaba a punto de señalar al hombre, Xiaofan

dejó escapar un grito de sorpresa y le susurró al oído: «Es el Director General».

Confundido, Jiansu se limitó a observarlo. «El que baila con Zhou Yanyan es nuestro Director General». Jiansu estuvo a punto de levantarse para poder observarles mejor. «¿Ese tipo flacucho?». Xiaofan asintió. Con los ojos pegados a la pista de baile, dijo: «Nuestro Director General no suele venir a lugares como este, así que probablemente esté interesado en ella». «¿En ella?», Xiaofan sonrió. «Si Zhou Yanyan está con nuestro Director General, debe ser especial de verdad».

Jiansu se quedó callado con los ojos pegados a aquel joven enclenque, que resultó ser un buen bailarín; Jiansu no podía dejar de pensar en cómo le gustaría romperle la cara. Tomó un sorbo de zumo de naranja, pero ni siquiera notó el gusto. Al cabo de un rato la música terminó. Los bailarines volvieron a sus asientos y el delgaducho se tiró una capa sobre los hombros. Tenía una expresión fría. Solo sonreía de vez en cuando, cuando Zhou Yanyan le susurraba al oído.

Los aretes chapados en oro se mecían en las orejas de Yanyan mientras seguía al flacucho hasta la puerta. Jiansu se levantó de un salto. «Vamos», le dijo. Xiaofan lo empujó dentro del segundo ascensor y llegaron abajo justo a tiempo para ver a Zhou Yanyan salir del hotel agarrada del brazo del Director General flacucho. Un hombre musculoso de mediana edad les abrió la puerta con prontitud inclinando levemente la cabeza antes de salir detrás de ellos. Jiansu miró a Xiaofan, se precipitó a la calle y vio un Crown japonés alejarse mientras su motor rugía a lo lejos. Xiaofan se acercó y le explicó: «El hombre que les abrió la puerta es su chófer. Es una bestia». Fijado en el punto por donde el coche había desaparecido Jiansu parecía no haberlo oído. Al cabo de un rato le preguntó: «¿Qué edad tiene tu Director General?».

«Ya te lo dije: diecinueve». «No es un buen partido», dijo Jiansu sacudiendo la cabeza.

Xiaofan se rio y le dio una palmada en el hombro. «Nuestro querido Señor Sui es demasiado ingenuo».

Jiansu se guardó las manos en los bolsillos y sonrió amargamente. Continuaron bebiendo hasta que Jiansu terminó completamente borracho.

\* \* \*

El Emporio Wali marchaba tan bien que contrataron a dos dependientas. Eran dos adolescentes de buen ver, vestidas de uniforme azul claro. Para la esposa del dueño fue un trago amargo, pero había sido decisión de Jiansu. El primer día aprendieron a preparar el horrible café amargo y el segundo a medir la tela y quedarse con unos pocos centímetros a su favor, para agrado de la esposa del propietario. La máquina de perforación atraía a chicas guapas que, a su vez, atraían a chicos jóvenes que venían a tomar café. Las chicas no estaban totalmente desinteresadas en los jóvenes, así que el resultado final de esa atracción mutua era una tienda abarrotada. Algunos muchachos aprovechaban el reducido espacio para toquetear, levantando algunos gritos en señal de protesta por parte del público femenino.

Como era de prever, un día se desató una pelea y dos tazas de café terminaron en el suelo. La esposa del propietario decidió mediar, pero apenas había dado un paso adelante cuando recibió un golpe en el pecho. Mientras ella gemía de dolor se sembró el caos. Pasaron más dos horas hasta que los clientes no se calmaron y abandonaron la tienda, dejando todo el suelo cubierto de mechones de pelo, saliva y manchas de sangre.

Jiansu dio instrucciones de que todos empezaran a limpiar el local de inmediato a excepción de la esposa del propietario, que se retiró a descansar por la hinchazón del golpe.

Tanto Jiansu como el dueño estuvieron de acuerdo en que necesitaban ampliar el espacio. En el lado derecho de la tienda había un baño público que apenas se utilizaba salvo para alguna urgencia. El dueño y su esposa ya se habían acostumbrado al hedor que desprendía, aunque no así Jiansu y las dos nuevas dependientas. Jiansu vio claro que si conseguía eliminar aquel cuartucho, desaparecería la pestilencia y de paso ganaría algo de espacio. Durante más de un mes realizó todo tipo de gestiones para que retiraran el baño, pero todas fueron en balde. Al final aceptó que necesitaba un apoyo externo con buenos contactos. Pero, ¿quién? Le dio vueltas y más vueltas hasta dolerle la cabeza y llegó a la conclusión que debía hablar con el Asistente Yu. Por mediación de Xiaofan, el Asistente Yu accedió a redactar una breve nota de recomendación pero se negó a involucrar al Director General.

Con la carta en la manos Jiansu volvió a reunirse con varios funcionarios, quienes en una u otra medida le ayudara a conseguir su propósito, lo cual terminó costándole dos o tres cámaras y varios cartones de cigarrillos State Express. Durante el periplo burocrático tuvo una reunión en casa de un jefe de sección donde, para su sorpresa, coincidió con Zhou Yanyan, quien resultó estar emparentada con el hombre. Sin saber que los dos jóvenes ya se conocían de antes, el jefe de sección los presentó. Con los ojos clavados en Yanyan, Jiansu susurró: «Encantado de conocerte», y tendió la mano para estrechar la de Yanyan. Sorprendida y algo incómoda, miró al jefe de sección antes de dar la mano a Jiansu, quien le dio un fuerte apretón mientras le sostenía la mirada. Tras cenar todos juntos en casa del jefe de sección, a la hora de regresar a casa rechazaron el ofrecimiento de acompañarles con el coche y se marcharon juntos.

Caminaron por la acera en silencio. Jiansu se detuvo un momento para encenderse un cigarrillo y Yanyan siguió caminando, lo que le permitió contemplar su espalda. Entonces reconoció que había acertado; era muy atractiva. Dejando tras de sí un rastro de perfume, avanzó lo suficientemente despacio como para atraparla sin esfuerzo. Más adelante se encontraron con un vagabundo revolviendo las basuras. Aquella situación rompió la magia del momento. Yanyan se acercó y vio al hombre metiéndose algo en la boca y masticarlo. Se quedó atónita. Jiansu se le acercó. «¿Qué estás comiendo? —le preguntó—. ¿Tienes hambre?». Sin hacerles caso, el hombre continuó rebuscando y masticando. Permanecieron un rato en silencio antes de abandonar el lugar.

Yanyan se apoyó contra un platanero y dijo en voz baja: «Señor Sui».

El corazón de Jiansu latía con fuerza, pero se esforzó en disimularlo.

«Hacia tiempo que no nos encontrábamos. La última vez estabas divirtiéndote con el Director General y no quise molestarte».

«Señor Sui», volvió a interrumpirle, esta vez más bruscamente.

Jiansu se quedó callado. Cuando ella empezó a llorar se quedó petrificado. Después de un rato Yanyan musitó: «Me engañó».

Jiansu respondió fríamente: «Y te volverán a engañar». Esto la asustó. «¿Quién?». «Yo». Dejando escapar un pequeño chillido, se cubrió la cara y lloró un poco más.

«No, tú no me engañarías. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Me hubiera gustado que las cosas hubieran sido diferentes», y sacudió la cabeza.

Su corazón ya no latía con tanta fuerza. Lanzó el cigarrillo, y la rodeó con sus brazos. Ella dejó de llorar y apretó la cara contra su pecho. Cuando volvió la cabeza para besarla en la frente, su corazón se volvió a acelerar. «Primera meta alcanzada. Bien hecho», se dijo mientras la besaba.

Después de acompañarla hasta su dormitorio, Jiansu le anunció que se quedaría a pasar la noche. Ella no quería y lo amenazó con un cuchillo de cocina. Soltando una carcajada, Jiansu comenzó a preparar la cama. Yanyan echó a correr hacia la puerta, pero Jiansu la detuvo con facilidad e, ignorando sus esfuerzos por deshacerse de sus brazos, la besó hasta que cerró los ojos.

Después de aquella noche fue a visitarla todas las noches y en su primer fin de semana juntos decidieron salir a bailar al Hotel Mundial. Agarrada a su brazo durante todo el trayecto se detenía a cada paso para besarle. «Eres maravilloso», le decía.

\* \* \*

Tras derribar el inodoro, las dimensiones del Emporio Wali se vieron aumentadas. Los trabajadores excavaron unos metros más abajo para extraer toda la tierra putrefacta, surcada por filtraciones provenientes del inodoro, llenaron el hueco con grava y cementaron el suelo. A fin de asegurarse de que todo el mundo se olvidaba de la última encarnación de aquella parte de la tienda, adornaron el nuevo mostrador con unas llamativas rosas. Yihua Sociedad Limitada fue extraordinariamente generosa y les suministró un amplio inventario de ropa importada con un descuento sin precedentes. Mientras tanto, tras llegar a un acuerdo con un vendedor de telas de Wuxi, Jiansu viajó al sur para adquirir un voluminoso pedido de productos baratos con un margen de beneficio estimado de treinta o cuarenta mil yuanes.

El viaje a Wuxi duró cerca de dos semanas y, tras el agotador viaje de regreso, lo primero que hizo fue ir en busca de Yanyan. Ansioso por verla llamó a la puerta con fuerza y después de un breve silencio Yanyan entreabrió

la ventana. «Vuelve a tu almacén. Me he enterado de quién eras en tu ausencia. No volveré a salir contigo».

Aturdido, Jiansu se quedó inmóvil. Su expresión se volvió sombría y los labios se estremecieron al llamarla de nuevo: «Abre la puerta, Yanyan. Por favor, déjame explicártelo». Tocó a la puerta con suavidad, como si la estuviera acariciando a ella, pero no hubo respuesta. Sus ojos se inyectaron en sangre mientras se mordía el labio. Empezó a pasearse arriba y abajo por el pasillo. Se detuvo y llamó de nuevo, esta vez con más fuerza. Gritó su nombre, pero tampoco hubo respuesta, así que reanudó sus pasos. Entonces se paró delante de la puerta, retrocedió unos pasos y, con los ojos desorbitados, se quedó mirando la puerta fijamente. Retrocedió unos pasos y corrió hacia delante, estrellando su hombro contra la madera. ¡Pum! El pestillo de la puerta saltó, y él y la puerta se precipitaron contra el suelo de la habitación.

Yanyan lanzó un grito de pánico y se acurrucó en un rincón. El brazo de Jiansu estaba sangrando, pero sin prestarle atención, se levantó del suelo, se la quedó mirando y con voz ronca le dijo: «Así que me has descubierto, ¿eh? ¡Con que lo sabes todo! ¿Qué sabes, que soy un pobre diablo de Wali, un miembro del desterrado clan Sui? ¿Que antes de venir a la ciudad perdí una licitación? ¿Hay algo más que deba añadir?».

Yanyan seguía agazapada contra la pared, temblando, y negó con la cabeza sin saber qué hacer.

Jiansu lanzaba sus puños cerrados al aire con violencia y paseaba por la habitación levantando cada vez más el tono voz. «Ahora que ya lo sabes todo debes estar satisfecha. Es genial que lo sepas todo, jodidamente genial. Esto es lo que soy. Has tenido mucha suerte de toparte con alguien como yo; alguien que te recoge cuando estás herida, te envuelve en sus brazos y te aprieta contra su corazón hasta conquistarte. Jamás volverás a conocer a alguien como yo. No, no lo harás. Eres una cobarde. Una novata que aún tiene que ver mundo; traidora, desleal y débil. No te importa lo mucho que te extrañé mientras estuve fuera. Y ahora te deshaces de mí así como así. Bueno, por fin lo entiendo. Las chicas como tú están hechas para directores generales como el de Yihua, para hijos de puta.

¿Qué miras? Soy demasiado vulgar para ti, ¿es eso? Sí. Pero es la única manera de que me entiendas. ¿Crees que te he mentado porque no tengo

contactos, porque no tengo dinero, porque solo soy un rufián, un triste campesino? Pues sí, eso es lo que soy, pero nunca he intentado esconderlo. ¿Te embauqué con mi posición, mi tarjeta de visita, mi traje y mis maneras? ¿Quién dice que la gente como yo no puede ocupar ese cargo, tener vistosas tarjetas de visita, llevar buena ropa o comportarse educadamente? ¿Quién? ¿Tú o gente estúpida como tú? Porque a fin de cuentas, ¿tú quién eres? ¿Acaso no renunciaste a un trabajo para venir aquí? ¿Acaso eres tú mejor que yo? Eso es lo que piensas, pero el clan Sui es el mejor. Lee la historia de Wali y sabrás que el hombre que tienes delante es de un clan propietario de varias empresas en grandes ciudades, cuya influencia llegaba hasta el extranjero. Fue un gran clan durante muchas generaciones, y solo en los últimos años acabó reducido y confinado al ostracismo de una pequeña ciudad.

Infórmate y verás. ¡Pero quiero que sepas que cualquier tipo de comparación es jodidamente inútil!

De pie frente a ti tienes un hombre solitario, sin amigos ni familia; lo único que tienes que hacer es mirarle detenidamente. Mírame a los ojos y verás que no hay nada que pueda esconderse ante ellos. Ven el camino con claridad, en días nublados y noches oscuras, y te llevarán a buen puerto. Mira mis brazos y mis manos. Son tan fuertes que nadie los puede vencer y lucharán para que ocupes una buena posición en el mundo. Este hombre llegó a la ciudad sin nada más que su coraje y su fortaleza. ¿Son estas las manos de un hombre cobarde? Estás tan ciega que solo ves lo que tienes enfrente. Nunca podrás entender a un Sui.

El clan Sui ha sufrido tanto que no abrimos nuestros corazones a las mujeres a la ligera. Pero ahora he abierto el mío para ti y no puedes lastimarlo así. ¿De verdad crees que puedes herir a alguien del clan Sui tan fácilmente? Si es así, estás muy equivocada. Eres mía, ¿lo sabías? Eres tonta y vanidosa, así que cualquier hijo de puta puede herirte y hacerte llorar. Yo nunca te abandonaré porque somos dos campesinos vagabundos que compartimos el mismo destino.

Pensé que te protegería, te daría una buena vida y te mimaría para el resto de tu vida. Yo puedo hacerlo, pero otros no pueden, ni siquiera ese bastardo. Es un depravado, por eso está en los huesos. ¿Cómo va a tener ningún derecho sobre ti? Pero yo sí. Pretendes abandonarme, pero si quieres que me vaya,

tendrás que insultarme. Eres cruel. Tu cara bonita puede hacer que los hombres se rindan a tus pies, pero los destrozas, sin importarte que se desangren. La mejor pareja para una mujer como tú sería un hombre despiadado, que primero te hace creer que le tienes en tus manos, pero al final te mata y escupe sobre tu cuerpo antes de alejarse. Pero yo no puedo hacerlo porque te amo. Solo he amado a dos mujeres en toda mi vida; a Naonao —por supuesto, tú no la conoces— y a ti. Si me amenazas con un cuchillo lo partiré en dos, pero jamás te haré daño».

Mientras seguía hablando, se iba acercando a Yanyan, quien vio su rostro empapado en sudor. Ella gritó varias veces y levantó las manos como si fuera a rendirse y después las cruzó sobre su pecho. Jadeaba en busca de aire y sus hombros estaban entumecidos cuando de repente gritó: «¡Basta, Jiansu!».

Levantó otra vez las manos, se puso de pie, rodeó su cuello con los brazos y comenzó a besarle. Le empapó el cuello con sus lágrimas antes de desembocar de nuevo en la boca.

Jiansu no la detuvo, pero apartó ligeramente su brazo herido. Entonces le acarició el pelo y la apartó a un lado. «No te apresures en cambiar de opinión. Tómate tu tiempo para pensar las cosas mientras yo voy a echar un vistazo a la tienda. Te esperaré allí, pero si crees que es mejor que nos separemos, no hace falta que vengas. Yo no vendré más por aquí. Bueno... antes de irme primero tendré que reparar la puerta».

El Emporio Wali estaba de fiesta. Los nuevos productos de Yihua habían disparado las ventas. Varios vendedores amigos de Jiansu hacían cola para comprar grandes lotes de ropa de segunda mano de importación. Ahora el propietario de la tienda y su esposa llamaban a Jiansu «nuestro gerente», pero él estaba demasiado pendiente de la posible aparición de Yanyan como para hacer caso de sus elogios.

El propietario de la tienda solía cuchichear al oído de las dependientas, sonrojándolas y provocando sus risas y cuando su esposa no estaba delante, incluso les daba algo de propina. Un día le habló muy entusiasmado sobre la celebración de un discurso de oratoria donde los concursantes debían recitar vocablos modernos y con un premio de varios cientos de yuanes. El hombre intentó convencer a Jiansu de que participara pero este respondió con una media sonrisa, mientras pensaba ansioso en la aparición de Yanyan.



Al cabo de pocos días un grupo de extranjeros, algunos ataviados con sombreros de ala ancha, irrumpió en la tienda ahuyentando a toda la clientela. Exigieron hablar con el director y ver los libros de contabilidad. Todo el mundo, incluido Jiansu, se quedó aturdido. Habían venido para confiscar las prendas importadas alegando que se trataba de mercancía ilegal revendida a otros comerciantes. La ropa sería destruida y el Emporio Wali multado. «¡Esto es un error!», fue lo último que gritó la esposa del dueño antes de desmayarse.

Revolvieron la tienda de arriba a abajo ante la atónita mirada de las dependientas, que no sabían qué hacer. Jiansu intentó explicarse, pero hicieron caso omiso. Desesperado, fue en busca de Xiaofan, quien le explicó que no podía hacer nada por él porque había sido despedido. Entonces se dio cuenta de que estaba atrapado; se dejó caer al suelo y se quedó mirándolo fijamente.

Todo se había esfumado de la noche a la mañana: Yanyan, el negocio e incluso el capital inicial. «Me han dado un golpe bajo —se repetía mientras daba vueltas por la tienda—. Un golpe bajo». Entre llantos y mocos, el propietario y su esposa culparon a Jiansu por el desastroso vuelco de los acontecimientos. Una noche a la salida del trabajo el propietario le agarró por la solapa y con los ojos todavía rojos, le gritó: «No puedes huir y dejarnos así como así. Has arruinado mi pequeño negocio».

Jiansu enganchó al hombre por la muñeca y lo tiró al suelo. «Tú, ¡cerdo estúpido! Firmamos un contrato ante notario, ¿dónde crees que voy a ir? Eres un cerdo estúpido». Y desapareció airado mientras se sacudía las manos como si se hubiesen ensuciado.

Era ya tarde y las estrellas brillaban en el cielo. Vagando por las calles sorteaba los lugares más concurridos mientras seguía avanzando, luchando contra el impulso de ir en busca de Yanyan. Sin darse cuenta, se encontró delante del platanero donde la besó por vez primera. Se quedó quieto, con los ojos cerrados y murmuró: «Un golpe bajo». Una sombra se movió en la oscuridad. Era el vagabundo que se habían encontrado en el camino de regreso. Se inclinó para hurgar en la basura y al cabo de poco empezó a roer algo. Jiansu se aproximó y le preguntó: «¿Cómo puedo devolver el golpe?».

El ruido de la sombra masticando se hizo más fuerte, como si fuera la respuesta a su pregunta. Jiansu se alejó, pero esta vez puso rumbo hacia la zona comercial donde observó con indiferencia a los vendedores pregonando

pantalones vaqueros, pipas, castañas azucaradas y pornografía a cincuenta *fen*. Sin darse cuenta se encontró en medio de una plaza abarrotada donde una gran pancarta de color rojo anunciaba: «Concurso de Oratoria Moderna». Levantó la vista hacia el podio y vio un sudoroso participante recitando una ristra de palabras. Jiansu se acercó para oírle mejor.

De repente, una corriente cálida de sangre subió por su pecho, y la ansiedad y la ira se transformaron en un deseo impulsivo de pelear y, en caso necesario, de matar. Entendió la dinámica del concurso al momento. El vencedor sería aquel que utilizara el vocabulario más sofisticado. Rellenó un sencillo formulario, pagó la cuota de participación de cinco yuanes y aguardó su turno. Tras desfilas tres participantes más, se hizo el silencio. Ya arriba en el podio, Jiansu hizo un barrido auscultando la audiencia con su intensa mirada. Entonces empezó a recitar los términos que había aprendido desde su llegada a la ciudad. Usó aproximadamente mil doscientas palabras, desechando las menos populares. Cuando los veinte minutos llegaron a su fin bajó del podio empapado en sudor. Alguien del jurado con una calculadora anunció el resultado: Sui Jiansu fue coronado campeón tras haber utilizado más de mil cien términos nuevos en veinte minutos, seiscientos de los cuales incluían el vocablo «información».

La multitud aplaudió al campeón, quien serenamente aceptó los trescientos yuanes envueltos en una cinta roja y se retiró, completamente exhausto.

De vuelta al Emporio Wali Jiansu se encontró con Yanyan en la puerta. Al verla se detuvo en seco; se quedó tan parado que se le cayeron los trescientos yuanes de la mano.

Fundiéndose en un fuerte abrazo, empezaron a besarse delante de todos. Las dos dependientas corrieron a esconderse detrás de la maceta del rosal, mientras el propietario y su esposa miraban hacia el suelo, incapaces de apartar su ferviente mirada de los engalanados trescientos yuanes.

## 21

Después de la adjudicación de la fábrica, Wali se quedó sumida en una profunda crisis. Primero fue la irrupción del automóvil de Zhao Duoduo, que surcaba las calles del pueblo cual cerdo patiocorto para sorpresa y alarma de todos los viandantes. Después apareció la «funcionaria» de Zhao, una muchacha procedente de la riba oeste del río y cuya extraña vestimenta no dejaba de generar polémica. Y para terminar el equipo de prospecciones geológicas extravió un bote de plomo, que resultó contener una pequeña cantidad de material radiactivo utilizado para realizar unas tareas de inspección. Cuando se percataron de la pérdida se apresuraron a contactar con el Departamento de Seguridad Pública y solicitaron la colaboración del comité local, que se encargó de difundir un aviso público alertando de la naturaleza letal de la sustancia. En caso de que cualquier desprevenido la utilizara, los efectos de la radiación podrían provocar severas deformidades durante generaciones. En una asamblea pública celebrada de urgencia, el secretario del condado Ma y el secretario local Lu Jindian solicitaron la colaboración ciudadana para localizar el bote.

Li describió los efectos nocivos del producto de forma concisa y explicó que aunque se arrojara en un pozo, se enterrara o se escondiera en un pajar, los efectos de la radiación permanecerían activos durante un largo periodo de tiempo, causando todo tipo de enfermedades raras. Sin embargo, pese al aviso y la reunión, el bote seguía sin aparecer. La preocupación y la ansiedad se cernieron sobre la ciudad como oscuros nubarrones, arrancando los lamentos y los suspiros de los residentes. El más afectado de todos fue Li Zhichang, quien tras un largo periodo de indecisión por fin se había vuelto a volcar en la automatización de la fábrica. Los engranajes dorados que hasta ahora solo

habían girado en su cabeza se trazaron por primera vez sobre el papel, luego se materializaron en madera, y finalmente se transformaron en auténticos rodajes de hierro fundido pintados de color verde. El Técnico Li y Sui Buzhao prestaron su asistencia durante todo el proceso, pero el complejo trabajo de montaje e instalación tuvo que ser pospuesto a raíz de la desaparición del bote. Sui y Li eran incapaces de manipular e instalar los engranajes por sí solos, así que los días empezaron a pasar mientras la búsqueda del dichoso bote se prolongaba; Sui maldijo a quien fuera que lo hubiese escondido. Al cabo de poco Li Qisheng cayó enfermo y Li Zhichang tuvo que abandonar el proyecto definitivamente para poder cuidar de su padre.

Sui Baopu mantenía su antiguo empleo como molinero para el Consorcio de Producción y Comercialización de Fideos Wali. Por aquel entonces además de compartir el malestar general Baopu también estaba preocupado por Jiansu. Poco después de llegar a la ciudad le había enviado una breve carta explicando que todo marchaba bien e informándole sobre su intención de regresar pronto. Se despedía mandando saludos para todos. Sin embargo, ya habían pasado muchos meses y no había vuelto a recibir más noticias de él, ni qué decir de haber venido de visita. Antes de que Jiansu se marchara Baopu le advirtió repetidas veces que no se metiera en líos y Jiansu había dado su palabra. Ahora Baopu temía que Jiansu se hubiera limitado a seguirle la corriente y no le hubiera hecho caso.

La fábrica de fideos había cambiado de nombre, pero el molino y la sala de procesamiento seguían igual que siempre. Los principales cambios introducidos por el nuevo Consorcio habían consistido principalmente en la cada vez mayor afluencia de visitas a la fábrica, acompañada de los correspondientes banquetes organizados en su honor, y en el proyecto de ampliación de las dependencias mediante la adquisición del solar contiguo, para el cual Duoduo ya había conseguido otro préstamo de varios cientos de miles de yuanes.

Por lo que se refería al automóvil de Zhao, resultó que el conductor encargado de trasladarlo hasta Wali desde la ciudad debía regresar para seguir cumpliendo con su trabajo, pero Duoduo insistió en contratarle a cambio de un sueldo superior. En sus ratos libres Duoduo tomaba clases de conducción alegando que era preciso que todo «gran empresario» supiera conducir.

Un día pasaba Baopu cerca del antiguo templo cuando de repente se le acercó Duoduo montado en su coche y le invitó a subir. Una vez dentro Duoduo declaró irónico que sería un honor para él hacer de chófer del señorito Sui y que, en caso de sufrir un accidente, su muerte sería menos trágica si contaba con su compañía. Acto seguido pisó el acelerador y el coche salió disparado dando bandazos ante el rostro pálido del conductor recién llegado, quien se quedó plantado en medio de la explanada gritando las instrucciones a pleno pulmón. Con la mandíbula apretada, Duoduo arañaba el volante y las palancas mientras el coche se dirigía a toda velocidad hacia una sección derrumbada de la muralla. A Baopu le sobrevino un terrible mareo. El coche dio un salto y frenó de golpe cuando Zhao pisó con las dos piernas las palancas de la parte superior. Se quedaron a un par de metros de la muralla. Con una risa nerviosa Zhao exclamó: «Si no te comportas, te mataré». Unos gotones de sudor bajaban por su frente. Miró a Baopu, que ya más sosegado tenía los ojos clavados en la muralla y le dijo: «Eres más difícil de tratar que tu hermano».

\* \* \*

A partir de medianoche era muy frecuente ver el trajín de almidón adulterado por la sala de procesamiento. Baopu sabía que a raíz de la visita de los inspectores Zhao Duoduo se había vuelto aún más descarado, utilizando mezclas con almidón en mal estado. Solo de pensarlo sentía rabia y le preocupaba que la reputación de los Fideos Dragón Blanco saliera malparada de forma irreversible. Después de un tiempo no pudo aguantar más y se fue a ver al secretario del partido Lu Jindian, quien encajó la mano de Sui mientras decía no recordar haberle visto nunca en la oficina del comité local.

«Tal vez sea porque soy del clan Sui, pero me preocupa que en manos de esta gente, la industria de los fideos se derrumbe. Hoy estoy aquí no porque de repente me haya armado de coraje, sino porque estoy preocupado».

La cara de Lu se iba ensombreciendo mientras le observaba desde la distancia, antes de finalmente responder: «El comité local ya ha intentado pararle los pies a Zhao Duoduo en diversas ocasiones, pero siempre sin éxito. Alguien de arriba le está protegiendo. Cuando llegó el secretario del condado

Ma hace ya tiempo, le pusimos al corriente de todo y dio instrucciones de que nos mantuviéramos firmes e ignoráramos las evidencias de que Zhao gozaba de protección, ya fuese en la ciudad o a nivel de condado. “No debemos retroceder —dijo—, porque es crucial para nuestra reputación internacional”. Nos ordenaron que preparáramos el expediente». Li se detuvo y golpeó el escritorio. «Algunos de estos hijos de puta deben estar ciegos. ¿Y a mí qué si es un jefe del distrito? ¿O si es un representante del comité central? No me asustan. Mientras sea miembro del Partido Comunista, ¡no voy a dejar de luchar contra esos hijos de puta! ¡Me niego a creer que no haya nadie dispuesto a enfrentarse a ellos!».

\* \* \*

Sui Baopu dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a estudiar la contabilidad de la fábrica, moviendo las cuentas del ábaco sin descanso. Comprendió que su hermano tenía razón cuando le dijo que había esperado demasiado tiempo en revisar la cuentas. La flauta del Chiflado era lo único que podía sacarle de su escritorio para salir al patio, donde se quedaba contemplando a su alrededor sin ganas de volver a entrar. Ahora la melodía sonaba alegre, sin reservas, incluso con una pizca de libertinaje; eso le irritaba tanto que le daban ganas de ir a buscar aquella maldita flauta y partirla por la mitad. Solo por las notas presentía que Xiaokui se estaba marchitando, con las ojeras cada vez más profundas, mientras Leilei, con su ropa harapienta, correteaba descalzo a su alrededor. En noches como aquella no era capaz ni de trabajar ni de dormir y a la mañana siguiente lo único que le apetecía era encontrarse con ellos. Recorría todos los lugares donde pensaba que podían estar, pero siempre sin éxito. Pasó mucho tiempo hasta que finalmente coincidieron, y los encontró justo como se los había imaginado. Ella parecía demacrada y llevaba su larga cabellera descuidada. Leilei tenía la mirada apagada y parecía haber encogido. Xiaokui estaba comprando unos dulces para el niño y al ver a Baopu dio media vuelta y se alejó. Él la detuvo. «Deja que vea a Leilei».

«Su padre le está esperando en casa», repuso ella.

«Has adelgazado», le dijo. Ella sonrió fríamente y se alejó con el niño en

brazos.

Cuando Sui Buzhao estaba con Baopu, no hablaba de otra cosa que no fuera el bote de plomo. Temía que cuanto más tiempo estuviera desaparecido, más difícil sería encontrarlo. Seguramente pasaría una década o más antes de hallar su paradero, cuando alguien diera a luz un bebé deforme. Como ya era viejo y probablemente no viviera para contarlo, le pidió a su sobrino que se encargase de visitar a todos los recién nacidos de la ciudad. Tras agotar el tema, Sui Buzhao empezó a hablar de su amigo Li Qisheng. «Esta vez no lo va a superar —dijo con un suspiro—. Es el pronóstico de Guo Yun. Tiene el mismo problema de siempre, pero antes aún podía subirse al *kang* por sí solo y rodar sobre la estera; ahora ya no se puede mover del *kang*. Sé que sus fuerzas se están extinguiendo, como una vela que se apaga. Cuando un hombre que sufre demencia ya no tiene fuerzas ni para comportarse como un demente, es que ha llegado el final. El último héroe de Wali está a punto de abandonarnos».

Después de mencionar a Li Qisheng, Sui Buzhao dejó de prestar atención y solo recuperó el interés en la conversación cuando Baopu mencionó a Jiansu. «¿Alguna noticia? —preguntó—. ¿No? Bueno, eso es buena señal. Yo, cuando zarpé, nunca les escribí a los de casa. Uno va por su cuenta y se forja un nombre por méritos propios antes de volver a visitar a sus parientes y amigos; así es como se gana el respeto. Conozco esa ciudad. En cada esquina hay vendedores de tentempiés, chicas guapas y espadachines en busca de dinero. Yo conocí a una hermosa joven de unos veinte años, con unas manos y unos pies grandes. Era encantadora. Todavía puedo acordarme de su cara, pero no de su nombre. Era algo así como Chu'er».

Baopu cortó a su tío, se acarició la barba y, abriendo y cerrando sus ojos grises, le preguntó: «¿Ya has visto a la “funcionaria” de Zhao Duoduo? El hombre tiene un gusto digno de admirar. ¿Cómo alguien como él ha podido encontrar una cosita tan linda, con esas manos y esos pies blancos y delicados? Y ese contoneo al andar, y esas piernas, esas largas piernas. Si fuera diez o veinte años más joven le iría a la zaga».

Llegados a este punto, Baopu se levantó y le pidió si podía acompañarle a visitar a Li Qisheng.

\* \* \*

Siempre que Zhao Duoduo hacía sus rondas por la sala de procesamiento iba acompañado de su «funcionaria», que le seguía jadeando detrás con todas las miradas puestas en su persona. Vestida con una blusa de seda roja remetida dentro de unos pantalones desgastados ajustados, todos los que se cruzaban con ella se quedaban pensativos. Zhao examinaba los fideos, preguntaba por la cantidad de almidón utilizada en aquel turno, o indagaba sobre la calidad de la leche de judías. Cuando tenía su respuesta se daba la vuelta y susurraba algo a la funcionaria. Una vez cuando el hombre de tez morena encargado de golpear el colador vio a la chica, empezó a gritar: «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!». Zhao lo miró y gruñó: «¿Tienes algún problema? ¿O quieres que te quemé con unas tenazas ardiendo?». Eso arrancó las carcajadas de todos los presentes. Cuando la chica preguntó por el motivo de las risas, Zhao respondió: «Se ríen porque les he dicho que voy a quemar a su gusano». La chica se encontraba junto a Daxi, quien le dio un codazo mientras lavaba los fideos.

Entonces la chica se apartó acercándose a Naonao, que estaba trabajando en silencio junto a un cuenco de agua caliente. Tan pronto como la muchacha se dio la vuelta, Naonao salpicó su trasero respingón con un poco de agua. La muchacha se apresuró a salir de la sala siguiendo los pasos de Duoduo. Apenas habían atravesado la puerta cuando empezó a quejarse por el comportamiento de los trabajadores, pero todo lo que obtuvo por respuesta fue: «No les hagas caso, son una panda de sinvergüenzas». Continuaron andando hasta el molino. En su interior estaba Baopu, quien ni se levantó. «Este es el señorito del clan Sui», le presentó Zhao.

La chica tendió su mano y Baopu la estrechó. Ella sonrió. «Ya entiendo por qué le llaman señorito —le dijo a Duoduo—. Está mucho más civilizado que el resto».

«Es algo bueno que tiene». Zhao se acercó a la cinta transportadora y estrujó algunas judías con sus dedos. Al marcharse Baopu, se quedó prendado de la muchacha.

Esa noche, mientras movía las cuentas del ábaco, notó una sensación de ansiedad que nunca antes había tenido. Estaba en medio de una operación y mientras avanzaba en el cálculo cayó en la cuenta de que estaba usando el



ábaco de su padre. Las dos contabilidades parecían estar relacionadas. Se levantó y se quedó inmóvil, con la frente empapada en sudor. Conforme fue cayendo la noche se sintió más y más cansado así que, como de costumbre, se fumó un cigarrillo y se sentó a leer el librito de tapas plastificadas. Ya tenía las puntas desgastadas y las páginas estaban llenas de sus anotaciones en tinta roja; eran algunos pasajes que no habían entendido en la primera lectura. Tras la segunda lectura discrepó con algunas interpretaciones iniciales, seguramente porque la primera vez no había comprendido bien algunas partes.

Había un pasaje que el mes pasado había releído tres veces y quería analizarlo una vez más. «La burguesía a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?». Como en las otras ocasiones, le pareció conmovedor.

Contrastando «apenas con un siglo de existencia» con «todas las generaciones pasadas juntas», tenía la sensación de que los dos autores habían realizado un profundo análisis comparativo. Podía ver que oculta en aquel fragmento, se escondía una explicación aún más importante y más compleja. Agitado por la ocurrencia dejó el ábaco de lado y se centró en la idea del sometimiento de las fuerzas de la naturaleza y su paralelismo con Wali. En cuanto a la «adopción de maquinaria», el viejo molino había sido automatizado apenas dos años atrás. Wali no podía declarar ningún ejemplo de industria química, pero en lo que se refería a la «navegación a vapor», el uso realizado había sido de carácter intensivo. La ciudad, obviamente, no guardaba relación alguna con los ferrocarriles, pues no llegaba a más de cuatro el número de personas que habían visto un tren en su vida. Wali también carecía de acceso al telégrafo, un aparato que no aparecía entre el equipamiento de la oficina de correos. Según Baopu todos estos elementos

hubieran tenido que estar presentes en la ciudad desde hacía mucho tiempo, pero no era el caso y por lo tanto aún eran difíciles de concebir. Aquí aparecía el dilema de Baopu: el contenido de aquel libro era tan complejo que tenía que aceptar la posibilidad de que quizá nunca lo llegara a entender, aunque estuviera decidido a seguir intentándolo. Cogió una cerilla con las manos temblorosas y volvió a encenderse el cigarrillo que se había apagado. Luego, pasando a la otra página, buscó otro pasaje que había leído y entendido: «No hay cosa más fácil que dar un tinte socialista al ascetismo cristiano. ¿Acaso no combatió también el cristianismo la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿Es que no predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la Madre Iglesia?».

Se quedó mirando el pasaje, su reacción habitual cada vez que llegaba a esta parte del texto. Se había preguntado en varias ocasiones si acaso no se oponía fuertemente a la propiedad privada. Sí, lo hacía. ¿Qué había de su actitud hacia el matrimonio y el Estado? Era difícil de decir. ¿Le habían surgido algunas dudas acerca de la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la Iglesia Madre? ¿Había tenido algún pensamiento pasajero? ¿O quizá había insistido tanto en el tono externo que había diluido o alterado la esencia? ¿Cuál era la respuesta?

Baopu examinaba estas preguntas con un sentimiento de desapego, pero cuando no hallaba la respuesta, su frente se empapaba en sudor. Cada vez que exploraba sus pensamientos, sentía un dolor punzante en el pecho, como si las preguntas hubieran llegado hasta lo más hondo de su alma, lo que le obligaba a enfrentarse al dolor, a angustiarse y a disfrutar. Necesitaba examinarlo todo, incluidas las pautas de comportamiento y los procesos. Se acordó de la larga conversación que tuvo con Jiansu la noche antes de que partiera a la ciudad; hubo recuerdos, reafirmación, autocrítica, incomprensión y miedo. La vida seguiría adelante y la charla de esa noche continuaría...

Cuando empezó a sentir un zumbido dentro de su cabeza, cerró el libro y salió fuera, donde encontró la frescura de la agradable brisa nocturna; luego miró hacia la ventana iluminada de Hanzhang, justo cuando la estaba abriendo para mirar las estrellas. Le hubiese gustado hablar con su hermana en una noche como aquella, pero decidió no hacerlo.

\* \* \*

El negocio de Zhang-Wang atravesaba tiempos difíciles. Por alguna razón, la gente de la ciudad parecía haber perdido el interés en el Emporio Wali, cuya cuba de licor no se había llenado en semanas. Añadió el doble de cáscara de naranja, pero no sirvió de nada. Los ancianos, que antes aparecían puntualmente al percibir el aroma del licor, habían dejado de venir, y ella se preguntaba si tenía algún sentido abrir a la hora de siempre para después esperar detrás del mostrador sin hacer nada.

Sui Buzhao, su único cliente habitual, aparecía en momentos como aquel, ganándose su eterna gratitud. Compartían alguna copa que devolvía una pizca de brillo a los pequeños ojos grises de Buzhao. En una de esas ocasiones cerraron la puerta y colgaron un letrero donde se podía leer: «Cerrado por inventario». De esa manera podían seguir bebiendo sin preocuparse por si les interrumpían. Entonces ella le dio un golpecito en la frente y le dijo: «¿Todavía eres bueno en eso?».

«Soy bueno, pero no soy rival para el Cuarto Maestro».

«Puedo dar fe de ello. Pero parece que ha perdido el interés en mí», dijo con una risita.

Antes de irse, le dio cinco dulces como muestra de gratitud. Buzhao se comió tres de golpe, lamentándose de que el sabor no era tan bueno como recordaba, cosa que no le hizo ni pizca de gracia a Zhang-Wang. Nadie se había quejado de sus dulces cuando era joven y bonita. Deseando no haber sido tan sincero, Buzhao se disculpó y le aconsejó que no cerrara la tienda, pues si el negocio había disminuido seguramente fuese debido al maldito bote. Además, el automóvil de Zhao Duoduo y la curiosa vestimenta de la funcionaria también habían alterado a todo el mundo, pero ya se les pasaría. Según tenía entendido, el equipo técnico de prospecciones había recibido un cargamento de detectores enviados desde la ciudad, así que encontrar el bote y el ladrón era solo cuestión de tiempo.

Le hizo una señal con ambos dedos índices como si fueran pistolas. «Esas cosas son como pistolas. Tras barrer la zona, hacen un pitido —piip-piip—, pero si detectan el bote, empiezan a chillar como si fuera un conejo —jii-jii-jii—, cada vez más rápido, hasta que el hocico del aparato señala el

lugar preciso donde se esconde el bote».

Después de la jornada de «inventario» se iniciaron los preparativos para revolver la ciudad de arriba abajo. Los ánimos de los vecinos alcanzaron su punto máximo. Todo el mundo había salido de casa, obstruyendo las calles sin dejar transitar el coche de Zhao Duoduo, quien no tuvo más remedio que desplazarse a pie, seguido unos pasos atrás por su funcionaria. Todas las miradas seguían a la muchacha. El Técnico Li recorría las calles acompañado de un grupo de hombres equipados con contadores de Geiger, con Sui Buzhao en la cola. En cambio, Li Zhichang, con su padre en un estado muy delicado, se perdió el acontecimiento. Dado que el Técnico Li y el resto del equipo eran incapaces de liberarse de la enorme multitud que abarrotaba las calles, Sui les apremió a escapar aprovechando la aparición de la funcionaria. La maniobra funcionó: una vez la muchacha hubo desaparecido de su vista y se dieron la vuelta para seguir los trabajos de búsqueda, se quedaron boquiabiertos al no encontrar ni rastro de ellos. Cada vez más ingobernables, comenzaron a dispersarse en todas direcciones hasta que apareció Luan Chunji junto a Erhuai, que custodiaba el muelle, y les ordenó retirarse a sus casas. Erhuai quedó a cargo del mantenimiento del orden público, pero le costaba mucho controlar a la multitud.

Ya hacía varios días que Luan Chunji estaba angustiado tras haber mantenido un acalorado debate con el comité local respecto al uso de almidón adulterado en la fábrica, y ahora había surgido el incidente con el bote, que de no encontrarlo a tiempo ponía en peligro la salud de varias generaciones. Finalmente decidió visitar al Cuarto Maestro para pedirle consejo. El Maestro le sugirió que no se preocupara por el bote, pues en caso de tener efectos (destructivos o beneficiosos) no se manifestarían hasta al cabo de una generación o más. Preocuparse ahora no tenía sentido. En lugar de eso le aconsejó que centrara sus energías en la fábrica de fideos. Luan salió del patio del Cuarto Maestro más sosegado, pero la ansiedad no tardó en volver a surgir y fue en busca de Li Yuming. Los dos hombres decidieron pedirle a Zhang-Wang que usara sus poderes de adivinación. Fue entonces cuando los contadores de Geiger llegaron y respiraron aliviados.

El Técnico Li y su equipo se reunieron en la base de la muralla, donde decidieron dividir la ciudad en cuadrículas e inspeccionarlas una por una

cuidadosamente, empezando por las calles y pasando después por las casas. Los hombres salieron equipados con sus aparatos y barrieron la primera zona, como si estuvieran disparando a discreción —piip-piip—. El sonido empezó a resonar por toda la ciudad. Sui Buzhao, con un semblante muy solemne, examinó los aparatos uno a uno, mientras apretaba los dientes y gruñía, como si los acompañara en el mismo coro. En la primera cuadrícula no sonó ningún jii-jii-jii, así que pasaron a la siguiente, en dirección al centro de Wali.

Buzhao avanzaba con el resto, tropezándose con sus pies de la excitación. «Todas las cosas que poseen espíritu, giran cuando son utilizadas. Cuando era marinero, la brújula que utilizábamos se movía igual que estos aparatos. No se puede navegar sin ella. Daba vueltas dentro de un círculo, señalando en todas direcciones. Los manuales de navegación te explican cómo utilizarlas: “Cuando la aguja apunta al sur, debes empezar con la posición de Qian, que es el primero de los veinticuatro puntos. Qian representa el cielo, por lo que debe ser la primera dirección. Siguiendo la brújula, los barcos se mantendrán alejados del peligro”». Sui Buzhao recitó las instrucciones de la brújula como si fuera un canto antes de preguntarle al Técnico Li: «¿Quieres que vaya a buscarte ese libro? Debes comenzar la búsqueda por Qian, ya que es el primero de los veinticuatro puntos».

Li sonrió y rechazó la oferta. «El tuyo es un libro de navegación y nada tiene que ver con lo que estamos haciendo».

La gente salía de sus casas para ver llegar al equipo y, cuando los aparatos señalaban hacia sus hogares, se ponían histéricos, hasta que oían el piip-piip. Sui Buzhao escudriñaba los rostros de la gente y de vez en cuando gritaba: «¡Comprobadlo de nuevo!». El equipo generalmente seguía su consejo, pero obtenía siempre el mismo resultado. Decepcionados, pasaban a la siguiente zona, acumulando cada vez más seguidores que Erhuai trataba de ahuyentar con su rifle. Obligados a mantenerse a un lado de la calle, los vecinos clavaban los ojos sobre aquellos artilugios que podían determinar el destino de la ciudad. El equipo proseguía con su barrido, avanzando por la ciudad y arrastrando su piip-piip allá donde iba. Mientras los trabajos continuaban durante toda la mañana, Sui Buzhao empezó a sospechar que quizá los aparatos no fueran tan eficaces como se decía. Los hombres encargados de manejarlos parecían exhaustos, todos menos el Técnico Li, quien seguía igual

de concentrado. Al llegar a la habitación de Sui Buzhao el hombre se reavivó y cuando el «hocico» señaló hacia su habitación, su corazón empezó a latir con fuerza debido, evidentemente, al pánico de oír el jii-jii. Contuvo la respiración hasta escuchar el lento y lánguido piip-piip.

La jornada estaba a punto de finalizar cuando los aparatos se volvieron a reunir para hacer un barrido final bajo la tenue luz del sol. Erhuai ya no podía contener la multitud; todos los ojos estaban clavados en los negros «hocicos», pero nadie abría la boca.

Piip-piip-piip... Siempre el mismo lánguido sonido. Cansado y decepcionado, el Técnico Li, cuya energía se habían concentrado en la búsqueda, se desplomó en el suelo. Mientras se producía un estallido de exclamaciones al unísono, Sui Buzhao avanzó entre los aparatos frotándose las manos y, con el rostro empapado en sudor, miró al gentío y gritó: «¡Tranquilos! ¡Escuchadme! Tengo algo importante que decir, así que callad y escuchad».

Se hizo el silencio. Sui lanzó una mirada temerosa a los aparatos y gritó: «¿Los habéis visto bien? Hemos buscado el bote por toda la ciudad y no ha aparecido. Se ha extraviado en Wali, alguien lo tiene bien escondido en algún lugar. Así que quiero que todos os acordéis bien que este mes, de este año, en Wali desapareció un pequeño objeto. A partir de ahora hay que estar atentos. A partir de hoy mismo, que nadie se sorprenda si alguien en la ciudad desarrolla una extraña enfermedad o nace un bebé deforme. Debéis saber que habrá sido provocado por este pequeño objeto que permanece al acecho, escondido en algún rincón de Wali. Estad atentos y no os asustéis. Los adultos deberán alertar a sus hijos, y los hijos deberán alertar a sus hijos, de una generación a otra». Les dio instrucciones como si hubiera sido testigo de la calamidad sobre la que los alertaba. Su rostro estaba cubierto de tristeza, sus ojos llenos de lágrimas. Nadie dijo una palabra, solo se cruzaban las miradas. Entonces alguien gritó con voz triste: «¡Wali! ¡Nuestra querida Wali! ¿Cuándo va a terminar la tragedia?».

Esa noche media ciudad no pudo conciliar el sueño.

Hacia el amanecer Li Qisheng exhaló su último suspiro, sumiendo nuevamente la ciudad en la tristeza.

Uno a uno salieron a la puerta de sus casas y miraron en silencio en dirección a la casa de Li. A pesar de que su enfermedad era por todos bien

sabida y, por lo tanto, la noticia no tomó a nadie por sorpresa, sintieron una enorme pena que les oprimía el pecho. Los residentes mayores se acordaron del sabor de la «torta en partes» de Li durante la hambruna. Otro viejo amigo se había ido, alguien que había desempeñado un papel muy especial en la historia de la ciudad durante décadas. Apoyados en sus bastones, levantaban las cabezas mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, vencidos por el remordimiento de no haber visitado a Li durante sus últimos días. Inmersos en el drama del bote, habían abandonado a la familia Li en las últimas atenciones del enfermo. Mientras aguardaban con angustia la puesta de sol, se visitaron unos a otros para compartir el dolor y los recuerdos de Li. No se esperaban que la ciudad les pareciera más vacía desde su repentina partida, a pesar de que Li había pasado los últimos años postrado en la cama. La muerte de Li Qisheng dejó un gran vacío en Wali.

«¡El último héroe de Wali nos ha dejado!», repetía Sui Buzhao mientras avanzaba a tropezones calle abajo.

Sus palabras eran desgarradoras. Incluso las risas de los más jóvenes se detuvieron. Si la gente estaba desconcertada por el automóvil de Zhao Duoduo y su funcionaria, y preocupada por la desaparición del bote, ahora había que añadir la profunda tristeza por el fallecimiento de Li. El cuadro del comité local se personó para preguntar a Li Zhichang si necesitaba algún tipo de ayuda para el funeral, y Li Yuming se hizo cargo de los preparativos. Después de oír los lamentos de Sui Buzhao, Zhang-Wang cerró el Emporio Wali y corrió a casa de Li para supervisar los ritos funerarios. Cuando se acercó a hablar con Li Zhichang sobre los últimos instantes de vida de su padre, el joven, que hasta el momento había permanecido lamentándose en silencio, rompió a llorar abiertamente. Zhang-Wang le ordenó que durante las primeras ocho horas ni llorara ni hablara en voz alta y después de pedirle que cerrara la puerta, empezó los cánticos. Cuando ya era casi de noche y habían pasado las ocho horas, lavaron el cuerpo de Li Qisheng. Li Zhichang encendió la luz, pero Zhang-Wang la apagó rápidamente, la reemplazó por una vela del tamaño del pulgar y empezaron a retirar la ropa de Li Qisheng para cambiarle.

Esa noche acudieron varios grupos de personas a presentar sus últimos respetos a Li Qisheng, quien nunca se hubiera imaginado ser estimado por tanta gente. Los invitados trajeron incienso y muchos billetes funerarios,

haciendo una pila tan alta como una mesa. Los ancianos y ancianas estaban más afectados que el resto y se arrodillaban a llorar incluso antes de haber dejado los billetes funerarios. «Si Li estuviera vivo —se decían—, el pasado seguiría perviviendo en nuestra memoria». En ese pasado se habían derramado lágrimas y sangre, pero también había habido sonrisas y felicidad, y ahora Li se había llevado aquellos recuerdos con él. Había dejado un agujero en su corazón. Incluso los jóvenes empezaban a comprender la gravedad de la situación al ver las caras tristes de los viejecitos. «¿Quién —se preguntaban—, sería capaz de preparar un pastel en la próxima hambruna, ahora que Li había muerto?». Sus preguntas y preocupaciones se transformaron en sollozos.

Asistidos por sus hijos y nietos, más y más ancianos y ancianas iban llegando a casa de Li. Había tantos que solo podían permanecer en el interior unos minutos, el tiempo necesario para encender una varita de incienso y arrodillarse antes de volver a salir. Un miembro del clan Li se encargaba de recoger los billetes funerarios que la gente traía. Mientras tanto, Zhang-Wang permanecía sentada en una estera y, con los ojos medio cerrados, cantaba. Al compás de la luz de una vela parpadeante, su cara se iluminaba y oscurecía. Li Zhichang recibía a los invitados y conversaba con ellos con voz ronca. Justo cuando el número de visitantes empezó a menguar apareció el Cuarto Maestro con una varita de incienso y unos billetes funerarios. Su aparición conmovió a todos los asistentes, igual que cuando acudió a la ceremonia de Dahu. Los presentes en la sala suspiraron fijando su mirada sobre el Cuarto Maestro, quien tras haber prendido la varita de incienso, se inclinó tres veces ante el cuerpo de Li. Luego estrechó la mano a cada miembro del clan Li y se retiró. Tras él apareció Zhao Duoduo con unos billetes funerarios. Con la mirada sombría y las manos en los bolsillos, echó un vistazo furtivo a la habitación. La gente se sorprendió al verle vestido con un traje bien planchado.

La funcionaria llegó poco después de haber salido Zhao. El pueblo estaba indignado con su vestimenta, pero al fin y al cabo se había personado a presentar sus respetos al difunto. O al menos eso es lo que pensaron, porque luego se dieron cuenta de que ni siquiera había traído billetes funerarios. Podían ver claramente el contorno de sus pechos debajo de su fina blusa, sujeta por un cinturón metálico que le acentuaba sus pequeñas nalgas redondas. Apenas había entrado cuando preguntó: «¿Está aquí el gerente Zhao?»



Tiene una llamada de teléfono». Nadie respondió, por lo que volvió a dirigirse a los dolientes: «¿Lo han visto?». Pero nadie dijo ni una palabra.

Zhang-Wang se levantó y le espetó dos bofetadas. «¡Putá!».

La muchacha, confusa, estaba a punto de decir algo cuando se acercaron dos hombres del clan Li, la agarraron y la arrojaron a las tinieblas del exterior.

La gente del pueblo no se podía creer que aquella mujer lasciva hubiera sido capaz de venir a seducir al espíritu del difunto. Era la primera vez que veían algo así.

Zhang-Wang redobló su esfuerzo cantando cuando Sui Buzhao entró acompañado por sus sobrinos. Baopu y Hanzhang se arrodillaron detrás de su tío, que habló con el muerto mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

Al día siguiente instalaron una tienda de campaña junto a la casa y los mismos músicos que había contratado Zhang-Wang para el funeral de Dahu se encargaron de tocar hermosas melodías. La única diferencia era la ausencia de esa flauta diabólica, que realzaba el impacto emocional provocado por la música.

El día del entierro la ciudad entera salió a la calle. Más tarde alguien comentó que había sido el mejor funeral de todo el año y merecía pasar a la historia a través de las crónicas de la ciudad.

Zhang-Wang procedió como la indiscutible directora de ceremonias. Escogió el lugar, comprobó el *feng shui* y determinó la hora para su entierro. Solo ella podía hacerse cargo de los rituales más complicados. Incluso se ocupó de escoger los portadores del féretro, les enseñó cómo atar las cuerdas alrededor del ataúd e indicó qué extremo debían levantar primero. Antes de salir la procesión, Zhang-Wang mandó a alguien para que se avanzara y se encargara de indicar a los asistentes el momento oportuno para quemar los billetes funerarios a lo largo de la muralla, mientras permanecían en sus posiciones vigilando el itinerario y no permitían el paso de ningún vehículo, básicamente el sedán de Zhao Duoduo.

Una vez estuvo todo dispuesto para que la procesión arrancara, Sui Buzhao sugirió que Li fuese enterrado junto a sus pertenencias a fin de hacerle compañía en la otra vida. Zhang-Wang discutió la propuesta con los ancianos

del clan Li, que inicialmente se mostraron reacios, y Buzhao explicó que los objetos de aquella habitación habían acompañado al solitario Li Qisheng durante muchos años. Su explicación fue clara y rotunda y, como la hora estipulada para el entierro se acercaba, los viejecitos terminaron accediendo.

Con un grito de Zhang-Wang, alguien levantó un plato de cerámica negro y lo estrelló contra el suelo. Los lamentos estallaron cuando levantaron el ataúd y arrancó la procesión. Li Zhichang estaba tan abrumado por la pena que se desplomó en el polvoriento camino, ensuciando sus ropajes blancos, y tuvo que ser asistido para continuar avanzando. Todos los miembros del clan Li estaban presentes, algunos de luto, otros no, dependiendo de la proximidad con Li Qisheng. Poco a poco la gente del pueblo se fue uniendo a la procesión y formaron una larga fila de duelo. Nuevos lamentos estallaron cuando el ataúd se acercó a la muralla, como si el cielo y la tierra se tambalearan, levantando una polvareda que se elevó como una pared y formó oscuros nubarrones. Hubo incluso quien vio la pared de piedras estremecerse ante el mar de lágrimas. Entonces la procesión se detuvo a los pies de la muralla, como si se hubiera congelado. El llanto se hizo más fuerte, como una inundación repentina que bajara en tromba desde las montañas y se estallara contra la muralla.

Y así fue cómo Li Qisheng fue enterrado ese otoño.

Toda Wali pasó aquella estación sumida en el dolor y el miedo. El bote continuaba sin aparecer, lo que significaba que las semillas del desastre habían sido escondidas en algún rincón secreto. Con la llegada del largo y frío invierno vinieron varias nevadas fuertes que cubrieron la muralla. La expansión de la empresa de fideos avanzaba tan lentamente que los inversores empezaron a sospechar. El Emporio Wali ya no abría sus puertas puntualmente desde que Zhang-Wang había perdido el interés y, dado que las materias primas se habían encarecido, se había visto obligada a añadir una proporción mayor de agua al licor. Li Zhichang todavía estaba de duelo, incapaz de concentrarse en sus engranajes. Sui Buzhao y Baopu estaban muy preocupados por no tener noticias de Jiansu. El incidente del funeral había dejado una cicatriz del tamaño de un albaricoque en la cara de la funcionaria, disgustando tanto a Zhao Duoduo que se estaba planteando despedirla.

## 22

La nieve acumulada durante el invierno se derretía poco a poco, pero el angosto río Luqing seguía cubierto por una espesa capa de hielo lo suficientemente gruesa como para que la gente pudiera cruzarlo de una orilla a la otra. El equipo de prospecciones geológicas había trasladado su grúa de perforación a la llanura aluvial, donde el ruido del taladro se imponía sobre el del viejo molino. La nieve derretida corría llanura abajo, mientras en las ramas bajas de los sauces explotaban los minúsculos brotes.

Unas seis semanas más tarde el equipo de prospecciones reveló un secreto: un centenar de metros por debajo del río Luqing, otro río corría en paralelo.

El equipo había hallado el oculto río por casualidad, y el descubrimiento sacudió la ciudad. La gente escampó la noticia y corrieron hacia la llanura aluvial, aunque no hubiera nada que ver, dado que el segundo río estaba bajo tierra. Aun así, se imaginaban el río subterráneo. El mayor logro del descubrimiento consistió en resolver un rompecabezas que había desesperado a generaciones de vecinos de Wali: ¿Por qué había menguado tanto el río, hasta el punto de impedir que los buques pudieran acercarse a la ciudad, y finalmente obligándolos a abandonar su famoso muelle? Wali había perdido su protagonismo, junto con el orgullo transmitido de generación en generación, y se había convertido en un lugar tranquilo, alejándose lentamente del mundo, como el agua en el río. Y ahora, finalmente, el misterio había sido resuelto. El agua se filtraba bajo tierra hasta crear otro río. No había abandonado la ciudad. Los viejos, con las caras sonrojadas como si hubieran estado bebiendo, se congregaron en la llanura para intercambiar miradas de sorpresa y felicidad. El dolor y las preocupaciones que les habían afligido durante el

año anterior parecían haber desaparecido. Se olvidaron de Li Qisheng y del bote. Ahora la cuestión que iba tomando cada vez más fuerza era cómo sacar provecho del río subterráneo.

Por primera vez en seis meses, Sui Buzhao era por fin capaz de beber feliz y tranquilo. Avanzaba por la calle tambaleándose mientras entonaba cancioncillas marineras. Para él, el río desaparecido estaba a punto de regresar y Wali pronto volvería a ver su río lleno de barcos. «¡Tío Zheng He!», gritaba por las calles para diversión de todos. Estuvo varios días releendo su libro de navegación y cantando *La Canción del Encuentro del Sol* y *La Canción de las Cuatro Estaciones*.

«Echo mucho de menos el viejo barco —le dijo un día a Baopu—. Es del tío Zheng He y mío, pero ahora está en la capital de la provincia. Creo que debemos recuperarlo y traerlo a Wali. Sí, tenemos que recuperarlo pronto. Nos pertenece».

Buzhao invitaba a Baopu a pasar las noches en su habitación. En una ocasión le explicó que había luchado contra el viento y el oleaje en medio del océano. Mientras hablaba sacó su libro de la pared de ladrillo y empezó a leer.

«Quizá no tenga la oportunidad de volver a navegar —dijo—, pero tú sí puedes hacerlo. Cuando yo muera, este libro será tuyo. Debes protegerlo con tu vida para que también puedan utilizarlo las generaciones venideras. Espero que algún día tengas la suerte de zarpar».

Baopu acudía a la estancia de su tío a desgana, pero le visitaba para que el anciano no estuviera tan solo y no muriera como lo hizo Li Qisheng. Contagiado por el entusiasmo de su tío acerca del nuevo río, decidió que también debería llamarse Luqing.

Jiansu regresó una mañana de primavera, cuando Wali se despertaba sumergida en la alegría y la excitación provocadas por la estación del año. Daxi fue la primera en verlo. Había ido al río y, mientras sus ojos admiraban el paisaje, lo vio en el puente y lanzó un grito de sorpresa, pero luego se lo quedó mirando fijamente y pataleó; con un fuerte gemido volvió corriendo por donde había venido, enfurecida, llorando como si el mundo se acabara. Nadie se atrevió a detenerla; temiendo un desastre, la gente miró hacia el lugar de donde venía, pero no vieron nada. ¿Qué le había pasado?

Era Sui Jiansu, y estaba cruzando el puente de la mano de una hermosa muchacha.

En la pequeña ciudad los recibieron con desconcierto. La gente se quedó de piedra mirando a Jiansu, ataviado con un traje, y a la muchacha, vestida como la funcionaria. Con la cabeza bien alta y sacando pecho, Jiansu asentía sonriendo a todo el mundo mientras avanzaba por las calles. Llevaba un sofisticado maletín de cuero marrón; algo nuevo para muchos, que eran incapaces de apartar la mirada de la pareja recién llegada, hasta que desaparecieron por un callejón. Las especulaciones no tardaron en surgir a la espera de ser confirmadas. Ese día, en Wali, el tema de conversación fue otro; ahora que la agitación provocada por el descubrimiento del nuevo río se había calmado, algo aún más extraordinario había sucedido en el clan Sui.

Alguien acudió al complejo de los Sui para confirmar sus hipótesis, pero regresó con las manos vacías. Las puertas y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, y todo parecía normal en la antigua habitación de Jiansu. Al día siguiente alguien fue a la fábrica de fideos y se encontró con un Baopu sombrío, con los ojos inyectados en sangre. Entonces alguien más vio a Sui Buzhao llamando a su sobrino para entrar en su estancia, dejando a la hermosa muchacha paseando fuera. Finalmente, a otro le llegó la noticia de que la chica era sobrina de Zhou Zifu. La noticia tomó a la ciudad por sorpresa y no se hablaba de otra cosa que no fuera el nuevo vínculo entre los Sui y el jefe del condado. El declive del clan Sui podía haber llegado a su fin. Hubo quien relacionó el río subterráneo con los Sui, argumentando que las épocas prósperas para el clan Sui siempre habían coincidido con la actividad bulliciosa del muelle de Wali. De esta manera, tras décadas de decadencia, podrían resurgir de nuevo. Los rumores se extendieron, para alegría de unos y decepción de otros. Pronto pudieron ver el Emporio Wali abierto durante todo el día, a veces atendido por Zhou Yanyan y Zhang-Wang a la vez. Los ancianos reanudaron sus viejos hábitos de consumo y los niños volvieron a acudir pidiendo tigres de arcilla. Zhao Duoduo se enfureció al enterarse de que sus trabajadores frecuentaban el negocio durante el horario laboral.

Baopu se quedó muy decepcionado por el comportamiento de su hermano, pero a pesar de eso, se interesó por su vida en la ciudad, especialmente por la tienda. Después de haber estado luchando durante un año, Jiansu había sido

incapaz de hacer fortuna, pero mintió a su hermano y le dijo que el negocio marchaba bien. Mostrándole sus tarjetas de visita, le dijo que ahora gestionaba dos tiendas y que había vuelto a casa para ver a la familia y poner orden en la tienda. Baopu dio un vistazo a la lujosa tarjeta de visita y se la devolvió.

«Lo que quiero ver son las cuentas: los ingresos y los gastos».

Jiansu respondió que se trataba de cuentas menores y que, en lugar de eso, debería poner más interés en la hermosa muchacha que había traído con él. La cara de Baopu se enrojeció mientras le reprendía por haber abandonado a Daxi.

Jiansu se mantuvo en silencio y al final respondió: «No hay nada que pueda hacer sobre eso. Yo no estoy enamorado de Daxi».

Jiansu había traído algunas prendas modernas de la ciudad e insistió a Yanyan que se las regalara a Hanzhang. Con la ropa sobre sus rodillas, Hanzhang acarició la tela, la dejó a un lado y le pidió a Yanyan que saliera de la habitación para poder hablar con su hermano en privado. Tan pronto como se quedaron solos, Hanzhang, con su rostro pálido casi transparente, miró a Jiansu fijamente a los ojos montada en cólera. Jiansu desvió la mirada, pero ella no cedió. Al final le dijo: «Daxi nunca te lo perdonará».

Tras el enfrentamiento de Hanzhang con su hermano, noticias aún más impactantes estaban por llegar. En medio de la desesperación Daxi había ingerido veneno, dejando a toda la ciudad estupefacta. Sin valor para salir de casa, Jiansu le rogó a Baopu que visitara a la chica.

La casa de Daxi estaba sumergida en un mar de lágrimas, mientras Guo Yun se esmeraba en tratar de salvar a la muchacha. Al ver a Baopu la madre de Daxi le propinó un rodillazo y maldijo a todo su clan, implorando a los cielos que la familia fuera partida por un rayo. Baopu se sintió tan avergonzado que le temblaron los labios, pero se contuvo. Guo Yun les informó que podía salvar a Daxi si conseguían forzarla a tomarse la medicina, aunque la escupiera, así que Baopu decidió subir a la habitación para tratar de ayudarles. Tras obligarla a tragarse la medicina, Daxi acabó vomitando, ensuciando a Guo Yun. «Bien —dijo el viejo doctor—, ahora se va a sentir mejor». Sus palabras fueron un gran alivio.

La madre de Daxi se arrodilló delante del *kang* y gritó: «Mi querida hija no puede morir. Tiene que vivir para ver cómo cae un rayo sobre la familia

Sui».

Baopu miró a la joven, cuyo rostro parecía de cera. Había perdido peso. Moviendo sus ojos lentamente, al ver a Baopu exclamó: «¡Jiansu!».

Baopu lloró, igual que la madre de la joven, quien espetó: «Pequeña golfa, ¿cómo puedes seguir pensando en un momento como este en ese desalmado?». Daxi consiguió sacar sus manos temblorosas de debajo la manta para tocar las de Baopu. «Jiansu». Las lágrimas de Baopu cayeron sobre la alfombra, mientras se mordía los labios, y dijo: «Jiansu no vale ni uno solo de tus cabellos».

Baopu pasó la noche en vela fuera, en el patio, pues sentía que no tenía derecho a permanecer con el resto sentado en el interior. No había nada que pudiese hacer para pedir perdón, estaba demasiado avergonzado por aquel crimen imperdonable cometido por un miembro del clan Sui. Cuando Daxi se quedó dormida, ya fuera de peligro, salió a comprar algunos tentempiés y los dejó junto a su *kang*. La madre vio los regalos, los recogió sin mediar palabra y los tiró a la basura.

Al regresar a casa, Baopu se encontró a Jiansu esperándole. «¿Dónde está?», exigió Baopu.

«La envié con Zhang-Wang. Sabía que volverías a casa».

Baopu se encendió un cigarrillo, aspiró profundamente antes de apagarlo, y se quedó cabizbajo mirando el suelo, sin decir una palabra.

«Adelante, Baopu —dijo Jiansu—. Di lo que tengas que decir y acaba de una vez. Me he quedado aquí esperando tu reprimenda».

Baopu lo miró y dijo: «No te voy a regañar. No te lo mereces. Me das miedo, y me avergüenzo de ti. ¿Y tú te haces llamar Sui? ¿Cómo te atreves a decirle a la gente que eres del clan Sui? No has tenido valor para ir a ver a Daxi porque tenías miedo de que te hicieran una cara nueva. Hubieras tenido que ver cómo se retorció en el *kang*». Él se comenzó a dar golpes en las rodillas. «Hace años, una mujer del clan Sui fue empujada a tomar veneno, y ahora el clan Sui le ha hecho lo mismo a otra mujer. Debes sentirte muy mal, ¿verdad Jiansu?».

Jiansu se dejó caer con los labios temblorosos, incapaz de abrir la boca. Luego rompió a llorar con las lágrimas brotando más rápido de lo que las

podía secar. Se puso de pie y cogió a su hermano por los brazos. «Yo no quería volver a Wali, pero no pude evitarlo. Así que aquí estoy. Soy del clan de Sui y mis raíces están aquí, en Wali. Soy consciente de lo que he provocado, pero no me arrepiento. Me siento mal por Daxi y, si muere, mis manos quedarán manchadas con su sangre y nunca podré lavarlas, pero no puedo vivir sin Yanyan, la amo de veras. No puedo quedarme más tiempo, tengo que volver a la ciudad. Os visitaré más a menudo, una vez todo esto haya pasado. Yo también soy un miembro del clan de Sui, Baopu. Somos del mismo clan, y nadie puede renunciar a ser quién es».

Y Jiansu desapareció de Wali sin hacer ruido.

Daxi se recuperó y volvió al trabajo, pero no era la misma. Tenía una mirada triste, los ojos hundidos y había perdido tanto peso que estaba casi tan delgada como Naonao. Dejó de ser aquella muchacha parlanchina y regordeta que siempre había sido.

A los pocos días de la partida de Jiansu apareció un coche procedente de la capital del condado cargado con todo tipo de mercancías para el Emporio Wali. Se trataba de productos que Jiansu había traído desde el sur, pero que no había podido llevar él en persona debido al intento de suicidio de Daxi. A partir de entonces el Emporio Wali se llenó de todo tipo de artículos extraños, incluyendo pantalones vaqueros, prendas acrílicas de colores brillantes amontonadas en los estantes, lápices de labios, cremas depilatorias, polvos para cubrir las pecas, lociones para blanquear la piel, pestañas postizas, útiles para rizar el pelo y mucho más. Eran tantas las novedades que las clientas no daban abasto.

Un anciano descolgó un par de pantalones vaqueros con su bastón y murmuró: «¿De verdad que la gente se pone esto?». Zhang-Wang exhibía los nuevos productos, pintándose los labios y eliminando el vello del dorso de la mano con la crema depilatoria. Hombres y mujeres, todos trabajadores de la fábrica, abarrotaban la tienda desoyendo las normas de Zhao Duoduo. Al principio solo miraban, pero su afán por probar los nuevos productos venció rápidamente todas sus reticencias. Naonao compró unos pantalones vaqueros y se los puso en la tienda, con Zhang-Wang haciendo de escudo. Cuando salió a la calle, la gente se daba la vuelta para mirarla, con los ojos pegados en su espalda. Haciendo como si estudiaran los patrones de la nueva moda, los



jóvenes gozaron de un dulce momento mientras admiraban las hermosas nalgas y las largas piernas de Naonao. Incluso Daxi visitó la tienda en una o dos ocasiones, pero nunca compró nada, a sabiendas de que los vaqueros siempre le recordarían a la mujer que le había robado a Jiansu, y entonces el asco y el odio llenaban sus ojos.

Al cabo de una semana las calles de Wali se convirtieron en un hervidero de chicas con pantalones vaqueros. La gente las miraba pasmada, sin saber si era bueno o malo. Lo único que estaba claro era que a los chicos les encantaba ver a Naonao y a las otras chicas llevando con orgullo sus pantalones vaqueros, poniendo a prueba su compostura y rectitud. Atormentados por las nalgas bien marcadas por los vaqueros, por las noches no podían dormir y su rostro adquirió un brillo oscuro. Pasada la primera semana sin acusar efectos adversos, a la segunda ya todo el mundo se había acostumbrado a verlos, y hombres y mujeres siguieron conviviendo sin problemas. Los jóvenes ya podían comentarlo y hacer bromas de forma natural.

Tras la llegada de un lote de pantalones vaqueros de tallas mayores para los chicos, esta vez fue la moral de las chicas la que se puso a prueba. El viejo excéntrico, Shi Dixin, mientras caminaba por la ciudad con una cesta de estiércol en la espalda, al ver a la gente joven en pantalones vaqueros apretaba los dientes. Los jóvenes evitaban al achaparrado anciano como a la peste.

Jiansu y Yanyan regresaron a Wali, pero no fueron el centro de atención como la vez primera. Llegaron con una pequeña furgoneta y se quedaron en el complejo de los Sui, donde se pasaban día y noche escuchando música.

Uno de esos días, a eso de la medianoche, Erhuai, que custodiaba el muelle, llamó a su puerta con el rifle colgado en la espalda, mientras Jiansu y Yanyan dormían. Jiansu, molesto por la interrupción, se vistió y abrió la puerta.

«¿Tiene usted certificado de matrimonio?», preguntó Erhuai.

Jiansu tragó saliva y respondió: «Sí. Entra, que te lo enseñaré». Erhuai apenas había dado un paso cuando Jiansu lo tiró al suelo y le soltó una patada. Erhuai se puso de pie sin pensarlo dos veces y recibió otro sonoro golpe. «Ya te cogeré, espera y verás», le amenazó Erhuai mientras salía.

Jiansu aguardó pero no ocurrió nada. Erhuai había ido en busca de Luan

Chunji para detenerle y tras oír las razones de Erhuai, Luan le gritó: «¿Estás loco? ¿Acaso no sabes que Zhou Zifu es el jefe del condado?».

Cuando Jiansu y Yanyan se dejaban ver en público, paseaban cogidos de la mano, siendo la envidia de todos los jóvenes de la ciudad. Algunos, pero no todos, dijeron que Yanyan era más bonita que Naonao. Sin embargo, todos coincidieron en que, ahora que la funcionaria tenía una cicatriz en la cara, ya no se podía comparar con Daxi.

Zhou Yanyan se pasaba la mitad del tiempo detrás del mostrador junto con Zhang-Wang, atendiendo a los clientes, ordenando el género y decorando el interior de la tienda. Jiansu contrató a un pintor para darle algo de color al escaparate, añadió un mural y colocó dos altavoces. También dispuso unas tazas de café en el extremo del mostrador, pero tuvo que cambiarlas por otras de té, ya que en Wali aún no conocían el café. Con la música a todo volumen los clientes se duplicaron, levantando las quejas de los ancianos que ahora no tenían lugar para sentarse y beber. Abrumada por el trabajo, Zhang-Wang aprovechó el momento para sellar el tanque de licor. Por esa época la funcionaria fue despedida de la empresa de fideos. Zhao Duoduo había dudado durante mucho tiempo sobre si tomar la decisión o no, pero tras la llegada de Zhou Yanyan, el rostro marcado de la mujer le pareció aún menos agraciado, cosa que le acabó de convencer para despedirla. Cuando Jiansu se la encontró sollozando por la calle, decidió contratarla como ayudante de Zhang-Wang. Llena de gratitud, la chica redobló sus quejas contra Zhao Duoduo.

Mientras el Emporio Wali iba viento en popa, la fábrica de fideos no hacía más que encadenar reveses. El primero de ellos fue el decomiso en la frontera de varios cientos de miles de *jin* de fideos por parte del Departamento de Exportaciones. Después de esto, el capital para la ampliación del negocio se agotó antes de haber terminado la operación y, como consecuencia, un préstamo bancario pendiente de aprobación les fue denegado. La única solución viable para salir del paso era centrar todas las ventas en el mercado nacional que, debido a un precio de venta menor, se traduciría en unas pérdidas sustanciales. Sin embargo, la fallida operación de expansión de la fábrica fue lo más preocupante. Los inversores iniciales empezaron a ponerse nerviosos y comunicaron en repetidas ocasiones su voluntad de recuperar el dinero.

La funcionaria recién despedida se regodeaba de todas estas adversidades. «No hay hombre que pueda defenderse de la maldición de una mujer. No hay día en que no maldiga a Zhao Duoduo, y ahora contemplo cómo la desdicha se cierne sobre él». Los clientes se convencieron de que la mujer poseía misteriosos poderes, sobre todo después de extenderse el rumor de que otro equipo de inspectores estaba a punto de llegar y que el responsable del anterior equipo había sido sancionado. Dos semanas más tarde, un nuevo equipo de inspectores hizo su llegada con Lu Jindian, el secretario local del partido, entre sus miembros.

Era evidente que Sui Jiansu estaba muy agitado. No paraba de salir y entrar, y apenas se comunicaba con el resto, con el ceño siempre fruncido. Una noche, después de que la funcionaria y Yanyan se hubieran marchado a casa, se subió sobre el mostrador inmerso en sus pensamientos. Permaneció allí agachado, una costumbre que había abandonado hacía ya mucho tiempo. Fue entonces cuando apareció Zhang-Wang. Entró decidida y cerró la puerta tras de sí. Jiansu la miró con disimulo, mientras ella se acercaba con la cabeza erguida y su barbilla ahuecada temblorosa. Le sonrió mirándole fijamente a los ojos, a lo que Jiansu reaccionó con una tos nerviosa.

«Tú —su barbilla seguía temblando—. ¿Acaso crees que puedes engañarme? No eres más que un novato». Y le dio una palmada en el trasero.

Tras bajar del mostrador, Jiansu la observó con temor. Se frotó la piel arrugada debajo de la barbilla y prosiguió: «No eres más que un muchacho que aún no conoce dónde está su lugar. Con estos ojos de halcón que tienes parece que has avistado a tu presa, ahora que la fábrica de fideos parece tener problemas. ¿Estoy en lo cierto?».

Él se encendió un cigarrillo y soltó el humo en su cara. «¿Y qué si estás en lo cierto?».

Ella apartó el humo con la mano y le susurró: «El Cuarto Maestro tiene grandes esperanzas puestas en ti. Siempre habla bien de ti».

El corazón de Jiansu se aceleró, pero no estaba seguro adónde quería llegar. «El Cuarto Maestro dice que Zhao Duoduo es un viejo estúpido —continuó—. Y que solo Sui Jiansu puede hacer que la fábrica de fideos vuelva a ser rentable». Sus ojos estaban fijos en el rostro de Jiansu.

Ahora lo entendía. Zhao Duoduo no iba a durar mucho tiempo, y el Cuarto

Maestro estaba tratando de encontrar un sustituto que solucionara el entuerto. Con una sonrisa de las suyas, respondió: «Debo agradecer al Cuarto Maestro que me tenga en tan alta estima».

Ella se rio: «Estaba en lo cierto. Eres un chico inteligente. Cualquier persona que quiera hacer algo en Wali debe contar con el respaldo del Cuarto Maestro. Así que nunca te olvides de él». Jiansu asintió con la cabeza, pero en ese momento la anciana le provocó una sensación de asco, una impresión que nunca había tenido. Él sonrió y le hizo un gesto obsceno, y Zhang-Wang se estremeció de excitación.

Jiansu y Yanyan tuvieron que regresar a la ciudad, ya que ella solo contaba con pocos días de permiso. En la siguiente visita Jiansu trajo la máquina láser para hacer agujeros en orejas. Guiándose por la experiencia de los pantalones vaqueros, estaba seguro de que las chicas de Wali acogerían con entusiasmo las bondades de la nueva máquina. Al cabo de poco, todas las muchachas de la sala de fideos, a excepción de Naonao y Daxi, llevaban agujeros en las orejas. Daxi solía mirar hacia el Emporio Wali, pensando en el hombre que lo regentaba. Se imaginaba que si iba a perforarse las orejas Jiansu tendría que poner las manos sobre su cuerpo. Sin saber cómo podría reaccionar en una situación como aquella, se obligó a mantenerse alejada de la máquina.

Naonao, al contrario, se moría de ganas de ser la primera en llevar aretes, pero después de oír a Baopu conversando sobre Jiansu con su tío, se enteró de que se oponía frontalmente a aquel invento, así que acabó perdiendo el interés. Trabajando la pasta de almidón con sus brazos descubiertos, Naonao no dejaba de suspirar. Para las demás chicas era inimaginable que Naonao no llevara aretes, por lo que con frecuencia se acercaban a tocar sus lóbulos en busca de algún desconocido defecto. Cuando esto ocurría, irritada, apartaba las manos curiosas mientras respiraba hondo. En algunas ocasiones se escabullía hasta la planta de secado, cogía un palo y se lo llevaba dentro del molino para blandirlo en el aire, como si fuese a estamparlo contra la ancha espalda de Baopu. Él giraba la cabeza lentamente, alertado por la sensación de un movimiento. Entonces, Naonao lo escondía rápidamente detrás de la espalda y empezaba a saltar y brincar por la sala, imitando una especie de paso de baile de música disco que había aprendido, mientras Baopu se limitaba a continuar fumando su pipa.

«Todas llevan agujeros en las orejas», le dijo ella en una ocasión. «Ah — respondió Baopu secamente—. A mí no me gustan los agujeros en las orejas». «Bien. Yo creo que los hombres fuman demasiado —dijo ella en tono serio—. Tú fumas demasiado». Baopu no contestó y Naonao se marchó enfadada hacia la llanura. Tras haber andado un buen rato, decidió tumbarse entre los sauces y se dedicó a romper en pedacitos algunas ramitas que había ido recogiendo. Quería bañarse, pero el agua estaba demasiado fría, así que solamente se lavó la cara.

Naonao odiaría aquel otoño durante el resto de su vida.

Era una tarde agradable. La llanura estaba bañada por un calor perezoso, con la luz del sol brillando sobre la arena blanca. Queriendo escapar de la niebla acuosa de la sala de procesamiento había acudido a la llanura ella sola. Corrió y saltó sobre el suelo arenoso como una joven yegua vivaracha. Los pantalones vaqueros azules le hacían parecer aún más delgada y encantadora, y la blusa beige por dentro del cinturón acentuaba sus pechos grandes y sus diminuta cintura, estilizando sus rectas y robustas piernas. Se agachó para recoger unos guijarros rechonchos, que después arrojó uno por uno al río. Su mirada surcaba la vasta planicie en busca de algo, pero aún no sabía lo que estaba a punto de encontrar. El otoño había llegado pronto y dentro de poco sería invierno, cuando el frío extremo volvería a convertir el agua en resplandecientes placas de hielo.

Naonao volvió a mirar a su alrededor, pero solo vio los plantones de sauce. Se preguntó por qué en lugar de crecer permanecían pequeños y frágiles, balanceándose suavemente al compás del viento.

Mientras divagaba apareció Erhuai con el rifle colgado al hombro. Masticaba algo, un gesto que a Naonao le pareció casi cómico. Le entraron ganas de soltarle alguna desfachatez, pero se contuvo y dio media vuelta para regresar a la fábrica. Entonces Erhuai cambió el fusil de hombro y le hizo un gesto para que se detuviera. Mientras se acercaba vio dibujarse una sonrisa en su cara y ella metió las manos en los bolsillos de los pantalones. «¡Qué feo eres!», le dijo.

«Igual que todos», repuso él.

Su respuesta la dejó turbada, y eso le irritó. «¿Qué quieres decir?».

Él dejó su rifle y se sentó. «Igual que todos». Ella se rio y lo maldijo. En

ese momento una serpiente de colores brillantes se deslizó hacia ellos. Erhuai saltó hacia el animal y lo atrapó, agarrándolo por la cola y sacudiéndolo. Naonao gritó. «A las muchachas solteras les asustan estas cosas —dijo Erhuai con una mirada que a ella le pareció un tanto extraña y aterradora. Tiró la serpiente y dio un paso hacia ella—. Pero no me da miedo atrapar nada».

Ella asintió con la cabeza y le vino una imagen de Erhuai jugando con un sapo enorme llenándole la mano de una baba blanquecina. Ese recuerdo le provocó pavor. Advirtió los ojos de Erhuai fijos en la parte inferior de su cuerpo y quiso arrojarle un puñado de arena en la cara, pero al intentar agacharse, rápidamente se abalanzó sobre ella y la agarró por detrás. Naonao lo empujó con los codos, pero no pudo liberarse de su garras.

«¡Suéltame!», le dijo mientras giraba la cabeza, y clavando los pies en la arena mientras contenía la respiración, luchó con todas sus fuerzas. Pero Erhuai la empujaba hacia atrás, rodeándola con los brazos como si fueran una cadena. Ella le insultó y forcejeó con todas sus fuerzas, pero no pudo romper el grillete. Erhui esperó a que agotara sus energías para tirarla al suelo más fácilmente. Mientras él yacía sobre su espalda, Naonao lo miró. Ella jadeaba con fuerza y el sudor corría por su rostro, que ahora estaba rojo como las flores. Estaba esperando el momento oportuno y, cuando se volvió a sentir con fuerzas, lo golpeó violentamente, asestándole un puñetazo en toda la boca; y mientras Erhuai se secaba la sangre de la comisura de la boca, ella aprovechó para incorporarse y arrojarse contra él como una leona enloquecida. Naonao le tiraba del pelo e intentaba morderle, mientras él gritaba, a la vez que trataba de esquivar sus manos y su dientes. Finalmente encontró un hueco y asestó un puñetazo en el rostro de la muchacha. La sangre empezó a brotar y cayó en el suelo. Él aprovechó para sentarse a horcajadas, dirigiendo la mirada hacia la parte inferior de su cuerpo. Ella estaba quieta y, cuando trató de incorporarse, un puñetazo en la cara aún más fuerte se lo impidió.

Más tarde se encontraba de nuevo junto al río, lavando sus pantalones vaqueros que antes veía tan bonitos y ahora estaban llenos de suciedad. Se limpió también las manos y la cara. ¡Qué otoño! ¡Qué tarde! Siguió lavándose las manos y la cara hasta que rompió a llorar. Y lloró y lloró, hasta que se puso el sol y tiñó el agua de un color rojo brillante.

Con dificultad recorrió la planicie hasta hallar el palo del secadero que

horas atrás había dejado caer en la arena. Lo usó como muleta y siguió caminando hasta llegar al molino donde se apoyó en el marco de la puerta, respirando con dificultad.

Cuando Baopu oyó aquella respiración ahogada, se dio la vuelta y le preguntó con una voz que delató su sorpresa: «¿Qué haces por aquí?».

Ella no se movió, solo apretó su cuerpo contra el marco de la puerta. Baopu repitió la pregunta. «¡He venido a pegarte! —gritó—. ¡A abrirte la cabeza! ¡Quiero matarte!».

Las lágrimas corrían por su rostro mientras gritaba y, al intentar levantar el palo, le resbaló de las manos y le cayó al suelo.

En aquel momento Baopu advirtió los moratones de su cara y rápidamente fue hacia ella. «Naonao, ¿qué ha pasado? Dime. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Por qué quieres pegarme? ¿Qué te he hecho? ¡Dime!».

«Te odio. Te odio. ¿Que quién me ha hecho esto? Tú y tu hermano. Sí, es tu hermano quien me ha hecho esto. Estoy aquí para ajustar cuentas con el clan Sui, y tú eres uno de ellos». Y empezó a sollozar, con la cabeza apoyada contra el marco de la puerta y retorciéndose de dolor.

Baopu se quedó confundido y estupefacto, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. «Jiansu», gritó en su mente, y comenzó a temblar.

Corrió hacia el Emporio Wali en busca de Jiansu, pero no estaba, así que se fue a su habitación, donde lo encontró fumando un cigarrillo. Al ver a Baopu, Jiansu sacó un paquete envuelto en papel de periódico donde había un traje. Sin mirar el regalo, Baopu lo agarró por el brazo y gritó: «¿Quién ha pegado a Naonao y la ha llenado de moretones?».

«Pero ¿de qué estás hablando?».

Jiansu lo miró con incredulidad y apartó el brazo. Baopu le contó lo sucedido y un escalofrío recorrió el cuerpo de Jiansu. Baopu insistió en saber si había sido él quien había hecho daño a Naonao, pero Jiansu continuó dando caladas a su cigarrillo, hasta que lo tiró al suelo y dijo: «Ella te quiere. Está enamorada de ti, Baopu».

Baopu dio un paso atrás, se sentó lentamente y, respirando con dificultad murmuró: «¿Entonces quién lo ha hecho? ¿Quién le ha hecho esto?».

«Lo has hecho tú —dijo Jiansu enfadado—. Has herido sus sentimientos. Espera y verás. Se va a convertir en otra Xiaokui. Puede que yo no me haya portado bien con Daxi, pero tú no has tratado mejor a Naonao. Ahora ya

somos iguales». Jiansu cerró la ventana y se volvió hacia su hermano. «Zhao Duoduo tiene los días contados. La fábrica de fideos está a punto de cambiar de propietario».

Baopu se levantó y fijó sus ojos brillantes en Jiansu. «¿Quién será?». «El clan Sui». Baopu negó con la cabeza, mientras Jiansu se limitaba a sonreír con aires de superioridad. «Sé que vas a decir que no soy lo suficientemente bueno como para tomar el relevo. Pero Sui Jiansu no se va a echar para atrás. Fíjate bien, Baopu, mira a tu alrededor y dime quién más puede solucionar el caos de la fábrica». Baopu se lio un cigarrillo, dio una calada y asintió con la cabeza.

«Pues que sepas que tal vez salga del molino y le diga a todo el mundo que Baopu está aquí para recuperar la fábrica de fideos. Les diré que es de ellos, y que deben sujetarla bien fuerte para que no vuelva a caer en manos de otro codicioso. Lo haré. Créeme. Les diré que...».

Los labios de Jiansu empezaron a temblar y en su frente se marcaron unas venas oscuras. Miró a una esquina y murmuró: «Se acabó. El clan Sui está acabado. Un Sui le está enseñando el puño a otro de los suyos. Dos hermanos se están peleando». Se volvió hacia la ventana y gritó: «Daxi, Xiaokui, Naonao. Estáis ciegas. ¿Cómo os habéis podido enamorar de un cobarde como este?». Se dejó caer sobre el *kang* y comenzó a sollozar.



## 23

Jiansu daba golpes contra el *kang* mientras lloraba desconsolado. Baopu nunca le había visto así y solo con oír sus lamentos entendió el alcance de la desesperación de su hermano. Se levantó varias veces para tratar de consolarle, pero volvió a su lugar, aturdido por la sensación de que esa noche de otoño las vidas de los dos hermanos se bifurcarían... y sería una tragedia. Entonces su mirada se posó sobre el traje que Jiansu le había traído de la lejana ciudad. Al agacharse para recogerlo vio el envoltorio de papel de periódico, pero la habitación estaba tan oscura que tuvo que acercárselo a la cara para poder leerlo.

Con las hojas entre las manos, comenzó a temblar y, finalmente, soltó un grito. Al ver las gotas de sudor rodando por su frente y sus mejillas, Jiansu se sobresaltó. «¿De dónde has sacado estas hojas?», le gritó Baopu.

Desconcertado y sorprendido, Jiansu le miró y respondió: «Solo es un periódico viejo que utilicé para envolver el traje». Se lo quitó de un zarpazo y empezó a leer las primeras estrofas. Se quedó tan estupefacto que se le cayeron las hojas al suelo.

«(...) los asesinatos tuvieron lugar durante la Revolución Cultural. En agosto de 1966, en la ciudad X del condado X, se perpetraron asesinatos masivos de individuos pertenecientes a las “Cinco Categorías Negras” — terratenientes, campesinos adinerados, contrarrevolucionarios, delincuentes y derechistas— y sus familias. Durante esta misma época la lucha armada y los asesinatos aleatorios aumentaron tanto en número como en brutalidad. Una brigada de producción empezó asesinando a una o dos personas, después a dos o tres, y acabaron siendo varias docenas. Comenzaron por las “Cinco Categorías Negras” pero terminaron matando indiscriminadamente a esposas y

niños, eliminando familias enteras. Del 27 de agosto al 1 de septiembre, cuarenta y ocho brigadas de producción de trece comunas distintas mataron a trescientas veinticinco personas; la mayor contaba con ochenta años de edad y la menor con treinta y ocho días. Veintidós familias en total (...)). Jiansu soltó un gemido y su rostro palideció, como si estuviera a punto de ahogarse.

«¿Cómo ha podido llegar a mis manos?», exclamó, mientras se desabrochaba el cuello de la camisa. Baopu, con la mirada perdida en la oscuridad más allá de la ventana, ni se molestó en mirarle mientras hablaba. Jiansu le sacudió por los hombros, pero solo halló por respuesta una mirada fría, tan aterradora que retiró las manos rápidamente. «¿Qué ocurre Baopu? Dime algo...». Pero no logró que apartara los ojos de las estrellas. Mientras en la ciudad los perros ladraban, alguien llamó a la puerta. Detrás de la ventana se movió una oscura silueta. Jiansu apretó la cara contra el cristal, pero solo vio la rama de un joven árbol inclinado por el viento, y volvió a sentarse junto a su hermano. Ahora la habitación estaba inmersa en la oscuridad, pero se resistió a encender la luz. La oscuridad de la habitación era igual que la de aquella noche espantosa. En los oídos de Jiansu resonaron los pasos apresurados, los gritos, los ladridos de perros y los gritos de terror. Aquella noche los tres pequeños del clan Sui esperaron sentados en medio de la oscuridad, presos del pánico, esperando el amanecer.

Jiansu volvió a llamar suavemente a su hermano, pero no hubo respuesta. Un ruido repetitivo rompió el silencio; era su hermano haciendo añicos el periódico. Y después, otra vez el silencio, seguido del rumor de unos movimientos. Entonces encendió la luz y encontró a su hermano de cuclillas, amontonando cuidadosamente los trocitos del periódico en un puñado.

\* \* \*

Apenas había amanecido cuando el primero de los rebeldes entró en el templo y destrozó un viejo monumento de piedra. Se trataba de un lugar sagrado dedicado al Dios de la Tierra y estaba ubicado fuera de la muralla.

En esa época todas las paredes de las casas tenían inscrito el carácter de la fortuna. Wu el Barbillas presencié los destrozos y explicó a todo el mundo que los diagramas circulares dibujados en las baldosas de los antiguos aleros

eran, en realidad, caracteres deformes del símbolo de la «felicidad». Los Guardias Rojos se encargaron de eliminar todos los símbolos antiguos de las construcciones tradicionales y, una vez hubieron terminado, hicieron otro barrido empezando por la base de la muralla y escudriñando casa por casa para no dejar ni rastro de los Cuatro Antiguos —costumbres antiguas, obras de arte antiguas, hábitos antiguos e ideas antiguas— así como de los señores feudales, los capitalistas y los revisionistas. Lo destruyeron todo (cualquier cosa que pudiera ser arrasada) y quemaron cualquier cosa que pudiera ser quemada, incluyendo macetas, platos, utensilios, cuadros, pipas de agua o piedras talladas para la tinta. Entraron también en una tienda propiedad del gobierno y se precipitaron sobre el mostrador de los cosméticos donde rompieron todas las «baratijas burguesas» como las cremas para la cara y los perfumes.

Cuando el gerente intentó detenerlos, un tipo musculoso con un brazalete le dejó sentado sobre sus rodillas. Un adolescente irrumpió en el dormitorio de las trabajadoras y, en medio de los gritos de las chicas, tiró al suelo sus tarros de colorete y los polvos para la cara. En ese momento encontró una compresa. Sorprendido, se preguntó qué hacía aquella extraña toallita en una bonita cajita de papel, pero convencido de que también debía tratarse de otra de aquellas «baratijas burguesas» la desmenuzó. Cuando el equipo de búsqueda abandonó el lugar para dirigirse al minúsculo patio del Cuarto Maestro, las chicas estaban sumidas en un mar de lágrimas. Reacios a entrar al patio, alguien exclamó: «Tenemos derecho a rebelarnos, ¿por qué nos deberían preocupar estos peces gordos?». Y procedió a llamar a la puerta. Al abrirse apareció el Cuarto Maestro y dijo: «Oh, estáis aquí para rebelaros, ¿verdad? Venid, entrad —e hizo una señal al primer joven—. Pequeño Ma San, dirige la rebelión». Las cejas negras tupidas bailaban en su sombrío rostro, mientras daba instrucciones al disciplinado equipo de búsqueda. Al marcharse, cerró la puerta con un suspiro.

Tras haber terminado el saqueo de la ciudad, el equipo se dividió y se desplegaron para centrarse en las familias. Creyendo que se trataba de una nueva inspección de la reforma agraria, un campesino adinerado enterró toda su ropa dentro de una tina de porcelana, la cual fue hábilmente descubierta por los experimentados miembros del equipo de búsqueda. Él y su familia fueron

conducidos hasta el antiguo templo, donde les sometieron a una sesión de lucha como las de antes, aunque en esta ocasión el número de personas que subieron para expresar su ira y sus quejas fue menor. «La historia se repite», murmuraban los habitantes de Wali. Los pocos que subieron a gritar acusaciones y a azotar a sus víctimas lograron arrancar los aullidos y los revolcones de sus víctimas con sus varas y cinturones de cuero. La escena se alargó durante un buen rato antes de atar al campesino y a su familia, y obligarles a desfilan por las calles.

Los miembros del equipo de búsqueda visitaron el resto de familias equipados con un palo de acero, donde serían atados en caso de ser declarados culpables.

La residencia del clan Sui, que por ese entonces ya no pertenecía a la clase alta, fue inspeccionada detalladamente con trabajos de excavación durante tres días, y Baopu y Jiansu fueron atados y expuestos por las calles. Durante la inspección del hogar uno de los rebeldes halló unas fotografías de Yingzhi y tuvo la ocurrencia de pegar un retrato en la frente de cada hermano.

Todos los arrestados eran atados con unas cuerdas gruesas y los conducían a través de las calles del pueblo, flanqueados por los Guardias Rojos, que iban armados con sus mosquetes, engalanados con borlas rojas, y armados con treinta y ocho rifles. En cada intersección, inspirados en el modelo de trabajo «tres-ocho»<sup>23</sup> desarrollado por Mao, cuatro Guardias Rojos se ocupaban de cada «mal elemento» agarrándoles e inclinándoles la cabeza, mientras el público asistente gritaba consignas e instaban a los Guardias Rojos a «mostrarles lo que llevaban». Y eso hicieron: inclinaron las cabezas de las víctimas y, asestándoles un rodillazo en la espalda, les dieron la vuelta, arrancando los aplausos del público. Mientras el desfile continuaba, la gente finalmente comprendió el verdadero significado de ser un rebelde. Colgaron un cartel del cuello de cada «mal elemento» y a las mujeres les dibujaron un círculo en la frente. Aunque Zhao Duoduo se puso el brazalete rojo mucho más tarde que el resto, se las arregló para destacarse gritando «¡Eh! ¡Han regresado los buenos tiempos para las masas revolucionarias!». Nunca desprovisto de su cuchilla, se presentaba allí donde encontraran algún «mal elemento». En una ocasión la utilizó para desnudar a la esposa de un detenido, no abandonando la casa hasta medianoche.

Aquellos fueron tiempos en los que las noches no se diferenciaban de los días, en los que el fervor popular se desataba con la puesta de sol. El antiguo templo estaba alumbrado por las lámparas de gas, que tras las sesiones de lucha iluminaban las representaciones realizadas por grupos propagandísticos de barrio. Todas las obras comenzaban de la misma manera: una chica con la ropa y el sombrero de color amarillo de pie, frente al resto, hincaba la rodilla al suelo y con el puño en alto gritaba: «Grupo propagandístico de Pensamiento de Mao Zedong de Wali, ¡que empiece la lucha!». «¡Empiecen, empiecen, empiecen! ¡Lucha, lucha, lucha!», repetía la fila de actores detrás de ella, dando comienzo a *El aprendizaje de dos ancianos de la obra de Mao* o a *El aprendizaje de cuatro ancianas de la obra de Mao*. En la primera aparecían dos ancianos con toallas blancas atadas en la cabeza, espalda contra espalda, balanceándose de un lado al otro. Cuanto más rápido era el vaivén, mejor.

En una ocasión Sui Buzhao interpretó *El aprendizaje de un anciano de la obra de Mao*. Se sacudió y balanceó tanto que, tras conseguir levantarse después de enredarse con sus pies, cosechó numerosos elogios. Inspirados en su actuación, los responsables movilizaron a los ancianos y ancianas de más edad para subirles al escenario. Con sus rostros arrugados y apelmazados por el grosor del colorete, la imagen más bien perturbadora fue el prelude de un seguido de actuaciones fallidas. Otra obra de denuncia y crítica llamada *Los niños bien enseñados* dejó una profunda impresión en todos los espectadores. En ella aparecían los hijos de una pareja de «malos elementos» que entre monólogos y canciones denunciaban los crímenes de sus padres, acompañados por el sonido de un badajo. Representando un triste espectáculo, los muchachos avergonzados de sus progenitores se esmeraban en alejarse del vínculo parental, mientras intentaban alcanzar unos mínimos dotes interpretativos. La mejor interpretación fue la de los hijos de un campesino adinerado, Ma Laohuo, quienes expusieron un monólogo a dúo; se hacían llamar «Los niños instruidos». «Ay, Ay, nuestros badajos de bambú el cielo van a alcanzar / Estimados camaradas, escúchenos a punto de juzgar / Mao Laohuo, no nos trates de engañar / Nosotros, los niños instruidos, no te dejaremos volar / Nunca, nunca te dejaremos volar».

Una multitud rebelde se apoderó de la ciudad inundando las paredes de caricaturas y carteles que, con grandes caracteres, denunciaban a un ladrón, a

un reaccionario o a un cuadro militar que había intercedido por alguien con antecedentes. Casi todos los carteles tenían una frase en común: «¡Qué corrupto!». Poco a poco fueron apareciendo nuevos blancos de la crítica pública como por ejemplo los miembros del comité local. Zhou Zifu, el jefe local del partido, empezó a aparecer en varios carteles donde se le acusaba de numerosos crímenes realizados en los últimos años; su escandaloso comportamiento durante la campaña de fundición de hornos que había causado tantas muertes por inanición; el sometimiento de las masas mediante el uso de la milicia armada; delitos fiscales; reclutamiento forzado; apropiaciones indebidas e interrogatorios en plena calle. Las acusaciones indicaban que habían surgido rebeldes incluso en el seno del comité local, puesto que algunos de los hechos que se denunciaban eran totalmente desconocidos por los ciudadanos de a pie. En uno de los carteles se describía cómo Zhou Zifu había salido indemne de la denuncia de una mecanógrafa por haberla acosado. La gente estaba indignada.

Un día apareció una ingeniosa caricatura: un órgano genital masculino de grandes dimensiones descendía en forma de espiral desde Zhou Zifu, quien asemejándose a un cerdo, amenazaba a un grupo de mujeres aterrorizadas. El segundo y el tercer dibujo no tardaron en aparecer. Entonces alguien le pidió a Wu el Barbillas que escribiera un lema con unos caracteres bien grandes: «¡Abajo el explotador capitalista Zhou Zifu!». Al cabo de poco apareció otro lema: «¡Abajo el Comité Local del Partido!». Los vecinos más ancianos que aún podían leer a través de sus ojos vidriosos y cansados, suspiraban: «Se está levantando otra rebelión». También predijeron que los soldados serían enviados, y acertaron. No tardó mucho en venir una brigada de soldados dirigida por unos cabecillas quienes al llegar dijeron: «Nos mantendremos firmes compartiendo la victoria junto a las masas revolucionarias». Aquella declaración confundió aún más a los ancianos. «¿Por qué no nos rebelamos nosotros también?», se preguntaban.

Tras haber saturado las calles con carteles dirigidos al comité local del partido y a Zhou Zifu, aparecieron nuevas acusaciones dirigidas al Cuarto Maestro Zhao Bing donde examinaban su control sobre la Calle Gaoding. Le acusaban de tirano y de ser el responsable último de reprimir a las masas, conspirando junto a Zhou Zifu para abusar de los ciudadanos. Otro cartel se

preguntaba por qué se había hecho la vista gorda con la mala influencia de Zhao durante el Gran Salto Adelante, el Movimiento de Educación Socialista y las Cuatro Limpiezas<sup>24</sup>. ¿Era también responsable de los muertos por inanición, de los ejecutados injustamente y de los que se suicidaron? Solo había un cartel sobre este tema, pero atrajo a una multitud que, tras haberlo leído enmudeció. Esa misma noche el cartel fue arrancado y reemplazado por otro, donde las prominentes nalgas del Cuarto Maestro eran el principal foco de atención.

Mientras la multitud se congregaba a observar el dibujo apareció alguien con un cubo de cola dispuesto a pegar otro cartel también sobre el Cuarto Maestro, con la única diferencia que su nombre estaba escrito del revés. La multitud abandonó rápidamente el primer cartel para mirar boquiabiertos el segundo. Entonces alguien se quejó de que no podía reconocer a uno de los personajes que aparecían en el dibujo y, arrastrando al hombre hasta la pared, otro le indicó: «Este, este de aquí». El hombre dejó el cubo y arrimó la cara contra la pared. «¿Cuál?», continuaba preguntando. «¡Este!». Y alguien le empujó por detrás estrellando su cabeza contra la pared, ensangrentándole la nariz. En esa época incluso un estudiante de secundaria podía colgar un cartel en la espalda de su padre.

Surgieron tantas «unidades de combate» y «brigadas rebeldes» que el lío de nombres lograba confundir incluso a los más listos. Wu el Barbillas se encargaba de redactar «carteles de guerra» para estas organizaciones, obteniendo como recompensa la distinción de «Gran Líder». La insignia era del tamaño de un botón, pero con el paso del tiempo se fue haciendo más grande hasta convertirse del tamaño de un plato. Había organizaciones como el Cuerpo Jinggangshan<sup>25</sup> o la Brigada Invencible, con nombres fáciles de entender, y otras como Brigada Feroz de Tercera Categoría o Cuartel General Revolucionario de la Hermandad de Sangre que levantaban más recelos. Cuando un nuevo miembro se unía a ellos juraba defenderles con su vida. Los debates eternos y la violencia verbal entre las organizaciones solían ser sus principales actividades. Al final casi todos los habitantes terminaron afiliándose a uno u otro grupo, enmarañando cada rincón de la ciudad con discusiones interminables e insultos. Cuando una pareja pertenecía a organizaciones distintas solían discutir incluso antes de acostarse y durante las

comidas. A los hombres se les recordaba frecuentemente la pertenencia de sus esposas a organizaciones diferentes. Eso provocaba la pérdida de interés por el sexo y era habitual que las parejas vivieran separadas.

Zhang-Wang pertenecía al Cuartel General Revolucionario, pero su enjuto marido se unió a la Brigada Feroz de Tercera Categoría. Nunca le había tenido mucho cariño, así que encontró un nuevo motivo para detestarlo aún más hasta el punto de echar al hombre del *kangcaliente* a empujones en medio de la noche. A resultas del resfriado que contrajo cayó gravemente enfermo y murió. Fuera, en la calle, los ancianos se sentaban a tomar el sol en grupos en función de su «punto de vista» y, si descubrían que sus contertulianos tenían diferentes «puntos de vista», recogían la banqueta y se marchaban. También los transeúntes solían detenerse a cada pocos metros para intercambiar sus «puntos de vista». «¿Cuál es tu punto de vista?». Una respuesta equivocada podía provocar (con suerte) una agresión verbal o (sin ella) una física. Pero acertar una vez no le eximía de ser detenido en el futuro. Eso solía ocurrirles a los que se equivocaban cuando se les pedía recitar de memoria un fragmento de *En memoria de Norman Bethune*<sup>26</sup>, del Presidente Mao.

Sui Buzhao destacaba por sus versátiles puntos de vista. En un solo mes se unió a dos docenas de organizaciones. Dijo que tenía que probar cosas nuevas ya que cada organización tenía su propio sabor, y logró escapar de las amenazas de sus nuevas amistades. Les divertía con sus aventuras marineras y les dejaba asombrados cuando explicaba el significado de la letra de «El timonel es la guía para surcar los mares».

Finalmente el Batallón de Jinggangshan y el Batallón Invencible se convirtieron en las organizaciones más poderosas. Zhao Duoduo asumió el cargo de comandante de La Invencible y transformaron una bodega en su cuartel general.

La situación se volvió cada vez más compleja y tensa, y empezaron a correr rumores espantosos, aunque todavía inciertos. Algunos dijeron que la ciudad sería reordenada según los puntos de vista y algunas de las familias como la de Ma Laohuo y el clan Sui, podrían ser «barridas» y sus propiedades confiscadas. La gente comentó que el movimiento se desarrollaría y que los rebeldes revolucionarios planeaban instaurar una dictadura. También corrió el rumor de que en los pueblos se producían arrestos nocturnos y los apresados



nunca volvían a aparecer, mientras que en la ciudad los «seguidores de la vía capitalista» eran tratados con «viento suave y lluvia fina», pero siempre dentro del concepto de «la revolución es una insurrección» y no «cuadro o bordado»<sup>27</sup>. Había otros rumores, algunos de los cuales se materializaron. Finalmente empezaron a producirse desapariciones en medio de la oscuridad de la noche, y algunos comenzaron a reclamar una lucha contra los seguidores de la vía capitalista. Sin embargo, la mayor parte de los desaparecidos regresaban. Uno denunció haber sido desnudado, atado y haber recibido azotes en sus partes íntimas con una vara de sauce. Su organización colgó un cartel donde se podía leer: «Nadie puede escapar del delito de opresión de las masas revolucionarias». Cuando se trataba de mujeres regresaban con la cara hinchada, pero no daban detalles de los maltratos recibidos.

Las demandas para eliminar y combatir a los seguidores de la vía capitalista aumentaron, levantando más y más quejas en las reuniones. En esa época apareció un joven de rostro encendido ataviado con brazaletes y gorra del ejército que dejó a todos los habitantes boquiabiertos después de dar un discurso de seis horas sobre los crímenes cometidos por Zhou Zifu y Zhao Bing, acompañando su explicación con todo tipo de pruebas y detalles. Cuando se refirió a la gente oprimida, sufrida y luchadora de Wali, su audiencia empezó a gritar consignas con los rostros llenos de lágrimas. Muchos se enfurecieron al recordar las hambrunas y todo lo sufrido a lo largo de los años. «¡Rebelarse es justo! ¡Abajo los seguidores de la vía capitalista no arrepentidos! —gritaron—. ¡Muera el enemigo si no se rinde!».

El joven continuó con su discurso: «Me dejaría cortar en pedazos para poder desmontar al emperador de su caballo. Camaradas revolucionarios, derramemos nuestra sangre para teñir el mundo de rojo. Camaradas revolucionarios, unámonos y luchemos. ¡Luchemos!». Con las lágrimas corriendo por sus mejillas levantó el puño en alto. Debajo del escenario las muchachas, con los ojos llorosos bien abiertos, no podían apartar la mirada de aquel joven de rostro encendido.

El día después del discurso varias brigadas de combate irrumpieron en el complejo del comité local para arrestar a Zhou Zifu, quien alertado de su inminente arresto había huido. Fue apresado dos días más tarde. Algunos se dirigieron en busca del Cuarto Maestro, pero la Brigada Invencible los detuvo.

Con las manos en las caderas, Zhao Duoduo gritó: «¿Quién entre vosotros tiene el valor de dar un paso adelante? Hacedlo y tendréis que enfrentaros conmigo, ¡maldita sea! El Cuarto Maestro ha dedicado su vida a luchar contra la línea contrarrevolucionaria de Zhou Zifu. De no ser por él, todos hubiéramos sufrido. ¡Maldigo los antepasados de cualquiera que lo haya olvidado! «Mientras los amenazaba, posó su mano derecha sobre la funda de cuero de la cuchilla y, tras intercambiar algunas amenazas, las brigadas se retiraron. Duoduo colocó un guardia para que vigilara la casa del Cuarto Maestro.

En cuanto a Zhou Zifu, le colgaron un cartel del cuello antes de arrastrarle hasta el escenario donde escuchó todo tipo de acusaciones, y después desfiló por las calles. Casi todo el mundo salió a ver a Zhou Zifu y los Guardias Rojos. Los gritos de las consignas eran tan ensordecedores que nadie pudo oír las confesiones de Zhou sobre un rosario de delitos. Al cabo de unos días el interés se desvaneció, así que alguien consiguió un traje de una compañía de teatro de aficionados para disfrazar a Zhou. Escarnecido sobre el escenario con el disfraz y la cara pintada, el interés se reavivó rápidamente. Entonces, cuando el recurso se extinguió, alguien tuvo una idea inverosímil: como por todos era bien sabido que Zhou era un mujeriego, es decir, un «soplador de coños de vacas», ¿por qué no extirpar esa parte de la vaca y ponerla en su boca? Como si el cielo fuera a derrumbarse, la idea fue recibida por risas estridentes, muestra de una aprobación unánime, así que una de las cabezas pensantes salió en busca de los genitales del animal.

«¡Ya lo tengo! —exclamó sosteniendo el miembro ensangrentado en alto—. Aquí está». Mientras unos hombres cogían a Zhou por los pelos, otros le ataron el órgano de la vaca alrededor de la boca. Sonó un gong y el desfile continuó. Con lágrimas corriendo por su rostro, Zhou avanzaba a tropezones mientras la sangre mezclada con la saliva caía sobre su pecho. La multitud le siguió, algunos riendo a carcajadas, otros gritando consignas, en su recorrido por las calles principales y los estrechos callejones. Solo durante las comidas le fue permitido sacarse eso de la boca.

Una pareja de Guardias Rojos ya mayores regresaban a casa con el cuerpo dolorido después de haber escoltado la procesión durante todo el día. «Es una pena por el animal. Era una vaca muy buena. El año pasado dio a luz un

becerrito», comentaron mientras se daban unos golpecitos de despedida en la espalda.

En la pared de la escuela de educación primaria aparecieron unos carteles muy bien redactados, pero totalmente superficiales y carentes de pasión. Uno explicaba el caso de un cocinero del comedor que se había comido un huevo entero a escondidas. Otro criticaba a una profesora que había usado crema facial y se perfumaba con la venenosa bruma de la burguesía. Un tercero se centraba en la situación marital de una profesora de unos cuarenta años que se tenía en buena consideración por tratarse de la única docente en posesión del título de magisterio emitido por el Instituto de Maestros. El cartel la acusaba de desafiar a las masas por no casarse, ya que con un sueldo de más de ochenta yuanes, gozaba de un salario superior a la media del resto de profesores, lo que significaba que consumía más sangre y sudor de las masas trabajadoras que el resto. En la esquina superior derecha había un dibujo de su cara, con las mejillas teñidas de color rojo, con un comentario: «Soy una señorita». El cartel concentró rápidamente el resto de críticas, desplegándose la mayor parte de los carteles posteriores sobre su caso.

Ahora la gente mostraba un interés sin precedentes acerca del estado civil de la profesora. Según un comentario publicado, era demasiado prudente y rara vez sonreía o hablaba, cosa que demostraba la represión de su deseo sexual. ¡Cuán corruptible podía ser si era capaz de dejar secar su ropa interior de color rosa en la puerta! Prestaba una atención especial a los estudiantes varones de más edad y cuando uno de ellos acusaba unas pocas décimas de fiebre se aprovechaba de su malestar para retenerle. Otros carteles se centraban en su escandaloso sueldo, a pesar de no ser lo suficientemente fuerte como para acarrear peso o realizar ningún tipo de trabajo manual. ¡Era increíble! Debía pagar su deuda con sangre y sudor, exigían. Debe escupir todas las delicias que ha saboreado. Más tarde apareció un cartel relacionándola con Zhou Zifu, arguyendo que había gozado del apoyo y protección de los más poderosos defensores de la vía capitalista. Alguien declaró haberla visto sonreír mientras hablaba con Zhou durante una visita a la escuela. Eso generó otra caricatura en la que aparecían ella y Zhou dentro del mismo par de pantalones, dando lugar a todo tipo de fantasías. «¡¿Cómo se atreven a llevar el mismo par de pantalones?!», exclamaron algunos

alarmados. Pronto se sabrían sus razones para no casarse, lo que significaba que una sesión de lucha y un desfile estaban al caer. Una tarde el Cuerpo Rebelde arrestó a la temblorosa profesora y la ató junto a Zhou Zifu, colgando un cordón de un par de apestosos viejos zapatos alrededor de su cuello en señal de promiscuidad.

Cuando el desfile llegó a su punto álgido con una multitud de espectadores bloqueando el tráfico, los ancianos comentaron que definitivamente aquello era mucho mejor que los festivales de antaño celebrados en el templo.

El Cuarto Maestro se mantuvo intocable, levantando la ira de muchos. Algunas unidades de combate más pequeñas intentaron sacarle de casa, pero fueron detenidos en todas las ocasiones. El joven de cara encendida que había dado el emocionado discurso exclamó indignado: «Si podemos desmontar a un emperador de su caballo, ¿por qué no a Zhao Bing? El momento álgido de las masas ha llegado. ¡Seguidme, camaradas revolucionarios!». Acompañado por un enjambre de Guardias Rojos, marcharon hombro con hombro entonando canciones de batalla. Cuando llegaron al patio del Cuarto Maestro los miembros de la Brigada Invencible ya estaban allí, con Zhao Duoduo erguido sobre un bloque de piedra junto a la puerta. «¿Acaso estáis ciegos?», gritó mirando a los Guardias Rojos.

«¡Estamos dispuestos a dar la vida para salvaguardar la línea revolucionaria! ¡Vamos a librar una batalla sangrienta con los seguidores de la vía capitalista! ¡Cargad!». Con una señal de mano el joven de rostro encendido dio orden de irrumpir en el reducto enemigo.

La trifulca estalló en la cancela, con las porras rotas saltando por los aires, y se tornó cada vez más violenta hasta que en un determinado momento el joven de rostro encendido empezó a gritar, revolcándose por el suelo con la cara entre las manos. Sus compañeros se detuvieron para sacarle y, al apartarle las manos, vieron que algo había traspasado sus ojos. El muchacho no dejaba de frotarse los ojos, que sangraban sin cesar.

Aquel día hubo muchos heridos, incluido el joven de rostro encendido. Totalmente ciego, desapareció de la vida pública durante más de doce años hasta que se volvieron a tener noticias de él; se había dedicado a estudiar y, según él mismo, su ceguera le había ayudado a alcanzar una mayor claridad mental, lo que le permitía componer varios poemas en un solo día. Se

convirtió en el poeta invidente más famoso de la nación.

Por su parte, tras la marcha de la multitud, el Cuarto Maestro abrió la puerta y salió a la calle. Se quedó en silencio mirando los palos rotos, los mechones de pelo y las manchas de sangre. Ahora presentaba un aspecto mayor. Zhao Duoduo le llamó, pero no obtuvo respuesta. Al oír un clamor en la distancia Duoduo salió corriendo y regresó al cabo de poco. «No era nada. La profesora, que se ha ahorcado».

## 24

Todos los partícipes de aquellos grotescos incidentes jamás lo olvidarían, a pesar de que los sucesos no entraran en las crónicas de la ciudad. En apenas dos meses Wali había caído en manos de dos docenas de grupos empezando por el Cuerpo Jिंगgangshan, la entonces Brigada Invencible, y pasando por la Brigada Feroz de Tercera Categoría, el Cuartel General Revolucionario de la Hermandad de Sangre, el Cuartel General Cinco Uno Dos Tres, y otros. Cada uno se instauró en el poder mediante la ocupación del complejo del comité local, donde tan pronto como llegaban izaban su bandera. Más tarde se dijo que la ocupación del complejo del comité local por sí sola no equivalía a la toma de poder, pues el poder en realidad emanaba de los libros de contabilidad, los documentos y las listas de nombres. En una palabra, de los archivos. Los archivos significaban el poder y el control real de la ciudad.

Sin embargo, se propuso otra opción: sustituir los archivos por el hacha enmarcada en un círculo, el sello de la ciudad, el verdadero símbolo del poder. Esta última declaración provocó los lamentos de las organizaciones que habían tomado el control con anterioridad, al darse cuenta de que los hitos conseguidos hasta el momento carecían de valor. «¿Qué es el poder?». Se preguntaban los vecinos los unos a los otros. «Es el comité local del partido», respondieron unos. «Entonces, ¿qué es el comité local del partido?». «Es un símbolo redondo», dijo uno de los presentes, dibujando un círculo con las manos. Sin embargo, nadie había visto aquel sello circular con sus propios ojos, así que cuando la organización de turno ocupaba la sede, lo primero que hacía era someter a los miembros del comité a repetidas torturas e interrogatorios sobre el escondrijo del «comité local del partido».

Finalmente el líder de un grupo consiguió el sello, haciéndose con el

control real de la ciudad. Con el «poder» en sus manos, corrió sin descanso arriba y abajo por el pasillo durante toda la noche; tres días más tarde perdió el conocimiento y se desplomó en el suelo echando espuma por la boca. El sello cayó en manos del lugarteniente que, tras aprender de la experiencia del líder, decidió no salir por la noche y dormir con el sello. Funcionó. Una semana más tarde conservaba el poder. Pero a la décima noche le surgieron dudas sobre la compatibilidad entre ser dueño de una ciudad y marido de una mujer poco agraciada a la vez, así que al día siguiente redactó un documento de divorcio donde estampó el sello, con validez a partir de ese mismo instante. Casualmente al día siguiente de haberse divorciado, al despertar no halló ni rastro del sello, sumiendo a toda la organización en el caos. Durante las labores de búsqueda un guardia personal del líder dijo recordar haber visto una sombra por los pasillos, cerca de la medianoche.

¿De quién podía ser esa sombra? Eso probablemente nunca se descubriría, pero lo que todo el mundo sabía era que, con la desaparición del sello, el «comité local del partido» se había evaporado junto con el poder y el control de la ciudad. Incluso una década más tarde, cuando la gente recordaba aquel episodio, no podía evitar soltar un suspiro pensando en cómo el lugarteniente perdió el poder y el «comité local del partido». Si no se hubiese divorciado tan alegremente, quizá no hubiese perdido el sello. No tenía perdón.

Mientras los cambios en la composición de las autoridades no dejaban de sucederse, alguien fijó la atención en la Calle Gaoding, donde el Cuarto Maestro continuaba al mando. Después de lo sucedido al joven de rostro encendido, pocas (si quedaba alguna) eran las personas que se atrevían a volver a asaltar ese patio, a pesar de que tras la pérdida del «comité local del Partido», el control de la Calle Gaoding había ganado relevancia. El Cuarto Maestro había conseguido conservar su cargo y ahora la pregunta era: ¿quién se atrevería a intentar arrebatárselo? Mientras algunos se limitaban a mencionar la idea, había otros que estaban ansiosos por intentarlo.

Durante la larga pugna por el poder, la Brigada Invencible había cosechado muchos enemigos, alentando al Cuerpo Jingtangshan y a las otras organizaciones a aunar fuerzas. Tres días y tres noches de negociación desembocaron en una alianza para atacar el último bastión reaccionario que representaba la Calle Gaoding y los seguidores del camino capitalista que la

governaban. A un miembro dotado de cierto talento le ordenaron dibujar un detallado plano militar de la Calle Gaoding para colgarlo en la pared. Esa noche los líderes fumaron sin descanso mientras estudiaban el mapa y trazaban un estratégico despliegue, estableciendo el número y la ubicación exacta de las tropas y de los puestos de guardia. Un individuo que se había leído unas líneas de *El arte de la guerra* de Sun Zi no paraba de repetir: «De acuerdo con Sun Zi...». Hasta que finalmente le respondieron irritados: «¡Al diablo con tu maldita tortuga de Sun!»». Finalmente acordaron una estrategia que era exactamente todo lo contrario a lo recomendado por Sun Zi. Eso les llevó dos días de trabajo.

Al tercer día el cielo apareció encapotado, corría una brisa fresca y las calles se llenaron de gente de apariencia extraña. A la vista de aquel panorama la gente de más edad, más perspicaces, recogieron a sus hijos dentro de las casas y cerraron las puertas. Sui Buzhao fue la única excepción; se quedó vagando por las calles, tropezando con sus pies y dando tumbos mientras entablaba conversación con los afiliados a las distintas organizaciones. Cuando alguien le advirtió de que podía morir como víctima colateral del conflicto, él se limitó a reír y respondió: «Cuando dos partes se enfrentan, nunca matan al mensajero». Entonces le replicaron con sarcasmo, haciendo alusión a su falta de aptitudes como mensajero, a lo que Buzhao contestó: «He sido enviado por el tío Zheng He. Nuestros barcos están amarrados en el muelle y cuando lo ordene dispararé nuestros cañones. ¿Has visto el viejo barco que encontraron? Bueno, pues nuestros barcos son aún más grandes. Así que será mejor que vayas con cuidado. Je, je». Y se alejó arrastrando el olor a alcohol tras de sí, lo que hizo que la gente se preguntara de dónde había sacado el licor ahora que todas las destilerías estaban cerradas.

Tras disponerlo todo según lo previsto, un grupo de personas provistas con palos se personó a la puerta del Cuarto Maestro. Un reducido número de partidarios de Zhao Duoduo se quedó apostado en el patio, apoyado contra la pared, fusil en mano, mientras los otros rodearon la zona, acechando al enemigo. Entonces aparecieron más miembros de la alianza y rodearon a las tropas de Zhao, que a su vez también fueron cercadas. Se intercambiaban miradas de desprecio, pero nadie estaba dispuesto a dar el primer paso. De repente la confusión se apoderó del lugar y, sin que nadie fuese capaz de



distinguir al amigo del enemigo, desconcertados, barrieron la zona con sus miradas llenas de odio, fijándose incluso en sus propios compañeros, quienes a su vez les insultaban. Al mediodía, cuando los estómagos comenzaron a quejarse, alguien gritó: «¡Acabemos de una vez!». Zhao Duoduo, vestido con unos pantalones cortos, se subió a la pared, levantó el rifle y disparó al aire. «Las balas no tienen ojos». Tras el sonido del disparo llegó el caos. «¡A la carga!», gritó alguien desde el fondo. «A la carga...». Fue lo más lejos que llegó otra voz, después de probablemente recibir una bofetada en la cara. Una joven camarada levantó el brazo y gritó secamente: «Comaradas revolucionarios, Zhao Bing no va a rendirse, ¡hay que acabar con él!». El ambiente se llenó de proclamas. Desde la distancia, Zhao Duoduo señaló a la muchacha con el dedo y tras berrear unas cuantas obscenidades se bajó los pantalones. «Vamos. Yo ya sé cuál es tu problema». Las carcajadas fueron ahogadas rápidamente por gritos de «¡Muerte al canalla!». El caos se exacerbó cuando parte del público se precipitó hacia adelante, bajo el estruendo de gritos aterradores. Zhao volvió a disparar su rifle justo cuando se abrió la puerta y emergió la silueta voluptuosa del Cuarto Maestro. El silencio se cernió sobre la multitud.

Zhao Bing tosió suavemente y dijo: «Queridos vecinos. Yo, Zhao Bing, aparezco ante vosotros demasiado tarde. Estoy al tanto de las últimas peleas y trifulcas. Se han vertido muchos rumores sobre mi persona, pero en lugar de defenderme esperaré a que las cosas se resuelvan por sí solas. Lo que hoy quiero deciros es que yo solo soy un hombre corriente, poco preparado para el gobierno de la Calle Gaoding. Mis años de arduo trabajo parecen haberse convertido en un obstáculo para vuestro futuro, así que me alegro de que hayáis venido a relevarme. Durante mucho tiempo he querido abandonar este cargo para poder disfrutar de una vida con menos preocupaciones. Hoy le devuelvo el poder al pueblo. Yo ya me he expresado, ahora es vuestro turno». Dio un paso hacia adelante, se sacó un sello de madera de color rojo oscuro de su cinturón y lo levantó por encima de su cabeza, diciendo con tono solemne: «Una vez haya salido de mi mano, nunca más regresará. Así que guardadlo bien, camaradas».

Entonces dio medio paso hacia atrás, retiró la mano, y se precipitó hacia adelante lanzando el sello en el aire.

Zhao Duoduo gritó con desesperación y el Cuarto Maestro le espetó un bofetón.

Al primer instante, cuando el sello se precipitó contra el suelo, la gente se apartó, pero acto seguido se abalanzaron rápidamente sobre él. El afortunado ganador lo levantó por encima de su cabeza y se alejó flanqueado por los demás. Zhao Duoduo estaba a punto de dar caza a su propia gente cuando el Cuarto Maestro lo detuvo con un grito.

Mientras esto sucedía, la situación en el complejo de los Sui pasaba de la actividad frenética al silencio total. Los grupos rebeldes irrumpieron varias veces, repitiendo sus demandas y hurgando el suelo con palos de acero. Ninguna organización rebelde que se preciara podía ignorar al clan Sui, la que una vez había sido una familia ilustre. Los tres hermanos fueron dispuestos en fila para recibir los gritos y los golpes al pecho del líder. Tenían especial predilección por meterse con Hanzhang. «Un verdadero encanto», decían mientras reseguían su silueta. En una ocasión, cuando Baopu trató de detener uno de aquellos dedos con el brazo, fue golpeado en la cara; la sangre de la nariz empapó varias capas de ropa. El puño del hombre aún estaba retrocediendo cuando Jiansu saltó como una pantera y mordió el brazo sin soltarlo a pesar de los golpes y las patadas en la cabeza y las costillas propinados por el resto. Gritando de forma desesperada, finalmente su víctima cayó al suelo, con Jiansu aún encima. Alguien pisó la cabeza de Jiansu y le forzaron a abrir la boca con un golpe.

Esa noche se llevaron a los dos hermanos, los desnudaron y los colgaron para ser azotados con varas de sauce. Al comienzo aullaron de dolor, pero tras dos días de ininterrumpidos golpes sus gargantas ya no podían emitir ningún sonido. Al tercer día Sui Buzhao sobornó a uno de los líderes con dos botellas de licor y se llevó a sus sobrinos a casa. Al reparar el mal estado en el que se encontraban salió en medio de la noche en busca de Guo Yun, quien untó los cuerpos magullados y llenos de cortes de los muchachos con una pomada de olor a óxido.

La búsqueda del sello de la ciudad por parte de los rebeldes trajo la paz y la tranquilidad al complejo residencial de los Sui, donde los hermanos caminaban de puntillas y hablaban en susurros, a veces recurriendo a los gestos. Sui Buzhao era el único que no se molestaba en bajar la voz cuando

aparecía por el patio, a veces apestando a alcohol. Cómo se las arreglaba para conseguir licor seguía siendo un misterio para Baopu y Jiansu, hasta que un día les reveló con tono engreído que Zhang-Wang le abastecía secretamente de un fuerte brebaje de ligero sabor avinagrado.

Buzhao lo descubrió por casualidad cuando fue a comprar unos dulces y vio un tarro de porcelana pintado de azul. Al abrir la tapa el aroma del licor impregnó el lugar, aunque Zhang-Wang insistió en que se trataba de salmuera y no de alcohol. Él la miró y le susurró que bajo la luz del sol parecía más joven. Ella le respondió con una amplia sonrisa y una invitación a acariciarla, además de admitir que estaba en lo cierto y efectivamente era licor, pero aún no se lo dejó probar. Ansioso e impaciente dejó de acariciarla, justo a tiempo para evitar el contacto de su dedo con aquel cuello fino y polvoriento. Ese día no llegó a probar el licor. Más tarde se enteró de la pertenencia de Zhang-Wang al Cuartel Revolucionario Unido, y se las arregló para unirse a esa facción antes de volver a encontrarse con ella. Zhang-Wang se rio y le dio un golpecito. «Vamos, bebe hasta que te estalle el vientre, viejo borracho». Eso es exactamente lo que hizo; se puso tan borracho que cayó en un profundo sueño. Cuando se despertó se encontró en una habitación vacía cerrada con llave desde el exterior y con las manos atadas sobre el abdomen. Incapaz de moverse, esperó pacientemente al regreso de Zhang-Wang, cuando ambos comenzaron a beber de nuevo, utilizando el licor para guarir la resaca.

Buzhao estuvo mucho tiempo yendo y viniendo entre la casa de Zhang-Wang y la residencia de los Sui, dividiendo su tiempo entre los lazos familiares y la tentación del alcohol. Más tarde los tres hermanos fueron arrestados de nuevo. Hanzhang se salvó gracias a una mano protectora y los dos hermanos regresaron sanos y salvos. Para entonces la situación se había vuelto cada vez más tensa. En la capital provincial se había formado un comité revolucionario que mandó una carta a Pequín con una salutación que decía: «A nuestro estimado, estimado, estimado gran líder». Aparecieron más comités en otras provincias, encabezando cadenas de «estimado» aún más largas. Mientras tanto, Sui Buzhao continuaba frecuentando la casa de Zhang-Wang. En una ocasión se levantó para coger una copa, pero ella se la arrebató regañándolo: «¿Ya has hecho lo “primero de todo”?». Entonces le enseñó cómo colocarse sosteniendo el pequeño libro rojo y gritando sus deseos de

larga vida al gran líder y de buena salud para los camaradas de armas cercanos al líder.

«¿A esto se le llama hacer lo “primero de todo”?», preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. «A partir de ahora tenemos que hacer lo “primero de todo” antes de nuestros encuentros y antes de comer».

Sui Buzhao consideró la propuesta y reflexionó: «Lo entiendo. Mi libro de navegación dice que, cuando se bota un barco, antes debemos rezar: “Postrado y sumido en humo sagrado, ruego de todo corazón”. La única diferencia son las palabras».

«Venid a hacer lo “primero de todo” conmigo», les dijo Buzhao a sus sobrinos, después de haber conseguido tres copias del librito rojo para adoctrinar a los muchachos. Más tarde le explicó a Baopu cómo debía instruir a sus hermanos menores en su ausencia.

Al día siguiente, cuando ya estaban listos para comer, Baopu llamó a sus hermanos para hacer lo «primero de todo» antes de que la comida se enfriara. Estaban de pie y Baopu apenas había abierto la boca cuando se abrió la puerta de una patada e irrumpieron varias personas, al parecer, muy enfadadas. «¿Qué creéis que estáis haciendo?», les espetaron a los temblorosos niños.

«Estamos haciendo lo “primero de todo”», respondió Baopu.

Uno de los intrusos lo abofeteó y ladró: «¡Cómo os atrevéis, chuchos! ¡No sois dignos de ello!». Otro de los acompañantes gritó: «No penséis que no sabemos lo que estáis haciendo. Los ojos de las masas revolucionarias están bien abiertos». Y mientras les amenazaban recogieron los libritos rojos y salieron por la puerta pavoneándose. Hanzhang lloraba y Jiansu estiró el brazo para coger un trocito de pan de maíz, pero Baopu lo detuvo. «Todavía no, Jiansu. Tenemos que hacer lo “primero de todo”».

Cuando Sui Buzhao se enteró del incidente estaba fuera de sí de rabia e indignación, preguntándose por qué permitían a los muchachos mostrar su lealtad al líder y cómo los rebeldes lo habían podido averiguar. Después de dar muchas vueltas al asunto le dijo a Baopu: «Deben tener binoculares».

Al cabo de poco su conjetura resultó ser acertada.

Cuando asesinaron a Cara de Harina durante la reforma agraria, su esposa de frente marchita y sus tres hijas le sobrevivieron, quienes rara vez salían de

casa y pronto fueron olvidadas por todos. Sin embargo, un día el líder de una organización se subió a una torre de vigilancia y, a través de sus prismáticos, vio a la arrugada esposa del propietario enterrando una tinaja de cerámica a los pies de un melocotonero, en una esquina del patio. Hacía seis meses que tenía los prismáticos y le habían proporcionado grandes satisfacciones, granjeándole el don de la omnipresencia. «¡Lo sé todo!», les decía a los demás en tono enigmático. Ordenó al lugarteniente que cogiera algunos subordinados y desenterraran la cuba. El lugarteniente salió y regresó al cabo de poco con la mujer temblorosa con los pies atados, junto con la tinaja y su contenido: unos viejos títulos de unas acciones y un libro de cuentas tan ennegrecido que nadie era capaz de descifrar. «Es un libro de contabilidad de un propietario», anunció el líder. El lugarteniente quedó asombrado. «¿Cómo sabías que estaba enterrado debajo del melocotonero?». «¡Yo lo sé todo!», fue la respuesta.

Este episodio motivó a los grupos rebeldes. Los miembros se pasaron la noche redactando un informe de lo sucedido, mientras uno de ellos fue enviado a la torre de vigilancia con un megáfono para informar a la población. La ciudad era un hervidero. «Encontraron un libro de cuentas». El líder era la envidia de todos sus compañeros. «¡Que se vaya a la mierda!», soltó otro. «Lo único que tiene es un asqueroso par de prismáticos». Pero pocos faltaron a la sesión de lucha.

El mismo líder se colgó los prismáticos del cuello mientras se paseaba por la ciudad fanfarroneando, con las manos en la espalda, satisfecho de sí mismo. Locos de envidia, los otros líderes no hacían más que imaginarse cómo lo aplastaban y le arrebataban los prismáticos del cuello. Un día el lugarteniente vio a la hija del propietario que había venido a traer comida a su madre y de regreso se había detenido en la habitación del líder, de donde no salió hasta al cabo de un buen rato. Desconcertado, arrestó a la hija del propietario y, tras interrogarla, lo descubrió todo.

El líder había amenazado a las niñas con ejecutar a su madre. Cuando se arrodillaron ante él para suplicarle por la vida de su madre las chantajeó a cambio de deshonrarlas, alternándolas cada vez. El lugarteniente suspiró profundamente al reparar que no podía enfrentarse a su líder en solitario, por lo que estableció una alianza secreta con otros dos grupos. Una noche detuvieron al líder, y la jornada siguiente los prismáticos ya colgaban de su

cuello.

Una solemne sesión de lucha congregó a casi todo el pueblo. Turnándose la presidencia del tribunal, el resto de cabecillas ordenaron a las niñas que expusieran su versión detalladamente, mientras el acusado permanecía atado sobre el escenario. Después de dos días de juicio el antiguo templo estaba abarrotado, convirtiendo el acontecimiento en una forma de aleccionamiento popular. Cuando una de las chicas llegó al punto más delicado de su narración, otro líder saltó al estrado y gritó al acusado: «¿Es esto lo que realmente sucedió?». Cuando la reunión hubo terminado las tres niñas fueron encerradas a la espera del dictamen. Esa noche, cuando la hermana mayor vio a las otras dos dormidas, se ahorcó de una ventana.

Un par de prismáticos había ayudado a cimentar la alianza entre varios grupos rebeldes que, junto con la inestabilidad política en las provincias, propiciaron las condiciones ideales para que en Wali se estableciera un comité revolucionario. Tras unas semanas de acalorados debates y negociaciones, se formó el comité. El día del anuncio oficial seleccionaron varios hombres fuertes para batir los tambores, y encendieron una traca de más de diez metros de largo. A Zhang-Wang le encargaron que se preparara para desfilarse sobre zancos a un grupo de mujeres de unos cincuenta años. Como los artistas ya habían actuado antaño en los festivales del templo el espectáculo fue un éxito rotundo, con el desfile deslizándose como una pitón por las calles principales y los pequeños callejones. Un grupo hacía retumbar los tambores, los otros encendían los petardos, pero lo mejor de todo fue la comparsa de zancudas de Zhang-Wang.

Las mujeres parecían más ágiles sobre los zancos que andando con los pies, sin el menor atisbo de que se pudieran caer o romper algo. Retorciendo el cuerpo y girando los hombros, buscaban la atención de los mayores. Sin embargo, ellos se limitaban a dar caladas a sus pipas, mientras sentenciaban en voz alta que no lo hacían como antes. «Las zancudas no lo hacen tan mal», comentaron, pero carecían de ese toque seductor que en otros tiempos los había vuelto locos. En el pasado el desfile de mujeres zancudas había sido un verdadero espectáculo. ¡Qué maravilloso recuerdo el de los hombres y mujeres empujándose entre sí, subidos en los zancos! Los hombres, ahora ya mayores, suspiraban y fumaban, secándose las esquinas de los ojos con las

mangas adornadas con brazaletes rojos.

El desfile se alargó hasta bien entrada la noche, con antorchas y linternas iluminando el camino. Para entonces el suelo estaba cubierto de los papelitos de los petardos y las zancudas cojeaban de agotamiento. Los tambores callaron durante un rato y solo se oía gritar algunas consignas dispersas. El desfile, que ahora avanzaba lentamente, continuó discurriendo por las calles hasta que sin previo aviso alguien abocó desde una azotea una mezcla de excrementos y orina, provocando un hedor nauseabundo que se apoderó del ambiente festivo. Entre gritos sobresaltados la multitud no tardó en dispersarse. Más tarde corrió la noticia de que varios asistentes habían sido alcanzados por el vertido, elevando el incidente a la categoría de sabotaje. Hallar a los culpables se convirtió en el primer caso del comité revolucionario tras haber asumido el control de Wali aunque sin poderes, pues el sello continuaba extraviado. A pesar de haber adoptado una línea de investigación «de las masas hacia las masas», el caso se cerró sin éxito y alguien comentó que una salpicadura de excrementos en su primer día de existencia no presagiaba nada bueno para el comité revolucionario.

A Wu el Barbillas, que todavía olía mal a pesar de haberse bañado varias veces, le fue encomendado el difícil trabajo de redactar un saludo respetuoso para mandarlo a Pequín. Menospreciando la calidad de las misivas enviadas hasta el momento, se comprometió a no escatimar esfuerzos y redactar una carta que sorprendería al mundo. Comenzó con las habituales series de «el más», pero su verdadero ingenio se demostró al utilizar «el más» siete veces en cada una de las tres filas, seguido de una elegante escritura tradicional y llenando los huecos con suspiros de emoción. Reticente a aceptar la misiva, el secretario del comité revolucionario exigió leerla en persona.

Este último, un analfabeto, al observar la ordenada caligrafía de Wu la encontró de su agrado y sentenció: «¡Bien!».

«Veo que tus conocimientos son muy profundos» —dijo Wu presumiendo ante el secretario—. ¿Crees que estos pequeños caracteres son solo garabatos? Para tu información, adopté la estructura de la frase del famoso prólogo del *Ensayo sobre el pabellón de Tengwang*: “El sol poniente se eleva junto a la garza solitaria / Las aguas de otoño comparten color con el cielo infinito”. Puede ser recitada o cantada. Su sabor dura tanto como un licor

añejo. Tal vez los saludos de los otros comités sean insulsos como el agua, carentes de valor literario, pero Wali, con su esplendorosa historia, requiere de mayor esmero». ¿Qué podía decir el secretario al respecto?

Wu estuvo trabajando con el contenido y el uso de los vocablos una semana entera, antes de conseguir el resultado final. Utilizando una vieja barra de tinta fragante, copió cada palabra con una caligrafía pulcra, pero la gente en el comité resolvió no enviarlo dado el ligero hedor nauseabundo que emitía. Todo el mundo se quedó perplejo cuando al cabo de unos días se dieron cuenta de que el olor no provenía de la tinta sino de Wu, que había sido salpicado durante la celebración.

Alguien sugirió airearla para disipar el olor, pero este persistió incluso después de varios días, sembrando el pánico entre los miembros del comité. Finalmente pensaron en Zhang-Wang. Después de oler el papel mezcló unas hojas de artemisa y unos pétalos de flores secas y los quemó para ahumar la misiva. Al cabo de una hora, la humareda se disipó y la carta olía tan bien que la gente no podía apartar la nariz de ella.

Ese año los vecinos de la ciudad participaron en incontables desfiles. Sus días se llenaron de sonidos de tambores y gritos, y sus noches solían ser agitadas. Incluso cuando por fin lograban conciliar el sueño, los estallidos de los petardos en la calle les sacaban de sus camas, arrastrándoles para unirse al desfile, bien fuera porque había llegado un «preciado libro» de la capital de provincia, bien porque retransmitían la «última instrucción» del Presidente Mao, ningún evento podía esperar al día siguiente. Una noche, después de haber conseguido dormirse, Sui Buzhao se despertó por el sonido de un tambor. Se puso los pantalones de un salto y salió corriendo. Las calles estaban llenas de una muchedumbre ruidosa que avanzaba en filas; al cabo del rato logró enterarse de que habían recibido la «última instrucción», pero no consiguió saber en qué consistía debido al ruido. No fue hasta la medianoche, cuando ya estaba a punto de abandonar el desfile, que por fin pudo oír algo: «... no es poca cosa». Después de haber soportado el frío de la noche, lo único que había podido conseguir era «no es poca cosa», y suspiró de desesperación.

Tal y como fue augurado desde el primer día de su formación, los



problemas no dejaron de acechar al comité revolucionario. Todo empezó con una queja sobre las diferencias de poder entre la Brigada Invencible y el Cuartel General Revolucionario, seguida de unos duros ataques por parte de las tropas de «apoyo a la izquierda», la cuales aseguraban que el comité revolucionario había instaurado un gobierno títere y juraron deshacerse de él llegado el momento.

Entonces los demandantes empezaron a llenar el patio de la sede del comité; al principio acudían por la mañana y se iban por la noche, hasta que un buen día decidieron acampar e iniciaron una huelga de hambre. Las unidades contrarias al comité formaron una confusa comisión con un grupo levantando una tienda donde los otros habían organizado la huelga de hambre. Los huelguistas proclamaron un listado interminable de demandas donde se incluía la «reestructuración del comité revolucionario». Tres días después de que los huelguistas dejaran de comer y beber algunos miembros del Comité, asustados, empezaron a aceptar algunas demandas menores, por lo que los huelguistas se limitaron a comer unas pocas gachas antes de regresar a la tienda. Tras varios quebraderos de cabeza, los miembros del Comité, ansiosos y enfadados, convinieron pedirle al anciano Li Xuanton que se sentara a mediar con los huelguistas. Por desgracia, a su llegada dentro de la tienda el despistado Li pensó que se encontraban meditando y procedió a recitarles el «Amita Buddha», antes de sentarse en la postura yóguica del loto con las piernas cruzadas. Cerró los ojos y tras iniciar una respiración superficial, entró en estado de trance. Se mantuvo así durante cinco días, durante los cuales los huelguistas fueron relevados dos veces, mientras Li seguía sentado, en calma, y así durante cinco días más. Pasado ese periodo la huelga de hambre terminó por romperse, y los huelguistas le maldijeron. Después de salir de su trance y marcharse a casa no hubo más paz para él, pues las facciones contrarias al comité no cesaron en sus amenazas, acusándole de reaccionario y de formar parte de tal o cual facción. Todo aquello se escapaba a la comprensión del anciano y cualquier cosa que los jóvenes le dijeran le representaba un auténtico quebradero de cabeza. Entonces un día comprendió la palabra «rebelde»; le afectó tanto que incluso le mudó el color de la cara hasta tal extremo que tuvo que guardar reposo. Tres días después murió.

Varias organizaciones se avergonzaban de los resultados de la fallida

huelga de hambre, la cual no solo no les había reportado ningún beneficio, sino que además había dejado a una docena de camaradas en los huesos. Ahora estaban aún más seguros de que «el poder nace del fusil». Sin rastro de las tiendas de acampada el patio del comité revolucionario parecía vacío, como si de pronto Wali fuera un remanso de calma a pesar de estar colmado de gente resoplando de descontento. Las calles estaban desiertas y la gente intentaba evitar aquel silencio aterrador, aunque no duraría mucho tiempo. Sobre la ciudad estalló una noticia impactante: un grupo de desconocidos había desarmado a los soldados. La gente cayó presa del pánico, pues todos sabían que la guerra estaba al caer. Hasta el momento en las reyertas solo se habían utilizado palos y ladrillos. La milicia de Zhao Duoduo poseía unos pocos fusiles, pero los habían utilizado básicamente para disparar al aire o para matar perros, los cuales casi siempre terminaban en el plato de la cena del Comandante Zhao. Ahora los soldados habían sido desarmados y nadie sabía por quién. El líder de los soldados desarmados exigió a través del altavoz que devolvieran las armas, amenazando con severos castigos de no hacerlo. El comandante juró abrir fuego sobre los que habían robado sus armas de fuego. Pero sin armas con las que disparar, la amenaza no parecía muy convincente. Tanto las facciones del comité revolucionario como la oposición se pasaron varios días conspirando en secreto.

\* \* \*

Zhao Duoduo atesoraba, orgulloso, el mapa más detallado para planificar el ataque contra la Brigada Invencible. Cada facción rebelde tenía un «centro de comando de primera línea», encabezado por su líder. Mientras los rumores no hacían más que crecer, el presentimiento de una guerra inminente era compartido. Algunos dijeron que iba a estallar no solo entre las facciones de dentro la ciudad, sino también entre las del exterior. Los enfrentamientos se propagaron por las afueras de Wali y por fin pudieron sacar todo el rendimiento al arsenal. Incluso mandaron tanques. ¡Impresionante! Se derramó sangre en varios lugares, y los enfrentamientos no cesaban. Según una fuente fidedigna, las facciones rebeldes apoyarían a sus camaradas en armas con un tanque reacondicionado en la fábrica de tractores del condado.

Mientras la ciudad se veía envuelta por un torbellino de rumores, alguien dio la alarma de fuga del más acérrimo partidario del camino capitalista que había en Wali, Zhou Zifu. Se había escapado de la cárcel y no podían encontrarlo. La ciudad se estremeció ante tal descubrimiento, como si todos sus esfuerzos hubieran sido en vano. Numerosos vecinos indignados ocuparon las calles. Algunos cercaron la sede del comité revolucionario. Las comunicaciones fueron cortadas; los teléfonos dejaron de funcionar. Antes de la puesta de sol se oyó el primer disparo, seguido de una ristra sin fin. Era la primera vez que la gente de veinte y treinta años oía disparos reales. El sonido se fue repitiendo a lo largo de la jornada, incluso después de que la luna se elevara en el cielo. Un hombre corría por el tejado a la luz brumosa de la luna cuando una explosión repentina le derribó. Casi todas las azoteas estaban ocupadas por personas que disparaban, lanzaban tejas, o simplemente gritaban. Cuando las facciones salieron a la calle a luchar, todos los habitantes se pusieron a cubierto. Algunos de los guerreros llevaban toallas blancas atadas en el brazo y otros en la cabeza. La ciudad se llenó del eco de los golpes de los palos y de los gritos de angustia. En una parte se declaró un incendio, y a continuación se oyeron los gritos de una anciana llamando a su hijo. «¡Detened a los canallas!», gritó una voz que súbitamente quedó ahogada.

Durante las noches de choques sangrientos mucha gente se echaba al suelo y se quedaba acurrucada, inmóvil. Sui Baopu y sus hermanos también lo hacían, escondidos debajo del enrejado de judías, temblando de miedo. Había muchos rincones y, de repente, en la ciudad reinaba el silencio y las personas contenían la respiración de forma colectiva.

En la esquina norte de Wali había un pajar envuelto en la oscuridad debido a la proximidad de un gran caserón que no dejaba pasar la luz de la luna, condenando el lugar a la penumbra. Era un cobertizo para el ganado donde el dueño estaba extenuado por el cuidado dispensado a uno de sus animales. Ahora descansaba profundamente dormido en un rincón de la nave ocupado por un viejo caballo, dos vacas viejas y sus descendientes. El propietario había cuidado durante muchos años con especial esmero una de las vacas; siempre había hablado con ella antes de irse a la cama, excepto esa noche. Incluso con los furiosos disparos acechando afuera, el hombre estaba tan cansado que se desplomó en el suelo y se quedó dormido. Alguien había

clavado un cuchillo en la parte trasera de la vaca varios días atrás. Cuando su dueño encontró el animal tendido en el suelo en medio de un charco de sangre casi se desmayó. Llamó a un veterinario y veló la vaca día y noche pero fue en vano, esa noche la vaca respiraba con visible dificultad y apenas era capaz de sostenerse. Era una vaca amarilla, apareada con un toro negro para dar a luz un ternero amarillo, que algún día se convertiría en un poderoso toro. Ahora el toro negro y el ternero amarillo yacían junto a la vaca, que lamía el hocico del becerro mostrando por última vez su tierno amor por el retoño. De la esquina del ojo del toro se derramó una lágrima y la joven cría mugió suavemente. En ese instante en los ojos de la vieja vaca apareció un destello que rápidamente se apagó. Su cabeza se deslizó al frente mientras su cuerpo caía abatido hacia un lado. Entonces el toro se puso de pie soltando un largo lamento.

El propietario se desveló. Afuera el sonido de los disparos se hizo más intenso.

## 25

De pie tras el mostrador, la otrora funcionaria atendía con garbo a un variopinto grupo de clientes mientras no dejaba de lanzar incesantes acusaciones contra Zhao Duoduo. Desde la llegada del equipo de investigación se sentía resarcida y más segura, y de ahí que su repertorio de quejas fuese más punzante de lo habitual. Entonaba una letanía de agravios con un tono malicioso, augurando una pronta y horrenda muerte para Zhao, mientras describía detalladamente cómo había abusado de ella durante el último año. Zhang-Wang se reía mientras la escuchaba, mostrando sus oscuros dientes limados. «¿Y después qué pasó?», preguntaba. Se habían convertido en grandes amigas; la bofetada que la joven había recibido en el funeral de Qisheng estaba olvidada. Zhang-Wang le enseñó a engatusar a los clientes a la hora de medir las telas, pesar el azúcar, el bicarbonato y la pimienta. La joven aprendía tan rápido que tenía a Zhang-Wang impresionada. «Jiansu tuvo buen ojo», solía decir. Cuando mencionaban a Jiansu, a la joven se le ponían los ojos vidriosos, lamentándose de que Zhou Yanyan no lo merecía, pues cuando atendía detrás del mostrador se podía notar el inconfundible olor a axilas sudadas.

Jiansu venía con frecuencia, siempre con nuevas mercancías. En una ocasión trajo un proyector gracias al cual pudieron ver muchas películas, en su mayoría de artes marciales. Después de levantar una tienda de campaña delante del Emporio Wali, Zhang-Wang y la funcionaria se dedicaron a cobrar veinte *fen* por espectador. Las películas arrasaron atrayendo a jóvenes y viejos por igual. Los empleados de la fábrica de fideos dejaban su puesto y se pasaban horas viendo películas. Zhao Duoduo, preocupado por la investigación, no escatimaba esfuerzos en intentar que regresaran al trabajo.

Con la excusa de examinar el contenido de los filmes, Luan Chunji lograba verlos sin pagar, mientras Li Yuming seguía las normas y nunca trató de ver un pase de forma gratuita. Sui Buzhao no se perdía uno; pagaba religiosamente y siempre se sentaba en las primeras filas para regalar sus comentarios al público. Tras el regreso de su primera visita al viejo barco ya les había hecho una sinopsis de ese tipo de películas: el muchacho no logra conquistar a la mujer y la mujer nunca rechaza al misterioso anciano. En una ocasión apareció en pantalla un anciano cojo que le llamó la atención, advirtiéndole al resto de personajes del filme: «¡Tened cuidado!». A la salida de la tienda de campaña, cargando con sus banquetas, los ancianos reconocieron que aquellos filmes eran mucho más interesantes que los espectáculos occidentales de destape de su juventud.

Relajados y entretenidos con las películas, durante unas semanas los vecinos se olvidaron de los riesgos del bote radioactivo extraviado y de la euforia provocada por el hallazgo del río subterráneo. Unos pocos se percataron de algo: el clan Sui estaba recuperando poco a poco protagonismo, mientras el clan Zhao, tras el colapso de la empresa de fideos, iniciaba su declive. Alguien comentó que Sui Baopu no había acudido a una sola función, pero en cambio entraba y salía de la fábrica sin cesar, como si se tratara del propietario encargándose de la leche de judías y de la piscina de sedimentos, e incluso controlaba la temperatura del agua de las judías en remojo. Daxi y Naonao tampoco habían visto ni una película. El cambio de Naonao había sido más notorio que el de Daxi; ahora apenas hablaba. Alguien aseguró haber visto a Baopu pasar frente la piscina, quedarse mirando a Naonao mientras trabajaba e intercambiar unas miradas un tanto extrañas con ella durante largo rato antes de desaparecer.

Jiansu por su parte se marchó inmediatamente después de haber instalado el proyector, dejándolo todo en manos de Zhang-Wang y la ayudante novel. Al cabo de poco las mujeres estaban tan cansadas de cobrar las entradas que decidieron proyectar las películas solamente en fin de semana. Eso levantó las quejas de los jóvenes y dio una excusa a los ancianos para pedir a Zhang-Wang que volviera a venderles licor. Accedió a la petición de los ancianos, pero se mantuvo firme en el nuevo horario. Para aquel entonces la funcionaria ya había aprendido a aguar el licor, aunque con la piel de naranja era menos

generosa. Zhang-Wang estaba contenta con ella, menos cuando a su regreso de dar un masaje al Cuarto Maestro la descubrió comiendo un tentempié a hurtadillas.

En medio de tanta novedad la gente se olvidó del Cojo. Su flauta no sonaba desde hacía tiempo. Una de esas noches Sui Buzhao tuvo la sensación como si la ciudad estuviera vacía y, sin ganas de zambullirse en su libro de navegación, se marchó en busca de Baopu. Durante la conversación surgió el tema de la boda de Xiaokui y después de un silencio Baopu confesó que sentía la obligación de hacerles una visita.

A la mañana siguiente reapareció Sui Buzhao apremiado. «Dijiste que querías hacerles una visita, ¿no? Pues bien, ya ha llegado el momento. Xiaokui acaba de tener un hijo».

«¿Un hijo? —exclamó Baopu, tembloroso—. ¿Que ha tenido un hijo?».

«Sí. Por eso no oíamos la flauta del Cojo. Estaba demasiado ocupado cuidando de su esposa embarazada. Echando cuentas, se debió quedar embarazada cuando cambió la melodía».

«Tengo que ir a ver al niño. Debo hacerlo».

Por encima del pequeño patio del Cojo subía el vapor. Baopu empujó la puerta abierta y entró, con la frente empapada en sudor. El Cojo, de cuclillas delante de una olla de acero, añadía más leña para hervir el agua. Al ver a Baopu se levantó de un salto y lo detuvo con sus brazos. «No puedes entrar». Baopu se contuvo para no apartarlo de un empujón. «Sin contar con la partera —prosiguió el Cojo—, a la primera persona en ver al niño se le llama “el parecido”, porque el niño va a desarrollar su temperamento. No tengo nada en tu contra, pero eres del clan Sui y no quiero que mi hijo se parezca a vosotros».

Baopu se sonrojó como si le hubieran dado una bofetada. Se sintió profundamente ofendido. «¿Tan bajo hemos caído?».

El agravio le irritó tanto que lo apartó de un empujón e irrumpió en las estancias en medio de los gritos de sorpresa del flamante padre. Cuando oyó los susurros del bebé provenientes de una habitación del ala este el corazón de Baopu dio un vuelco. Con cuidado de no asustar a la criatura, entró en la habitación de puntillas, donde depositó en un baúl un poco de azúcar moreno y unos huevos. Xiaokui, que acababa de amamantarle, se cerró la blusa para cubrir sus pechos, y miró

firme y serena a Baopu. Su cara tenía un brillo que la hacía más joven y hermosa.

Baopu se acercó a ver al bebé. Tenía la piel rosada y lo miró con sus grandes ojos brillantes llenos de felicidad, como si realmente le pudiese ver. Baopu extendió la mano para tocar sus diminutas piernas y el bebé comenzó a patallar. Lo cubrió con la mantita, pero se quedó a su vera mirándolo. Los ojos del bebé abandonaron la cara de Baopu y empezó a llorar. Baopu se sintió abrumado, sin saber qué hacer. El pequeño apartó la manta y soltó un quejido que sonaba como una fuga de agua en una presa a punto de resquebrajarse. Xiaokui le ofreció el pezón, pero lo rechazó y su gemido sonó más alto cuando apareció el Cojo, quien lanzó una mirada inquisitiva a Baopu. Xiaokui le indicó con la mirada que se retirara, y así lo hizo. Pero el bebé seguía llorando, un sonido que parecía desgarrar las entrañas de Baopu en mil pedazos. Se paseó alrededor del *kang* durante un rato antes de sentarse a esperar a que el bebé se calmara como finalmente hizo. Xiaokui lo limpió con un suave pañuelo amarillo.

Durante el rato que duró la visita, Baopu no logró acabar una frase ni una sola vez. El hermano mayor, Leilei, había salido a jugar y no aparecía por ningún lado, mientras Xiaokui yacía sobre el *kang* llena de satisfacción, observando plácidamente a Baopu y al bebé. Por la ventana entraban los cálidos rayos del sol. Percibiendo la fragancia de unas rosas, Baopu escudriñó la habitación con la mirada hasta dar con el ramo de flores en un antiguo jarrón sobre el baúl.

Cuando regresó, su tío seguía en casa. «¿Se encuentra bien el bebé? —le preguntó a Baopu—. No he dejado de pensar en la dichosa lata».

Baopu negó con la cabeza. «Es el bebé más hermoso que jamás he visto. Crecerá grande y fuerte».

\* \* \*

Hacía tiempo que Jiansu no venía y mientras en la tienda empezaban a escasear las mercancías, en la carpa se repetían las mismas películas una y otra vez. Zhang-Wang no paraba de nombrarlo y la funcionaria enganchó su



tarjeta de visita en la tapa del espejo de mano. Los empleados de la fábrica seguían entreteniéndose en el Emporio llevando aparentemente una vida ociosa. Su director general, de lo contrario, parecía haber perdido el norte tras la llegada del equipo de investigación. Se emborrachaba a diario y de su oficina solo salían gritos. Insistía una y otra vez en que en Wali había un traidor, y que tarde o temprano lo encontraría y se encargaría de aquel bastardo. Desde la suspensión de las exportaciones y los préstamos, la situación había empeorado drásticamente. El departamento de exportaciones había concentrado sus esfuerzos en la obtención de capital para la expansión de la fábrica, pero dicha expansión nunca llegaba. Mientras tanto, la investigación avanzaba a buen ritmo y empezaban a emerger algunos detalles. Zhou Zifu también estaba bajo sospecha y no pudo seguir protegiendo a Zhao Duoduo puesto que tanto el comité provincial como el comité disciplinario hacían seguimiento del caso, en el cual estaba implicado incluso el subdirector del departamento de exportaciones. Lu Jindian se mostraba firme en seguir la ley y metódico en su investigación. El jefe de la calle Gaoding, Luan Chunji, trató de bloquear la investigación, pero fue en vano mientras Li Yuming, un hombre inofensivo, fue duramente criticado por su incompetencia y por su conducta indisciplinada carente de principios. Al final decidió cooperar. Aprovechando la prolongada ausencia de Jiansu se presentó una denuncia contra él alegando que el material lascivo distribuido en el Emporio Wali era nocivo para la moral del pueblo y, por lo tanto, violaba la ley. Como prueba adicional mencionaron los pantalones vaqueros que ahora vestían los jóvenes. Más tarde se sabría que el informante había sido Wu el Barbillas con la colaboración de Shi Dixin. El Departamento de Seguridad Pública abrió una investigación al respecto, empujando a cientos de jóvenes a ponerse sus pantalones vaqueros para demostrar la inocencia de Jiansu. Incluso los ancianos declararon no haber visto ninguna escena con desnudos en las películas y que, comparadas con los viejos espectáculos occidentales de destape, les parecían mucho más decentes. A pesar de ello, la oficina ordenó reducir la frecuencia de las proyecciones a la mitad: una vez cada dos semanas. Antes estos sucesos, Sui Buzhao y Baopu se empezaron a preocupar por Jiansu; no era propio de él descuidar un negocio en auge sin enviar ni una sola carta a casa durante todo ese tiempo.

Un día apareció Zhang-Wang con un telegrama abierto para Baopu; lo habían enviado al Emporio Wali y solo contenía dos terribles palabras: «Jiansu enfermo». «¿Quién lo ha enviado?», preguntó.

«Esto es todo lo que pone».

El corazón de Baopu empezó a palpar mientras miraba las dos palabras y, después de haber informado a su tío, se marchó a la ciudad a buscar a Jiansu.

Baopu trató de localizar el Emporio Wali. Ante la mirada evasiva del dueño de la tienda, quien había enviado el telegrama, Baopu entendió que la situación era grave. Cuando el hombre le explicó la situación, Baopu palideció y se desplomó. Ayudándole a sentarse en una silla el propietario murmuró: «Nuestra tienda está acabada. Acabada. ¡Esto es como un trueno en medio de un cielo despejado!».

Todo el mundo en la tienda escuchó la conversación entre el dueño y el hermano del gerente.

Baopu supo que Jiansu había sufrido unos mareos durante los últimos seis meses hasta que un buen día se desmayó. Primero fue atendido en la clínica más cercana y de ahí le trasladaron rápidamente a un hospital. Al principio nadie creyó que fuese grave. Zhou Yanyan y las dos dependientas le visitaban a diario y Yanyan incluso se quedaba alguna noche. No obstante, cuando salieron los resultados de las pruebas, los médicos llamaron para hablar con sus familiares. Fue entonces cuando supieron que algo iba mal. Aunque no estaban oficialmente casados, Jiansu y Yanyan vivían como marido y mujer, así que el dueño avisó a Yanyan para que fuera. Regresó llorando. Jiansu tenía una enfermedad terminal. Aturdidos por la noticia, decidieron no decirle nada antes de haber contactado con su familia.

Desde entonces Zhou Yanyan no había vuelto al hospital alegando que estaba muy ocupada. Cuando el dueño de la tienda le dijo a Baopu la suma de dinero que ya habían pagado al hospital, su voz se quebró.

«¿Qué hacemos? —preguntó Baopu—. ¿Trasladarlo a otro hospital?».

«Si un hospital de prestigio no puede hacer nada por él, entonces nadie puede. Es el curso de la enfermedad. A mí no me importan los gastos, pero creo que es mejor llevarlo a casa y que esté bien atendido».

«¡Solo tiene treinta y siete años!», exclamó Baopu entre lágrimas antes de salir camino del hospital. Al entrar en la habitación Jiansu le miró y los dos hermanos se abrazaron.

«Debería haber venido antes, Jiansu. Soy tu hermano mayor y no debería haberte dejado solo. Te he fallado». Mientras acariciaba el cabello despeinado de su hermano, Baopu hablaba como si las palabras se ahogaran en su garganta.

«No quería explicártelo ni que la noticia llegara a Wali. Si no puedo volver sobre mis propios pies, prefiero morir aquí. No quiero que Wali vea a otro moribundo, pero echo de menos mi casa. Echo de menos a Hanzhang, al tío y a nuestra ciudad. Aquí no tengo a nadie. Incluso Zhou Yanyan dejó de venir a verme».

«Te trasladaremos a otro hospital y encontraremos una cura». «Mi enfermedad es terminal». «No existe tal cosa no en este mundo». Jiansu se levantó y le suplicó: «¡Baopu! Echo de menos mi casa, de verdad. Estaba deseando que me llevaras a casa. Me encuentro muy mal. Incluso un hombre sano enfermaría si sufriera como yo lo hago. Sé que no hay cura para mí aquí en la ciudad, así que, por favor, llévame a casa contigo».

Baopu miró la cara macilenta de su hermano, quien continuó suplicando mientras hundía el rostro contra su pecho. Al día siguiente se pusieron en marcha de regreso a Wali. Todos los miembros del clan Sui acudieron a verle, seguidos de los dirigentes locales Lu Jiandian, Zou Yuquan y Li Yuming. Cuando llegó el Cuarto Maestro, Hanzhang estaba sollozando, pero al ver su figura imponente, de pie en el patio, paró. Tras un breve instante, el Cuarto Maestro dio media vuelta y se marchó por donde había venido. En Wali reinaba el silencio y la gente se acordó de Dahu; era como si la propia ciudad estuviera enferma. Incluso quienes habían deseado la desaparición del clan Sui cambiaron de opinión tras el anuncio de la muerte. No era momento de ofensas.

Al salir de la habitación del enfermo, Sui Buzhao tropezó y se cayó; permaneció allí, en el suelo húmedo sin ganas de levantarse, y alzando la mirada hacia el cielo gritó algo ininteligible. Al ver un halcón sobrevolando el cielo levantó los brazos hacia el pájaro mientras éste daba vueltas en círculo, observando la actividad en el patio de los Sui. De pronto se acordó del pájaro

que fue avistado cuando desenterraron el viejo barco y gritó: «¡Tú! ¿Qué has visto? Dime si has visto algo».

Cuando empezó a oscurecer las visitas se retiraron dejando a los tres hermanos solos. Hanzhang preparó la cena para Jiansu y, aunque comió poco, le supo a gloria. Al caer la noche el viento comenzó a soplar y de repente escucharon a alguien llamando en la ventana. Jiansu se incorporó y gritó: «¡Daxi!».

Baopu y Hanzhang intentaron convencerle para que volviera al *kang*. La puerta se abrió y Daxi entró y se sentó en su regazo, mirándolo fijamente a los ojos como si no hubiera nadie más alrededor. Mientras las lágrimas brotaban de los ojos de Jiansu, la chica lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho. Baopu se secó las esquinas de los ojos, cogió a Hanzhang y se retiraron, dejándolos solos. Las lágrimas rodaron por la cara de Jiansu y cayeron sobre el pelo y la cara de ella. Daxi se acercó para limpiarle las lágrimas y Jiansu tomó sus manos, las besó y las apartó. Se quedó encogido en un rincón del *kang* y susurró con un hilo de voz apenas audible: «Daxi, me estoy muriendo».

Ella negó con la cabeza.

«Es cierto. Ahora ya no temo nada, por eso regresé».

Ella siguió sacudiendo la cabeza.

Una semana más tarde el equipo de investigación anunció su dictamen: la empresa de fideos sería severamente sancionada y todos comprendieron que Zhao Duoduo estaba acabado. Los inversores estaban encolerizados. Con la marcha del equipo de investigación surgieron las disputas. Luan Chunji se enfrentó a Li Yuming acusándolo de ser el miembro más inútil del clan Li. En lugar de defenderse, confundido, Li se encerró en casa para reflexionar sobre su vida como si durante las últimas décadas hubiese vivido en un mundo de ensueño. Las pérdidas eran tan grandes que afectaron a toda Wali, no solo a Zhao Duoduo. El negocio cayó en picado y entonces alguien avisó de una cuba en mal estado. Zhao se quedó en su oficina dejando a los nerviosos trabajadores a su suerte.

Era obvio que la fábrica no se salvaría, y la cuba era el golpe de gracia. Trabajadores y autoridades hicieron un llamamiento para salvar la cuba, con Lu Jindian dando voces en la sala de procesamiento hasta quedarse ronco. Tres días después, Li Yuming ató una cinta roja en la puerta para ahuyentar la

mala suerte, pero a la mañana del cuarto día el hedor agrio de la cuba de leche y de la piscina de sedimentos atraía enjambres de moscas. Baopu permanecía junto al lecho de Jiansu. Guo Yun, que acudía a visitarle, decidió hacerse cargo del paciente en su casa para que Baopu pudiera trabajar en la cuba. Entonces ya era el cuarto día y el hedor flotaba pesadamente en el aire. Ordenó que quemaran artemisa para ahuyentar las moscas y dirigió a varios jóvenes forzudos para que removieran sin parar el líquido de la cuba y la piscina. Después de probar la leche de judías al día siguiente, sufrió una fuerte diarrea seguida de varios días de malestar intestinal, pero apretó los dientes y continuó trabajando. Durante esas jornadas, los empleados trabajaron arduamente, con la frente empapada en sudor. Los pantalones vaqueros de Naonao sucios de leche y otros líquidos irreconocibles se aferraban a su cuerpo haciéndola aún más atractiva. Trabajaba sin abrir la boca, satisfecha de encargarse de las tareas más duras. Por la noche asó una bola de almidón para compartirla con Baopu. Al séptimo día un aroma fragante inundó la sala. «¡Está funcionando!», gritaron emocionados, mientras la espalda de Baopu se alejaba. Naonao regresó a su puesto donde continuó cepillando los fideos húmedos como de costumbre. Zhao Duoduo apareció después de haber recuperado la cuba apestando a alcohol y con los ojos inyectados en sangre. Soltó una sarta de improperios, pero solo tres palabras fueron inteligibles: «Deshacerme de él».

Duoduo solía recorrer las calles a toda velocidad montado en su coche, apartando a los peatones a su paso. El resto del tiempo lo pasaba encerrado en la oficina durmiendo, bebiendo, paseando o simplemente blasfemando. Un día visitó a su antigua secretaria para pedirle que volviera a trabajar para él. Alargó la mano para tocar sus pechos, pero la retiró rápidamente e hizo una serie de muecas extrañas. Convencido de que estaba perdiendo la cabeza, ella aplaudió satisfecha. Esa noche se coló en su oficina, donde se asomó por una rendija de la puerta y vio a Zhao vestido solo con calzoncillos paseando por la habitación con el rostro oscuro y sin brillo. Por alguna razón comprendió que estaba a punto de morir, lo cual le alegraba solo de pensarlo. Entonces vio el cuchillo en el alféizar de la ventana y recordó la noche que lo utilizó para amenazarla. ¡Cómo le hubiera gustado cogerlo para destriparlo! Aunque la idea de su pronta muerte le entusiasmaba, estaba obsesionada con el deseo de

venganza. Al final se contentó con dar una patada contra la puerta antes de salir corriendo.

\* \* \*

Baopu nunca se había sentido tan cansado. Era la primera vez que volvía a su cuarto y reposaba desde que Jiansu había caído enfermo y la cuba se había estropeado. En su sueño se vio a él y a un Jiansu sano afuera en la planicie, donde la arena ocupaba una vasta extensión de color azul pastel. Jiansu señaló un objeto en movimiento, rojo como el sol aproximándose; era el viejo caballo castaño de la familia. Primero montó Jiansu y después él. Con los dos hermanos encima, el caballo golpeaba los cascos contra la arena azul y se alejó al galope.

Baopu se despertó con el sabor del dulce sueño y recordó que Jiansu también le había hablado del mismo sueño, del caballo y de la arena azul. Saltó del *kang* y salió en busca de Guo Yun. Por el camino pensó que el viejo doctor era el único que comprendía al clan Sui; si Guo no podía salvarlo, entonces no había nada que hacer. Su sueño podía ser un mal augurio, pero también podía ser justo lo contrario.

Nervioso, abrió la puerta de la residencia del viejo médico y se encontró al anciano leyendo bajo un enrejado de glicinias.

Con cuidado de no molestarle, Baopu se acercó pasando de puntillas. Guo Yun sostenía un libro encuadernado y movía levemente la cabeza mientras leía. Para sorpresa de Baopu cada pocos segundos giraba la página con el dedo índice. Nunca había visto a nadie leer tan rápido. Al cabo de poco terminó el libro. Baopu suspiró mientras el anciano dejaba el libro sobre una mesa de piedra e hizo un gesto a un taburete junto a él para que se sentara. «¿Has leído el libro entero?», preguntó Baopu. Guo Yun asintió. Baopu se puso de pie y volvió a sentarse sacudiendo la cabeza. «Algunas personas leen palabras — dijo Guo con una sonrisa— y otros leen frases. Yo leo el espíritu, el *qi*».

Baopu no le entendió. ¿Qué era el *qi*? ¿Cómo podía un libro tener *qi*?

El anciano tomó un sorbo de té y prosiguió: «El autor vierte el *qi* de su corazón en su obra. El *qi* sigue a la mente, dotando el libro de espíritu. Cuando

tú lees, empiezas lentamente y vas ganando rapidez a medida que vas captando el *qi* literario, y sigues avanzando. Si la unión se rompe, es un mal libro. Cuando ves la página de un libro no hay nada más que el color de la tinta, como si fuesen hormiguitas negras. Cuando el *qi* comienza a fluir, algunas hormigas negras mueren y otras sobreviven. Tus ojos escogen las partes vivas, ignorando las inertes. Entonces empiezas a sentir la esencia del momento, cuando el autor movía su pincel. De lo contrario, estarás perdiendo tu tiempo y tu energía, quedándote en la superficie y sin obtener ningún placer de la lectura». Guo Yun miró a Baopu mientras cogía el libro y se lo guardaba en el bolsillo.

Baopu estaba sentado en silencio, incapaz de hablar. A pesar de no haberle entendido del todo, estaba convencido de haber aprendido algo importante. Ahora se arrepentía de no haber visitado a Guo más a menudo, en lugar de haberse quedado siempre encerrado en el molino. Guo señaló una habitación en el ala este. «Jiansu está ahí. Le di un caldo para tranquilizarle y ahora está durmiendo. Debe quedarse. Con tiempo y los cuidados adecuados puede reponerse. Si recupera su vigor, debería ser capaz de defenderse del mal externo».

Baopu asintió y dejó que sus ojos se desviaran hacia la habitación flanqueada por un platanero, y sintió el impulso de contarle que Jiansu había sufrido más que nadie en su familia, y cómo durante su juventud se había esforzado para abrirse paso en el arduo camino de la vida, pero se resistió a la tentación. Guo era la persona mejor indicada para cuidar de su hermano.

Baopu no esperaba un milagro, todo a lo que podía aspirar era a que Jiansu recuperase las ganas de vivir gracias a los cuidados de la persona más sabia de Wali. Cuando los ojos de Baopu se empañaron, Guo se levantó, caminó alrededor de la glicina y bajó la mirada. «Tenemos suerte de tener tiempo, así que trabajaremos duro. Le vigilaré en todo momento y me aseguraré de que todo marche bien. Me encargaré de que se tome el medicamento, practique sus ejercicios de *qigong*<sup>28</sup>, y no coma ni beba nada que no sea fresco. “Los cinco granos, junto a las cinco frutas, son el alimento básico; las cinco carnes de animal son beneficiosas si son acompañadas de las cinco verduras”. Cuando se deshaga del mal, podremos corregir el núcleo y fortalecer la esencia. Soy viejo, y este será el último acto que el cielo me

concede».

Baopu corrió a los brazos del hombre con los labios trémulos, incapaz de pronunciar unas palabras de gratitud, y entraron en casa. Desde la muerte de su esposa Guo era el único que habitaba aquella espaciosa casa que años atrás había hecho las funciones de clínica. El lugar seguía estando impregnado por el aroma a hierbas. En la sala este había dos botiquines altos, mientras el cuarto central parecía medio vacío, amueblado de forma sencilla con una bonita silla, un juego de muebles de calidad lacados en rojo y algunas plantas en sus respectivas macetas. La sala oeste era el dormitorio y el estudio de Guo. Baopu tenía una sensación extraña. Había una cama, un escritorio, una silla y una estantería junto a la cama para facilitar el paso. Las paredes estaban cubiertas de pergaminos, algunos con caligrafía, otros con pinturas. Sobre la mesa y en la pared de enfrente había unas placas redondas giratorias. Una era un «Diagrama de los Seis *Qi* y las Cuatro Estaciones» y la otra un «Diagrama del Invitado y del Anfitrión». Las placas estaban formadas por círculos concéntricos cubiertos por unas inscripciones arcanas. A Baopu le resultaba incomprensible. Al ver sus cejas fruncidas Guo señaló el primer diagrama y explicó: «Nuestras enfermedades corresponden a los cinco movimientos y los seis *qi*. El viento, el calor, la humedad, el fuego, la sequedad y el frío son los seis *qi*, que a su vez se dividen en tres *yin* y en tres *yang*, bajo la influencia de las variaciones estacionales. Los seis *qi* están sincronizados con las veinticuatro divisiones solares y se dividen en seis fragmentos que dan origen al orden de los cinco elementos, cada fragmento compuesto por sesenta días y ochenta y seis horas y media».

Baopu se rio avergonzado y sacudió la cabeza. «Cada vez estoy más perdido».

Guo le estiró de la barba y se detuvo un momento antes de continuar. «Jiansu no enfermó de forma repentina, y el principio básico para su curación está relacionado con lo que acabo de decir, en si vamos deprisa y utilizamos dosis de medicación altas o si, por el contrario, vamos poco a poco dispensándole los cuidados necesarios».

Baopu giró la placa redonda e intentó leer las inscripciones. En el suelo, cerca de la estantería, había un par de pesas de piedra seguramente para hacer ejercicio. Justo al lado había una bolsita de tela que resultó estar llena de



guijarros del tamaño de una nuez, con dos nudos en la obertura. Baopu pensó que eso también era para hacer ejercicio y preguntó al anciano cómo lo utilizaba. Guo negó con la cabeza. «Es mejor que los hombres jóvenes como tú no lo sepáis».

Baopu asomó la cabeza en la habitación de su hermano en varias ocasiones, pero siempre lo encontró dormido. Después de cenar regresó y finalmente se encontró a Jiansu apoyado en la ventana mirando afuera. Como si quisiera abrazarle, Jiansu dio unos pasos hacia adelante, pero luego retrocedió y se sentó en el *kang*. Baopu le tocó la frente; todavía tenía fiebre. «Hanzhang vino, pero se marchó al rato», dijo Jiansu, con tono nostálgico. «Te estaba esperando. Guo Yun no me deja salir así que, por favor, ven a verme a diario». Baopu asintió.

Retirando la manta, Jiansu se inclinó hacia atrás para poder ver a su hermano, hasta que las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas.

Mientras Baopu le secaba las lágrimas, Jiansu le cogió las manos y le dijo: «Tengo muchas cosas que contarte y temo que no me dé tiempo. Sé que no voy a curarme, digan lo que digan. Nadie puede curarme, ni los médicos de la capital ni Guo Yun».

Baopu se enfadó y apartó las manos. «No. Debes hacer caso a Guo Yun. Él te ayudará a recuperarte. No seas negativo. No quiero oírte hablar así».

Jiansu se incorporó y le dio un golpe en las piernas. «No tengo miedo a morir —dijo con seguridad—, ¿por qué debería engañarme? No, no lo haré». Y las lágrimas volvieron a fluir. Mirando el pelo canoso de Baopu soltó un suspiro y se volvió a reclinar. «Está bien, no volveré a pensarlo. Viviré... Seré... fuerte».

Baopu se sentó en un taburete a fumar.

Mientras miraba al techo Jiansu dijo: «Cuando estuve en el hospital me pasaron muchas cosas por la cabeza. Al principio tenía visitas, pero al saber que me estaba muriendo dejaron de venir. Incluso Zhou Yanyan me abandonó. Pero eso me hizo recapacitar sobre todo lo ocurrido. Me acordé de la subasta y de nuestras discusiones nocturnas, especialmente de la última. También pensé en mamá y papá, en la muerte de nuestro padre y en la vida del tío, y empecé a dudar de mí mismo. Me preguntaba qué nos depara a esta generación de los Sui. Tal vez tenías razón. Tal vez deberíamos ser todos como tú; tal vez

no me debería haber enfrentado a Zhao Duoduo ni debí marcharme a la ciudad. El clan Sui está predestinado a sufrir hasta el fin de sus días.

Hay tantas cosas que no sabes. Cuando llegué a la ciudad el negocio marchó bien, pero me engañaron, primero una empresa y después un comerciante de telas de Wuxi. El propietario y yo compartíamos ganancias y pérdidas. Cuando me hospitalizaron firmé un acuerdo poniendo el Emporio Wali como aval. Nunca te expliqué nada de esto. Pero eso no es lo peor. ¿Te acuerdas de la discusión que tuvimos cuando regresé, esa noche que estuve llorando en el *kang*? Sabía que querías apartarme de la fábrica de fideos y estaba furioso. Zhang-Wang me transmitió un mensaje del Cuarto Maestro, Zhao Bing; quería que yo fuera el relevo de Zhao Duoduo, así que creí que finalmente había llegado el momento de hacerme cargo de la empresa. En lo más profundo de mi ser te odié. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi verdadero enemigo no era Zhao Duoduo, si no tú. ¡Mi propio hermano!».

Baopu se levantó y miró a Jiansu como si fuese un desconocido. «¿Qué has dicho? —gritó—. ¿Qué acabas de decir?».

Jiansu prosiguió ignorando los resoplidos de Baopu. «Lloré y lloré delante de ti, pero no tenía ni idea de por qué. Lloraba porque los cielos me habían atormentado de muchas maneras, hasta que finalmente me mandaron un adversario. Cuando volví a la ciudad me sentía furioso y resentido, pero ¿me di por vencido? No. Esta vez no me resignaría. A mi regreso le estuve dando vueltas y decidí recuperar la fábrica; no importaba en qué manos hubiese caído, pertenecía al clan Sui. ¿Por qué? Porque tú me habías repetido muchas veces justo lo contrario. Así que reuní todas mis fuerzas junto al Cuarto Maestro y con la ayuda de Zhang-Wang. Estaba dispuesto a ganar la batalla final, venciéndote a ti y recuperando la fábrica. Ya ves, hermano, perdí el norte y me alié con el clan Zhao para ganarte. Unos días antes de ser hospitalizado todavía continuaba con mi plan. Ahora ya puedes decirme lo que quieras. Puedes pegarme hasta acabar conmigo que no moveré ni un dedo para defenderme. No tenía ningún derecho para hacer lo que hice. Puedes insultarme. Por suerte, los ojos del cielo estaban bien abiertos y dictaron una sentencia de muerte en el momento justo. Una enfermedad terminal me impidió librar mi última batalla. Fue mi castigo. Todo el daño que te he hecho a ti, a Daxi y a los demás está siendo expiado. Pero debía contártelo para que

supieras lo malvados que pueden llegar a ser los miembros del clan Sui».

Vencido por la fiebre y los sudores, se dejó caer sobre la manta respirando con dificultad. Con los ojos nublados por lágrimas de tristeza, Baopu se sentó junto a su hermano para acariciarle el pelo y acomodarle la cabeza sobre la almohada. «Lo he oído todo y te entiendo —murmuró—. Las cosas fueron así. Jiansu. Jiansu...». Le temblaban las manos y no pudo terminar la frase mientras su mirada se perdía a través de la ventana, adentrándose en la oscuridad de la noche.

Luego se volvió hacia su hermano, apenas capaz de controlar los movimientos de sus manos. «Yo también pensé mucho durante tu ausencia, y esta noche te lo contaré todo. Estoy apenado por tus palabras, pero no te culpo. Yo también quiero que conozcas mis actos y mis pensamientos. Cuando llegó el equipo de investigación la empresa de fideos estaba al borde de la quiebra, y me di cuenta de que había cometido un error imperdonable. No solo se trataba de la fallida de una empresa; toda la ciudad sufriría las consecuencias y los inversores tampoco podrían soportar las pérdidas. Sin embargo, yo estaba atrapado en el viejo molino, muerto en vida. No me sentía orgulloso de ti, y te lo hice pasar mal. Estaba totalmente en contra de tu marcha a la ciudad, pero mirándolo en perspectiva, nunca he tenido tu valentía. Dices que en la ciudad lo perdiste todo, pero yo te respondo, ¿y qué? Puedes hacer todo lo que te propongas. Envidio tu valor, tu coraje, tu astucia y tu determinación en conquistar el mundo. Eso es justo lo que a mí me falta.

Todo lo que acabas de decir es justo lo contrario. ¿Sabes lo mal que me has hecho sentir? Deberías alejarte de tu avaricia. Quizá haya sobrevalorado mi bondad y mi sentido de justicia, ¡mira cómo terminó todo! Las familias prestamistas perdieron el dinero que tanto esfuerzo les costó de ganar, sin mencionar las decenas de miles de yuanes que Zhao Duoduo recibió de los bancos. Ahora los ancianos y las ancianas lloran, y se me rompe el corazón. Si te hubiera apoyado en la subasta tal vez hubiéramos podido ganar a Zhao Duoduo. ¿Soy bueno? ¿Soy justo? Me maldigo a mí mismo, a mi inseguridad, a mi cobardía, al mal que persigue a los Sui. No actué como debía cuando llegó el momento y me convertí en un mal hermano. Me aborrecía a mí mismo, pero no supe transformar esas críticas en acciones.

Me alegro pero también me arrepiento de no habernos enfrentado. Si

hubieras vencido, me hubiera servido de escarmiento para toda la vida. Pero si hubieras tomado las riendas del negocio, tarde o temprano hubiese ocurrido un desastre y yo habría tenido que levantarme, limpiarme las heridas y rebelarme contra ti. Habría sido un duro combate, de eso estoy seguro. Así que ahora debes ser fuerte. Y si ves que tu hermano se vuelve a encoger, ¡le espabilas con tus puños!».

Jiansu dejó de llorar y miró aliviado a su hermano. «No. Aunque me reponga, nunca iré en contra tuyo».

Baopu negó con la cabeza y se sentó cansado. «Todavía estoy trabajando en esas cuentas y, cuanto más tiempo le dedico, más triviales y más complejas me parecen. Son interminables. Y en mis ratos libres sigo leyendo ese librito. Todo este tiempo que has estado fuera me he sentido muy cansado y confuso; no he dejado de pensar en el clan Sui, en nuestro pasado y en nuestro presente. Nunca he tenido tanta necesidad de sentirme fuerte, poderoso, y nunca antes me había sentido tan inseguro. Al darme cuenta de que fue escrito hace más de cien años, temí haber malinterpretado la lectura porque lo sucedido en Wali es más complejo que esa teoría. Pero es una obra que no puedo ignorar y que está estrechamente ligada a nuestro clan. ¿Cómo voy a saber lo que sucedió en Wali hace más de cien años? No tengo respuestas, y eso me fastidia.

Otro libro que leí es *Preguntas celestiales* de Qu Yuan, escrito hace miles de años, cuando Wali experimentó grandes cambios. ¿Están ambos libros relacionados? Así es. ¿De qué forma? Si no puedes evitar uno, ¿crees que puedes evitar el otro? ¿Debemos evitar aquellos libros que aún no hemos leído, pero que seguramente algún día lo haremos? ¿Se puede considerar como una negligencia que el clan Sui solo recuerde ciento setenta preguntas de un libro? ¿Acaso infringimos alguna norma por leer viejas páginas amarillentas en lugar de flamantes libros de blanco papel? ¿Qué consecuencias puede tener y quién puede acusarnos? ¿Es honesto decir que “Lo sucedido en Wali es más complejo que lo escrito en los libros, y ningún libro puede explicarlo todo”?».

Y luego está el libro de navegación del tío. ¿No crees que hemos evitado ese libro durante décadas? De ser así, ¿cuáles son las consecuencias por haberse aferrado a ese libro como si su vida dependiera de ello? ¿Hay alguna relación entre el libro de miles de años de antigüedad y el libro de tío? ¿Cómo podemos hallar esa relación? Ambos son viejos, ambos contienen páginas

amarillentas. De lo contrario, ¿evitamos enfrentarnos a los problemas si solo leemos libros noveles? ¿Y cuáles son las consecuencias de eso? Y no te olvides, estos son todos libros cortos, pero importantes. ¿Son igualmente importantes los largos? ¿Qué relación tiene? Algunos libros son simples y fáciles de entender, otros en cambio son densos y complicados, así que ¿en cuál vale pena concentrarse? ¿La gente de Wali ha escuchado cosas tan simples que su inteligencia se ha visto deteriorada? ¿Se aburrirían ante las preguntas formuladas por un autor de un libro escrito hace miles de años? Si es así, entonces, ¿cómo lo hacemos para que mantengan el interés? Y si hacemos más preguntas, ¿provocará este hastío alguna negligencia a largo plazo? Continué haciéndome una pregunta tras otra, pero no hallé ni una sola respuesta. Mi mente estaba agotada aunque parecía más lúcida que nunca, y le agradecí a ese librito que me hubiese conectado con tantos otros libros. Poco a poco me dio la fuerza y el coraje para cuestionarme a mí mismo».

Jiansu, un poco sorprendido, notó a su hermano agitado, quien se levantó de un salto al darse cuenta de que había hablado demasiado y debía dejar reposar al enfermo. Frotándose las manos, antes de irse se acercó para tapar bien a Jiansu, pero este lo llamó. Cogió a su hermano de las manos y le preguntó: «¿Me lo dirás esta noche?».

«¿Decirte el qué?». «Dime cómo murió mi madre». Sorprendido, Baopu sacudió la cabeza y contestó: «Ya lo sabes. Lo sabes todo... Se envenenó». Jiansu respondió secamente: «Me escondes algo. Sé que hay algo más porque cada vez que saco el tema te cambia la expresión de la cara. Ahora me estoy muriendo, y esta es mi última voluntad. No puedes negármela. Esta noche, ahora, debes contármelo».

Baopu vio la casa en llamas y el fuego saliendo por los aleros. Zhao Duoduo, cortando el vestido de Huizi, su cuerpo lleno de sangre, Zhao insultándola y orinando encima de ella. Apretó los dientes y, con la barbilla temblorosa, dijo: «Está bien, te lo diré. Voy a contártelo todo».

No se despidieron hasta medianoche. Al llegar a su cuarto Baopu no pudo conciliar el sueño.

Justo empezaba a amanecer cuando Baopu oyó a alguien en su ventana. Al abrir se encontró con Guo Yun, que le preguntó con una extraña expresión en el rostro si Jiansu había vuelto a casa. Baopu negó con la cabeza y el anciano le

dijo que Jiansu había desaparecido.

Baopu notó un zumbido en la cabeza mientras recordaba todo lo que le había contado la noche anterior. Se vistió y salió con el anciano detrás, directamente hacia la oficina de Zhao Duoduo.

La puerta de Zhao estaba abierta, pero la oficina estaba vacía.

De repente, se vieron sorprendidos por unos gritos lejanos. Baopu dejó escapar un chillido y salió corriendo.

La multitud se dirigía hacia las dependencias del partido local. Las calles estaban abarrotadas. Sobre las cabezas se extendía una apesosa columna de humo. Baopu se abrió paso a codazos hasta llegar delante de un objeto quemado que aún humeaba. Retrocedió en estado de shock cuando reconoció un cuerpo acurrucado carbonizado. «Zhao Duoduo», dijo alguien, señalando el cuerpo. Entonces Baopu reconoció el coche de Zhao. La gente se preguntaba qué había podido ocurrir. Poco a poco se fue extendiendo que Duoduo se había emborrachado antes de coger el coche para enfrentarse con Lu Jindian y que cuando alguien salió a detenerlo, Zhao lo confundió con Lu y aceleró, chocando contra el muro de piedra. Baopu suspiró aliviado.

Entonces oyó alguien gritando entre la multitud; era Jiansu. Baopu apartó a la muchedumbre. «Dejadle pasar —gritó—. Dejad que vea esto».

Jiansu temblaba mientras se arrastraba avanzando y se abrió camino a través de la espesa pared humana.

Cuando Baopu lo levantó y lo acercó al cuerpo ardiente de Zhao Duoduo, notó un objeto contundente en su cintura. Al sacarlo, descubrió un cuchillo oxidado.

## 26

Cerca de un mes antes de crearse el consorcio, Li Zhichang le prometió a Zhao Duoduo que comenzaría las obras de instalación de los engranajes. No obstante, los trabajos avanzaban con mucha lentitud debido no solo a las intromisiones de Jiansu, sino también a otros motivos. Cuando finalmente Li hubo terminado la fabricación del primer lote de engranajes, la desaparición de la lata de plomo le impidió proseguir con su instalación. Tras la muerte de su padre permaneció encerrado en la vieja casa donde su progenitor había pasado la mitad de su vida revolviendo en sus efectos personales, aún impregnados de la presencia del difunto. Durante ese mismo periodo Wali se vio sacudida por una serie de importantes acontecimientos. El Técnico Li dejó totalmente de lado las discusiones sobre la Guerra de las Galaxias y estaba angustiado por la lata radiactiva desaparecida. Después, el equipo de prospecciones geológicas había hallado un río subterráneo, resolviendo así el rompecabezas de la lenta desaparición del río Luqing.

En el Emporio Wali no paraban de llegar artículos nuevos a la vez que Jiansu llevaba a casa una hermosa muchacha. Luego, tras la segunda visita de un equipo de investigación, Zhao Duoduo preso de la desesperación se estrelló con su coche inmolándose en el acto. Tras su muerte los vecinos se quedaron angustiados ante el incierto futuro de la empresa. Pero esos días pasaron y comenzaron tiempos nuevos. La gestión pasó a manos de Sui Baopu y todas sus decisiones parecían bien razonadas y sensatas. Ahora, por fin, podían respirar aliviados. Recluido en su vida de ermitaño en la vieja casa, Li Zhichang se agitaba al recordar los preciosos ojos de Hanzhang, tal y como Sui Baopu, su tío, Buzhao y el Técnico Li pudieron comprobar cuando fueron a visitarle. Lo primero que Sui Buzhao le dijo fue: «Fui yo quien rompió la

puerta con un hacha para sacarte, hace ya más de diez años». El comentario los dejó descolocados, mientras Li se moría de la vergüenza. «Vamos a instalar los engranajes», dijo Baopu.

«Ya se ha aplazado durante demasiado tiempo, y todos sabemos lo difícil que es embarcarse en nuevos proyectos», añadió el Técnico Li.

Li Zhichang les miró. «Entonces pongámonos manos a la obra», dijo al fin, acompañando a los tres hombres donde tenía almacenado el primer lote de engranajes.

Sui Baopu abandonó el molino junto al río después de haberse ofrecido a ocupar el puesto de director general, para el que pareció ser la persona más idónea de toda la ciudad. Los vecinos de la calle Gaoding y casi la ciudad entera se reunieron en el solar del antiguo templo, donde muchos acudieron con su dinero envuelto en un papel rojo<sup>29</sup> para invertir en la empresa y así poder reanudar su expansión. Tras recoger el primer sobre rojo de un anciano, Baopu vio que no contenía más de veinte yuanes, todos en billetes pequeños; le devolvió el dinero con los ojos empañados y le aconsejó que lo reservara para tomarse un trago de licor. Baopu se negó a aceptar ningún donativo, consciente de que aquello era lo poco que tenían. La fábrica seguiría funcionando y haría las ampliaciones cuando hubiera generado el capital suficiente. No fue una asamblea muy constructiva, pero Baopu se sintió lleno de energía y, de vuelta a la fábrica, se dio cuenta de lo mucho que había por hacer. Al ver el cabello recogido en un moño sobre las cabezas de Daxi y Naonao, decidió suspender de inmediato el sistema de control total de calidad, eso que Zhao había llamado «toque de balón». Al soltarse el pelo las muchachas recuperaron su encanto. Los ojos de Baopu se encontraban con los de Naonao y su corazón se aceleraba; en sus miradas había pasión.

Baopu atravesó la piscina y la planta de secado, directo hacia la oficina del director general. Era una sala grande y maloliente llena de efectos personales de Zhao Duoduo: varios sillones, un escritorio, un teléfono, un rascador para la espalda, un *kang* enorme y una estufa de tamaño medio. Baopu tardó una tarde entera en desmontar el *kang* y la estufa. Pasada la puesta de sol apareció Sui Buzhao con una botella y, recubierto de polvo, Baopu encendió la luz para tomarse un descanso. Su tío, contrario al desguace de la cocina, tomó un trago, se limpió la boca y le contó que el excéntrico Shi



Dixin estaba muy delicado de salud. «Durante todos estos años el viejo ha sido mi enemigo. Es terco, un animal solitario que nunca ha estado con una mujer». Baopu cayó en la cuenta que hacía muchos días que no le veía.

Cuando le preguntó si Shi estaba siendo atendido y si ya lo había visitado un médico, Buzhao le explicó que le estaba cuidando una familiar proveniente del oeste del río. En cuanto a los médicos, Sui le contó: «Una doctora de la clínica municipal intentó ponerle una inyección, y el viejo excéntrico va y le rompe la aguja. Pero cuando Guo Yun le trató con acupuntura se comportó, aunque me temo que no va a aguantar mucho más. Li Qisheng ya se fue, y al viejo excéntrico le queda poco en este mundo. Eso significa que la mayoría de la gente de mi generación ya ha muerto. En cuanto a los más jóvenes —empezó a contar con los dedos—, en el clan Sui Dahui fue asesinado, y en el clan Li Zhaolu falleció; ambos tan jóvenes que no tenían ni edad de afeitarse». Allí se detuvo. Sabía que Baopu estaba pensando en Jiansu. La tristeza era contagiosa, así que Baopu apretó los dientes y se levantó.

Volvieron a casa andando uno detrás del otro y las dos espaldas encorvadas desapareciendo en la noche cerrada. «¡Hang-ya! Hang-ya!». Venían detrás de ellos los gritos del operario golpeando el colador, y el «¡Yee-ja-ya! ¡Yee-ja-ya!» de los jóvenes revolviendo el engrudo lechoso en la sala de procesamiento. El turno de noche había empezado.

\* \* \*

Hanzhang visitaba a su hermano a diario. Le compraba conservas, fruta y pasteles con el dinero que ganaba con los artículos de rafia. Como Jiansu solo comía lo prescrito por Guo Yun, quien revisaba la comida de Hanzhang, solo le permitía quedarse con la fruta fresca. También llevaba cosas para Guo Yun, y todo lo que él rechazaba iba para Baopu, que a su vez se lo devolvía. Al final todo acababa en la mesa de su tío, quien no se cansaba de repetir: «Hanzhang es una muchacha muy buena. Todo esto estará delicioso acompañado de un par de copitas».

Cuando Hanzhang salía de la planta de secado, se dedicaba a trenzar rafia. En una ocasión, mientras iba avanzando, advirtió que la trenza se estrechaba, señal que había tupido demasiado la fibra, y procedió a cortar la parte errada

con un par de tijeras afiladas. En ese instante pensó en el tiempo que llevaba sin ver al Cuarto Maestro y sus manos empezaron a temblar. Las tijeras se le escaparon de las manos y, mientras se precipitaban al suelo, la lama afilada rozó su piel casi translúcida. Observó sorprendida la sangre brotando, descendiendo por su pierna, y no tapó la herida hasta que el líquido hubo formado un charquito sobre la estera.

«¿Seguiría fluyendo si no lo vendara?», se preguntó. Levantándose la pernera y las mangas examinó su pálida piel y las venas de color azul claro dibujadas debajo. A menudo soñaba con un cuerpo gigante de piel reluciente, rojiza y cálida, y de carne trémula. Ella intentaba agarrar las tijeras, pero nunca lo lograba. Se desvelaba con palpitaciones, presa de una gran ansiedad, y se sentaba en la cama. Entonces venían a su mente las palabras del Cuarto Maestro —él ya sabía cómo terminaría— y después la imagen de su manos temblando sin control, casi incapaz de sostener los palillos.

Cuando esto sucedía, salía de su cuarto sigilosamente y deambulaba por el patio hasta librarse de los efectos del sueño. A esas horas las gotas del rocío que cubrían el enrejado caían sobre los tallos y las hojas de las judías. Al oír el rumor de la fábrica, pensaba en su hermano, que ya no estaba allí. También recordaba la modernización de la fábrica dirigida por Li Zhichang, con su pelo enredado; intentaba no pensar en él, pero no podía evitarlo. Sabía que nunca sería suya, porque ella pertenecía a un demonio.

Esas noches solía ver a Baopu trabajando en su escritorio. Desde su nombramiento como director general, la luz de su cuarto permanecía encendida hasta muy tarde. En una ocasión los hermanos mantuvieron una larga conversación.

Baopu estaba leyendo el *Manifiesto comunista* y, justo acababa de pasar una página que había subrayado, cuando Hanzhang llamó a la puerta, entró, acercó una silla y apoyó la cabeza en su hombro. Al ver el ábaco y el libro sobre la mesa, le preguntó: «¿Por qué siempre estás revisando las cuentas?».

Poniendo la mano sobre su hombro, él le contestó en voz baja, como si hablara con una inocente criatura: «Cada cuenta se enreda con otras, como tus trenzas de rafia. La única forma de gestionar bien la empresa es aprendiéndome cada número de memoria». Ella sonrió por primera vez en muchos días. «¡Qué hermosa era cuando sonreía!», pensó él. Baopu pasó sus

dedos sobre su cabello, mientras Hanzhang se acurrucaba a su vera.

«Y siempre lees lo mismo —dijo ella—. ¿De verdad que es tan interesante?».

«También he leído otros libros, pero a este le dedico mucho tiempo. Por supuesto que es interesante, es un libro sobre la vida, y para toda la vida. Es indispensable».

Hanzhang pasó las páginas y se fijó en las líneas subrayadas. Empezó a leer en voz baja: «La burguesía ha sometido el campo al dominio de las ciudades. Se han creado ciudades enormes, ha aumentado considerablemente la población urbana en comparación con la población rural y, por lo tanto, han rescatado a una parte considerable de la población del idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, Oriente a Occidente». Ella levantó la vista y preguntó: «¿Qué significa esto?».

Baopu sonrió y contestó: «No te lo diré. Podría equivocarme. Lo que hace único a este libro es que cada lector debe comprenderlo con el corazón. Eso es todo».

Ella frunció el ceño, pero volvió a relajarse mientras continuaba pasando las páginas, hasta que le señaló un pasaje. «La aristocracia francesa e inglesa estaban llamadas, por su posición histórica, a escribir libelos contra la sociedad burguesa moderna». Luego: «De esta forma se da el gusto de componer canciones vergonzosas y difamatorias contra su nuevo amo, y de susurrarle al oído profecías siniestras y catastróficas».

Pasó la uña sobre «profecías siniestras», como si estuviera analizando las palabras, pero Baopu no le prestó mucha atención y se centró en la estrofa siguiente. Tomó el libro para leerlo él mismo.

«Así nació el socialismo feudal, una mezcla de lamentos, ecos del pasado y rumores sordos sobre el porvenir. Un socialismo que, de vez en cuando, le asesta a la burguesía un golpe en el corazón, con sus razonamientos irrisorios y mordaces, aunque normalmente sus ridiculeces solamente producen risa, por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia».

Dejando el libro, Baopu se levantó para pasearse por la habitación. Sacó

un paquete de cigarrillos del bolsillo, pero rápidamente lo volvió a guardar y se sentó de nuevo, mirando a los ojos de su hermana. «Hermano Mayor», dijo ella, tomando sus manos entre las suyas.

«Hermana Pequeña, quizá ahora no seas capaz de entenderlo —dijo él—, pero no sabes los momentos de felicidad que me ha regalado». «Claro», asintió ella con la cabeza.

Baopu miró por la oscura ventana y dijo: «Hanzhang, ya sabes que el pueblo ha devuelto la fábrica de fideos al clan Sui, ¿verdad? Bueno, eso me alegra, pero también me preocupa. Quizá no sea capaz de gestionarla debidamente. ¡Hay tanto que hacer! El pueblo de Wali no puede permitirse otro desastre y, sin embargo, parece incapaz de evitarlo. Depositaron todas sus esperanzas en la empresa de fideos, pero Zhao Duoduo lo quería todo para él. Reviso los números detalladamente porque tengo miedo a equivocarme. Ahora entiendo por qué papá le dedicaba tanto tiempo a las cuentas e hizo frente a todas sus deudas: fue su manera de redimirse. Cada generación de los Sui ha salido adelante lo mejor que ha podido, tratando de sortear el sufrimiento y el mal. Jiansu y yo nos hemos juzgado con dureza, pero si estamos en lo cierto o erramos, no tenemos forma de saberlo. ¿Hay algo que no hayamos entendido? No estamos seguros, y ahí es donde reside el problema. Si hubiera venido alguien y nos lo hubiera explicado, probablemente hubiera pensado que, o bien era un iluso, o un embaucador. Creo que mientras obre con honestidad y rectitud, no tengo nada que temer. Así que seguiré buscando las respuestas en las gentes de Wali».

Cuando hablaba, sus ojos brillaban. Entonces tomó su mano y se puso de pie. «Lo más importante es estar del lado de la gente. Hanzhang, el principal problema del clan Sui ha sido vivir plácidamente encerrados en nuestros cuartos durante los últimos años. Ahora solo siento resentimiento y asco hacia estas habitaciones. ¿Por qué todos los del clan Sui vivimos encerrados en nuestro cuarto? Tú, yo, Jiansu y el tío. ¿Por qué? Pues porque el edificio principal fue incendiado. Qué resignación la nuestra en vivir de este modo desde entonces. ¿Por qué demonios no intentamos construir otra casa? Los cuatro, juntos».

Hanzhang miró a su hermano incapaz de decir nada; sus ojos también brillaban y apretó sus manos con fuerza.

\* \* \*

Shi Dixin sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y, antes de abandonar el mundo, hizo algo que dejó a toda la ciudad de piedra. Eso, como el descubrimiento del río subterráneo, merecía haber entrado en las crónicas de la ciudad. Por ese entonces casi todos en el pueblo sabían que vivían en una ciudad sin «poder», pues el sello se había extraviado una noche caótica hacía ya más de diez años, cayendo en manos de una misteriosa sombra. Y ahora Shi Dixin devolvía el sello perdido, un objeto viejo, ordinario y sucio, resolviendo así el enigma.

¿Por qué lo había robado? ¿Acaso temía que las disputas por conseguirlo provocaran más muertes? ¿Fue la codicia de acariciar el poder que ese objeto concedía a los hombres? ¿Por qué motivo había arriesgado su vida robándolo? ¿Por qué no lo devolvió después de apaciguarse la situación? Nunca nadie sabría las respuestas.

Mientras Shi yacía inconsciente en sus últimos instantes de vida, en la calle él y el sello eran el principal tema de conversación. Los viejos se miraban y decían: «Se está muriendo». «Por suerte no se lleva el poder a la tumba». Nuestra ciudad ha vuelto a recuperar el poder». Sui Buzhao, quien se tomó el suceso muy en serio, se dirigió al comité local y solicitó ver el sello con sus propios ojos. Lo miró, se quedó pensativo y entonces el recipiente de plomo vino a su mente. Convencido de que la desaparición de la lata estaba relacionada con el viejo excéntrico, se dio un golpe en la cabeza y se reprochó no haberlo relacionado antes. Levantándose de un salto, exclamó algo y corrió hacia la casa de Shi.

«La lata, viejo, ¡no te la puedes llevar contigo!», gritó Sui Buzhao en la cara del hombre, cuyos ojos permanecían cerrados con fuerza.

Shi apenas respiraba. Sui Buzhao intentó echar a la cuidadora, alegando que tenía algo importante que discutir a solas con él.

«Ahora no puede ni oírle ni hablar —musitó—. Por favor, váyase. Déjelo morir en paz».

Sui hizo ademán de marcharse, pero lo miró de soslayo y se detuvo. «No.

No puedo. Esto es algo que concierne a toda la ciudad. Déjanos solos, por favor. No tardaré mucho. Por favor». La mujer vaciló, pero finalmente se retiró. Sui se acercó a Shi y le dijo: «Abre los ojos, viejo. ¿Ya te estás marchando? Parece que te vas a morir antes que yo. Adelante. Yo no tardaré mucho más. Como nacimos para ser adversarios, podemos empezar de nuevo en el otro lado. Solo te pido que nos des la lata. ¿No puedes abrir la boca? ¿No puedes decir nada? Entonces haz una señal con el dedo, o con los ojos, así sabré dónde está escondida. Vamos, viejo».

Cuando Sui dejó de hablar, Shi entreabrió ligeramente los ojos. Hizo una mueca y los volvió a cerrar.

«Pero bueno. Eso ha sido una burla, viejo. ¿Puedes oírme?». Sui estaba tan nervioso que comenzó a pasearse por la sala, tropezando con sus piernas. La mueca se volvió a dibujar en las comisuras de los labios del excéntrico anciano. Cuando la mujer entró y vio a Shi respirar con fuerza, las arrugas desaparecieron de su rostro y sus manos comenzaron a temblar. Shi se apoyó en la manta, como si quisiera sentarse; la mujer le ayudó a levantarse, pero pesaba demasiado, y Sui Buzhao le ayudó a sostenerse. El anciano se desplomó en los brazos de Sui, su respiración se hizo más tenue, pero aún conservaba una sonrisa burlona. Entonces Sui oyó el grito de espanto de la mujer y, al mirar hacia abajo, vio la sonrisa congelada en el rostro del anciano.

El funeral de Shi Dixin no se podría comparar con el de Li Qisheng o el de Zhao Duoduo, pues el clan Shi no era ilustre. Sin embargo, los vecinos mostraron una vez más su sentimiento de comunidad; casi todas las familias enviaron a alguien de su clan para ayudar con los preparativos del funeral, traer billetes funerarios o incienso. La noticia de la muerte de Shi en brazos de Sui Buzhao se extendió por toda la ciudad como la pólvora, mientras el segundo rondaba atareado de un lado a otro. Llamó a Baopu y Hanzhang, y les dijo: «Venid, inclinaos ante vuestro terco, excéntrico tío». En ese momento se oyeron los chasquidos de asombro de la gente por la actitud de Buzhao al no mostrar ningún rencor hacia el difunto. La tumba estaba situada tan cerca de la de Li Qisheng que, tras las quejas de la familia, fue excavada en otro lugar para evitar que Qisheng tuviera de vecino un hombre tan excéntrico.

Después de dar sepultura a Shi, Sui Buzhao visitó la tumba de Sui Yingzhi

de donde, tras llorar apesadumbrado, no salió hasta haber caído la noche. Más tarde se fue a emborracharse a la tienda de Zhang-Wang, hasta volver a casa a trompicones. Cuando sus pies se enredaron y se precipitó sobre el suelo, soltó un largo aullido, maldiciendo a la ciudad por su ingratitud y por haber olvidado a sus antepasados, al viejo barco y al tío Zheng He. Después, entonó canciones marineras con un timbre tan agudo que parecía increíble que pudiera salir de la garganta de un anciano. Mucha gente, alertada por sus gritos, salió a la calle; le habían visto borracho y cantando en varias ocasiones, pero nunca tan alto, nunca tan insistente. «El abuelo Sui canta muy bien», les decían los niños a los adultos. «Esto son proclamas y no canciones». Con la boca llena de espuma, Sui señaló a la gente de la calle y gritó: «¿Por qué no os hacéis a la mar?». La saliva se acumulaba en las comisuras de sus labios. «¿Por qué?».

La gente se miraba los unos a los otros. «¡Sois unos malditos cobardes! —prosiguió—. Sois jóvenes y fuertes, así que ¿a qué esperáis? Estáis deshonrando a vuestros antepasados. Daos prisa, zarpad. El caudal del río Luqing está creciendo, el viento es favorable y la corriente adecuada. El barco del tío Zheng He ya salió. Ah-hei-lai-zai-yo-yo». Renegó y gritó, incapaz de andar erguido. Cuando Baopu se enteró, salió a buscarle para traerle a casa.

«¿Subimos al barco?», le preguntó Buzhao a su sobrino, inundando el aire a su alrededor con el tufo de alcohol.

«Sí», respondió Baopu, arrancando las risas de los espectadores.

Baopu se llevó a su tío a casa bajo la atenta mirada de la gente, lo acostó en el *kang* y le dio un poco de agua. Nunca había visto a su tío tan borracho, pero sabía que Zhang-Wang era diestra emborrachando al personal. Quería que su tío descansara, pero el anciano lo agarró de la camisa y le pidió que se quedara con él. Baopu se sentó. Con los ojillos entrecerrados, el anciano le dijo: «Eres el mayor de tu generación, ¿eres consciente de esto?». Baopu asintió. «Bien. Entonces debes llevar a tu hermano y a tu hermana a bordo del barco del tío Zheng He. ¿Me oyes?». Baopu asintió de nuevo. «Surcad los mares —dijo el anciano con entusiasmo, tratando de incorporarse—. Eso es lo que yo llamo vivir de verdad. Te daré mi libro de navegación. Para mí, vale tanto como mi propia vida». Bajó del *kang*, sacó la caja metálica de la pared y cogió el libro de hebras de bambú. «Un libro maravilloso», dijo mientras pasaba las páginas con cuidado. Con un suspiro, comenzó a leer, y una chispa

de luz apareció en sus ojos grises: «Continúa ajustando el rumbo, sigue las estrellas, y anota las islas, las corrientes y las montañas para trazar un mapa. Es imprescindible que escojas un navegante que maneje bien la brújula, que observe las estrellas, las montañas y las islas de cerca, y para quien el color de las aguas sea de importancia. Ten cuidado con las aguas profundas, estúdialas bien y no las tomes a la ligera. De esta manera te evitarás problemas».

Se quedó mirando fijamente a Baopu. «¿Has oído eso? Navegar por el océano no es asunto fácil. “(...) estúdialas bien y no las tomes a la ligera”». Tras guardar el libro dentro de la caja de metal, se acostó y dijo, con los ojos apenas abiertos: «Baopu, mi generación está a punto de desaparecer, y estaba pensando que con nuestra muerte Wali no envejece, sino que se rejuvenece. Dos cosas me gustaría contarte, pero temo que las interpretes como memeces de un viejo borracho».

«¿De qué se trata?».

El anciano asintió. «En primer lugar, de este libro. Una vez me haya ido pasará a ser tuyo, y debes protegerlo con tu vida y velar por su correcto uso».

«Te doy mi palabra».

«En segundo lugar la lata extraviada, junto a su mala semilla, no ha sido hallada, por lo que debes visitar cada recién nacido para asegurarte de que no sufre ninguna malformación, y debes seguir buscando el objeto».

«Eso lo puedo hacer».

Sui Buzhao exhaló antes de continuar. «También debes visitar la vieja muralla de Donglaizi. La gente de la ciudad no debe olvidar que en otros tiempos Wali fue la capital del estado. Y luego está el viejo barco. Está expuesto en la gran ciudad, pero la gente debe saber que es nuestro y deben rendirle culto. Si no puedes poseer algo, debes mostrarle tus respetos, de todo corazón».

Baopu murmuró su respuesta y, por alguna razón desconocida, sus ojos empezaron a nublarse. «Mostrarle tus respetos de todo corazón», repitió.

\* \* \*



Daxi y Naonao visitaban a Jiansu a menudo, quien por aquel entonces estaba instalado en casa de Guo Yun. Paseaba por el patio, tomaba el sol, seguía su tratamiento a base de hierbas y aprendió *qigong* de Guo Yun, quien le tenía prohibido ingerir cualquier alimento que no fuese fresco. En una ocasión Daxi le trajo una caña de azúcar, pero Guo Yun se la arrebató y le dijo con severidad: «¿Cómo puede ser fresca después de haber sido transportada desde el sur?». Cuando estaban en su habitación, Daxi le besaba, ignorando la presencia de Naonao. Le besaba la frente, los ojos y el exangüe cuello, secando sus ojos húmedos con el dorso de la mano.

«¿Cómo han podido los inmundos espíritus castigarle con una enfermedad como esta? —exclamaba con tristeza—. Nunca debió marcharse a la ciudad. Eso es lo que provocó su enfermedad, lo sé. Jiansu, por favor, recupérate pronto».

Él solo la miraba, sin decir ni una palabra.

Naonao, que siempre se sentaba cerca, solía hojear el libro de la mesita, *Preguntas celestiales*. Sabía que se trataba del único libro que le estaba permitido leer durante su convalecencia. Naonao había adelgazado y su rostro se había vuelto macilento; parecía muy frágil. Una vez le dijo a Jiansu: «Le estoy esperando».

«Pues sigue esperando», respondió Jiansu con un movimiento de cabeza.

La planificación y fabricación de los engranajes entró en su fase crítica, obligando a Li Zhichang, el Chalado, Sui Buzhao y todos los herreros de la ciudad a trabajar día y noche. Los curiosos se agolpaban, conscientes de estar presenciando el más importante avance hecho en la industria de fideos de Wali en décadas. La casa de Li Zhichang se convirtió en un taller, donde los hombres estaban sumergidos en sus tareas; era un lugar que estimulaba sus ganas de trabajar y les inspiraba. Trabajaban y charlaban, especialmente Li Zhichang y el Técnico Li. Sui Buzhao, por descontado, solía entretenerles con historias marineras, impresionando al público con relatos singulares y lugares exóticos, aunque lo que más le gustaba eran las historias del Técnico Li sobre el universo y la Guerra de las Galaxias. «Es bueno escuchar a los jóvenes», decía. Baopu les visitaba con frecuencia y no sacaba las manos de los engranajes y los ejes. A medida que las obras iban llegando a su fin, estaba más y más entusiasmado. El Chalado colocó varios engranajes en el suelo para

representar el sistema solar. «La Tierra, Saturno, Venus y la Luna», dijo señalando los engranajes. Li Zhichang fue cautivado por las órbitas de las naves espaciales que el Técnico Li dibujó más tarde en el suelo, pero el concepto de paseos espaciales lo dejó bloqueado. La atención de todos los presentes alcanzó su punto álgido al mencionar los platillos volantes, y Sui Buzhao juró que una noche más de una década atrás Wali había sido visitada por una línea de platillos voladores que sobrevolaron el meandro del río Luqing tres veces antes de desaparecer. Li Zhichang, obcecado en la Guerra de las Galaxias, expresó su asombro ante la imagen de los platillos volantes dando vueltas, pero volvió de inmediato al Técnico Li para preguntarle acerca de los Estados Unidos y los viajes espaciales de la Unión Soviética.

A Li Zhichang la terminología técnica se le hacía particularmente farragosa y difícil de retener, mientras el Chalado la recitaba de carrerilla. Li estaba convencido de que el Técnico debía tener una mente privilegiada, como su tío. Sonda de infrarrojos, rayo láser, sonda de infrarrojos de onda larga, tecnología óptica autoajustable. ¿Quién podía ser capaz de mencionarlos del tirón? Pero, extrañamente, cuanto más confundido estaba, más quería saber, como si se tratara de una adicción. «¿Qué era esa cosa letal? Lo volví a olvidar».

El Técnico Li respondía sin detener su trabajo: «Sonda de infrarrojos de onda larga. Puede detectar una ojiva, realizar una identificación preliminar y hacer su seguimiento desde la atmósfera exterior. Y la tecnología óptica autoajustable garantiza que no se verá afectada por las condiciones atmosféricas cuando rastree objetos en el aire y en el espacio exterior. En cuanto a la recogida de datos, los estadounidenses son capaces de procesar diez mil millones de objetos por segundo».

Li Zhichang estaba impresionado. «Increíble». El Técnico Li asintió. «Sin todos estos avances en su arsenal, los americanos no se hubieran lanzado a la Guerra de las Galaxias. Mi tío me dijo que solo una pequeña fracción de sus planes está basada en la estrategia, y que el noventa por ciento restante está relacionado con la tecnología de vanguardia. Es decir, la clave es la tecnología. Los estadounidenses son muy ambiciosos. En una ocasión su agencia espacial celebró un simposio sobre las actividades espaciales en el que afirmaron que a finales de la década de 1980, excepto a Plutón, habrían

enviado sondas espaciales a todos los planetas. Y han establecido una base espacial ocupada en la Luna».

Li Zhichang reflexionó sobre lo que acababa de oír. «¿Qué pasa con Plutón?».

El Técnico le aclaró que Plutón estaba demasiado lejos de la Tierra. «¿Por qué es tan importante la Luna?». «Tiene un montón de metales pesados precisos. Pero su función principal es ser utilizada como punto de partida para explorar otros planetas. Parte de la tecnología de vanguardia solo puede desarrollarse en el espacio, donde aprovechando la ingravidez, el trabajo puede ser realizado con rapidez y eficacia. No es casualidad que en una ocasión el presidente estadounidense declarara: «En el espacio, en treinta días podemos producir medicamentos vitales que en la tierra tardaríamos treinta años».

Esto despertó el interés de todos los presentes en la sala, quienes giraron la vista hacia Li. Después de reanudar el trabajo, Li Zhichang preguntó acerca de la Unión Soviética. Luego, sin esperar respuesta, se volvió hacia Sui Buzhao y le dijo: «De hecho, “Cohete” quiere decir “contra este”». Buzhao respondió con un resoplido.

«La Unión Soviética se está poniendo al día en muchas áreas —dijo el Técnico Li—, pero en otras está más avanzada que Norteamérica. Fíjate por ejemplo en los vuelos espaciales. En una ocasión un periódico reportó que la Unión Soviética invierte más del doble que los estadounidenses en vuelos espaciales, y diez veces más en lanzamientos espaciales. El año pasado los soviéticos lanzaron el triple de vuelos que el resto del mundo, cuatro veces más que los estadounidenses. Los astronautas soviéticos han estado en el espacio el doble de tiempo que sus homólogos estadounidenses. El número récord de días pasados en el espacio sin gravedad por parte de los astronautas rusos estaba en doscientos treinta y siete, mientras que los estadounidenses solo registraron ochenta y cuatro días. ¿Lo comprendes ahora?». Nadie dijo una palabra. El Técnico Li hizo una pausa antes de continuar en voz baja: «La última vez que fui a casa leí un artículo de mi tío que contenía el siguiente pasaje: “El inevitable resultado de la competición espacial y de las carreras armamentísticas será el desarrollo de una nueva generación de armamento, heredera de la revolución tecnológica. El factor material en determinar los

ganadores y perdedores en las guerras bien puede ser la tecnología científica y la capacidad de controlar el espacio y el tiempo; ya no será la población, la extensión terrestre o la geografía”».

En la sala nadie dijo nada hasta que Baopu se puso de pie y dijo en tono solemne: «¿Podrías repetir lo que acabas de decir?». Y el Técnico Li así lo hizo.

\* \* \*

Después de más de una semana de intenso trabajo, los engranajes fueron instalados en la sala de procesamiento.

Un generador diésel era el encargado de proporcionar energía a toda la fábrica. Los engranajes, de diferentes tamaños, estaban sujetos a los ejes, algunos colgando de las vigas del techo, otros enterrados bajo tierra. Todos estaban conectados por un sistema mecanizado de correas. La prueba atrajo a una gran multitud de personas, todas ellas desconcertadas por la complejidad de la instalación. Li Zhichang, el Técnico Li, Sui Buzhao y los voluntariosos herreros iban recubiertos de grasa, pero todos sostenían una mirada solemne. Las tareas se habían detenido, esperaban en silencio el estruendo de la maquinaria.

Tras la última ronda de inspección, Li Zhichang gritó: «¡Adelante!».

Al arrancar el motor tembló, sacudiendo el suelo mientras los engranajes empezaban a girar, algunos rápida y otros más lentamente. La leche de las judías empezó a manar y unas palas mecánicas revolvían el engrudo. A los espectadores les hubiera gustado poder tener más ojos para fijarse en todo. Alguien gritó: «Eh, mirad el colador». Todo el mundo miró hacia el colador de metal y se dieron cuenta de que el hombre de tez morena al cargo del colador ya no estaba. En su lugar había una máquina que daba vueltas lentamente. Se rieron, mientras de un lugar cercano emergió un aullido.

Todos se dieron la vuelta para ver qué ocurría y encontraron a Li Zhichang agitando un brazo ensangrentado mientras con la otra mano tiraba de algo desesperadamente. Alguien había sido atrapado por la correa. Todos chillaron cuando vieron que era Sui Buzhao. «¡Oh, no!», gritaron todos, corriendo a

socorrerle. Todos menos el Técnico Li, quien se precipitó en la dirección opuesta, apartándoles a empujones para apagar la máquina.

Pero el impulso mantuvo los engranajes girando. Cuando apareció el pequeño cuerpo de Sui Buzhao, con su ropa triturada por los engranajes y todo salpicado de sangre, la gente se cubrió los ojos. El cuerpo enroscado fue alzado hasta el punto más alto, momento en el cual los engranajes dejaron de girar, y su cuerpo mutilado y ensangrentado se desplomó contra suelo.

Muchos de los asistentes chillaron y huyeron en desbandada. Quienes se quedaron palidecieron, inmóviles. Arrodillado en medio del caos sangriento estaba Baopu, mientras Li Zhichang intentaba recoger el cuerpo deforme del anciano. Sin embargo, antes de que su mano llegara hasta él, se desplomó desmayado sobre el charco de sangre del anciano.

## 27

Como si de una fortaleza se tratara, los viejos molinos se alzaban erguidos a lo largo de la llanura junto al río, frente a las ruinas de la antigua muralla de la ciudad. Parecían aguardar un desenlace, o tal vez estar narrando una historia. El agua discurría lentamente por el exiguo canal, ilustrando el lento declive de un río. Sin su presencia, ninguna de las nuevas generaciones de Wali podría llegar a imaginarse que en otros tiempos allí había habido un bullicioso muelle, ni tampoco podría creer que alguien de su misma ciudad hubiese zarpado desde ese punto para iniciar un peligroso periplo oceánico. La breve historia de este hombre estuvo estrechamente ligada al apogeo y declive del río, falleciendo poco después del hallazgo de su hermano el río subterráneo.

La escena trágica aunque heroica de su muerte quedaría grabada para siempre en la memoria de los vecinos. El miembro más viejo y más rebelde del clan Sui quedó atrapado en los engranajes al intentar salvar a Li Zhichang, perdiendo su vida desmembrado en medio de un sanguinolento caos. En los ojos de los testimonios, la sangre continuó centelleando durante varios días. Era como si en Wali hubiera empezado una nueva etapa y para iniciarla se hubiese encargado a los vecinos deshacerse de sus ancianos: Li Qisheng, Zhao Duoduo, Shi Dixin y ahora Sui Buzhao. Con el abandono de la ciudad de la vieja guardia, se marchaban tras de sí los vestigios de una época ya pasada y dejaban una inquietante calma. Sui Buzhao, a pesar de su errático y extravagante pasado de lobo de mar, había contagiado la ciudad con su vitalidad, aunque también se había encargado de propagar su promiscuidad. Justo en el momento antes de precipitarse contra el suelo los llantos más desconsolados habían sido los de las ancianas, quienes ahora rara vez salían de sus casas. Después de haber sacrificado su vida para salvar la de Li

Zhichang, pasó a convertirse en la figura más controvertida de la ciudad, uno más de sus defectos intrínsecamente ligado al resto de sus virtudes.

Sui Baopu pareció durante días que hubiese perdido la razón; con el cabello enmarañado y el habla limitada a breves balbuceos y titubeos, fue a ver a Hanzhang y a Jiansu antes de entrar en el cuarto de su tío para quedarse allí sentado. Cuando los vecinos acudían a verle les daba la mano y decía: «¿Habéis visto? Lo habéis visto, ¿verdad?», dejando a las visitas perplejas. Naonao y Daxi, consideradas por todo el mundo como las más virtuosas de la ciudad, tenían ahora que cuidar de Hanzhang, dedicarle algo de tiempo a Jiansu y consolar a Baopu.

Agarrando la mano de Naonao, Baopu le dijo a la muchacha temblorosa, cuyo rostro se había ruborizado: «Un hermano arrojó su sangre por la boca a lomos de un caballo y el otro la derramó en la sala de procesamiento». El día después de haberse marchado las dos mujeres acudió el Técnico Li para concertar los detalles de una ceremonia en honor a Sui Buzhao celebrada a instancias de la dirección de la calle Gaoding y del comité local. Lu Jindian y Zou Yuquan ya tenían prevista su asistencia. Recuperando la compostura, Baopu discutió los pormenores con Li, pero después Zhang-Wang, con los ojos hinchados de tanto llorar, hizo hincapié en el escrupuloso seguimiento del rito funerario taoísta. Como su opinión representaba la de la generación de su tío, Baopu fue incapaz de contrariarla. Finalmente tuvo lugar la ceremonia presidida por Li Yuming, con Zhang-Wang oficiando un gran ritual taoísta y Baopu yendo y viniendo, escenificando de ese modo las diferencias generacionales para lidiar con el dolor.

Fue el funeral más extraordinario de la historia de Wali. A parte de la familia Sui, también Li Zhichang y Zhang-Wang parecían profundamente consternados. Li lloró tanto que llegó a desmayarse en varias ocasiones, precisando de la reanimación de Guo Yun, quien presionó en un punto concreto entre la nariz y el labio superior del desfallecido. «El anciano tío se ha marchado. ¿Qué hago yo aquí?», se lamentaba Li.

«No digas eso, debes seguir adelante», le consolaban con los ojos en lágrimas. Mientras Zhang-Wang rezaba, las lágrimas descendían por sus mejillas y se perdían en su delgado cuello. Nadie entendía sus oraciones, pero la cadencia de su voz evocaba el paso del tiempo. El día del sepelio la ciudad

entera salió a la calle abarrotando el cementerio y demostrando a Baopu que su tío había sido el hombre más querido y respetado de la ciudad. Todo el mundo se acercó para despedirse del anciano, como si se hubieran olvidado de las burlas y las críticas que en un momento u otro le habían dirigido.

Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que aquel anciano inocente y despreocupado había desaparecido de su lado por siempre jamás, llevándose consigo todas sus fábulas marineras, una época ya pasada e incluso la esencia colorida de la ciudad. Los miembros más jóvenes del clan Sui esparcieron un puñado de polvo sobre los restos seguidos por los asistentes, mientras las palas se ponían en marcha para cubrirlo de tierra, repicando contra el suelo mientras trabajaban. Finalmente fueron muchos quienes no pudieron seguir conteniendo su dolor y arrancaron a llorar. En el momento de lanzar su puñado de arena, Hanzhang se precipitó hacia delante y cayó dentro del agujero, para sonoro asombro de los allí presentes. Les costó sacarla.

De vuelta a tierra firme Hanzhang continuaba llorando, ahogando sus lamentos en el rumor del ambiente. Baopu la miraba atónito, asombrado por la violencia de su reacción. Su cabellera caía sobre los hombros, ocultando la palidez de su rostro y, cubierta de tierra, se retorció en el suelo, como si fuera presa de un terrible dolor. Baopu la levantó, pero volvió a desplumarse. Golpeando el polvoriento suelo, Baopu gritó su nombre, sin poder contener por más tiempo el llanto. Meció a su angustiada hermana y la sacudió con fuerza para intentar detener su desconsolado lamento, pero todo fue en vano. Baopu se sentía afligido y desorientado, incapaz de hacerla reaccionar. «Hanzhang, ¿qué te ocurre? Por favor, detente».

Tras haber prensado firmemente la tierra que recubría la tumba, los dolientes rodearon a los dos hermanos. Una mujer de mediana edad se acercó y se inclinó ante ellos; peinó los cabellos polvorientos de Hanzhang con sus dedos y la llamó en voz baja. Al oír la voz, Hanzhang paró de inmediato. «¡Xiaokui!». Y se lanzó a los brazos de Xiaokui. Al ver las dos mujeres abrazadas, Baopu se dio la vuelta como si buscara algo. Entonces vio a Leilei que se acercaba hacia él y, al llegar Baopu, puso su mano sobre la cabeza del niño.

\* \* \*



Los ancianos dejaron de acudir al Emporio Wali para tomarse una copa; cada vez que se acercaban a la cuba de licor se acordaban de su difunto y sediento camarada. Con el negocio casi vacío, la funcionaria y Zhang-Wang pasaban largos ratos a solas. Zhang-Wang continuaba masajeando la espalda del Cuarto Maestro, con la única diferencia que ahora aplicaba mayor presión. Sus ojos estaban hinchados y su expresión era sombría; no había día que no gritara a la joven dependienta y luego suspiraba, lamentándose por su vida, que de repente había perdido su esplendor y su sentido.

Una tarde Zhang-Wang fue a ver a Jiansu, quien en ese momento se encontraba practicando *qigong* bajo las glicinas de Guo Yun. Murmurando en voz baja, le puso al día de los ingresos y los gastos del negocio y se retiró silenciosamente. Esa misma noche compró un pescado venenoso con el que preparó un revuelto de huevas, regado con un buen chorro de licor. Tras haber cenado avanzó a trompicones hasta el cementerio, donde primero se acostó sobre la tumba reciente de Sui Buzhao y después se dejó caer encima de la maleza que cubría la tumba de su difunto marido. Esperó, y los minutos pasaban, pero no sentía nada extraño. Recibió el amanecer con profunda decepción, pero permaneció inmóvil, inmersa en los recuerdos de cuando su marido aún vivía. Con los rayos del sol iluminando el cielo, Erhuai, que hacía su ronda, la avistó. Cuando miró hacia abajo y la descubrió allí tumbada con los ojos cerrados, se echó a reír. Ella lo insultó llamándole «bastardo inútil», y le ordenó que la llevara a casa del Cuarto Maestro. Al llegar, el Cuarto Maestro estaba tendido en el *kang*, así que se quitó los zapatos y se subió. Cubrió el flácido cuerpo del hombre con una sábana blanca y empezó a masajearle la espalda. Al terminar regó las flores del patio y se marchó a su casa; para ese entonces el sol ya asomaba por encima del tejado. Cuando entró en su cocina y vio el pescado, soltó un suspiro y pensó que, después de todo, ahora podía asegurar que no era venenoso. «Bueno —dijo—, parece que los cielos aún no quieren que me vaya».

\* \* \*

Baopu dedicó toda su energía a la reanudación de la actividad en la fábrica,

asegurándose que el generador rugiera sin parar haciendo rotar los engranajes. Li Zhichang instaló unos palos de seguridad alrededor de los correajes y los ejes. Mientras tanto, los trabajadores atendían sus tareas silenciosamente. Ahora casi todos los procesos estaban ejecutados por máquinas, que parecían poseer poderes mágicos. El alargado colador giraba mediante un cigüeñal, filtrando los posos de la leche de judía, resonando mientras se movía. Los ruidos eran fuertes y rítmicos, llenando la antigua sala de procesamiento de vida, mientras los trabajadores permanecían callados; nadie hablaba, nadie reía. La muerte de Sui Buzhao había sacudido la ciudad, de la misma manera que la maquinaria había sacudido la planta de procesamiento.

La potencia de las máquinas se tradujo inmediatamente en un acusado incremento de la producción, seguido de la ampliación de la planta de secado y el trajín de camiones cargados de fideos rugiendo por las calles. La gente seguía acudiendo para ver cómo las máquinas iban reemplazando a los seres humanos. Les resultaba un espectáculo asombroso, pero también sus voces terminaban apagándose, con una expresión que reflejaba una mezcla de melancolía y entusiasmo. Había incluso quienes venían, se inclinaban ante los engranajes que colgaban de las vigas del techo, y se marchaban.

El Técnico Li solía acercarse para discutir los problemas técnicos que iban surgiendo con el siempre recubierto de grasa Li Zhichang. Lu Jindian y Zou Yuquan también solían presentarse para supervisar la producción y controlar la calidad de los fideos. Insistían en el hecho que desde la transformación de Wali en el mayor productor de Fideos Dragón Blanco, debían asegurarse de no dañar su reputación internacional, cosa que repercutiría a todo el sector exportador de fideos. Cuando venían, Baopu les daba un apretón de manos, pero hablaba poco. Su nombramiento durante los momentos más críticos de la empresa lo había situado en el centro de todas las miradas. Después de haber pasado la mitad de su vida encerrado en el molino, el estruendo de la muela todavía le provocaba una indescriptible agitación. El hombre de tez morena, encargado desde siempre de manipular el colador, se encontraba ahora sin trabajo, y solicitó entrar a trabajar en el molino. Al oír la petición Baopu montó en cólera, cosa muy rara en él. «Pero ¿cómo te atreves? Eres joven y estás fuerte como un toro, ¿por qué quieres trabajar en el molino? ¿Cómo puedes considerarte un hombre? ¡Maldito seas!».

Le gritó y le insultó hasta que percibió la mirada de desaprobación en los ojos de Naonao. Movido por cierto remordimiento y sentimiento de culpa, finalmente accedió a que se incorporara a trabajar en la planta de secado. Esa noche Baopu salió a dar un paseo por la llanura, pensando en su tío y en la conversación que habían tenido poco antes de su muerte.

En efecto, había sido una conversación singular. Ya había cumplido la primera voluntad del anciano, y estaba seguro de que también podría cumplir la segunda. El día del entierro Baopu cogió el libro escondido en la pared trasera y se dijo a sí mismo que lo custodiaría y estudiaría. A sabiendas de que probablemente nunca se hiciese a la mar; «por lo menos podré imaginármelo cuando lo esté leyendo», pensó. Por lo que a la lata de plomo se refería, el equipo de investigación geológica había descubierto una gran fuente de energía y el río subterráneo, pero había extraviado la lata, sembrando una semilla de sufrimiento para las generaciones futuras. Se comprometió a encontrarla.

Al regresar del entierro Hanzhang enfermó y, por vez primera, solicitó permiso a la empresa para permanecer en casa. Baopu le preparaba las infusiones herbales medicinales, mientras Hanzhang se deshacía de ellas secretamente. Al principio tomaba un poco de avena, pero después dejó de comer por completo. Tumbada en silencio sobre el *kang*, se quedaba mirando el techo, con el pelo lacio sobre sus hombros. En sus ojos no había ni odio ni tristeza. Baopu se sentaba a su lado y le hablaba, y ella le respondía con voz suave. A veces la cambiaba de postura o la peinaba, pero ella se mantenía impassible. Cuando intentaba convencerla de que comiera algo, se quedaba callada.

«Tienes que comer —le decía, dando una patada contra el suelo, nervioso—. No puedes seguir así. Por favor, solo un poco». Ella lo miró con ternura y le hizo ademán para que se sentara. Baopu se sentó y ella extendió la mano para acariciar su barba. Al reparar en la extrema suavidad y palidez de su mano y de su brazo se quedó estupefacto; parecía como si su cuerpo careciera de huesos. Mientras acariciaba su cabellera trató de convencerla de nuevo. «Come unas gachas. Voy a empapuzarte como cuando eras pequeña».

Ella negó con la cabeza. «No quiero comer nada. Ahora comprendo que no debería haber nacido y, una vez en el mundo, me hubiera tenido que ir con

mamá. Ahora ya es tarde para eso, así que me iré con el tío. Por favor, no digas nada más. No voy a escucharte. He estado tirando la medicina cuando no me veías». Le hablaba con una mirada serena, como si estuviera contando un cuento. Baopu apretó los dientes, obligándose a guardar silencio. Entonces la abrazó, apretándola fuertemente contra su pecho, mientras sus brazos temblaban violentamente. Miró por la ventana con sus pupilas reseca, privadas de sueño, con los labios temblorosos.

Como si hablara para sí mismo o con alguien en el exterior, dijo: «Es demasiado tarde. Demasiado tarde para todo. Y todo es culpa mía. Como hermano mayor debería haber encontrado la manera de liberarte de tu aflicción. Pero también es culpa tuya, es culpa del clan Sui, de esta maldita residencia, del clan Sui entero. ¿En qué piensas? ¿Qué es lo que te adolece? Explícamelo, por favor. Te lo guardas todo, como yo. ¿Quieres acabar con tu futuro? No quieres casarte, no quieres hablar y tampoco le haces caso a Li Zhichang. Vas a estropearlo todo. Dices que te quieres ir con el tío. Bien, entonces vete. Todos nos iremos algún día. Pero antes de irte debes contarme lo que has estado ocultando todos estos años. ¡Di algo! ¿Qué está pasando? ¡Oh, esta familia!».

Amasó su piel fina, casi transparente, como si tratara de desmenuzarla, hasta quedar extenuado. Cuando la soltó, Hanzhang se desplomó sobre el *kang*, donde continuó mirándolo con ternura. Sacudió la cabeza y dijo con voz débil: «No ha sido el tío, ni Hermano Segundo ni yo, sino tú quien más ha sufrido. He manchado la reputación del clan Sui y no soy digna de llevar su nombre. Si te contara lo que quieres saber, no creo que lo pudieras soportar. Puede que incluso quisieras acabar con mi vida. Oh, necesito contárselo a alguien, así que se lo contaré al tío». Baopu se la quedó mirando fijamente, sin entender nada. Al cabo de un rato ella le pidió que se marchara y regresara a la oficina, pero él se negó, por lo que ella contestó que quería descansar un rato. No tuvo más remedio que levantarse y marcharse.

Después de haberse ido, Hanzhang luchó por salir de la cama y se arrastró hasta un taburete donde se apoyó para mirar la llanura del río a través de la pequeña ventana, con su arena blanca y los jóvenes sauces de color verde esmeralda. Distinguió la silueta de alguien cargando algo sobre el hombro. La planta de secado, donde los hilos de plata estarían aleteando por la brisa que

quedaba hacia el norte. Mientras deslizaba su mirada se acordó de la vez que Baopu la llevó a la llanura siendo aún una niña. Entonces se acordó de su madre, cogiéndola de la mano para recoger judías. De su padre solo le quedaba un vago recuerdo, pero aún podía ver su silueta galopando por la llanura, con el caballo castaño y el campo de sorgo rojo manchado por las gotas de sangre que empapaban la crin del caballo.

Apoyada en la ventana, se dijo a sí misma: «Me voy ahora. Me voy de Wali con el tío. Siento compasión por mi Hermano Segundo, gravemente enfermo, y por mi Hermano Mayor, siempre absorbido por el trabajo. También me dan ganas de llorar por ese otro hombre. ¡Qué maravilloso sería si pudiera venir ahora! Le diría que no le merezco, porque no hay en mi cuerpo un solo rincón impío. Me voy ahora. ¡Cómo me gustaría ver el viejo molino, con su familiar estruendo! Quiero despedirme del Hermano Mayor y del secadero. No merezco estar en esta ciudad ni en este cuarto. Sé que mis hermanos sufrirán, pero no será para siempre. Su vida será mejor sin una hermana manchada como yo».

Mirando por última vez la llanura y el cielo azul, se apartó de la ventana y buscó una cuerda debajo del baúl. Su mano temblaba mientras lentamente estiraba de la cuerda; irritada por las convulsiones, se sacudió y, detrás de la cuerda, aparecieron sus tijeras.

Confusa, se sentó en el suelo soltando un grito amargo. ¿Cuándo las había escondido allí? Cerró los ojos, sus dientes comenzaron a castañear y un escalofrío recorrió su cuerpo. Las tijeras aguardaban a esa persona y la cuerda a ella. Como solo había pensado en ella, se había olvidado por completo de las tijeras. Pero ahora tenía los dos objetos delante y no sabía cuál escoger. Finalmente desechó las tijeras y cogió la cuerda, pero en contra de su voluntad, agarró las tijeras y empezó a cortar la cuerda en trocitos.

El Cuarto Maestro estaba sentado en el *kang* jadeando ligeramente después de haber recibido su masaje de espalda. Por el chirrido de la puerta supuso que Zhang-Wang se estaba marchando después de haber regado las flores. Al acercarse a por el té recién preparado, entró Wu el Barbillas. Cuando el Cuarto Maestro acercó la taza a la boca para tomar un sorbo, notó el temblor de su pulso. «Estos últimos días me he sentido más viejo».

«Pero ¿cómo puede el Cuarto Maestro envejecer?», sonrió Wu.

El Cuarto Maestro negó con la cabeza. «Me estoy haciendo viejo. Mis manos tiemblan, mi qi no fluye bien y mi pulso es débil».

«Manda a buscar a Guo Yun», dijo Wu preocupado al examinar su rostro.

El Cuarto Maestro tosió suavemente y apartó la taza de té. «Dile a Erhuai que cace unas cuantas palomas para que pueda prepararme un estofado con canela».

Wu asintió, pero en sus adentros reconoció que, efectivamente, el Cuarto Maestro se estaba haciendo mayor. Nunca antes le había oído suspirar. Un atardecer lo había encontrado junto a la tumba de Zhao Duoduo, quemando unos billetes funerarios. Fue esa noche cuando Wu pensó que el hombre se estaba haciendo mayor.

Wu añadió un poco más de agua a la tetera, antes de sentarse con las manos guardadas dentro de las mangas. Los dos hombres se quedaron en silencio hasta que se oyó la puerta y una mueca se dibujó en la cara del Cuarto Maestro. Su copa se estrelló contra el suelo. «Ha venido un Sui», murmuró.

Wu miró por la ventana y vio a Hanzhang. «Voy a retirarme», dijo. Y salió de la sala.

Hanzhang estaba apoyada contra la puerta, respirando con dificultad, como si hubiera estado corriendo. Con la cara empapada en sudor, se quedó mirando a Zhao Bing, quien permanecía sentado con las piernas cruzadas, inmóvil. «Estoy esperando el “final”», dijo él sin levantar la vista. Hanzhang se alejó de la puerta y avanzó con cuidado hasta llegar al *kang*, donde podían escuchar su respiración. Él levantó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron. Finalmente suspiró, extendió la mano y empujó una taza de té frío hacia ella. Ella siguió el movimiento de la mano con los ojos, antes de inclinarse para agarrarla, torcerla y apretarla. Con un grito ahogado, ella se abalanzó sobre él y envolvió sus manos alrededor de su cuello. Él reaccionó sacudiendo la cabeza y retorciendo su cuerpo, pero permanecía sentado, apenas sin moverse. Hanzhang rasgó sus vestiduras y le arañó el pecho con las uñas. Sus fosas nasales se abrieron con un resoplido y finalmente, agitado, la apartó de un empujón hasta el otro extremo de la sala. Cuando Hanzhang se levantó del suelo, la sangre manaba por las comisuras de su boca.

Se abalanzó de nuevo. «¿Te he golpeado demasiado fuerte?», dijo. Las palabras apenas habían salido de su boca cuando sacó las tijeras y las hundió

en su vientre.

Con los brazos salpicados de sangre, ella gritó como si se hubiera quemado con agua hirviendo, y soltó las tijeras, que quedaron allí clavadas.

El Cuarto Maestro cayó encima de las mantas, con los ojos todavía sobre ella, mientras estiraba los labios y los mordía. «Date prisa y retuércelas. Gíralas y habrás acabado conmigo. Date prisa».

Ella retrocedió, negando con la cabeza. Aún apoyado sobre la manta, la miró y le dijo: «Muy bien entonces. Al fin y al cabo no eres más que una niña; no te atreves. Yo en cambio podría acabar contigo con una sola mano. Pero tú eres incapaz. Me he portado muy mal con el clan Sui y es lo que me merezco». Las tijeras vibraban con sus palabras; la sangre de la herida se volvió del color de la soja.

Hanzhang soltó un grito, bajó del *kang* de un salto, empujó la puerta y salió corriendo.

Wu el Barbillas irrumpió en la sala y al ver la sangre en el suelo gritó: «¡Asesina! ¡Asesina! ¡Cogedla! Ha matado al Cuarto Maestro».

Rápidamente un gentío empezó a gritar: «¡Asesina!». Se corrió la voz de que Hanzhang le había clavado unas tijeras al Cuarto Maestro. Algunos hombres del clan Zhao lo envolvieron con una sábana y lo trasladaron hasta la clínica. Al enterarse, los trabajadores abandonaron la fábrica en estampida. Cuando Baopu y Zhichang llegaron a la calle principal, encontraron a Erhuai disparando al aire con su rifle para impedir que la gente se hacinara.

Baopu se abrió paso entre la multitud, haciendo caso omiso de Erhuai, quien no paraba de gritar, y volvió a disparar al aire. Llamando a Hanzhang, Baopu se precipitó hacia adelante, pero no había ningún rastro de su hermana. Empezaba a oscurecer y las calles estaban teñidas de la rojiza puesta de sol. Los vecinos gritaban, corriendo de un lado al otro. Los milicianos se pusieron el cinturón de la munición para hacer guardia en la entrada de cada calle y cada callejón. «¡No dejéis que escape el asesino!», gritaba Erhuai. Un miliciano le murmuró algo al oído y salió corriendo en dirección oeste. Los espectadores más rápidos arrancaron a correr detrás de él hacia el río.

Los jóvenes sauces eran balanceados por la brisa y el color rojo como el de sangre de la puesta de sol lo inundaba todo. Allí hasta donde alcanzaban

los ojos estaba cubierto de sauces, hasta que un miliciano señaló y gritó: «¡Mirad!». Volviéndose todos en la dirección de su dedo, vieron una figura femenina saltando y corriendo entre los árboles, con el cabello flotando en el aire. Hubo un estallido de gritos confusos. Era Hanzhang, también teñida de rojo, saltando y brincando como un caballo.

«¡Haaan-Zhaaang!», gritó Baopu mientras corría hacia ella, seguido de cerca por Li Zhichang.

Mientras corrían, detrás de ellos sonó un disparo y Hanzhang cayó. Rápidamente, se puso de pie y siguió corriendo, bañada por la puesta de sol.

Erhuai se arrodilló, apuntó y disparó de nuevo. Esta vez la silueta roja se tambaleó, como los jóvenes plantones de sauce con la brisa, y cayó.

Los dos hombres llegaron hasta ella y la acunaron en sus brazos.

\* \* \*

La situación del Cuarto Maestro mejoró y una semana más tarde salió del estado crítico, a pesar de tener que permanecer en el hospital. Hanzhang, que había sido alcanzada en la pierna, fue retenida en la oficina de seguridad pública.

De repente Wali afrontaba el episodio más espantoso e inquietante vivido en años. Después de la agitación y el griterío, los habitantes se replegaron en sus callejones y callejuelas. Cuando se encontraban abrían los ojos como platos y, mordiéndose los labios, asentían con la cabeza antes de reanudar su marcha. Erhuai patrullaba por las calles con la milicia y apostaron varias unidades de guardia delante del complejo de los Sui. Un silencio mortal se cernió sobre la ciudad, enmudeciendo incluso a los animales. La gente rememoró los días sucesivos al incendio del templo. La maquinaria de la fábrica de fideos continuaba funcionando, pero los trabajadores se desplazaban con pasos apresurados, escondiendo las manos en los bolsillos, cautelosos e inquietos.

Los hijos del Cuarto Maestro acudieron con premura, uno desde la ciudad y el otro desde la capital del condado, acompañados por sus afectadas esposas. Se personaron en las oficinas de la fiscalía donde exigieron un juicio



rápido y una sentencia severa contra Hanzhang. Wu el Barbillas dejó de lado sus tareas en la escuela y se centró, un día y una noche enteros, a redactar su declaración como testimonio. Alguien consiguió echarle un vistazo, pero apenas pudo comprender una sola palabra, aunque una frase quedó grabada en su mente: «De pronto, la sangre fresca fluía a raudales». Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la muchacha de los Sui estaba acabada. Todos menos Guo Yun, quien se negó a participar en el debate. En cuanto a la herida del Cuarto Maestro, resumió su dictamen en pocas palabras diciendo que el hombre «necesita tres años para recuperar su salud y ocho para restablecer su constitución».

Después de repetidas visitas a su hermana, finalmente Jiansu y Baopu descubrieron la historia completa de todo lo que había estado sucediendo entre Hanzhang y el Cuarto Maestro durante los últimos veinte años. Dándose golpes contra el pecho y soltando puntapiés, estaban rotos de dolor y amargura. Baopu pidió a Hanzhang que fuera paciente y esperara, y ellos se ocuparían de resolverlo todo. Al regresar a casa se sentó a escribir una carta de acusación que jugaría un papel decisivo en el porvenir de Hanzhang; esa idea parecía cargar un tremendo peso en su pluma. Jiansu, Zhichang, Daxi y Naonao acudían a verle, pero siempre se retiraban silenciosamente al encontrarlo totalmente concentrado, rasgando frenéticamente el papel con la pluma. Aun así Baopu no abandonó sus obligaciones en la fábrica; todo lo contrario, trabajaba con mayor ahínco y prudencia, atento a cada detalle. Su semblante serio le otorgó un mayor respeto por parte de los trabajadores. Incluso Lu Jindian y Li Yuming mostraron interés por su situación en repetidas ocasiones, conmoviéndolo profundamente.

Siempre que tenía un momento libre continuaba trabajando en el escrito de acusación. Una tarde en compañía de Zhichang, Jiansu, Daxi y Naonao desplegó el rollo de papel que contenía la acusación sorprendiéndolos a todos, tanto por su longitud como por su contenido. Naonao encontró el inicio y comenzó a leer, pero no había avanzado mucho cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. El resto también lloraba, todos menos Baopu, quien se paseaba por la habitación sin soltar el cigarrillo, con el pelo cano brillando bajo la luz. Después de analizarlo llegaron a la conclusión que la demanda judicial establecía perfectamente los orígenes del incidente y proporcionaba sólidas

evidencias, pero dado que su extensión excedía los límites legales, sería desestimada. Se entabló un debate después del cual Baopu siguió la sugerencia de Zhichang de presentar ante el tribunal solo aquellas partes estrictamente relacionadas con Hanzhang.

Al interponer la denuncia Baopu sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Ahora lo único que podía hacer era esperar al juicio.

Li Zhichang le rogó repetidas veces que le transmitiera a Hanzhang su amor incondicional. «La esperaré, no me importa el tiempo que tenga que hacerlo», declaró, disipando así el temor de Baopu de que el incidente hubiese arruinado la posibilidad de su hermana de contraer matrimonio. A medida que sus ojos se empañaban cogió a Zhichang de las manos y le dijo: «Entonces espérala. Es una buena muchacha. Ha sufrido mucho, pero sabrá formar un buen hogar».

Se pasaban mucho tiempo hablando de la empresa de fideos, confiando plenamente en su pronta bonanza. Li había decidido que la resucitada fábrica de fideos podría servir como trampolín para promover otros negocios en Wali. Tenía planeado crear unos laboratorios y desarrollar una técnica de aprovechamiento del río subterráneo.

«Adelante —respondió Baopu—. Hay gente que intentará frenarte, pero eso no importa. Lo más importante es que no te frenes a ti mismo. Todos nosotros nos encontramos maniatados por una cadena invisible, pero yo no me quedaré ligado por más tiempo. Lucharé para seguir adelante, incluso si para librarme de las ataduras tengo que romperme los brazos o mancharme las manos de sangre. Sin este espíritu combativo, no se puede vivir con dignidad. Acuérdate de estas palabras, Zhichang».

Una mañana de aquel otoño la ciudad se despertó con la noticia de que un joven del clan Sui había sido llamado a filas. Cuando llegó a los oídos de Baopu no se lo creyó, pero más tarde se confirmó la noticia; la madre de Sui Xiaoqing, un chico de diecisiete años recién graduado, fue a ver a Baopu y le dijo: «El chico se marcha y la costumbre es despedirle con un banquete, pero el abuelo Sui acaba de fallecer y Hanzhang está presa, así que será mejor olvidarnos de celebraciones». Baopu rumió las palabras de la mujer y sacudió la cabeza. «No, vamos a seguir la costumbre. Es un acontecimiento importante y tenemos que despedir a Xiaoqing como se merece. De hecho en esta ocasión

habrá más gente; además del clan de Sui, vamos a invitar a gente de los Li y de los Zhao, incluso de otras familias». También decidió encargarse de la organización, algo que la madre de Xiaoqing aceptó de mala gana, incapaz de convencerle de lo contrario. Baopu habló enseguida con Zhichang para que convenciera a Zhang-Wang de encargarse de la comida, y extendió una invitación a Guo Yun con la esperanza que ese día pudiera traer a Jiansu. Li regresó para informar que Zhang-Wang estaba completamente borracha, así que tuvieron que contratar a Han el Gordito, el cocinero del restaurante de la ciudad. El banquete, el primero después de la muerte de Li Qisheng, comenzó con la caída del sol. Los ancianos fueron llegando lentamente por el camino cubierto de rocío, anunciados por los fuertes golpes de sus bastones contra el suelo en medio de la noche estrellada. Sui Xiaoqing era reclamado aquí y allá por los ancianos, a los que respondía con voz tierna y quebradiza. Baopu analizó el rostro del joven iluminado por la tenue luz; estaba rojo como un tomate. Todavía sin poder beber, Jiansu solo comió verduras frescas. Daxi y Naonao hicieron de ayudantes de Han el Gordito y no se sentaron a la mesa hasta haber terminado todos los platos. En un determinado momento un anciano de barba blanca se puso de pie y levantó la copa; era Guo Yun. Dedicó un brindis por la paz, la salud y por el joven Sui, otro soldado hijo de Wali. Todos vaciaron sus vasos, y el banquete se empezó a animar. Jiansu le pidió a la ahora ociosa funcionaria que trajera el reproductor de música del Emporio Wali.

Con la música sonando y todos haciendo palmas, le pidieron a Naonao que les hiciera una exhibición de baile, cosa que aceptó con mucho gusto. Les deleitó con un baile moderno compuesto por pasos vivarachos y fantasiosos, atrayendo la atención de todo el mundo. Todos contenían la respiración mientras la observaban. Baopu sintió un quemazón recorriendo su cuerpo mientras observaba el hermoso rostro de Naonao y sus bonitos vaqueros. Como si despertara de un sueño, se frotó los ojos y se apartó silenciosamente de la multitud.

Adentrándose en el frescor de la noche se encontró andando sin rumbo. Se dio la vuelta al oír unos pasos detrás de él; era Jiansu. Los dos hermanos continuaron caminando en silencio por el camino iluminado por la luna durante un buen rato.

Al detenerse ante ellos se levantaba una iridiscente muralla de barro: la muralla de la antigua nación de Donglaizi. Se quedaron apoyados contra la muralla.

«Sé que estabas pensando en el tío y en Hanzhang, y te has marchado de la fiesta porque su recuerdo te entristece», dijo Jiansu. Baopu asintió y luego, cuando empezó a fumar, negó con la cabeza.

«Estaba pensando en ellos y en lo contentos que estarían si estuvieran aquí, viendo a Naonao bailar —dijo Baopu—. También he recordado a los demás: a Dahu, a Li Qisheng y a papá. Con la luna, la música y la danza, esta ha sido la noche más agradable de la que ha gozado Wali durante años. Pero ninguno de ellos está aquí. He pensado en la fábrica y en la tremenda responsabilidad que debo asumir. ¿Puede un miembro del clan Sui ser tan fuerte? ¿Voy a ser capaz de hacer lo correcto? No lo sé. Todo lo que sé es que nunca volveré a quedarme sentado de brazos cruzados en el viejo molino. Sui Dahu sacrificó su vida y Sui Xiaoqing se marcha, así que he reparado en estos valientes jóvenes, los dos del clan Sui».

Jiansu le agarró las manos. «Estos últimos días me he pensado en el tío. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él. Esperaba la crecida del río para zarpar de nuevo y surcar los mares, pero murió antes de cumplir su sueño. Lo que más me enervaba eran las risas burlonas de la gente cuando el tío entonaba sus canciones marineras. El río bajará siempre tan poco caudaloso, y habrá otros Sui que navegarán los mares», dijo Baopu mientras se daba la vuelta y emprendía el camino de regreso. Entonces se paró en seco, como si hubiese oído algo.

«¿Puedes oír el agua del río?», preguntó Jiansu.

Baopu negó con la cabeza. «Discurre bajo tierra, por eso no podemos oírla, no aún».

Pero Jiansu oía algo. Era la antigua muela de molino retumbando como un trueno lejano. Era el sonido descrito por los ancianos. Decían que aquellos que habían abandonado Wali para instalarse en un lugar lejano se despertaban en medio de la noche y oían el estruendo de los molinos de su ciudad natal. Jiansu creyó oír algo más, era el sonido del agua del río y, en su cabeza, se imaginó un extenso canal de relucientes olas, con un bosque de mástiles iluminado por los rayos del sol.

## **SOBRE EL AUTOR**

Zhang Wei nació en 1955 en la provincia de Shandong, China. Con apenas treinta años escribió la magistral *El viejo barco*. Desde entonces ha recibido numerosos premios y reconocimientos, y es uno de los autores más leídos en China y Taiwán.

# NOTAS

<sup>1</sup> *El clan del sorgo rojo*, de Mo Yan, obra publicada por Kailas en traducción directa del chino de Blas Piñero Martínez. (*N. del E.*)

<sup>2</sup> Gran obra enciclopédica que incluye más de quinientos capítulos, de carácter histórico-geográfico y perteneciente a la Dinastía Tang. (*N. de la T.*)

<sup>3</sup> Medida de longitud que varió a lo largo de los distintos periodos dinásticos y a partir de finales de la década de 1940 fue fijada en 500 metros. (*N. de la T.*)

<sup>4</sup> Judías de mungo o soja verde. (*N. de la T.*)

<sup>5</sup> Conocidos también como «fideos celofán», su nombre original es *fensi o dongfen*. Se trata de un tipo de fideos translúcidos, hechos a base de almidón de judía de mungo y agua. (*N. de la T.*)

<sup>6</sup> En chino es conocido como *Shui Jing Zhu*. (*N. de la T.*)

<sup>7</sup> Textos que recogen las enseñanzas de Buda y algunos de sus discípulos. (*N. de la T.*)

<sup>8</sup> Construcción tradicional hecha con ladrillos o arcilla cocida utilizada para dormir, comer o tomar el té. Su interior ahuecado se utiliza para almacenamiento pero su función principal es la de calefacción gracias a la combustión de carbón o de leña. (*N. de la T.*)

<sup>9</sup> Unidad monetaria. 100 *fen* equivalen a 1 yuan.

<sup>10</sup> Embarcación de vela de popa corta y sin quilla datada del siglo 600 a. de C. De timón extraíble y con una longitud más corta que el resto, la embarcación podía navegar por aguas poco profundas. (*N. de la T.*)

<sup>11</sup> Aceite obtenido de las semillas del árbol del *tung* utilizado tradicionalmente en pinturas y barnices. (*N. de la T.*)

<sup>12</sup> Utensilio de cocina parecido a una sartén. (*N. de la T.*)

<sup>13</sup> Antigua unidad de medición y registro del tiempo que utiliza un ciclo sexagesimal formado por la secuencia y sincronización de diez ciclos (*jia, yi, bing, ding, wu, ji, geng, xin, ren, gui*). (*N. de la T.*)

<sup>14</sup> Buques militares originarios de la dinastía Han y concebidos como fortalezas flotantes. (*N. de la T.*)

<sup>15</sup> Unidad tradicional de peso equivalente a 0,5 kilogramos. (*N. de la T.*)

<sup>16</sup> Conocida marca de licor a base de sorgo fermentado. (*N. de la T.*)

<sup>17</sup> Tratamiento propio de la medicina tradicional china basado en la combustión de la raíz de la planta de la artemisa prensada. (*N. de la T.*)

<sup>18</sup> Pan de harina de trigo hecho al vapor. Los *mantou* son conocidos como «panecillos chinos al vapor». (*N. de la T.*)

<sup>19</sup> Masa rellena de verduras, pescado o carne. Los *jiaozi* son conocidos como «ravioles chinos». (*N. de la T.*)

<sup>20</sup> Unidad monetaria popularmente conocida como *mao* que equivale a una décima parte de un yuan. (*N. de la T.*)

<sup>21</sup> Nombre oficial que recibe la transcripción fonética de los caracteres chinos. (*N. de la T.*)

<sup>22</sup> Los ballets y óperas revolucionarias fueron creados durante la Revolución Cultural en contraste a la ópera tradicional y como modelos ejemplarizantes de lucha, crítica y rehabilitación. (*N. de la T.*)

<sup>23</sup> El «tres-ocho» se refiere a las tres frases y ocho caracteres que según Mao resumían el estilo de trabajo de su ejército. Las tres frases eran: una orientación política firme y correcta, un estilo de trabajo simple e industrioso, y una estrategia y táctica flexibles. Los cuatro caracteres eran los correspondientes a: unidad, alerta, prontitud, esmero y energía. (*N. de la T.*)

<sup>24</sup> También llamado Movimiento Educativo Socialista (1963-1966). Tuvo como objetivo eliminar los elementos considerados reaccionarios en cuatro ámbitos: político, económico, organizativo e ideológico. (*N. de la T.*)

<sup>25</sup> Referido al sistema montañoso situado entre las provincias de Jiangxi y

Hunan. (*N. de la T.*)

<sup>26</sup> Obra de lectura obligatoria en las escuelas de primaria durante el periodo de la Revolución Cultural (1966-1976). (*N. de la T.*)

<sup>27</sup> En alusión a la cita de Mao Tse Tung sobre la Revolución (1974). «Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el que una clase derroca a otra». (*N. de la T.*)

<sup>28</sup> Práctica relacionada con la medicina tradicional china consistente en la coordinación y relajación de la mente, la respiración y el cuerpo. Conocida también como «chikung». (*N. de la T.*)

<sup>29</sup> Considerado como el color de la buena suerte, los sobres de color rojo son utilizados aún, hoy en día, en determinadas celebraciones familiares o populares como el Año Nuevo Lunar, para obsequiar a los más allegados o los empleados con dinero. (*N. de la T.*)